



Universitat d'Alacant
Universidad de Alicante

La búsqueda de la unidad europea: el
europeísmo español entre 1914 y 1931

Guillermo Jorge Pérez Casanova



Tesis

Doctorales

www.eltallerdigital.com

UNIVERSIDAD de ALICANTE



Universitat d'Alacant
Universidad de Alicante

Doctorado en Sociedad y Estado en España (Siglos XIV-XX)
Departamento de Humanidades Contemporáneas
Facultad de Filosofía y Letras
Universidad de Alicante
Alicante 2015



**LA BÚSQUEDA DE LA UNIDAD EUROPEA:
EL EUROPEÍSMO ESPAÑOL ENTRE 1914 Y 1931**

GUILLERMO JORGE PÉREZ CASANOVA

Memoria presentada para optar al título de doctor

Director: SALVADOR FORNER MUÑOZ

*A mi tío Antonio, a quien siempre
estaré agradecido. Sus historias del
pueblo despertaron mi curiosidad por
el pasado.*



Universitat d'Alacant
Universidad de Alicante

ÍNDICE

Agradecimientos	9
Introducción	13
Capítulo 1. Entendiendo Europa: un concepto histórico complejo	23
1.1. Los significados de Europa	23
1.1.1. Del continente a la idea	23
1.1.2. La creación de la Europa imaginada	25
1.2. La unidad de Europa: definición, origen y evolución	29
1.2.1. Los significados del europeísmo	30
1.2.2. La evolución del pensamiento europeísta: del siglo XIV a principios del siglo XX	32
1.3. La nación, un enfoque necesario para la idea de Europa	35
1.3.1. Las confluencias entre el nacionalismo y el europeísmo	36
1.3.2. ¿Hacia una historia nacional europeísta? Desde lo global a lo local	38
Capítulo 2. La tradición europeísta anterior a la Gran Guerra (1895-1914)	43
2.1. A la búsqueda de una solución para el problema español	43
2.1.1. En torno al “Desastre” de 1898	43
2.1.2. Los primeros debates sobre la europeización de España. El regeneracionismo	47
2.2. Las culturas políticas de la Restauración: entre la nación y Europa	51
2.2.1. Las fuerzas dinásticas	52
2.2.2. Los partidos extradinásticos	55
2.3. Las raíces intelectuales del europeísmo español moderno. Hacia una definición de Europa	58
2.3.1. Europeos sin dejar de ser españoles: Joaquín Costa y su legado	59
2.3.2. Maeztu y su idea de Europa	66
2.3.3. Ortega y Gasset: la búsqueda de la raíz de Europa	73
Capítulo 3. La Gran Guerra en España: el debate entre germanófilos y aliadófilos y su incidencia en la imagen de Europa	83
3.1. Una nueva era en la historia de Europa	83

3.1.1. La salida del paraíso. ¿Una Europa en paz?.....	83
3.1.2. La omnipresencia de una guerra total	85
3.2. La interpretación de la guerra: los significados de la neutralidad española	87
3.2.1. El fracaso de la “estricta” neutralidad.....	88
3.2.2. La decisiva influencia de la prensa escrita.....	89
3.3. Más allá de la neutralidad: el debate entre aliadófilos y germanófilos.....	95
3.3.1. Una guerra de palabras.....	97
3.3.2. Aliadófilos: tras la senda del regeneracionismo.....	106
3.3.3. Germanófilos: miradas exteriores y, sobre todo, interiores	115
3.4. Los manifiestos de la intelectualidad española durante la Gran Guerra.....	123
3.4.1. Los primeros manifiestos aliadófilos	124
3.4.2. El manifiesto germanófilo.....	128
3.4.3. Mirando al futuro: el manifiesto de la Unión Democrática Española.....	129

Capítulo 4. Hacia el sueño de la unidad continental. El impacto de la Primera Guerra Mundial en el pensamiento europeísta español.....

4.1. Un deseo y varios caminos por recorrer: modelos europeístas durante la Gran Guerra	131
4.1.1. Una guerra de naciones. Los obstáculos y el contexto del pensamiento europeísta	131
4.1.2. Nuevos horizontes. El retorno de los Estados Unidos de Europa.....	133
4.2. La unidad europea en la España <i>beligerante</i> : entre la federación, el imperio y la nación.....	136
4.2.1. El futuro de Europa: un debate entre filias y fobias.....	137
4.2.2. La unidad de Europa y el catalanismo: una cuestión de interés nacional ...	149
4.3. La unidad moral de Europa, una aspiración por encima de las pasiones.....	158
4.3.1. Un proyecto personal de Eugeni d’Ors: gestación, desarrollo y repercusión	158
4.3.2. <i>Els Amics d’Europa</i> : las múltiples caras del discurso europeísta	167

Capítulo 5. La irrupción del discurso universalista en España (1918-1922): ¿El ocaso del europeísmo?

5.1. El papel de España en la inmediata posguerra.....	173
5.1.1. Wilson, arquitecto de la paz y el universalismo.....	173
5.1.2. El encuentro de Wilson con Romanones	174

5.2. España en el nuevo orden internacional: la imagen de la Sociedad de Naciones	177
5.2.1. La adhesión de España a la SDN, un ejercicio de oportunismo político	179
5.2.2. La Sociedad internacional que no pudo ser: el debate académico y periodístico	184
5.2.3. La Asociación Española pro Sociedad de Naciones: ¿una oportunidad desaprovechada?	194
5.3. El lento resurgir del europeísmo español.....	198
5.3.1. El descrédito de Europa	199
5.3.2. La esperanza de Génova	204
Capítulo 6. La idea de Europa durante la Dictadura de Primo de Rivera: de 1923 a 1926	207
6.1. Ruido de sables y dos caminos para la salvación de la patria.....	207
6.1.1. Los primeros pasos del Directorio Militar. El cuestionamiento de la democracia liberal	209
6.1.2. Los guardianes de la libertad. Los primeros meses del régimen primorriverista	216
6.2. <i>La decadencia de occidente</i> de Spengler y su impacto en España	223
6.2.1. Una particular filosofía de la historia	223
6.2.2. Las “profecías” de Spengler y la Dictadura de Primo de Rivera	225
6.3. Una nueva oportunidad para Europa. Visiones desde la España de Primo de Rivera.....	231
6.3.1. El espíritu de Locarno	231
6.3.2. El difícil acomodo de la política internacional del Gobierno de Primo de Rivera en el periodo de entreguerras	235
6.3.3. La influencia de Locarno en el pensamiento europeísta español.....	240
Capítulo 7. El movimiento paneuropeo en España (1926-1929)	247
7.1. Paneuropa, el primer proyecto europeísta del siglo XX	247
7.1.1. Breve retrato de un visionario cosmopolita: el pensamiento político y el concepto de Europa de Coudenhove-Kalergi	247
7.1.2. Organización y estructura política de Paneuropa	252
7.2. La llegada del movimiento paneuropeo a España.....	256
7.2.1. Las primeras noticias sobre Paneuropa	257

7.2.2. Alejados de Viena. Un congreso paneuropeo sin representación oficial española.....	259
7.2.3. La idea de una Europa unida en el horizonte: los primeros análisis del proyecto paneuropeo	263
7.2.4. ¿Una Unión Paneuropea a la española? La Liga Europa pro Paz de Primo de Rivera	269
7.3. La sección española de la Unión Paneuropea	272
7.3.1. Las dificultades para encontrar candidatos	272
7.3.2. Los orígenes de la sección española de la Unión Paneuropea	275
7.3.3. Los doce paneuropeos: la primera directiva del grupo español	278
7.3.4. El desarrollo del grupo: objetivos, labor propagandística y resultados	285
Capítulo 8. El Memorándum Briand y su repercusión en España (1929-1931)	293
8.1. El protagonismo de España en la agenda internacional de 1929	293
8.1.1. Las Exposiciones de Sevilla y Barcelona: dos ejemplos de propaganda nacionalista	294
8.1.2.. El Congreso de la Unión Internacional pro Sociedad de Naciones	296
8.1.3. El otro congreso: la cooperación europea	299
8.1.4. El Consejo de la Sociedad de Naciones	302
8.2. El Memorándum Briand	304
8.2.1. El discurso ante la Asamblea de la SDN	305
8.2.2. El Memorándum sobre la federación europea	307
8.2.3. Un texto que no gustó a Europa. Las críticas al Memorándum	309
8.3. A vueltas con la soberanía nacional, la política y la economía. La opinión española sobre el Memorándum	310
8.3.1. El debate inicial: ¿una cuestión estrictamente económica?	310
8.3.2. El Memorándum francés: la opinión de la prensa y el Gobierno	319
8.3.3. Las propuestas europeístas españolas	327
8.4. Europa y la Segunda República: notas para un epílogo.....	333
8.4.1. El último suspiro del europeísmo español	334
8.4.2. La paradoja de la Segunda República: con Europa y sin Europa	335
Conclusiones.....	339
Bibliografía y documentación.....	351

AGRADECIMIENTOS

Cuando me planteé realizar esta tesis doctoral, no era en absoluto consciente de lo que implicaba un reto de esa magnitud. No recuerdo el momento exacto en el que decidí emprender este largo y azaroso viaje, pero sin lugar a dudas volvería a hacerlo, a pesar de que han sido años de desvelos, soledades, preocupaciones, correcciones y muchas dudas, quizás demasiadas. Ahora que este trabajo ha llegado a su fin puedo afirmar que todas estas dificultades me han hecho más fuerte. Gracias a ellas he crecido como persona, e incluso me atrevo a decir que, a mi manera, he madurado.

Si se comparan con las satisfacciones personales y profesionales que me ha proporcionado esta aventura, los momentos oscuros –necesarios para que pueda existir cualquier luz– quedan reducidos a un tamaño tan irrelevante que resulta, incluso, hasta sorprendente. Por eso prefiero utilizar estas líneas para expresar mi gratitud a todas las personas, colectivos e instituciones que, de distinta forma, han contribuido a que este proyecto se haya podido concluir.

Primero de todo, agradezco al Ministerio de Educación que tuviera a bien concederme, en 2009, una beca de investigación del Programa de Formación del Profesorado Universitario. Sin esta ayuda, habría sido imposible dedicarme en exclusiva a la realización de mi proyecto de tesis, aunque también hay que reconocer que no siempre me lo pusieron fácil. La denegación de una estancia investigadora en Florencia –que tuve que autofinanciarme– y la supresión de la paga extra de Navidad de 2012 fueron dos de esas dificultades que, a largo plazo, me hicieron más fuerte.

Por supuesto, en el resultado final de este trabajo ha tenido mucho que ver el empeño de mi director, Salvador Forner Muñoz, que siempre creyó en mis posibilidades y al que agradezco sus consejos y sugerencias. Del mismo modo, quiero reconocer la excelente acogida que me brindó desde el primer momento el Departamento de Humanidades Contemporáneas de la Universidad de Alicante. En especial, estoy en deuda con el profesor Emilio La Parra López y las profesoras Mónica Moreno Seco y Heidi Senante Berendes. Asimismo, quisiera destacar el magnífico trato que me dispensó Pilar Folguera Crespo, mi tutora durante mi estancia investigadora en la Universidad Autónoma de Madrid.

Una tesis doctoral implica visitar un gran número de instituciones, archivos o bibliotecas. En todos estos lugares siempre me sentí como en casa y pude sacar el máximo rendimiento a todas las horas que pasé encerrado en una sala de lectura. Desde

estas líneas quiero expresar mi agradecimiento a todos los profesionales –anónimos para mí– que me atendieron y me ayudaron en la Biblioteca Nacional, el Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores, el Archivo Histórico Nacional, la Fundación Antonio Maura, la Real Academia de la Historia, la Biblioteca del Ministerio de Trabajo, la Biblioteca Nacional de Cataluña, la biblioteca general del Instituto Europeo de Florencia y los Archivos Históricos de la Unión Europea. Aparte de todas estas visitas físicas, también he invertido incontables horas en las distintas hemerotecas digitales que hay disponibles en la red. Sin este compromiso por la digitalización de las fuentes de nuestro pasado, no podría haber accedido a gran parte del material al que hago referencia.

La visita a instituciones y centros de trabajo, la asistencia a varios congresos o el disfrute de estancias investigaciones me han sido muy útiles para consolidar mis conocimientos metodológicos. Pero al mismo tiempo, todas estas experiencias también me han servido para ampliar mis horizontes vitales y hacerme un poco más cosmopolita. Estoy seguro que, de alguna forma u otra, soy lo que soy ahora gracias a las ciudades de Madrid, Florencia, Granada, Santander, Valencia, Barcelona, Vitoria y Logroño.

Para realizar una tesis doctoral en condiciones, me atrevería a decir que es esencial estar rodeado de la gente correcta para evitar caer en obsesiones y en comportamientos antisociales. Esta afirmación siempre la tuve muy presente, pero en cambio desconocía que una tesis también podía ser la excusa que te acercara a compañeros y compañeras con los que he vivido grandes momentos e, incluso, para unirte de por vida a personas muy especiales. A Ángeles le agradezco su generosidad y simpatía en Valencia; a Fátima y Rosalía, los buenos momentos en la cara B de los congresos; a Fran, sus oportunas recomendaciones sobre cómo rematar la tesis; a Jorge, su ayuda desinteresada siempre que se la he pedido; a Juan Carlos, su amabilidad cuando nos hemos encontrado por el mundo de los congresos. En cuanto a Maxi, le agradezco el interés que siempre ha mostrado en mis investigaciones, así como sus siempre interesantes consejos. En el cuadro de honor está, con todo merecimiento, Javi, una de las mejores personas que he conocido en este periplo, que siempre ha estado dispuesto a ayudarme en lo que hiciera falta, hasta el punto de acogerme en su piso de Granada. Y no puedo olvidarme de Pili, una de las grandes amistades que me ha regalado la tesis. Sólo por haberme encontrado con una persona así, han merecido la pena todos los esfuerzos.

A mis compañeros de beca –y de despacho– les corresponde estar en una categoría especial. A Ferran siempre le agradeceré que me hiciera de guía por Madrid y que me explicara todos los entresijos de la Biblioteca Nacional. Además, nuestras conversaciones deportivas y políticas mientras devorábamos una buena pizza han sido pieza fundamental del contenido extracurricular de este trabajo. También quisiera acordarme de Bárbara, todo un ejemplo como luchadora precaria. Por su parte, agradezco a Nacho su excelente capacidad de análisis, muy útil en mis incontables momentos de crisis. Por último, mi querida Adri merece un reconocimiento especial: desde aquí te doy las gracias por haber dejado de ser una simple compañera para convertirte en una de mis mejores amigas, por ser mi confidente siempre que te he necesitado, por tus acertados consejos académicos. En definitiva, por haberle dado un toque de calidad a esta odisea.

Los amigos de toda la vida, los autóctonos, esos que están casi en el ADN, siempre tendrán mi gratitud, especialmente por los maravillosos momentos que hemos pasado juntos y por haberme hecho entender que hay cosas más importantes que una tesis doctoral. Muchas gracias a Mauro, Jorge, Sandra, Montse y Xavi –además de por todo lo anterior, por haberme alojado en su casa de Barcelona dos veces– Lirios, Christian y Mauri. También doy las gracias a mi *brother* estadounidense Nick, que nunca dudó de que conseguiría terminar la tesis. Y, cómo no, a mi amiga Laura, que apareció en mi vida en la última fase de este trabajo. Su apoyo incondicional y sus buenos consejos –sobre todo cuando todo parecía que se veía abajo– contribuyeron decisivamente a que encarara la fase de redacción con mucha más tranquilidad de la esperada.

Ya para concluir, quiero acordarme de mi familia, de los que están y los que se fueron. Gracias, de verdad, por vuestra desmedida confianza en mis posibilidades y por no dejar nunca de animarme. Me gustaría personalizar en mi abuelita Delfina, un ser humano excepcional que nunca dejará de sorprenderme. Y, por supuesto, no pueden faltar mis padres, Chelo y Guillermo, a los que siempre agradeceré que hayan estado a mi lado en los buenos y, sobre todo, en malos momentos, y que me hayan proporcionado una educación y unos valores inmejorables. De no ser así, hoy no estaría redactando estas líneas.

INTRODUCCIÓN

El presente trabajo tiene, como principal objetivo, analizar las características del europeísmo en España entre 1914 y 1931. Se trata de un objeto de estudio novedoso y hasta cierto punto innovador, apenas tratado en la historiografía, ya sea española o internacional. Esta circunstancia obliga a realizar algunas precisiones. En primer lugar, en lo que respecta a su definición, el europeísmo español de este periodo se configuró como una corriente de pensamiento con dos propósitos bien definidos: la modernización del país a través de la homologación con Europa y, por otro lado, la aspiración de lograr la unidad política y económica del viejo continente.

La segunda aclaración previa tiene que ver con el marco teórico utilizado. Para realizar esta tesis doctoral nos hemos basado en enfoques relacionados con la historia política, la historia de las ideas y la historia de los intelectuales. Obviamente, el Estado-nación español es el principal punto de referencia, razón por la cual se han tenido en cuenta las conexiones –y desconexiones– entre los discursos nacionales y los enfoques europeístas. Por eso, el sujeto colectivo predominante en este trabajo ha sido la élite intelectual, identificada con una idea de Europa sinónimo de modernización, progreso social, económico o político, y unificación transnacional. De manera secundaria, también hemos incorporado planteamientos pertenecientes a la historia de los conceptos, la historia de las relaciones exteriores, la historia cultural y la historia transnacional. Finalmente, tampoco podemos obviar la importancia que en este marco teórico han tenido otras disciplinas colindantes, como la ciencia política o la filosofía.

Las hipótesis de partida que nos planteamos en este trabajo tienen que ver, en primer lugar, con la importancia de la idea de Europa en un periodo convulso como la Gran Guerra y la inmediata posguerra. Es cierto que –tal y como veremos en los capítulos correspondientes–, el pensamiento europeísta nunca fue demasiado relevante durante esos años, pero entendemos que sí contribuyó a la configuración de un pensamiento político democrático que se pondría en práctica durante la Segunda República. En segundo lugar, este trabajo también pretende demostrar que España estuvo interconectada con el panorama internacional y europeo mucho más de lo que se cree. Por último, intentamos dar respuesta a otro planteamiento inicial: hasta qué punto la intelectualidad y los gobiernos españoles participaron en el debate europeísta generado tanto en la Primera Guerra Mundial como en la primera etapa del periodo de entreguerras.

Cualquier contribución historiográfica tiene, en mayor o menor medida, una relación directa con el tiempo presente de su autor. En nuestro caso, hemos sido testigos de la consolidación del proyecto europeísta iniciado en 1957. La libre circulación de personas, mercancías y capitales en los países de la Unión Europea debe entenderse como uno de los mayores hitos de la historia de Europa. Sin embargo, en las últimas décadas, este logro excepcional se ha diluido y ha perdido parte de su atractivo inicial. En la actualidad, la movilidad transnacional y el entendimiento pacífico entre países – algo con lo que muchos intelectuales soñaron hace un siglo– se ha convertido en un elemento más de nuestra cotidianidad. A finales del convulso siglo XX, el entonces presidente checo Vaclav Havel reflexionó sobre la identidad europea y acerca de la autoimagen de los ciudadanos nacidos en Europa¹:

“son tan intrínsecamente europeos que no son conscientes de ello. No se llaman a sí mismos europeos. Cuando se les pregunta en las encuestas de opinión, se muestran ligeramente sorprendidos por tener que proclamar de repente su pertenencia europea”.

Evidentemente, el europeísmo de principios del siglo XX nada tiene que ver con el del siglo XXI. Consideramos que las interpretaciones teleológicas que se apoyan en la existencia de un único europeísmo no tienen ninguna razón de ser. Sin embargo, echamos en falta la defensa de una herencia común europea más sólida –alejada por supuesto de estereotipos– que ayude a conformar un espacio de debate en el que confluyan el pasado, el presente y el futuro del ideal europeísta.

Si centramos este problema en el contexto nacional español, la situación es, cuanto menos, preocupante. España ha sido uno de los países más europeístas desde los años 60 del siglo pasado; no obstante, la situación actual no es ni mucho menos tan idílica, ya que, al igual que en el resto del continente, en la última década se ha producido una importante desafección entre la ciudadanía y el proyecto de integración europea. Aunque no está entre nuestros objetivos realizar un análisis de las causas de esta divergencia, podemos apuntar algunos factores, como la crisis económica de 2008, la falta de identificación con las instituciones europeas y, por último, la ausencia de un relato histórico adecuado, una cuestión que se ha analizado con detalle en el capítulo primero.

¹ Vaclav HAVEL: “¿Existe una identidad europea?”, *El País*, 2 de julio de 2000.

En 2009, cuando esa tesis era poco más que un modesto esquema, tan sólo el 44 por 100 de los españoles llamados a las urnas votó en las elecciones al Parlamento europeo. Fue el índice de participación más bajo de toda la serie histórica en nuestro país. Cinco años después, el dato apenas mejoró unas décimas. Desde el terreno de la sociología y la ciencia política se ha intentado explicar este fenómeno. Estas explicaciones –en las que tampoco nos detendremos– comparten un diagnóstico principal: las dificultades para impulsar una identidad europea fuerte, una circunstancia que entronca con el poco peso que tiene el pasado compartido por los europeos. Es evidente que no se ha construido un imaginario europeo que los ciudadanos sientan como propio, algo que en España es todavía más notorio. La neutralidad de España durante las dos guerras mundiales ha tenido, posiblemente, mucho que ver, pero esto no significa que España haya estado permanentemente aislada de Europa.

La cuestión de la identidad europea sigue siendo una de las asignaturas pendientes de la UE. A través de sus encuestas demoscópicas, las instituciones europeas preguntan con cierta frecuencia a sus ciudadanos cómo se ven a sí mismos en un futuro cercano. El último Eurobarómetro que contenía esta pregunta se publicó en septiembre de 2013². En el conjunto de la Unión, un 38 por 100 de las personas encuestadas se consideraba únicamente parte de una comunidad nacional determinada. En cambio, un 49 por 100 prefería hablar de una doble identidad: primero nacional y, en segundo lugar, europea. En España, los resultados no difieren demasiado de la media, e incluso se podría decir que hay una mayor conciencia de esta identidad mixta o compartida: un 32 por 100 se identificaba únicamente con el Estado-nación al que pertenecen, mientras que un 52 por 100 añadieron a esta identidad española la cualidad de ser europeos. En este mismo Eurobarómetro también se preguntó sobre los elementos que han contribuido a la construcción de la identidad europea³. En el conjunto de la UE, el euro fue la opción más escogida, con un 42 por 100. A continuación le seguían los valores de democracia y libertad, con un 40 por 100; la historia, por su parte, fue escogida por el 27 por 100 de la muestra; finalmente, la cultura fue el cuarto elemento más nombrado, con un 26 por 100. En España, los resultados fueron un poco distintos: sin lugar a dudas, el Euro fue el rasgo identitario más nombrado (52 por 100); en cuanto a los otros tres elementos, los porcentajes estaban muy alejados de la media europea (29, 15 y 18

² *European Parliament Eurobarometer (EB 79.5) 'One year go until the 2014 European elections'. Institutional Part*, págs. 23-25. http://www.europarl.europa.eu/pdf/eurobarometre/2013/election/synth_finale_en.pdf.

³ *Ibid.*, págs. 29-31. Los encuestados podían dar hasta un máximo de tres respuestas.

por 100) respectivamente. De hecho, España fue el país que menos importancia dio al componente histórico.

La escasa relevancia que habitualmente se concede a elementos como la libertad, la democracia, la cultura o la historia indica que el relato europeo que se ha construido en España es muy superficial y está vacío de contenido. Esta artificialidad está vinculada, además, con la advertencia que dejó caer Antonio Moreno Juste hace relativamente poco: en su opinión, el gran relato sobre Europa en España está agotado⁴. El principal objetivo había sido lograr la normalización y la homologación con Europa a distintos niveles, una aspiración que se logró plenamente con la integración en la UE. Esta meta, en realidad, no había variado desde las primeras décadas del siglo XX, tal y como hemos analizado en el conjunto de los capítulos que siguen a este texto introductorio. Por eso, aunque se trate de dos contextos muy diferentes, tienen puntos de confluencia. El problema sobre el agotamiento de esta narrativa es evidente, ya que existe el peligro real de que la idea de Europa se quede sin contenido. En este sentido, nuestra aportación historiográfica se justifica porque pone en valor los orígenes –o raíces históricas– del europeísmo español. Sólo mediante la reflexión sobre el pasado será posible construir una nueva narrativa europea. Al mismo tiempo, creemos que un mejor conocimiento de la relación entre España y la idea de Europa –tomando como punto de referencia este primer europeísmo– puede contribuir a un fortalecimiento de la identidad europea.

En cuanto a la delimitación cronológica de este trabajo, hemos optado por un marco temporal poco frecuente, al menos en la historiografía española. Respecto al punto de partida, no hay dudas de que 1914 es un año clave en la historia de la contemporaneidad. Según Eric Hobsbawm, la Primera Guerra Mundial marca el inicio del llamado siglo XX “corto”, que concluiría años después con el derrumbe del bloque comunista en el este de Europa⁵. Este conflicto también fue clave para el desarrollo definitivo del pensamiento europeísta. En España, a pesar de no participar en la guerra, se dio este mismo proceso. Pero 1914 fue también un año muy importante desde un punto de vista interno, ya que nos encontramos en un momento en el que se empiezan a advertir algunos cambios decisivos, derivados de la crisis del sistema del turno político.

⁴ Antonio MORENO JUSTE: “El fin del relato europeo. La crisis del proceso de integración y su impacto sobre las narrativas europeas”, *Revista de Derecho Comunitario Europeo*, 45 (2013), pág. 626. Este autor habla del fin del relato europeo de una manera generalizada, por lo que debe entenderse como un proceso que se está produciendo en todo el continente.

⁵ Eric J. HOBSBAWM: *Historia del siglo XX*, Barcelona, Crítica, 1995.

A partir de ese instante se observa una mayor inestabilidad en los Ejecutivos, que rara vez agotarían su mandato. Conservadores y liberales siguieron copando la mayor parte de los escaños en el Congreso de los Diputados, pero el control electoral había perdido parte de su eficacia. Desde 1914, los partidos extradinásticos fueron ganando cada vez más terreno en los grandes núcleos urbanos. En Cataluña, donde la hegemonía de la *Lliga Regionalista* era indiscutida, se puso en marcha la *Mancomunitat*, una institución que había sido una de las principales reivindicaciones del catalanismo político. Por último, hay que señalar que este año también fue clave para una parte de la intelectualidad que decidió participar activamente en la regeneración política de España. En el mes de marzo, José Ortega y Gasset pronunció en el madrileño Teatro de la Comedia, su célebre conferencia sobre la nueva y la vieja política, un acontecimiento que, según Manuel Menéndez Alzamora, ha de entenderse como “la puesta de largo de la Generación del 14 y su adjetivación como *política*”⁶.

El límite cronológico lo situamos dos décadas después, en 1931, un año que todavía hoy tiene una elevada carga de simbolismo. Con la Segunda República se inauguró una nueva etapa en la historia de España que, en muchos aspectos, rompió con el pasado reciente. Se trata, pues, de un periodo con una entidad histórica y un desarrollo propios. La delimitación temporal que hemos propuesto nos permite explicar con detalle la evolución del europeísmo español y su imbricación con la evolución política nacional e internacional y las principales líneas de pensamiento político. Si extendiéramos la cronología hasta 1936 –o 1939–, el objeto de esta tesis doctoral quedaría diluido, mientras que su estructura interna estaría demasiado fragmentada. Además, hay que tener en cuenta que los principales movimientos europeístas del periodo de entreguerras –de los que nos hemos ocupado en los últimos capítulos– experimentaron un rápido declive en los primeros años de la década de 1930⁷. Por tanto, la elección de 1931 se sustenta, a la vez, por los contextos nacional e internacional.

Una vez explicados los objetivos, las motivaciones para realizar este proyecto y la delimitación temporal, nos ocuparemos de la estructura. El contenido se ha dividido en tres partes, atendiendo a criterios cronológicos. La primera de ellas consta de dos capítulos dedicados, respectivamente, a aspectos teóricos –tanto conceptuales como

⁶ Manuel MENÉNDEZ ALZAMORA: *La Generación del 14. Una aventura intelectual*, Madrid, Siglo XXI, 2006, pág. 231.

⁷ Carl H. Pegg, uno de los pioneros en el estudio del europeísmo de principios de siglo a nivel global, restringió su investigación entre los años 1914 y 1932. Véase Carl H. PEGG: *Evolution of the European Idea, 1914-1932*, Chapel Hill, The University of North Carolina, 1983.

metodológicos– y a los orígenes del pensamiento europeísta en el continente y en España. El capítulo primero tiene una extensión menor que el resto de los apartados, y debe entenderse como una continuación directa de esta introducción. Se aportan en el mismo nuevos enfoques a la reflexión teórica sobre el significado de Europa y sus principales características. Se analiza también la evolución del pensamiento europeísta hasta 1914, así como su interrelación con los discursos nacionalistas. Por último, en este primer capítulo se incluye una propuesta para renovar la narrativa sobre la historia de Europa y el pensamiento europeísta. Por su parte, el segundo capítulo se ocupa de la tradición europeísta anterior a 1914. También analiza la influencia del “Desastre” de 1898 en el regeneracionismo, un movimiento intelectual que tuvo a la europeización del país entre sus prioridades. En este capítulo también nos hemos ocupado de la presencia de este discurso europeizador en las distintas culturas políticas de la Restauración, y también en el pensamiento de intelectuales como Joaquín Costa, Ramiro de Maeztu y José Ortega y Gasset.

La segunda parte de esta tesis doctoral está compuesta de tres capítulos. Nos hemos centrado en explicar la evolución y el contenido del europeísmo español entre 1914 y 1923. El impacto de la Primera Guerra Mundial en España y su relación con el europeísmo ha centrado los capítulos tercero y cuarto. En concreto, hemos analizado la transformación del pensamiento europeísta a partir de 1914, a través del debate entre aliadófilos y germanófilos. También se ha tratado una cuestión que tradicionalmente no ha recibido demasiada atención, como son las reflexiones sobre la unidad de Europa, entre las que destacamos la propuesta del intelectual Eugeni d’Ors de defender la unidad moral de Europa. Por su parte, el capítulo quinto está dedicado a las consecuencias directas de la Gran Guerra, como el impacto de la Sociedad de Naciones y el pensamiento universalista en el europeísmo español, o la pérdida de confianza en Europa por parte de algunos de los intelectuales que habían abrazado esta idea.

La última parte de la tesis arranca en 1923 con el inicio de la Dictadura de Primo de Rivera y se extiende hasta 1931. El capítulo sexto profundiza todavía más en la crisis del europeísmo y analiza la repercusión en España del pensamiento de Oswald Spengler y de su obra, *La decadencia de occidente*. Este apartado, que comprende hasta 1926, se ocupa de la evolución ideológica de la Dictadura de Primo de Rivera, así como del discurso europeísta de buena parte de la intelectualidad opositora. Los dos últimos capítulos abarcan el periodo restante de la Dictadura y se ocupan, de manera casi exclusiva, de la presencia en España de las dos iniciativas unionistas que surgieron

durante el periodo de entreguerras: la Unión Paneuropea del conde Coudenhove-Kalergi por un lado, y el Memorándum sobre una unión federal europea impulsado por Aristide Briand y el Gobierno francés por otra. Hemos analizado, sobre todo, la génesis y evolución del grupo español de la Unión Paneuropea, y los debates que se generaron en torno al Memorándum, tanto en la prensa como en el seno del Gobierno. Finalmente, nos hemos ocupado, a modo de breve epílogo, del ocaso del pensamiento europeísta durante los primeros años de la Segunda República.

La investigación que hemos realizado pretende cubrir, en definitiva, un vacío historiográfico. Hasta hace relativamente poco, el pensamiento europeísta entre 1914 y la década de 1930 había pasado prácticamente desapercibido en la historiografía internacional. A menudo se le ha considerado como jerárquicamente inferior al europeísmo desarrollado a partir de la década de 1960, y en otras ocasiones ha sido directamente ignorado u olvidado. Por fortuna, esta visión ha empezado a cambiar en los últimos años, si bien a paso lento y con muchos matices. Además del ya citado libro de Carl Pegg, lo cierto es que apenas se han publicado monografías o artículos que se dediquen en su conjunto a analizar este europeísmo de principios del siglo XX. El mejor ejemplo, por no decir el único relevante, es la tesis doctoral de Katiana Orlic, aunque está enfocada en la Unión Paneuropea⁸. En realidad, la mayoría de trabajos sobre el europeísmo de entreguerras tienen que ver con los dos planteamientos teóricos más importantes que se propusieron⁹. En cualquier caso, este primer europeísmo también está presente en investigaciones de carácter más general, en las que se realiza un análisis en perspectiva de la idea de Europa durante el siglo XX o, incluso, desde sus orígenes más remotos¹⁰.

⁸ Katiana ORLUC: *Europe between Past and Future: Transnational Networks and the Transformation of the Pan-European Idea in the Interwar Years*, tesis doctoral, Florencia, European University Institute, 2005.

⁹ Véase Antoine FLEURY (ed.): *Le plan Briand d'union fédérale européenne: Perspectives nationales et transnationales, avec documents*, Berlín, Peter Lang, 1998; Sylvain SCHIRMANN (dir): *Organisations internationales et architectures européennes. 1929-1939*, Metz, Publications du CRHCEO, 2003; o también Anne-Marie SAINT GILLE: *La "Paneurope". Un débat d'idées dans l'entre-deux-guerres*, París, Presses de l'Université de Paris-Sorbone, 2003. Es una cuestión que está presente en la producción historiográfica de varios países. Es el caso del italiano Matteo IANNÒ: *Paneuropa, una proposta. Coudenhove Kalergi e l'unione dell'Europa*, Reggio Calabria, Laruffa Editore, 2008. O de la austriaca Anita ZIEGERHOFER: "Austria and Aristide Briand's 1930 Memorandum", *Austrian History Yearbook*, vol. XXIX (1998): part 1, págs. 139-160.

¹⁰ Se trata, sin embargo, de investigaciones que han supuesto una renovación metodológica y de contenidos en el terreno del europeísmo en general. Los estudios sobre la idea de Europa durante el primer tercio del siglo XX son escasos, pero aún así hay aportaciones relevantes. Véase sobre todo el enfoque culturalista de Anthony Pagden, que coordinó una ambiciosa obra dedicada a la idea de Europa desde sus orígenes en la antigua Grecia. Anthony PAGDEN (ed.): *The Idea of Europe: From Antiquity to the European Union*, Nueva York, Cambridge University Press, 2002. Por su parte, el historiador francés

La situación en la historiografía española es parecida. Los pocos estudios que se han realizado no son más que una primera toma de contacto en los que se echa en falta un mayor nivel de profundización¹¹. Al igual que ha ocurrido en Europa, en las últimas dos décadas se han publicado estudios y artículos sobre las vinculaciones entre la idea de Europa y la historia de España en el siglo XX. Sin embargo, si analizamos su contenido, en muchas ocasiones esta primera formulación europeísta ocupa sólo unas pocas líneas¹². De hecho, una de las causas que explican esta falta de interés la encontramos en la tradicional escasa presencia de la Primera Guerra Mundial en la historiografía nacional, una circunstancia que, afortunadamente, está empezando a cambiar en los últimos años¹³. Por tanto, si se consolida este cambio de tendencia, es posible que, en el futuro, aumente la producción científica sobre los orígenes del europeísmo en la España del siglo XX.

Respecto a la segunda parte de nuestra investigación, no existen estudios sobre el grupo español paneuropeo¹⁴. Tampoco hay análisis dedicados al pensamiento

René Girault promovió hace más de dos décadas un libro colectivo en el que cada autor explicaba cómo había evolucionado el ideal europeo en sus respectivos países durante el siglo XX. René GIRAULT (dir.): *Les Europe des européens*, París, Publications de la Sorbonne, 1993. Este planteamiento –basado sobre todo en el contexto nacional– es, como se puede comprobar en el capítulo 1, una de las piedras angulares de este trabajo. Por último, también destacamos aportaciones de Judt, Delanty o McCormick. Tony JUDT: *A Grand Illusion? An Essay on Europe*, Londres, Penguin Books, 1996; Gerard DELANTY: *Inventing Europe. Idea, Identity, Reality*, Chatham, MacMillan Press, 1995; John MCCORMICK: *Europeanism*, Oxford, Oxford University Press, 2010.

¹¹ Nos referimos, sobre todo, a la obra de Paul AUBERT (ed.): *Les espagnols et l'Europe (1890-1939)*, Toulouse, Presses Universitaires du Mirail, 1992. En este libro, el hispanista francés recopila una cantidad considerable de artículos sobre la imagen que los españoles tuvieron de Europa durante aproximadamente el primer tercio del siglo XX. También hay que destacar un artículo, publicado hace poco más de una década, que comparte algunos de los planteamientos de esta tesis doctoral, si bien no incluye la etapa de 1914-1918 y, en cambio, amplía el marco cronológico hasta el final de la Guerra Civil Española. Se trata, en cualquier caso, de una aproximación general sobre el europeísmo español de entreguerras. Véase Emilio DE DIEGO: “Una percepción de la idea de Europa en España durante el periodo de entreguerras 1918-1939”, *Cuadernos de Historia Contemporánea*, núm. extraordinario (2003), págs. 311-324.

¹² Es el caso, por ejemplo, de la reflexión de José Luis ABELLÁN: “El significado de la idea de Europa en la política y en la historia de España”, *Sistema*, 86-87 (1991), págs. 31-44. Sobre esta cuestión es obligatorio mencionar a Antonio Moreno Juste, sin duda uno de los autores más preocupados por analizar la narrativa europea en España en el pasado siglo. Véase uno de sus artículos más completos: Antonio MORENO JUSTE: “Las relaciones España/Europa en el siglo XX: notas para una interpretación”, *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 22 (2000), págs. 95-133. Fuera de este intento por teorizar las distintas etapas del europeísmo español se sitúa Juan Beneyto, que publicó un sugerente libro que reúne breves perfiles sobre autores que se ocuparon de la idea de Europa. José María BENEYTO: *Tragedia y razón. Europa en el pensamiento español del siglo XX*, Madrid, Taurus, 1999. Aunque se ocupa del europeísmo sólo de manera tangencial, no podemos obviar la excelente obra de Manuel MENÉNDEZ ALZAMORA: *La Generación del 14...*

¹³ En la última década se han publicado algunos libros que, sin duda, han renovado los estudios sobre la Primera Guerra Mundial y su influencia en España. Véase, por ejemplo, Francisco J. ROMERO SALVADÓ: *España 1914-1918. Entre la guerra y la revolución*, Barcelona, Crítica, 2002; o el reciente libro de Maximiliano FUENTES CODERA: *España en la Primera Guerra Mundial*, Madrid, Akal, 2014.

¹⁴ En realidad, la única referencia es un artículo que publicamos durante la fase inicial de nuestro proyecto de tesis. Véase Guillermo J. PÉREZ CASANOVA: “Paneuropa y España: del europeísmo a la

uropeísta de intelectuales que se significaron en contra de la Dictadura de Primo de Rivera. En cambio, sobre el Memorándum Briand y su influencia en España existe un único artículo que se publicó hace tres décadas¹⁵. Nos encontramos, pues, ante un objeto de estudio prácticamente inexplorado en un periodo que poco a poco va ganando en interés.

Por último, para concluir con este texto introductorio, nos referiremos a la documentación consultada. Las fuentes utilizadas han sido variadas, y su elección ha estado sujeta tanto a crítica interna como a externa. En primer lugar, destacamos la importancia que la prensa escrita ha tenido en nuestra investigación. Muchos intelectuales europeístas expresaron su opinión a través de artículos –generalmente publicados en portada– manifiestos o entrevistas. En otras ocasiones, fueron los medios de comunicación los que se posicionaron mediante editoriales. Hemos consultado una gran cantidad de rotativos, desde diarios generalistas a revistas periódicas. Las distintas hemerotecas digitales disponibles han facilitado enormemente nuestro trabajo, aunque también hemos consultado ejemplares que todavía se encuentran microfilmados o en su estado original. Por razones obvias predominan los periódicos y semanarios publicados en Madrid y Barcelona. Aunque se ha tenido en cuenta la difusión y la tirada de las publicaciones, ha primado un criterio más cualitativo, por lo que también hemos incluido prensa de carácter regional o local. En algunas ocasiones, incluso, se ha consultado prensa extranjera de la época.

Las fuentes primarias de carácter bibliográfico también han sido fundamentales para la elaboración de este trabajo. Gracias a la consulta del fondo de la Biblioteca Nacional, hemos podido reconstruir la opinión sobre la Gran Guerra en España, o conocer mejor el pensamiento en torno a los proyectos europeístas de finales de la década de los veinte. Sobre este asunto, también es obligatorio mencionar el fondo

decadencia”, *Revista Universitaria Europea*, 11 (2009), págs. 45-60. Sin embargo, sí encontramos más aportaciones sobre la Unión Paneuropea y su creador en particular. Por ejemplo, el completo estudio introductorio que Guillermo Pérez Sánchez y Ricardo Martín de la Guardia realizaron en la renovada traducción española de *Paneuropa*. Véase Richard N. COUDENHOVE-KALERGI: *Paneuropa. Dedicado a la juventud de Europa*, Madrid, Tecnos, 2002. También destacamos el retrato biográfico sobre Coudenhove-Kalergi de Julio CRESPO MACLENNAN: *Forjadores de Europa: grandes europeístas y euroescépticos del siglo XX*, Barcelona, Destino, 2009, págs. 29-53; así como el breve estudio de Alicia CHICHARRO: “La idea de Europa en el pensamiento del conde Richard N. Coudenhove-Kalergi”, en Enrique BANÚS y Cristina BRANEA (eds.): *X Conferencia ‘European Culture*, Barcelona, Universitat Internacional de Catalunya, 2009, págs. 18-32.

¹⁵ María Teresa MENCHÉN BARRIOS: “La actitud de España ante el Memorándum Briand (1929-1931)”, *Revista de Estudios Internacionales*, vol. 6, 2 (1985), págs. 413-443.

digitalizado del sitio web archive.org, donde se pueden encontrar algunas de las principales obras de la literatura política de la España anterior a 1930.

La realización de esta tesis doctoral hubiera estado incompleta sin la consulta de documentación de archivo, sobre todo en lo que concierne a la última parte. Debido al objeto de estudio de nuestra investigación, no hay apenas documentación procedente del Archivo Histórico Nacional. En cambio, gracias al Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores hemos conocido la postura del Gobierno de Primo de Rivera sobre el pensamiento europeísta. La consulta de archivos personales también ha sido clave para entender mejor este proceso. Los archivos del Conde de Romanones y de Antonio Maura nos han permitido entender mejor algunos aspectos de los años posteriores a la Primera Guerra Mundial. Por su parte, la consulta del fondo de Joan Estelrich, depositado en la Biblioteca Nacional de Catalunya, ha sido fundamental para reconstruir al detalle la formación del grupo español de Paneuropa. Del mismo modo, la consulta del fondo de la Unión Paneuropea, que se encuentra en los Archivos Históricos de la Unión Europea en Florencia, nos ha proporcionado documentación inédita, a pesar de que no contiene los fondos del grupo español¹⁶.

Fruto de esta minuciosa consulta de las fuentes primarias, y del trabajo de cotejar los análisis recogidos en las fuentes secundarias, planteamos la siguiente tesis doctoral como el primer paso de un horizonte investigador mucho más amplio. Se trata, en definitiva, de un simple punto de partida para que, en el futuro, puedan llevarse a cabo investigaciones mucho más delimitadas y concretas sobre una cuestión con grandes posibilidades que, sin embargo, ha sido poco trabajada.

¹⁶ Este fondo es, en realidad, material fotocopiado del Archivo Militar de Rusia, donde se custodia toda la documentación generada por la Unión Paneuropea entre 1923 y 1938. El inventario puede consultarse en la red: <http://archives.eui.eu/en/fonds/181668?item=PAN/EU>.

CAPÍTULO 1. ENTENDIENDO EUROPA: UN CONCEPTO HISTÓRICO COMPLEJO

1.1. Los significados de Europa

Los conceptos son herramientas necesarias para poder expresar ideas o interpretar procesos históricos. Como señala Reinhart Koselleck, un concepto es esencial “para saber lo que sucedió, para almacenar el pasado en el lenguaje y para integrar las experiencias vividas en sus capacidades lingüísticas y en su comportamiento”¹. Estamos, pues, ante unas construcciones de carácter cultural condicionadas por el tiempo histórico. Dicho de otra forma, un concepto no puede ni permanecer estanco ni ser ajeno a la evolución histórica, por lo que su significado será diferente según las épocas². En ocasiones incluso podemos estar hablando de más de una definición. En un término como Europa, que además cuenta con una extensa cronología, todas estas características están presentes, aunque en ocasiones no resulte tan sencillo identificarlas.

1.1.1. Del continente a la idea

Las dificultades para definir Europa han estado presentes a lo largo de la historia, e incluso se mantienen en la actualidad. Se trata de un concepto tan interiorizado y asumido que no siempre se ha explicado correctamente. En algunos ámbitos, ni siquiera se ha intentado. Por extraño que parezca, en el Tratado de la Unión Europea, firmado en la ciudad neerlandesa de Maastricht en 1992, no hubo ninguna línea dedicada a la definición de Europa³.

¹ Reinhart KOSELLECK: “Historia de los conceptos y conceptos de historia”, *Ayer*, 53 (2004), pág. 31.

² Sobre esta cuestión, véase Joaquín ABELLÁN: “En torno al objeto de la ‘Historia de los conceptos’ de Reinhart Koselleck”, en Enrique BOCARDO CRESPO (ed.): *El giro contextual. Cinco ensayos de Quentin Skinner, y seis comentarios*, Madrid, Alianza, 2007, págs. 215-248. El texto se puede consultar a través de internet: <http://pendientedemigracion.ucm.es/info/abellan/investigacion/historiapdf/historiaconceptosrkoselleck..pdf>. Otros autores han hablado de la importancia de la experiencia histórica colectiva y el espacio público para la elaboración de conceptos. Véase Antonio GÓMEZ RAMOS: “El trabajo público de los conceptos”, *Isegoría. Revista de Filosofía Moral y Política*, 37 (2007), pág. 188.

³ En el preámbulo del Tratado de la Unión Europea de 1992 únicamente se habla de “la necesidad de sentar unas bases firmes para la construcción de una futura Europa”. Según David Green, los Estados miembros intentaron definir oficialmente el término Europa, pero la propuesta no prosperó. David M. GREEN: *The Europeans. Political identity in Emerging Polity*, Boulder - Londres, Lynne Rienner Publishers, 2007, pág. 43. En la posterior reforma de este texto –lo que comúnmente se conoce como el Tratado de Lisboa (2007)– se añadió una referencia a la “herencia cultural, religiosa y humanista de

Si contemplamos una simple fotografía del globo terráqueo tomada por satélite, no tardaremos en advertir que Europa no ocupa más que un diminuto espacio situado en el hemisferio norte, apenas un 7 por 100 del total de la superficie terrestre. Este sencillo ejercicio de observación evidencia que la definición geográfica de Europa presenta algunos problemas. En primer lugar, este espacio no puede ser calificado como un continente; en todo caso se trataría de un subcontinente, una parte del gran continente euroasiático que ocupa poco más de un tercio de la masa del planeta. Con una gran dosis de ironía, el historiador y ensayista Jacques Barzun definió a Europa como “la península que se sobresale de la gran masa asiática sin solución de continuidad y que se califica ridículamente de continente”⁴. Por su parte, Derrida la describió como un cabo, un pequeño promontorio geográfico o un mero apéndice del continente asiático⁵. En segundo lugar, sus fronteras geográficas no están ni mucho menos claras: ¿Dónde termina Europa y dónde comienza Asia? Ni la misma Unión Europea se ha pronunciado al respecto. Tradicionalmente se ha considerado que los montes Urales son la frontera natural entre estos dos continentes. Sin embargo, William Parker demostró hace más de cinco décadas que este límite ha ido variando según las épocas. Esto es debido a que, en última instancia, las fronteras geográficas del continente europeo dependen de convencionalismos de tipo político, histórico o cultural⁶.

Dentro de esta definición de Europa, es interesante distinguir entre Occidente y Europa del Este, ya que la historiografía y la intelectualidad –sobre todo después de la Ilustración– apenas han prestado atención al segundo grupo. Como señala Bo Stråth, “*the construction of Eastern Europe was a paradox of simultaneous inclusion and exclusion. Europe, but at the same time, not Europe*”⁷. Esta distinción no es tan extraña, ya que incluso dentro del Occidente europeo se ha discutido la europeidad de algunos de sus miembros. Sin ir más lejos, entre finales del siglo XIX y principios del XX, una

Europa”, pero no se incluyó una definición. El texto de los tratados se puede consultar en la sitio web oficial de la Unión Europea: <http://eur-lex.europa.eu/collection/eu-law/treaties.html>.

⁴ Jacques BARZUN: *Del amanecer a la decadencia*, Madrid, Taurus, 2001, pág. 30.

⁵ Jacques DERRIDA: *The Other Heading. Reflections on Today's Europe*, Bloomington - Indianapolis, Indiana University Press, 1992, pág. 21.

⁶ William H. PARKER: “Europe: How Far?”, *The Geographical Journal*, vol. 26, 3 (1960), págs. 278-297. Sobre el dinamismo del concepto geográfico de Europa a través de la historia, véase John G. A. POCKOCK: “Some Europes in Their History”, en Anthony PAGDEN (ed.): *The Idea of Europe...*, págs. 56-62. Para este veterano historiador, el concepto geográfico de Europa ha ido cambiando en paralelo a la evolución política y cultural de los distintos pueblos que poblaban el continente.

⁷ La invención del concepto “Europa oriental” está relacionada con la reafirmación de los valores atribuidos a la Europa occidental. Bo STRÅTH: “A European Identity: To the Historical Limits of a Concept”, *European Journal of Social Theory*, 5, 4 (2002), pág. 393.

buena parte de los intelectuales españoles tenía serias dudas sobre si España podía homologarse con otros países europeos.

Europa, por tanto, es algo más que una simple extensión geográfica con límites difusos. En realidad, debe entenderse también como una entidad cultural surgida de la historia y los campos de poder⁸. Se trataría, por tanto, de un concepto cuya apariencia ha cambiado en multitud de ocasiones⁹:

“Definitions of Europe have oscillated from cultural to geographical notions, but Europe is neither a geographical nor a purely cultural entity that can be specified with precision: both the borders and the cultural foundations of Europe have shifted too many times”.

En este sentido, Guillermo Pérez Sánchez ha reclamado que, en relación a Europa, los expertos dejen a un lado “el ámbito de lo geográfico” para adentrarse definitivamente en el dinamismo del “campo de la historia”¹⁰. Para el filósofo francés Edgar Morin, “Europa llegó a ser una noción geográfica precisamente por llegar a ser una noción histórica”¹¹. Es decir, que la idea de Europa fue anterior a su extensión geográfica.

1.1.2. La creación de la Europa imaginada

El pasado de Europa ha sido reinterpretado desde el presente. El éxito de la Comunidad Económica Europea durante los años 1950 y 1960 fue fundamental para la invención de la tradición europea. En esta reescritura de la historia del viejo continente confluyeron diversas interpretaciones: se concedió más importancia a los intentos de integración política y económica; se defendió la existencia de un concepto de Europa puro e inmutable; por último, se dejaron en un segundo plano las divisiones y los enfrentamientos bélicos que se produjeron en los siglos anteriores¹². Europa debe

⁸ John BORNEMAN y Nick FOWLER: “Europeanization”, *Annual Review of Anthropology*, vol. 26 (1997), pág. 489.

⁹ Vivienne BOON y Gerard DELANTY: “Europe and Its Histories. A Cosmopolitan Perspective”, en Hans-Åke PERSSON y Bo STRÅTH (eds.): *Reflections on Europe. Defining a Political Order in Time and Space*, Bruselas, Peter Lang, 2007, pág. 163.

¹⁰ Guillermo PÉREZ SÁNCHEZ: “El ideal europeísta, una manera de entender –y de hacer– Europa en el paso de un siglo a otro”, en Dalmacio NEGRO PAVÓN y Pablo SÁNCHEZ GARRIDO (eds.): *La identidad de Europa. Tradición clásica y Modernidad*, Madrid, CEU Ediciones, 2008, págs. 115-116.

¹¹ Edgar MORIN: *Pensar Europa. Las metamorfosis de Europa*, Barcelona, Gedisa, 1988, pág. 53.

¹² Véase, sobre todo, Tony JUDT: *A Grand Illusion?...*, págs. 3-4, y Gerard DELANTY: *Inventing Europe...*, pág. 2-3. Este autor definió la idea de Europa como una proyección histórica, que tendría su

entenderse, por tanto, como una construcción intelectual, similar a la que hay detrás de todos los discursos nacionales. Pese a que en las últimas décadas se han alzado algunas voces críticas, una parte de la historiografía todavía aceptaba, hacia 1990, esta imagen distorsionada y extremadamente idealizada de la historia de Europa¹³.

Si por algo se ha caracterizado la historia europea desde el siglo VIII hasta el siglo XX, es por la presencia constante de guerras y conflictos armados. Hace más de dos décadas, a Santos Juliá le sorprendía que “ninguna de las grandes teorías sobre la formación de Europa (hubiera) sido capaz de incorporar el fenómeno de la guerra como un factor determinante de su proceso histórico, de su economía y de su sociedad”¹⁴. Este olvido consciente del pasado violento de Europa condujo a interpretaciones discutibles sobre su historia. Uno de los mejores ejemplos es la popularización del concepto de guerra civil europea, que abarcaría tres décadas, entre 1914 y 1945¹⁵. Si se habla de una guerra fratricida es porque se da a entender que antes de la Primera Guerra Mundial el continente europeo había permanecido unido y en paz. Es cierto que en apenas tres décadas se alcanzó un nivel de destrucción sin precedentes, pero la historia de Europa no había sido precisamente una balsa de aceite. Sólo en el siglo XIX, la cantidad de conflictos civiles e internacionales es considerable. Sobre el peligro de aceptar esta narrativa europea ya advirtió hace algunos años Tom Lawson¹⁶:

“By distancing the idea of Europe from her twentieth-century violence the narrative of the making of Europe not only idealizes de future, but Europe itself. In the liberal dream Europe’s natural state is her future of freedom and democracy, of respect for the individual and human rights”.

razón de ser en el miedo de los europeos a fragmentarse de nuevo. Sobre la construcción de la historia de Europa, véase Cris SHORE: *Building Europe. The cultural politics of European integration*, Londres, Routledge, 2000, págs. 40-42, y Stuart WOOLF: “Europe and Its Historians”, *Contemporary European History*, vol. 12, 3 (2003), págs. 330-331.

¹³ En las vísperas del Tratado de Maastricht, por ejemplo, un historiador francés sostenía que muchos europeos todavía mantenían “la nostalgia de una Europa sin fronteras, unida por una comunidad de cultura y de destino”, a pesar de que ningún europeo vivo había vivido algo parecido. Alain PRATE: *Quelle Europe?*, París, Commentaire Julliard, 1991, pág. 41.

¹⁴ Santos JULIÁ: “La guerra en la formación de los Estados europeos”, en *Claves de Razón Práctica*, 1 (1990), pág. 56.

¹⁵ Su máximo exponente fue Ernst NOLTE: *La guerra civil europea, 1917-1945*, México, Fondo de Cultura Económica, 2001. En realidad, el concepto de guerra civil europea ya se había utilizado durante la Primera Guerra Mundial. Muchos intelectuales, entre los que se encontraba el catalán Eugeni d’Ors, interpretaron que en 1914 había concluido un periodo de concordia que se había extendido durante más de cuatro décadas, desde el final de la guerra franco-prusiana.

¹⁶ Tom LAWSON: “The Myth of the European Civil War”, en Richard LITTLEJOHNS and Sara SONCINI: *Myths of Europe*, Amsterdam – Nueva York, Editions Rodopi, 2007, págs. 277.

Uno de los problemas que presenta esta Europa imaginada es la pérdida de contacto entre la realidad y los hechos históricos. Es evidente que en la historia de Europa han existido espacios para el entendimiento y la concordia, pero esto no implica que se deban olvidar las rupturas, mucho más numerosas al menos hasta mediados del siglo XX. En opinión de Antonio Moreno Juste, el rigor es fundamental para no caer en estos errores¹⁷:

“el problema que continua pendiente de resolver es la reformulación de la historia de la integración europea en el sentido de una historia de la Europa integrada, no de la Europa soñada o la que debería ser, sino la que realmente existe”.

Edgar Morin, quizás consciente de la tentación de muchos de sus colegas por reescribir la historia europea, ofreció un punto de vista equidistante, teniendo en cuenta el contexto cultural y político de cada generación de historiadores¹⁸:

“No se trata, de ninguna manera, de volver a leer la historia europea, borrando públicamente las guerras y las divisiones. Se trata de volver a escribir la historia, tal como la hace cada generación, en función de las experiencias vividas en el presente que, proyectadas nuevamente al pasado con espíritu crítico, vuelven a iluminarlo con un nuevo enfoque”.

En cuanto a las raíces históricas del concepto de Europa, existe un consenso sobre su origen y es habitual situarlo en la antigua Grecia. Parece ser que la primera referencia explícita a Europa se encuentra en la *Teogonía* de Hesiodo, una obra poética sobre el origen de los dioses escrita alrededor del año 900 a.C¹⁹. Unos siglos más tarde, Heródoto de Halicarnaso, considerado el padre de la Historia, se preguntaba sobre el origen de Europa y las razones de su separación de Asia²⁰. La respuesta se puede encontrar paradójicamente en la mitología griega. Europa era una princesa fenicia, hija de Agénor, el rey de Tiro. Por tanto, de acuerdo con este mito, Europa tiene un origen asiático. Esta princesa tiria fue raptada por el dios griego Zeus, que había adoptado la forma de un toro blanco. Ya en la isla de Creta, Zeus se casó con ella, por lo que sus descendientes –y en extensión todos los cretenses– fueron considerados como los

¹⁷ Antonio MORENO JUSTE: “El proceso de construcción europea y las relaciones España-Europa”, *Circunstancia*, 25 (2011) <http://ortegaygasset.es/fog/ver/1176/circunstancia/ano-ix---n--25---mayo-2011/articulos/el-proceso-de-construccion-europea-y-las-relaciones-espana-europa>.

¹⁸ Edgar MORIN: *Pensar Europa...*, pág. 144.

¹⁹ Véase Bernard VOYENNE: *Historia de la idea europea*, Barcelona, Labor, 1970, pág. 16.

²⁰ *Ibid.*, pág. 15.

primeros europeos²¹. En opinión de Anthony Pagden, este relato mítico enmascara dos realidades históricas: en primer lugar, toda una tradición de enfrentamientos militares y políticos en el mediterráneo oriental, una zona en la que confluyeron multitud de civilizaciones y pueblos. En segundo lugar, el llamado “rapto de Europa” también puede interpretarse como la firme voluntad de la hélade griega de diferenciarse de los vecinos pueblos de Asia²². En este sentido, Josep Fontana explicó el origen de Europa como “el retrato falaz que los griegos hicieron de sí mismos” para marcar distancias con los pueblos bárbaros²³.

La idea de Europa no ha tenido las mismas características a lo largo de sus tres milenios de existencia. Evidentemente, podemos identificar algunas características comunes a todas las épocas, como por ejemplo la diferenciación entre el “nosotros” europeo y el resto de los pueblos que han habitado el orbe terrestre. Sin embargo, si afirmamos que ha habido una tradición espiritual europea, transmitida de cultura a cultura, de época a época, desde los albores de la antigua Grecia hasta la actualidad, estaríamos incurriendo en un error interpretativo²⁴.

Junto con la antigua Grecia, la Edad Media también ha sido considerada por algunos historiadores e intelectuales como la otra cuna de la idea de Europa. Hacia el final de la Segunda Guerra Mundial, Lucien Febvre afirmó que Europa era “una creación” del Medievo²⁵. Un año más tarde, el también francés Lucien Benda hablaba de la existencia de una comunidad espiritual europea de facto en la época medieval, si bien reconocía que este sentimiento había desaparecido con el paso de los siglos²⁶. Al reflexionar sobre la idea de Europa durante la Edad Media, Febvre y Benda tenían como

²¹ Los mitos –según ha precisado Luisa Passerini– se pueden utilizar como herramientas para entender mejor las relaciones entre el presente, el pasado y el futuro de la historia de la idea europea. Véase Luisa PASSERINI: “Dimensions of the Symbolic in the Construction of Europeanness”, ID. (ed.): *Figures d'Europe. Images and Myths of Europe*, Bruselas, Peter Lang, 2002, pág. 24. Sobre los orígenes mitológicos del concepto de Europa, véase Javier M. VALLE: *La Unión Europea y su política educativa. Tomo I. La integración europea*, Madrid, CIDE-Ministerio de Educación y Ciencia, 2006, págs. 9-10.

²² Los griegos, que compartían una cultura y una lengua comunes, rivalizaron con los persas y otros pueblos por controlar una importante área de influencia en el Mediterráneo. Así, el concepto de Europa tuvo, al mismo tiempo, un significado geográfico y cultural, aunque no se puede hablar de que se desarrollara una conciencia europea. En realidad, lo único que se alimentó fue una conciencia antiasiática. Anthony PAGDEN: “Europe: Conceptualizing a Continent”, en ID. (ed.): *The Idea of Europe...*, págs. 33-39.

²³ Josep FONTANA: *Europa ante el espejo*, Barcelona, Crítica, 1994, pág. 14.

²⁴ Un ejemplo de esta visión se encuentra en Christopher DAWSON: *Understanding Europe*, Washington D.C., The Catholic University of America Press, 2009 [1952], págs. 21-22.

²⁵ Lucien FEBVRE: *Europa. Génesis de una civilización*, Barcelona, Crítica, 2001, pág. 29. Esta obra nace de los apuntes de un curso que Febvre dictó entre 1944 y 1945 en el Collège de France.

²⁶ Véase Denis DE ROUGEMONT: *The Idea of Europe*, Nueva York, The MacMillan Company, 1966, pág. 359.

principal referente europeísta al Imperio carolingio. De hecho, todavía hoy se considera a Carlomagno como uno de los padres de la idea de Europa, y a su Imperio como un precedente directo de la actual Unión Europea²⁷. Sin embargo, es importante no caer en el error de establecer una narrativa europea común que se prolongue a lo largo de los siglos. Por muy importante que fuera Carlos I el Grande, no existe una relación directa entre este episodio histórico y los proyectos europeístas del siglo XX. En este sentido, Robert Frank es contundente²⁸:

“l’idée et l’identité européennes sont effectivement anciennes, elles ont beaucoup changé. Elles ont été tellement transformées au XXe siècle que c’est une illusion d’optique rétrospective que d’y voir une histoire linéaire et continue. Non, l’histoire des Européens ne conduit pas naturellement, automatiquement vers la construction de leur unité. Non, Charlemagne n’est pas l’ancêtre de Konrad Adenauer, ou de Robert Schuman”.

Evidentemente, cuando los griegos crearon el concepto de Europa, no estaban pensando en la integración política o económica de un continente que todavía no habían visualizado en su totalidad. Por su parte, Carlomagno gobernó un vasto imperio que ocupó buena parte de Europa, pero en ningún momento promovió una identidad europea. En cualquier caso, lo único que tendrían en común los pueblos europeos sería la religión, aunque sólo hasta el siglo XVI²⁹.

1.2. La unidad de Europa: definición, origen y evolución

Durante la antigua Grecia o el dominio de Roma, todavía no se tenía una identidad o consciencia de lo que significaba ser europeo, y ni mucho menos se había

²⁷ John MCCORMICK: *Europeanism*, Oxford, Oxford University Press, 2010, pág. 22. El simbolismo de esta figura histórica no ha decaído en absoluto. La principal evidencia la encontramos en el Premio Carlomagno, un galardón concedido anualmente por la ciudad alemana de Aquisgrán –una de las ciudades más importantes del Imperio carolingio– a una personalidad que haya destacado por su compromiso europeísta.

²⁸ Robert FRANK: “Évolution de l’idée d’Europe et des identités européennes, XIXe-XXe siècles”, en Evangelos CHRYSOS, Paschalis M. KITROMILIDES and Constantine SVOLOPOULOS (eds.): *The Idea of European Community in History. Conference Proceedings. Volume I*, Atenas, National and Capodistrian University of Athens, 2003, p. 213.

²⁹ Para el filósofo George Steiner, la idea de Europa cuenta con una doble herencia que procede de Atenas y Jerusalén. George STEINER: *La idea de Europa*, Madrid, Siruela, 2005, págs. 55-62. La religión cristiana funcionó como un poderoso aglutinador de los pueblos de Europa, sobre todo en un contexto de guerra contra otros imperios, como el turco. En este periodo de la historia europea, el concepto de cristianismo fue incluso más popular que el de Europa. Esta situación, según Peter Burke, no empezó a cambiar, sobre todo, hasta los siglos XVI y XVII. Peter BURKE: “Did Europe exist before 1700?”, *History of European Ideas*, vol. 1 (1980), pág. 23.

contemplado la posibilidad de crear una unidad europea. Esta preocupación es mucho más reciente y no empezó a desarrollarse hasta bien entrada la Edad Media³⁰.

El interés historiográfico sobre los orígenes del pensamiento europeísta es perfectamente comprensible. Se trata de un análisis realizado desde un presente caracterizado por la paz y el entendimiento entre los países europeos. Visto en perspectiva, este contexto de unión política y económica –aún con sus déficits en algunas áreas– desde la etapa posterior a la Segunda Guerra Mundial debe entenderse como una anomalía en la historia europea. Hace unos años, Eric Hobsbawm reflexionó sobre esta cuestión y se preguntaba, con cierta ironía, cómo había sido posible la conversión de Europa, “un continente que durante toda su historia (había) sido económica, política y culturalmente heterogéneo”, en un concepto “único y más o menos homogéneo”³¹. En nuestra opinión, la unidad de Europa tiene más que ver con una obsesión que ha estado presente, con mayor o menor fuerza, en el pensamiento político de los últimos seis siglos, si bien hay que dejar claro que el europeísmo moderno no empezó a desarrollarse hasta que no estalló la Primera Guerra Mundial. Esta es la opinión de Juan Carlos Pereira: “la idea de unión política europea, de construir Europa, surge cuando se comienzan a socavar los principios básicos de la metafísica occidental tras la Primera Guerra Mundial”³².

1.2.1. Los significados del europeísmo

Europa es un concepto dinámico, que siempre ha estado condicionado por los contextos históricos. Por tanto, la unidad del continente, más que entenderse como el resultado de un destino que estaba escrito, debe interpretarse como una solución recurrente para poner fin a los enfrentamientos armados entre los Estados soberanos europeos. Estas llamadas a la unidad, habitualmente tomaron forma de proyecto, tratado, propuesta o memorándum y, aunque existen notables diferencias entre todas

³⁰ Rune JOHANSSON: “Ideas on Europe – Europe as an Idea. An Intellectual History of European Unity and Cooperation”, en Sven TÄGIL (ed.): *Europe. The Return of History*, Lund (Suecia), Nordic Academic Press, 2001, pág. 43.

³¹ Eric HOBSBAWM: *Sobre la historia*, Barcelona, Crítica, 1998, pág. 224.

³² Juan Carlos PEREIRA: *Diccionario de relaciones internacionales y política exterior*, Barcelona, Ariel, 2008, pág. 466. Antonio Moreno Juste tiene una opinión muy parecida, aunque no es tan concreto en el momento de la toma de conciencia del europeísmo, ya que la sitúa “a principios del siglo XX”. Antonio MORENO JUSTE: “La idea de Europa: balance de un siglo”, *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 21 (1999), pág. 165.

ellas –básicamente por el contexto histórico–, se pueden encontrar algunos puntos de conexión.

Según el *Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española*, el europeísmo sería la “predilección por las cosas de Europa”. También se define como sinónimo de “carácter europeo”, y sólo en la tercera y última acepción se hace mención al “conjunto de ideologías o movimientos políticos que promueven la unificación de los Estados del continente europeo”. El *Diccionario de uso del español* de María Moliner sólo recoge la palabra “europeísta” y aporta dos definiciones: “partidario de Europa” o “partidario de la unión política de Europa”. Por su parte, para el *Diccionario de Política* de Norberto Bobbio y Nicola Matteucci, se entiende por europeísmo “el conjunto de conductas que sirven de base al movimiento de unificación europea”, y también “la convergencia histórica de fuerzas políticas y sociales y de aspiraciones difundidas entre la población en el campo europeo”³³. Siguiendo con la definición de este diccionario, se pueden diferenciar dos grandes tradiciones en el europeísmo: una de inspiración gubernamental, reacia a cualquier cesión de soberanía, y otra de carácter popular y de raíz federalista³⁴. Esta clasificación, aunque tiene en cuenta los movimientos europeístas del siglo XX, es extrapolable a otras épocas.

En cuanto a los objetivos del europeísmo, el historiador Guillermo Pérez Sánchez ha identificado los tres fundamentos del ideal europeísta, es decir, la paz entre europeos, el buen gobierno democrático y el bienestar socioeconómico de los pueblos³⁵. El primero de ellos es, sin duda alguna, el más importante. La búsqueda de la paz ha estado presente en todas y cada una de las propuestas de unificación europea desde el siglo XIV. El buen gobierno, por su parte, está íntimamente relacionado con las ideas liberales y democráticas que se extendieron por Europa a partir del siglo XIX. A partir de este siglo se entendió que una hipotética unidad política de Europa sólo sería posible si se desterraba completamente el absolutismo. Por último, el bienestar socioeconómico

³³ Norberto BOBBIO y Nicola MATTEUCCI: *Diccionario de política*, Madrid, Siglo XXI, 1982, pág. 655.

³⁴ *Ibid.*, pág. 657.

³⁵ Véase Guillermo Á. PÉREZ SÁNCHEZ: “El ideal europeísta: de la modernidad a la contemporaneidad”, en Ricardo M. MARTÍN DE LA GUARDIA y Guillermo Á. PÉREZ SÁNCHEZ: *Historia de la integración europea*, Madrid, Ariel, 2001, págs. 18-31. Francisco Villacorta identificó unas características de la idea de Europa muy similares a las de Pérez Sánchez, aunque circunscritas al siglo XX: construir un espacio de paz, conseguir la prosperidad económica, encontrar un equilibrio entre Europa y los Estados-nación, y moderar la burocracia de las instituciones europeas. FRANCISCO VILLACORTA BAÑOS: “La construcción europea, en la perspectiva del siglo XX”, *Arbor*, CLXX, 669 (2001), pág. 4.

se entendería como una consecuencia del cumplimiento de los dos primeros fundamentos.

El europeísmo no es sólo un ideal encaminado hacia una forma de unión supranacional o intergubernamental de los países europeos. También se trata de un movimiento político heterogéneo que busca la homogeneización con otros países europeos a nivel político, económico, social y cultural. Europa, por tanto, no tardó en convertirse en un horizonte de futuro que, sin embargo, todavía se antojaba lejano para algunos países. Por ejemplo, en el caso de España, la europeización—es decir, la praxis del europeísmo— fue uno de los temas estrella en los debates políticos e intelectuales entre finales del siglo XIX y las primeras décadas del siglo XX. Muchos autores consideraron que la nación española debía tener como referentes a Estados como Francia, Alemania o Reino Unido para, de esta forma, poder desarrollar su potencial interno.

1.2.2. La evolución del pensamiento europeísta: del siglo XIV a principios del siglo XX

En cuanto a las similitudes entre los principales proyectos europeístas de los últimos siete siglos, hemos identificado tres rasgos en común: el primero es que ninguna de estas iniciativas se llevó a cabo. En segundo lugar, la principal motivación de estos proyectos estaba centrada en el logro una paz duradera —o incluso perpetua— en Europa. Por último, hay que tener en cuenta que estas propuestas tuvieron una elevada carga de utopismo hasta 1914. Estas ideas eran prácticamente imposibles de realizar, pero muchos de estos autores, a través de su posición privilegiada —muchos de ellos fueron consejeros reales o intelectuales de prestigio— intentaron crear un clima favorable para la paz. Por ejemplo, en 1306, el tratadista francés Pierre Dubois, preocupado por erradicar los conflictos bélicos en Europa, propuso la creación de la *República Cristiana*, una asamblea permanente de príncipes que funcionaría como una corte de arbitraje para solucionar las disputas entre los territorios cristianos³⁶. La idea de Dubois es considerada por muchos como el primer proyecto europeísta, si bien hay que aclarar que tenía mucho más que ver con el universalismo cristiano que con la unificación política y económica del continente. Esta *República Cristiana* cayó pronto en el olvido,

³⁶ John MCCORMICK: *Europeanism...*, pág. 23.

pero no así el interés por limitar el impacto de los conflictos bélicos. Por ejemplo, en el siglo XV Erasmo defendió “con rotundidad la necesidad de alcanzar una paz duradera entre las naciones”³⁷.

En la primera mitad del XVII, el Duque de Sully, ministro del rey francés Enrique IV, presentó al monarca su *Gran Proyecto*, una alianza estratégica que tenía tres puntales principales: perseguir la paz permanente; en segundo lugar, poner en marcha un sistema de consejos regionales para contrarrestar la influencia del rey de España en el continente (El proyecto se presentó en 1638, cuando España estaba en plena Guerra de los Treinta años con las Provincias Unidas de los Países Bajos); por último, el plan de Sully también preveía una colaboración para combatir a los infieles, es decir, el Imperio otomano³⁸. A principios del siglo XVIII, el abad de Saint-Pierre firmó un documento titulado *Proyecto para restituir la paz perpetua en Europa*. En este texto, su autor habló de la creación de una especie de tratado de libre comercio, y propuso la formación de un senado europeo.³⁹ La idea de la paz europea también captó la atención de algunos ilustrados. Así, por ejemplo, Rousseau se posicionó a favor de una federación europea y reivindicó el proyecto de Saint-Pierre. Casi al final de la centuria, Immanuel Kant –que se convertiría en uno de los principales referentes para los europeístas del siglo XX– escribió su conocida obra *Sobre la paz perpetua*, si bien hay que indicar que su pensamiento trascendía el ámbito europeo y debe considerarse también como universal⁴⁰.

Las reflexiones más importantes en el campo del europeísmo se produjeron a partir de la segunda mitad del siglo XIX, momento en el que se observa una progresiva sustitución de la cuestión religiosa y el universalismo por los planteamientos federalistas. En 1849, el escritor francés Victor Hugo defendió la creación de unos Estados Unidos de Europa en un discurso realizado en el Congreso de la Paz de París⁴¹:

³⁷ Guillermo Á. PÉREZ SÁNCHEZ: “El ideal europeísta: de la modernidad”..., pág. 18-19. Hay que tener en cuenta que la argumentación de de Erasmo era más religiosa que política, por lo que la unidad de la cristiandad estaría por encima de la unidad entre europeos. Véase Thomas HIPPLER: “La «paix perpétuelle» et l’Europe dans le discours des Lumières”, *European Review of History: Revue européenne d’histoire*, 9, 2 (2002), págs. 170-171.

³⁸ *Ibid.*, págs. El duque de Sully fue citado por Winston Churchill en su discurso en el Congreso de Europa de La Haya (1948). Richard VAUGHAN: *Twentieth-Century Europe. Paths to Unity*, Londres, Croom Helm, 1979, pág. 15. El discurso se puede consultar en el sitio web de la Churchill Society de Londres: <http://www.churchill-society-london.org.uk/WSCHague.html>

³⁹ Guillermo Á. PÉREZ SÁNCHEZ: “El ideal europeísta: de la modernidad”..., págs. 19.

⁴⁰ *Ibid.*, pág. 20; John MCCORMICK: *Europeanism...*, pág. 28.

⁴¹ Este fragmento se puede consultar en <http://personal.us.es/jponce/uploads/Master%20Estudios%20Europeos/2%20la%20crisis%20europea/TEXTOS%20EN%20TORNO%20A%20LA%20IDEA%20DE%20EUROPA.pdf>. Hay otra versión de este fragmento en Rogelio PÉREZ-

“Un día llegará en el que las bombas serán reemplazadas por el venerable arbitraje de un Senado soberano que será para Europa lo que la Asamblea es para Francia. Un día vendrá en que habrá dos grupos inmensos, los Estados Unidos de América y los Estados Unidos de Europa, situados uno frente al otro y se tenderán la mano sobre el mar. En el siglo XX habrá una nación extraordinaria que tendrá por capital París pero no se llamará Francia, sino Europa. Se llamará Europa en el siglo XX y en los siguientes y aun trasfigurada se llamará Humanidad”.

En la declaración de Victor Hugo, que sirvió de inspiración a otros europeístas en el futuro, todavía encontramos una importante carga de pensamiento utópico, del cual el europeísmo no se despojará hasta la Primera Guerra Mundial⁴². También se repiten algunas de las características que estaban presentes en el pensamiento europeísta anterior, como la idea de un senado europeo, o el antibelicismo. Pero, al mismo tiempo, el intelectual francés actualizó algunos de los principios de este europeísmo canónico: en primer lugar, la referencia a los Estados Unidos de América. Con menos de un siglo de vida, la nación norteamericana se había convertido en el modelo a seguir para muchos europeos que reclamaban mayores dosis de democracia y libertad⁴³. A partir de este momento, cualquier proyecto o proclama europeísta –en la que normalmente habría una referencia a los Estados Unidos de Europa– pasaría inevitablemente por el molde norteamericano. En segundo lugar, Victor Hugo propuso la creación de una nación europea, lo cual supondría revisar el paradigma del Estado-nación. El escritor galo anticipó uno de los debates más intensos en torno a la idea de una Europa unida, que todavía hoy está pendiente de ser resuelto: la conveniencia de crear una estructura supranacional estable o, por el contrario, otorgar todo el protagonismo a los Estados a través de un planteamiento intergubernamental. Victor Hugo también incorporó el universalismo a su discurso europeísta, aunque le concedió una importancia menor. En su opinión, el primer paso pasaría por unir el continente. Más adelante, vaticinaba, sería toda la humanidad la que conviviría en paz y armonía bajo el paraguas de una federación mundial.

Victor Hugo no dudaba de que la prosperidad de Europa pasaba inevitablemente por la creación de algún tipo de estructura federal. Estaba tan convencido de sus

BUSTAMANTE y Enrique SAN MIGUEL PÉREZ: *Precursores de Europa*, Madrid, Dykinson, 1998, pág. 53.

⁴² Gérard BOSSUAT: *Les fondateurs de l'Europe unie*, París, Belin, 2001, pág. 10

⁴³ Sobre esta cuestión hay que destacar la influencia que tuvo el viaje y posterior estudio de Alexis de Tocqueville del sistema político de los Estados Unidos, publicado apenas una década antes de que Victor Hugo pronunciara su discurso.

convicciones que no dudó en repetir argumentos similares en 1851, en la Asamblea Nacional, o en otro escrito en 1867⁴⁴. Victor Hugo inauguró así una línea de pensamiento político que continuarían algunos socialistas utópicos, federalistas como Proudhon o nacionalistas como Mazzini. En el siglo XX, el europeísmo de Victor Hugo sería reivindicado por autores como Coudenhove-Kalergi o Briand, aunque en sus proyectos se observa un distanciamiento respecto del utopismo. Después de la Primera Guerra Mundial, la idea de una unión europea todavía se interpretaba como una posibilidad a medio o largo o plazo, más remota que cercana, pero, al menos, consiguió hacerse un hueco en las agendas de los principales dirigentes políticos del continente.

1.3. La nación: un enfoque necesario para la idea de Europa

Con el final del Antiguo Régimen y las monarquías absolutistas, empezó una nueva etapa en la convulsa historia de Europa. Después de unos inicios titubeantes –y a pesar de varios conflictos armados de carácter nacional o internacional–, el liberalismo político quedó consolidado en buena parte de Europa occidental desde la segunda mitad del siglo XIX. Este periodo se caracterizó, además, por el rápido desarrollo del pensamiento nacionalista en todos los territorios, tanto en los que ya gozaban de una cierta estabilidad geográfica –como por ejemplo España, Reino Unido o Francia– como en los de reciente creación. Es el caso de Alemania e Italia, que no completaron sus procesos de unificación nacional hasta 1870.

Si el concepto de Europa resulta problemático desde un punto de vista historiográfico, no lo es menos la relación entre la idea de unidad europea y el nacionalismo. Desde las primeras décadas del siglo XIX, el Estado-nación se convirtió en el principal modelo de organización política para los países que asumieron los principios liberales. Por tanto, el pensamiento europeísta de la edad contemporánea resulta imposible de explicar sin tener en cuenta la presencia del nacionalismo en los países del viejo continente. En primer lugar, hay que tener en cuenta que todos aquellos intelectuales o políticos que reflexionaron sobre la idea de Europa fueron ciudadanos de algún Estado-nación, por lo que tendrían una doble motivación: por un lado, lograr una futura Europa en paz; por otro, disfrutar de las ventajas políticas y económicas que una hipotética unión europea tendría para sus respectivas naciones. Sin embargo, en muchas

⁴⁴ Guillermo Á. PÉREZ SÁNCHEZ: “El ideal europeísta: de la modernidad...”, págs. 27-28.

ocasiones, el europeísmo también surgió como respuesta o solución a los excesos del nacionalismo. Esto explicaría, por ejemplo, que se multiplicaran las propuestas a favor de la unión de Europa justo después de iniciarse la Primera Guerra Mundial.

1.3.1. Las confluencias entre el nacionalismo y el europeísmo

Los conceptos de Europa y de nación tienen mucho en común, aunque no siempre se ha querido ver de este modo. Algunos movimientos nacionalistas incluyeron en sus programas la posibilidad de crear una federación europea o, por lo menos, de modificar el actual equilibrio continental. Por su parte, los europeístas fueron conscientes, desde el primer momento, de que los futuros Estados Unidos de Europa no podrían realizarse sin el necesario concurso de los Estados-nación. Sin embargo, hay autores que no vieron con buenos ojos esta nacionalización del continente europeo.

El historiador francés Paul Hazard se remontó a la Paz de Westfalia para situar el declive de la idea de Europa. Este tratado, firmado en 1648, ponía fin a la llamada Guerra de los Treinta Años, pero también marcó un punto de inflexión en la historia política y diplomática de Europa. Además de sentar las bases del futuro equilibrio político de Europa, en su articulado se garantizó por primera vez la inviolabilidad de los territorios soberanos⁴⁵. Hazard quiso ver en este momento el nacimiento de la “falsa Europa”, caracterizada por el surgimiento de los primeros discursos nacionalistas y la atomización del continente⁴⁶. En la línea de Hazard, Jacques Barzun también consideraba que Westfalia fue nefasta para los intereses europeístas. En su opinión, el abandono definitivo de “la ancestral idea de la Comunidad de Europa” había cambiado para siempre el aspecto del continente, que “pasó a ser un grupo de sociedades diferenciadas, aspirando cada una de ellas a seguir su propio camino en lengua y leyes, en costumbre y artes”⁴⁷. Estos dos intelectuales habían vivido en primera persona las dos guerras mundiales, e identificaron a los nacionalismos como los principales culpables del resquebrajamiento de Europa.

⁴⁵ Para John McCormick, además, Westfalia puede considerarse como el fin de la era absolutista y el inicio de la idea de soberanía estatal. Este tratado creó un nuevo orden político que reforzó el poder de los Estados y sentó las bases del pensamiento nacionalista liberal que empezaría a desarrollarse un siglo más tarde. Véase John MCCORMICK: *Europeanism...*, págs. 25-28.

⁴⁶ Paul HAZARD: *El pensamiento europeo en el siglo XVIII*, Madrid, Alianza Universidad, 1991 [1946], pág. 404.

⁴⁷ Jacques BARZUN: *Del amanecer a la decadencia*, Madrid, Taurus, 2001, pág. 283.

A la hora de establecer los vínculos entre la idea de Europa y el concepto de nación, hay que dejar claro que no todos los discursos nacionalistas incluyeron en su aparato teórico al europeísmo. La corriente más exacerbada, de corte esencialista o cultural, no contempló en ningún caso la creación futura de una federación europea. Según este planteamiento, de llevarse a cabo, amenazaría la soberanía nacional y la independencia de los Estados. En cambio, las culturas políticas democráticas o republicanas fueron mucho más flexibles y se alinearon con el nacionalismo cívico voluntarista. De acuerdo con esta corriente, la posibilidad de crear una estructura supranacional en el continente era perfectamente compatible con la existencia de los Estados-nación⁴⁸. El filósofo francés Ernst Renan pronunció en 1882 uno de sus discursos más conocidos, en el que trataba de dar respuesta a una pregunta compleja: “¿Qué es una nación?”. Para Renan, las naciones nacían por la voluntad de los ciudadanos de pertenecer a ellas. Se trataba, por supuesto, de ciudadanos que compartían lazos históricos y comunes entre ellos. La nación se entendía, pues, como un proyecto común activo, basado en un plebiscito diario según sus palabras⁴⁹. En su discurso, Renan también habló de la posibilidad –todavía muy remota– de una confederación europea, y auguró que ésta acabaría por sustituir a las naciones⁵⁰.

La historiadora Ariane Chebel D’Apollonia ha estudiado lo que ella ha denominado como nacionalismo europeo –nosotros entendemos este concepto como un sinónimo de pensamiento europeísta– y su evolución desde el siglo XIX. D’Apollonia habla, en primer lugar, de un enfoque antinacional, en el que la posibilidad de una Europa unida se planteaba como una alternativa al nacionalismo y al paradigma del Estado-nación: “As *Europa was divided into aggressive nation-states, there was a convergence between the idea of “Europe” and the condemnation of national*

⁴⁸ La distinción entre estas corrientes nacionalistas –una circunstancia que se dio en los países de la Europa occidental– a veces no resulta del todo satisfactoria, ya que a menudo se producían trasvases entre uno y otro planteamiento. Véase Andrés DE BLAS, *Nacionalismos y naciones en Europa*, Madrid, Alianza Editorial, 1994, págs. 44 y 51-52. Ernest GELLNER, *Naciones y nacionalismo*, Madrid, Alianza Editorial, 1983, pág. 20. Sin embargo, para el caso del europeísmo y su interrelación con el nacionalismo, esta relación es mucho más intensa en la corriente voluntarista.

⁴⁹ Aunque la mayoría de los autores concibe el nacionalismo de Renan como voluntarista, es decir, opuesto al nacionalismo étnico de tipo racial, lo cierto es que el filósofo francés también defendió, en plena guerra franco-prusiana, el derecho histórico de Alsacia-Lorena de pertenecer a Francia. Véase Glenda SLUGA: “Narrating Difference and Defining the Nation in Late Nineteenth and Early Twentieth Century ‘Western’ Europe”, *European Review of History: Revue européenne d’histoire*, 9, 2 (2002), pág. 186.

⁵⁰ Véase Pierre GERBET: *La construction de l’Europe*, París, Imprimerie Nationale Éditions, 1999, pág. 25, Robert FRANK: “Evolution de l’idée d’Europe”..., pág. 215 y John MCCORMICK: *Europeanism...*, pág. 34. Al hablar de confederación y no de federación, cabe suponer que Renan no preveía que las naciones fueran a desaparecer. En todo caso cederían parte del poder que habían ido adquiriendo.

Nationalism”⁵¹. Por tanto, según este planteamiento, la idea de Europa – que se concretaba en la forma de una federación europea–, acabaría sustituyendo al elemento nacional. El segundo enfoque que plantea es radicalmente distinto, ya que considera que la futura unión de Europa se impulsó para favorecer y salvaguardar los intereses de las naciones sin Estado. La autora pone como ejemplo el caso de la Italia de Mazzini⁵². En ambos casos, D’Apollonia sugiere la existencia de una tensión entre el europeísmo y el nacionalismo, algo que desde nuestro punto de vista no sería del todo exacto, ya que los movimientos europeístas –sobre todo los que se dieron en la época de 1920– no tuvieron la más mínima intención de sustituir o eliminar los Estados-nación, pero por otro lado sí que plantaron cara a los nacionalismos extremos.

Entre la segunda mitad del siglo XIX y 1945, los principales movimientos europeístas estuvieron liderados por intelectuales. Los gobiernos se mantuvieron al margen, con la única excepción de Francia, que entre 1929 y 1930 barajó la posibilidad de crear una federación europea dentro de la Sociedad de Naciones. En general, los dirigentes europeos se declararon defensores de la soberanía nacional y, por tanto, de un concepto de nación muy poco flexible. En cambio, muchos intelectuales no tuvieron ningún problema en compatibilizar la esfera nacional con la europea. Desde el punto de vista de estos europeístas, si las naciones eran comunidades políticas imaginadas basadas en la voluntad de pertenencia de sus miembros⁵³, una hipotética unión europea seguiría el mismo patrón, y se podría definir como un conjunto de Estados-nación, con unos rasgos culturales comunes, que ponían en común parte de sus soberanías.

1.3.2. ¿Hacia una historia nacional europeísta? Desde lo global a lo local.

La reticencia de los gobiernos de los Estados europeos a ceder parte de su soberanía ha sido clave en todo este proceso. Lo cierto es que el pensamiento europeísta nunca ha logrado imponerse al discurso nacional, y aún hoy sigue relegado a un segundo plano. En una conferencia pronunciada en 2001, el expresidente de la

⁵¹ Ariane Chebel D’APOLLONIA: “European Nationalism and European Union”, en Anthony PAGDEN: *The Idea of Europe...*, pág. 174.

⁵² *Ibid.*, pág. 180-183.

⁵³ Véase Benedict ANDERSON: *Imagined Communities*, Nueva York, Verso, 2000, pág. 6.

Comisión Europea Jacques Delors, hablaba así de la política europea, y de la importancia de los Estados-nación⁵⁴:

“It is gradually being formed by the coming together of nation-States that are themselves firmly rooted in two centuries of European history and still remain alive and kicking. This form of political organisation remains the primary forum for European citizens to shape and express their democratic will”.

Como señala Michael Billig, el Estado-nación sigue siendo la principal forma de gobierno. Se trata de una estructura que, a pesar de tener más de dos siglos de existencia, sigue gozando de una extraordinaria fortaleza. Ni siquiera en la actualidad ha podido ser sustituida por una forma de gobierno nueva, ya sea postnacional, supranacional o cosmopolita⁵⁵. La historia contemporánea de Europa, por tanto, es inseparable del éxito de los Estados-nación. Esta circunstancia, sin embargo, no ha sido obstáculo para que se creasen espacios transnacionales diversos, como por ejemplo las redes informales de intelectuales europeos, o los congresos pacifistas que se celebraron entre finales del siglo XIX y principios del XX. Además, tenemos el ejemplo de los promotores de los proyectos europeístas durante la década de 1920, que quisieron involucrar desde un primer momento al resto de países, e impulsaron la creación de grupos nacionales dependientes de una organización de carácter supranacional. Así pues, desde nuestro punto de vista, la historia de la idea de Europa no puede estar ligada a los planteamientos que hemos visto anteriormente. De hecho, debe estar alejada de interpretaciones interesadas y más próximas a otro tipo de enfoques que tienen poco que ver con el rigor histórico. En este sentido, cualquier historia del europeísmo debería tener en cuenta dos cuestiones fundamentales: en primer lugar, una atención preferente al desarrollo de esta idea en cada nación, lo que vendría a ser el contexto a nivel local o estatal. En segundo lugar, también es necesario un estudio pormenorizado de los distintos discursos europeístas desde un punto de vista general o global.

Según Vivienne Boone y Gerard Delanty, se pueden identificar hasta tres tipos diferentes de interpretaciones de la historia de la idea de Europa, todas ellas poco

⁵⁴ http://www.cvce.eu/en/obj/presentation_by_jacques_delors_where_is_the_european_union_heading-en-d3d23ef2-5854-47fa-ad95-c1def39223bb.html.

⁵⁵ Michael BILLIG: *Nacionalisme banal*, Catarroja, Afers, 2006, págs. 15-16 (Introducción del autor a la edición catalana) Esto no quiere decir que sea un paradigma perfecto o inamovible; de hecho, el Estado-nación ha sido discutido, e incluso ha perdido cuotas de soberanía a raíz de la integración de algunos países en las Comunidades Europeas, pero continúa vigente y no parece que las naciones vayan a desaparecer a corto o medio plazo.

satisfactorias: una narrativa nacionalista que presenta al Estado-nación como la principal referencia. Según estos autores, se trata de una narrativa teleológica y esencialista que no ha tenido demasiado en cuenta el protagonismo los nacionalismos exacerbados o xenófobos. A continuación, señalan una narrativa supranacional, que surgiría después de la Segunda Guerra Mundial. Esta interpretación hundiría sus raíces, al igual que el primer ejemplo, en una línea evolutiva basada en la idea de progreso. Se trata de la narrativa que recibió el apoyo de las instituciones europeas. Por último, estos autores también hablan de una narrativa basada en superioridad europea sobre el resto del mundo y construida a partir de las imágenes del enemigo⁵⁶. La solución que proponen sería mantener en el centro de este debate la alteridad y el cosmopolitismo, ya que *“a cosmopolitan rethinking of Europe will entail the recognition of Europe’s ambiguity, the discovery of the various encounters of multiple outlooks from which Europe emerged”*⁵⁷.

El planteamiento de estos dos historiadores estaría, en nuestra opinión, incompleto, ya que consideramos que el Estado-nación debería ocupar un lugar privilegiado en la historiografía europeísta. No se trata de retornar a la vieja historia nacional, sino de encontrar un enfoque distinto que tenga en cuenta el desarrollo específico de las naciones y su interacción con el espacio europeo. La relevancia del Estado-nación en la elaboración del pensamiento europeísta desde finales del siglo XIX, hace que sea necesario un replanteamiento de la narrativa europea.

La historia transnacional ha irrumpido con fuerza en la historiografía en los últimos años. Se ha definido como el estudio de las relaciones personales o gubernamentales que van más allá del ámbito del Estado-nación⁵⁸. Otros autores han hablado también de “prácticas transnacionales” presentes en ámbitos políticos, económicos y culturales⁵⁹. Este nuevo enfoque no significa, en ningún caso, negar la importancia de los Estados-nación, sino más bien todo lo contrario⁶⁰. El llamado “giro transnacional” supone una oportunidad para profundizar en las interrelaciones entre la política doméstica e internacional de los Estados, o para estudiar percepciones y autopercepciones en relación con otros países o territorios geográficos. Así pues, la

⁵⁶ Vivienne BOON y Gerard DELANTY: “Europe and Its Histories...”, pág. 159-160.

⁵⁷ *Ibid.*, pág. 180.

⁵⁸ Véase VV.AA: “AHR Conversation: On Transnational History”, *American History Review*, vol. 111, 5 (2006), pp. 1441 y 1454.

⁵⁹ Véase Florencia PEYROU y Darina MARTYKÁNOVÁ: “Presentación”, *Ayer*, 94 (2014), págs.13-14.

⁶⁰ Carmen DE LA GUARDIA y Juan PAN-MONTOJO: “Reflexiones sobre la historia transnacional”, *Studia histórica, Hª contemporánea*, 16 (1998), pág. 28.

historia transnacional puede ser útil para poner en marcha una nueva narrativa de la idea de Europa, que tenga en cuenta los enfrentamientos bélicos, los acuerdos y proyectos entre Estados a nivel intergubernamental o supranacional, las relaciones entre intelectuales de distintos países, o la creación de imágenes y contraimágenes sobre Europa y el resto de naciones del continente⁶¹. En definitiva, si algo puede aportar este enfoque es la oportunidad de tener una visión más global de la idea de Europa, y de superar los problemas de los otros enfoques.

Es evidente que el concepto de Europa está condicionado por el desarrollo de cada Estado-nación, y se puede afirmar que hay tantas Europas como naciones europeas. Lucien Febvre ya hablaba de esta tensión entre el enfoque local (o regional) y el global. En su opinión, el concepto de Europa quizás sea⁶²

“demasiado amplio, porque la palabra Europa no abarca sino varias unidades políticas y culturales, o bien demasiado limitado, porque no se puede hablar de Europa sin referirse al mundo entero”.

Esta realidad plural, de la que la actual Unión Europea ha hecho su lema y una de sus señas de identidad –“Unidos en la diversidad”– debe tener su reflejo en la producción historiográfica. Para abordar una historia completa de la idea europea hay que empezar, primero de todo, desde el ámbito nacional.

⁶¹ Sobre estas cuestiones, véase Michael G. MÜLLER: “Conceptualising transnational spaces in history”, *European Review of History: Revue européenne d’histoire*, 16, 5, (2009), pág. 612-613. Aunque la historia transnacional también se ocupa de las relaciones entre sujetos históricos de todo tipo, en el caso del europeísmo que nos ocupa, estos contactos sólo se produjeron en un ámbito elitista, próximo al mundo político, diplomático o intelectual.

⁶² Lucien FEBVRE: *Europa. Génesis de una civilización...*, pág. 246.

CAPÍTULO 2. LA TRADICIÓN EUROPEÍSTA ANTERIOR A LA GRAN GUERRA (1895-1914)

2.1. A la búsqueda de una solución para el problema español

Nunca es sencillo establecer el origen exacto de cualquier concepto o proceso histórico. En el caso del europeísmo español existe una dificultad añadida, ya que no se trata de un movimiento político, intelectual o social al uso. En realidad, debe entenderse como una aspiración imbricada en algunos discursos nacionalistas y en unas culturas políticas muy concretas. Aún con todos estos matices, no hay duda de que la tradición europeísta se inició alrededor de la década de 1890, si bien el punto de inflexión del europeísmo español no se produciría hasta el inicio de la Primera Guerra Mundial.

Los problemas acerca de su origen también están relacionados con la falta de rigor a la hora de definir Europa, algo que ya se detectó hace más de un siglo. Las élites políticas e intelectuales estaban de acuerdo en que existía un desequilibrio entre la situación política, económica y social de España y la de los principales países europeos. Sin embargo, fueron incapaces de consensuar un programa europeísta de mínimos: para algunas élites políticas e intelectuales, el concepto de Europa era sinónimo de progreso, modernidad, libertad e incluso democracia; para otras, en cambio, la voluntad de sincronizarse con los países europeos más avanzados se entendió una amenaza directa para los fundamentos de la nación española. A lo largo de todo este periodo, el enfrentamiento ideológico que se produjo en España tuvo en ocasiones mucho que ver con lo que estaba aconteciendo en Europa, o simplemente con la imagen idealizada de un continente del que no todo el mundo estaba seguro de pertenecer¹.

2.1.1. En torno al “Desastre” de 1898

Durante el siglo XIX y buena parte del XX, España fue considerada como una nación atrasada, fallida y alejada de los estándares europeos. En el diseño de esta imagen jugaron un papel fundamental los estereotipos y las construcciones culturales. A

¹ Las dudas acerca de la “europeidad” de España no fueron una excepción dentro del llamado viejo continente. Por diversos motivos geográficos o culturales, a Turquía, Rusia o Gran Bretaña también se les ha cuestionado en los últimos siglos su condición de países europeos. Véase Philip BELL y Peter MORRIS: “Les «Europe» des européens ou la notion d’Europe”, en René GIRAULT (dir.): *Les Europe des européens*, París, Publications de la Sorbonne, 1993, págs. 67-69.

lo largo del siglo XIX, muchos viajeros extranjeros acudieron a España en búsqueda de los paisajes y las gentes descritas en *Carmen*, la obra de Prosper Mérimée². Aunque se trataba de una imagen idealizada y exagerada, es evidente que el progreso español en los ámbitos tecnológico, político o social fue inferior al que se había producido en otros países del occidente de Europa –aunque la distancia no era tan grande como tradicionalmente se había afirmado. Muchos autores fueron conscientes de ello, y el llamado “problema de España” no tardaría en ocupar un lugar importante en la literatura política en el fin de siglo.

La primera reflexión sobre la relación entre las ideas de Europa y de nación española data de 1895³. En un extenso artículo titulado “En torno al casticismo” –que fue publicado en cinco entregas–, Miguel de Unamuno introdujo el concepto de europeización, aunque no lo definió y sólo se ocupó de él en la primera y en la última entrega. Desde ese momento, la cuestión europea siempre ha estado presente en mayor o menor medida en el pensamiento político y filosófico de Unamuno, aunque a lo largo de su dilatada trayectoria ofreció puntos de vista aparentemente incompatibles. “En torno al casticismo” debe ser entendido no sólo como el texto que impulsó un debate académico (con derivaciones políticas) que se prolongó durante varias décadas”, sino también como uno de “los más tenaces alegatos en pro de la europeización de España”⁴.

Fiel al estilo de Unamuno, se trata de un texto complejo, repleto de numerosas contradicciones y metáforas. El catedrático de la Universidad de Salamanca realizó en primer lugar una disección conceptual de la palabra “castizo”, que definió como una propiedad pura, sin mezcla de elementos extraños. Sin embargo, a continuación añadió que “todo cruzamiento de razas muy diferentes” suponía una “fuente de nuevo vigor y

² Véase María del Mar SERRANO: “Viajes y viajeros por la España del siglo XIX”, *Cuadernos críticos de Geografía Humana*, 98 (1993) El artículo está disponible en: <http://www.ub.edu/geocrit/geo98.htm>. Sobre los estereotipos en la historia de España, véase Manuel LUCENA GIRADO: “Los estereotipos sobre la imagen de España”, *Norba. Revista de Historia*, vol. 19 (2006), págs. 219-229.

³ En realidad, hubo otras reflexiones anteriores, aunque con un marcado contenido utópico y, por tanto, muy alejadas del concepto de europeísmo que estamos analizando en este trabajo. Algunos historiadores, por ejemplo, le otorgan a Carlos V la condición de primer europeísta. Véase “El hispanista Joseph Pérez sostiene que Carlos V fue el primer europeísta”, *El País*, 14 de mayo de 1999. Un ejemplo de europeísmo durante la primera mitad del siglo XIX lo encontramos en un proyecto de Constitución europea que se publicó en España en 1837. Nere BASABE: “¿Utopista o precursor? La «Constitución europea» de Juan Francisco Siñeriz”, *Revista de Estudios Políticos* (nueva época), 130 (2005), págs. 151-179. Para una visión más global, véase la aportación de Florencia PEYROU: “¿Hubo una cultura política transnacional en la Europa del siglo XIX? Aproximación desde España”, Documento de trabajo 2012/9, Seminario de Historia, Fundación José Ortega y Gasset, 2012. <http://www.ucm.es/info/historia/ortega/9-12.pdf>. Sobre los manifiestos a favor de una Europa unida durante el Sexenio, véase el artículo de José PASTOR DE LA ROCA: “La federación europea”, *La Revolución* (Alicante), 6 de noviembre de 1868.

⁴ Manuel MENÉNDEZ ALZAMORA: *La Generación del 14...*, pág. 42.

de progreso”⁵. Era su particular forma de dar el beneplácito al referente europeo, una posición personal que confirmó con esta evocadora metáfora⁶:

“El río, jamás extinto, de la invasión *europaea* en nuestra patria, aumenta de día en día su caudal y su curso, y al presente está de crecida (...) Desde hace algún tiempo se ha precipitado la europeización de España”.

Unamuno, por tanto, no se mostraba especialmente preocupado por la llegada de la europeización que, en un principio, sólo identificó en la literatura y en el aumento de las traducciones de autores extranjeros. En realidad, lo consideraba un proceso natural –imparable como el discurrir de un río– que, sin embargo contaba con un importante obstáculo: la tradición. Para este filósofo, la verdadera tradición –que él consideraba que sólo podía ser eterna– no estaría en el “pasado enterrado en libros y papeles y monumentos y piedras”, sino en la vida “intra-histórica”, en todo lo que fluía en el presente pero que no se veía a nivel superficial⁷. Con esta distinción, confiaba en que la tradición eterna dejara de ser una reliquia del pasado para convertirse en una categoría de análisis inserta en el presente histórico, mucho más dinámico. Así, la tradición estaría sujeta a cambios y modificaciones, como los que implicaba la europeización.

Este ejercicio de síntesis era, en realidad, una respuesta a los tradicionalistas que, en su opinión, estaban más pendientes de salvaguardar el pasado histórico que de los retos que ofrecía presente. En este sentido, Unamuno no podía ser más rotundo: “España está por descubrir, y sólo la descubrirán españoles europeizados”. Para fortalecer esta afirmación recurrió a otra metáfora, esta vez sobre unas ventanas a través de las cuales era posible contemplar el “campo europeo”⁸:

“sólo abriendo las ventanas a vientos europeos, empapándonos en el ambiente continental, teniendo fe en que no perderemos nuestra personalidad al hacerlo, europeizándonos para hacer España y chapuzándonos en pueblo, regeneraremos esta estepa moral”.

⁵ Miguel de UNAMUNO: “En torno al casticismo. La tradición eterna”, *La España Moderna*, LXXIV, febrero 1895, págs. 19-20.

⁶ *Ibid.*, pág. 17.

⁷ Unamuno lo explicó a través de una analogía, tomando como ejemplo el mar: mientras los acontecimientos se situaban en la superficie –en las olas–, la “intrahistoria” sería el fondo de ese mar, un espacio cambiante por el continuo movimiento del agua. *Ibid.*, pág. 32.

⁸ Miguel de UNAMUNO: “En torno al casticismo. Sobre el marasmo actual de España”, *La España Moderna*, LXXVIII, junio 1895, pág. 45.

La apertura a Europa era el complemento ideal para llevar a cabo la regeneración de España, pero Unamuno no contemplaba en ningún caso olvidar la intra-historia o crear una nueva tradición⁹. Los vínculos con el pasado histórico seguirían vigentes, pero el presente –representado por esos vientos europeos– no podía ignorarse. Su mirada no se alejaba en ningún momento de la España decadente que pretendía regenerar, pero para cumplir con dicho objetivo era necesario incorporar elementos externos. El retrato que realizó de España le valió para convertirse en el padre espiritual de la Generación del 98, la primera que defendió reivindicaciones europeístas, pero sin embargo no se le puede considerar como uno de los referentes del moderno europeísmo español. La explicación se encuentra en el giro que Unamuno realizó hacia el casticismo a partir de 1905, momento en el que se declaró contrario a la europeización¹⁰.

Unamuno fue el que inició este debate, pero no se retomó hasta tres años después, a causa de un acontecimiento producido a miles de kilómetros de distancia. El 15 de febrero de 1898 el acorazado estadounidense *Maine* sufrió una explosión frente a las costas de La Habana. Independientemente de que se tratase de una autovoladura provocada por los Estados Unidos, de un accidente o de un ataque perpetrado por la armada española, el Gobierno de Washington tenía el pretexto para iniciar una guerra contra España y, tras unos meses de tensión diplomática, las hostilidades se iniciaron en verano y, tras unas pocas semanas, el ejército español acabó claudicando, lo que supuso la pérdida de las islas de Cuba y Puerto Rico, las últimas colonias en territorio americano. En los acuerdos de paz de París, firmados en diciembre de 1898, también se acordó la cesión de las colonias del Pacífico de Filipinas y Guam, que quedarían bajo administración estadounidense.

Después de dos décadas de cierta calma institucional, una derrota militar al otro lado del océano desató una tormenta sin precedentes, si bien hay que señalar que sus consecuencias se han exagerado: en realidad, la economía no sufrió un descalabro tan severo, pues el flujo mercantil entre la metrópoli y las colonias había disminuido en los últimos años; por su parte, en el terreno político basta decir que en los años inmediatamente posteriores no hubo cambio de régimen ni tampoco pronunciamientos

⁹ Manuel MENÉNDEZ ALZAMORA: *La Generación del 14...*, pág. 44.

¹⁰ Sobre este giro casticista o recogimiento interior, véase *Ibid.*, págs. 44-49; En cambio, José María Beneyto sostiene que Unamuno no abandonó nunca su discurso europeísta, sino que simplemente cambió el orden de los factores: ahora, a partir del nuevo siglo, el objetivo era españolizar Europa para, de esta forma, lograr la europeización de España. José María BENEYTO: *Tragedia y razón...*, págs. 113-123.

militares, y que la Constitución siguió vigente otros veinticinco años¹¹. En cambio, las consecuencias del “Desastre” se hicieron notar especialmente en el ámbito intelectual y en el terreno de las ideas políticas.

2.1.2. Los primeros debates sobre la europeización de España. El regeneracionismo.

En un célebre discurso pronunciado en el Royal Albert Hall de Londres, el entonces Primer Ministro del Reino Unido, Lord Salisbury, se ocupó de la política imperialista de su país y de los logros que se habían obtenido tanto en África como en Asia. En la última parte de su intervención, Salisbury explicó al público asistente que el mundo estaba dividido dos grupos de naciones: aquellas que cada vez eran más y más fuertes, a las que llamó naciones vivas, y aquellas que se estaban debilitando a pasos agigantados, las naciones moribundas. El político inglés describía así al primer grupo¹²:

“On the one side you have great countries of enormous power growing in power every year, growing in wealth, growing in dominion, growing in the perfection of their organization. Railways have given them the power to concentrate upon any one point the whole military force of their population, and to assemble armies of a magnitude and power never dreamt of in the generations that have gone by. Science has placed in the hands of those armies weapons ever growing in their efficacy of destruction, and, therefore, adding to the power –fearfully to the power– of those who have the opportunity of using them”.

El discurso fue pronunciado a principios del mes de mayo, apenas noventa días antes del inicio de la guerra hispano-americana. Aunque Lord Salisbury no hizo ninguna mención explícita a ningún país cuando habló de las naciones moribundas, era evidente que el político británico estaba pensando en la crítica situación que atravesaba España. La referencia a las naciones moribundas no pasó desapercibida en la prensa nacional, y la mayoría de medios interpretó las palabras del Primer Ministro como una descripción bastante aproximada de la insignificancia española en el concierto internacional¹³.

¹¹ Véase José ÁLVAREZ JUNCO: “La nación en duda”, en Juan PAN-MONTOJO (coord.): *Más se perdió en Cuba. España, 1898 y la crisis de fin de siglo*, Madrid, Alianza Editorial, 1998, pág. 463.

¹² El discurso se puede leer en “The Living and Dying Nations”, *The Daily Mail and Empire* (Toronto), 21 de mayo de 1898, pág. 5. Disponible online en <http://news.google.com/newspapers?nid=36&dat=18980521&id=-80JAAAIBAJ&sjid=LTSDAAAAIBAJ&pg=6271,5177820>.

¹³ Sobre la repercusión del discurso en la prensa, véase Rosario DE LA TORRE DEL RÍO: “La prensa madrileña y el discurso de Lord Salisbury sobre las «naciones moribundas» (Londres, Albert Hall, 4

Como resultado de estas críticas y del clima de pesimismo que se instauró, surgió el regeneracionismo, un amplio movimiento cultural y político, inspirado en parte en el krausismo, cuyo principal objetivo se centró en revitalizar la moribunda nación española a través de su regeneración y europeización, dos conceptos que muy pronto se convirtieron en sinónimos¹⁴. Precisamente, este movimiento surgió gracias al impulso de varias élites que quedaron excluidas del sistema y que intentaron crear un frente común para poner fin a las deficiencias de la Restauración. El caciquismo y la escasa modernización en los sectores productivos fueron sus principales campos de batalla. Para Antonio Niño, el regeneracionismo puede considerarse, además, como el correlato político de la Generación del 98, un grupo de intelectuales que centró su actividad en cuestiones de tipo estético y cultural, aunque también manifestó una voluntad de renovación y de cambio en la política y sociedad españolas¹⁵. Ese compromiso de romper con una España paralizada ya estaba presente incluso antes de la guerra con Estados Unidos. En la portada del primer número de la revista *Vida Nueva*, órgano de la Generación del 98, se afirmaba lo siguiente, mayúsculas incluidas¹⁶: “Venimos a propagar y defender LO NUEVO, lo que el público ansía, LO MODERNO, lo que en toda Europa es corriente y aquí no llega por vicio de la rutina y tiranía de la costumbre”.

En el mismo número, Eusebio Blasco, uno de los integrantes de esta generación de intelectuales, explicaba de esta forma las razones de este compromiso con la modernidad y con el progreso:

“Hace cincuenta años que la vida española es siempre la misma, y mientras el mundo progresa, España sigue amarrada a lo antiguo, más reaccionaria que a principios de siglo, más paralizada que nunca”.

mayo 1898)”, *Cuadernos de Historia Moderna y Contemporánea*, VI (1985), págs. 163-180. También Antonio ELORZA: *La modernización política en España*, Madrid, Ediciones Endymion, 1988, pág. 342.

¹⁴ Emilio LAMO DE ESPINOSA: “La normalización de España. España, Europa y la modernidad”, *Claves de Razón Práctica*, 111 (2001), pág. 4. El regeneracionismo también se ha definido como “la negación” de la España anterior al “Desastre”, véase Javier FERNÁNDEZ SEBASTIÁN y Juan FRANCISCO FUENTES: *Diccionario político y social del siglo XX español*, Madrid, Alianza, 2008, pág. 515.

¹⁵ Antonio NIÑO RODRÍGUEZ: “La europeización a través de la política científica y cultural en el primer tercio del siglo XX”, *Arbor*, CLXX, 669 (2001), pág. 97. Sobre la generación del 98 y sus publicaciones periódicas, véase Manuel A. ESPEJEL VALLEJO y M^a Luisa GARCÍA-OCHOA: “En torno a las revistas de la generación del 98”, *Historia y Comunicación Social*, 3 (1998), págs. 41-63.

¹⁶ Eusebio BLASCO, “Vida nueva”, *Vida Nueva*, 12 de junio de 1898, pág. 1.

El concepto de Europa había ocupado un lugar residual en la política española hasta 1898, pero este hecho se quiso enmendar desde las filas regeneracionistas. Europa se iba a convertir en el faro que iba a regenerar las estructuras políticas, sociales y económicas del Estado; en el referente para varias generaciones de intelectuales; en el motor de la modernización; en definitiva, en el anhelo que mantuviera viva la esperanza de ver a España en el mismo nivel de progreso que las principales naciones del occidente europeo.

Una de las primeros regeneracionistas en ocuparse del “Desastre” fue Ricardo Macías Picavea, que en su obra *El problema español* trató de desentrañar las causas del declive de la nación española. Picavea realizó, primero de todo, un análisis pormenorizado de la realidad geográfica española, y llegó a la conclusión de que España se hallaba en un enclave inmejorable para haber disfrutado de unos niveles de progreso equiparables a las de otras naciones europeas¹⁷:

“Si dirigimos una mirada reflexiva a un mapa del mundo, advertiremos al punto cuán preeminente es nuestra posición geográfica (...) Ni Francia, ni Alemania, ni Inglaterra, ningún otro pueblo del mundo en el estado actual de la Tierra, no ya nos aventaja, nos iguala siquiera, con notable diferencia en favor nuestro. Somos el primero de todos. Sólo un progreso enorme en la evolución de la cultura humana esparcida por todos los continentes, o una nueva época geológica transformadora de los mismos, pueden arrancarnos esa preeminencia”.

Para Macías Picavea, era evidente que España no había sabido aprovecharse de esta situación ventajosa. En las siguientes páginas, el autor intentó explicar el porqué de la decadencia de España, y enumeró la cadena de errores y despropósitos que, en su opinión, habían conducido al país a la mayor de las humillaciones, es decir, a la guerra con los Estados Unidos. Por ejemplo, tuvo en cuenta los aspectos sociales, el fracaso del sistema educativo español, la deficiente agricultura o la inexistente separación entre Iglesia y Estado. Sobre la situación política, no tuvo reparos en calificar a las cortes de “falsificación nacional”¹⁸, y criticó, de esta forma, que los partidos políticos tuvieran un comportamiento muy diferente al de organizaciones análogas “en los demás pueblos de Europa”¹⁹:

¹⁷ Ricardo MACÍAS PICAVEA: *El problema nacional. Hechos, causas, remedios*, Madrid, Librería General de Victoriano Suárez, 1899, pág. 22.

¹⁸ *Ibid.*, pág. 250.

¹⁹ *Ibid.*, pág. 247.

“Los moderados y conservadores son camarillas palaciegas con tentáculos en la Administración covachuelista y ganglios repercutores en las provincias, ni más ni menos que en la plenitud del absolutismo austríaco; los avanzados y republicanos son facciones afrancesadas, o en perpetua y estéril agitación frondista, o en inhábil impotencia”.

La enfermedad de España, según Picavea, había aparecido alrededor de los siglos XVI y XVII, pero era ahora cuando se estaban padeciendo los mayores estragos²⁰. Para la recuperación del país, Picavea propuso una serie de medidas que tocaban prácticamente todos los ámbitos: agricultura, educación, administración pública, instituciones políticas, ejército, justicia, industria, etc. En cuanto a su ejecución, combinaba criterios de racionalidad con múltiples y variados ejemplos procedentes de países de Europa. De hecho, para sentar las bases de esta recuperación, Picavea propuso enviar a profesores a Europa para que se especializaran en sus respectivos ámbitos²¹. Por último, este intelectual regeneracionista reconoció que, si se querían llevar a cabo todas estas reformas, tendría que producirse, además, un cambio drástico personificado en una mano de hierro, un “Bismarck” español que liderara todo este proceso²².

Los regeneracionistas no tuvieron una definición canónica de Europa –dentro de esta corriente existieron multitud de tradiciones ideológicas, e incluso hubo autores que rechazaron la europeización²³–, pero es posible identificar los rasgos que muchos de estos autores identificaban como europeos. En realidad, Europa era la suma de los progresos que habían realizado otros países: el sistema representativo británico; la teoría política, la organización administrativa y la cultura francesas; o la educación y la ciencia alemanas²⁴. Autores como Picavea se limitaron a comparar la situación de España con la de estos países europeos y, a partir de ahí, propusieron medidas encaminadas hacia la modernización y el progreso de la nación. Se trataba, pues de una europeización por analogía, ya que todavía no se habían producido reflexiones acerca del significado concreto de Europa. Por supuesto, el europeísmo –entendido como la corriente

²⁰ *Ibid.*, pág. 373.

²¹ *Ibid.*, pág. 387.

²² *Ibid.*, págs. 503-504.

²³ Uno de estos autores fue Ángel Ganivet, quien que debatió sobre el problema de España después de que se iniciara la guerra. Meses después Ganivet se suicidaría en Riga –de donde era cónsul– a causa de una fuerte depresión provocada por la situación de España. En uno de sus artículos dirigidos a Unamuno, Ganivet rechazaba la europeización de España ya que, en su opinión, la salvación tenía que surgir de dentro de la nación y no como resultado al sometimiento a “las exigencias de la vida europea”. Véase Ángel GANIVET y Miguel DE UNAMUNO: *El porvenir de España*, s.l., s.e., 1898, págs. 21-22. Los cuatro artículos que se cruzaron están disponibles en la página web de la Biblioteca Saavedra Fajardo: <http://www.saavedrafajardo.org/Archivos/LIBROS/Libro0056.pdf>.

²⁴ Francisco VILLACORTA: “Les espagnols et le défi européen au XXe siècle”, en René GIRAULT (dir.): *Les Europe des européens...*, págs. 32-33.

favorable a la unión de los países de Europa– todavía no había llegado al escenario político español²⁵.

2.2. Las culturas políticas de la Restauración: entre la nación y Europa

Una de las consecuencias de la pérdida de las colonias de ultramar en 1898 fue la reestructuración y actualización del nacionalismo que, a partir de ese momento, se fragmentó en dos grandes corrientes o familias²⁶: el primer gran grupo, identificado como conservador o tradicionalista, defendía un concepto de nación inmutable e incuestionable desde un punto de vista histórico. Por tanto, la europeización fue vista más como una amenaza –o intromisión– que como una oportunidad. Según este planteamiento, cualquier aproximación a Europa podía poner en riesgo la supervivencia de la nación española. El segundo grupo, la corriente liberal-democrática, no negaba este componente histórico; sin embargo, lo dejó en un segundo plano. En cambio, apostó decididamente por un nacionalismo cívico, favorable a la secularización, a la regeneración y, por supuesto, a la influencia de la idea de Europa²⁷.

²⁵ En realidad, entre la última década del siglo XIX y la primera del siglo XX, los conceptos de europeización y europeísmo fueron en ocasiones sinónimos, ya que tenían que ver con los procesos de asimilación con los principales países. Si se atiende a su definición, es evidente que, hasta 1914, Europa fue interpretada básicamente como europeización. A partir de la Primera Guerra Mundial, sin embargo, el concepto de Europa se modificó y se transformó en la suma de la europeización y de los anhelos europeístas. Una simple búsqueda en la hemeroteca digital de la Biblioteca Nacional demuestra que el término “europeización” se utilizó mucho más que la voz “europeísmo” entre 1895 y agosto de 1914 (858 resultados frente a 69). Entre 1914 y el advenimiento de la II República, en cambio, se advierte un cierto cambio de tendencia: la “europeización” continuó siendo el término mayoritario, pero la distancia se redujo (378 por 153). Si utilizamos la herramienta Google Ngram View –un visor que muestra el porcentaje de uso de cualquier palabra en los millones de libros digitalizados por Google–, a partir de 1907 hay más frecuencia de uso de la palabra “europeísmo”. Hay que tener en cuenta que el corpus de la lengua española utilizado por Google contiene libros escritos en castellano, con independencia de que se publicaran en España o en otros países. Para una periodización alternativa, véase la propuesta de Antonio Moreno Juste. Para este autor, el periodo anterior a 1945 estaría dominado por la europeización (es decir, por el deseo de homogeneizar a España con la idea de Europa). A partir de ese año, se impondría el europeísmo (el deseo de pertenecer a una Europa unida política y/o económicamente). Véase Antonio MORENO JUSTE: “Las relaciones España/Europa en el siglo XX”..., pág. 111.

²⁶ Sobre la importancia del “Desastre” en la configuración del nacionalismo español, véase Francisco SEVILLANO: “El ‘mito del 98’ en la cultura española”, *Pasado y Memoria*, 3 (2004), págs. 195 y 200-201, y Alejandro QUIROGA: *Haciendo españoles: la nacionalización de las masas en la Dictadura de Primo de Rivera*, Madrid, CEPC, 2008, pág. 67. En cuanto a la vertiente nacionalista del regeneracionismo, véase Miguel Ángel DURÁN FRANCO: “Regeneración y patria: el nacionalismo español en torno al 98”, en Justo G. BERAMENDI, Ramón MÁIZ, Xosé M. NÚÑEZ: *Nacionalism in Europe. Past and Present (Actas do Congreso Internacional “Os Nacionalismos en Europa. Pasado e Presente)*, Vol. II, Santiago de Compostela, Servicio de Publicacións e Intercambio Científico, 1994, pág. 80.

²⁷ Existió también un tercer grupo que englobaría a los nacionalismos periféricos –en especial al catalán–, que contaría con elementos de las dos corrientes principales. Nos hemos basado en las clasificaciones planteadas por Borja DE RIQUER, “Aproximación al nacionalismo español contemporáneo”, *Studia*

Hacia el final del siglo XIX, la idea de Europa se convirtió en motivo de discordia entre las distintas sensibilidades nacionalistas. Mientras conservadores y tradicionalistas rechazaban de plano cualquier influencia del exterior, los pertenecientes a la corriente liberal-democrática eran conscientes de que cualquier proyecto de futuro para la nación española tenía que pasar, necesariamente, por la europeización de la misma. De hecho, la europeización se convirtió, a partir de ese momento, en un sinónimo de “nacionalización” o “españolización” del país, siempre dentro del ámbito liberal-democrático. En el entorno del nacionalismo conservador, este concepto tuvo un significado negativo, opuesto a los valores atribuidos a la nación española²⁸. Nos encontramos, por tanto, ante un enfrentamiento ideológico con la idea de Europa en primer plano, que Pío Baroja resumió así²⁹:

“Dos posiciones radicales se señalan ante la idea de la europeización: una, la de los tradicionalistas, la de los ultramontanos, que se creen que España no necesita para nada de la influencia extranjera, que le basta seguir con sus tradiciones y sus hábitos castizos; otra, la de los europeizadores que suponen que España debe acudir a la fuente de la Europa central a empaparse de ciencia nueva, de arte nuevo y de moral nueva”.

El texto de Pío Baroja es una excelente síntesis del contexto intelectual que rodeaba a esta cuestión. Además de distinguir entre españoles “tradicionalistas” y europeizadores, reconocía que existían otras muchas posiciones intermedias, en definitiva “tantas como españoles hayan pensado en el porvenir de España”. Precisamente, Baroja era partidario de una de estas posiciones intermedias, y abogaba por tener en cuenta los avances de los otros países de Europa, pero sin que esto supusiera la sustitución de la personalidad nacional española por un modelo externo. Baroja confiaba, además, en que los necesarios contactos con el exterior no fueran simples imitaciones que hicieran sombra a las costumbres y el espíritu propios del país.

2.2.1. Las fuerzas dinásticas

Histórica. Historia Contemporánea, 12, (1994), págs. 15-16, y Andrés DE BLAS: *Nacionalismos y naciones en Europa...*, pág. 61.

²⁸ Para una interpretación distinta, véase José Luis ABELLÁN: “El significado de la idea de Europa...”, pág. 35. Este autor contrapone, en todos los casos, el concepto de “europeización” al de “españolización”.

²⁹ Pío BAROJA: “Europeización”, *El Imparcial*, 28 de septiembre de 1911, pág. 1.

La Restauración borbónica de 1876 nació con un doble objetivo: uno, apuntalar la revolución liberal iniciada en 1833 y, otro, poner punto y final a cuatro décadas de pronunciamientos militares, conflictos armados e inestabilidad política. La principal innovación de este periodo histórico, el turno pacífico, fue un sistema ideado por Antonio Cánovas del Castillo cuya finalidad era garantizar la alternancia en el poder de conservadores y liberales³⁰. Además, se trataba un modelo importado directamente desde el Reino Unido, uno de los países más avanzados y admirados de Europa. Esto no significa que el sistema de la Restauración estuviera sustentado por el programa europeizador. Es cierto que los objetivos que se marcaron coincidían con los tres pilares clásicos de la idea de Europa, pero en realidad se trataba de un acercamiento muy superficial, que no iba más allá de la copia de un modelo beneficioso para perpetuar en el poder a unas determinadas élites políticas. Las medidas a largo plazo, mucho más ambiciosas y destinadas a modernizar y europeizar el país, se propusieron desde los sectores excluidos del sistema.

En el caso de las fuerzas dinásticas, hay que distinguir entre la actitud de los conservadores y la de los liberales. Los primeros defendieron un concepto de nación tradicionalista, basado sobre todo en raíces históricas y religiosas. En 1892, el mismo año del célebre discurso de Renan, Antonio Cánovas del Castillo –que en ese momento era jefe de la oposición– afirmó en el Ateneo de Madrid que la providencia, y no la voluntad, era el elemento que mantenía unida a una nación³¹. Durante su alocución, Cánovas no perdió ocasión de criticar el pensamiento del teórico nacionalista francés y afirmó con rotundidad lo siguiente:³²

“La nación no es, ni será nunca, (...) el producto de un plebiscito diario, ni obra del asentimiento, constantemente ratificado por todos sus miembros, a que continúe la vida común. No: el vínculo de nacionalidad que sujeta y conserva las naciones es por su naturaleza indisoluble”.

³⁰ En la primera etapa del turno dinástico no existió una alternancia real, ya que el partido conservador permaneció más años en el gobierno que los liberales de Sagasta. El Pacto del Pardo, firmado en 1885, llevó a los dos partidos dinásticos a respetar este sistema de rotación.

³¹ Pedro José CHACÓN DELGADO: *Historia y nación. Costa y el regeneracionismo en el fin de siglo*, Santander, Ediciones Universidad de Cantabria, 2013, pág. 168.

³² El discurso está disponible en la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes: http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/discurso-sobre-la-nacion-inauguracion-del-curso-del-ateneo-de-madrid-noviembre-de-1882--0/html/fe80d90-82b1-11df-acc7-002185ce6064_2.htm#6.

El político conservador Silvela, que se había convertido en jefe del partido tras el asesinato de Cánovas en 1897, fue uno de los pocos dirigentes dinásticos que adoptó un discurso regeneracionista, sobre todo después de la crisis derivada de la guerra con Estados Unidos. En un artículo publicado unos días después de la derrota militar, Silvela lamentaba la situación que estaba viviendo España y denunciaba la inacción de la ciudadanía, una actitud que, si no cambiaba a corto plazo, supondría un riesgo inasumible: “el total quebranto de los vínculos nacionales y la condenación, por nosotros mismos, de nuestro destino como pueblo europeo”³³. Por eso, cuando Silvela llegó a la Presidencia del Consejo de Ministros un año después, promovió algunas medidas modernizadoras e incorporó algunas de las reivindicaciones de los regeneracionistas, como la explotación del servicio telefónico –una de las principales innovaciones tecnológicas de principios del siglo XX–, el fomento de la agricultura o la racionalización de las distintas vías de comunicación³⁴.

Poco a poco, el regeneracionismo fue teniendo cada vez más presencia en los programas políticos de los partidos dinásticos. En 1907, durante la breve presidencia del liberal Antonio Aguilar –que presidió el Consejo de Ministros tras la renuncia de Moret– se creó por Real Decreto la Junta de Ampliación de Estudios (JAE), un organismo dependiente del Ministerio de Instrucción Pública cuya función era dotar de ayuda económica a profesores para que perfeccionaran sus aptitudes profesionales o docentes en centros educativos del extranjero. La medida que había propuesto Macías Picavea en su libro se hizo realidad menos de una década después. En la exposición de motivos del Decreto, un texto redactado por el pedagogo José Castillejo, se afirmaba que estas pensiones ayudarían a promover el “íntimo roce” de los pedagogos y científicos españoles “con sociedades disciplinadas y cultas”³⁵. Además, en el mismo escrito se realizó la siguiente advertencia sobre la situación en la que quedaría España si, por el contrario, perdía el tren del progreso científico:

³³ Francisco SILVELA: “Sin Pulso”, *El Tiempo*, 16 de agosto de 1898, pág. 1.

³⁴ Sobre éstas y otras medidas regeneracionistas promovidas por el político conservador, véase Julio MAESTRE ROSA: “Francisco Silvela y su liberalismo regeneracionista”, *Revista de Estudios Políticos*, 187 (1973), pág. 219. A Silvela se le ha considerado el ideólogo de la “revolución desde arriba” que años después impulsaría Antonio Maura, un proyecto que también contenía algunos elementos regeneracionistas.

³⁵ Véase *Gaceta de Madrid*, 15 de enero de 1907. Entre 1907 y 1914, la JAE concedió un total de 2.311 ayudas, de las cuales un 75 por 100 tuvieron como destino países de la Europa occidental: Francia (546), Alemania (475), Bélgica (300), Reino Unido (223) e Italia (208). Los datos están disponible en el Archivo digital de la JAE, http://archivojae.edaddeplata.org/jae_app/JaeMain.html. Sobre la autoría del Real Decreto, véase Ernesto CABALLERO GARRIDO y M^a Carmen AZCUÉNAGA CAVIA: *La Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas. Historia de sus centros y protagonistas (1907-1939)*, Gijón, Ediciones Trea, 2010, pág. 59.

“el pueblo que se aísla, se estaciona y se descompone. Por eso, todos los países civilizados toman parte de este movimiento de relación científica internacional, incluyendo en el número de los que en ella han entrado, no sólo los pequeños Estados europeos, sino las naciones que parecen apartadas de la vida moderna, como China, y aun la misma Turquía”.

Con el paso del tiempo, y ante la ausencia de cambios más profundos, estas medidas regeneracionistas –en las que, como se puede observar, apenas aparecía el concepto de Europa–, se interpretaron como una simple operación de maquillaje. Por ejemplo, José Canalejas, dirigente de la facción más progresista del partido liberal y Presidente del Gobierno entre 1910 y 1912, lamentaba a principios del siglo XX que el ejecutivo conservador de Silvela hubiera impulsado poco más que “una relativa europeización” y un “tímido modernismo”, una situación que sólo podía conducir a España hacia un retroceso irreparable. Canalejas también era consciente de que la imposibilidad de construir un Estado moderno había tenido consecuencias nefastas para el inmediato presente de la nación: España, afirmaba, se había quedado “a la zaga de los demás pueblos civilizados, con la simple corteza de un país europeo”³⁶.

Estos guiños al regeneracionismo formaban parte de una estrategia mucho más amplia. La consigna era clara: si se ignoraba esta corriente de pensamiento, el regeneracionismo podría representar una amenaza para la estabilidad del sistema. En ocasiones, la toma en consideración de estas propuestas más avanzadas también evidenciaba el deseo de algunos políticos, era el caso de Silvela y Canalejas, de elevar su voz y diferenciarse en las complejas redes de intereses de los partidos dinásticos.

2.2.2. Los partidos extradinásticos

Aunque se trata de un conjunto muy heterogéneo, las fuerzas excluidas del sistema de la Restauración –con la lógica excepción de los carlistas– mostraron un mayor interés y compromiso con las ideas regeneracionistas, y también expresaron su preocupación sobre la necesidad de europeizar el país. El republicanismo español, la principal cultura política fuera del sistema, se encontraba sumido en una crisis que ya

³⁶ José CANALEJAS Y MÉNDEZ: “La última tregua”, *Nuestro Tiempo*, diciembre 1901, pág. 728 n.

rebasaba el cuarto de siglo³⁷. Las divisiones internas entre federalistas, unionistas y pragmáticos, así como su exclusión de los principales centros de poder no auguraban, desde luego, un futuro prometedor. En este sentido, el regeneracionismo y su programa europeísta se interpretaron como una oportunidad para la renovación republicana. Si Cánovas había prestado atención al sistema político británico, los republicanos tuvieron en cuenta otros modelos de organización política procedentes del exterior. El principal se situaba en la Francia republicana, que se consolidó como sinónimo de Europa³⁸. Los otros ejemplos procedían de Suiza y Estados Unidos, cuyos modelos, ya consolidados, eran admirados por la facción federalista.

Era evidente que el modelo republicano, ya fuera centralista o federal, había sido ensayado con éxito en varios países, algunos de ellos muy cercanos. Otra cosa muy distinta era que se pudiera implantar de nuevo en España, aunque los dirigentes republicanos todavía estaban dispuestos a intentarlo. El primer paso consistía en buscar la unidad del republicanismo. Con esta intención, la Liga Nacional de Productores, una organización mercantil que contaba con el apoyo de Joaquín Costa, intentó promover en 1902 una Asamblea Nacional Republicana. Esta iniciativa se hizo realidad un año después, pero la circular del primer intento se conservó y fue publicada en prensa³⁹. El texto era, en realidad, un “programa revolucionario” en el que se trazaban las principales líneas de la estrategia republicana, que se podían resumir en el siguiente punto:

“contener el movimiento de retroceso y africanización, absoluta y relativa, que nos arrastra cada vez más lejos fuera de la órbita en que gira y se desenvuelve la civilización europea; llevar a cabo una total refundación del Estado español, sobre el patrón europeo que nos ha dado hecho la historia y a cuyo empuje hemos sucumbido; restablecer el crédito de nuestra nación ante el mundo”.

³⁷ Sobre esta crisis, iniciada después de la traumática experiencia de la Primera República en 1873, destacamos las aportaciones de Manuel SUÁREZ CORTINA: *El gorro frigio: liberalismo, democracia y republicanismo en la Restauración*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2000; Javier DE DIEGO ROMERO: *Imaginar la República: la cultura política del republicanismo español, 1876-1908*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2008; así como Ángel DUARTE y Pere GABRIEL (eds.), “El republicanismo español” (Dossier), *Ayer*, 39 (2000).

³⁸ Francia fue, desde el siglo XVIII, el principal referente de progreso, de cultura y de libertad para los sectores más progresistas de la sociedad. A partir de la segunda mitad del siglo XIX, el concepto de Europa sustituyó a Francia, aunque el significado seguía siendo esencialmente el mismo. Véase la voz “Europa” en Javier FERNÁNDEZ SEBASTIÁN y Juan FRANCISCO FUENTES: *Diccionario político y social...*, pág. 513. Para el caso específico del republicanismo, véase Javier DE DIEGO ROMERO: *Imaginar la República...*, págs. 231-238.

³⁹ “Un precedente de la Asamblea Nacional Republicana”, *El País*, 26 de marzo de 1903, pág. 3.

En la circular se expusieron los principales campos de actuación que garantizarían la “desafricanización y europeización de España”, un léxico que, como veremos en el siguiente apartado, era empleado habitualmente por Joaquín Costa. Entre otras áreas, se citaba expresamente la instrucción pública, la sanidad, el fomento de la agricultura, la modernización de correos y telégrafos, el desarrollo de las obras públicas o el impulso de la beneficencia. De todos ellos, los promotores destacan el papel que tendría que jugar la educación para introducir a los españoles en el molde europeo. Todas estas áreas estaban presentes en los discursos regeneracionistas y frecuentemente se identificaron como los motores de la modernización del Estado.

La Asamblea Nacional Republicana se celebró en marzo de 1903 en Madrid⁴⁰. Entre las conclusiones que acordaron los asistentes, destaca un llamamiento a que España tuviera su propia voz en el concierto internacional. Para lograrlo, la Tercera República francesa se escogió como el modelo a seguir para que, algún día, España pudiera convertirse en “una nación libre, digna de la raza latina” y, además, en “un factor integrante en la civilización moderna”. Este mensaje se completó con un mensaje dirigido a Europa: “La España que fue, fue obra de la monarquía; esta España que renace es la obra de la República”. Hubo muchas más alusiones a Europa en el texto de 1902 que en la Asamblea del año siguiente, pero esto no significa que el republicanismo se fijara en otros referentes. Para la cultura política republicana –y para muchos regeneracionistas– seguir el camino de Francia era, en realidad, una expresión del compromiso europeísta. Además, hay que tener en cuenta que, a principios del siglo XX, el discurso pro europeo todavía no estaba suficientemente consolidado, de ahí las escasas referencias a la europeización.

Por su parte, las culturas políticas de origen obrero también se integraron en esta corriente regeneracionista, aunque su participación fue mucho más modesta⁴¹. En cuanto al debate sobre la europeización de España, hemos encontrado algunas referencias en *El Socialista*. El PSOE había aceptado en las primeras décadas del siglo XX el marco del Estado-nación, y se integró progresivamente en la corriente del nacionalismo cívico, aunque por supuesto no abandonó su discurso obrero. En el año 1910, en un editorial

⁴⁰ “La Asamblea Republicana. Primera y única sesión”, *El País*, 26 de marzo de 1903, pág. 2.

⁴¹ José ANDRÉS-GALLEGO: *Un 98 distinto. Restauración, Desastre, Regeneracionismo*, Madrid, Ediciones Encuentro, 1998, pág. 197. Sobre el regeneracionismo anarquista, véase Gonzalo ZARAGOZA RUVIRA: “La guerra del 98 y los anarquistas españoles a través de varias publicaciones”, *Estudis: Revista de historia moderna*, 24 (1998), pág. 474.

dedicado a la clase política, se lamentaba de esta forma que Canalejas no hubiera cumplido su programa reformista⁴²:

“Si las palabras del jefe del Gobierno estuviesen en consonancia con los hechos, es seguro que nuestro país habría entrado ya por el camino recto de la verdadera europeización en nuestras costumbres políticas”.

La realidad, sin embargo, era muy distinta. Canalejas sería asesinado dos años después y apenas tuvo tiempo de desarrollar su programa político, pero de acuerdo con el partido socialista, sus inicios habían sido muy tímidos. La europeización, más de una década después del “Desastre”, seguía siendo una asignatura pendiente. La Federación de Juventudes Socialistas, en una circular, manifestó pocos años después su convencimiento de que el progreso de la nación española tenía que ir, necesariamente, de la mano de Europa, y así se lo hizo saber al Gobierno⁴³:

“Si consiente una política liberal y democrática de veras, podrá dar rienda suelta a nuestros anhelos de europeización; es la Nación quien reclama que esto se haga, y ante la voluntad de la Nación no hay nada, no debe haber nada”.

2.3. Las raíces intelectuales del europeísmo español moderno. Hacia una definición de Europa.

Con la corriente tradicionalista y conservadora enfrentada a la idea de Europa, y con los tímidos avances del partido liberal, el protagonismo sobre esta cuestión recayó en la intelectualidad vinculada con los discursos regeneracionistas⁴⁴. Durante los primeros años del nuevo siglo todavía no estaban perfilados los significados de los conceptos de Europa o de europeización, pero su uso se fue extendiendo cada vez más, sobre todo en prensa. Así, por ejemplo, la europeización tenía que ver prácticamente con cualquier avance, ya fuera en el ámbito de las comunicaciones, la urbanidad, la

⁴² “La democracia gobernante”, *El Socialista*, 22 de julio de 1910, pág. 1.

⁴³ “Federación de Juventudes Socialistas”, *El Socialista*, 30 octubre de 1913, pág. 4.

⁴⁴ Véase el análisis de Manuel SÁNCHEZ MONTERO: “El europeísmo-progresismo fluctuante de los escritores del noventa y ocho entre el “Desastre” y la Gran Guerra (1898-1914)”, *Revista de Historia Contemporánea*, 5 (1991), págs. 65-92. En este artículo, el autor se basó en los planteamientos europeístas –y también antieuropeístas– de autores como Unamuno, Maeztu, Azorín, Baroja o Antonio Machado. En este apartado, en cambio, nos hemos ocupado únicamente de los puntos de vista favorables a Europa.

política o la educación⁴⁵. Esta falta de acuerdo sobre el significado de estos conceptos provocó que algunos intelectuales, como fue el caso de Joaquín Costa, Ramiro de Maeztu o José Ortega y Gasset, se interesan por el asunto. Estos autores, a diferencia de Picavea o Unamuno –que simplemente hablaron de Europa o de europeización sin definirlos– se ocuparon de dotar de contenido a unos conceptos que, según su opinión, iban a ser fundamentales para el futuro de España.

2.3.1. Europeos sin dejar de ser españoles: Joaquín Costa y su legado

Las reflexiones iniciadas por el Unamuno europeísta tuvieron continuidad en los escritos de Joaquín Costa, uno de los principales impulsores del regeneracionismo político y el autor, junto a Ortega y Gasset, cuyo pensamiento europeísta ha recibido mayor reconocimiento y atención. Su controvertida figura ha sido objeto de numerosos estudios, y todavía hoy, más de un siglo después de su muerte, se sigue analizando su obra⁴⁶. En un discurso pronunciado con motivo del centenario del fallecimiento del intelectual aragonés, su paisano Marcelino Iglesias, en ese momento Presidente de la Comunidad Autónoma de Aragón, lo recordaba con las siguientes palabras⁴⁷:

“Todo el programa político de Costa apuntó a hacer de España una nación europea. No sólo por la geografía sino por la civilización; no sólo por su pasado común, sino por un futuro compartido. Setenta y cinco años después de su muerte, con la adhesión de España a la Unión Europea, el sueño de Costa se hizo realidad. Otra vez con un enorme retraso, España ha encontrado su lugar en el mundo”.

⁴⁵ Hemos seleccionado únicamente cuatro ejemplos representativos del uso de este concepto en la prensa española. Una simple mejora en los vagones del tren expreso Madrid-Sevilla fue suficiente para que un periodista afirmara que “la «europeización» se observa ya, por fortuna, en algunas cosas españolas”. “A la europea”, *ABC*, 19 de junio de 1903, pág. 10. Otro periodista calificó de medida europeizadora que se prohibiera fumar en los tranvías de Barcelona. Alfredo OPISSO: “Sobre varias cosas y algunas más”, *La Vanguardia*, 10 de enero de 1903, pág. 4. En otro artículo, se dio a entender que el caciquismo era lo opuesto a la europeización. “¿En contra o a favor?”, *El Imparcial*, 24 de abril de 1900, pág. 1. Por último, también hubo quien vinculó la europeización a la supresión de los libros de texto. E. GÓMEZ CARRILLO: “Los libros de texto y la política”, *El Imparcial*, 26 de diciembre de 1900, pág. 1.

⁴⁶ Prueba de ello es el Congreso que se celebró en 2011 para conmemorar los cien años de su muerte. Las actas del encuentro se publicaron en Cristóbal GÓMEZ BENITO (coord.): *Joaquín Costa y la modernización de España*, Madrid, Congreso de los Diputados, 2012. A pesar de ser considerado uno de los padres del europeísmo moderno, llama la atención que, de un total de diecisiete comunicaciones, sólo una se ocupa de esta cuestión, aunque en realidad se centró en el legado de Costa durante el tardofranquismo, la Transición, la adhesión a la CEE y la última década del siglo XX. Es la comunicación de Juan Sisinio PÉREZ GARZÓN: “Modernización y europeización en el pensamiento español de la segunda mitad del siglo XX: hacia el fin de las angustias regeneracionistas”, págs. 199-237.

⁴⁷ El discurso íntegro está disponible en <http://www.centariocosta.com/?q=introduccion/144>.

Joaquín Costa (1846-1911) nació en Monzón, en la provincia de Huesca. Tras obtener el título de maestro, se doctoró en derecho civil y canónico y desempeñó varias ocupaciones, aunque el mayor reconocimiento le llegó por sus escritos políticos e históricos. A partir de la década de 1880 se dedicó a presentar alternativas y propuestas para reconducir la situación de España moribunda sin pulso, a la que consideraba viciada por un sistema fallido y corrupto. A lo largo de su extensa producción literaria, Joaquín Costa abarcó multitud de campos de conocimiento, entre los que destacan las cuestiones económicas, la agricultura (en especial la política hidráulica), la reforma de la educación y, por encima de todo, una obstinada denuncia del caciquismo y la corrupción política, que sería el eje central de su libro más conocido: *Oligarquía y caciquismo*, publicado en 1901. Costa fue, además, un nacionalista español convencido, próximo a la corriente regeneracionista y al principio de nación cívica de Renan. De hecho, su máxima aspiración siempre fue la modernización del país y dotar a la ciudadanía de un mayor protagonismo. Su idea de nación también se nutrió de elementos más propios del nacionalismo cultural, como las continuas referencias a la historia de España, en concreto la Castilla de la Edad Media y de los Reyes Católicos, a la que consideraba en una especie de Arcadía o de edad dorada⁴⁸.

El interés de Costa por la idea de Europa apareció por primera vez en *Reconstitución y europeización de España*, una recopilación de artículos y conferencias que escribió y pronunció entre 1898 y 1900. Este libro, que contenía claves para regenerar el país, no tardaría en convertirse en todo un éxito de ventas y en una referencia para todos los interesados en la europeización de España⁴⁹. Su contenido se puede estructurar en torno a dos ejes principales: en primer lugar, la lucha personal de Costa por crear un grupo de presión económico que acabaría convirtiéndose en una Liga Nacional de Productores, una organización que tendría escaso éxito. El segundo eje lo conforman todos los artículos, programas y conferencias, en los que repetía una y otra vez las líneas maestras de su pensamiento político. Según Costa, España llevaba sumida en una espiral de decadencia desde hacía casi cuatro siglos –una interpretación que recuerda a la que ofreció Macías Picavea–, situación que se agravó con las derrotas

⁴⁸ Andrés DE BLAS GUERRERO: “Joaquín Costa y el Nacionalismo español”, en Cristóbal GÓMEZ BENITO (coord.): *Joaquín Costa y la modernización de España...*, pág. 623.

⁴⁹ Hay una edición facsímil en red, disponible en la página web de la Institución Fernando el Católico: <http://ifc.dpz.es/publicaciones/ver/id/3093>. Sobre el europeísmo de Costa, aunque empezó a desarrollarlo a partir de 1898, ya lo tenía en mente al menos desde 1894. Véase José María BENEYTO, *Tragedia y razón...*, pág. 56; Óscar I. MATEOS Y DE CABO: *Nacionalismo español y europeísmo en el pensamiento de Joaquín Costa*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico (CSIC), 1998, págs. 127-128.

militares que sufrió España durante 1898. Este año pasó a convertirse en una de sus principales obsesiones⁵⁰. En la interpretación costista de de la actualidad, el pueblo español todavía era menor de edad y no podía resistir la comparación con otras naciones más prósperas⁵¹. Estas analogías se convirtieron en un recurso habitual para subrayar el atraso español, denunciado hasta la extenuación por Costa. Si Europa era el modelo que había que seguir, el contraejemplo sólo podía situarse en África y, en menor medida, en Asia⁵²:

“nosotros no queremos ser un trasunto de Marruecos ni un duplicado de China. Queremos respirar aire de Europa; que España transforme rápidamente su medio africano en medio europeo”.

La reconstitución de España tras los acontecimientos de 1898 se había convertido, por tanto, en un asunto prioritario que sólo podría llegar a buen puerto a través de medidas europeizadoras. Costa podía ser demasiado pesimista e incurrir en exageraciones, pero estaba convencido del destino aciago de la nación española si ésta no se transformaba en una nación europea⁵³. Pero, ¿qué entendía exactamente por Europa? ¿En qué consistía este programa europeizador?

En primer lugar, Costa nunca fue demasiado concreto sobre estas cuestiones, pero parece claro que equiparaba a Europa con un conjunto de mínimos entre los que se encontraban el sufragio universal, los derechos individuales y la existencia de un parlamento⁵⁴. Estos elementos, todos de carácter político, no eran extraños en la España de 1898, el problema es que su funcionamiento distaba mucho de ser el adecuado, a juicio de Costa y muchos otros⁵⁵. Esto no quiere decir que Europa fuera un mecanismo

⁵⁰ Costa situaba inicio de la decadencia en 1520, momento en el que, en su opinión, España optó por convertirse en imperio, una decisión que tendría consecuencias para su posterior desarrollo como nación. Joaquín COSTA: *Reconstitución y europeización de España. Programa para un partido nacional*, Madrid, Imprenta de San Francisco de Sales, 1900, pág. 6. En una obra posterior, *Los siete criterios de gobierno*, llegó a decir que, ya en el siglo XVI, las naciones europeas se habían dividido en dos bandos: las que representarían el “porvenir” y aquellas que quedarían ancladas en el pasado. España, no hace falta decirlo, pertenecía a este segundo grupo según el criterio del intelectual aragonés. Véase Manuel MENÉNDEZ ALZAMORA: *La Generación del 14...*, pág. 16.

⁵¹ Joaquín COSTA: *Reconstitución y europeización...*, pág. 276.

⁵² Manuel MENÉNDEZ ALZAMORA: *La Generación del 14...*, pág. 17; Joaquín COSTA: *Reconstitución y europeización...*, pág. 160.

⁵³ *Ibid.*, pág. 297.

⁵⁴ Su doctrina europeísta nunca estuvo demasiado depurada, y a menudo tomaba la forma de un amasijo de propuestas que abarcaron diversos ámbitos. Véase Óscar I. MATEOS Y DE CABO: *Nacionalismo español y europeísmo...*, pág. 136.

⁵⁵ Costa se quejaba de que se habían copiado mecánicamente instituciones y modelos del extranjero sin entenderlos ni adaptarlos al espíritu nacional. *Ibid.*, pág. 5.

perfecto, con todas sus piezas dispuestas en una total armonía. La realidad de cada país era muy distinta y, así, por ejemplo, en el territorio europeo el sufragio universal masculino –adoptado en Francia partir de 1848 o en Reino Unido desde 1884– convivía con el censitario, sistema que todavía perduraba en algunas regiones de Europa, como la Prusia del II Reich alemán. En cuanto a la corrupción, la violencia política o el fraude electoral, no fueron ni mucho menos características exclusivas de España, sino que esta situación también se dio, a distinta escala, en países como Francia, Gran Bretaña o Italia⁵⁶. La Europa de Costa estaba completamente idealizada, y era mucho más diversa de lo que daba a entender.

En cuanto al programa europeizador, se estructuraba en torno a tres pilares básicos: economía, educación y cambios estructurales en la organización política. En este sentido, el análisis de Joaquín Costa era muy parecido al que aportó Macías Picavea. Según se desprende del libro *Reconstitución y europeización de España*, la preocupación por las dos primeras cuestiones dio lugar al famoso lema “despensa y escuela”. Esta frase se convirtió en lo más parecido a una definición de Europa que pueda encontrarse en el pensamiento de Costa. De hecho, en el programa político que presentó en la Cámara Agrícola del Alto Aragón, sólo unos meses después de la derrota militar en Cuba, se podía leer la siguiente reflexión⁵⁷:

“Todos los capítulos que lo forman se encierran en dos: suministrar al cerebro español una educación sólida y una nutrición abundante, apuntalando la despensa y la escuela; combatir las fatalidades de la geografía y las de la raza, tendiendo a redimir por obra del arte nuestra inferioridad en ambos respectos, a aproximar en lo posible las condiciones de una y otra a las de la Europa central”.

Las mejoras en el bienestar de la población, una organización más racional del presupuesto del Estado o el fomento de la exportación y la industria eran algunas de las propuestas que planteaba Costa para mejorar la situación de España. La economía, pues, tenía una especial relevancia en su proyecto político. Al fin y al cabo, las diferencias más visibles entre España y la idea de Europa defendida por Costa se encontraban en la

⁵⁶ Sobre el distinto comportamiento electoral de los principales países europeos, véase Raffaele ROMANELLI: “Sistemas electorales y estructuras sociales. El siglo XIX europeo”, en Salvador FORNER (coord.): *Democracia, elecciones y modernización en Europa. Siglos XIX y XX*, Madrid, Cátedra, 1997, págs 23-46. Para una historia comparada entre el sistema político español y el italiano (el que cuenta con más similitudes), véase la obra colectiva de Rosa Ana GUTIÉRREZ, Rafael ZURITA y Renato CAMURRI (eds.): *Elecciones y cultura política en España (1890-1923)*, Valencia, PUV, 2003.

⁵⁷ Joaquín COSTA, *Reconstitución y europeización...*, pág. 39.

riqueza interior y en el modelo productivo pero en realidad no eran más que la punta de un iceberg mucho más grande. Costa era consciente de que el atraso de un país fallido como España no obedecía a una única causa, de ahí su insistencia en mejorar el nivel de la educación, tanto a nivel de infraestructuras como de preparación del profesorado⁵⁸:

“El programa de la regeneración de España es pedagógico tanto o más que económico y financiero, y requiere una transformación profunda de la educación nacional en todos sus grados”.

Sólo con una transformación de este calado, los alumnos podrían adquirir los conocimientos necesarios para, en el futuro, participar en la regeneración de España. Incluso llegó a plantear la posibilidad de enviar a profesorado y alumnado “de todos órdenes y grados a los centros de más alta cultura del extranjero”, una medida que también defendió Macías Picavea y que, como ya hemos visto, se haría realidad pocos años después con la creación de la JAE.

Sobre la organización política, Joaquín Costa criticaba que el país estaba siendo gobernado por unas élites que estaban haciendo poco o muy poco para revertir la situación. En sus escritos se pueden leer quejas sobre el funcionamiento del parlamento, o la connivencia de esta institución con el Consejo de Ministros, lo que anularía el principio de la separación de poderes. Hay que tener en cuenta que, en los años del fin de siglo, Costa todavía era partidario de la democracia liberal y el parlamentarismo, pero en sus últimos textos defendió la figura del “cirujano de hierro”, es decir, la implantación de un gobierno dictatorial concebido como un plan de choque para eliminar de raíz los problemas de España. Volviendo al periodo de 1898-1900, una de las cuestiones que más se repite en *Reconstitución y europeización de España* es la diferencia entre gobernantes y gobernados. Costa eximía de toda culpa a los segundos y señalaba a los primeros como los auténticos responsables de la decadencia de España. Esta es la razón por la que promovió la implantación del *self-government*, un modelo político que definió como “la única forma de gobierno que no se ha ensayado todavía en España: el gobierno del país por sí mismo”⁵⁹. Ésta era su alternativa política a la

⁵⁸ *Ibid.*, pág. 92.

⁵⁹ *Ibid.*, pág. 40. Costa defendía desde la década de 1870 la implantación del *self-government*, un término que fue introducido en España por Gumersindo de Azcárate para atacar el sistema de la Restauración. Germán GÓMEZ-ORFANEL: “Las precondiciones de la democracia: la crítica costiana al parlamentarismo liberal de la Restauración”, en Cristóbal GÓMEZ BENITO (coord.): *Joaquín Costa y la modernización de España...*, págs. 241-242.

Restauración, un sistema que en su opinión impedía el pleno desarrollo del pueblo español y, en última instancia, su europeización. Además de apoyar el *self-government*, el Costa de fin de siglo también estaba a favor de una progresiva descentralización para aproximar el gobierno a los gobernados⁶⁰.

La europeización de España pasaba, pues, por mejorar la economía, la educación y la organización política. Hemos visto que, en realidad, Costa nunca llegó a definir “Europa”, sino que simplemente señaló algunos ejemplos. En lo que sí insistió fue en el alcance de esa europeización, que en modo alguno podría desnacionalizar el país ni quebrantar su esencia (quizás Costa tenía presente la intra-historia de Unamuno). En un artículo publicado en 1899, consciente de que su discurso político era demasiado impreciso, quiso resumir su programa de esta forma: “en una palabra, europeización de España, africanizada por nuestros gobernantes, para que no acabemos todos por sentir nostalgia de Francia o Inglaterra”⁶¹.

Con la alusión a la “nostalgia”, Costa se refería a uno de sus principales temores: que España perdiera su independencia, una circunstancia que a corto plazo supondría depender económica y políticamente de otras naciones europeas más poderosas⁶². Según el intelectual aragonés, si España no se europeizaba, estaría condenada a un nuevo estatus en la organización del mundo, en concreto⁶³

“a la condición de una de aquellas naciones asiáticas, decadentes y fosilizadas, con quienes nadie hace cuenta más que para extenderles la partida de defunción y rodearles el solar de un cinturón de Gibraltares”.

La europeización, por tanto, también debe entenderse como un movimiento defensivo que tenía que realizar el gobierno para preservar su soberanía nacional ante las eventuales amenazas de las grandes potencias europeas, que podían aprovecharse de la debilidad de un país sacudido por varias crisis simultáneas. Era una postura muy similar a la de Unamuno, que estaba a favor de abrir las ventanas a Europa, pero al mismo tiempo confiaba en que no se iba a perder la personalidad española. Se trataba,

⁶⁰ Joaquín COSTA: *Reconstitución y europeización...*, págs. 32-33.

⁶¹ *Ibid.*, pág. 220.

⁶² La meta de Costa era justo la contraria: europeizar a España para modernizarla e integrarla de lleno en “la historia europea”. Antonio ELORZA: *La modernización política de España...* pág. 343.

⁶³ Joaquín COSTA: *Reconstitución y europeización...*, pág. 159. Con “el cinturón de Gibraltares”, Costa se refería a los tratados comerciales que el emperador de China se vio obligado a firmar con las grandes potencias europeas y Japón. Estos acuerdos, conocidos como los “tratados desiguales”, incluían cláusulas muy ventajosas para estos países y fueron la causa principal de la Guerra de los Bóxers.

en última instancia, de convertirse en europeos –o al menos aproximarse a los países más prósperos–, pero sin dejar de ser españoles. Mariano Bescós, uno de los amigos más próximos a Costa, resumió de una forma muy clara esta postura⁶⁴:

“Me espanta pensar en la dominación extranjera por lo que ha de tener de justamente expiatorio y antes que eso, deseo y me imagino una patria chica limitada por el Ebro, los Pirineos y los dos mares. Pero una patria chica sin caciques y con vistas a Europa. Si no ha de ser así, que venga el diluvio”.

A pesar del esfuerzo realizado por Costa, su pensamiento europeísta tuvo una acogida desigual, cálida entre sus seguidores y muy fría, casi gélida, entre sus detractores. En cualquier caso, sus ideas no provocaron ningún seísmo en el ambiente intelectual y político en el que se movía. Se trataba de una situación que, seguro, no pilló por sorpresa a Costa, acostumbrado a que buena parte de sus propuestas cayeran en saco roto. Desde los círculos conservadores y tradicionalistas se puso en duda los efectos positivos de la europeización, que fue interpretada como una amenaza que podría derribar –en vez de reconstituir– los cimientos de la patria⁶⁵. El verbo “europeizar” –un neologismo que muchos atribuían a la inventiva de Costa– incluso fue objeto de burlas y comentarios jocosos en distintas publicaciones humorísticas⁶⁶. En definitiva, lo que ocurrió es que muchos críticos con su obra confundieron el verdadero significado de la europeización y la asociaron con la desespañolización, cuando en realidad era todo lo contrario.

La muerte de Costa no sorprendió ni a sus seguidores ni a la clase política e intelectual. El conocido como León de Graus llevaba años retirado de la vida pública debido a varios ataques cerebrovasculares que debilitaron su salud, hasta que falleció el 8 de febrero de 1911. Desde ese mismo momento, muchos autores se declararon herederos de Costa, pero su recuerdo tuvo más que ver con el oportunismo que con la sincera reivindicación de su obra y sus propuestas⁶⁷. Dejando a un lado estas limitaciones, lo que está claro es que su discurso europeísta empezó a calar poco a poco

⁶⁴ Carta de Bescós a Costa, 27 de septiembre de 1901. George J. CHEYNE: *Confidencias políticas y personales: Epistolario Joaquín Costa – Manuel Bescós. 1899-1910*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1979, pág. 77. El libro está disponible en <http://ifc.dpz.es/publicaciones/ver/id/655>.

⁶⁵ “Cuestión de nombre”, *El Siglo Futuro*, 13 de abril de 1900.

⁶⁶ Véase, entre otros, Clarín: “Palique”, *Madrid Cómico*, 31 de marzo de 1900, pág. 206; “¡El papel vale más!”, *Gedeón*, 21 de marzo de 1900, pág. 6.

⁶⁷ Véase el sugerente y acertado recorrido que hace José Carlos Mainer de los últimos años de Costa y el posterior recuerdo de obra. José Carlos MAINER: “Joaquín Costa en 1911: un réquiem español”, en Cristóbal GÓMEZ BENITO (coord.): *Joaquín Costa y la modernización de España...*, págs. 661-679.

en algunos sectores de la sociedad civil. Prueba de ello son las palabras que pronunció Federico de Onís en la inauguración del curso académico 1912/13 en la Universidad de Oviedo⁶⁸:

“Lo extranjero es lo que separa a cada uno de los pueblos modernos de lo demás; lo europeo, es decir, la cultura moderna, es lo que nos une. Por tanto, el objetivo debe ser unir España con Europa”.

Otros autores como el escritor Edmundo González-Blanco advertían sobre el peligro de no seguir la senda que intentó marcar Costa a lo largo de su trayectoria profesional⁶⁹:

“el día que España haga sordos a sus oídos a la voz de Costa, que fue la verdadera voz de la conciencia nacional, ese será el día definitivo en que cambiando violentamente los vientos de Europa, la tormenta imperialista se deshará sobre las huecas testas de los directores de nuestra patria”.

Pero, quizás, lo más importante del legado de Costa fue la influencia que tuvo en dos de los autores que más contribuyeron a difundir este discurso europeizador: Ramiro de Maeztu y José Ortega y Gasset⁷⁰.

2.3.2. Maeztu y su idea de Europa

Ramiro de Maeztu (1874-1936) es una de las figuras más controvertidas y polémicas del intelectualismo español de los últimos cien años. Nacido en el seno de una acomodada familia de la burguesía vitoriana, tuvo claro desde muy temprano que su verdadera pasión era la escritura. Los más de dieciséis mil artículos periodísticos que escribió durante su vida, truncada por la Guerra Civil, indican que no rehusó ningún tema de actualidad y, quizás por eso, sea el miembro de la Generación del 98 más difícil de analizar⁷¹. A pesar de esta circunstancia, podemos diferenciar dos etapas de su

⁶⁸ AZORÍN: “El problema del humanismo”, *La Vanguardia*, 15 de octubre de 1912. Azorín, que citó las palabras de Onís, era consciente de este cambio de paradigma, al aseverar que “el internacionalismo parece que va a ser el carácter de la nueva era que se está abriendo en la historia de la humanidad”.

⁶⁹ Edmundo GONZÁLEZ-BLANCO: “Joaquín Costa”, *Nuestro Mundo*, julio 1913, pág. 81.

⁷⁰ Óscar I. MATEOS Y DE CABO: *Nacionalismo español y europeísmo...*, pág. 132.

⁷¹ Juan Carlos SÁNCHEZ ILLÁN: *La nación inacabada. Los intelectuales y el proceso de construcción nacional (1900-1914)*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2002, pág. 62.

evolución ideológica con bastante claridad: existe una primera fase regeneracionista y europeísta que se extendió aproximadamente hasta el final de la Gran Guerra, y un segundo momento en el que, de forma gradual, abandonó el liberalismo para engrosar las filas de la derecha reaccionaria y coquetear con el fascismo⁷². Esta segunda etapa es, con diferencia, la más conocida y estudiada. El propio Maeztu contribuyó al “olvido” de su juventud cuando, años después, renegó públicamente de su pasado regeneracionista y su adscripción a la Generación del 98⁷³.

Estos dos periodos tenían, sin embargo, un nexo común: Maeztu fue un convencido nacionalista español durante toda su vida. Dejando a un lado los distintos caminos ideológicos que tomó, lo cierto es que siempre se erigió como un firme defensor de la integridad nacional. Esto explica que, ya desde un principio, se mostrara radicalmente en contra de cualquier movimiento regionalista o secesionista⁷⁴. Si el pensador vitoriano se decantó por el discurso regeneracionista fue, primero de todo, por el impacto que le causó la guerra hispano-americana de 1898. La sobreestimación de las consecuencias del “Desastre”, como hicieron Costa u otros autores, marcó profundamente su idea de España, y más en el caso de un joven Maeztu, que con veinticuatro años fue testigo de la pérdida definitiva del imperio americano.

Un año después, en 1899, publicó uno de sus libros más conocidos de esta primera época, *Hacia otra España*, un compendio muy similar en estructura y contenido al de *Reconstitución y europeización de España* que escribiría Costa en ese mismo periodo. Esta coincidencia no fue una mera casualidad, ya que Maeztu encontró en la obra del intelectual aragonés las bases de “un nacionalismo dinámico, proyectivo, modernizador, cuyo necesario complemento era el futuro europeizador, compatible con la identidad histórica española”⁷⁵. El libro de Maeztu era, en realidad, una recopilación de artículos publicados en 1897 y 1899, dividida en tres partes bien diferenciadas: la primera, unas “páginas sueltas” dedicada a la actualidad y a cuestiones de política general; a continuación, una segunda parte sobre las guerras, y la tercera, la más

⁷² Pedro GONZÁLEZ CUEVAS: *Ramiro de Maeztu. Biografía de un nacionalista español*, Madrid, Marcial Pons Historia, 2003, págs. 177-178 y 202.

⁷³ Maeztu se arrepentiría posteriormente del “ataque de progresismo exacerbado” que padeció en el 98. Véase Juan Carlos SÁNCHEZ ILLÁN: *La nación inacabada...*, págs. 64-65.

⁷⁴ Pedro GONZÁLEZ CUEVAS: *Ramiro de Maeztu...*, pág. 63-64 y 88.

⁷⁵ *Ibid.*, pág. 64. La admiración hacia Costa la dejó patente en un libro –*Debemos a Costa*– que escribió a los pocos meses de fallecer el que fue uno de sus padres intelectuales.

importante, que llevaba por nombre el título del libro⁷⁶. Hay que aclarar que, aunque los escritos de Maeztu tenían un claro contenido regeneracionista, esta palabra – regeneración y sus derivados– apenas aparece, mientras que el término “europeización” no se utilizó ninguna vez en el texto, a excepción del título. A pesar de estas significativas ausencias, Maeztu tenía claro cuál era el peligro al que se enfrentaba la nación española⁷⁷:

“Si España presenta una resistencia invencible a la iniciada industrialización burguesa, nuestra nacionalidad será arrollada por extranjeras manos. Si España, con inerte pasividad, se deja llevar por la corriente de lo irremediable, prolongaremos, por tiempo indefinido, esta agonía”.

Al igual que Joaquín Costa, Maeztu temía que la inacción de España –ya fuera por culpa de los gobernantes o los gobernados– tuviera dramáticas consecuencias para la soberanía del Estado. Aunque es cierto que no hablaba de poner en marcha ningún proyecto europeizador, el escritor vitoriano estaba convencido de que la modernización del país sólo podría venir del exterior. En un artículo sobre la situación de Castilla, Maeztu advertía de que la anhelada renovación nacional sólo había llegado a la periferia o al litoral; en cambio, se detenía justo antes de entrar en “la meseta de Castilla”⁷⁸. Para el escritor vitoriano, era evidente que toda la costa se había modernizado económicamente debido a “una industria y un comercio europeos, gracias a exóticas iniciativas”⁷⁹. Esta industria y comercio europeizados se convirtieron, precisamente, en el contrapunto a una atrasada Castilla que fiaba toda su riqueza en una anticuada agricultura. La clásica comparación entre España y Europa también trasladó, de este modo, al terreno económico y a las diferencias que existían en un país que funcionaba a distintas velocidades.

Ya hemos dicho que la influencia de Costa en el pensamiento del joven Maeztu es innegable. El intelectual aragonés fue, sin duda, una de sus lecturas de cabecera de Maeztu durante los años del cambio de siglo, pero justo después del “Desastre” empezaron a observarse las primeras discrepancias entre ellos, en concreto sobre la

⁷⁶ Algunos autores han criticado la “inconsistencia ideológica del libro” y su evidente desorden y falta de coherencia interna. Véase Donald SHAW: *La generación del 98*, Madrid, Cátedra, 1997, pág. 115 (Citado en Juan Carlos SÁNCHEZ ILLÁN: *La nación inacabada...*, pág. 64)

⁷⁷ Ramiro DE MAEZTU: *Hacia otra España*, Bilbao, Imp. de Andrés P. Cardenal, 1899, pág. 7.

⁷⁸ *Ibid.*, págs. 159-160.

⁷⁹ *Ibid.*, pág. 160. Por “exóticas iniciativas” se refiere al desarrollo de industrias especializadas a lo largo de todo el litoral peninsular, como por ejemplo la metalurgia, los tejidos, el cultivo y refinamiento del azúcar, la industria hortofrutícola, etc.

puesta en práctica del modelo regeneracionista. Para Costa, la regeneración o reconstitución de España debía realizarse a través de una europeización sustentada en tres pilares básicos: economía, educación y política. Maeztu, en cambio, descartaba el último y apenas se ocupó del segundo. Su proyecto regeneracionista era, por tanto, esencialmente económico. Esto explica que en la mayoría de sus textos la palabra “industrialización” adquiriera un sentido de “regeneración”. En su opinión, la iniciativa política no era necesaria para llevar a buen término este objetivo, ya que, según sus propias palabras, lo que necesitaba España eran “canales, fábricas, carreteras, vías férreas, barcos de tráfico, no constituciones”⁸⁰. La iniciativa privada, por tanto, iba a ser la gran protagonista en el ambicioso proyecto de construir una nueva España. La máquina, la dinamo o la empresa por acciones son algunas de las innovaciones que Maeztu citó reiteradamente como soluciones para revertir una situación desfavorable marcada por el pesimismo⁸¹. Se trata de una visión pragmática que intenta superar la vieja aspiración de Costa de crear un partido que ponga fin a la corrupción política⁸². Según Maeztu, pasara lo que pasara, el sistema seguiría siendo esencialmente el mismo. De producirse algún cambio, sería mínimo y no afectaría a su estructura. Por eso encomendó a los grandes capitalistas e inversores la misión de llevar a cabo una industrialización que sería, ante todo, un gran negocio en el que todos saldrían ganando⁸³:

“¿Quién duda de que las nuevas Indias, y consiguientemente la nueva España, están en esas llanadas hoy estepas, en esos montes preñados de minerales, en esos ríos que se pierden miserablemente?... La explotación de esas riquezas corresponde a los hombres de negocio... ¡Ellos han de explotarlas, señor Costa, sin acudir a la formación de otros partidos!”.

Con la llegada del nuevo siglo, Maeztu continuaba adscrito a la corriente nacionalista liberal-regeneracionista, y buena prueba de ello es que dedicó parte de sus escritos a ofrecer soluciones encaminadas hacia la modernización y la europeización de España. El mejor ejemplo de este compromiso con la idea de Europa lo hemos

⁸⁰ *Ibid.*, pág. 203.

⁸¹ La confianza en este modelo se debe, en gran parte, a una estancia que realizó en Estados Unidos en 1893 para atender negocios familiares. El desarrollo del capitalismo y el espíritu emprendedor y pionero que respiraba en las principales ciudades estadounidenses cautivarían sin duda a un Maeztu adolescente. Véase Pedro GONZÁLEZ CUEVAS: *Ramiro de Maeztu...*, pág. 41.

⁸² Ramiro DE MAEZTU: *Hacia otra España...*, págs. 238-240. El escritor vitoriano se imaginó un hipotético gobierno con Costa como ministro de fomento y llegó a la conclusión de que, al final, todos los vicios del sistema se volverían a reproducir a pesar de los esfuerzos del León de Graus.

⁸³ *Ibid.*, pág. 240.

encontrado en un largo y fructífero debate que mantuvo sobre esta cuestión, durante los años 1902 y 1903, con Juan Ingenio –seudónimo del historiador e intelectual Eduardo Saavedra⁸⁴– en la revista *Madrid científico*, una de las primeras publicaciones que se dedicó en exclusiva a la divulgación y la discusión científica. El contenido de esta serie de artículos ayuda a entender cómo fueron percibidos procesos como la europeización y el nacionalismo en la primera década del siglo XX.

Tres años después del “Desastre”, el discurso regeneracionista estaba de plena actualidad, pero no fue ajeno a las críticas y a un contexto desfavorable. Por un lado, desde los distintos ejecutivos no se iniciaron las reformas necesarias y los críticos seguían echando de menos una mayor determinación; el gobierno de Silvela fue saludado con optimismo por los regeneracionistas, pero que tropezó con las rigideces de un sistema reacio a modificar su estructura. Por otro lado, la fórmula europeísta impulsada por Joaquín Costa – concebida el camino directo hacia la regeneración del país– todavía era vista con escepticismo, e incluso muchos detractores seguían viendo en Europa una amenaza para los intereses de la nación. Maeztu era consciente de estas dudas y reticencias cuando escribió que⁸⁵

“De algunos meses a esta parte retoña en la mentalidad española ese espíritu tradicionalista, o meramente conservador, que parecía definitivamente derrotado cuando creímos habernos convencido de la necesidad de europeizarnos”.

Es decir, la europeización adquiriría un nuevo significado en el pensamiento político de Maeztu, ya que se convertía, además, en un instrumento para contener a la corriente conservadora o tradicionalista. Maeztu consideraba que la admiración hacia el extranjero –Europa, con otras palabras– constituía “uno de los signos más seguros de nuestra vitalidad”. En este sentido, la imitación y asimilación de ideas procedentes de países como “Estados Unidos, Alemania, Inglaterra y Francia” se convertía en un paso indispensable para evitar una completa desnacionalización⁸⁶. Así, la europeización, lejos de ser un elemento dañino, se configuró como una herramienta para mantener unido el espíritu nacional y evitar, incluso, la desaparición de España como nación

⁸⁴ Ignacio PEIRÓ MARTÍN y Gonzalo PASAMAR ALZURIA (eds.): *Diccionario Akal de Historiadores españoles contemporáneos*, Madrid, Akal, 2002, pág. 551.

⁸⁵ Ramiro DE MAEZTU: “Europeización I. Su posibilidad”, *Madrid científico*, 396 (1902), pág. 273.

⁸⁶ *Id.* La presencia de Estados Unidos –una nación extraeuropea– en el grupo de países que debían tomarse como ejemplo se explica por dos motivos: uno, la incontestable superioridad que ya mostró en la guerra hispano-americana y, el otro, porque se consideraba que las raíces históricas y culturales de este país eran europeas.

independiente⁸⁷. Éste fue precisamente el mayor peligro al que temían enfrentarse los europeístas, y el mensaje de advertencia de Maeztu, que seguía de nuevo la estela marcada por Costa, no podía ser más claro⁸⁸:

“Todos los pueblos cuya desaparición es inminente: Turquía, Persia, China, Indostán y Marruecos, se caracterizan por su horror a las innovaciones extranjeras. Y es este horror lo que les mata. Al perseverar en su estancamiento crece incesantemente la desproporción entre los conocimientos que poseen y los que tiene Europa”.

Siguiendo el razonamiento de Maeztu –que recuerda ligeramente al discurso de Lord Salisbury–, si no se actuaba con determinación, España también podía formar parte de este grupo de naciones. Para probar que el remedio europeizador era efectivo, Maeztu puso como ejemplos, a fin de concluir este primer artículo, a Rusia y Japón, dos imperios que, a juicio del vitoriano, habían realizado grandes progresos desde que empezaron a asimilar la cultura occidental como parte de la suya propia⁸⁹.

Como hemos visto, su primer alegato europeísta se encontraba dentro de los parámetros de la ortodoxia costista, pero en el siguiente artículo encontramos un Maeztu consciente, ya en 1902, de que el Estado-nación iba a perder peso en el panorama internacional de forma progresiva e irremediable⁹⁰:

“De hoy en adelante son imposibles las civilizaciones puramente nacionales. (...) Hoy el vapor y la electricidad se burlan del espacio y la imprenta se burla del tiempo. Cada adquisición de la ciencia o del arte, propagada a través del espacio por los hilos eléctricos y por el vapor, pasa inmediatamente al dominio mundial”.

Aunque es cierto que de sus palabras no se pueden extraer demasiadas conclusiones, Maeztu dejaba una puerta abierta a un futuro con más integraciones entre países. De hecho, su postura favorable hacia el iberismo era bastante conocida, y siempre se mostró partidario de que España absorbiera a Portugal. Como tendremos

⁸⁷ Este alegato a favor de la europeización es prácticamente calcado al de Costa, que le dio un sentido defensivo para evitar cualquier tipo de injerencia por parte de los países más poderosos.

⁸⁸ *Id.*

⁸⁹ *Ibid.*, pág. 274.

⁹⁰ Ramiro DE MAEZTU: “Europeización II. Su necesidad”, *Madrid Científico*, 397 (1902), pág. 289.

ocasión de comprobar en el capítulo cuarto, Maeztu llegó a defender la creación de una federación que englobara a distintos países europeos⁹¹.

Los dos primeros artículos de Maeztu recibieron una inmediata respuesta por parte de Juan Ingenuo. Para este autor, la europeización no dejaba de ser una “vestimenta”, una herramienta propagandística o un simple “capricho aragonés”, en alusión a Costa. El antagonista de Maeztu criticaba que el concepto de europeización no era demasiado concreto, e incluso se preguntaba por los afectos positivos que tendría la imitación de algunos rasgos o comportamientos procedentes de Europa. En su opinión, la pretendida europeización no sería más que una moda pasajera, incapaz de solucionar los problemas que la nación española venía arrastrando desde la etapa final del siglo XX⁹².

En su tercer artículo, Maeztu respondió a las críticas que había recibido su concepto de europeización, y aclaró que no debía entenderse en un sentido exclusivamente geográfico, pues algunos países europeos –cita al imperio otomano y la misma España– no podían ser tomados “como modelos de cultura”⁹³. Por eso, la delimitación geográfica de Europa que propuso fue mucho más concreta: a Inglaterra, Alemania, Francia o Estados Unidos, nombrados en el primer artículo, añadía “los Países Bajos, los pueblos escandinavos, Suiza, el norte de Italia y la parte más occidental de los pueblos eslavos”⁹⁴.

Para Maeztu, lo importante no era el hecho de compartir unas coordenadas geográficas determinadas, sino los elementos de una civilización europea común en los países citados. Tras descartar la filosofía, la religión y los regímenes políticos –en este caso por la disparidad de modelos–, llegaba a la conclusión de que estos rasgos comunes se encontraban, además de en el progreso industrial, en los adelantos científicos y la capacidad de formar expertos.

En su segunda y última réplica, Juan Ingenuo siguió insistiendo en los peligros de la europeización y proponía “corregir esa propensión nacional a tomar nota de lo que

⁹¹ El iberismo de Maeztu es, muy posiblemente, otra herencia de Costa. El aragonés, además de apoyar la unión entre España y Portugal, llegó a proponer en 1885 una “triple alianza del sur” que incluiría a Francia. Véase Pedro GONZÁLEZ CUEVAS: *Ramiro de Maeztu...*, pág. 102; José Antonio RODRÍGUEZ-ESTEBAN: “Geopolitical perspectives in Spain: from the iberismo of the 19th century to the hispanoamericanismo of the 20th”, *Finisterra*, XXXIII, 65 (1998), pág. 189.

⁹² Juan INGENUO: “El barullo europeísta”, *Madrid Científico*, 399 (1902), págs. 327-328.

⁹³ Ramiro DE MAEZTU: “La europeización III. Lo que es y lo que no es”, *Madrid Científico*, 400 (1902), pág. 337. En este texto, Maeztu también definió a Europa como cultura.

⁹⁴ *Ibid.*, pág. 338.

hacen los extranjeros y a dejar en el olvido las iniciativas españolas”⁹⁵. El contrincante dialéctico de Maeztu defendió que la europeización implicaba mucho más que realizar avances en el ámbito científico-técnico y que, en todo caso, no se debía adoptar o copiar nada sólo por el simple hecho de ser extranjero o europeo. Finalmente, para Juan Ingenuo, las diferencias entre España y la Europa más avanzada no eran en ningún caso insalvables, ya que la relación había sido mucho más porosa de lo que se podía pensar⁹⁶.

Maeztu zanjó el debate utilizando los ejemplos de Japón y China para demostrar que la europeización ofrecía garantías de éxito⁹⁷. Según explicó en su tercer y último artículo, en los dos imperios del lejano oriente se pusieron en marcha medidas centradas en la industrialización y la exportación de productos manufacturados. Estas actuaciones, según estudios publicados en la época, repercutieron de forma positiva en el bienestar de la población. Si Maeztu escogió estos dos modelos tan alejados geográfica y culturalmente del viejo continente fue, precisamente, para dar un toque de atención sobre la perentoria necesidad de europeizar a España, de cuyo éxito estaba absolutamente convencido.

2.3.3. Ortega y Gasset: la búsqueda de la raíz de Europa

Procedente de una acomodada familia de periodistas y políticos, José Ortega y Gasset (1883-1955) ha sido, sin lugar a dudas, el principal exponente del pensamiento europeísta español durante la primera mitad del siglo XX, un reconocimiento que ha llegado a la actualidad. Europa estuvo presente en toda su producción literaria y filosófica, aunque con mucha mayor intensidad durante su etapa inicial (1902-1915) y final, a partir de la Segunda Guerra Mundial. Entre la Primera Guerra Mundial y el periodo de entreguerras, sus reflexiones fueron, en cambio, menos sustanciales.

⁹⁵ Juan INGENUO: “Europeomaquia y Europoscopia”, *Madrid Científico*, 402 (1903), pág. 7.

⁹⁶ *Ibid.*, pág. 10. En este sentido Juan Ingenuo negaba la existencia de una muralla material o moral que separa España del resto de Europa.

⁹⁷ Ramiro DE MAEZTU: “La europeización. Para acabar”, *Madrid Científico*, 403 (1903), págs. 19-21. La europeización de China no gozó de mucha atención, pero las referencias a la de Japón –interpretada como un modelo a seguir– se convirtieron en habituales entre la década de 1880 y 1914. Así, por ejemplo, Fernando Giner de los Ríos utilizaba el término “japonización” como sinónimo de modernización. Véase Antonio NIÑO RODRÍGUEZ: “La europeización a través de la política científica”..., pág. 107. Hay dos artículos representativos, publicados a principios del siglo XX: Francisco DE REYNOSO: “La «europeización» del Japón”, *Nuestro Tiempo*, febrero 1904, pág. 34, y “La religión política de los japoneses”, *La Vanguardia*, 29 de octubre de 1912. Para una visión global, véase Florentino RODAO y David ALMAZÁN: “Japonizar España: La imagen española de la modernización del Japón Meiji”, en Guadalupe GÓMEZ-FERRER MORANT (ed.): *Modernizar España. Congreso Internacional: Comunicaciones*, Formato CD, Madrid, Dpto. Historia Contemporánea (UCM), 2006. Disponible en <http://www.florentinorodao.com/academico/aca06a.pdf>.

Si tenemos en cuenta el contexto de la España del cambio de siglo, no sorprende que un joven y brillante filósofo como Ortega mostrara un temprano interés por esta cuestión. El “Desastre” de 1898 causó una honda impresión en los adolescentes de catorce o quince años que estaban decidiendo como enfocar su futuro⁹⁸. El caso de Ortega no fue una excepción: a los dieciséis años empezó sus estudios universitarios, con un país en plena crisis de identidad nacional, un contexto que sería determinante para que identificara en Europa la solución al llamado problema de España. Consciente de ello, entre 1905 y 1911 realizó tres estancias en Alemania para ampliar sus estudios de filosofía. Esta experiencia también fue decisiva para que el joven filósofo conociera de primera mano las diferencias entre España y uno de los países europeos más avanzados en el campo cultural y científico.

Las primeras reflexiones sobre Europa fueron, en realidad, consecuencia directa de su preocupación por el destino de España. El nacionalismo de Ortega es, por tanto, clave para entender su concepto de Europa. Como ocurría con los otros autores analizados, la idea de Europa no puede desligarse de la idea de la nación. En este sentido, el joven Ortega continuó con la senda iniciada por sus “maestros” como el primer Unamuno, Costa y el Maeztu de principios de siglo, autores que pertenecían a una generación distinta a la suya. Fruto de estas primeras influencias, Ortega se adscribió a la corriente nacionalista liberal e hizo suyas muchas de las reivindicaciones regeneracionistas.

El contenido de su nacionalismo es, sin embargo, mucho más complejo, en parte por la indefinición teórica de esta primera etapa de formación⁹⁹. Partiendo del análisis de Ferran Archilés, se pueden identificar tres aspectos esenciales del nacionalismo orteguiano: en primer lugar, se inserta dentro de un proyecto político determinado, siguiendo el ejemplo de Joaquín Costa; una segunda característica es el pesimismo que lo envuelve: Ortega llegó a afirmar en varias ocasiones que no existe la nación española, pero sí la patria, una especie de sustrato íntimo que parece una reformulación del concepto de intrahistoria de Unamuno. El tercer elemento de este pensamiento nacionalista inicial es, precisamente, la solución que plantea a este pesimismo, que

⁹⁸ Javier ZAMORA BONILLA: “El mundo que pudo ser. El concepto “Europa” en el proyecto político orteguiano”, *Revista de Estudios Europeos*, 40 (2005), págs. 11-13.

⁹⁹ Ferran ARCHILÉS: “La nación de las *mocedades* de José Ortega y Gasset (c. 1906-c. 1914)”, en Carlos FORCADELL, Pilar SALOMÓN e Ismael SAZ: *Discursos de España en el siglo XX*, Valencia, IFC-Universitat de València, 2009, págs. 71-72.

pasaría por la reconstrucción o nacionalización de un país todavía por completar¹⁰⁰. En definitiva, su discurso nacional se revela como activo, dinámico y pendiente del presente y del futuro. A fin de cuentas, el objetivo de Ortega no era otro que contribuir a la mejora de un porvenir no demasiado halagüeño. Teniendo en cuenta estas características, no sorprende que el pensamiento de Ernst Renan estuviera muy presente en los primeros años de actividad intelectual de Ortega y Gasset.

La idea del plebiscito diario –la metáfora que utilizaba Renan para explicar la importancia de fundar un proyecto nacional en objetivos comunes y duraderos– fue acogida positivamente por Ortega, ya que le permitía quitarle peso a la tradición, condición necesaria, pero no suficiente, para crear una comunidad nacional¹⁰¹. A pesar de la visión de presente y de futuro que se suele atribuir al nacionalismo cívico, Ortega citó en 1910 unas palabras de Renan en las que el filósofo francés pedía que no se renunciara al pasado y que se conservara¹⁰². Autores como Xacobe Bastida o, en parte, Ferran Archilés, rechazan que Ortega adoptara un nacionalismo cívico. De hecho, Bastida afirma que Ortega jamás utilizó el discurso voluntarista de Renan para justificar su proyecto nacionalista, pero sí para legitimar una hipotética nación europea¹⁰³. Esta interpretación de la idea de nación orteguiana plantea, en nuestra opinión, bastantes dudas. Como ya hemos comentado, el pensamiento europeísta de Ortega –ya sea el de su juventud o el de su madurez intelectual– es inseparable de su idea de nación. No podemos hablar, por tanto, de un nacionalismo que rechace las tesis de Renan y, al mismo tiempo, de un europeísmo que se base en ellas.

Lo cierto es que en las obras completas de Ortega hay bastantes referencias al Renan filósofo, pero muy pocas al Renan político. En su célebre discurso sobre la vieja y la nueva política, pronunciado en el teatro de la Comedia el 23 de marzo de 1914, Ortega repasó la situación política de la Restauración y presentó en sociedad uno de sus

¹⁰⁰ *Ibid.*, págs. 77-83.

¹⁰¹ Estas referencias a Renan son posteriores al periodo que se está analizando y se pueden encontrar en *La España invertebrada* (1921) y en *La rebelión de las masas* (1930). Fernando H. LLANO ALONSO: “El estado y la idea orteguiana de nación. España y Europa como circunstancias”, *Revista Digital Facultad de Derecho (UNED)*, 2 (2010), pág. 8.

¹⁰² Véase Juan Carlos SÁNCHEZ ILLÁN: *La nación inacabada...*, pág. 95. El artículo se titula “La teología de Renan” (1910) y se puede consultar en José ORTEGA Y GASSET: *Obras Completas. Tomo I*, Madrid, Taurus, 2004, págs. 332-335.

¹⁰³ Xacobe BASTIDA: “La búsqueda del Grial. La teoría de la nación en Ortega”, *Revista de estudios Políticos*, 96 (1997), pág. 52. Ferran ARCHILÉS: “La nación de las mocedades”..., págs. 91-92.

proyectos más ambiciosos: la Liga de Educación Política¹⁰⁴. A la hora de hablar sobre el papel de la monarquía, hizo una alusión directa al pensamiento político de Renan¹⁰⁵:

“Como Renan decía que una nación es un plebiscito de todos los días, así la Monarquía tiene que justificar cada día su legitimidad, no sólo negativamente, cuidando de no faltar al derecho, sino positivamente, impulsando la vida nacional”.

Para Ortega, la legitimidad histórica de la monarquía no bastaba para asegurar el funcionamiento de la nación española. Esto explica por ejemplo, que a partir de 1930 abrazara la causa republicana. En nuestra opinión, bajo este concepto de monarquía se escondía una crítica muy directa al Sistema de la Restauración –que se puede interpretar también como un proyecto de nación–, del que se fue alejando con el paso del tiempo. La mención a Renan suponía una clara apuesta por la regeneración –renacionalización– de un país dividido por una brecha que separaba lo oficial de lo real, la política de la ciudadanía.

Pese a todo, el proyecto político de Ortega entre principios de siglo y 1914 se fundamentó en un equilibrio entre el nacionalismo cívico y la idea de nación cultural o étnica. Siguiendo a Archilés, es evidente que Ortega no renegaba del pasado o la herencia cultural recibida de otras generaciones, pero su dimensión cívica también está fuera de toda duda y, en nuestra opinión, tiene más peso que la primera¹⁰⁶. La simple comparación con otros autores tradicionalistas, herederos del pensamiento de Menéndez y Pelayo, evidencia que el nacionalismo de Ortega iba por un camino distinto.

En cuanto a su europeísmo, debe entenderse como un complemento de su proyecto nacional cívico con base cultural. Si se compara con su nacionalismo, la idea de Europa de Ortega presenta muchos menos problemas y no es tan ambigua, muy posiblemente por la escrupulosidad del autor a la hora de definir qué entendía por Europa. Antes de abordar esta cuestión, es conveniente aclarar que nos encontramos ante el primer europeísmo de Ortega, una construcción teórica que todavía estaba lejos

¹⁰⁴ El discurso está disponible íntegramente en José ORTEGA y GASSET: *Obras completas. Tomo I*, págs. 710-746. Un completo análisis en Manuel MENÉNDEZ ALZAMORA: *La Generación del 14...*, págs. 231-262.

¹⁰⁵ José ORTEGA Y GASSET: *Obras completas. Tomo I...*, pág. 729.

¹⁰⁶ Ferran ARCHILÉS: “La nación de las mocedades...”, págs. 92 y 117. Para este autor, Ortega, como Renan, defendía un nacionalismo con una doble dimensión cívica y cultural, si bien en su interpretación le da un mayor peso a los rasgos culturales. La idea contraria la encontramos en Andrés de Blas, para el que Ortega dejó en un segundo plano las explicaciones de carácter histórico al preferir la construcción del presente y el futuro al excesivo peso del pasado. Andrés DE BLAS (dir.): *Enciclopedia del Nacionalismo*, Madrid, Tecnos, 1997, pág. 290.

de la evolución que sufriría a partir de la década de 1930, cuando vinculó su idea de Europa con los movimientos federalistas que abogaban por una unión política y/o económica en el viejo continente¹⁰⁷. En esta primera etapa, en cambio, Ortega sólo pensó en clave interna, y dio a Europa dos significados complementarios que tomaban como referencia el “problema” de España.

La primera definición, de carácter geográfico, es un modelo muy parecido al que utilizaron Costa y Maeztu: su idea de Europa se localizaba en los países más prósperos del continente, es decir, Alemania, Francia, Reino Unido e Italia¹⁰⁸. Dicho de otra forma, su Europa geográfica será la suma de dos complementos: la parte germánica –el sustrato más importante– y la parte latina o mediterránea¹⁰⁹. Esta interpretación dual se explica porque, en realidad, su idea de Europa únicamente tenía validez en términos comparativos¹¹⁰. Esto no significa en ningún caso que Ortega apostara por la emulación de los rasgos culturales y el progreso técnico que estos países están experimentando en el cambio de siglo. Al contrario que Maeztu, el joven filósofo madrileño ya rechazó sin tapujos la simple imitación europea en uno de sus primeros artículos, cuando todavía no había cumplido los veintitrés años de edad¹¹¹:

“Un pueblo no debe jamás imitar a otro: debe tomar, adquirir en otras sociedades lo que le hace falta, y luego digerirlo a su manera, en su estómago y con sus propios jugos. Sólo españolizando lo europeo, quiliificándolo según la fórmula étnica nuestra, se nos tornará en sangre corriente”.

1908 es un año decisivo para la sistematización de su pensamiento europeo. Será en este momento cuando propondrá una definición, mucho más teórica, para un concepto de Europa que no se sabía muy bien qué significaba exactamente. Hemos visto que estaba ligado a modernidad, progreso, bienestar y cultura, y que existía un consenso, al menos entre los regeneracionistas, en torno al alejamiento de Europa. Ortega, en una alocución en la Asamblea para el progreso de las ciencias, era consciente

¹⁰⁷ Para profundizar en esta cuestión, véase el estudio de referencia de Arturo ARDAO: “Los dos europeísmos de Ortega”, *Cuadernos Hispanoamericanos*, 403-405 (1984), págs. 493-510.

¹⁰⁸ Véase José LASAGA MEDINA: “Significados de Europa en el pensamiento de Ortega: tres significados y un epílogo”, *Revista de Estudios Europeos*, 40 (2005), pág. 37.

¹⁰⁹ Jesús J. SEBASTIÁN LORENTE: “La idea de Europa en el pensamiento político de Ortega y Gasset”, *Revista de Estudios Políticos (Nueva época)*, 83 (1994), págs. 236-237.

¹¹⁰ Ferran ARCHILÉS: “La nación de las mocedades”..., pág. 98.

¹¹¹ José ORTEGA Y GASSET: *Obras completas. Tomo I...*, pág. 69.

de este problema de indefinición y empezó explicando lo que no era Europa a partir de las definiciones que habían dado otros¹¹²:

“Para unos Europa es el ferrocarril y la buena policía; para otros es la parte del mundo donde hay mejores hoteles; para aquellos el Estado que goza de empleados más leales y expertos; para otros el conjunto de pueblos que exportan más e importan menos”.

Tras citar estos ejemplos de progreso técnico, social y económico, Ortega afirmó que “estas imágenes de Europa (coincidían) con un error de perspectiva”, ya que básicamente Europa se estaba confundiendo con la europeización, es decir, la causa con su consecuencia¹¹³. Para Ortega, todos los ejemplos citados no explicaban la singularidad de Europa, un concepto absoluto y universal que definió como ciencia, ya que ésta –la ciencia– era el hecho diferencial que hacía superiores a los europeos frente a otros pueblos como el asiático o el africano¹¹⁴. Este enfoque eurocentrista se complementaba con la filosofía idealista –o neokantiana– que estaba desarrollando durante esos años: Europa, entendida como el ideal más puro y próximo a la verdad epistemológica, sólo podía equipararse con la ciencia¹¹⁵.

Esta definición no se entiende sin el contexto que la precedió. Si Ortega fue tan vehemente al afirmar que Europa era sinónimo de ciencia, es porque trataba de dar una respuesta al giro subjetivista que había realizado Unamuno a partir de 1905. El joven filósofo empezó a presentarse como una alternativa tanto en el plano académico como el intelectual, lo que le llevó a tomar partido por Europa frente a un Unamuno cada vez más contrario a los vientos europeos. Esta situación alcanzaría su cénit en 1909 con la famosa polémica que les enfrentó. El origen no pudo ser más rocambolesco: Azorín escribió en *ABC* un artículo en el que criticaba una supuesta campaña de difamación contra España organizada por algunos intelectuales europeos tras la ejecución de Ferrer Guardia. Unos días después, Unamuno escribió a Azorín una carta privada –que sería

¹¹² *Ibid.*, pág. 184.

¹¹³ *Id.* Sin embargo, un poco más adelante –página 190– Ortega reconocía lo siguiente: “Europa es también la civilización europea, los adelantos técnicos, las comodidades urbanas, la potencia económica”. Se trata de elementos que se encontraban en un nivel inferior a los de la idea científica de Europa.

¹¹⁴ *Ibid.*, págs. 186. Para hablar de esta superioridad europea, Ortega también utiliza los términos “Occidente” o “mundo de occidente”, lo que sugiere que su concepto de Europa también podría contemplar otros territorios, como Norteamérica.

¹¹⁵ Véase Javier ZAMORA BONILLA: “El mundo que pudo ser”..., págs. 14-15. Algunos autores han querido ver en el concepto de ciencia un sinónimo de la cultura nacional, lo que encajaría perfectamente tanto en su discurso nacionalista como europeísta. Véase José María BENEYTO: “Europa como paradigma de la integración de Ortega y Gasset”, *Revista de Estudios Europeos*, 40 (2005), págs. 95-96.

publicada por este último también en *ABC*– en la que le felicitaba y aprovechaba para atacar duramente a aquellos “papanatas” fascinados por Europa. Además, dejó escrita una de sus frases más conocidas, el que “inventen ellos”, una muestra más del desprecio que profesaba contra la Europa que había defendido sólo una década antes¹¹⁶. Como era de esperar, Ortega se sintió aludido y calificó a Unamuno de “energúmeno español”, al tiempo que se lamentaba por el giro africanista que había iniciado el catedrático de la Universidad de Salamanca. Pero, ataques personales aparte, su respuesta recogía su compromiso inquebrantable con Europa, una palabra, decía Ortega, en la que comenzaban y acababan todos los dolores de España¹¹⁷.

Su concepto de Europa le sirvió para separarse paulatinamente de sus referentes e iniciar un discurso propio. Si con Unamuno hubo una ruptura total, en el caso de Costa las diferencias no fueron tan drásticas. La admiración que sentía Ortega por Costa seguía intacta, prueba de ello es que envió al intelectual aragonés una copia de su discurso en la asamblea para el progreso de las ciencias. Sabía que en ese discurso había puesto en duda el concepto de Europa usado por Costa, y quería conocer la respuesta de uno de sus “maestros”. En una escueta nota, Costa se mostró reacio a aceptar que sus formulaciones carecían de una mayor precisión terminológica, e incluso replicó a Ortega que, en todo caso, tendría que definir lo que es ciencia¹¹⁸. Este breve intercambio epistolar, entre un Ortega cada vez más conocido y activo en la vida política madrileña, y un Costa enfermo y retirado de todo acto público, muestra que el interés por Europa de Ortega y Gasset seguía siendo costista en lo esencial. Por más que existieran discrepancias importantes en torno al concepto de Europa, seguían coincidiendo en su objetivo: lograr la reconstitución y regeneración de España¹¹⁹.

Con la inclusión de la ciencia en la definición de Europa, Ortega era coherente con la dimensión radical que otorgaba a la metafísica¹²⁰: iba directo a la raíz del

¹¹⁶ AZORÍN: “Colección de farsantes”, *ABC*, 12 de septiembre de 1909, págs. 13-14; Carta de Unamuno a Azorín, publicada en *ABC*, el 15 de septiembre de 1909, pág. 10.

¹¹⁷ Véase José ORTEGA Y GASSET: *Obras Completas. Tomo I...*, págs. 256-259.

¹¹⁸ Arturo ARDAO: “Los dos europeísmos de Ortega”..., págs. 494-495.

¹¹⁹ Por eso, no extraña que, en posteriores artículos, Ortega dedicara numerosos halagos a Costa. Manuel MENÉNDEZ ALZAMORA: *La Generación del 14...*, págs. 61-62. Incluso llegó a dedicarle un artículo pocos días después de su muerte con un título significativo: “La herencia viva de Costa”. Véase José ORTEGA Y GASSET: *Obras Completas. Tomo I...*, págs. 401-404. Se trataba en realidad, de una doble herencia: el dolor de España y la idea de Europa.

¹²⁰ José LASAGA MEDINA: “Notas sobre la dimensión metafísica del pensamiento de Ortega”, *El Basilisco*, 21 (1996), págs. 57-59. Disponible en <http://www.filosofia.org/rev/bas/bas22122.htm>. Para Javier Zamora, la Europa que contempla Ortega se podía comparar con Sócrates, “o con el afán de llegar a la verdad a través de los conceptos”. Javier ZAMORA BONILLA: “El impulso orteguiano de la ciencia

problema y respondía a la pregunta que gran parte de la intelectualidad se hacía desde finales del siglo XIX: ¿Por qué era tan importante Europa para la regeneración de España? La pregunta se mantendrá inamovible, pero no así sus respuestas. La contundencia de su respuesta en 1908 se fue suavizando justo a partir de ese año, gracias a una nueva evolución en el pensamiento de Ortega, que de forma paulatina empezó a acercarse a posturas no tan idealistas y más próximas a la realidad política que le rodeaba¹²¹. En este sentido, 1909 será un año clave: al ya comentado enfrentamiento con Unamuno hay que añadir el frontal rechazo de Ortega a la represión tras la Semana Trágica de Barcelona. En una conferencia leída en el Ateneo, sólo dos días después de ser ejecutado Ferrer Guardia, el todavía joven filósofo se lamentaba de la inexistencia de “una organización política que eduque en el pueblo español la conciencia de la libertad”. Para solucionar este problema, Ortega ponía sus esperanzas en la europeización, que sería el medio para educar la conciencia política de los españoles¹²².

Un año después, en 1910, Ortega puso en marcha una revista de carácter cultural que no podía tener un nombre más simbólico y representativo: *Europa*. En realidad, no era la primera vez que se embarcaba en el mundo editorial. En 1908 impulsó la revista *Faro*, que no llegó a buen término. En esta ocasión, *Europa* era mucho más que una publicación: por un lado, puede entenderse como un primer lugar de encuentro de la incipiente Generación del 14, que tomaría forma sobre todo después del discurso del Teatro de la Comedia¹²³. Por otro, encerraba una motivación política, ya que su objetivo fue respaldar la Conjunción Republicano Socialista¹²⁴. En el artículo de presentación de la revista, Ortega dejaba claro su proyecto político cuando afirmó que “sólo mirada desde Europa (era) posible España”¹²⁵. Poco después, en otro artículo –esta vez publicado en *El Imparcial*–, Ortega definió a Europa como la “negación prolija” de la España de principios de siglo, y a continuación lanzó varios ataques contra la universidad, el Parlamento o la Constitución “inmoral”¹²⁶. Europa, sin embargo, no

española”, *Circunstancia*, año III, 6 (2005). <http://www.ortegaygasset.edu/fog/ver/354/circunstancia/ano-iii---numero-6---enero-2005/ensayos/el-impulso-orteguiano-de-la-ciencia-espanola>.

¹²¹ Esta nueva fase estará dominada por la fenomenología, una corriente filosófica desarrollada por Husserl que introduce aspectos psicológicos y se centra en la experiencia y las circunstancias individuales. Véase Manuel MENÉNDEZ ALZAMORA: *La Generación del 14...*, págs. 77-80.

¹²² Hay un análisis completo sobre esta conferencia en Domingo FERNÁNDEZ AGIS: *El desarrollo del pensamiento político de Ortega y Gasset*, Santa Cruz de Tenerife, Ediciones Idea, 2007, págs. 37-39. El texto se puede encontrar en José ORTEGA Y GASSET: *Obras Completas. Tomo VII (1902-1925), Obra póstuma*, Madrid, Taurus, 2007, págs. 121-129.

¹²³ Manuel MENÉNDEZ ALZAMORA: *La Generación del 14...*, pág. 137.

¹²⁴ Jordi GRACIA: *José Ortega y Gasset*, Madrid, Taurus, 2014, pág. 114.

¹²⁵ José ORTEGA Y GASSET: *Obras Completas. Tomo I...* pág. 337.

¹²⁶ *Ibid.*, pág. 338.

podía ser sólo negación, sino también un concepto dinámico, entrelazado con el destino de España¹²⁷:

“*Europa* no es una negación solamente: es un principio de agresión metódica al achabacanamiento nacional. Como Descartes empleó la duda metódica para fundamentar la certidumbre, emplean los escritores de esta revista el símbolo Europa como metódica agresión, como fermento renovador que suscite la única España posible”.

Ortega, por tanto, integró el concepto de Europa en el proyecto político que había diseñado para España. De hecho, en ese mismo artículo afirmó que la europeización ayudaría a salvar al país del extranjero, un planteamiento muy similar al defendido por Costa años atrás: si no se modernizaba el país, la soberanía nacional podía quedar comprometida.

A partir de 1910, el gran objetivo pasaría a ser la educación política del pueblo español. En el mes marzo, Ortega confirmaba este giro con su conferencia “La pedagogía social como programa político”. El obstáculo ya no se encontraba únicamente en el retraso que tenía España respecto a otros países europeos, sino también en la falta de voluntad para encontrar una salida satisfactoria a esta situación. Por este motivo, su compromiso ahora era completamente político, y lo anteponía a la modernización o al progreso técnico¹²⁸:

“La España futura, señores, ha de ser esto: comunidad, o no será. Un pueblo es una comunión de todos los instantes en el trabajo, en la cultura; un pueblo es un orden de trabajadores y una tarea. Un pueblo es un cuerpo innumerable dotado de una única alma. Democracia. Un pueblo es una escuela de humanidad”.

En estas palabras se dejaba entrever, una vez más, la influencia de Renan y su nacionalismo cívico. En esa comunidad, todavía por construir, Europa –a través de la europeización– se consolidó como la solución que muchos españoles anhelaban. Se trataba, no obstante, de una Europa idealizada y en paz desde hacía cuatro décadas, un escenario que no tardaría en revertirse y que afectaría de lleno al desarrollo del incipiente europeísmo español.

¹²⁷ *Ibid.*, pág. 340.

¹²⁸ José ORTEGA Y GASSET: *Obras Completas. Tomo II (1916)*, Madrid, Taurus, 2004, pág. 102.

CAPÍTULO 3. LA GRAN GUERRA EN ESPAÑA: EL DEBATE ENTRE GERMANÓFILOS Y ALIADÓFILOS Y SU INCIDENCIA EN LA IMAGEN DE EUROPA

3.1. Una nueva era en la historia de Europa

Cuando el archiduque austriaco Francisco Fernando fue asesinado el 28 de junio de 1914 en Sarajevo, fueron muy pocos los que se aventuraron a pronosticar que este trágico episodio desencadenaría un enfrentamiento bélico de dimensiones nunca vistas. Razones no les faltaban. A principios del siglo XX, Europa era el motor económico del planeta, pero además ejercía como la cuna de la civilización. Por otro lado, los avances científicos también llevaban en su mayoría el sello europeo. No es extraño, por ejemplo, que Ramiro de Maeztu –como hemos visto en el capítulo anterior– pensara en Europa cuando rendía pleitesía al vapor y a la electricidad. La democracia liberal, además, no había dejado de expandirse por el orbe desde el siglo XIX y, por si fuera poco, la idea de Europa se había consolidado como sinónimo de cultura y de entendimiento pacífico¹. Incluso se promovió un cierto espíritu cosmopolita, si bien, sólo en el ámbito intelectual².

La Primera Guerra Mundial inauguró un nuevo tiempo dominado por la incertidumbre y las catástrofes. Hasta 1870, el siglo XIX europeo se había desangrado en multitud de guerras civiles e internacionales. Desde la Guerra franco-prusiana, en cambio, el occidente europeo se mantuvo libre de conflictos y de disputas de carácter nacional, si bien la tensión no desapareció del todo.

3.1.1. La salida del paraíso. ¿Una Europa en paz?

El escritor austriaco Stefan Zweig fue uno de esos europeos que subestimaron la magnitud del atentado contra el archiduque, hasta el punto que ni siquiera se planteó la posibilidad de que el viejo continente se viera envuelto en una nueva guerra. Zweig

¹ El movimiento pacifista experimentó durante este periodo un desarrollo sin precedentes. En 1900 y 1907 se organizaron en La Haya dos conferencias de paz en las que hubo avances en aspectos técnicos como el arbitraje internacional o el trato hacia los prisioneros de guerra. Este tipo de organizaciones tuvieron una gran importancia a escala nacional. Entre finales del siglo XIX y 1914 se constituyeron casi doscientas sociedades pacifistas activas, algunas de ellos con varios miles de miembros, y vieron la luz veintitrés publicaciones en diez idiomas. Véase Sandi E. COOPER: *Patriotic Pacifism: Waging War on War in Europe, 1815-1914*, Nueva York - Oxford, Oxford University Press, 1991, pág. 87.

² Eric HOBSBAWM: *Historia del siglo XX...*, págs. 30-31.

mantuvo esta opinión hasta los días del mes de julio, momento en el que comenzaron las movilizaciones militares en los países implicados. En ese mismo instante se convirtió en testigo privilegiado del abrupto final de aquel “mundo de seguridad y de cordura” en el que había sido criado y educado³.

El testimonio de Zweig resulta es muy útil para contextualizar el periodo anterior a la Gran Guerra. Las más de cuatro décadas que transcurrieron entre la batalla de Sedán y el inicio de las hostilidades en agosto de 1914 han sido definidas con frecuencia como una “época dorada” o *belle époque*, e incluso hay quien ha identificado durante este periodo un alto grado de cooperación moral, cultural o económica entre los principales países europeos⁴. Es cierto que los avances técnicos y científicos antes mencionados no se pueden poner en cuestión, pero muchos estos puntos de encuentro se han exagerado.

A pesar de que los conflictos bélicos desaparecieron del suelo de Europa occidental entre 1870 y 1914, no se puede decir que este territorio fuese una balsa de aceite. Por ejemplo, las aventuras imperialistas de algunos países terminaron de forma trágica⁵. De hecho, las fricciones por el control colonial de África fueron uno de los factores que cuestionan este pretendido clima de cooperación o buena voluntad. Las crisis marroquíes de 1906 y 1911 son buena prueba de ello. Además de las tensiones en el Mediterráneo, hay que tener en cuenta la inestabilidad en la Península de los Balcanes desde finales del siglo XIX, un enclave en el que tenían intereses los grandes imperios de Europa, y que cierto modo puede interpretarse como el caldo de cultivo de la futura contienda mundial. Las guerras balcánicas de 1912 y 1913 confirmaron el riesgo geopolítico que suponía un polvorín –en el que se mezclaron motivaciones étnicas, religiosas y nacionalistas– situado apenas a 2.000 kilómetros de París, el centro político del occidente de Europa. A poco más de un año del inicio de la Gran Guerra, el

³ Stefan ZWEIG: *El mundo de ayer. Memorias de un europeo*, Barcelona, Acantilado, 2002, pág. 274.

⁴ Véase Gerges-Henri SOUTOU: “Was there a European Order in the Twentieth Century? From the Concert of Europe to the End of the Cold War”, *Contemporary European History*, 9, 3 (2000), pág. 332.

⁵ A la guerra hispano-americana –comentada en el capítulo anterior– hay que añadir la derrota italiana en Adua (Etiopía) en 1896 a manos abisinias y la breve contienda entre Rusia y Japón entre 1904 y 1905, que supuso la primera gran victoria del ejército nipón en un conflicto internacional. Estas derrotas pusieron en cuestión, por primera vez, la superioridad de la civilización europea, y al mismo tiempo causaron un fuerte impacto en la opinión pública de muchos países. Véase Pierre RENOUVIN: *La crisis europea y la Primera Guerra Mundial (1904-1918)*, Madrid, Akal, 1990, págs. 9-63; Víctor MORALES LEZCANO: “El equilibrio colonial a principios del siglo XX. España y la cuestión marroquí”, en Salvador FORNER, (ed.): *Coyuntura internacional y política española (1898-2004)*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2010, pág. 31; John MCCORMICK: *Europeanism...*, pág. 35.

equilibrio internacional se estaba mostrando como demasiado volátil, y no tardaría en saltar por los aires.

Por tanto, esta “época dorada” europea fue, en parte, una exageración, una ilusión promovida por los intelectuales que empezaron a desarrollar una conciencia europea durante el conflicto. Cuando quisieron reconstruir el mundo anterior al horror de la guerra, muchos de estos autores hicieron hincapié únicamente en los aspectos positivos y dejaron en un segundo plano las nubes de tormenta que se cernían sobre Europa años antes del trágico verano de 1914⁶. El mismo Zweig reconoció, tres décadas más tarde, que tanto él como sus contemporáneos no supieron –o no quisieron– ver los peligros de esta “paz armada”⁷:

“Si hoy, reflexionando con calma, nos preguntamos por qué Europa fue a la guerra en 1914, no hallaremos ni un solo fundamento razonable, ni un solo motivo. No era una cuestión de ideas, y menos aún se trataba de los pequeños distritos fronterizos; no sabría explicarlo de otro modo sino por el exceso de fuerza; por las trágicas consecuencias de ese dinamismo interior que durante cuarenta años había ido acumulando paz y quería descargarla violentamente”.

3.1.2. La omnipresencia de una guerra total

El magnicidio de Sarajevo desencadenó un terremoto diplomático y político a lo largo de Europa. La posibilidad de una guerra multilateral, aunque no se descartó rotundamente en ningún momento, se veía todavía como muy lejana en julio de 1914. Esta confianza en el entendimiento pacífico contrastaba con las alianzas defensivas que se habían impulsado en el continente a finales del siglo XIX. La entente formada por Reino Unido, Francia y Rusia por una parte, y la “Triple Alianza” de Alemania, Austria-Hungría e Italia por otro, prefiguraron ese conflicto que muchos veían imposible⁸. Sin estos acuerdos, es posible que sólo hubiese habido un enfrentamiento aislado entre Serbia y Austria. Sin embargo, la existencia de estos pactos diplomáticos tuvieron una importancia capital, ya que condicionaron las relaciones exteriores de los

⁶ La confianza en el progreso humano disimuló en parte una escalada armamentística sin precedentes que haría que esta época de aparente bonanza se acabara conociéndose como la “paz armada”. Véase Margaret MACMILLAN: *The War That Ended Peace*, Londres, Profile Books, 2013. (Libro electrónico), loc. 180-184.

⁷ Stefan ZWEIG: *El mundo de ayer...*, pág. 254.

⁸ Como es conocido, Italia permaneció neutral al principio de la guerra, aunque a partir de 1915 se unió finalmente a la Entente aliada, contraviniendo el pacto diplomático que firmó en su día con Alemania y Austria.

principales Estados europeos y desencadenaron un efecto dominó en pocos días. En la práctica, estas alianzas generaron un nuevo tablero internacional que reemplazó el equilibrio de poder europeo que Bismarck había impuesto justo después de la Guerra franco-prusiana.

Es indudable que la Primera Guerra Mundial ocupa un lugar central en la historia contemporánea de Europa. Durante algo más de cuatro años, la Gran Guerra provocó no menos de dieciséis millones de víctimas, entre fallecidos y heridos. La historiografía siempre ha tenido claro que este conflicto marcó un punto de inflexión. Para Eric Hobsbawm, fue precisamente en los campos de batalla de Flandes donde dio comienzo una “guerra civil europea” que se prolongaría –con sus momentos de paz, distensión y apaciguamiento– hasta 1945⁹:

“El siglo XX no puede concebirse dissociado de la guerra, siempre presente aun en los momentos en los que se escuchaba el sonido de las armas y las explosiones de las bombas. La crónica histórica del siglo y, más concretamente, de sus momentos iniciales de derrumbamiento y catástrofe, debe comenzar con el relato de los 31 años de guerra mundial”.

Entre las muchas causas que llevaron a la Primera Guerra Mundial –algunas de las cuales ya han sido apuntadas– es evidente que los discursos nacionalistas –cada vez más relevantes– contribuyeron a que este clima de tensión se impusiera y eclipsara el mundo de seguridad y cordura añorado por Zweig y que se había construido sobre unos pilares poco sólidos. En este sentido, hay que señalar que, durante el conflicto, la soberanía nacional se convirtió en el principal referente, incluso para aquellos intelectuales que presumían de ser cosmopolitas e incluso europeístas¹⁰. Pese a la hegemonía del discurso nacional, hay que destacar que, durante la Gran Guerra, también se produjo una revitalización de la idea de Europa y empezó a estar presente –poco a poco eso sí– en algunos círculos intelectuales. La cuestión de la federación europea, entendida como la principal alternativa a la hegemonía del discurso exclusivamente nacional, apenas había evolucionado desde que Victor Hugo pronunciara su famoso discurso a mediados del siglo XIX. Una cosa era favorecer un cierto entendimiento entre países –aunque muy matizado, como ya hemos explicado–, y otra muy distinta emprender aventuras que pusieran en cuestión el paradigma nacional.

⁹ Eric HOBSBAWM: *Historia del siglo XX...*, pág. 30.

¹⁰ Christian GRÉGOIRE: *Un dessein européen. L'idée de construction européenne du Moyen Âge à l'acte unique*, París, L'Harmattan, 2007, pág. 48.

Nos encontramos ante un conflicto que se distinguió, desde el primer momento, por su carácter total. A diferencia de las contiendas anteriores, la Gran Guerra estuvo presente en todos y cada uno de los espacios públicos y privados. El papel de la prensa o de la literatura política –que fue cada vez más importante gracias al torrente diario de información– fue decisivo para formar las distintas opiniones sobre el teatro bélico. La economía, evidentemente, se vio afectada gravemente y el continente europeo perdió parte de su pujanza. Este conflicto armado también fue decisivo para revisar, cultivar o terminar de perfilar algunas de las principales ideologías del siglo XX, como el liberalismo democrático, el fascismo o el comunismo. Por último, desde el punto de vista cultural, también se apreciaron cambios decisivos¹¹.

Pero, por encima de todo, hay que destacar que las lecturas o interpretaciones sobre la Primera Guerra Mundial que realizaron los contemporáneos han estado condicionadas por el elemento nacional. En este sentido, el papel de la propaganda durante este conflicto resulta decisivo, que alcanzó cotas nunca antes vistas. Asimismo, resulta indispensable analizar los estereotipos, las imágenes o que se crearon de los contendientes no sólo en los países beligerantes, sino también en aquellos que permanecieron neutrales, como fue el caso de España¹².

3.2. La interpretación de la guerra: los significados de la neutralidad española

El impacto de la Primera Guerra Mundial en España no ha tenido demasiado interés en la historiografía del país¹³. Antonio Ramos Oliveira escribió hace algunos

¹¹ Sobre el mundo cultural durante la Primera Guerra Mundial, véase el completo estudio de Aviel ROSHWALD y Richard STITES: *European Culture in the Great War*, Cambridge, Cambridge University Press, 1999.

¹² Un ejemplo de investigación sobre la imagen del enemigo y el uso de estereotipos en un país beligerante en Sven Oliver MÜLLER: “Who Is the Enemy? The Nationalist Dilemma of Inclusion and Exclusion in Britain During the First World War”, *European Review of History: Revue européenne d'histoire*, 9, 1 (2000), págs. 63-83. Para una visión global de los países neutrales durante la Primera Guerra Mundial, véase Hans A. SCHMITT: *Neutral Europe between War and Revolution. 1917-1923*, Charlottesville, The University Press of Virginia, 1988.

¹³ De hecho, uno de los estudios más completos –y que todavía hoy sigue siendo referencia– lo realizó un hispanista estadounidense: Gerald H. MEAKER: “A Civil War of Words: The Ideological Impact of the First World War on Spain, 1914-18”, en Hans A. SCHMITT: *Neutral Europe...*, págs. 1-65. Uno de los trabajos más exhaustivos desde un punto de vista cultural y literario es el publicado, hace más de tres décadas, por FERNANDO DÍAZ-PLAJA: *Francófilos y germanófilos*, Madrid, Alianza Editorial, 1981. La primera síntesis sobre la evolución política y social de España en el periodo 1914-1918 la encontramos en Francisco J. ROMERO SALVADÓ: *España 1914-1918...* En el ámbito de Cataluña destaca una recopilación de textos de la época, en David MARTÍNEZ FIOLE (ed.): *El catalanisme i la Gran Guerra (1914-1918) Antologia*, Barcelona, Edicions de la Magrana, 1988. En los últimos años, coincidiendo con la proximidad del primer centenario del inicio de la contienda, se puede decir que el interés sobre este tema ha crecido de forma sensible. Véase, por ejemplo, Maximiliano FUENTES CODERA: *España en la*

años, a propósito de la Gran Guerra y su repercusión en nuestro país que, “si España no entró en guerra, la guerra entró en España”¹⁴. A pesar de su sencillez, esta frase se ha convertido en un punto de partida obligatorio para cualquier análisis sobre esta cuestión. La neutralidad impuesta, como tendremos ocasión de comprobar, no impidió las reflexiones sobre la guerra en el territorio español.

3.2.1. El fracaso de la “estricta” neutralidad

El Gobierno del conservador Eduardo Dato no vaciló lo más mínimo cuando decretó la neutralidad oficial en el país. Esta determinación se adecuaba perfectamente a la lógica y al contexto político, social y militar de la nación española. Los elementos que desaconsejaban la participación de España en el conflicto europeo eran tan evidentes que se alzaron muy pocas voces a favor de la intervención armada¹⁵. El primer argumento tiene que ver con el propio ejército, un cuerpo claramente inferior al de los países beligerantes, tanto en volumen como en preparación y modernización. Además, el doloroso recuerdo del “Desastre” de 1898 todavía estaba muy presente. Por otra parte, el control del territorio marroquí obligaba a destinar en el norte de África a más de la mitad del total de los efectivos disponibles¹⁶.

De todos los argumentos que se esgrimieron, la cuestión que inclinó la balanza hacia la neutralidad fue la ausencia de compromisos que obligaran al gobierno español a tomar partido por una de las dos alianzas en caso de que estallara un conflicto internacional. Los acuerdos de Cartagena, suscritos con Reino Unido en 1907 y a los

Primera Guerra Mundial... Del mismo autor, el monográfico “La Gran Guerra de los intelectuales: España en Europa”, *Revista Ayer*, 91 (2013). Incluso se han realizado interesantes colaboraciones desde otras disciplinas, como la filología, en Jordi AMAT y José Ramón GONZÁLEZ (coords.): *Las palabras de la guerra, la guerra de las palabras (1914-1918)* (Dosier), *Ínsula*, 804 (2013)

¹⁴ Reproducida en Javier FERNÁNDEZ SEBASTIÁN y Juan FRANCISCO FUENTES (dirs.): *Diccionario político y social...*, pág. 515.

¹⁵ De hecho, de los políticos de ámbito nacional, sólo Alejandro Lerroux tuvo tentaciones intervencionistas. Véase Manuel MENÉNDEZ ALZAMORA: *La Generación del 14...*, págs. 270-271. En cuanto a la presencia directa en los campos de batalla, hubo cerca de 2.200 voluntarios españoles –de los cuales casi un millar serían catalanes– que se integraron en la legión extranjera del ejército francés. David MARTÍNEZ FIOI: *Els voluntaris catalans a la Gran Guerra (1914-1918)*, Barcelona, Biblioteca Serra d’Or, Publicacions de l’Abadia de Montserrat, 1991, págs. 124-127. Otra investigación, centrada en los voluntarios procedentes de Cantabria, reduce el total de efectivos españoles a menos de 2.000. Myriam MAYER y Emilio CONDADO MADERA: “Españoles en la *Gran Guerra*: los voluntarios cántabros”, *Monte Buciero*, 10 (2004), págs. 171-193. En cualquier caso, sea cual sea la cifra, la participación española en la guerra fue anecdótica e irrelevante, muy inferior en cualquier caso a la cifra de 15.000 combatientes (de los cuales, unos 12.000 serían catalanes) que circuló durante la época, según la investigación de Martínez Fiol.

¹⁶ Rosa PARDO SANZ: “España ante el conflicto bélico de 1914-1918: ¿Una espléndida neutralidad?”, en Salvador FORNER, (ed.): *Coyuntura internacional...*, pág. 47.

que más tarde se adhirió Francia, simplemente reconocían los intereses españoles en Marruecos, en un intento de alejar a Alemania de esta zona geográfica, pero no incluyeron al Estado español en ninguna alianza internacional¹⁷.

En una escueta nota publicada en la *Gaceta de Madrid* el 30 de junio de 1914, el Gobierno, a través del Ministerio de Estado, instaba a los súbditos españoles a observar “la más estricta neutralidad” ante el estado de guerra entre Austria-Hungría y Serbia¹⁸. Conforme se fueron haciendo públicas las declaraciones de guerra en el resto de países beligerantes, el Gobierno español divulgó otras notas, idénticas a la primera¹⁹. Cuando ni siquiera habían empezado las hostilidades en el frente occidental, el 3 de agosto se publicó una Real Orden, redactada por el Marqués del Vadillo, en ese momento fiscal del Tribunal Supremo²⁰. En el texto, Vadillo expresaba su preocupación por las informaciones que, desde hacía días, venían apareciendo en la prensa española. Parte de los medios de comunicación no habían tenido ningún reparo en mostrar abiertamente “sus simpatías y afectos por unas u otras naciones”. El problema estaba en que, con la reciente declaración de neutralidad, este tipo de apoyos podría considerarse como delito penal, siempre que se atacara mediante calumnias o injurias a soberanos o jefes de Estado extranjeros. La urgencia y el contenido de la Real Orden dejaban entrever que la estricta observancia de la neutralidad sería una tarea casi imposible de cumplir, y el hecho de señalar a la prensa como el principal obstáculo no hacía más que confirmar este temor. Durante los cuatro años que duró la guerra, el Gobierno mantuvo una posición inmovilista, pero no así parte de la opinión pública, que optó por vivir este conflicto lejano de una forma mucho más activa.

3.2.2. La decisiva influencia de la prensa escrita

Desde principios del siglo XX, la industria periodística en España estaba viviendo su propia edad de oro y se encontraba en plena expansión; sólo en la ciudad de

¹⁷ Véase Enrique ROSAS LEDEZMA: “Las «Declaraciones de Cartagena» (1907): Significación en la política exterior de España y repercusiones internacionales”, *Cuadernos de Historia Moderna y Contemporánea*, vol. 2 (1981), págs. 213-229.

¹⁸ *La Gaceta de Madrid*, 30 de julio de 1914, pág. 238.

¹⁹ Sólo en el mes de agosto encontramos notas el día 7, por el inicio de la guerra entre Alemania y la entente formada por Rusia, Francia y Reino Unido, y por el estado de guerra existente entre Austria-Hungría y Bélgica (pág. 306); el 14, por el inicio de las hostilidades entre Austria-Hungría y Montenegro (pág. 390); el 16, por las recíprocas declaraciones de guerra entre Austria-Hungría y la entente aliada (pág. 413); finalmente, el 25 se hacía pública una nueva nota con motivo del conflicto existente entre Alemania y Japón (pág. 489).

²⁰ *La Gaceta de Madrid*, 3 de agosto de 1914, pág. 285.

Madrid se publicaron en 1914 no menos de 200 cabeceras, entre diarios y semanarios²¹. Según los datos de difusión diaria de la prensa para 1913, hasta cinco publicaciones, todas de Madrid, superaban una tirada de 100.000 ejemplares²², una cifra nada despreciable si tenemos en cuenta que la tasa de analfabetismo en España a principios de la década era del 59,3 por 100, de acuerdo con un estudio del Museo Pedagógico Nacional²³. Cuando estalló la Gran Guerra, muchos medios de comunicación vieron en ella una posibilidad de incrementar sus beneficios. Al mismo tiempo, una cantidad importante de españoles –de acuerdo con José María Jover– estaba dejando de considerar a su patria como un mundo aparte, y cada vez se mostraba más interesada en cuestiones internacionales²⁴.

La prensa tuvo un papel clave en este cambio de opinión, ya que desde finales del mes de julio el conflicto internacional pasó a monopolizar la mayoría de las portadas. En cuanto se confirmó la guerra multilateral, muchos medios intentaron ofrecer noticias actualizadas de los frentes de la forma más rápida y eficaz posible. En un primer momento utilizaron los servicios de las agencias extranjeras, citaron a publicaciones de otros países o recurrieron a las corresponsalías que tenían en las principales capitales europeas, pero la necesidad de destacar sobre la competencia llevó a los editores de los periódicos a contratar a reconocidos escritores para que dieran su opinión sobre el conflicto. De esta forma, el relato sobre la guerra adquirió mayor calidad. Como consecuencia de ello, el interés del público lector, ávido de noticias procedentes de los frentes, no dejó de incrementarse. Muchos de estos escritores, entre los que se encontraban Azorín, Maeztu, Salvador de Madariaga o Vicente Blasco Ibáñez, incluso se trasladaron a los campos de batalla y enviaron detalladas crónicas sobre lo que estaba ocurriendo en el teatro de la guerra²⁵. Esta extraordinaria inversión en recursos técnicos y humanos indica que los medios periodísticos españoles tenían la

²¹ Datos extraídos de los fondos reproducidos en la Hemeroteca Digital de la Biblioteca Nacional de España.

²² Se trata de *La Correspondencia de España* (135.000), el semanario *Nuevo Mundo* (125.000), *El Heraldo de Madrid* (124.000), *El Liberal* (115.000) y *ABC* (110.000). Los datos se han extraído de la *Estadística de la Prensa Periódica de España*, Madrid, Dirección General de Seguridad, 1913, y están citados en Baldemar HERNÁNDEZ MÁRQUEZ: *Prensa y Transición Democrática*, Villahermosa, Universidad Juárez Autónoma de Tabasco, 2006, pág. 67.

²³ Lorenzo LUZURIAGA: *El analfabetismo en España*, Madrid, J. Cosano, 1919, pág. 19.

²⁴ José M^a JOVER: “La percepción española de los conflictos europeos. Notas históricas para su entendimiento”, *Revista de Occidente*, 57 (1986), pág. 29.

²⁵ Sobre esta cuestión, véase Javier VARELA: “Los intelectuales españoles ante la Gran Guerra”, *Claves de Razón Práctica*, 88 (1998), págs. 27-37, y el artículo de José Ramón GONZÁLEZ: “Las palabras de la guerra – la guerra de las palabras: escritores españoles en los campos de batalla (1914-1918)”, *Ínsula*, 804 (2013), págs. 4-5.

sensación de que la nueva guerra iba a ser diferente a cualquiera de las anteriores y que podía ser decisiva para el futuro de la civilización europea, una sospecha que no tardaría en confirmarse.

La importancia que tendría la prensa en la configuración de la imagen del conflicto es mucho más importante de lo que puede parecer en un principio. Los medios de comunicación fueron los primeros en criticar—o matizar— la neutralidad impuesta desde el Gobierno. Descartada la intervención armada, muy pronto quedó claro que cumplir con la neutralidad oficial no era incompatible con manifestar en público las preferencias por una de las dos coaliciones de países. En realidad, la Real Orden del 3 de agosto sólo hacía referencia a las injurias y calumnias contra los soberanos y jefes de Estado, pero se interpretó como si fuera prohibición explícita para opinar sobre el desarrollo de la guerra²⁶. Un día después de hacerse pública, en un editorial del diario republicano *El País* se reclamaba una mayor implicación en el análisis de la guerra, e incluso se subrayaba la condición de europeo del pueblo español:

“la neutralidad no es la impasibilidad. No puede serlo. Los españoles no podemos ser extraños a la epopeya cuyo canto de introducción estamos leyendo en sus primeros versos. Somos hombres, somos europeos²⁷”.

Por eso, para el crítico y periodista Eduardo Gómez de Baquero, más conocido como Andrenio, era natural y hasta deseable que en España hubiera partidarios de los países beligerantes, ya que, de “no haberlos significaría que estábamos tan lejos del mundo, que no nos importaban sus destinos ni sus disputas”²⁸.

Desde *La Época*, órgano de difusión del sector mayoritario del partido conservador —y decano de los periódicos madrileños—, se defendió sin reservas la neutralidad²⁹. Si tenemos en cuenta que Eduardo Dato, líder de los conservadores, era

²⁶ El texto publicado en *La Gaceta* es similar en forma y fondo a las declaraciones que distintos miembros del gobierno habían realizado después de que Austria entrara en guerra con Serbia. Del tono general se desprende el temor de que cualquier comportamiento alejado de la estricta neutralidad pudiera involucrar al país en el conflicto europeo. En concreto, Sánchez Guerra, en ese momento Ministro de Gobernación, declaró que la más leve imprudencia podría romper la neutralidad. Y no sólo eso, también manifestó a la entrada del Consejo de Ministros que la censura periodística “se impondría severamente” para salvaguardar la decisión adoptada por el presidente Dato. Véase “España. Nota política”, *La Vanguardia*, 3 de agosto de 1914, pág. 9; “Consejo de Ministros”, *El Globo*, 4 de agosto de 1914, pág. 3.

²⁷ “Neutrales; no impasibles, no serviles”, *El País*, 4 de agosto de 1914, pág. 1.

²⁸ ANDRENIO, “El «modo» de la neutralidad”, *Nuevo Mundo*, 21 de noviembre de 1914, pág. 5.

²⁹ María Dolores SAÍZ y María Cruz SEOANE: *Historia del periodismo en España. 3. El siglo XX: 1898-1936*, Madrid, Alianza, 1998, págs. 88-89. *La Época* empezó a publicarse en 1849, en plena década moderada.

Presidente del Consejo de Ministros de España en el momento en el que estalló la guerra europea, esta decisión no sorprende en absoluto. Un día antes de la publicación de la citada Real Orden, un editorial apelaba al “interés supremo de la Patria” y al patriotismo para evitar manifestaciones u opiniones que pudieran comprometer la neutralidad nacional³⁰. El autor del texto se refería, sobre todo, a las informaciones no contrastadas acerca de la existencia de supuestos pactos secretos con Francia y Reino Unido que exigirían a España participar en la previsible contienda. Estos temores, como es conocido, nunca llegaron a convertirse en realidad, pero estuvieron muy presentes durante la primera mitad de aquel agosto de 1914. Según la opinión del rotativo conservador, la guerra que se acababa de iniciar era –todavía– un conflicto lejano, tanto desde el punto de vista geográfico como cultural. Bosnia no estaba, precisamente, en la lista de los territorios más conocidos por los españoles y, en cuanto a los problemas de la monarquía austriaca con los nacionalistas serbios de origen eslavo, estos habían pasado bastante desapercibidos hasta el momento en que Gavrilo Princip acabó con la vida del archiduque³¹.

La entrada del ejército alemán en territorio belga modificó completamente esta percepción: en primer lugar, a partir de ese episodio, el conflicto se trasladaría prácticamente a todo el continente, con la excepción de la Europa meridional, Suiza y Escandinavia. La invasión de Luxemburgo o la propia Bélgica llevaron al editorialista de *La Época* a negar con rotundidad la existencia de una “neutralidad eficaz” e inviolable³². Aún con todas las cautelas que se recomendaron en el mismo periódico sólo tres días antes, era evidente que cualquier nación, incluida España, podía entrar en guerra contra su propia voluntad. La posibilidad, sin embargo, seguía siendo remota y parecía muy poco probable que en el territorio español se repitiese un escenario como el de Bélgica. La situación geográfica hacía casi inviable una operación de este tipo, y ninguna de las dos grandes alianzas parecía interesada en el concurso de España. Los riesgos eran demasiado elevados y la recompensa –tener un mayor control sobre el mar Mediterráneo– no era a priori muy jugosa. Sobre las implicaciones geopolíticas para España, Manuel González-Hontoria, un destacado militar y diplomático, confirmaba

³⁰ “Interés de todos”, *La Época*, 2 de agosto de 1914, pág. 1.

³¹ Según los datos del Archivo digital de la JAE, entre 1907 y 1914 sólo se concedieron seis ayudas para realizar estudios en Bosnia, y otras seis para viajar a Serbia, lo que revela, al menos en el ámbito académico, un escaso interés por estos territorios.

³² “Lección a los neutrales”, *La Época*, 5 de agosto de 1914, pág. 1.

días después la hipótesis planteada desde las páginas de *La Época*: era muy difícil que la soberanía española estuviera comprometida en algún momento del conflicto³³.

La apertura de un nuevo frente, situado en Europa occidental, multiplicó el interés por el conflicto. La inicial y lejana guerra entre Austria y Serbia había quedado en un segundo plano, y así permanecería para los analistas durante los cuatro años que iba a durar la guerra. España estaba destinada a ser una simple espectadora en el teatro de la guerra, tal y como se sugería en una viñeta publicada en las páginas de *El Liberal*. En ella, aparecen un hombre y una mujer en un café conversando sobre la neutralidad española³⁴:

“ÉL.– Como la Francia y la Inglaterra son amigas del ruso, les toca defenderle. Y como Alemania es amiga del (*sic*) Austria, le toca cubrirla.

ELLA.– Y a nosotros, ¿qué nos toca?

ÉL.– Por ahora, las de mirar, y «aluego» las de perder”.

La última frase, que representaba la opinión del español medio, reflejaba la resignación de un pueblo, el español, que se iba a mantener al margen del conflicto, pero también tenía un mensaje implícito: lo único que podía hacer el pueblo español era actuar como un simple espectador pasivo. Llegado el fin de la guerra –que en ese momento se esperaba en unas pocas semanas–, surgiría un nuevo concierto europeo en el que España, una vez más, no tendría ni voz ni voto.

El humorismo gráfico es una excelente fuente para conocer las actitudes frente a la guerra durante estas primeras semanas en las que por encima de todo reinaba la confusión. La autocensura que pudieron aplicarse algunos medios para no comprometer la neutralidad no se encuentra en las viñetas, que se convirtieron en auténticos editoriales políticos. Es el caso de un dibujo publicado en la portada de *La Campana de Gràcia*, uno de los más incisivos y corrosivos semanarios satíricos de Cataluña y, por extensión, de toda España³⁵. El autor dispone una escena con una mujer, identificada como Europa, situada en el centro de la viñeta y dispuesta a recibir una purga estomacal mediante un obús alemán. Un soldado de cada Estado beligerante contempla el

³³ Manuel GONZÁLEZ-HONTORIA: “Nuestra neutralidad. Contingencias e hipótesis”, *ABC*, 6 de agosto de 1914, pág. 5.

³⁴ “La neutralidad”, *El Liberal*, 3 de agosto de 1914, pág. 3.

³⁵ “El xeringasso”, *La Campana de Gràcia*, 22 de agosto de 1914, pág. 1. Al pie del dibujo se puede leer la siguiente frase, que traducimos del catalán: “¡Ya lo veía venir yo, que con tanto empacho de armamento me darían una purga!”

momento, pero hay dos personajes que llaman la atención: un león identificado como Bélgica, y un carnero con una especie de corona en la cabeza. Este último animal se convirtió en la personificación de la neutralidad española a lo largo del conflicto y aparece así en varias viñetas. Como se puede imaginar, representa la pasividad o la cobardía que se atribuía al pueblo o a los gobernantes españoles por no haber participado en el conflicto, todo lo contrario que el fiero aunque desafortunado león belga.

Durante las primeras semanas de guerra ya era más que evidente que la política de estricta neutralidad que quiso imponer el Gobierno, sobre todo en los medios de comunicación, había saltado por los aires. Un ejemplo de esta situación irreversible lo encontramos en el que quizás sea el artículo más conocido sobre la neutralidad española. Álvaro de Figueroa, más conocido por su título nobiliario de Conde de Romanones, escribió un artículo anónimo en *El Diario Universal* –el órgano de la facción que lideraba dentro del partido liberal–, aunque no tardaría en conocerse su autor³⁶. Rechazada ya cualquier intervención militar al menos a medio plazo, Romanones centraba su argumentación en la conveniencia de que España, siempre en un contexto de neutralidad, se acercara en la medida de lo posible a Francia y Reino Unido, en su opinión sus dos aliados naturales desde el punto de vista geográfico y económico³⁷:

“La neutralidad es un convencionalismo que sólo puede convencer a aquellos que se contentan con palabras y no con realidades; es necesario que hagamos saber a Inglaterra y a Francia que con ellas estamos, que consideramos su triunfo como el nuestro y su vencimiento como propio, entonces España, si el resultado de la contienda es favorable para la triple inteligencia, podrá afianzar su posición en Europa, podrá obtener ventajas positivas. Si no hace esto, cualquiera que sea el resultado de la guerra europea, fatalmente habrá de sufrir muy graves daños”.

Para Romanones, el discurso neutralista sólo podía defenderse desde un punto de vista estrictamente militar: el ejército español no iba a participar en la guerra, eso estaba fuera de toda duda, pero la neutralidad podía complementarse con otras actuaciones –

³⁶ Reproducido en Paul AUBERT (ed.): *Les espagnols et l'Europe...*, págs. 112-113. Este artículo, que causó un gran revuelo nada más conocerse su autoría, tenía como objetivo marcar distancias con otros notables del partido liberal, como Rafael Gasset o Santiago Alba ante una más que probable lucha de poder si, como se preveía, Eduardo Dato dejaba de ser Presidente del Consejo de Ministros. Véase Juan Carlos SÁNCHEZ ILLÁN: *Prensa y política en la España de la Restauración. Rafael Gasset y El Imparcial*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1999, pág. 328.

³⁷ Paul AUBERT (ed.): *Les espagnols et l'Europe...*, pág. 113.

apoyo logístico o envío de suministros– que en ese caso situarían a España en el estatus de la no beligerancia³⁸. Los pasos dados por Romanones evidencian que, incluso desde el partido liberal –uno de los sostenedores del sistema de la Restauración– se ponía en cuestión un modelo de neutralidad que, a la larga, podría ser perjudicial para el prestigio de España como nación europea. La obsesión del Conde parecía encaminada a obtener algún tipo de rédito cuando la guerra finalizara.

La guerra estaba cada vez más presente en el día a día. Muchos españoles entendieron su rol de espectadores del teatro de la guerra y se vieron legitimados para aplaudir o abuchear a los diferentes actores que fueron pasando por el escenario. Esa fue, en definitiva, la única intervención posible: opinar sobre el desarrollo de una guerra que, irremediablemente, iba a entrar en el terreno de la política española y que, al mismo tiempo, ponía en peligro la supervivencia de la idea de Europa, entendida como solar común de todos los países enfrentados.

3.3. Más allá de la neutralidad: el debate entre aliadófilos y germanófilos

“Cuando en el verano de 1914 estalló la guerra europea, la población de la villa de Iberina (...) se agrietó, se desgarró, como la tierra rota por la sacudida del fuego central, y se formaron dos bandos formidables: el de los que gemían por el triunfo de la vieja Germania y el de los que clamaban por la victoria de los ejércitos aliados. En verdad, esto no vino a introducir ninguna anomalía en las costumbres del pueblo”³⁹.

3.3.1. Una guerra de palabras

Con esta descripción tan rica en detalles, el novelista gallego Wenceslao Fernández-Flórez intentaba contextualizar una de las polémicas que más repercusión tuvo en España durante la Gran Guerra: el enfrentamiento entre aliadófilos y

³⁸ El gobierno de Romanones durante la guerra (diciembre de 1915 – abril de 1917) protagonizó varios encontronazos diplomáticos con Alemania, sobre todo a raíz del hundimiento de barcos mercantes españoles a manos de los submarinos teutones. El ataque al barco San Fulgencio, que transportaba carbón inglés, pareció inclinar la balanza hacia la intervención española en el conflicto, pero los aliados no tomaron en cuenta las exigencias españolas (el control de Tánger y Gibraltar). La estrategia del Conde estaba orientada a obtener algún tipo de rédito cuando la guerra finalizara. Sin embargo, el fracaso de su aventura belicista, a lo que hay que sumar el clima de inestabilidad que no tardaría en estallar en forma de juntas militares, crisis económica y la asamblea de parlamentarios de Cataluña, lo que propiciaría la caída de su Gobierno. Véase Rosa PARDO SANZ: “España ante el conflicto bélico”..., págs. 56-58.

³⁹ Wenceslao FERNÁNDEZ-FLÓREZ: *Al calor de la hoguera (Apuntes para la historia de un pueblo español, durante la guerra europea)*, Los Contemporáneos, 1916, pág. 1. El mismo autor publicó en 1930 la obra *Los que no fuimos a la guerra*, una versión ampliada de la novela corta que vio la luz durante la Primera Guerra Mundial.

germanófilos. Los primeros, también denominados francófilos, apoyaban la causa aliada y, en especial, la victoria de las tropas francesas sobre el ejército alemán. Entre los segundos se encontraban todos aquellos que simpatizaban con Alemania y que esperaban un desenlace de la guerra positivo para el Káiser Guillermo II. Dicho de otra forma, la división entre aliadófilos (francófilos) y germanófilos indica que la guerra se simplificó hasta el punto que parecía más un enfrentamiento entre Alemania y Francia. El escritor Álvaro Alcalá-Galiano explicó esta peculiar interpretación acudiendo a la historia reciente⁴⁰:

“los españoles (...) juzgaron la magna contienda como otra guerra franco-alemana. Prescindieron de Rusia, de Servia (*sic*) y de Austria. Sólo así puede explicarse la repentina división que se operó en nuestra sociedad; es decir, la de *francófilos* y *germanófilos*”.

Las alusiones a la guerra franco-prusiana no constituyen ninguna sorpresa. Se trataba del último gran conflicto armado en Europa occidental, y apenas habían transcurrido cuatro décadas desde que Guillermo I fuera proclamado Emperador de Alemania en la galería de los espejos del Palacio de Versalles. Esta guerra fue, para toda una generación, el colofón a años de guerras entre países europeos, pero también el inicio de una nueva etapa histórica dominada por el Imperio alemán. Por encima de todo, el enfrentamiento entre Prusia y la Francia de Napoleón III era el único punto de referencia para imaginar cómo sería la contienda que acababa de empezar⁴¹: no fueron pocos los que pensaron que, si la guerra de 1870 había durado poco más de un año, la nueva guerra europea –al menos en su frente occidental– no se extendería mucho más. Con todo, la proximidad temporal de la guerra franco-prusiana no resulta suficiente para explicar esta interpretación del conflicto.

Alemania por un lado, y los aliados por otro –con la excepción de Rusia–, encarnaban dos modelos contrapuestos de organización política: el primero se fundamentaba en el orden y la tradición; el segundo se basaba en la tradición liberal inglesa y francesa, y se estructuraba en torno a las ideas de libertad, democracia y progreso social. Esta interpretación es tan simple como la que comparaba el conflicto de

⁴⁰ Álvaro ALCALÁ-GALIANO: *España ante el conflicto europeo. 1914-1915*, Madrid, s.e., 1916, pág. 22.

⁴¹ Es significativo, por ejemplo, que en la revista *Nuestro Mundo* se publicaran desde finales de agosto las efemérides de la guerra franco-prusiana. Para justificar la sección, se explicaba que “la comparación de aquella campaña con la actual será seguramente muy instructiva”. *Nuestro Mundo*, 29 de agosto de 1914, pág. 23.

1914 con el franco-prusiano, pero también permite explicar que en España la Gran Guerra se entendiera en clave nacional. Los germanófilos nutrieron sus filas de intelectuales conservadores, de católicos integristas e incluso de carlistas, todos ellos seguidores del pensamiento reaccionario; por su parte, la aliadofilia aglutinó a liberales, reformistas, socialistas, intelectuales europeístas y al progresismo catalán⁴². A pesar de tener algunas características propias, en ningún caso podemos hablar de grupos cerrados u organizados. No existió un partido político que fuese en su totalidad aliadófilo o germanófilo. En realidad, en el seno de cada grupo la heterogeneidad fue la nota predominante, como tendremos ocasión de comprobar más adelante.

Se trata, pues, de interpretaciones de la guerra sesgadas e interesadas, vinculadas respectivamente a las culturas políticas conservadoras y liberal-democráticas. Así como la idea de Europa de Joaquín Costa era incompleta y sólo contenía los elementos más positivos, en las imágenes del exterior de germanófilos y aliadófilos ocurría exactamente lo mismo. Ni toda Alemania apoyaba los principios de la derecha política, ni Francia o Reino Unido eran el paraíso de la izquierda. Germanófilos y aliadófilos optaron por uno de los dos bandos y, a partir de ese momento, elaboraron un discurso sobre la guerra que tomaba como referencia la política interior. La situación político-social en la España de 1914-1918 continuaba igual o más inestable que en el periodo anterior. En los cuatro años de guerra hubo hasta siete gobiernos distintos, un escenario a todas luces anómalo que, sin embargo, se había convertido en habitual desde el cambio de siglo. Además, desde abril de 1917 todos los ejecutivos fueron de concentración nacional⁴³. El regeneracionismo había hurgado en las heridas de un sistema debilitado y cada vez menos legitimado; por otra parte, los partidos extradinásticos, como los republicanos, reformistas, católicos, socialistas o nacionalistas periféricos, ganaron peso político. En cuanto al plano social, las desigualdades se acrecentaron ya que, tras una breve bonanza económica provocada por la guerra, la inflación se disparó. Esto provocó una serie de protestas sin precedentes que culminaron con la primera gran movilización sindical del siglo XX: la huelga de 1917, organizada conjuntamente por la UGT y la CNT que, eso sí, tuvo un éxito desigual.

En 1914 todavía no existía este clima de crispación que alcanzaría su cénit tres años más tarde, pero en el plano político sí podemos hablar de un enfrentamiento

⁴² Álvaro ALCALÁ GALIANO: *España ante el conflicto europeo...*, págs. 22-23.

⁴³ Se trata de los gobiernos de Dato (octubre 1913 - diciembre 1915), Romanones (diciembre 1915 - abril 1917), García Prieto (abril - junio 1917), Dato (junio - noviembre 1917), García Prieto (noviembre 1917 - marzo 1918), Maura (marzo - noviembre 1918) y García Prieto (noviembre - diciembre 1918).

ideológico que se retroalimentaba sobre todo a través de las páginas de la prensa. Con el inicio de la guerra encontramos algunos episodios en los que el apasionamiento desbordó los límites de la cordialidad política. Por ejemplo, en la noche del 2 de agosto hubo conatos de enfrentamiento cerca de la Puerta del Sol entre un grupo que lanzaba proclamas de “¡Abajo la guerra!” y varios individuos, identificados como jaimistas, que proferían gritos de “¡Viva Alemania!”⁴⁴. Hay también testimonios de episodios violentos en algunos cafés entre aliadófilos y germanófilos a cuenta de la guerra, una situación que llevó a algunos comerciantes a idear un botón de solapa con la inscripción “No me hable V. de la guerra”⁴⁵. Incluso se llegó a increpar a Lerroux con los ya clásicos gritos de “¡Muera Lerroux!”, que se mezclaron con otros lemas como “¡Viva la neutralidad!”⁴⁶.

El interés sobre la nueva guerra europea condicionó en muchas ocasiones la agenda política y provocó una mayor radicalización. Para Meaker, el enfrentamiento verbal entre los dos grupos llegó hasta el paroxismo y se convirtió en una “guerra civil de palabras” entre una España conservadora o tradicionalista y otra regeneracionista⁴⁷. Tal y como sostiene Francisco Romero Salvadó, el contexto bélico penetró en España e intensificó todavía más los problemas preexistentes en el país⁴⁸. Este autor llega a afirmar que esta “guerra civil de palabras (...) fue el presagio de la guerra civil real que estallaría en el futuro y para la que sólo faltaba una generación”⁴⁹.

Algunos autores contemporáneos también insinuaron que este clima de agitación social, magnificado por el contexto bélico, podía derivar en una guerra civil entre españoles. Así, en su discurso en el llamado “mitin de las izquierdas” de 1917, Unamuno afirmaba que España ya estaba en una guerra fratricida, y apelaba a Dios para que no adoptara “la forma vergonzosa de Grecia” –en clara alusión al colaboracionismo de este país con las potencias centrales– o no llevara “al desmembramiento de la

⁴⁴ “Últimos telegramas”, *La Vanguardia*, 3 de agosto de 1914, pág. 9.

⁴⁵ ANDRENIO: “La guerra en el café”, *Nuevo Mundo*, 26 de septiembre de 1914, pág. 6. Sobre el botón de solapa, véase Prudenci BERTRANA: “No me hable V. de la guerra”, *Iberia*, 1 de mayo de 1915, pág. 3. Dos décadas después, todavía se recordaba el botón de solapa. Véase “El «Couplet»”, *ABC*, 29 de junio de 1934, pág. 3.

⁴⁶ Fernando SOLDEVILLA: *El año político. 1914*, Madrid, 1915, págs. 395-396. Sobre los insultos a Lerroux y el clima de crispación, véase Maximiliano FUENTES CODERA: *España en la Primera Guerra Mundial*, Madrid, Akal, 2014, pág. 44.

⁴⁷ Gerald H. MEAKER: “A Civil War of Words”..., pág. 2.

⁴⁸ Francisco ROMERO SALVADÓ: *The Foundations of Civil War. Revolution, Social Conflict and Reaction in Liberal Spain, 1916-1923*, Nueva York y Londres, Routledge, 2008, pág. 25.

⁴⁹ ID: *España, 1914-1918...*, págs. 79-81.

patria”⁵⁰. En un extenso artículo, Luis Araquistain analizó las consecuencias de la guerra en España, y llamaba la atención sobre los temores que muchos germanófilos tenían sobre la posibilidad de un conflicto interno, y respondía con altas dosis de ironía, lo siguiente⁵¹: “acaso tengan razón y sea necesaria una postrera guerra civil en España, que rompa sus ligaduras con un pasado demasiado remoto, con una ideología demasiado medioeval, con unas gentes demasiado cerriles”. El profesor Javier Krauel comparte el punto de vista de Meaker y Romero, y se apoya en el testimonio dejado por Francisco Ayala en su novela *La cabeza del cordero*, un conjunto de relatos cortos sobre la guerra civil española. En el prólogo, Ayala reflexionaba sobre los orígenes de la contienda y concluía que fue precisamente durante la Gran Guerra cuando se empezó a abrir un “tajo” entre dos bandos irreconciliables⁵². La conexión que realizó Ayala entre las dos guerras era, en realidad, una relación causa-efecto. Durante su exilio, el escritor madrileño quiso buscar las raíces del conflicto y se remontó a un episodio que había quedado en el olvido. Alejandro Lerroux, otro exiliado de la Guerra Civil española, aunque perteneciente a una generación distinta, llegó a la misma conclusión. Desde su refugio de Estoril consideraba, ya en 1937, “que en la guerra mundial se había fraguado el origen de muchos de los males que aquejaban a Europa (...) Entre ellos, la guerra civil que desgarraba a España”⁵³.

No hay ninguna duda de que la guerra mundial afectó de manera directa a la economía y la sociedad españolas, e incluso se configuró como uno de los elementos desestabilizadores del sistema, hasta el punto que su impacto se hizo sentir especialmente entre 1917 y 1923⁵⁴. Sin embargo, hay que tener en cuenta que la herencia de la Gran Guerra no pudo ser la misma que la recibida en los países beligerantes. Si cualquier análisis del siglo XX queda incompleto sin la presencia de la Primera Guerra Mundial, la importancia de este conflicto es todavía mayor para entender las décadas de 1920 y 1930. En Alemania, el final de la guerra derivó hacia una convulsa situación política y económica que fue el mejor caldo de cultivo para la

⁵⁰ Paul AUBERT: *Les espagnols et l'Europe...*, pág. 160.

⁵¹ Luis ARAQUISTAIN: “En la hora crítica”, *España*, 19 de abril de 1917, pág. 4.

⁵² Javier KRAUEL: “Visión parcial del enemigo íntimo: la Gran Guerra como antesala de la Guerra Civil”, *Vanderbilt e-Journal of Luso-Hispanic Studies*, vol. 5 (2009), págs. 155-156. Uno de los relatos de Ayala se titula, precisamente, “El tajo”, y narra los pensamientos que tiene un militar del bando rebelde justo antes de ejecutar a un miliciano republicano. A su memoria acuden recuerdos de su niñez y rememora los desencuentros que se produjeron en su familia a cuenta de la Gran Guerra. El relato es, en su conjunto, una reflexión sobre la definición de enemigo.

⁵³ Miguel MARTORELL LINARES: “«No fue aquello solamente una guerra, fue una revolución»: España y la Primera Guerra Mundial”, *Historia y Política*, 26 (2011), pág. 18.

⁵⁴ *Ibid.*, págs. 30-42.

creación y consolidación del nazismo, aunque el espaldarazo definitivo procedía de la crisis económica originada por el derrumbe de la bolsa de Nueva York en 1929, una circunstancia, por cierto, ajena a la gran catástrofe de 1914. En cambio, España no tuvo que sufrir las calamidades de ninguna posguerra, por lo que el desarrollo histórico a partir de 1918 tuvo que ser distinto a la fuerza. El mismo contexto histórico descarta que exista una relación directa entre la Gran Guerra y la Guerra Civil española.

Sobre la repercusión del enfrentamiento entre aliadófilos y germanófilos, Meaker matiza que sólo interesó a las capas más altas de la sociedad, una afirmación que rebajaría el peso específico de esta guerra civil latente⁵⁵. En nuestra opinión, las élites no fueron las únicas que se preocuparon por la guerra, pero también es exagerado afirmar que toda la sociedad española se involucró con la misma pasión en el seguimiento del conflicto y que la opinión pública se dividió en dos bandos irreconciliables⁵⁶. De hecho, esta disputa tenía un fuerte componente de artificialidad y oportunismo político que puede apreciarse, por ejemplo, en la incontinencia verbal de Unamuno o Araquistain. Los ataques entre aliadófilos y germanófilos estuvieron muy presentes en el día a día, pero la ciudadanía también tenía otras preocupaciones⁵⁷. En relación con esto último, hubo quien entendió la guerra de otra forma y no quiso tomar partido por ninguno de los dos contendientes. En un editorial de la revista *Madrid Científico*, publicado al principio de la guerra, se deja entrever un cierto hartazgo por el cariz que estaban tomando las declaraciones de uno y otro bando⁵⁸:

“Cuando desde la modesta y bendita gradería de nuestra neutralidad providencial, escuchamos las groseras invectivas y soeces baladronadas con que ciertos espectadores increpan desde el cómodo tendido a uno u otro beligerante, sentimos náuseas ante el villano placer de estos incultos desahogos, que son como trasunto y prolongación de los de nuestra fiesta nacional”.

⁵⁵ Véase, por ejemplo, Gerald Meaker, que distingue entre el escaso interés de las masas y la preocupación casi obsesiva de las élites, que percibieron el conflicto como una batalla ideológica con implicaciones para España y toda la humanidad. Gerald H. MEAKER: “A Civil War of Words”..., págs. 7-8.

⁵⁶ Manuel ESPADAS BURGOS: “España y la Primera Guerra Mundial”, en Javier TUSELL, Juan AVILÉS y Rosa PARDO: *La política exterior de España en el siglo XX*, Madrid, UNED, 2000, pág. 107.

⁵⁷ Por ejemplo, el cónsul estadounidense de Valencia llegó a afirmar en 1917 que “el pueblo español, según está representado en este distrito, es *pesetófilo*, y no germanófilo o aliadófilo. Véase José Antonio MONTERO JIMÉNEZ: *El despliegue de la potencia americana: las relaciones entre España y los Estados Unidos (1898-1930)*, tesis doctoral, Madrid, Universidad Complutense, 2006, pág. 150.

⁵⁸ “La Guerra”, *Madrid Científico*, 825, 5 de octubre de 1914, pág. 517.

De este clima de crispación quiso alejarse también el premio Nobel Santiago Ramón y Cajal, que en sus memorias recordaba de esta forma la que para él era la verdadera naturaleza de aliadófilos y germanófilos⁵⁹:

“aquí nadie ama a nadie; todos aborrecen. Los unos odian a Alemania, a causa de sus ínfulas de raza superior su concepción autocrática del Estado. Los otros a Francia e Inglaterra, por haber sido cuna y constituir vivo ejemplo de la tolerancia religiosa y de las libertades civiles. Lo que por ninguna parte asoma es el amor sincero a España y el convencimiento de que sólo por el esfuerzo enérgico y consciente de sus hijos podrá venir su engrandecimiento político y elevación cultural”.

El científico se lamentaba de la manifiesta simplicidad de esta enconada disputa que, por otra parte, la entendía como una distracción de la verdadera preocupación que, según él, debía ocupar a todo el país: la regeneración política y social. De la misma opinión eran Lázaro Ballesteros y Andrenio, autores contemporáneos que reconocieron en el odio y la antipatía hacia el enemigo las verdaderas motivaciones que se escondían detrás de germanófilos y aliadófilos: las fobias en muchos casos adquirirían mayor protagonismo que las filias⁶⁰. Sobre esta cuestión también se pronunció Ortega y Gasset. El que fuera uno de los principales defensores de la europeización hasta el inicio de la guerra nunca se sintió cómodo con la división que se produjo en suelo español⁶¹:

“¿Germanófilos, francófilos? Insultos de unos periodistas a otros periodistas en las columnas impresas, de unos ciudadanos a otros ciudadanos en torno a las mesas de los cafés, soberbias y estulticias oratorias, ausencia de lealtad y cordialidad nacional, palabras...”.

La opinión de Unamuno, muy parecida a la de los dos anteriores, expresaba también su desencanto por la deriva que estaba tomando esta interpretación de la guerra en la ciudad de Salamanca⁶²:

“¿Francófilos? ¡No! Es triste el tenerlo que decir. Apenas se encuentra ni francófilos, ni anglófilos, ni germanófilos, ni menos rusófilos; no hay nada de *filos*, no hay nada o casi nada de amor, casi todo es odio *-miso-*, casi todo es horror *-fobia-*. Los más de los que se manifiestan

⁵⁹ Santiago RAMÓN Y CAJAL: *Recuerdos de mi vida. Tomo I. Mi infancia y mi juventud*, Madrid, Imprenta y Librería de Nicolás Moya, 1917, pág. 28.

⁶⁰ Lázaro BALLESTEROS: *La guerra europea y la neutralidad española*, Madrid, Jaime Ratés, 1917, pág. 31; ANDRENIO: “Las simpatías”, *Nuevo Mundo*, 29 de agosto de 1914, pág. 5.

⁶¹ José ORTEGA Y GASSET: *Obras completas. Tomo I...*, pág. 905.

⁶² Miguel DE UNAMUNO: “¡Venga la guerra!”, *Nuevo Mundo*, 19 de septiembre de 1914, pág. 5.

francófilos (...) son misogermanos o germanófobos, y viceversa. Es odio; odio ciego, odio ignorante”.

También fue el caso de Rafael Altamira. Aunque se declaró aliadófilo desde un primer momento, rechazó participar en la polémica y trató de hacerse oír con un discurso conciliador, alejado de las pasiones. El jurista alicantino publicó, en medio del fragor de la contienda, una obra en la que ofreció un análisis muy diferente al habitual: más que analizar las causas de la guerra, Altamira propuso soluciones para que no se volviera a repetir un episodio de este tipo, e incluyó argumentos de tipo moral o humanitario⁶³.

Es muy probable que el enfrentamiento entre aliadófilos y germanófilos se haya magnificado con el paso del tiempo, pero hay que reconocer que, con todo, su impacto fue más transversal de lo que puede parecer, y que esta disputa, de una u otra forma, “se acabó extendiendo a todos los niveles de la sociedad”⁶⁴. Las acaloradas discusiones en los cafés, a las que incluso aludía Ortega, confirman este extremo. Por si hubiera alguna duda, esta polémica incluso se hizo notar en cuestiones más banales, como la rivalidad de los dos principales espadas de la llamada edad de oro del toreo: Juan Belmonte y José Gómez, *Joselito*. El primero se erigió, en principio, como el torero de los aliadófilos, mientras que el segundo contaría con el favor de los germanófilos⁶⁵. De estos ejemplos se desprende que la Gran Guerra trascendió el ámbito político y se instaló irremediamente en la vida cotidiana de parte de la ciudadanía española.

Para llegar a este extremo, la prensa jugó un papel decisivo y fue en gran parte responsable de este ambiente de agitación. Como se ha visto en el apartado anterior, a partir de 1910 la prensa española fue ganando protagonismo y, una vez iniciada la guerra, experimentó de lleno su primer encuentro con la sociedad de masas que estaba empezando a desarrollarse. La pugna entre aliadófilos y germanófilos se convirtió, nunca mejor dicho, en el primer campo de batalla en la historia de la comunicación

⁶³ Véase Rafael ALTAMIRA: *La Guerra actual y la opinión española*, Barcelona, Araluce, 1915. Pilar ALTAMIRA: “Altamira, pacifista y conciliador” en José FERRÁNDIZ LOZANO y Emilio LA PARRA LÓPEZ: *Rafael Altamira: idea y acción hispanoamericana*, Alicante, Instituto Alicantino Juan Gil-Albert, 2011, pág. 155-156.

⁶⁴ Maximiliano FUENTES CODERA: “Germanófilos y neutralistas: proyectos tradicionalistas y regeneracionistas para España (1914-1918), *Ayer*, 91 (2013), pág. 67.

⁶⁵ Gerald H. MEAKER: “A Civil War of Words”..., pág. 17. Belmonte era conocido como el torero de los regeneracionistas y los institucionistas por la buena relación que tenía con personalidades como Ortega y Gasset o Pérez de Ayala. Juan Carlos GIL: “La influencia de las fiestas de toros en la historia cultural de España”, en Rafael CABRERA BONET (ed.): *Tauromaquias vividas*, Madrid, Fundación Universitaria San Pablo CEU, 2011, pág. 419.

social en España⁶⁶. El control de la opinión pública estaba en juego, y por este motivo la prensa prestó cada vez más atención a la guerra en general y a esta polémica en particular. La diferenciación respecto a la competencia fue clave en un mercado periodístico muy polarizado⁶⁷. Por eso no es extraño que a lo largo de los cuatro años de guerra vieran la luz nuevas publicaciones que prestaron una especial atención a la guerra. Es el caso de *España e Iberia*, dos semanarios políticos que fueron decisivos para fijar las bases del discurso de aliadófilo⁶⁸. Además de estas publicaciones, hay que destacar otras que se dedicaron en exclusiva al conflicto: *La Guerra Ilustrada*, una crónica visual sobre los acontecimientos más relevantes en los campos de batalla; *Germania. Revista de confraternidad hispano-alemana*, el principal órgano germanófilo de Barcelona, con contenido esencialmente cultural y que tuvo una vida de tres años (1915-1918); y *Los Aliados*, que se publicó al final de la guerra y dio apoyo a la Entente⁶⁹.

Como se puede apreciar, la Primera Guerra Mundial disfrutó de una atención privilegiada en la prensa española. Además del aprovechamiento y la explotación de la polémica entre aliadófilos y germanófilos, el público lector estaba cada vez más interesado en las noticias internacionales y buscaba, de algún modo, ampliar sus

⁶⁶ Ubaldo CUESTA CAMBRA y Sandra GASPAS HERRERO: “La I Guerra Mundial y los orígenes de la Teoría de los Efectos. El caso de aliadófilos y germanófilos”, *Historia y Comunicación Social*, vol. 18 (2013), págs. 127.

⁶⁷ Según los datos aportados por Javier Maestro, la prensa germanófila madrileña tenía, en 1917, una tirada conjunta de alrededor de 275.000 ejemplares, mientras que los periódicos aliadófilos de la capital sumaban más de 500.000. Aunque se trata de cifras oficiales, hay que tomarlas con precaución, ya que, como apunta el autor, las tiradas eran tan abultadas que en muchos casos los datos cuantitativos carecen de sentido. Javier MAESTRO: “Germanófilos y aliadófilos en la prensa obrera madrileña, 1914-1918”, en Ángel BAHAMONDE MAGRO y Luis Enrique OTERO CARVAJAL (eds.): *La sociedad madrileña durante la Restauración. 1876-1931. Volumen II*, Madrid, Consejería de Cultura de la Comunidad de Madrid, 1989, págs. 326-327.

⁶⁸ *España* fue un proyecto editorial liderado por Ortega y otros miembros de la Generación del 14. Su objetivo era contribuir a la difusión del pensamiento regeneracionista y europeísta. Sobre su fundación, véase Víctor MORALES LEZCANO: “«Revista España», semanario de la vida nacional (1915-1924)”, *Hispania*, vol. 39, 141 (1979), págs. 201-215, y Manuel MENÉNDEZ ALZAMORA: *La Generación del 14...*, págs. 263-341. Por su parte, *Iberia* fue la culminación de un antiguo proyecto intelectual cuyo objetivo era crear una revista literaria con artículos en castellano, portugués y catalán para, de esta forma, afianzar los lazos entre los distintos pueblos de la Península Ibérica. La Gran Guerra modificó esta pretensión, y la publicación se convirtió en el principal exponente de la aliadofilia en Cataluña. Al igual que en *España*, colaboraron intelectuales de la talla de Unamuno, Araquistain, Madariaga o Pérez de Ayala. Véase *Ibid.*, pág. 279, y Joan SAFONT: “Quan érem aliadòfils. La revista Iberia (1915-1918) i la seva influència en la premsa, la política i la cultura catalanes”, *L’Avenç*, mayo 2012, pág. 42. Véase también, del mismo autor, *Per França i Anglaterra. La I Guerra Mundial dels aliadòfils catalans*, Barcelona, Acontravent, 2012.

⁶⁹ Los ejemplares de *La Guerra Ilustrada* y *Los Aliados* están disponibles en la hemeroteca digital de la Biblioteca Nacional de España. Sobre el contenido de esta última, véase Penélope RAMÍREZ BENITO: “*Los Aliados*. Una revista española creada por y para la Primera Guerra Mundial (1918)”, *Berceo. Revista Riojana de Ciencias Sociales y Humanidades*, 159 (2010), págs. 145-164.

horizontes vitales⁷⁰. Este contexto no pasó desapercibido para los servicios de propaganda de los países beligerantes, y no tardaron en ofrecer jugosas subvenciones a los periódicos españoles para, o bien recompensarles por su línea editorial, o provocar un cambio de opinión⁷¹. Si países como Alemania, Reino Unido o Francia se tomaron la molestia de irrumpir de lleno en la industria periodística, estaba claro que el riesgo valía le pena.

Sin embargo, todo este fervor cayó en picado con la firma del armisticio el 11 de noviembre de 1918. La intensidad del enfrentamiento dialéctico disminuyó drásticamente. Aunque el interés por los tratados de paz se mantuvo en la prensa, los artículos de opinión a favor de Alemania o los aliados desaparecieron casi tan rápido como las subvenciones que recibieron de los países beligerantes. El mismo Gerald Meaker ha reconocido que⁷²

“The great debate was so quickly silenced by the ending of the war, and the postwar period was so fraught with new problems and dangers, that Spaniards by and large forgot how much printer’s ink had been spilled between 1914 and 1918 and what a revelation of national disunity there had been”.

El silencio que siguió al ruido provocado por germanófilos y aliadófilos confirma la efervescencia de un fenómeno que nació y murió con la guerra. Se trataba, como ya hemos visto, de un conflicto ideológico ya existente al menos desde principios del siglo XX, pero que se hizo mucho más visible a partir del inicio de las hostilidades. Esta situación también pone en cuestión los vínculos entre la Gran Guerra y el inicio de la Guerra Civil de 1936.

Si nos situamos en un plano historiográfico, da la sensación –a tenor de los trabajos que hemos mencionado– que se ha prestado más atención a las consecuencias políticas, sociales y económicas derivadas de la guerra –sobre todo a partir de 1917– y no tanta al análisis de cómo se entendió este conflicto. En nuestra opinión, una de las cuestiones principales que deben ser estudiadas es la reelaboración del concepto de Europa que se había articulado desde 1898. El inicio de una guerra en el corazón del

⁷⁰ María Cruz SEOANE y María Dolores SÁIZ: *Historia del periodismo en España...*, pág. 212.

⁷¹ *Ibid.*, págs. 214-220. Algunas publicaciones se vieron obligadas a solicitar estas subvenciones para compensar el aumento del precio del papel, que no había parado de subir desde el inicio de la guerra. Sobre las subvenciones de los países beligerantes, véase Maximiliano FUENTES CODERA: *España en la Primera Guerra Mundial...*, págs. 129-134.

⁷² Gerald H. MEAKER: “A Civil War of Words”..., pág. 9.

viejo continente ponía en entredicho algunos de los valores asociados a la idea de Europa: progreso, cultura, bienestar y, por encima de todos, la paz. Si los admirados países europeos eran incapaces de convivir armónicamente, entonces no estaban nada claros los beneficios de la europeización. El periódico *El Siglo Futuro*, de ideología católica-integrista –y, por tanto, férreo opositor al discurso europeísta desde siempre– apenas tardó una semana en desacreditar el referente europeo⁷³:

“Desengañados de la vaciedad de la palabra “europeización”, vamos a “españolizarnos” en todo; a despertar nuestra personalidad española y a reanimarla de sus propias energías con su lengua propia, su mente propia, su propia libertad, su propia independencia, su ciencia, su literatura, su arte, su agricultura, su industria, su comercio, su legislación, sus costumbres”.

Durante los primeros días de la guerra se produjo un hecho cuanto menos paradójico, ya que las críticas a Europa procedieron de ambos extremos del espectro ideológico. El dirigente republicano Marcelino Domingo, que sería uno de los europeístas más activos en las dos siguientes décadas, sentenció sin ambages: “Europa, si estalla la guerra europea, no va a ser ya un ideal”. Esta afirmación, cruda y pesimista, era un reflejo de la incredulidad ante la deriva belicista que tomaron los principales países europeos durante el verano de 1914. Por eso, al igual que el articulista de *El Siglo Futuro*, Domingo esperaba que la guerra representara, de algún modo, una oportunidad para España⁷⁴:

“A ver si mientras el ruido de las armas apaga en Europa la voz de la cultura, en España, la cultura que pueda nacer de este dolor de ahora, atenúa el ruido de estas armas españolas: este ruido que venimos oyendo sin cesar, sin interrupción, un día y otro día, un año y otro año, un siglo y otro siglo...”.

En definitiva, se trataba del fin de una engañosa época dorada bajo la que se había camuflado una paz armada. Como expresó Andrenio, era difícil de imaginar que todo este mundo idílico pudiera venirse abajo con “el choque de naciones enteras, de millones de hombres que sólo con moverse lo arrasarán todo, como nubes de langosta humana”⁷⁵. La incredulidad de Stefan Zweig ante el desastre que se avecinaba era, en esencia, la misma de los intelectuales españoles que vieron en Europa la solución a

⁷³ “Impresiones”, *El Siglo Futuro*, 8 de agosto de 1914, pág. 1.

⁷⁴ Marcelino DOMINGO: “¿Y nosotros? ¿Y España?”, *El País*, 4 de agosto de 1914, págs. 1-2.

⁷⁵ ANDRENIO: “El Teatro de la Vida. Si vis pacem...”, *Nuevo Mundo*, 6 de agosto de 1914, pág. 3.

todos los problemas de España. ¿Significaba esto el fin del referente europeo? No necesariamente. Ortega y Gasset en el primer número de la revista *España*, vaticinó que del conflicto surgiría “otra Europa”, y a continuación añadía que “(era) forzoso intentar que (saliera) también otra España”⁷⁶. Para ello, se presentaron en el horizonte varios caminos para iniciar la búsqueda del nuevo significado que tendría Europa.

3.3.2. *Aliadófilos: tras la senda del regeneracionismo*

Algunos de los más reconocidos aliadófilos mostraron, a lo largo de todo el conflicto, su preocupación por la idea de Europa. Esto se debe a que muchos de estos autores, como Maeztu, Pérez de Ayala o Araquistain, formaban parte de la tradición europeísta que se inauguró a finales del siglo XIX. En cierta medida, todos ellos ya habían elegido a Europa como modelo, y su idea de futuro pasaba por una España mucho más moderna, democrática y alejada de los peligros de la tradición. En definitiva, que pudiera equipararse a países como Francia o Reino Unido⁷⁷.

A partir de 1914, no estaba nada claro que Europa continuara siendo sinónimo de civilización, modernización o ciencia. Desde el mismo instante que la “paz armada” se volatilizaba, cualquier alusión a Europa pasó a tener un sentido mucho más ideológico o político. La aliadofilia española se apropió de este término, y Europa se convirtió en una categoría moral en la que no podía tener cabida Alemania, su antagonista a partir de ahora. Si retrocedemos al periodo 1895-1914, los contraejemplos de la idea de Europa se situaban lejos del viejo del viejo continente, en África o China. Por su parte, Alemania era uno de los países más admirados desde el punto de vista político y cultural. No es casualidad, en este sentido, que muchos de los aliadófilos que habían sido beneficiarios de una ayuda de la Junta de Ampliación de Estudios, eligieran al país teutón como destino para perfeccionar su campo de conocimiento.

Apenas bastaron unos días del mes de agosto de 1914 para que la imagen de Alemania mutara por completo. Para los intelectuales aliadófilos, el admirado milagro político y económico alemán, que en menos de medio siglo de existencia se había convertido en el motor de la Europa continental, era ahora la personificación del mal. El impacto de la invasión de Bélgica, junto a los episodios violentos provocados por el

⁷⁶ José ORTEGA Y GASSET: *Obras completas. Tomo I...*, págs. 829-831. Ortega era consciente, ya desde el 5 de agosto, que estaba ante el inicio de “nuevo orden en todo” que “va a parir una nueva realidad”, según escribió en su diario personal. Véase ID: *Obras completas. Tomo VII...*, pág. 383.

⁷⁷ Gerald H. MEAKER: “A Civil War of Words”..., pág. 24.

ejército alemán, asociaron de forma irreversible a Alemania con la barbarie⁷⁸. La polarización existente entre aliadófilos y germanófilos obligaba a tomar partido entre dos modelos enfrentados entre sí. Para el intelectual aliadófilo Pérez de Ayala –uno de los más activos durante toda la guerra– la explicación de esta discordia se encontraba en las simpatías que despertaba Alemania, hasta el punto que llegó a afirmar que los españoles se habían declarado o “germanófilos o germanófobos”. Los primeros, explicaba Pérez de Ayala, eran los tradicionalistas que “(vociferaban) y (exultaban) el triunfo de las Armas teutónicas”; en cambio, los segundos –los europeizantes– advertían de que “el triunfo de Alemania retrasaría en un siglo el progreso de la civilización humana”⁷⁹. La guerra, que se había interpretado como un enfrentamiento entre Francia y Alemania, se convirtió, además, en una lucha que enfrentaba al imperio alemán contra Europa. De esta forma lo entendió Ramiro de Maeztu en una de sus primeras reflexiones sobre la contienda que justo acababa de estallar⁸⁰:

“Desde este momento [La entrada de Reino Unido en la guerra] podemos decir que Europa está empeñada en una análoga a la de hace cien años. Sólo que entonces luchaba contra la ambición de un grande hombre: Napoleón. Ahora lucha contra la ambición de un gran pueblo: Alemania”.

A principios del siglo XX, el pensador vitoriano había definido a Europa como la suma de Francia, Reino Unido, Alemania y Estados Unidos; ahora, Alemania se quedaba fuera de este gran grupo de naciones occidentales porque, en su opinión, ya no compartía los mismos valores que el resto del occidente europeo. Desde las páginas de *Iberia*, el contraste fue todavía mayor⁸¹:

“O Prusia o Europa. O un ideal que erige sobre la vida colectiva al Estado, que funde en uno los dos conceptos de fuerza y de justicia, aspirando a organizar la tierra bajo el modelo rígido y dogmático de la Constitución alemana, o la tradición de los pueblos que han dado al mundo las lecciones eternas de la libertad individual y del gobierno democrático, que han afirmado el

⁷⁸ Aunque ha existido mucha controversia acerca de la violencia atribuida al ejército alemán –las acusaciones de propaganda o falseamiento de datos siempre han estado presentes –, investigaciones recientes confirman que la mayoría de estas acciones sí se cometieron. Véase John HORNE y Alan KRAMER: *German atrocities, 1914. A History of Denial*, New Haven y Londres, Yale University Press, 2001. Para el análisis de la invasión de Bélgica, es imprescindible la obra de Larry ZUCKERMAN: *The Rape of Belgium. The untold story of World War I*, Nueva York y Londres, New York University Press, 2004.

⁷⁹ Ramón PÉREZ DE AYALA: “Apostillas a la guerra”, *El Imparcial*, 18 de agosto de 1914, pág. 3

⁸⁰ Ramiro de MAEZTU: “Europa contra Alemania”, *El Heraldo de Madrid*, 5 de agosto de 1914, pág. 1.

⁸¹ “Declaración”, *Iberia*, 10 de abril de 1915, pág. 3. El extracto que se ha citado corresponde artículo de bienvenida a los lectores, correspondiente al primer número de la revista.

Derecho Internacional, sostenido por la mutua lealtad, que no quieren ahogar ningún principio nacionalista y hacen del Estado el organismo creado para afirmar y sostener el derecho”.

Para gran parte de los aliadófilos, Alemania era moral, cultural y políticamente inferior al resto de países de Europa occidental. Según algunos intelectuales, el militarismo se anteponía a las libertades políticas, y los actos de barbarie cometidos en Bélgica –confirmados o no– eran incompatibles con los valores de la Ilustración y de la idea de Europa. Manuel Azaña, poco amigo de polémicas exaltadas, defendió en su célebre discurso sobre los motivos de la germanofilia, pronunciado en 1917, que Alemania no tenía nada que ver con la idea de Europa: “nuestro deber es acudir (...) con nuestra simpatía y calor moral del lado en que esté la causa justa, la causa de Europa, los intereses permanentes y superiores”⁸².

Alemania, por tanto, quedaba excluida de la civilización europea. La admiración se transformó en odio, pero cabe señalar que este cambio de actitud fue en algunos casos impostado. De no ser así, es difícil de entender, por ejemplo, que Vicente Blasco Ibáñez, uno de los aliadófilos más activos, renegase de su admiración hacia la cultura alemana en tan poco tiempo⁸³. O que una ópera fuera abucheada en Barcelona sólo porque fue compuesta por el alemán Richard Wagner⁸⁴. La germanofobia que encontramos en este periodo se puede interpretar como una respuesta visceral a las acusaciones de violencia sobre la población civil que se vertían contra el ejército alemán, pero no hay que descartar que muchas de estas manifestaciones y comentarios negativos se realizaran simplemente para subrayar, todavía más, el compromiso ideológico con el bando aliado. Dicho de otra forma, no era nada sencillo ser aliadófilo y elogiar al mismo tiempo algunos aspectos de la cultura alemana.

Esta dificultad explica la tibia aliadofilia de Ortega y Gasset durante la guerra. A pesar de su compromiso europeísta y de sus esfuerzos por regenerar las estructuras políticas del país, el filósofo madrileño no quiso posicionarse de una forma clara, si bien no hay que olvidar que hasta diciembre de 1915 fue el director de *España*, una de las

⁸² Manuel AZAÑA: *Obras completas vol. I. 1897-1920*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2007, pág. 304

⁸³ El escritor y político valenciano escribió en 1914 *Los cuatro jinetes del apocalipsis*, una novela sobre la Gran Guerra que alcanzó repercusión mundial y que contaba las vicisitudes de una familia con miembros franceses y alemanes. Estos últimos estaban caracterizados como ambiciosos y crueles. Esta descripción tan negativa de los personajes alemanes contrasta con la profunda admiración que Leonora, la protagonista de *Entre naranjos* (1900) profesaba a Richard Wagner. Véase Paloma ORTIZ DE URBINA: “La Primera Guerra Mundial y sus consecuencias: la imagen de Alemania en España en 1914”, *Revista de Filología Alemana*, vol. 15 (2007), págs. 199-204.

⁸⁴ María Cruz SEOANE y María Dolores SÁIZ: *Historia del periodismo...*, pág. 214.

principales revistas aliadófilas⁸⁵. La postura de Ortega no fue una excepción en las filas pro aliadas. Gabriel Alomar explicó que se encontraba en una disyuntiva al tener que elegir entre dos ciudades europeas, Berlín o París. Finalmente se decantó por la segunda por su condición de “republicano y admirador de Francia”⁸⁶. Aunque el compromiso del escritor catalán estaba claro, al menos seguía considerando a Alemania como un país europeo. El también escritor Luis de Zulueta se manifestó en términos parecidos y escribió que “lo germánico” era “al igual que lo británico o que lo galo, un elemento esencial de esta civilización moderna”. Si el sustrato germánico era eliminado, añadía, “esta gloriosa civilización (...) vería interrumpido su vuelo hacia la luz como un águila a la que le tronchasen el ala”⁸⁷. Para muchos intelectuales, los alemanes podían descender de los hunos, o el káiser Guillermo II ser la reencarnación de Atila, pero Ortega y otros autores seguían concediendo valor a la herencia cultural de Alemania: los bombardeos y la invasión de Bélgica podían ser compatibles con Goethe, Beethoven o Kant⁸⁸.

La postura defendida por Ortega fue, al igual que ocurrió en el pasado, opuesta a la de Miguel de Unamuno. El catedrático de la Universidad de Salamanca comparó la guerra europea con la tercera guerra carlista, un conflicto que vivió muy de cerca cuando sólo tenía diez años, una experiencia traumática que lo marcaría profundamente⁸⁹. En su interpretación de la Primera Guerra Mundial, Unamuno identificó a Alemania con los absolutistas y a los aliados con los liberales. En el mitin de las izquierdas que se organizó en mayo en 1917 –una exitosa exhibición de fuerza de los aliadófilos– Unamuno pronunció un incendiario discurso en el que lamentó la neutralidad de España, una decisión que privaría al país de participar en la futura paz y, por tanto, del nuevo mundo que saldría de ella. Unamuno culpaba de esta situación a los

⁸⁵ La salida de Ortega de la dirección de *España* es otro ejemplo de la incomodidad que le producía la polarización entre aliadófilos y germanófilos. En diciembre de 1915, Luis Araquistain, colaborador de la revista y partidario de una aliadofilia más radical y comprometida, inició una serie de negociaciones con los gobiernos de los países aliados para que subvencionaran a *España*. De esta forma se daba una salida a la mala situación económica que atravesaba el semanario y se convertía en un medio de propaganda viable. Manuel MENÉNDEZ ALZAMORA: *La Generación del 14...*, págs. 304-306.

⁸⁶ Gabriel ALOMAR: “Alrededor del neutralismo”, *El País*, 6 de octubre de 1914, pág. 1.

⁸⁷ Luis de ZULUETA: “¡¡Germanófilos!!”, *El Ideal* (Tarragona), 25 de octubre de 1914, pág. 1.

⁸⁸ Sobre las comparaciones entre Alemania y los hunos, véase “Wilson, salva a Europa”, *El País*, 8 de agosto de 1914, pág. 1, y Luis ARAQUISTAIN: “La sombra de Atila”, *El Liberal*, 24 de septiembre de 1914, pág. 1. El debate sobre la existencia de dos Alemanias –una culta y otra bárbara– puede seguirse en Fernando DÍAZ-PLAJA: *Francófilos y germanófilos...*, págs. 265-282.

⁸⁹ Unamuno fue testigo directo del sitio y posterior bombardeo de Bilbao en 1874. El carlismo fue uno de los temas recurrentes en su extensa obra. Véase Javier VARELA: “Los intelectuales españoles ante la Gran Guerra”..., pág. 27, y Jordi CANALS: “Un gran episodio nacional: Unamuno, el carlismo y las guerras civiles”, en Ana CHAGUACEDA TOLEDANO (ed.): *Miguel de Unamuno. Estudios sobre su obra. IV*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 2009, pág. 212.

“espíritus cavernarios” –es decir, aquellos políticos germanófilos que promovían la neutralidad absoluta– que, en su opinión, buscaban separar a España de “la Europa civilizada”⁹⁰. Como podemos ver, el europeísmo de Unamuno volvía a salir a la palestra casi dos décadas después. Para el filósofo salmantino estaba claro que, en un contexto de guerra, España tenía que acercarse de nuevo a Europa, concretamente a las naciones aliadas que encarnaban valores como la libertad y la democracia, porque sólo de este modo los “trogloditas” –es decir, los germanófilos– regresarían a las cavernas prehistóricas de donde habían salido⁹¹:

“los carlistas de 1874 querían implantar en España el Gobierno mismo despótico e imperial que el káiser quiere imponer al mundo y aquellos liberales bilbaínos de 1874 defendieron supieranlo o no, los ideales mismos que hoy defienden en el campo de batalla de Europa los pueblos libres de las democracias en armas contra los serviles ejércitos del imperialismo”.

Si, efectivamente, la guerra se entendía como un conflicto entre absolutistas y liberales, Francia iba a ser el faro que iluminaría las aspiraciones de los segundos. Siguiendo con la analogía propuesta por Unamuno, fue en el país galo donde se inició la revolución que supondría el principio del fin para el Antiguo Régimen, por lo que no resulta nada extraño que Francia se convirtiese no sólo en un referente moral y cultural, sino en la particular ventana europea de los simpatizantes de la entente aliada. Álvaro Alcalá-Galiano tenía claro que Francia tenía que ser el referente del ámbito aliadófilo: “vivir contra Francia (...) sería aislarnos espiritualmente de Europa”⁹². Por su parte, Alejandro Lerroux, fiel a su estilo grandilocuente, vinculaba de esta forma a Francia con la democracia: “¡Francia!; el demócrata al pronunciar ese nombre sagrado, siente igual fervor que el mahometano al hablar de la Meca”⁹³.

La influencia que tenía Francia en el pensamiento de algunos políticos e intelectuales sobrepasaba la mera simpatía. En muchos casos, la admiración por la cultura francesa había llegado a convertirse en una especie de segunda patria a la que acudir en caso de necesidad. En mayo de 1916, un joven Manuel Azaña, en un discurso dirigido a unos académicos franceses que se encontraban visitando España, dejó claro

⁹⁰ Paul AUBERT: *Les espagnols et l'Europe...*, págs. 160-164. Hay una versión diferente del discurso, aunque sin cambios sustanciales, en Miguel de UNAMUNO: *Artículos olvidados sobre España y la Primera Guerra Mundial* (Edición a cargo de Christopher Cobb), Londres, Tamesis Book Limited, 1976, págs. 91-94.

⁹¹ *Ibid.*, pág. 179.

⁹² Álvaro ALCALÁ-GALIANO: *España ante el conflicto europeo...*, pág. 140.

⁹³ Fragmento reproducido en Fernando DÍAZ-PLAJA: *Francófilos y germanófilos...*, pág. 303.

que su compromiso con Francia no era ni mucho menos fruto del oportunismo político. En su alocución, se dirigió a los francófilos que habían optado por el silencio, “los que en la paz amaban a Francia, a la dulce Francia, por la suavidad de las costumbres, por la libertad de su régimen, por la irradiación esplendorosa de su arte”. A continuación, Azaña añadió que él siempre se había considerado uno de los “hijos de la Revolución que dio forma política y valor universal a la conquista del hombre”⁹⁴.

El discurso aliadófilo, de innegable contenido político, desarrolló esta postura a través de la prensa y la literatura, en ateneos y conferencias. En cambio, tuvo una escasa presencia en el seno de los principales partidos políticos, debido sobre todo al pacto tácito que dificultaba la trasgresión de los límites de la neutralidad impuesta. Fuera del Sistema de la Restauración no ocurrió lo mismo, e incluso encontramos ejemplos donde la aliadofilia jugó un papel importante. Nos referimos al partido reformista y a la izquierda nacionalista catalana.

El partido reformista fue fundado en 1912 por el político asturiano Melquíades Álvarez con una clara aspiración: convertirse en el partido que iniciara la ansiada regeneración política. El pensamiento de su líder se situaba en la estela del discurso proeuropeo –y nacionalista cívico– de finales del siglo XIX que tenía entre sus fines la modernización y el cambio de régimen en España⁹⁵. En este sentido, se le puede considerar como un continuador del pensamiento de Joaquín Costa. A diferencia de muchos dirigentes republicanos, Álvarez no se centró en el debate sobre la forma de gobierno y su actitud ante la monarquía fue accidentalista o posibilista. Su programa político también era distinto, ya que estaba enmarcado dentro de la corriente de la nueva política que lideraba Ortega con el respaldo de otros miembros de la Generación del 14. Por este motivo, el partido reformista se convirtió en un breve lapso de tiempo en el partido de la intelectualidad⁹⁶.

Cuando estalló la guerra todas estas características se acentuaron, y desde un primer momento quedó claro que el conflicto europeo iba a ser aprovechado por el reformismo. Melquíades Álvarez anunció la suspensión de todos los mítines y actos previstos a partir del 10 de agosto de 1914 “en atención a las graves circunstancias porque atraviesa Europa”⁹⁷. Apenas dos semanas después reaparecía en Villaviciosa (Asturias), lugar donde declaró que la neutralidad –a la que en principio apoyaba– sólo

⁹⁴ Manuel AZAÑA: *Obras completas I...*, pág. 256.

⁹⁵ Manuel SUÁREZ CORTINA: *El reformismo en España*, Madrid, Siglo XXI, 1986, págs. 104-105.

⁹⁶ *Ibid.*, pág. 81.

⁹⁷ “Una carta de D. Melquíades”, *El País*, 10 de agosto de 1914, pág. 4.

podría defenderse siempre que no atentara contra el honor de la vida nacional, y añadía que sus simpatías –las suyas y la del partido– estaban con Francia y Reino Unido porque representaban “la causa de la justicia y de la paz”⁹⁸. A finales de agosto, la junta directiva del partido hacía oficial esta postura y la justificaba en torno a tres ideas: una orientación por motivos geográficos, políticos y económicos hacia las naciones aliadas (las ya citadas Francia y Reino Unido, a las que se añadieron Rusia y Bélgica); apoyo moral a estas mismas naciones por defender la libertad, la democracia y la modernización política⁹⁹; finalmente, este contexto se entendía como un estímulo para acometer la reconstitución de España¹⁰⁰.

Dicho de otra forma, si España mostraba su apoyo a este grupo de naciones, la modernización y democratización del país estarían más próximas, toda vez que el mismo Melquíades reconocía, ya a principios de 1915, que el mundo político sería renovado por un “soplo de libertad” y “un irresistible impulso democrático”¹⁰¹. El 1 mayo de ese año, Álvarez pronunció en Granada el que puede considerarse como uno de los principales discursos sobre la guerra y sus posibles consecuencias¹⁰². Como ya había hecho en ocasiones anteriores, el líder reformista vinculó a los aliados con la democracia y advertía de las profundas diferencias que separaban este modelo del representado por Alemania:

“las gentes se percatarán de que la democracia es el ideal de los pueblos progresivos y cultos, y las gentes se acostumbrarán a no poner sus esperanzas en la voluntad de un poder mayestático ungido con el óleo del derecho divino, sino en la voluntad del pueblo”.

Álvarez también insistía en la estrecha relación que existía entre el interés nacional y la causa aliada, una reflexión que se repetía en otros aliadófilos como Unamuno o Araquistain. Para el político asturiano, la civilización latina –a la que pertenecía España– corría serio peligro porque, si finalmente vencían los imperios centrales, “la vida de la libertad, amenazada por el reverdecimiento de los partidos y de

⁹⁸ “Declaraciones de Melquíades Álvarez”, *El Liberal*, 25 de agosto de 1914, pág. 2.

⁹⁹ La inclusión de Rusia como uno de los países defensores de la libertad y la democracia era una clara incongruencia. El discurso político del reformismo tomó como modelos a Reino Unido y, sobre todo, Francia.

¹⁰⁰ *El Partido reformista y la guerra*, Madrid, 1918, pág. 5.

¹⁰¹ *Ibid.*, pág. 6.

¹⁰² El discurso se publicó de forma íntegra en un suplemento especial de *El Reformista*, encontrado en el Archivo del Conde de Romanones (AR), Legajo 78/14, “El partido reformista y la guerra”. Las citas posteriores proceden de dicho suplemento. Este archivo se encuentra depositado en la Real Academia de la Historia.

las ideas reaccionarias, sufriría un tremendo eclipse en Europa”. El desenlace de la guerra –que en 1915 todavía era incierto– iba a afectar tanto a las naciones beligerantes como a las neutrales, pues la victoria de uno u otro bando “traería consigo inevitablemente el triunfo respectivo de las ideas que unas y otras naciones simbolizan y representan”. Esta interpretación un tanto simplista de las consecuencias de la guerra permite entender el sentido de la aliadofilia de Álvarez y los reformistas. Sus aspiraciones se centraron en la democratización de la vida pública española, la modernización de sus estructuras económicas, políticas y sociales y, por último, la progresiva incorporación de ideas procedentes de países extranjeros como Francia o Reino Unido¹⁰³. Sin embargo, el líder reformista advertía sobre los peligros del mimetismo o la simple imitación de estos modelos procedentes de Europa. Aunque cita a Ganivet, lo cierto es que estas reservas también se pueden encontrar, como vimos en el capítulo anterior, en el europeísmo de Joaquín Costa. Para lograr los máximos beneficios de los países que representaban “los principios de la civilización greco-romana y la gloriosa tradición de la Revolución Francesa”, el procedimiento no podía ser más claro: “hay que hacer la obra de regeneración española que es la obra de la cultura, con el espíritu puesto en Europa, pero con el corazón puesto en España”.

En el catalanismo de izquierdas la interpretación de la guerra fue muy similar a la realizada desde el reformismo, e incluso se puede percibir una lectura en clave nacional más intensa, aunque orientada a Cataluña. Desde las últimas décadas del siglo XIX, la industria catalana había iniciado un ciclo expansivo gracias en parte a las medidas proteccionistas del gobierno. Cataluña se convirtió en la región más próspera del Estado español y a menudo se reconocía que, a diferencia de Madrid, ciudades como Barcelona estaban en la senda de la europeización¹⁰⁴. Cuando llegó la guerra, el periodista e intelectual Antoni Rovira i Virgili hizo una primera valoración del conflicto apoyándose precisamente en esta dicotomía entre Madrid y Barcelona (o entre Castilla y Cataluña)¹⁰⁵:

¹⁰³ El político asturiano siguió repitiendo estas mismas ideas durante toda la guerra. Por ejemplo, en un artículo escrito en 1916 escribió que “a España no le (quedaba) otro recurso que ingresar en la comunidad de los Estados Occidentales”. Véase Paul Aubert (ed.): *Les espagnols et l'Europe...*, pág. 136.

¹⁰⁴ En un artículo de *España Nueva* reproducido en *La Vanguardia*, se comparaba el casticismo de Madrid con Barcelona, a la que se definió como orgullo de la europeización. “Hojeando la prensa”, *La Vanguardia*, 7 de diciembre de 1907, pág. 6.

¹⁰⁵ Antonio ROVIRA Y VIRGILI: *El nacionalismo catalán; su aspecto político, los hechos, las ideas y los hombres*, Barcelona, Editorial Minerva, 1917, pág. 19.

“Hoy la guerra europea ha puesto nuevamente de relieve (...) la dualidad castellano-catalana. Castilla es germanófila. Cataluña es aliadófila. En la manera de apreciar la guerra y las cuestiones con ella relacionadas, se revela que Castilla y Cataluña viven en dos mundos de ideas completamente distintos”.

Con estas afirmaciones, Rovira dejaba claro que su objetivo era capitalizar la corriente aliadófila del catalanismo político; de esta forma, sería más fácil consolidar su proyecto político y orientarlo hacia una república federal española que dotara de autonomía política a Cataluña¹⁰⁶. Al igual que Melquíades Álvarez, Rovira utilizó la Gran Guerra y su sincera aliadofilia para darle un impulso a su proyecto nacional. En su opinión, el problema del pensamiento nacionalista catalán era, en esencia, el mismo que en el conjunto de España: la ausencia de una visión internacional. La polémica entre aliadófilos y germanófilos había mitigado este inconveniente, pero la búsqueda de un modelo exterior para poder aplicarlo en la política nacional fue una constante durante los cuatro años de guerra.

La movilización en torno a la guerra fue mucho más profunda y significativa en Cataluña que en el resto del territorio español. Hay que tener en cuenta, en este sentido, que la *Lliga Regionalista*, de tendencia conservadora, era el partido hegemónico en Cataluña y que algunos de sus dirigentes se habían identificado como germanófilos. En una conferencia pronunciada en octubre de 1914, Rovira i Virgili reflexionó acerca de la posición de Cataluña ante el conflicto europeo¹⁰⁷. Primero de todo, declaró su simpatía hacia las naciones aliadas, entre las que destacó a Francia, Inglaterra y Bélgica. A continuación se lamentó de que Cataluña careciera de una posición oficial, y recordó que, como en el resto de España, ellos también estaban inmersos en la misma guerra civil de palabras. Para el periodista tarraconense, el principio de las nacionalidades estaba teniendo una participación esencial en la guerra, como volvería a reconocer en una entrevista posterior¹⁰⁸. Más allá de sus simpatías personales, el futuro de Cataluña pasaba por el éxito de la entente aliada, ya que, para Rovira, su triunfo sobre los imperios centrales beneficiaría a la libertad de las naciones, incluidas las que no se

¹⁰⁶ Xosé Manoel NÚÑEZ SEIXAS: *Internacionalitzant el nacionalisme. El catalanisme polític i la qüestió de les minories nacionals a Europa (1914-1936)*, Catarroja, Editorial Afers, 2010, págs. 36-37. Esta postura indica que la recién creada Mancomunitat catalana no colmaba en absoluto las aspiraciones del catalanismo progresista.

¹⁰⁷ David MARTÍNEZ FIOL: *El catalanisme i la Gran Guerra...*, págs. 86-94.

¹⁰⁸ “Catalunya davant la guerra europea”, *La Revista*, 10 de agosto de 1915, págs. 9-10 (Entrevista a A. Rovira i Virgili)

habían constituido en un Estado¹⁰⁹. Con su discurso, intentaba contrarrestar el poder mediático y político de los *l·ligaires*, y por eso ofrecía una lectura internacional sin levantar ni un momento la mirada de la cuestión doméstica.

El periodista Eugeni Xammar, otro destacado aliadófilo catalanista, es uno de los pocos anglófilos pertenecientes a un espectro pro aliado mayoritariamente francófilo tanto en Cataluña como en el resto de España. Para este autor, la clave para entender la guerra estaba en el enfrentamiento entre los imperios británico y germánico. Además, al igual que el resto de aliadófilos catalanes o españoles, estaba convencido de que la guerra cambiaría para siempre la evolución histórica del continente europeo: “*Segons sigui el resultat de la guerra, així serà, durant anys, molts anys no tan sols la geografia política, sino l'ànima política d'Europa*”¹¹⁰. De acuerdo con su interpretación, estaban en juego dos modelos distintos de imperialismo: el alemán, que no respetaba la soberanía de los pueblos que dominaba, y el británico, que más que un imperio era, en su opinión, una federación de democracias, ya que el gobierno de Londres había civilizado sus territorios coloniales y les había dotado de instituciones políticas y un cierto nivel de autogobierno¹¹¹. Del texto de Xammar se desprende que la victoria aliada sería beneficiosa para el desarrollo del principio nacionalista, amenazado por el imperio que Alemania quería formar en el continente europeo. Las aspiraciones soberanistas del catalanismo estarían, pues, mucho más protegidas si Alemania era derrotada.

3.3.3. Germanófilos: miradas exteriores y, sobre todo, interiores

La composición de la germanofilia española es mucho más y heterogénea que la de los aliadófilos. No hay duda de que todos los que se identificaron como germanófilos albergaban el deseo de que los Imperios Centrales, capitaneados por Alemania, resultaran vencedores en la Gran Guerra, pero más allá de este objetivo común, los motivos de la germanofilia eran muy diversos. Mientras que en sus más directos rivales

¹⁰⁹ Por ejemplo, alababa la política colonial del Imperio británico y destacaba que los beneficios en términos de autogobierno que han conseguido la India o Egipto superaban todos los errores que se hubieran podido cometer. Llama la atención que Rovira criticara con cierta dureza a Francia –algo difícil de ver en la aliadofilia del resto de España– por ser un estado unitario que no reconocía ninguna nacionalidad en su territorio; sin embargo, admitía que el principio de las nacionalidades nació de la mano de la revolución francesa y que, sólo por eso, Cataluña debía apoyar al país galo. En su discurso, Rovira cita a Rusia, pero le niega cualquier apoyo porque se trataba de un país que coartaba las libertades de naciones como la finlandesa o la polaca.

¹¹⁰ David MARTÍNEZ FIOL: *El catalanisme i la Gran Guerra...*, pág. 5.

¹¹¹ *Ibid.*, pág. 9.

existía un cierto consenso y compartían el anhelo de regeneración y europeización de la sociedad española, en los germanófilos podemos identificar varias familias ideológicas.

Gerard Meaker, en su estudio pionero, distingue hasta tres tipos distintos de germanófilos según su adscripción político-religiosa: los tradicionalistas ultra católicos, enfrentados al laicismo francés; los católicos que se oponían al poder británico, y los nacional-regeneracionistas, una corriente que veía en Alemania el modelo que ayudaría a poner en marcha la ansiada regeneración de España¹¹². La interpretación de Maximiliano Fuentes sobre esta cuestión es, en nuestra opinión, mucho más útil, ya que identifica dos grandes grupos: “los que privilegiaban su deseo de ver humilladas a Francia e Inglaterra y los que ponían en primer plano la propuesta de que España siguiera el modelo de la pujante Alemania”¹¹³.

En la aliadofilia encontramos alabanzas al modelo político y social representado por Francia e Inglaterra, pero también críticas feroces contra Alemania. Se trataba de las dos caras de una misma moneda, ya que las acusaciones contra el país teutón eran, en su mayoría, una forma de subrayar una admiración sincera por los países de Europa occidental que formaban parte de la Entente aliada. En cambio, en el caso de los germanófilos, el odio hacia Francia o Inglaterra no se traducía, necesariamente, en un reconocimiento de la necesidad de adoptar el modelo alemán en España.

Desde su unificación en 1871, Alemania se había convertido en la locomotora de Europa. Aunque es cierto que no gozaba de mucho predicamento en los círculos reformistas y republicanos –por los pocos avances democráticos del país germano–, ya hemos visto que algunos de estos intelectuales habían visitado el país teutón para empaparse de su cultura y progreso técnico. Con el inicio de la guerra, este acuerdo sobre la buena imagen de Alemania desapareció y, al menos desde el punto de vista aliadófilo, todo lo alemán se convirtió en el contraejemplo del progreso y la modernización. El periodista Julio Camba publicó un libro en 1916 con las crónicas que había escrito entre 1912 y 1913 desde Alemania. Durante la guerra fue un activo aliadófilo, un detalle que otorga todavía más valor a sus escritos. En su primera crónica describió de este modo a los berlineses: “son un poco como los edificios de Berlín: grandes, pesados, limpios y de buen aspecto, pero demasiado nuevos”, y sobre la superioridad de Alemania, dejó escrito este párrafo¹¹⁴:

¹¹² Gerald H. MEAKER: “A Civil War of Words”..., pág. 17.

¹¹³ Maximiliano FUENTES CODERA: “Germanófilos y neutralistas”..., pág. 81.

¹¹⁴ Julio CAMBA: *Alemania. Impresiones de un español*, Madrid, Renacimiento, 1916, págs. 5 y 224.

“Actualmente no hay más ciencia que la Alemana (*sic*). Yo no me cansaré de repetirlo: con un chaqué y una cultura francesa, uno puede presidir en España unos Juegos (*sic*) florales; pero para los altos cargos económicos, es decir, financieros, no hay más remedio que procurarse una levita y una cultura alemana”.

La idea que quiso transmitir Camba con estas analogías se fundamentaba en los estereotipos más recurrentes sobre Alemania: su personalidad pragmática y, sobre todo, su juventud como nación, parecían garantizar que el futuro inmediato de la humanidad pasaría por manos alemanas. Muchos germanófilos estaban convencidos de ello, pero también algunos liberales pro aliados como Julio Camba. El éxito de Alemania se debía en gran parte al progreso militar e industrial, fruto de cinco lustros de esfuerzo por parte del Káiser Guillermo II. La voluntad del monarca, según explicaba el economista y político Mariano Marfil en un elogioso artículo previo a la invasión de Bélgica, había resultado decisiva para el posterior crecimiento alemán¹¹⁵.

Una vez iniciada la guerra, comenzó el debate sobre las ventajas del modelo político, económico y social encarnado por Alemania, y si éste se podría aplicar en España. De nuevo, el interés nacional se situó en primer plano. Para el germanófilo Edmundo González-Blanco, la guerra no había cambiado nada y el modelo alemán seguía siendo válido¹¹⁶:

“En nuestro país, la influencia germánica, la adopción de los procedimientos alemanes científicos, técnicos y mercantiles, serían el único modo de penetrar de lleno en el ciclo industrial, de acabar con todo dogmatismo, de limpiar el pensamiento español de las viejas rutinas, de la elocuencia de leguleyos, de nuestras formas de retórica putrefacta”.

Este autor se centraba únicamente en aquellos aspectos que se podían importar de Alemania. Al contrario de lo que ocurría con los aliadófilos, la industria, el poderío mercantil o el progreso científico tenían mucho más peso que las libertades o la democracia. Para otros germanófilos, en cambio, el referente alemán adquiriría un sentido distinto. Francisco A. Commerlán, director de un instituto de Madrid, se consideraba,

¹¹⁵ Mariano MARFIL: “El esfuerzo de cinco lustros. Alemania, bajo Guillermo II”, *La Época*, 2 de agosto de 1914, pág. 1. Llama la atención que, en el mismo periódico en el que se pedía respetar la neutralidad impuesta desde el Gobierno, se publicara, justo ese mismo día y en primera página, una reseña sobre los éxitos de Alemania bajo el reinado de este monarca.

¹¹⁶ Edmundo GONZÁLEZ-BLANCO: *Iberismo y germanismo. España ante el conflicto europeo (Tres estudios)*, Valencia, Cervantes, 1917, pág. 145.

antes que nada, germanófilo al tiempo que hispanófilo¹¹⁷. A continuación, razonaba de esta forma los motivos de su germanofilia: “Porque veo el triunfo de Alemania, y en ese triunfo veo un poderoso elemento para la regeneración de nuestra Patria”. Seguidamente añadía que el país teutón, aparte de ser un gran ejemplo para la humanidad, estaba “demostrando lo que puede y lo que vale un pueblo bien gobernado”. La filiación germana, que en su opinión tantos beneficios aportaría a la nación española, estaba asimismo sancionada por la historia, ya que, como recordaba este director “los alemanes (eran) los menos extranjeros”, y ponía como ejemplos a Alfonso X el Sabio o Carlos I, que habían sido al mismo tiempo reyes peninsulares y emperadores de Alemania¹¹⁸.

El testimonio de Commerlán resulta interesante porque incorporaba el término “regeneración” al léxico germanófilo, aunque con ciertas reservas. Hemos visto que se definía como “hispanófilo”, pero además justificaba su defensa del modelo alemán por sus vínculos históricos con España. Parece que el director del Instituto Cisneros no se encontraba del todo cómodo con un concepto que no tenía demasiado predicamento entre los círculos conservadores.

Quintiliano Saldaña, catedrático de derecho penal y antropología criminal en la Universidad Central de Madrid, explicaba su germanofilia con unos argumentos similares a los esgrimidos por Commerlán. Admiraba a Alemania “por su organización y cultura”, y consideraba que se trataba de un “pueblo maestro” que debería ser tomado como referente cultural. Saldaña estaba convencido, además, de que si España copiaba la organización alemana, la salvación de la patria estaría asegurada¹¹⁹. José Alemany, otro catedrático –esta vez de lengua griega– confiaba que, con el triunfo de Alemania, los “gobiernos de orden” serían mucho más viables y duraderos tanto en España como en Europa¹²⁰. Esta expectativa era diametralmente opuesta al deseo de los aliadófilos, que esperaban que la victoria de Francia e Inglaterra sobre Alemania inaugurara una época marcada por gobiernos mucho más progresistas. Para finalizar con esta ronda de testimonios de intelectuales y académicos germanófilos, el entonces director de la Biblioteca Nacional, Francisco Rodríguez Marín, reconocía que su germanofilia era su

¹¹⁷ Si muchos germanófilos lo eran por ser españoles, también encontramos a catalanistas –como Joan Bruch– que son germanófilos por Cataluña. David MARTÍNEZ I FIOL: *El catalanisme...*, pág. 128.

¹¹⁸ Jacinto BENAVENTE, Juan VÁZQUEZ DE MELLA y Francisco RODRÍGUEZ MARÍN: *El año germanófilo*, Madrid, El Correo Español, 1916, págs. 65-66. Se trata de un libro cuyo objetivo era contrarrestar la influencia de la aliadofilia española y hacer publicidad de la causa germanófila. En él se mezclan testimonios de personalidades pro alemanas con resúmenes de las principales actuaciones militares del ejército alemán durante 1915.

¹¹⁹ *Ibid.*, pág. 102.

¹²⁰ *Ibid.*, pág. 80.

forma de agradecer que Alemania siempre hubiera respetado a la cultura española, algo que no podía decirse de Francia¹²¹.

Francia y Reino Unido se convirtieron en las dianas de los ataques de los germanófilos. Las causas de esta animadversión se hallan en los últimos cuatro siglos de historia europea. La pérdida de Gibraltar se seguía recordando como un desgraciado episodio cuyo resultado fue la pérdida un trozo de la soberanía nacional. El discurso germanófilo se apropió de esta reivindicación –que ya tenía más de dos siglos de vida– y se utilizó para arremeter contra aquellos que apoyaban al ejército británico y sus operaciones en la guerra. En cuanto a Francia, la disputa por Tánger y la cada vez más lejana guerra de la Independencia fueron algunos de los motivos que se pusieron encima de la mesa, pero no fueron los únicos. Desde principios del siglo XX, las políticas laicistas habían abierto otra brecha entre Francia y la España conservadora. La ley de separación de la Iglesia y el Estado había sido muy mal recibida en los círculos católicos e integristas, hasta el punto que se llegó a insinuar que la guerra podría ser un castigo a “las naciones que se apartaron de Dios, que apostataron de su Iglesia y frente a la constitución cristiana de los pueblos quisieron fundar sus constituciones en las torpes máximas del liberalismo”¹²².

Durante el verano de 1915 hubo una corriente de opinión pública –procedente de ámbitos germanófilos– que exigía la devolución de la soberanía española al peñón de Gibraltar y, en menor medida, a Tánger¹²³. El inicio de esta campaña se sitúa el 31 de marzo de 1915 en el teatro de la Zarzuela de Madrid, lugar en el que el dirigente carlista Juan Vázquez de Mella pronunció un discurso sobre la guerra. Como otros muchos intelectuales y políticos de distinto signo político, Vázquez de Mella defendió la neutralidad oficial, pero despreciaba la indiferencia hacia el conflicto. En su alocución, defendió las ventajas de un eventual apoyo español a Alemania. En caso de victoria de los imperios centrales, y como compensación a esta ayuda –que no especificó cómo sería, pero en ningún caso implicaría una intervención militar– los españoles podrían recuperar la soberanía del Estrecho, que le sería despojada al Reino Unido. A partir de ese momento, el político tradicionalista afirmó que España tendría la fuerza suficiente para formar con Portugal una federación ibérica que podría ampliarse al resto de países

¹²¹ *Ibid.*, págs. 21-22.

¹²² “Impresiones”, *El Siglo Futuro*, 8 de agosto de 1914, pág. 1.

¹²³ Véase “El irredentismo español”, *Diario de Córdoba*, 4 de junio de 1915, pág. 1; Juan FRANQUEZA: “El porvenir de España”, *Diario de Reus*, 12 de agosto de 1915, pág. 1, y Miguel PEÑAFLORES: “El problema es de patria”, *El pueblo manchego*, 3 de septiembre de 1915, pág. 1.

latinoamericanos¹²⁴. Esta suerte de irredentismo ibérico –o panhispanismo– meramente especulativo, se puede considerar como un precedente del concepto de hispanidad que, años más tarde, desarrollaría el nacionalcatolicismo¹²⁵.

La admiración por el modelo alemán fue, en realidad, una forma de tratar cuestiones como la secular decadencia de España, el deseo de recuperar el esplendor perdido o la formación de un sentimiento internacional. Para Vázquez de Mella, los intereses de España coincidían con los de Alemania. Si se producía una victoria teutona, estaba convencido de que la nación española podría conseguir algún rédito. Por tanto, las ventajas de copiar el modelo productivo alemán quedaban en un segundo plano. La aliadofilia, por el contrario, tenía entre sus objetivos principales la adopción de muchos de las características de países como Francia o Reino Unido. Estas diferencias se explican porque los germanófilos pertenecían, en su mayoría, a la corriente más conservadora y tradicionalista del nacionalismo español, por lo que su mirada se dirigía más hacia el pasado y estaba encaminada a recuperar el imperio español perdido. Los aliadófilos, en cambio, estaban adscritos a un nacionalismo mucho más flexible y de corte político cuya meta era lograr la modernización del Estado español.

Para lograr este objetivo, los aliadófilos confiaban en el referente europeo que se identificaba habitualmente con Francia. Vázquez de Mella criticaba que, precisamente, Francia fuera “para algunos la síntesis de Europa y del mundo”. Según el líder carlista, el pueblo español había incurrido en dos errores de bulto: olvidar su pasado y aproximarse a los postulados europeístas. Sobre esta última cuestión, el dirigente carlista equiparó la europeización con el afrancesamiento, y acusó de servilistas a los defensores de Europa¹²⁶.

El discurso germanófilo, con las decisivas aportaciones de Vázquez de Mella, se convirtió en un punto de encuentro para antieuropeístas y nacionalistas conservadores. El contexto bélico provocó que las críticas hacia la idea de Europa representada por Francia y Reino Unido fueran todavía más agudas. El escritor germanófilo Ricardo León afirmó: “asistimos inermes a esta infamia universal, a esta subversión de cuantos valores contiene la moderna cultura: he aquí la torpe bancarrota de la civilización europea”¹²⁷. Los culpables de esta quiebra de la civilización europea, aunque León no

¹²⁴ Paul AUBERT (ed.): *Les espagnols et l'Europe...*, págs. 129-130.

¹²⁵ Maximiliano FUENTES CODERA: “Germanófilos y neutralistas”..., pág. 73.

¹²⁶ Fernando DÍAZ-PLAJA: *Francófilos y germanófilos...*, pág. 73. Las declaraciones de Vázquez de Mella se realizaron en *El Correo Español*, el 15 de marzo de 1915.

¹²⁷ Ricardo LEÓN: “Diálogos de la guerra II.”, *Nuevo Mundo*, 31 de octubre de 1914, pág. 9.

los identificaba en su artículo, no podían ser otros que las naciones francesa y británica, enemigas tanto de Europa como de España.

José María Salaverría, un autor menor de la Generación del 98, presumía orgulloso de haberse convertido al antieuropeísmo durante la Gran Guerra. Después de la hecatombe de su otrora admirada civilización europea, Salaverría comprendió que el denominado atraso de España era, en realidad, su hecho diferencial, que no tenía por qué modificarse siguiendo el patrón europeo¹²⁸. En su obra *La afirmación española*, publicada en 1917, acusaba al “europeo” –un constructo histórico y cultural– de ser “un enemigo del ser y de la tradición de España”¹²⁹. Salaverría advertía del desprecio de las naciones occidentales hacia España, una actitud que se remontaba varios siglos atrás, cuando el protestantismo inglés o el enciclopedismo de Francia –junto con la masonería libertaria de América e incluso el judaísmo europeo– habían menoscabado los intereses españoles. Esta “Europa adversaria” era, sin embargo, admirada por una clase intelectual que, según Salaverría, todavía no era consciente de un error que podría condenar a España a la sumisión y la dependencia. Para enmendar esta situación, el escritor vasco sugería que España debía tomar como referentes a Alemania e incluso a Estados Unidos¹³⁰.

Esta imagen negativa de Europa fue mayoritaria en el ámbito germanófilo. El frontal rechazo al europeísmo no impidió, sin embargo, la existencia de varios germanófilos regeneracionistas. El primero de ellos, el ya citado Edmundo González-Blanco, había sido antes de la guerra un declarado seguidor de Joaquín Costa y, como hemos tenido ocasión de ver, su admiración por el modelo técnico y productivo alemán indica que, al contrario que Salaverría, no había renegado totalmente de su pasado regeneracionista. El segundo ejemplo lo encontramos en Pío Baroja, aunque su germanofilia fue, en muchos sentidos, un contrasentido, un caso aparte. Su peculiar interpretación de la guerra, más próxima a la neutralidad real, le hacía ser admirador de Alemania “por motivos liberales y anticatólicos”; para el escritor vasco, además, la

¹²⁸ Andreu NAVARRA: “Un programa político antieuropeísta: *La afirmación española* de José María Salaverría”, *Sancho el Sabio*, 24 (2006), págs. 37-38.

¹²⁹ José María SALAVERRÍA: *La afirmación española*, Barcelona, Gustavo Gili, 1917, pág. 29.

¹³⁰ ID: “España frente a Europa”, *La Cruz*, 20 de enero de 1917, pág. 1. (Extracto de un artículo publicado anteriormente en *El Pueblo Vasco*). Si Salaverría proponía algún tipo de alianza con estas dos naciones era porque representaban una alternativa a los tradicionales actores internacionales. En el caso de Alemania, es significativo que, a pocas semanas de que se acabara la guerra –y cuando la derrota germana ya era más que evidente–, a Salaverría le preocupara que acabara destruida y aplastada “por la misma suerte de Europa”. ID: “Militarismo inminente”, *ABC*, 19 de octubre de 1918.

nación alemana era un claro ejemplo de civilización¹³¹. Pero el principal ejemplo lo encontramos en la figura del escritor gallego Eloy Luis de André, uno de esos nacional-regeneracionistas, identificados por Meaker, que admiraban la ciencia, educación y eficiencia alemanas; por eso reconocía sin ningún tipo de circunloquio o evasiva que Alemania encarnaba los ideales europeístas, y que el germanismo se había convertido “en la forma contemporánea de ser europeo, en el espejo donde mirarse”¹³².

En cuanto a la relación entre la germanofilia y la política, encontramos una situación muy parecida a la de sus rivales aliadófilos. Desde el partido conservador no se hizo bandera de las reivindicaciones germanófilas para no comprometer la neutralidad. Por ejemplo, si el irredentismo propuesto por Vázquez de Mella hubiese adquirido carácter oficial, sin duda se habría producido un conflicto internacional a varias bandas. Quizás por eso Antonio Maura, que a menudo era acusado de germanófilo, pronunció un ambiguo discurso en 1916 en Beranga, cerca de Santander, en el que reconoció que, más allá del cumplimiento de la neutralidad, los intereses estratégicos de España estaban del lado de París y Londres, pero al mismo tiempo advertía de que, si estos territorios no variaban su política respecto a España, el Gobierno se vería obligado a buscar otra asociación¹³³. Es evidente que el dirigente español pensaba en Alemania, pero el país teutón no fue nombrado en ningún momento.

Por su parte, Vázquez de Mella se sirvió de su germanofilia para convertirse en uno de los hombres fuertes dentro del carlismo, un movimiento que estaba viviendo una época convulsa, ya que el pretendiente carlista Jaime de Borbón, contra todo pronóstico, apoyó la causa aliada y estuvo bajo arresto al sorprenderle el inicio de la guerra cuando se encontraba en Austria¹³⁴. Esta rocambolesca situación en realidad no alteró la ideología de los carlistas (que a menudo se identificaban como jaimistas), mucho más próxima al discurso germanófilo. En Girona, por ejemplo, en un artículo publicado en su órgano de propaganda, los jaimistas justificaban su germanofilia por ser españoles, y

¹³¹ Véase Fernando DÍAZ-PLAJA: *Francófilos y germanófilos...*, págs. 55-59, y Maximiliano FUENTES CODERA: “Germanófilos y neutralistas”..., pág. 77.

¹³² Gerald H. MEAKER: “A Civil War of Words”..., págs. 17-19; Ramón LÓPEZ VÁZQUEZ: *O pensamento rexeneracionista de Eloy Luis André (Do europeísmo ó galeguismo*, Santiago de Compostela, Centro de Investigacións Lingüísticas e Literarias Ramón Piñeiro, 1996, pág. 108. Sobre la germanofilia de André, véase Maximiliano FUENTES CODERA: “Germanófilos y neutralistas”..., págs. 83-85.

¹³³ Paul AUBERT: *Les espagnols et l'Europa...*, págs. 133-135.

¹³⁴ Este episodio está explicado en Francisco MELGAR: *La gran víctima: conferencia pronunciada el día 22 de marzo de 1917 en la Sociedad de Amigos de Francia y sus Aliados*, Barcelona, Arte y Letras, 1917. Vázquez de Mella, que ya era diputado nacional desde finales del siglo XIX, abandonaría el partido carlista en 1918 para fundar una nueva organización política: el Partido católico tradicionalista.

porque sólo con el triunfo de los Imperios Centrales se podría salvar a la patria de la ruina¹³⁵.

El escritor Jacinto Benavente, que sería galardonado con el Nobel de literatura en 1922, fue uno de los germanófilos más activos, hasta el punto que redactó el manifiesto germanófilo que comentaremos en el siguiente apartado. Su compromiso proalemán le sirvió como trampolín para entrar en política, y en las elecciones de 1918 se convirtió, por primera y única vez, en diputado del Congreso de los Diputados por una facción maurista del Partido Conservador¹³⁶.

3.4. Los manifiestos de la intelectualidad española durante la Gran Guerra

La polémica entre aliadófilos y germanófilos tuvo un carácter transversal y afectó a una parte importante de la población, aunque el mayor protagonismo recayó en las élites intelectuales. Su compromiso político es un fenómeno relativamente nuevo que surgió casi a la par en Francia y en España. Aunque a mediados del siglo XIX el escritor Victor Hugo se había significado a favor de la democracia y la idea de Europa, no será hasta 1898 cuando el también escritor Emile Zola publique una carta abierta – conocida como *J'Accuse*– en la que denunció la arbitrariedad de una sentencia contra Alfred Dreyfuss, un oficial francés de origen judío acusado injustamente de espionaje¹³⁷. Ese mismo año, en España se constituyó la Generación del 98, un grupo heterogéneo que tenía un doble compromiso elitista y nacionalista¹³⁸. Apenas unos años después, la Generación del 14 tomó el relevo, esta vez con un enfoque europeísta pero sin dejar de lado la cuestión nacional.

Para Santos Juliá, los intelectuales aparecieron en el mismo momento en que empezó a desarrollarse la sociedad de masas. De hecho, podría decirse que el intelectualismo fue una reacción elitista contra una sociedad “fácilmente manipulable por los políticos”¹³⁹. Se presentaron también como una reacción frente al discurso político dominante: muchos intelectuales se rebelaron contra el discurso nacionalista

¹³⁵ “¡A la lucha! Precisando más los términos”, *El Norte* (Gerona), 20 de septiembre de 1916, pág. 1.

¹³⁶ Véase “La próxima lucha electoral” *ABC*, 17 de febrero de 1918, pág. 11.

¹³⁷ Este episodio histórico se conoce con el nombre de “Caso Dreyfuss”.

¹³⁸ José Carlos MAINER: *La Edad de Plata (1902-1939) Ensayo de interpretación de un proceso cultural*, Madrid, Cátedra, 1981, págs. 66-67.

¹³⁹ Santos JULIÁ: “La aparición de ‘los intelectuales’ en España”, *Claves de Razón Práctica*, 86 (1998), pág. 4.

exacerbado y empezaron a hablar en “europeo”, creando redes personales cosmopolitas a través de todo el continente¹⁴⁰.

Los seis manifiestos que hemos analizado constituyen una cantidad nada despreciable, y son una prueba más de que el conflicto no pasó desapercibido en España¹⁴¹. Son la constatación, además, del protagonismo de una intelectualidad que se involucró en la redacción de manifiestos de carácter político. Con esta iniciativa perseguían tres objetivos: lanzar mensajes de apoyo a cada una de las coaliciones de países, involucrar a la opinión política en este conflicto internacional y, por supuesto, dirimir cuestiones internas entre aliadófilos y germanófilos.

3.4.1. Los primeros manifiestos aliadófilos

La redacción del primer manifiesto relacionado con la Gran Guerra corrió a cargo de la revista satírica catalana *L'Esquella de la Torratxa*. Había transcurrido apenas un mes desde la invasión alemana de Bélgica cuando los editores de la revista publicaron un manifiesto titulado “*Als artistes i als intel·lectuals catalans*”¹⁴². La motivación, según se explicaba en el escueto texto, era denunciar la destrucción de Lovaina y el expolio de las obras de arte de esta ciudad por parte de las tropas alemanas. Se trataba de un llamamiento todavía pendiente de concretar –la revista esperaba que alguien recogiera el guante–, pero de este documento se desprende un interés sincero por involucrarse en el conflicto. Dos semanas después, animados por la buena acogida que tuvo la iniciativa, en la misma revista se publicó una carta abierta al rey Alberto I de Bélgica en la que se denunciaron las atrocidades cometidas por Alemania, al mismo tiempo que se alababa a la pequeña nación por ser un modelo de progreso, cultura y civilidad¹⁴³. La comparación entre Alemania y Bélgica respondía a la campaña de desprestigio –aunque apoyada sobre hechos reales– que, desde los círculos aliadófilos, se había iniciado contra la nación alemana.

Unos meses después se hacía público, en la misma revista, el *Manifest dels catalans*, lo que confirma el mayor dinamismo de los intelectuales aliadófilos catalanes

¹⁴⁰ Véase Edgar MORIN: *Pensar Europa...*, pág. 13.

¹⁴¹ Se han incluido sólo los manifiestos relacionados con la polémica entre aliadófilos y germanófilos.

¹⁴² “*Als artistes i als intel·lectuals catalans*”: *L'Esquella de la Torratxa*, 18 de septiembre de 1914, pág. 610.

¹⁴³ “*Protesta contra la destrucció de Lowaina (sic)*”, *L'Esquella de la Torratxa*, 2 de octubre de 1914, pág. 642. La carta, así como el primer manifiesto, se reprodujeron en un diario de tirada nacional: “*Lo de Lovaina. Llamamiento a los intelectuales*”, *El País*, 5 de octubre de 1914, pág. 1.

en los primeros compases de la guerra¹⁴⁴. En el texto, firmado por personalidades del catalanismo de izquierdas como Rovira i Virgili, Francesc Layret, Santiago Vinardell o Lluís Nicolau d'Olwer, no dejaba dudas sobre las preferencias de estos autores: “*el nostre amor és per la França i l’Anglaterra, posseïdors segles ha de l’alt mestratge civil; per la Bèlgica i la Sèrbia, petits pobles que acaben de donar immortals exemples*”¹⁴⁵. Después de las inevitables referencias a Bélgica y Serbia, el manifiesto aludía directamente a Francia, es decir, el considerado como indudable referente moral y cultural de Cataluña:

“*França, veïna de Catalunya per la terra i per l'ànima, on, Pirineu enllà, tenim germans nostres, gent de la nostra raça, de la nostra sang, de la nostra llengua. Raça, sang i llengua que són les del més enlairat cabdill dels soldats francesos*”.

El primer manifiesto de ámbito nacional lo encontramos en la revista *España*. Casi un año después del inicio de la guerra, reconocidos autores aliadófilos firmaron un breve texto en el que declaraban su simpatía hacia la causa de los aliados, básicamente por una cuestión de interés nacional¹⁴⁶:

“Nosotros, sin más representación que nuestras vidas calladas, consagradas a las puras actividades del espíritu, sentimos que para servir a la Patria y ser ciudadano honrado y de provecho, (...) [N]os hacemos solidarios de la causa de los aliados, en cuanto representa los ideales de la justicia, coincidiendo con los más hondos e ineludibles intereses políticos de la nación”.

¹⁴⁴ Este mayor protagonismo de la periferia pone en cuestión algunos análisis sobre el intelectualismo español, en parte superados, en los que prima el esquematismo y una atención exagerada a la realidad madrileña. Véase Carlos SERRANO: “El «nacimiento de los intelectuales»: algunos replanteamientos”, *Ayer*, 40 (2000), págs. 13-15.

¹⁴⁵ “Manifest dels catalans”, *L'Esquella de la Torratxa*, 26 de marzo de 1915, pág. 194. Como ocurrió con el anterior manifiesto, éste también fue traducido y reproducido en la prensa nacional, algo que, sin duda, que contribuyó a que tuviera una mayor difusión. “Un manifiesto”, *España*, 23 de abril de 1915, pág. 10. Este manifiesto era, en realidad, una respuesta al *Manifest del Comité d'Amics de la Unitat Moral d'Europa*, promovido por Eugenio d'Ors y que se vinculó con la germanofilia. Véase Maximiliano FUENTES CODERA: “Proyectos contrapuestos para el catalanismo frente a la Primera Guerra Mundial: lecturas comparadas de *La Veu de Catalunya* y *El Poble Català* (1914-1915)”, en María Encarna NICOLÁS MARÍN y Carmen González Martínez (coords.): *Ayeres en discusión [Recurso electrónico]*, Universidad de Murcia, 2008, pág. 10. Nos hemos ocupado del manifiesto de D'Ors en el siguiente capítulo.

¹⁴⁶ “Manifiesto de Adhesión a las Naciones Aliadas”, *España*, 9 de julio de 1915, pág. 6. Se publicó previamente en la prensa extranjera para que pudiera tener más repercusión. En Francia, *L'Action Française* lo incluyó en su ejemplar del 5 de julio de 1915. Todo apunta a que la redacción del texto corrió a cargo del escritor Ramón Pérez de Ayala. <http://www.filosofia.org/hem/med/m037.htm>.

Entre los que firmaron el manifiesto se encontraban representantes de las principales corrientes regeneracionistas españolas: institucionistas como Gumersindo de Azcárate o Adolfo Posada; miembros de la Generación del 14 como José Ortega y Gasset, Luis de Zulueta, Luis Araquistain o Manuel Azaña; representantes de la anterior generación, la del 98, entre los que se encuentran Miguel de Unamuno, Ramiro de Maeztu o Antonio Machado. Finalmente, también encontramos una nutrida representación de científicos comprometidos con la idea de Europa y los derechos del hombre, como Gustavo Pittaluga, Gregorio Marañón o Luis Simarro.

El manifiesto se gestó durante bastantes meses, pero finalmente pudo ver la luz por dos motivos principales. El primero tiene que ver con un artículo publicado en Francia durante el mes de febrero de 1915, que recogió las opiniones de muchos de los firmantes del posterior manifiesto. El interés mostrado por la prensa francesa sin duda contribuyó a que estos intelectuales se decidieran a apoyar de manera directa a las naciones aliadas¹⁴⁷. En segundo lugar, el éxito del mitin de Vázquez de Mella había puesto en alerta a los intelectuales aliadófilos, y decidieron que la mejor forma de neutralizar el pujante discurso germanófilo era a través de un inequívoco manifiesto que dejara claro que ellos también tenían muy presente el interés nacional en su interpretación de la contienda¹⁴⁸.

En cuanto a las críticas, en general positivas en el ámbito de la prensa aliadófila¹⁴⁹. Las de la prensa germanófila, como era de esperar, no fueron tan benévolas. Salaverría, que había leído la versión en francés, recordó que los catalanes ya se habían anticipado a este manifiesto y que, en todo caso, le parecía una demostración de vasallaje frente a una “sedicente Europa”¹⁵⁰.

Durante 1916 no hubo manifiestos aliadófilos, y el único movimiento reseñable en la opinión pública, cansada ya de una guerra estancada que parecía no tener fin, lo

¹⁴⁷ El artículo publicado en la prensa francesa es el de Maurice BARRES: “Les voix françaises de l’Espagne”, *L’Echo de Paris*, 9 de febrero de 1915, pág. 1. Los testimonios recogidos son de Pérez Galdós, Blasco Ibáñez, Octavio Picón (escrito como “Picone”), Azorín, Pérez de Ayala, Palacio Valdés y Unamuno, que remitió una extensa carta. El artículo de *L’Echo* está citado en Agustín COLETES: “El sentimiento anglófilo de Pérez de Ayala en *Herman, encadenado*”, *Monteagudo*, 84 (1984), págs. 9-19, referenciado a su vez en José Ramón GONZÁLEZ: “Texto, retórica e ideología en *Herman encadenado*: Ramón Pérez de Ayala, cronista de guerra”, *Moenia*, 18 (2012), pág. 169.

¹⁴⁸ En las apostillas al manifiesto, publicadas en el mismo ejemplar de la revista *España* (págs. 6 -7) se reconocía que “la idea del manifiesto surgió con ocasión del discurso del sr. Vázquez de Mella”

¹⁴⁹ Véase “El manifiesto de adhesión a los aliados”, *El País*, 11 de julio de 1915, pág. 1. , o “Unas notas sobre un manifiesto”, *Iberia*, 17 de julio de 1915, pág. 3. En este último artículo se reprochó a *España* que lo hubiera presentado como el primer manifiesto redactado en el país desde el inicio de la guerra, y recordó que ese honor debería recaer en el *Manifest dels catalans*.

¹⁵⁰ José María SALAVERRÍA: “El manifiesto de los intelectuales españoles”, *ABC*, 12 de julio de 1915, pág. 6.

encontramos en un manifiesto de católicos españoles que condenó las acciones alemanas en Bélgica¹⁵¹. Un año después, en 1917, se creó una Liga Antigermanófila, presidida por Benito Pérez Galdós, “un instrumento de lucha” para combatir la “España pretérita y caduca” que se había significado a favor de Alemania y los imperios centrales. En el preámbulo del manifiesto, sus impulsores dejaban claro que el propósito¹⁵²

“no es combatir a Alemania, ni siquiera prestar una ayuda moral a los aliados, sino dar la batalla a todas las fuerzas obscurantistas, a las heces del tiempo y de la historia, que han abandonado sus escondrijos en el curso de la guerra y se han agrupado aquí, en España”.

Los firmantes consideraban que la catástrofe que estaba soterrando “la parte más viril y espiritual de Europa”, había hecho aflorar el odio que los enemigos interiores de España sentían hacia la democracia y la libertad. Los promotores pensaban, además, que si el apoyo a Alemania iba en aumento, los intereses de la nación podían verse seriamente amenazados, de ahí este cambio de estrategia por parte de los intelectuales aliadófilos. Entre sus firmantes, si se compara con el de julio de 1915, repiten Gabriel Alomar, Américo Castro, Manuel García Morente, Gustavo Pittaluga, Ramón Pérez o Antonio Machado, pero también hay ausencias notables como la de José Ortega y Gasset, que no quiso involucrarse en un manifiesto tan crítico con Alemania. Hubo también algunas novedades que procedían, sobre todo, de la esfera republicana y reformista, Roberto Castrovido, Marcelino Domingo o Melquíades Álvarez.

El contenido político de la Liga Antigermanófila se hizo evidente durante el segundo aniversario de la revista *España*. En un multitudinario acto, Unamuno confiaba en que esta iniciativa podía “ser el principio de otras cosas”¹⁵³. Este cambio de estrategia al que hemos hecho referencia supuso también la pérdida de importancia del modelo de Europa representado por Reino Unido y Francia. La situación política, cada vez más convulsa en parte por la guerra, pasó a un primer plano, como se pudo comprobar en el multitudinario mítin de las izquierdas que tendría lugar meses después y, sobre todo, a partir de la triple crisis social, política y militar del verano de 1917¹⁵⁴.

¹⁵¹ Hay un análisis de este manifiesto en Luis ARAQUISTAIN: “A Bélgica. Manifiesto de los católicos españoles”, *España*, 3 de agosto de 1916, pág. 4.

¹⁵² “La liga antigermanófila”, *España*, 18 de enero de 1917, pág. 4.

¹⁵³ “Discurso de Unamuno”, *España*, 1 de febrero de 1917, pág. 4.

¹⁵⁴ El mitin de las izquierdas convocó el 27 de mayo de 1917 a más de 20.000 personas en la Plaza de Toros de Madrid, donde se dieron cita algunos de los firmantes de los manifiestos aliadófilos, como

3.4.2. *El manifiesto germanófilo*

En diciembre de 1915 los germanófilos publicaron su manifiesto, el único durante toda la guerra. Se trata de un texto dividido en dos partes con una estructura muy diferente a la los manifiestos anteriores¹⁵⁵. Su autor, el escritor Jacinto Benavente, arremetió contra las potencias aliadas con los argumentos habituales, e incluso aludió directamente al discurso de Vázquez de Mella, que acabó convirtiéndose en un punto de referencia para la germanofilia española. Curiosamente, en esta primera parte del manifiesto no hubo apenas elogios a Alemania, sino ataques directos a Francia y Reino Unido, además de un consejo sobre cómo debía articular España sus alianzas internacionales¹⁵⁶:

“queremos una España fuerte, segura de sí misma por sus propios medios, libre para elegir sus amistades y concertar sus alianzas. ¿Conviene con Inglaterra y con Francia? Pues con ella. ¿Conviene con Alemania? Pues con ella también; pero no llevados de la mano como niños chicos; por propia voluntad”.

Benavente y la mayoría de abogaban querían un mayor protagonismo de España en el panorama internacional, sin tutelas y sin mirar a otros modelos que pudieran perjudicar a los valores propios de la cultura y la historia españolas. Era una forma de alejarse del ideal internacional de los aliadófilos, favorable a la adopción de fórmulas procedentes de Europa. La segunda parte del manifiesto, mucho más escueta, confirmaba este extremo¹⁵⁷. Los firmantes manifestaban “la más rendida admiración y simpatía por la grandeza del pueblo germánico”, e incluso reconocían “la magnificencia de la cultura alemana y su poderosa contribución para el progreso del mundo”, pero a su vez insistían en que los intereses alemanes eran “perfectamente armónicos con los de España”. El mensaje estaba claro: se podía admirar el modelo productivo y la eficiencia, pero en ningún momento se iba a poner en cuestión la independencia y la propia

Simarro, Araquistain o Azaña, entre otros. El acto tuvo una marcada orientación política –sirvió para dar un espaldarazo a la colaboración entre socialistas y republicanos– y, obviamente, antigermanófila. Véase Maximiliano FUENTES CODERA: *España en la Primera Guerra Mundial...*, pág. 162-165.

¹⁵⁵ La primera parte, el manifiesto completo, se publicó en *La Tribuna* el 18 de diciembre de 1915 con el nombre de “Amistad germano española”. Puede consultarse en Paul AUBERT: *Les espagnols et l'Europe...*, págs. 118-121.

¹⁵⁶ *Ibid.*, pág. 120.

¹⁵⁷ “Manifiesto germanófilo”, *ABC*, 18 de diciembre de 1915, pág. 15.

personalidad de la nación española. Entre los firmantes se encontraban, además de Benavente y Vázquez de Mella, otros germanófilos activos como Adolfo Bonilla, Quintiliano Saldaña, y más de dos mil personas que, en apenas cuarenta y ocho horas, se habían adherido al manifiesto¹⁵⁸.

3.4.3. *Mirando al futuro: el manifiesto de la Unión Democrática Española*

El último manifiesto al que hacemos referencia se publicó sólo unos días antes del final de la guerra, también en la revista *España*¹⁵⁹. El llamamiento de la “Unión Democrática Española para la Liga de la Sociedad de Naciones Libres” buscaba impulsar la democratización del país para que, de este modo, pudiera ingresar en la liga o Sociedad de Naciones que ya se estaba proyectando para cuando se firmaran los tratados de una paz que ya era inminente. Obviamente, se trata de un texto impulsado desde el ámbito aliadófilo, y fue apoyado por intelectuales como Unamuno, Simarro, Marañón, Castro, Pérez de Ayala, Albornoz o Araquistain, entre muchos otros. Estos autores habían adquirido, desde hacía años, un sólido compromiso con las naciones aliadas, ya que confiaban que este acercamiento –o solidaridad– podía contribuir a la regeneración, modernización y europeización de las estructuras políticas, sociales y económicas del Estado español. Así hablaban de ellos mismos en la primera parte del manifiesto¹⁶⁰:

“Esa porción de España, más considerable de lo que sugieren las apariencias, no quiere que se la confunda con la otra España pétreo e insolidaria y aspira a que en los futuros consejos de las naciones libres se tenga en consideración su espíritu de comunidad con el mundo civilizado. Esa parte de España quiere que la España total deje de ser lo que ha sido durante los últimos siglos, una aldea europea, para convertirse en una nación digna de colaborar, con personalidad propia, en el nuevo orden del mundo”.

Los firmantes estaban convencidos de que la presencia en la futura Sociedad de Naciones libres equipararía de una vez por todas a España con las admiradas naciones

¹⁵⁸ “El manifiesto germanófilo”, *ABC*, 20 de diciembre de 1915. Las firmas fueron recogidas por el germanófilo *La Tribuna* y posteriormente se publicaron en un libro que tenía el mismo nombre que el manifiesto. Véase Santos JULIÁ: “La nueva generación: de neutrales a antigermanófilos pasando por aliadófilos”, *Ayer*, 91 (2013), pág. 139.

¹⁵⁹ “Un llamamiento. Unión Democrática Española para la liga de la Sociedad de Naciones libres”, *España*, 7 de noviembre de 1918, págs. 3-4.

¹⁶⁰ *Ibid.*, pág. 3.

occidentales, pero no tardaron en darse cuenta de que la democracia no iba a ser un requisito para entrar en esta nueva organización supranacional. Por otro lado, recibieron muchos menos apoyos de los esperados y, unos meses después, dejaron de recoger adhesiones¹⁶¹. El interés por la guerra se desvaneció tan pronto como dejaron de oírse las ametralladoras aquel 11 de noviembre de 1918. La división entre aliadófilos y germanófilos ya no tenía razón de ser y la crispación acumulada durante esos años encontraría otros medios de expresión. Esta vuelta a la normalidad tuvo una excepción: la visión internacional en general, y la idea de Europa en particular, habían cambiado para siempre en España durante el transcurso de la guerra.



Universitat d'Alacant
Universidad de Alicante

¹⁶¹ “Unión Democrática Española. Ya no tiene razón de ser”, *España*, 17 de abril de 1919, págs. 9-10.

CAPÍTULO 4. HACIA EL SUEÑO DE LA UNIDAD CONTINENTAL. EL IMPACTO DE LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL EN EL PENSAMIENTO EUROPEÍSTA ESPAÑOL

4.1. Un deseo y varios caminos por recorrer: modelos europeístas durante la Gran Guerra

La Primera Guerra Mundial abrió un nuevo horizonte en el europeísmo político. La idea de una Europa unida –con sus propios mecanismos e instituciones– empezó a contemplarse por primera vez como una posibilidad real. Muchos intelectuales tuvieron claro que este escenario sólo podría lograrse a largo plazo, en un futuro donde la paz estuviera garantizada de forma permanente. Así, la unidad política –y también económica– y la perspectiva de un futuro pacificado se convirtieron en un binomio inseparable, en las dos caras de una misma moneda.

La correlación entre estos dos factores ya había estado presente en los planteamientos europeístas previos a la Gran Guerra. Si retrocedemos en el tiempo, es fácil comprobar los vínculos entre europeísmo y pacifismo: la idea de Europa defendida hasta el inicio de la contienda puede interpretarse bien como un alegato antibelicista, o como un toque de atención ante la fragmentación del continente. A partir de 1914, sin embargo, la hipotética unidad de Europa se concibió, además, como la única solución para asegurar la supervivencia del continente.

4.1.1. Una guerra de naciones. Los obstáculos y el contexto del pensamiento europeísta

La irrupción de estos planteamientos unionistas no debe desdibujar la percepción de este momento histórico. El pensamiento nacionalista ocupaba, desde finales del siglo XIX, un lugar central en los discursos políticos e intelectuales de Europa, y fue determinante para que, en el verano de 1914, estallara la guerra en buena parte del continente. Hay que tener en cuenta que el Estado-nación ya se concebía, en los albores de la Gran Guerra, como el culmen de la organización política¹.

¹ Carl H. PEGG: *Evolution of the European Idea...*, pág. 7.

Visto en perspectiva, el europeísmo tuvo, entre 1914 y 1918, una incidencia limitada, ya que fueron pocos los autores los que alzaron su voz a favor de una Europa unida. En cualquier caso, estos anhelos europeístas se localizaron exclusivamente en el ámbito intelectual y llegaron a alcanzar cierta resonancia en este terreno². Algunos de estos intelectuales denunciaron el nacionalismo arrogante y militarizado que había conducido a la guerra, pero no pusieron en cuestión la existencia del Estado-nación³. De hecho, ante la consolidación de este paradigma, los partidarios de la idea de Europa optaron por integrar la idea nacional en su discurso⁴.

El avance del nacionalismo se convirtió en un obstáculo para el pensamiento europeísta, pero también en una oportunidad. El europeísmo defendió su compatibilidad con la conciencia o el Estado nacional, y durante la Primera Guerra Mundial quedó claro que la ruptura entre el pensamiento europeísta y el nacionalista no era para nada aconsejable. La soberanía de los Estados –herencia directa de Westfalia– no iba a desaparecer en ningún caso –como mucho sería revisada– y esto fue posible porque los proyectos europeístas que se idearon tenían objetivos mucho más importantes: mantener al continente europeo libre de futuros conflictos bélicos y sentar las bases de un nuevo equilibrio en Europa.

En agosto de 1914, cuando todavía quedaban algunos años para el tercer aniversario de la Paz de Westfalia, las declaraciones de guerra recorrían los hilos telegráficos de toda Europa, y los distintos ejércitos daban inicio a sus operaciones. Tras la primera Batalla del Marne de septiembre de 1914, el frente occidental quedó estancado y la contienda entró en una nueva fase: acababa de dar comienzo la guerra de posiciones o trincheras, una situación que dilataría el conflicto durante más tiempo del previsto inicialmente. Todo parecía indicar que, al contrario de lo que se había pronosticado, los soldados no estarían de vuelta para Navidad; al menos, no para la de 1914. Hacia principios de otoño, la civilización europea se encontraba seriamente amenazada por dos factores: el primero de ellos tenía que ver con el nacionalismo exacerbado. Habían bastado apenas un par de meses para que el odio entre países se recrudeciera todavía más, e incluso en países neutrales como España la animadversión hacia unos u otros beligerantes alcanzó niveles nunca antes vistos. El segundo factor

² Los gobiernos no se plantearon la solución de una Europa unida, o siquiera una unidad política y/o económica entre los países de las distintas coaliciones. Estas alianzas fueron concebidas como colaboraciones estrictamente militares y los países beligerantes no vieron comprometida su soberanía.

³ *Ibid.*, págs. 8-9.

⁴ Peter KRÜGER: “Unification économique et politique de l’Europe au XXe siècle”, en Klaus MALETTKE (dir.): *Imaginer l’Europe*, París, Éditions Belin, 1998, pág. 193.

estaba ligado al propio desarrollo de la guerra: si el número de bajas seguía aumentando, Europa se quedaría muy pronto sin recursos humanos ni materiales para seguir siendo el eje que movía al mundo.

4.1.2. Nuevos horizontes. El retorno de los Estados Unidos de Europa

Ante esta situación, la única salida satisfactoria pasaba por conseguir una paz lo suficientemente sólida para que jamás volviera a repetirse un conflicto similar. La solución planteada apuntaba directamente a la construcción de lazos políticos y económicos entre los territorios que formaban parte del continente europeo. Para lograr esta paz duradera –con aspiraciones de convertirse en perpetua– era imprescindible, primero de todo, terminar con las disputas entre países europeos. Entre la intelectualidad favorable al entendimiento pacífico se alcanzó un consenso de mínimos sobre dos cuestiones esenciales: en primer lugar, la necesidad de construir un relato europeo compartido que se antepusiera a las rivalidades nacionales. En segundo lugar, la búsqueda de un compromiso para construir un futuro en común tan pronto como cesara el ruido de las armas. Por eso, gran parte de la historiografía está de acuerdo en que el movimiento unitario europeo sería imposible de entender sin la Primera Guerra Mundial. No cabe duda de que esta experiencia traumática transformó un deseo sentimental en un proyecto político, y dotó de contenido a un discurso que, hasta hacía muy poco, se había nutrido exclusivamente de pensamiento utópico⁵. De esta reconfiguración del discurso europeísta también fue consciente Stefan Zweig quien, a pesar de no haber defendido explícitamente por la unidad de Europa, siguió comprometido con la necesidad del entendimiento pacífico⁶:

“Escribí un artículo titulado «A los amigos en tierra extraña» en el que, rehuendo clara y rotundamente las fanfarrias de odio a los demás, confesaba que me mantendría fiel a todos mis amigos del extranjero (...) con el fin de seguir trabajando conjuntamente, a la primera oportunidad, en la construcción de una cultura europea”.

⁵ Véase, entre otros, Gerard DELANTY: *Inventing Europe...*, págs. 106-107; Patrice ROLLAND: *L'unité politique de l'Europe. Histoire d'une idée*, Bruselas, Bruylant, 2006, págs. 333-334; Gérard BOSSUAT: *Les fondateurs de l'Europe...*, pág. 13; Robert FRANK: “Évolution de l'idée d'Europe...”, pág. 217; Menno SPIERING y Michael WINTLE: *Ideas of Europe since 1914. The legacy of the First World War*, Basingstoke y Nueva York, Palgrave MacMillan, 2002, pág. 4. Todos estos historiadores coinciden en afirmar que la idea de Europa tomó un nuevo impulso con la experiencia de la Gran Guerra. Desde ese momento, la posibilidad de una Europa unida se empezó a ver como más cercana.

⁶ Stefan ZWEIG: *El mundo de ayer...*, pág. 304.

Durante la guerra se presentaron múltiples propuestas europeístas en el ámbito académico⁷. Aunque la mayoría no fueron más que simples proclamas a favor de la idea de Europa sin demasiada repercusión, a partir de estos ejemplos se pueden identificar dos grandes líneas de pensamiento sobre cómo sería la organización de esta deseada unidad de Europa: el primer modelo, de carácter intergubernamental, se basaría en un concierto diplomático, similar al Congreso de Viena de 1815. Las áreas de actuación estarían restringidas a los asuntos de carácter estrictamente transnacional, como los acuerdos económicos –principalmente supresión de aranceles y tratados comerciales– o las medidas orientadas hacia la cooperación cultural. De llevarse a cabo, la organización europea tendría una incidencia limitada en el día a día de los Estados miembros, mientras que su peso político sería más bien escaso⁸.

El otro modelo, de inspiración supranacional, era a priori mucho más ambicioso y atractivo, pero también menos realista. En caso de llevarse a cabo, se plasmaría en una organización de carácter federal o confederal que uniría política y económicamente a los países de Europa, un escenario que sin duda habría generado muchas dificultades de carácter práctico. En este escenario, los Estados seguirían contando con amplias cuotas de soberanía, aunque sin duda ésta sería menor que en el supuesto intergubernamental. La fórmula supranacional adquirió el nombre genérico de Estados Unidos de Europa, aunque también se utilizaron otras denominaciones como federación o confederación europea. Se trataba de un concepto que siempre había contado con una cierta aureola de prestigio. Ya desde el siglo XIX, la idea de los Estados Unidos de Europa había contado con ilustres partidarios, como Victor Hugo –el primero que planteó esta posibilidad– o Mazzini, que fantaseó con unos Estados Unidos europeos que respaldaran la independencia de las naciones recién creadas como la italiana. Winston Churchill citó este concepto en su célebre discurso de Zúrich justo después de la Segunda Guerra

⁷ Sobre las propuestas que se presentaron en varios países europeos, entre los que no se encuentra España, véanse las referencias mencionadas por Carl H. PEGG: *Evolution of the European Idea...*, págs. 8-13.

⁸ El principal defensor de esta corriente lo encontramos en Alfred Fried, un pacifista austriaco que en 1916 planteó la creación de una unión cooperativa de Europa sustentada a través de acuerdos en las esferas económicas y sociales, como por ejemplo las tarifas aduaneras, derechos de navegación o tratados de extradición. Cualquier otro tipo de actuación que afectara a la soberanía estrictamente política quedaría aparcada, al menos en un primer momento. Véase Alfred FRIED: *The Restoration of Europe*, Nueva York, The MacMillan Company, 1916. Como tendremos ocasión de desarrollar en el séptimo capítulo, el pensamiento de Alfred Fried influyó notablemente en las ideas europeístas del conde Richard N. Coudenhove-Kalergi, impulsor de la organización Paneuropa.

Mundial, en el que defendió la necesidad de crear una futura unión europea⁹. Este modelo, no hace falta decirlo, estaba claramente inspirado en los Estados Unidos de América, como así lo reconocieron los propios Victor Hugo o Mazzini, que vieron en el país surgido de la unión de las trece colonias británicas el remedio perfecto para terminar con la desorganización que reinaba en la orilla derecha del Atlántico¹⁰. La organización política del Gobierno de Washington también resultaba muy atractiva para los intelectuales europeístas, ya que el federalismo americano aunaba modernidad, pragmatismo y eficiencia, tres características fundamentales para constituir una hipotética unión europea.

Pese a contar con una cierta popularidad en el ámbito académico e intelectual, este diseño supranacional no estuvo exento de dudas. La cuestión más importante, la manera en cómo afectaría a la soberanía nacional de los Estados, nunca llegó a resolverse de una manera satisfactoria ni durante la guerra ni tampoco en el periodo de entreguerras. Los mismos promotores de esta solución tampoco se pusieron de acuerdo sobre la organización interna de estos hipotéticos Estados Unidos de Europa. La prueba está en que, por ejemplo, los términos confederal o federal se utilizaron frecuentemente como si fueran sinónimos. Pero, más allá de estas vacilaciones acerca de su funcionamiento interno y su viabilidad, lo realmente importante es que el concepto de los Estados Unidos de Europa fue, ante todo, una idea vinculada con el pacifismo: si las guerras, con el paso de los siglos, habían cambiado la fisonomía de Europa, la unión de todos los Estados podía lograr la idílica imagen de una Europa inmaculada y libre de conflictos.

La idea de los Estados Unidos de Europa vivió su segunda edad de oro entre principios del siglo XX y el final de la Gran Guerra, aunque seguía careciendo de un único significado. Por ejemplo, durante la Conferencia de Paz de la Haya de 1899 ya se planteó esta posibilidad, aunque desde un punto de vista estrictamente económico¹¹. Por su parte, el político e historiador francés Gabriel Hanotaux tenía una opinión distinta y estaba convencido, en 1916, de que la futura conferencia de paz podría ser el marco perfecto para albergar la asamblea constituyente de los Estados Unidos de Europa, una

⁹ Este discurso es uno de los alegatos más conocidos en favor de la construcción europea. Churchill utilizó la expresión “Estados Unidos de Europa” de forma genérica, aunque dejó la puerta abierta a otras denominaciones parecidas.

¹⁰ Sergio ROMANO: *Europa. Storia di un'idea. Dall'impero all'unione*, Milán, Longanesi, 2006, pág. 231.

¹¹ William T. STEAD: *The United States of Europe. On the Eve of the Parliament of Peace*, Londres, Review of Reviews Office, 1899, pág. 27.

organización que tendría competencias en los poderes ejecutivo, legislativo y judicial de los países miembros¹².

Todos los caminos propuestos para solucionar el problema de Europa no condujeron a ningún lugar. No tuvieron ni siquiera la posibilidad de ser puestos en práctica, pero esta realidad no impide que pongamos en valor estas alternativas acerca de la organización interna del continente europeo. Como tendremos ocasión de comprobar en el caso español, la confianza en unos hipotéticos Estados Unidos de Europa representa, además de un compromiso con la paz, una reflexión acerca de las relaciones entre los Estados y el firme rechazo a un sistema de equilibrio continental que había fracasado estrepitosamente.

4.2. La unidad europea en la España *beligerante*: entre la federación, el imperio y la nación

Durante los meses de febrero y abril de 1915 la revista *España* realizó una encuesta sobre el futuro de Europa. Era un tema de máximo interés, y los responsables editoriales de esta publicación quisieron pulsar la opinión del mundo intelectual y científico. En concreto, se formuló a “hombres de la más alta significación en la vida española” una sencilla pregunta: “¿Qué corrientes políticas, sentimentales e ideológicas dominarán en Europa después de la paz?”¹³.

Las respuestas, aunque fueron muy diversas tanto en contenido como en extensión, pueden agruparse en torno a tres grandes temas: la futura regeneración de Europa o del mundo, la consolidación del nacionalismo y la creencia de que no tardaría en producirse otra guerra parecida. Para Unamuno, el primero en responder, el final de la guerra daría paso a un periodo más “romántico y democrático” que pondría fin al cientifismo escolástico. Según el escritor aliadófilo Armando Palacio Valdés, Europa estaba atravesando su “momento más crítico desde la caída del Imperio de Occidente”. En su opinión, la guerra se podía resumir como una lucha encarnizada entre el ideal germánico y el latino, y sólo con la victoria del segundo estaría asegurada la

¹² Rune JOHANSSON: “Ideas on Europe”... pág. 69. En realidad, en la Conferencia de Paz de París ni siquiera se debatió la posibilidad de una Europa unida –y ni mucho menos se planteó la creación de unos Estados Unidos de Europa– ya que la negociaciones se centraron en las sanciones que se impondrían a los países derrotados y en la reestructuración exclusivamente geográfica de la nueva Europa.

¹³ Las respuestas que hemos citado se pueden encontrar en los siguientes ejemplares de la revista *España*: Unamuno (5 de febrero, pág. 2), Palacio Valdés (5 de marzo, pág. 2), Sánchez de Toca (12 de marzo, págs. 3-4), Turró (26 de marzo, pág. 2), Ramón y Cajal (12 de febrero, pág. 5)

supervivencia de Europa. En cambio, el político conservador Sánchez de Toca veía en la guerra una oportunidad única para la “reconstrucción del mundo” y de la civilización occidental. Este mismo autor también estaba convencido de que, gracias a la guerra, se produciría un renacer del sentimiento nacional que ocuparía “todos los resortes del alma humana”. Ramón Turró, biólogo, filósofo y miembro del *Institut d’Estudis Catalans*, compartía esta opinión y señalaba que una de las consecuencias de la guerra iba a ser “el renacimiento del sentimiento de la patria”. El premio Nobel Santiago Ramón y Cajal, siempre dispuesto a ofrecer su opinión sobre la guerra, denunciaba que, desde 1914, se había regresado “a los excesos del chauvinismo y del imperialismo”, y dejaba para la posteridad una sentencia premonitrice: “dentro de veinte o treinta años, cuando los huérfanos de la guerra actual sean hombres, se repetirá la estupenda matanza”.

La encuesta da buena muestra de las opiniones de los intelectuales sobre la guerra y el futuro del continente, que no podía ser más incierto a principios de 1915. Se realizó, además, en un momento especialmente crítico para el europeísmo español, ya que el referente europeo había quedado en entredicho con el inicio de la conflagración. Si Costa, Ortega y Maeztu veían en Europa la solución para el problema español, ahora todo era diferente: para empezar, ni siquiera existía un consenso sobre lo que se entendía por Europa. Por otro lado, el conflicto armado empezó a interpretarse como una lucha intestina que podría comprometer el dominio de un continente al que, pese a todo, pertenecía España.

4.2.1. El futuro de Europa: un debate entre filias y fobias

Con esta preocupación en el aire, la intelectualidad española participó en el debate sobre la hipotética unidad de Europa. Conviene aclarar, no obstante, que este asunto nunca se convirtió en un tema de discusión principal y que su presencia fue secundaria tanto en prensa como en la literatura política de la época. Como no podía ser de otra forma, aliadófilos y germanófilos defendieron posturas diferentes sobre el futuro y la reconstrucción de Europa. La guerra civil de palabras en la que estaban inmersos ambos grupos imposibilitó cualquier tipo de consenso más allá de la obligada neutralidad militar, por lo que los intereses ideológicos y las lecturas en clave interna estuvieron muy presentes –a veces demasiado– en esta búsqueda de soluciones para un continente que se desangraba a pasos acelerados.

El ámbito aliadófilo se decantó mayoritariamente por la opción supranacional, en concreto por la idea de los Estados Unidos de Europa, aunque también se barajaron otras opciones similares, como la hipotética creación de una federación o confederación de Estados europeos. La elección de este modelo obedecía a la convicción de que Europa –entendida como civilización y ejemplo de cultura– tendría que reaccionar de alguna manera ante su más que posible declive. Ya desde los primeros compases de la guerra, algunos autores aliadófilos expresaron sus temores ante esta delicada situación. Sirva como ejemplo este fragmento de un editorial de *El País*¹⁴:

“Parece destinada Europa a vivir en perpetua discordia hasta que sea avasallada o por el mundo amarillo del extremo oriente, o por el continente americano, o por ambas corrientes de países jóvenes o rejuvenecidos”.

Unos años después, Álvaro Alcalá-Galiano dejaba caer, en términos similares, que Europa podría estar viviendo sus últimos momentos como civilización¹⁵:

“Muchas veces, al contemplar los imponentes preparativos de la guerra, he pensado, con tristeza, si este incendio devastador, si esta lucha fratricida de los pueblos, no anuncia, acaso, el derrumbamiento final de la vieja Europa sobre sus cimientos desgastados por el tiempo, para dar lugar a que el Oriente despierte de su letargo e inicie la nueva civilización mundial que ha de chocar, en lo futuro, contra las fuerzas ciclópeas de América”.

Más allá de la amenaza que podía representar el extremo oriente, el verdadero peligro para Europa estaba localizado en los Estados Unidos de América. El país norteamericano, que todavía era visto con desdén por muchos europeos, estaba a punto de presentar su candidatura a potencia hegemónica mundial. Para muchos analistas, Estados Unidos era la antítesis de Europa: mientras los primeros eran la quintaesencia del individualismo y de la expansión comercial, la segunda todavía vivía, a duras penas, de los réditos que le proporcionaban la tradición, la historia, el arte y la cultura. El escritor Hermógenes Cenamor, otro reconocido aliadófilo, opinó sobre este contraste

¹⁴ “Clamando la paz”, *El País*, 10 de agosto de 1914, pág. 1.

¹⁵ Álvaro ALCALÁ-GALIANO: *Junto al Volcán... Impresiones del frente occidental*, Madrid, s.e., 1917, pág. 81.

entre lo nuevo y lo viejo un año antes de que Woodrow Wilson declarara la guerra a Alemania¹⁶:

“Hoy nos demuestran que, aun siendo unos comerciantes sin abolengo aristocrático, pueden defender las leyes santas de la Humanidad con mayor energía que aquellos pueblos cuyos habitantes cuentan con cuarteles de rancia nobleza en sus escudos”.

Continuando con esta cuestión, Azorín tenía muy claro el papel que iba a jugar la joven nación americana en el tablero de la política internacional en unos pocos años¹⁷:

“Estamos en el comienzo de una nueva era. La nueva América, raza de acción, va a realzar el ensueño generoso imaginado por la vieja Europa, raza de examen y de análisis. Los Estados Unidos vencerán”.

Si aliadófilos de renombre optaron por defender la posibilidad futura de unos Estados Unidos de Europa fue, en gran parte, por la admiración que profesaban al Gobierno de Washington. Desde finales del siglo XIX la intelectualidad progresista española había iniciado la búsqueda de un referente externo, y el modelo norteamericano siempre se había alabado por ser sinónimo de estabilidad y prosperidad. La guerra hispanoamericana de 1898 era un recuerdo cada vez más lejano, al menos dentro del espectro aliadófilo, y no fue obstáculo para que la admiración por los Estados Unidos fuera en aumento. No hay que olvidar, además, que muchos federalistas, que más tarde se declararían aliadófilos por sus convicciones ideológicas, tenían puestas muchas esperanzas en Estados Unidos, y consideraban que su organización política podía ser perfectamente exportable a otros territorios.

Uno de esos federalistas fue Francisco Pi y Margall, Presidente de la Primera República española en 1873 y el principal artífice del proyecto de constitución federal que nunca se llegó a aprobar¹⁸. A pesar de este fracaso, la idea federal seguía todavía

¹⁶ Hermógenes CENAMOR: *Los intereses materiales de España en la Guerra Europea*, Madrid, Librería de la Viuda de Pueyo, 1916, pág. 171.

¹⁷ AZORÍN: *Los norteamericanos*, Alicante, Instituto de Cultura Juan Gil-Albert, 1999, pág. 126. Publicado originalmente en ID: “Los Estados Unidos son la libertad”, *ABC*, 24 de agosto de 1918, pág. 3. El escritor alicantino convivió con las tropas norteamericanas expedicionarias en Francia, desde donde envió sus crónicas a *ABC*.

¹⁸ Las causas de este fracaso fueron múltiples: a pesar de las consabidas discrepancias entre las facciones republicanas, a partir del mes de julio estallaron casi de forma simultánea las revoluciones cantonales y la

presente en el discurso del nacionalismo liberal-democrático español, y la figura de Pi y Margall se vio en vuelta, con el paso de los años, de un cierto prestigio, especialmente después de su fallecimiento en 1901. Por eso no extraña que volviera a estar de plena actualidad durante algunos momentos de la Gran Guerra. En septiembre de 1915, en pleno centro neurálgico de Barcelona –justo entre el Paseo de Gracia y la Avenida Diagonal– se colocó la primera piedra de un futuro monumento en memoria del político catalán. El diputado nacional Pere Corominas, presidente de la Unió Federal Nacionalista Republicana y uno de los organizadores del acto, afirmó con entusiasmo que, si Pi siguiera vivo, “juzgaría imprescindible, para terminar con las luchas fratricidas, la necesidad de constituir los Estados Unidos de Europa”¹⁹. A propósito del homenaje, el escritor Luis Bello se lamentaba de que en los últimos tiempos se hubiera “apagado la fe en la unidad de Europa, una luz que fue mucho más intensa en décadas anteriores”²⁰. Por su parte, en las páginas de *La Vanguardia* se podía leer lo siguiente²¹:

“Yo me alegraría de esa soñada confederación por dos cosas: primera, porque mis descendientes, si no se extingue la extirpe (*sic*), no habrán de ser soldados de cuota ni excedentes de cupo; segunda, porque demostrarían los hechos la irresistible pujanza de ideas como esa de la federación, (...) que ha triunfado definitivamente en corazones y entendimientos”

Mucho más contundente fue el mensaje de una viñeta publicada en *La Campana de Gràcia*, en la que Pi y Margall contemplaba desde el cielo la masacre europea, mientras se lamentaba de que los pueblos beligerantes le estuvieran dando la razón sobre la necesidad del principio federalista²². Si se recordaba al padre del federalismo en España era porque sus planteamientos ofrecían una alternativa no sólo al modelo de organización territorial del Estado español, sino también al de Europa. El federalismo de Pi no rompía con el nacionalismo de Estado, pero apuntaba claramente hacia la creación de nacionalidades cada vez más abiertas y heterogéneas²³. Para el político catalán, la

revuelta obrera internacionalista de Alcoy, sin olvidar que la guerra contra los carlistas todavía no había finalizado.

¹⁹ “El monumento a Pi y Margall”, *El Nuevo régimen*, 30 de septiembre de 1915, pág. 101. También en “Homenaje a Pi y Margall”, *La Correspondencia de España*, 20 de septiembre de 1915, pág. 4.

²⁰ Luis BELLO: “Los sueños de Pi y Margall”, *La Esfera*, 25 de septiembre de 1915, pág. 6.

²¹ ALFEÑIQUE: “Cotidianas”, *La Vanguardia*, 21 de septiembre de 1915, pág. 8. Alfeñique era el seudónimo utilizado por el periodista Federico Climent y Terrer, colaborador habitual en el periódico barcelonés. Véase Paul Patrick ROGERS y Felipe Antonio LAPUENTE: *Diccionario de seudónimos literarios españoles con algunas iniciales*, Madrid, Editorial Gredos, 1977, pág. 52.

²² OPISSO: “Les doctrines d’en Pi”, *La Campana de Gràcia*, 28 de abril de 1917, pág. 8.

²³ FRANCISCO PI Y MARGALL: *Las nacionalidades. Escritos y discursos sobre federalismo* (Edición y estudio introductorio de Ramón Máiz), Madrid, Akal, 2009, pág. 67.

unión de Europa en forma de confederación²⁴ sería la última etapa de un proceso cuyo origen estaría en los municipios y que se desarrollaría a nivel provincial, nacional e internacional²⁵. Pi tenía como referentes a Alemania y Estados Unidos, y estaba convencido de que, si algún día se concretaba una confederación europea, los pasos serían similares a los dados por estas dos naciones²⁶. Además de las múltiples ventajas que para él tenía el vínculo federativo, estaba seguro de que una confederación europea podría librar al viejo continente de los peligros que le acechaban. En 1877 –año de publicación de su libro *Las nacionalidades*– estas amenazas las representaban los imperios ruso y turco. Una Europa dividida en naciones y plagada de odios y rivalidades tendría, desde luego, muchas más dificultades para controlar las amenazas procedentes de oriente²⁷. Así pues, la preferencia por los Estados Unidos de Europa en el ámbito aliadófilo resulta difícilmente entendible sin tomar en consideración el pensamiento de Pi y Margall. La actualidad de sus palabras eran buena muestra de ello.

Además del ejemplo de los Estados Unidos de América y de las doctrinas europeístas de Pi y Margall, la aliadofilia española también se nutrió de la influencia y los textos de Victor Hugo. El escritor francés, al que ya hemos mencionado previamente, defendió durante gran parte de su vida la creación de los Estados Unidos de Europa sobre la base de la paz y la igualdad entre las naciones. Así lo reconoció un diario regional de ideología republicana que, apenas dos meses después de haberse iniciado el conflicto, dedicó parte de su portada a recordar los deseos unitarios del autor de *Los Miserables*²⁸. En el artículo se hacía referencia a un discurso del año 1871 en el que el escritor francés defendió la creación de los Estados Unidos de Europa como forma de lograr la libertad universal y, lo que era más importante todavía, para poner punto y final al enfrentamiento entre Francia y Prusia. La elección de este texto no es casual, ya que la guerra franco-prusiana, como se ha explicado en el capítulo anterior, se tomó como referencia para explicar el conflicto que acababa de iniciarse en Europa.

²⁴ En realidad, en *Las nacionalidades*, Pi sólo habla de una confederación europea, es decir, una forma de Estado con escaso poder central. Sus seguidores, sobre todo durante la Gran Guerra, hablaban en cambio de la construcción de una federación europea, un concepto que no era exactamente el mismo que utilizó el político catalán. FRANCISCO PI Y MARGALL: *Las nacionalidades*, Madrid, Imprenta de Enrique Rubiños, 1882, pág. 96. Está disponible en <http://dspace.uah.es/dspace/handle/10017/9395>.

²⁵ De hecho, la federación europea no sería la última etapa en la evolución política de la humanidad, ya que Pi también preveía una confederación mundial.

²⁶ *Ibid.*, pág. 7. Pi y Margall alabó a Alemania, a la que consideraba “la reina del mundo en filosofía, en ciencias y artes”. No hace falta decir que estas opiniones favorables no fueron recordadas por aquellos aliadófilos y republicanos que reivindicaron su figura en plena guerra mundial.

²⁷ *Ibid.*, págs. 350-351.

²⁸ “Los Estados Unidos de Europa. Profecía de Victor Hugo”, *La Voz de Menorca*, 10 de octubre de 1914, pág. 1.

Estas tres influencias –Estados Unidos, Pi y Margall y Victor Hugo– nos permiten entender mejor las razones que se esgrimieron desde el terreno aliadófilo para defender la necesidad de la instauración de una estructura federal –o confederal– en Europa. Antes de detenernos en los autores que desarrollaron esta idea, es importante subrayar que este discurso europeísta estaba basado principalmente en escenarios hipotéticos. A pesar de la vehemencia a la hora de defender algunos de los argumentos, la instauración de unos Estados Unidos europeos no dejaba de ser una opción deseable que todavía estaba lejos de ser llevada a la práctica. Gumersindo de Azcárate, diputado por el Partido republicano, reflexionó en las Cortes sobre esta dialéctica entre posibilidad y realidad a propósito de la neutralidad de España²⁹:

“Desde el punto de vista del triunfo de la verdad, de la justicia, del progreso, de lo que sea, si algún día está Europa organizada en Estados europeos, entonces cada cual tendrá que cumplir con su deber, luchando por el cumplimiento de lo que es la Constitución en todo tiempo. Mientras tanto, yo creo que España no tiene ni el deber ni la posibilidad de salir de la neutralidad”.

Ramiro de Maeztu fue uno de los primeros intelectuales en abordar las posibilidades de una Europa unida. Este autor ya había mostrado interés sobre el concepto de Europa desde finales del siglo XIX, por lo que no fue ninguna sorpresa que también se ocupara de esta cuestión. Antes de detenernos en sus análisis, hay que tener en cuenta que Maeztu se encontraba a punto de iniciar un proceso de cambio ideológico que culminaría después de la Gran Guerra, momento en el que rompería definitivamente con sus raíces europeístas y reformistas para abrazar la causa del autoritarismo nacionalista³⁰.

Durante el mes de agosto de 1914, cuando todavía no se habían fijado las trincheras en el frente occidental, el escritor vitoriano reflexionó sobre las causas del enfrentamiento bélico³¹: “En un conflicto internacional no caben (...) otros elementos que los imperios o las nacionalidades, o sea el deseo de soberanía sobre pueblos extraños y el deseo de soberanía sobre el propio pueblo”. Estos dos elementos eran, según Maeztu, los únicos capaces de albergar el principio de soberanía política. En su opinión, las pugnas entre imperios y naciones eran inevitables y consustanciales a la

²⁹ *Diario de Sesiones del Congreso*, 14 de noviembre de 1914, pág. 2139.

³⁰ Véase Pedro GONZÁLEZ CUEVAS: *Ramiro de Maeztu...*, pág. 177.

³¹ Ramiro DE MAEZTU: “Ante otra guerra”, *Nuevo Mundo*, 6 de agosto de 1914, pág. 4.

política internacional y, en concreto, a la propia historia de Europa. Para Maeztu, la Gran Guerra también obedecía a esta lógica, ya que se había iniciado precisamente por las tensiones entre un imperio, Austria-Hungría, y una nación, Serbia.

Su análisis de las causas de la contienda fue más bien frío y analítico, aunque en esta primera reflexión consideraba que debería existir un equilibrio o entendimiento entre la corriente imperialista y nacional para minimizar en la medida de lo posible las secuelas de los enfrentamientos bélicos. Al contrario que muchos de sus contemporáneos, Maeztu ni siquiera se planteó la posibilidad de una paz duradera una vez que cesara el ruido de las armas. Estaba convencido de que el futuro no estaría exento de guerras, lo que explica que en este artículo descartara una tercera vía federal y pacifista: “no cabe suponer que el conflicto se resuelve con una federación de las naciones”. Sin embargo, la solución federalista, a la que vinculaba con el socialismo, no era del agrado del vitoriano por una mera cuestión conceptual: en su opinión, cuando los países federados reconocían una soberanía superior, la federación se convertía en un imperio. Las reticencias de Maeztu a hablar de una federación europea no impidieron que sí pensara en algún tipo de imperio que aglutinara a las naciones europeas, aunque no desveló qué país debería asumir, llegado el momento, la hegemonía y el poder central.

En un artículo posterior, publicado unas semanas después, Maeztu matizó en parte sus palabras y se mostró más partidario de una unidad política dentro de Europa, aunque seguía despreciando las motivaciones de signo pacifista y mostrándose reticente a utilizar el término “federación”. La utilidad de esta nueva organización sería principalmente económica, ya que, en su opinión, si Europa quería organizar su expansión colonial de una manera eficiente, sería necesario romper el equilibrio europeo actual y sustituirlo por algún tipo de federación que, en su opinión, sería en realidad un imperio³².

Mientras Maeztu no estaba del todo convencido sobre la posible unidad europea, Luis Araquistain tuvo una opinión mucho más favorable. Para el intelectual socialista, la guerra giraba “en torno a un eje único: el concepto de libertad”, y añadía que “todas las polémicas de todas las guerras acababan por moverse alrededor de este mismo concepto”³³. Por su condición aliadófila, no sorprende que Araquistain hablara de los

³² ID: “la guerra y la misión de Europa”, *Nuevo Mundo*, 29 de agosto de 1914, pág. 6.

³³ Luis ARAQUISTAIN: “El eje de la guerra. Equilibrio y supremacía”, *El Liberal*, 30 de agosto de 1915, pág. 1.

aliados como “los genuinos defensores de la libertad” en Europa. Según su personal interpretación de la guerra, Francia o Reino Unido combatían por devolver al continente el equilibrio perdido, aunque también para asegurar la independencia y supervivencia de naciones pequeñas y debilitadas como la propia España. Sobre la otra gran coalición de países, no tenía dudas en afirmar que un triunfo alemán “sería temible para todos”.

Por este motivo, para este autor los únicos países preparados y legitimados para llevar a cabo la idea de los Estados Unidos de Europa eran Francia y, sobre todo, Reino Unido. Araquistain no ocultó su anglofilia en ningún momento, e incluso llegó a afirmar que, entre “todos los pueblos europeos”, sólo Inglaterra reunía todos los requisitos “para servir de núcleo a esta unión futura”. Si por el contrario era Alemania la que tomaba la iniciativa en esta cuestión, Araquistain advertía que el imperio teutón terminaría creando una “autocracia europea”. En cualquier caso, lo verdaderamente importante era que, a su juicio, la guerra “había arrancado la idea de los Estados Unidos de Europa a las regiones nebulosas de la utopía y del ensueño”³⁴.

La principal incógnita –quién lideraría esta nueva organización– había quedado ya despejada: el Reino Unido sería el motor de la nueva Europa. Alemania, en cambio fue descartada desde el mismo momento que muchos aliadófilos –entre los que se encontraba Araquistain– la habían despojado de su condición de país europeo. En este sentido, el intelectual socialista reinterpretó la idea de los Estados Unidos de Europa para que tuviera cabida en la ortodoxia aliadófila y antialemana. Se trataba, pues, de una federación europea mutilada, muy diferente a los diseños planteados por Victor Hugo y Pi y Margall, que concibieron su idea como la única forma de superar las diferencias entre todas las naciones. Para Araquistain, en cambio, los Estados Unidos de Europa se asemejaban más a una alianza defensiva occidental para garantizar la paz y evitar la hegemonía germana en el continente.

Al igual que Maeztu, Araquistain tampoco profundizó en la estructura interna de estos futuros Estados Unidos de Europa, pero en cambio sí realizó interesantes reflexiones acerca de la posible unión entre países europeos. En primer lugar, entendió la soberanía nacional como un proceso vivo, en constante evolución. En cierto modo puede decirse que su europeísmo unitario derivaba de su nacionalismo cívico. Si se le pudiera preguntar por los ingredientes necesarios para impulsar una Europa unida, probablemente contestaría que sólo sería suficiente con una mezcla de libertad, además

³⁴ ID: *Polémica de la guerra. 1914-1915*, Madrid, Renacimiento, 1915, pág. 117.

de nacionalismo y federalismo. Por eso, en su libro sobre la guerra afirmó lo siguiente: “los pueblos no tienen límites eternos. Hay disgregaciones, agregaciones y absorciones”. Y añadió posteriormente su convencimiento en que “el proceso histórico” iba a constituir “nacionalidades mayores”, cada vez más complejas³⁵. Una de estas agregaciones, los Estados Unidos de Europa, se convertiría en una especie de nación de naciones porque, pese a todo, Araquistain seguía siendo un acérrimo defensor del Estado-nación. La ampliación de las nacionalidades no tenía por qué afectar a la soberanía de cada Estado, opinión que defendió con este llamativo ejemplo³⁶:

“Si entre Inglaterra y España hubiese una libre relación federal –no digo imperialista, militarista, de sujeción– yo no me sentiría menos libre y soberano que ahora; probablemente más. No se trata de hacer almoneda de la independencia nacional, sino de elevar el espíritu público al mundo de las posibilidades, a un mundo donde la paz esté más asegurada. Yo no he hecho sino apuntar una idea de federación, no de esclavizamiento”.

Luis Araquistain gustaba de plantear escenarios hipotéticos para argumentar sus ideas; en el mismo libro planteó otro escenario teórico, en el que Francia, Portugal y España formarían un solo Estado³⁷. Quedaba claro, al contrario de la opinión de Maeztu, que una federación no podía ser sinónimo de imperio, ya que una estructura de este tipo implicaba el sometimiento de los pueblos a la voluntad de un Estado hegemónico. Si Europa se organizaba como una federación, tendría que ser libre y democrática, con el Reino Unido en su núcleo central. El reconocimiento de la hegemonía británica supondría la existencia de un federalismo europeo asimétrico, una circunstancia necesaria para que funcionara correctamente. De hecho, si Araquistain habla de este núcleo británico es porque pensaba en que los futuros Estados Unidos de Europa se iban a convertir en uno de futuros focos de poder mundiales. En su opinión, este proyecto sólo sería posible del brazo de las naciones occidentales, ya que se suponía que

³⁵ *Ibid.*, pág. 141.

³⁶ *Ibid.*, pág. 141-142. El fragmento sobre los Estados Unidos de Europa se reprodujo en Paul AUBERT: *Les espagnols et l'Europe...*, pág. 126-127. La hipotética relación federal entre Inglaterra y España ya la mencionó en un artículo titulado “Los guerreristas y la guerra”, *Nuevo Mundo*, 28 de noviembre de 1914, págs. 8-9. Muchos de los planteamientos recogidos en este texto se reutilizaron posteriormente en su libro. Respecto a la unión hispano-inglesa, Araquistain explicaba en el artículo que, al igual que le parecía lícita la unión de Europa, también había de serlo “la unión parcial de algunos de sus miembros”. Este artículo además era una respuesta a Maeztu, y puso punto y final a una larga polémica entre ambos que se había prolongado durante dos años y que incluso acabó con su amistad. Véase Rafael SANTERVÁS: “Maeztu y Araquistain: dos periodistas acuciados por la transformación de España”, *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 12 (1990), págs. 146-151.

³⁷ Luis ARAQUISTAIN: *Polémica de la guerra...*, pág. 140.

Alemania tendría su propio plan entre manos, mucho más autoritario y localizado en el centro y el oriente geográfico del viejo continente.

Desde las páginas de la revista *España*, que todavía tenía a Ortega y Gasset como director, se repitieron los mismos argumentos y se dejaba una advertencia: sólo con el triunfo aliado sería posible una confederación europea de países libres, que estaría bajo la protección del imperio británico. De este modo, España aseguraría sus intereses en Marruecos y podría estrechar los lazos con Portugal en el marco de una “Federación europea general”. Incluso se llegó a hablar de una cesión voluntaria de Gibraltar, un supuesto que estaba completamente alejado de la realidad política del momento. Si por el contrario vencía Alemania, el futuro de España estaría ligado a las interminables guerras que se sucederían, según este razonamiento, por el control del mediterráneo entre el imperio alemán y el resto de Europa³⁸.

Los partidarios del Káiser apenas prestaron atención al porvenir de Europa. Como pudimos ver en el capítulo anterior, los germanófilos optaron por una interpretación en clave interna del conflicto, y dejaron los enfoques internacionales en un segundo plano³⁹. En los pocos testimonios que hemos encontrado, una amplia mayoría se declaró partidaria de la *Mittleuropa*, un modelo intergubernamental acuñado por teóricos alemanes a principios del siglo XIX cuya traducción literal sería “Centroeuropa”, ya que geográficamente abarcaría a Alemania y sus territorios limítrofes⁴⁰. Se trataba, en todo caso, de un concepto mucho más próximo al pangermanismo cultural y muy distinto al de los Estados Unidos de Europa, una opción que por otro lado no gozó de las simpatías de la mayoría de los germanófilos por dos motivos principales: en primer lugar, porque estaba asociado al discurso aliadófilo; en segundo lugar, por los vínculos que esta idea tenía con un enemigo todavía mayor: la masonería. Desde algunos sectores de la prensa católica –más propensa por ello a apoyar los intereses de Alemania– se denunció que la masonería internacional tenía

³⁸ Véase Julio HUNIADES: “Ideales en pugna. III.–Conclusión”, *España*, 18 de junio de 1915, págs. 2-3. Este artículo es, en realidad una respuesta a los mensajes irredentistas y antibritánicos lanzados por Vázquez de Mella unas semanas antes en el teatro de la Zarzuela (En el texto cita a los tradicionalistas y al propio líder carlista) De ahí el tono utilizado y las hipótesis realizadas.

³⁹ El caso más llamativo fue el de Vázquez de Mella, cuyo discurso internacional estuvo más pendiente del panhispanismo –es decir, el deseo de lograr una unión ibérica y lazos más robustos con Hispanoamérica– que de las opciones de lograr la unidad política en el continente europeo.

⁴⁰ Durante la Gran Guerra, *Mittleuropa* volvió a estar de actualidad gracias al libro homónimo escrito por Friedrich Naumann que se convirtió en un fenómeno editorial. Yolanda GÓMEZ SÁNCHEZ y Javier ALVARADO PLANAS (coords.): *Enseñar la idea de Europa*, Madrid, Editorial Centro de Estudios Ramón Areces, 2004, pág. 366. Hans-Dietrich SCHULTZ y Wolfgang NATTER: “Imagining *Mittleuropa*: Conceptualisations of ‘Its’ Space In and Outside German Geography”, *European Review of History: Revue européenne d’histoire*, 10, 2 (2003), págs. 284-285.

entre sus objetivos la creación de los Estados Unidos de Europa, una sospecha que, aunque era muy vaga o sencillamente ficticia, no contribuyó desde luego a que esta idea gozara de más apoyos en el ámbito más conservador⁴¹.

Pese a todo, en las filas germanófilas también encontramos simpatizantes del modelo supranacional. Es el caso del escritor Edmundo González-Blanco quien, justo al contrario que Araquistain, veía inviables los Estados Unidos de Europa “mientras los buques de guerra ingleses (fueran) una perpetua y universal amenaza”. Como no podía ser de otra forma, para este escritor germanófilo Alemania se constituía como un dechado de virtudes. En definitiva, como⁴²

“la única nación capaz de dar a la futura *Confederación Europea* esa forma admirable de su socialismo, que estriba en la unión potente de la autoridad y de la disciplina, de la unidad política y de la expansión territorial”.

La opinión de este prolífico escritor fue la excepción dentro de la germanofilia española, que en general se mostró más interesada por las posibilidades de la *Mitteleuropa*. Aunque Friedrich Neumann fue quien puso de actualidad este concepto durante la guerra, muchos germanófilos españoles conocieron las implicaciones geográficas y políticas de este concepto a través de la obra del jurista alemán Franz von Liszt⁴³. Este autor apoyaba la creación de una unión de países centroeuropeos que, llegado el momento, podría expandirse a toda Europa una vez concluyera la guerra⁴⁴.

En abril de 1918, cuando la guerra estaba dando sus últimos coletazos, el periodista y escritor Manuel de Palacios Olmedo publicó en la revista germanófila *Renovación Española* un extenso artículo sobre política exterior en el que abordaba,

⁴¹ Una de las informaciones recordaba, de forma escueta, una reunión que las logias de Italia y Francia habían mantenido con objeto de crear “la confederación de los Estados Unidos de Europa”. TEODOSIO: “Sección antimasónica, *La Lectura Dominical*, 8 de mayo de 1915, pág. 5. Otra noticia relacionaba el contexto revolucionario que se vivía en Europa con un pacto adoptado en los congresos masónicos de 1917. “La masonería y la revolución”, *Diario de Reus*, 17 de julio de 1918, pág. 1. No hace falta decir que las informaciones sobre la masonería recibían, habitualmente un tratamiento sensacionalista y poco veraz. Hay que tener en cuenta que la principal logia española –el Gran Oriente– se decantó a partir de 1916 a favor de la causa aliada durante la Gran Guerra. Véase Eduardo ENRÍQUEZ DEL ÁRBOL: “La I Guerra Mundial y la masonería española: causas de la guerra por el Gran Oriente Español”, en José Antonio FERRER BENIMELÍ: *La masonería en la España del siglo XX. I*, Zaragoza, Centro de Estudios de la Masonería Española, 1996, pág. 444.

⁴² Edmundo GONZÁLEZ-BLANCO: “Más sobre el militarismo germánico”, *Mundo Gráfico*, 9 de septiembre de 1914, pág. 8.

⁴³ Su principal obra fue traducida al castellano por Julio Bejarano y el entonces germanófilo Luis Jiménez de Asúa: Franz von LISZT: *Lo que hará Alemania si vence: una confederación centro europea*, Madrid, Tipografía de Fontaret, 1915. Este autor fue citado por Araquistain en sus reflexiones sobre la guerra.

⁴⁴ Véase la reseña de Salvador CANALS: “Mirando al mundo”, *Vida marítima*, 10 de enero de 1916, págs. 1-2.

entre otros temas, la posible unión de los países de Europa⁴⁵. En el texto se hizo referencia a los empeños europeístas y pacifistas de Victor Hugo, aunque De Palacios no creía que los Estados Unidos europeos fuesen una buena idea. En su opinión, para que esta estructura política tuviera éxito, necesitaba del respaldo –y el liderazgo– de una nación poderosa que impusiera por la fuerza esta nueva idea. Esta interpretación –muy parecida a la de Maeztu– poco o nada tenía que ver con el mensaje que transmitió Victor Hugo durante la segunda mitad del siglo XIX, ya que el escritor francés no contempló en ningún momento que los Estados Unidos de Europa pudieran funcionar en la práctica como un imperio.

De Palacios también expresó sus reservas sobre la viabilidad de un proyecto federal que englobara a toda Europa, ya que las naciones del viejo continente tenían “demasiado peso tradicional e histórico”. De acuerdo con su análisis, en caso de victoria alemana, la *Mitteleuropa* tendría que ampliarse hacia el oeste. En cambio, si vencían los aliados, Francia debería encargarse de gestionar la organización de la nueva Europa. Se trata de la misma lógica que planteaba Araquistain, sólo que en sentido opuesto. Estos autores tenían claro que, si alguna vez se llevaba a cabo el sueño de Victor Hugo, las relaciones entre los países continuarían siendo desiguales. Lo más importante para De Palacios era que Europa fuera capaz de “restañar sus heridas e impedir la iniciada invasión de pueblos extraños”. Para ello resultaba esencial que se respetase la zona de influencia europea, y concluía con una exigencia, con claras reminiscencias a la Doctrina Monroe: “Si América debe ser para los americanos y Asia para los asiáticos, ¿qué menos podríamos exigir sino que Europa sea para los europeos”.

Aparte de los autores citados, hubo otros que, aunque también participaron de esta guerra civil de palabras, lo hicieron utilizando un tono mucho menos apasionado. Es el caso de Sergio Andión, un abogado gallego y colaborador de la revista *España* que en una conferencia se mostró partidario de la formación de unos Estados Unidos de Europa que garantizaran la paz y el equilibrio entre las naciones europeas, si bien era pesimista sobre su puesta en práctica⁴⁶. Por su parte, el político republicano Álvaro Calzado sostenía en un documentado artículo que la tendencia hacia la “homogeneización y a la unión” entre países era imparable desde hacía décadas, tanto

⁴⁵ Manuel DE PALACIOS OLMEDO: “Política exterior”, *Renovación Española*, 30 de abril de 1918, pág. 11.

⁴⁶ “La conferencia de Andión”, *El Noroeste*, 20 de abril de 1915, págs. 1-2. Sobre su colaboración en *España*, véase Manuel MENÉNDEZ: “«Vieja y nueva política» y el semanario *España* en el nacimiento de la Generación del 14”, en M^a Teresa LÓPEZ DE LA VIEJA (ed.): *Política y sociedad en José Ortega y Gasset. En torno a «Vieja y nueva política»*, Rubí (Barcelona), Anthropos, 1997, pág. 190.

desde el punto de vista comercial –a través de acuerdos sectoriales– como el político, como así lo evidenciaban las organizaciones socialistas. Este autor, además, puso el acento en la cuestión económica, que sería en su opinión el principal nexo de unión entre las naciones federadas y el paso previo para acometer integraciones mucho más profundas en el futuro⁴⁷.

En cualquier caso, con independencia de qué alianza lograra la victoria militar, los interesados en este asunto pensaban que, a medio o largo plazo, Europa parecía predestinada hacia algún tipo de unión o uniones: una liderada por Alemania y la otra por alguna de las potencias aliadas⁴⁸. Para otros autores, sin embargo, la clave no estaba tanto en quién lideraría estas nuevas agrupaciones de Estados, sino en cómo sería posible llevarla a cabo. Julio Camba, que se encontraba de corresponsal en Londres –y estaba, por tanto, más próximo a estas corrientes de pensamiento– tenía claro que la federación europea o mundial seguirían siendo simples entelequias hasta que no se suprimiesen las aduanas⁴⁹. En su opinión, las fronteras entre las naciones constituían el principal problema que impedía dar el paso hacia un nuevo tipo de organización política.

4.2.2. La unidad de Europa y el catalanismo: una cuestión de interés nacional

El debate sobre el futuro de Europa tuvo en Cataluña una evolución distinta respecto al resto de España. Las razones de estas diferencias responden a varios factores: en primer lugar, tal y como se pudo comprobar en el anterior capítulo, en Cataluña existió un firme compromiso europeísta durante la Primera Guerra Mundial. Además, la implicación de las fuerzas políticas en esta cuestión fue mucho mayor en territorio catalán, ya que éstas entendieron que el destino de la comunidad nacional catalana no podía desvincularse de la reconstrucción del equilibrio europeo una vez se alcanzara la paz. Esto explica que, al contrario del resto de España, los planteamientos

⁴⁷ Álvaro CALZADO: “La federación europea”, *La Voz del Pueblo*, 2 de octubre de 1915.

Al igual que Araquistain, Calzado pensaba en clave aliadófila y planteó una federación compuesta por los cuatro integrantes de la entente aliada en ese momento: Francia, Reino Unido, Rusia e Italia. Calzado fue concejal en Madrid por el partido radical en 1917. Véase “Las elecciones municipales”, *ABC*, 24 de octubre de 1917, pág. 11.

⁴⁸ Véase A. RIERA: “Las federaciones europeas”, *La correspondencia de Valencia*, 18 de noviembre de 1915, pág. 1. Para este autor, después de la guerra Europa quedaría dividida en dos grandes alianzas o federaciones: por un lado el gran imperio alemán, que absorbería los territorios de Europa central; y por el otro Francia, Reino Unido, Italia y Rusia –esta última con dudas– que seguirían cooperando unidas frente a Alemania.

⁴⁹ Julio CAMBA: “Los ciudadanos del mundo”, *ABC*, 4 de julio de 1915, pág. 6.

favorables a la unidad federal de Europa tuvieran un mayor desarrollo y coherencia interna.

A poco más de un mes para el primer aniversario del asesinato del archiduque Francisco Fernando, *La Revista*, un semanario editado en catalán y especializado en temas culturales y literarios, publicó una encuesta acerca de la postura de Cataluña ante la guerra⁵⁰. El objetivo era conocer la opinión de algunas de las principales personalidades políticas e intelectuales, a las que se envió un cuestionario de cuatro preguntas sobre la influencia de los principios nacionalistas en el conflicto, o las repercusiones que tendría el desenlace de la guerra para Cataluña⁵¹. La mayoría de los encuestados interpretó que, tras el inicio del conflicto, se había abierto un escenario favorable para que se atendieran las exigencias del catalanismo. Así, por ejemplo, el futuro congreso de la paz podría ser una excelente plataforma para reivindicar la autonomía de Cataluña⁵², o también para que se escucharan las reivindicaciones de las pequeñas nacionalidades sin Estado y no tanto los intereses de los grandes Estados⁵³. En cualquier caso, era fundamental que Cataluña tuviera una política internacional para poder hacer frente a estos y otros retos que podía depararle el futuro⁵⁴.

La demanda de un discurso internacional propio se convirtió a partir de 1915 en uno de los temas que más atención suscitó en la prensa catalana. Muchos políticos, como el diputado a Cortes Joan Garriga i Massó, reclamaron que Cataluña hiciera todo lo posible para tener voz en la Europa de la futura posguerra, ya que la teórica reorganización del viejo continente podría perjudicar las aspiraciones de Cataluña. Basándose en una cita de Kant, Garriga advertía de que, llegada la hora de los Estados Unidos de Europa, cada pueblo debería estar alerta para defender sus intereses. En su opinión, España (y con ella Cataluña) sería una de las damnificadas por su debilidad

⁵⁰ Bajo el título de “*Catalunya davant la guerra europea*”, *La Revista* publicó las encuestas desde mayo hasta diciembre de 1915.

⁵¹ Las preguntas, traducidas del catalán, eran las siguientes: “¿Cree que los principios nacionalistas, que son el fundamento doctrinal del catalanismo, tienen una participación esencial en la lucha?” “¿Piensa que el desenlace de la guerra influirá en el movimiento nacionalista de Cataluña y en las posibilidades de su triunfo?” “¿Qué posición opina que ha de adoptar Cataluña ante la guerra europea?” “¿Qué lecciones considera que ha de sacar Cataluña de los acontecimientos actuales?”.

⁵² Respuestas de Francesc Layret, miembro de la UFNR y fundador, en 1917, del Partido Republicano Catalán. *La Revista*, 15 de mayo de 1915, pág. 9.

⁵³ Respuesta de Miguel Duran i Tortajada. *La Revista*, 30 de diciembre de 1915, pág. 9.

⁵⁴ Respuesta de Antoni Rovira i Virgili. *La Revista*, 10 de agosto de 1915, pág. 10.

estructural, su estatus de neutral durante la contienda y por el mayor poder de decisión de las grandes potencias en esta nueva organización⁵⁵.

La preocupación acerca de la debilidad de España en el plano internacional y la impotencia de Cataluña en este sentido surgió en pleno contexto reivindicativo del catalanismo político. La puesta en marcha de la *Mancomunitat* en abril de 1914 era, hasta ese momento, su mayor logro. Se trataba, no obstante, de un organismo más técnico que político, con competencias sólo en el ámbito administrativo y cultural. Dos años después de su creación, la *Mancomunitat* se había quedado pequeña para las ambiciones de gran parte de los políticos catalanes, que aspiraban a la autonomía de Cataluña dentro del Estado español. Esta reivindicación no era en absoluto una novedad; de hecho esta demanda ya aparece en 1892 en las bases de Manresa, el documento fundacional del catalanismo político.

Si nos preguntamos qué había cambiado en 1916 para que se produjera una ofensiva catalanista, las respuestas se encuentran en el contexto nacional e internacional. El sistema de la Restauración estaba sumido en una profunda crisis de legitimidad, una situación que aprovechó la élite política catalana para hacerse oír⁵⁶. Además de la situación interna, con la Gran Guerra se había abierto un amplio abanico de posibilidades. No fueron pocos los que pensaron que de las cenizas de la conflagración saldría, cual ave fénix, una Europa distinta. En el ámbito catalanista, además, se confiaba en que se configuraría un nuevo escenario más favorable para los movimientos nacionalistas, y lo que era incluso más importante: existía la convicción de que también se darían las condiciones necesarias para la modernización de España y la revisión de su relación con Cataluña.

Todos estos deseos y aspiraciones se concretaron en el manifiesto *Per Catalunya i l'Espanya gran*, un texto firmado por todos los diputados y senadores de la *Lliga Regionalista*. Su autor, Enric Prat de la Riba, presidente de la *Mancomunitat* y dirigente de la *Lliga*, fue uno de los pocos políticos catalanes que mostraron en público su

⁵⁵ Joan GARRIGA MASSÓ: “Neutrals, però no inconscients”, *La Veu de Catalunya*, 16 de mayo de 1915, pág. 1.

⁵⁶ Después de la concesión de la *Mancomunitat*, el siguiente paso en la estrategia de la *Lliga Regionalista* se concentró en derrocar el sistema del turno dinástico para, de este modo, conseguir una participación más directa en el poder central. Véase Miguel Ángel MARTORELL LINARES: “Gobiernos y mayorías parlamentarias en los años previos a la crisis de 1917. Historia de una paradoja”, *Revista de Estudios Políticos* (Nueva Época), 93 (1996), pág. 331.

germanofilia⁵⁷. Los impulsores del manifiesto, que se identificaron como los representantes del pueblo de Cataluña, tenían el convencimiento de que la misión del catalanismo era intentar hacer reaccionar a un Estado español paralizado, incapaz de modernizarse⁵⁸. En el texto se sugería que las raíces históricas de este problema procedían de la mala gestión del imperio que se construyó después del reinado de los Reyes Católicos. Junto a las numerosas derrotas militares y un sinnúmero de errores diplomáticos y administrativos a lo largo de varios siglos, los firmantes también identificaron como causa de esta decadencia el arrinconamiento sufrido por las nacionalidades que componían la vasta monarquía española. En el caso concreto de Cataluña, los agravios mencionados fueron los habituales: eliminación de las instituciones propias, persecución de la lengua catalana y el menoscabo a cualquier tipo de manifestación cultural propia. Como colofón de esta lista de afrentas se llegó a afirmar incluso que los catalanes eran poco menos que “*espanyols de tercera classe*”.

La llamada “cuestión catalana”, lejos de haberse resuelto en el pasado, volvía a estar de plena actualidad en un momento trascendental para el futuro de la humanidad. El autor del manifiesto, consciente de ello, escribió que se encontraban “*als preliminars d’una nova constitució internacional*”. Una vez se alcanzara la ansiada paz, todo iba a cambiar, desde las relaciones entre países hasta la organización interna de cada uno de los Estados. Pero, ¿cómo sería este nuevo orden? Prat de la Riba ofreció su punto de vista, que en líneas generales era compartido por la mayoría de sus contemporáneos. Para el dirigente de la *Lliga* y los firmantes del manifiesto, el futuro se podía resumir con esta frase: “*des d’ara hi haurà uns Estats que manaran i uns altres que obeiran*”. En su opinión, el mundo estaría organizado “*en dos o més grans agrupacions o trusts de nacions*”, de los cuales, en teoría, uno de ellos sería el formado por Estados europeos.

En el texto no se ofrecen más detalles sobre estas agrupaciones. Desconocemos, por tanto, si estaba pensando en uniones más intergubernamental o supranacional, aunque en realidad éste es un detalle secundario. Lo importante es que los representantes del catalanismo oficialista estaban convencidos de que la relación entre los países europeos iba a ser jerárquica, con dominantes y dominados. Al final, Garriga

⁵⁷ “Per Catalunya i l’Espanya Gran”, *La Veu de Catalunya*, 18 de marzo de 1916, pág. 3 (Edición vespertina) Sobre la germanofilia de Prat de la Riba, véase Xosé Manoel NUÑEZ SEIXAS: *Internacionalitzant el nacionalisme...*, pág. 35.

⁵⁸ Sobre las bases políticas y teóricas del catalanismo, véase Agustí COLOMINES I COMPANYYS: *El catalanisme i l’Estat. La lluita parlamentària per l’autonomia, 1898-1917*, Barcelona, Publicacions de l’Abadia de Montserrat, 1993, págs. 39 y 60.

Massó –que también fue uno de los firmantes del manifiesto– no era el único que temía que la reorganización del mundo terminara por ensombrecer todavía más a Cataluña.

La relación entre el contexto internacional y el encaje de Cataluña dentro del Estado español era evidente. De acuerdo con el manifiesto, España se estaba jugando el ser o no ser en la futura reconstrucción del continente europeo, pero, a menos que el país dejara atrás su permanente decadencia, los españoles –y también los catalanes– podrían perder parte de su independencia política. Se trataba de una disyuntiva similar a la planteada por Joaquín Costa a principios de siglo, cuando insistió en que la europeización era necesaria para evitar, precisamente, que la idea de Europa borrara la idiosincrasia española. Ahora, dos décadas después, si España no se convertía en un Estado moderno y solucionaba sus problemas internos, la misma fuerza gravitacional de Europa pondría en peligro su supervivencia. Para los que suscribieron el manifiesto, sólo una España grande podía evitar la gran amenaza que, en ese momento, estaba escrita en el destino del país:

“el perill d'ésser absorvits (sic), cultural, econòmica i políticament, pel gran Estat que va abassegant avui tota la riquesa d'Europa i es prepara per heretar-ne la força d'imperi; la hegemonia mundial”.

El manifiesto proponía la construcción de un ideal colectivo capaz de integrar a todas las nacionalidades y de respetar los particularismos. El objetivo sería crear un “*imperi peninsular d'Ibèria*” formado por España y Portugal, que en el futuro incluso podría ampliarse a las naciones iberoamericanas. La razón de ser de esta nueva entidad política –la *Espanya gran*– sería recuperar el esplendor del imperio ya perdido, aunque su organización interna sería federal y nada tendría que ver con la clásica organización jerárquica de los imperios. Prat de la Riba, que era un profundo admirador de Austria-Hungría, puso a este imperio como ejemplo, al que alabó por haber podido integrar en su seno naciones tan distintas entre ellas. En el caso de este nuevo imperio ibérico, las relaciones entre las distintas nacionalidades serían igualitarias, y Cataluña gozaría de una amplia autonomía. Más allá de los mensajes catastrofistas que se transmitieron, el manifiesto de la *Lliga* debe entenderse como una reacción ante la posibilidad de que el mundo fuera más uniforme. Gustara o no este panorama, Cataluña no tendría más remedio que unir su destino al momento de incertidumbre que estaba atravesando Europa.

El mensaje lanzado por los diputados y senadores regionalistas volvió a poner de actualidad la cuestión de la autonomía catalana, que llegó incluso hasta el Congreso de los Diputados. Durante el mes de junio, en la cámara baja se debatió sobre este asunto en varias sesiones monográficas. Como era previsible, Francesc Cambó, líder de la *Lliga Regionalista* y uno de los impulsores del *Manifest*, también intervino en la discusión y trató de persuadir al resto de diputados, aunque sin demasiado éxito, sobre las ventajas que tendría la autonomía de Cataluña para el resto del Estado. En uno de sus turnos de palabra aprovechó para compartir con el resto de las señorías el temor que le inspiraba el futuro que él y sus compañeros de su partido habían imaginado⁵⁹:

“Yo no sé, señores diputados, si habrá la famosa Conferencia de Paz de que tanto se habla, o si se pondrá término a la guerra sin que se celebre Conferencia de la paz; lo que yo sé, señores diputados, y lo sabéis todos vosotros, es que al terminar la guerra se abrirá para el mundo, y principalmente para Europa, un pavoroso período constituyente en lo político, en lo económico, y que este período constituyente pavoroso únicamente podrán tener confianza en afrontarlo sin grave quebranto de su soberanía política y de su independencia económica los pueblos que no tengan planteado un problema constituyente interior”.

El interés sobre la autonomía de Cataluña no se apagó dentro de las paredes del Congreso. Después del acalorado debate en la sede de la soberanía nacional, la cuestión catalana se trasladó a la calle y se convirtió en un tema recurrente en tertulias, conferencias, editoriales de prensa o artículos de opinión. La revista *España* fue, sin duda, el medio de comunicación no catalán que más páginas dedicó a esta cuestión. Justo una semana después del discurso de Cambó en el Congreso, dedicó un largo editorial sobre las aspiraciones del catalanismo⁶⁰. El editorialista se felicitaba de que Cambó hubiera aprovechado para aclarar que el objetivo del catalanismo era la autonomía y no el separatismo, ya que

“si lo fuera, nos (parecería) una idea estúpida, y para combatirla, no sería necesario agitar el sonajero patriótico: bastaría oponerse a ella en nombre de la idea en gestación de los Estados Unidos de Europa. En estos instantes en que los pueblos se agrupan y tienden a constituirse en unidades superiores, sería insensato, en efecto, todo movimiento de disgregación y, por lo tanto, de debilitamiento”.

⁵⁹ Francesc CAMBÓ: *Discursos parlamentaris (1907-1935)*, Barcelona, Editorial Alpha, 1991, pág. 336. Sesión de 8 de junio de 1916.

⁶⁰ “Puntos de vista”, *España*, 15 de junio de 1916, págs. 2-3.

Este párrafo debe entenderse como una advertencia: cualquier planteamiento secesionista o independentista no tendría recorrido en una Europa futura supuestamente menos fragmentada, en un momento en que las naciones parecían destinadas a perder parte de su soberanía. Quedaba claro, pues, que siempre que Cataluña no rompiera la integridad nacional de España, este proyecto sería visto con simpatía desde las filas del reformismo político al que estaba adscrito esta publicación. El catalanismo, además, también interesaba “como medio, como ejemplo, como instrumento antioligárquico para toda España”. De sus enseñanzas podría surgir una España nueva y regenerada. Por eso, para intentar acercar los logros de Cataluña a la opinión pública reformista, se invitó en el siguiente número a las principales figuras políticas e intelectuales de Cataluña a expresar su opinión sobre este tema.

Cambó o D’Ors no faltaron a la cita. Tampoco Prat de la Riba, que en un didáctico artículo sobre el concepto de nación trató de explicar la compatibilidad de los principios nacionalistas y universalistas⁶¹. En el *Manifest* había quedado claro que, si España no solucionaba sus problemas internos y no se constituía en un imperio (o federación) ibérico, su independencia política y su soberanía estarían seriamente amenazadas y se convertiría en uno de esos Estados que iban a obedecer en vez de mandar. Para el político regionalista, las corrientes nacionales y universales eran perfectamente concurrentes. Convencido de que la política del futuro estaría dominada por estructuras cada vez más complejas, pensaba que el principio nacionalista seguiría siendo esencial. Como teórico del nacionalismo político, defendía la doctrina de a cada nación un Estado⁶²:

“esa doctrina no sólo no se opone a la evolución progresiva de las formas políticas, al crecimiento de los Estados, a la constitución de Estados cada vez mayores y a las soluciones universalistas, sino que es la única que puede hacer posible la constitución y la subsistencia de imperios mundiales”.

Durante la guerra, Prat de la Riba no habló en ningún momento de la constitución de una federación europea, o de la puesta en marcha de los Estados Unidos de Europa. Hay varias explicaciones para estas ausencias tan significativas: no hay que olvidar, primero de todo, que estas expresiones formaban parte del léxico político del

⁶¹ Enric PRAT DE LA RIBA: “La nación”, *España*, 22 de junio de 1916, págs. 10-11.

⁶² *Ibid.*, pág. 10.

ámbito aliadófilo, y Prat era un declarado germanófilo. Por otro lado, en 1916 la incertidumbre sobre el desenlace de la guerra convertía cualquier pronóstico en poco menos que una temeridad. Es probable que el presidente de la Mancomunitat evitara conscientemente hablar de una única Europa, cuando no estaba claro cómo iba a quedar el mapa del viejo continente. Sus ambiguas referencias a los “trusts de naciones” o “imperios nacionales”, siempre en plural, corroboran esta hipótesis, pero también indican que la agrupación de naciones que afectaría directamente a España y Cataluña estaría, con toda probabilidad, localizada en Europa. No tendría sentido que fuese de otra forma.

En el artículo volvió a repetir los mismos argumentos del *Manifest* sobre la necesidad de crear una federación ibérica en la que no existiera la dominación de unas nacionalidades sobre otras. Un año después, en su discurso tras ser reelegido presidente de la Mancomunitat, manifestó una vez más su convencimiento de que la existencia de grandes agrupaciones de Estados soberanos sólo sería posible si en cada uno de ellos se respetaban todas las sensibilidades nacionales⁶³:

“Les aliances presents, i altres que en l’esdevenidor vindran a completar-les, són el pròleg de federacions immenses, que no poden constituir-se ni subsistir sense la plena llibertat interior dels pobles, de les nacionalitats que les integren”.

Tanto Prat de la Riba como la cúpula directiva de la *Lliga* no parecían estar del todo cómodos con el porvenir que les esperaba. Confiaban en la influencia del principio nacionalista en el nuevo orden mundial, y todo apuntaba a que, de hecho, la nación iba a convertirse en el motor del mundo civilizado, pero el precio parecía demasiado alto. La posible creación de estos grupos supranacionales vendría acompañada de un esfuerzo titánico para garantizar que España tuviera cabida en este mundo cambiante.

La izquierda catalanista ofreció una lectura distinta a la de los dirigentes de la *Lliga Regionalista*. Aunque ambas corrientes coincidían en su lectura sobre el futuro, la primera se posicionó desde el primer momento del lado de las naciones aliadas, y tampoco tuvo ningún problema en hablar de la posibilidad de una Europa federada. Josep Carner, uno de los principales poetas del *nocentisme*, marcó diferencias con la *Lliga* en un artículo publicado poco después de que saliera a la luz el *Manifest*

⁶³ Véase Gerald H. MEAKER: “A Civil War of Words...”, pág. 36. Enric PRAT DE LA RIBA: *Obra completa III (1906-1917)*, Barcelona, Proa, 2000, págs. 857.

impulsado por los diputados y senadores regionalistas. Frente el temor y las dudas de Prat y Cambó, la Cataluña aliadófila reivindicó su protagonismo dentro de la futura Europa unida⁶⁴:

La virior catalana no tem d'assumir una gran significança d'humanitat. No temeria de formar part d'un rediviu o matitzadíssim (sic) Imperi de Carlemany o d'uns Estats Units d'Europa Occidental. La virior catalana reclama no pas la quietut sinó l'estímul. Es sent capaç de l'heroisme, pel qual només necessita un ideal ben autèntic”.

Cataluña necesitaba una plataforma para exhibir su vigor, su fuerza ante el resto de los Estados. Los Estados Unidos de Europa occidentales –por supuesto, sin ningún rastro de Alemania en el horizonte– eran el escenario perfecto. Así pareció entenderlo Antoni Rovira i Virgili, quizás el aliadófilo catalanista más activo durante los cuatro años de guerra. Rovira veía con buenos ojos la posibilidad de una federación europea que sería perfectamente compatible con los principios nacionalistas⁶⁵:

“El nacionalismo catalán aspira, como uno de sus fines (...) a la integración de todas las tierras de lengua catalana en un Estado autónomo, miembro de una futura Federación hispánica, ibérica, occidental, latina o europea. Todas estas fértiles posibilidades divisa, desde su claro y ancho ventanal, nuestro pensamiento nacionalista, el cual, lejos de ser exclusivista ni cerrado, como sus detractores ignorantes o mentirosos aseguran, está saturado de anhelos de expansión y de amplitud, de ansias de vida grande, europea, universal”.

De las palabras de Carner y Rovira se desprende un compromiso mucho más firme con la idea de Europa y el federalismo, así como una cierta modificación de las prioridades: aunque la autonomía catalana seguía estando sobre la mesa, existía también un sentimiento de pertenencia, de empatía con algunas de las naciones aliadas. El catalanismo republicano, tradicionalmente identificado con posturas reformistas o progresistas, había interpretado la contienda como una “guerra de las naciones” que tenía tres elementos clave: la necesaria vinculación de Cataluña con la Entente aliada, según ellos, la única coalición interesada en defender el principio de las nacionalidades;

⁶⁴ Josep CARNER: “Part d’ací part d’allà”, *La Veu de Catalunya*, 25 de abril de 1916, pág. 1. La referencia a Carlomagno parece ser un guiño a Eugeni d’Ors y a su movimiento por la Unidad Moral de Europa.

⁶⁵ Antonio ROVIRA Y VIRGILI: *El nacionalismo catalán...*, pág. 19.

el apoyo a las naciones pequeñas como Bélgica o Serbia, y la conformidad con una organización federal o confederal de Europa⁶⁶.

Durante el último año de guerra, sin embargo, esta corriente europeísta menguó en el momento en que el presidente norteamericano Woodrow Wilson presentó sus famosos “Catorce puntos” en el Congreso de EE.UU., lo que vendría a ser su particular hoja de ruta para poner fin a la guerra europea. Algunas de las propuestas lanzadas por Wilson hacían referencia a las aspiraciones nacionales de algunos territorios de los imperios austrohúngaro y otomano, e incluso reconocía el derecho de Polonia a ser un Estado libre. En el catalanismo de izquierdas estos principios se interpretaron como un reconocimiento general del derecho de autodeterminación de todas las nacionalidades, algo que Wilson no llegó a plantear nunca⁶⁷. Aún con todo, la labor del vigésimo octavo presidente de los Estados Unidos de América se tomó como referente para intentar legitimar un discurso autonomista que, ante sus continuos fracasos, estaba cada vez más inclinado hacia el independentismo⁶⁸. En poco más de un año, la implicación norteamericana en el derecho de autodeterminación se impuso al referente de una Europa aliada que, en teoría, garantizaba las reivindicaciones por las naciones sin Estado.

4.3. La unidad moral de Europa, una aspiración por encima de las pasiones

Más allá de los exaltados debates, del enfrentamiento dialéctico entre aliadófilos y germanófilos, en España también hubo espacio durante la Gran Guerra para un proyecto europeísta alejado de esta polémica y que muy poco tenía que envidiar al resto de propuestas lanzadas desde otros países. Se trata del *Comité d'Amics de la Unitat Moral d'Europa*, fundado por el intelectual catalán Eugeni d'Ors a finales de 1914. El interés de esta agrupación radica en que intentó construir un discurso propio, apartado de cualquier tipo de partidismo, en el que Europa siempre ocupó un lugar de privilegio.

4.3.1. Un proyecto personal de Eugeni d'Ors: gestación, desarrollo y repercusión

⁶⁶ Sobre la interpretación de la guerra por parte del nacionalismo republicano o aliadófilo, véase Xosé Manoel NÚÑEZ SEIXAS: *Internacionalitzant el nacionalisme...*, págs. 41-42.

⁶⁷ *Ibid.*, pág. 49.

⁶⁸ *Ibid.*, págs. 50-51. Sobre la popularidad de Wilson entre el catalanismo de izquierdas, Enric UCCELAY DA CAL: “Wilson i no Lenin: l'esquerra catalana i l'any 1917”, *L'Avenç*, 9 (1977), págs. 55-57.

Eugeni d'Ors, también conocido como Xènius, fue uno de los principales animadores de la vida cultural catalana y española durante la primera mitad del siglo XX. Impulsor del *noucentisme*, un amplio movimiento cultural de vanguardia radicado en Cataluña, siguió con interés las corrientes regeneracionistas, modernizadoras o europeístas que atravesaron el Estado español durante las primeras décadas de la centuria pasada. Pese a su importancia en el mundo intelectual de este periodo, su influencia es, todavía hoy, bastante desconocida, a pesar de las investigaciones que se han realizado en los últimos años⁶⁹.

A través de su *Glosari*, un compendio de glosas y artículos publicados en *La Veu de Catalunya* durante este periodo, D'Ors venía analizando con detalle la evolución cultural de Europa desde principios de siglo. Con el inicio de la Gran Guerra, un acontecimiento que sin duda le produjo un gran impacto, decidió transformar su glosario en lo que él denominó las *Lletres a Tina*, una serie de cartas dirigidas a una niña ficticia llamada Tina, de origen prusiano y que contaba con siete años y medio de edad⁷⁰. Mediante este recurso literario, Xènius realizó sus primeras valoraciones sobre el conflicto armado que acababa de empezar.

El 8 de agosto escribió por primera vez, y en mayúsculas, la frase que mejor resume su interpretación de la guerra: “*La guerra entre França i Alemanya és una guerra civil*”⁷¹. A priori puede parecer que esta lectura del conflicto es similar a la que realizaron algunos intelectuales (como por ejemplo Unamuno) en el contexto de la pugna entre aliadófilos y germanófilos, pero lo cierto es que este primer análisis era completamente distinto. Para Xènius, Francia y Alemania eran la personificación de las dos mitades complementarias de Europa, un concepto al que D'Ors otorgó una dimensión histórico-cultural. Su idea de Europa era el resultado de la suma de tres herencias: Grecia, Roma y el Imperio Carolingio, al que también se refería como Sacro

⁶⁹ Véase, sobre todo, el libro de Maximiliano FUENTES CODERA: *El campo de fuerzas europeo en Cataluña. Eugeni d'Ors en los primeros años de la Gran Guerra*, Lleida, Pagès editors, 2009. También la tesis doctoral del mismo autor, *Un viaje por los extremos. Eugeni d'Ors entre Guerra Guerra y el fascismo*, Girona, Universitat de Girona, 2011.

⁷⁰ *Ibid.*, pág. 225.

⁷¹ Eugeni D'ORS: *Lletres a Tina*, Barcelona, Quaderns Crema, 1993, pág. 20. Hemos escogido esta edición a cargo de Josep Murgades porque respeta el texto y la estructura original de las glosas que se publicaron en *La Veu de Catalunya* entre agosto de 1914 y enero de 1915. El propio Eugeni d'Ors compiló estas glosas en 1935 en una obra titulada *Tina i la Guerra Gran*, pero realizó algunas correcciones menores de estilo y de organización interna.

Imperio Romano Germánico⁷². Este último representaba para Eugeni D'Ors la edad de oro de la unidad europea, su punto álgido⁷³. De hecho, la guerra civil que en su opinión se inició a partir de 1914 sería, al mismo tiempo, una consecuencia directa de la desmembración del Sacro Imperio y la evidencia de que el equilibrio cultural europeo – compuesto por la cultura latina o mediterránea por un lado, y la germana por otro– se había roto⁷⁴. No obstante esta situación, Xènius tenía plena confianza en que surgiría, una vez acabara la guerra, “*una restauració, a la moderna, de l'imperi de Carlemany*”⁷⁵.

A diferencia de lo que pensaban algunos de sus contemporáneos, el concepto de Europa seguía siendo, para el intelectual catalán, sinónimo de regeneración. La reconstitución de la unidad moral del continente era, en realidad, el primer paso para lograr la ansiada europeización de los españoles, una aspiración que, pese a todo, D'Ors no había abandonado. En uno de los paréntesis que realizó en sus *Lletres a Tina* (Se trata de glosas que utilizaba para profundizar sobre algunos de los temas que había tratado anteriormente), se quejaba amargamente de que sus amigos europeístas hubieran abandonado “*la causa de la integritat de l'Europa*” en el momento justo en que empezó la contienda⁷⁶:

“*Amics meus, que, com jo, clamàveu per Europa: on sou ara, que no us sento la veu? D'Europa, en els darrers anys, n'havíem fet no una abstracció, sinó una viva idea, en el sentit platònic de la paraula. Juràvem per son nom i l'enlairàvem com una bandera, bandera de revolta i a la vegada d'esperançament, enmig l'ombrívola confusió de la vida espanyola. Dèiem “Europa!” “europeisme!” “europeïtat!” i en tots aquests mots tancàvem tota apel·lació a la normalitat del viure civil, a la plenitud de la cultura, a les gràcies de la polidesa i de la tolerància*”.

El discurso europeísta de Eugeni d'Ors se plasmó en el manifiesto del *Comitè d'Amics de la Unitat Moral d'Europa* que se hizo público en diciembre de 1914⁷⁷. En el

⁷² *Ibid*, págs. 21 (Glosa del 10 de agosto de 1914) D'Ors empleaba de forma indistinta ambos términos, a pesar de que se trata de dos unidades políticas diferentes.

⁷³ Precisamente, el concepto de imperio utilizado por D'Ors estaba basado en el mito del eterno retorno de Nietzsche. Véase Javier VARELA: “El sueño imperial de Eugenio d'Ors”, *Historia y Política*, 2 (1999), pág. 46.

⁷⁴ Maximiliano FUENTES CODERA: *El campo de fuerzas...*, pág. 138.

⁷⁵ Eugeni D'ORS: *Lletres a Tina...*, pág. 159 (29 de octubre de 1914)

⁷⁶ *Ibid.*, pág. 39-40.

⁷⁷ “Un documento. La unidad de Europa”, *La Vanguardia*, 1 de diciembre de 1914, pág. 7. El manifiesto se escribió unos días antes, el 27 de noviembre. Entre los firmantes se encontraban, entre otros, Miguel de los Santos Oliver, director de *La Vanguardia*; José Zulueta, una de las cabezas visibles del partido

texto se repitieron algunos de los argumentos defendidos por D'Ors en los meses anteriores: “la terrible guerra que hoy desgarrar el cuerpo de nuestra Europa, constituye, por definición, *una guerra civil*”. A propósito de esta cuestión, los firmantes intentaron distanciarse del ambiente de crispación existente y evitaron mostrar algún tipo de simpatía por cualquiera de los dos bandos. Para los defensores de la unidad moral de Europa era más importante que el derrotado pudiera ser redimido, y no tanto el nombre del vencedor de la contienda. Los firmantes del manifiesto entendían, sin embargo, que cada persona era libre de expresar sus preferencias por uno u otro bando, siempre que éstas fuesen compatibles con los intereses de Europa. Este compromiso era incompatible con las interpretaciones aliadófilas o germanófilas del conflicto, ya que, de llevarse a sus máximas consecuencias –esto es, desear la destrucción total del enemigo–, cualquier posibilidad de unificación quedaría descartada y el concepto imperial y moral de Europa nunca podría restaurarse:

“Una guerra civil no quiere decir precisamente una guerra injusta. Pero entonces hay que justificarla en un conflicto entre grandes intereses ideales. Y, al desear el triunfo de cualquiera de ellos, hay que desearlo para la totalidad de la república europea y en su general beneficio. No le ha de ser lícito, pues, a ninguna de las dos partes en pugna, trabajar por la destrucción completa del adversario. Menos legítimo es aún partir del nefando supuesto de que una cualquiera de las partes se encuentra ya de hecho excluida de la superior comunidad”.

No cabe duda de que el retorno al Sacro Imperio Romano Germánico se había convertido en la pieza angular del discurso de la unificación de Europa. Sin embargo, esta formulación era tal vez demasiado metafórica, por lo que D'Ors no tardaría en asumir como propia la reivindicación de unos Estados Unidos europeos: “*Les Nacions d'Europa instauraran els seus Estats Units. Allò que ahir fou aspiració, demà serà estructura. Europa tindrà un cos; en òrgans, múltiple; en correlacions, ben acordat*”⁷⁸. Como se puede observar, Xènius otorgó todo el protagonismo a las naciones que serían al fin y al cabo las partes de ese todo representado por Europa. En todo caso, la futura unión federal europea que vislumbraba tendría una raíz autoritaria y elitista⁷⁹, muy

reformista en Cataluña; el economista Manuel Reventós o la periodista y activista feminista Carme Karr. El resto del *Comitè* estaba formado por otros miembros de la burguesía y la intelectualidad catalanas.

⁷⁸ Eugeni D'ORS: *Glosari 1915*, Barcelona, Quaderns Crema, 1990, pág. 193 (18 de mayo de 1915). Xènius ya había admitido, de pasada, que la causa de Carlomagno era “*la dels Estats Units de l'Europa*”, véase ID: *Lletres a Tina...*, pág. 167 (3 de noviembre de 1914).

⁷⁹ Maximiliano FUENTES CODERA: *El campo de fuerzas...*, pág. 140.

diferente por tanto de los planteamientos de otros intelectuales como, por ejemplo, Luis Araquistain.

Esta interpretación de la guerra y de la idea de Europa, aunque contaba con muchos elementos originales del pensamiento orsiano, fue también producto del influjo de Bertrand Russell y, sobre todo, de Romain Rolland, dos autores relacionados con el pensamiento pacifista⁸⁰. D'Ors reconoció más influencias, esta vez procedentes de Cataluña, como si quisiera demostrar que no estaba solo en su empeño. Es el caso de Manuel de Montoliu, alias Daimon, a quien consideraba su único apoyo⁸¹. Unos meses después, D'Ors también se hizo eco de una proclama de la Juventut Federal Nacionalista Republicana (JFNR) de Barcelona que se publicó al principio de la guerra y que había pasado más bien desapercibida⁸².

El propio Eugeni d'Ors, como reconoció en una de sus glosas, fue consciente desde el primer momento de los problemas que tendría la pequeña agrupación que acababa de crear para hacerse oír en Barcelona, una preocupación que subrayaba todavía más el carácter local de los miembros del *Comitè*⁸³. La tercera vía representada por el grupo del intelectual *noucentista* no gozó de demasiada aceptación en Cataluña. En primer lugar, su discurso heterodoxo no era del todo compatible con la interpretación nacionalista que la *Lliga Regionalista* había hecho de la contienda, aunque recibió críticas favorables de algunos de sus dirigentes, como Jaume Bofill⁸⁴. En segundo lugar, desde las filas del catalanismo de izquierdas se produjo un rechazo frontal a la propuesta

⁸⁰ *Ibid.*, pág. 156. Jesús M. RODÉS i Enric UCELAY DA CAL: “Nacionalisme i Internacionalisme”, *L'Avenç*, 69 (1984), pág. 64. Romain Rolland, un escritor francés que se exilió en Suiza, fue uno de los principales adalides del pensamiento pacifista durante la contienda. La publicación de su célebre artículo “Au-dessus de la Mêlée” (“Por encima del conflicto”) en septiembre de 1914 causó un profundo impacto en Eugeni d'Ors y fue el origen de una fructífera relación intelectual entre ambos, hasta el punto que fue Rolland el que tradujo el manifiesto orsiano al francés. Véase Eugeni D'ORS: *Glosari 1915...*, págs. 44-45. A pesar del interés de Xènius por el pacifismo, en el manifiesto se consideró legítimo el enfrentamiento civil, pero siempre que no pusiera en peligro el sustrato europeo.

⁸¹ Este autor escribió durante el mes de agosto una serie de artículos en el rotativo catalán *El Diluvio* en los que denunciaba la lectura maniquea de la guerra que obligaba a tomar partido por uno de los dos bandos, y a desear la desaparición del adversario. Eugeni D'ORS: *Lletres a Tina...*, págs. 40-41. (21 de agosto de 1914).

⁸² “Per la Pau”, *L'Igualadí*, 6 de septiembre de 1914, pág. 1. Esta proclama es un interesante documento, ya que demuestra que en el seno del catalanismo federalista y republicano, habitualmente vinculado al bando aliadófilo, también se defendió un discurso pacifista y próximo a los intereses de la cultura europea. Xènius reprodujo todo el texto en la glosa del 5 de junio de 1915. Eugeni D'ORS: *Glosari 1915...*, págs. 213-215.

⁸³ En concreto, manifestó su preocupación de esta forma: “la idea de la unitat d'Europa no es fàcil que trobi, a la Barcelona dels començos del segle XX, un bon ambient”. Eugeni D'ORS: *Lletres a Tina...*, pág. 235.

⁸⁴ Maximiliano FUENTES CODERA: *El campo de fuerzas...*, pág. 162.

orsiana, que fue tachada directamente de germanófila⁸⁵. Uno de los primeros en expresar sus objeciones a la propuesta orsiana fue el escritor mallorquín Gabriel Alomar, que sentía “en el alma discrepar” de sus “beneméritos amigos” de Barcelona. En su opinión, la guerra no era un enfrentamiento “entre dos principios absolutos igualmente europeos”, sino “la lucha entre Europa y Alemania”, entre la “Unidad” y el “Bando”; entre el “tejido” y el “tumor”⁸⁶.

Las críticas más duras procedieron de los sectores más radicales de la aliadofilia catalana. En el primer número de la revista *Iberia* ya se atacó a Eugeni d’Ors desde la portada, con un dibujo en el que se veía a un querubín que se dirige a un soldado alemán que se encontraba almorzando⁸⁷:

“– Firma esto de la Unidad Moral de Europa.

– Vamos, hombre! No ves que yo me como los niños crudos!”

En las páginas interiores del mismo ejemplar se publicó un artículo del escritor y editor Josep Maria López-Picó, uno de los firmantes del manifiesto promovido por D’Ors. Además de alabar la actitud de Cataluña ante la guerra –sostenía que, a diferencia de España, en el Principado se había desarrollado un debate sin apasionamientos–, este autor intentó explicar la compatibilidad del propósito del *Comitè d’Amics de l’Unitat Moral d’Europa* –al que otorgaba una función ética– con el de la revista *Iberia*, que sería esencialmente político. López-Picó sabía que, a pesar de sus esfuerzos, se encontraba en territorio hostil, por lo que sus referencias al proyecto orsiano fueron muy medidas, aunque no perdió la oportunidad de denunciar “*les injustes acusacions*” de medios e intelectuales partidistas⁸⁸.

⁸⁵ En un contexto tan polarizado, el hecho de que D’Ors escribiera sus glosas durante los primeros meses de la guerra a una niña prusiana, probablemente fuera interpretado como una prueba de su germanofilia. Aunque Xènius nunca mostró preferencias por uno u otro bando, lo cierto es que su posición neutralista lo situaba, a ojos aliadófilos, en la órbita germanófila: todo aquel que no expresara con entusiasmo su adhesión a Francia o Reino Unido era tildado, cuanto menos, de sospechoso. Los germanófilos, por su parte, recibieron con frialdad el manifiesto y las acciones que desarrolló posteriormente. Véase ID: “Germanófilos y neutralistas”..., págs. 64-65 y 69.

⁸⁶ Gabriel ALOMAR: “La unidad moral de Europa”, *Diario de Alicante*, 25 de enero de 1915, pág. 1. (El artículo apareció originalmente dos días antes en el periódico barcelonés *El Día Gráfico*. Véase Maximiliano FUENTES CODERA: *Un viaje por los extremos...*, pág. 264) Alomar fue uno de los principales representantes del modernismo catalán, y también estuvo vinculado al *noucentisme*, aunque desde un posicionamiento más radical. Véase Isidre MOLAS: “El liberalisme democràtic de Gabriel Alomar”, *Recerques*, 23 (1990), pág. 100.

⁸⁷ *Iberia*, 10 de abril de 1915, pág. 1. La autoría del dibujo corresponde a Apa, seudónimo del humorista gráfico Feliu Elias i Bracons.

⁸⁸ Josep Maria LÓPEZ-PICÓ: “Precisant l’actitud de Catalunya”, *Iberia*, 10 de abril de 1915, pág. 8. El autor concluiría su exposición en el siguiente número: “Precisant més”, *Iberia*, 17 de abril de 1915, pág.

Los semanarios satíricos *L'Esquella de la Torratxa* y *La Campana de Gràcia* no tuvieron piedad con Xènius. Algunos de sus colaboradores, como Màrius Aguilar o Santiago Rusiñol, le acusaron de traidor y germanófilo, incluso antes de haber publicado el manifiesto⁸⁹. Como prueba de esta animadversión, en la contraportada de *L'Esquella de la Torratxa* se publicó una viñeta en la que aparecen los principales países beligerantes –personificados como soldados unidos por grilletes– sosteniendo con dificultad una gran bola del mundo, en cuya parte más alta, a la altura de Europa, estaba situado un casco alemán del que brotaban varios regueros de sangre. De acuerdo con el pie del dibujo, se trataba del proyecto de un monumento a la unidad moral de Europa⁹⁰.

Los apoyos a su proyecto en Cataluña sólo procedieron de su círculo de colaboradores o, como ya hemos visto, de las páginas de *La Veu de Catalunya*, el diario en el que publicaba sus glosas. Además de la aportación de López-Picó, hay que destacar la particular definición que realizó del problemático concepto de los Estados Unidos de Europa otro de los firmantes del manifiesto, el economista Manuel Reventós⁹¹:

“Desitjem potser, amb el nostre Xenius, que tan alta transformació se realitzi en forma de comunal república, però fins en el cas de que aquesta Unitat se manifestés en forma de imperi dominador, jo proclamaria la superioritat de l’unitat de civilització Europea al ideal de llibertat dels pobles europeus”.

Reventós no veía ningún problema en que los Estados Unidos de Europa se convirtieran en el futuro en un “imperio dominador”, ya que en su opinión la unidad europea prevalecía sobre la libertad del resto de los pueblos. La visión antinacionalista

9. El posicionamiento de López-Rodó durante el conflicto no está exento de polémica. Según una información publicada en *Iberia* el 25 de septiembre de 1915 (pág. 14), este autor se adhirió al *Manifest dels Catalans*, una proclama que se posicionaba claramente a favor de las potencias aliadas y que, como ya vimos en el anterior capítulo, ha sido interpretada como una respuesta al manifiesto del *Comitè d'Amics*. Sin embargo, el nombre de López-Pico no aparece en la relación de firmas en la primera publicación del *Manifest dels Catalans* en *L'Esquella de la Torratxa* (26 de marzo de 1915, pág. 194) Esta circunstancia no excluye que el escritor suscribiera el texto del documento con posterioridad. Carme Karr, otra de las firmantes del manifiesto promovido por D'Ors, sí estuvo en la primera lista de suscriptores del *Manifest del Catalans*, lo que indica una cierta transferencia ideológica desde el neutralismo orsiano a la aliadofilia catalana.

⁸⁹ Véase Maximiliano FUENTES CODERA: *El campo de fuerzas...*, pág. 161.

⁹⁰ *L'Esquella de la Torratxa*, 5 de febrero de 1915, pág. 96.

⁹¹ Manuel REVENTÓS: “Els llocs comuns de la guerra”, *La Revista*, 10 de septiembre de 1915, pág. 12. En la relación original de firmantes del manifiesto hay una errata en la transcripción del apellido de este autor, ya que aparece como Raventós en vez de Reventós.

de este autor no se correspondía con los planteamientos del pensamiento orsiano, como así lo reconoció el propio Xènius en una glosa que dedicó a este asunto⁹². Las naciones, como se encargó de recordar Eugeni d'Ors a sus lectores, estaban destinadas a tener un papel esencial en una posible unificación europea. En otro artículo posterior Reventós confirmó su antinacionalismo a pesar de las públicas discrepancias con Xènius⁹³. En esta ocasión, lamentaba el trato que estaba recibiendo Romain Rolland, al que acusó de antipatriota y antifrancés por su postura pacifista. Reventós aprovechó para ensalzar los valores universalistas frente al exclusivismo nacionalista, y concluyó con un reconocimiento que hizo extensivo a todos los que, cómo él, habían optado por defender a Europa antes que dejarse llevar por las pasiones nacionales:

“I, sabeu, amics meus, catalans partidaris de l'Europa una, que és un orgull veure com totes les gents venen del nostre cantó, saber que en les hores més obcecades, nosaltres érem allà on els millors salvaven l'esperit i la tradició d'Europa”.

El caso de Reventós, junto con los contactos de Karr y López-Picó con la aliadofilia, son la prueba palpable de que los apoyos que recibió el proyecto europeísta de Eugeni d'Ors destacaban por su heterogeneidad. El carácter abierto del manifiesto hizo que recibiera adhesiones de varias zonas del espectro ideológico.

Pese a que su campo de actuación se concentró principalmente en Cataluña (y dentro de ella, en Barcelona), la iniciativa orsiana también se dio a conocer en el resto de España, aunque los resultados fueron muy poco satisfactorios. Los comienzos de esta labor de difusión indicaban, sin embargo, todo lo contrario. El manifiesto fue traducido al castellano y se publicó en algunos medios regionales y nacionales, entre los que destaca el semanario *España*⁹⁴. En realidad, no sorprende que el manifiesto del *Comitè d'Amics* apareciera en la revista de Ortega y Gasset. Eugeni d'Ors era uno de sus colaboradores fijos y contaba con la sección “Las obras y los días”, en la que hacía un repaso de la actualidad de la semana. Además, el contenido europeísta y regeneracionista del texto no desentonaba en absoluto con la línea editorial de la nueva

⁹² Eugeni D'ORS: *Glosari 1915...*, pág. 290 (23 de octubre de 1915) D'Ors alabó el carácter *noucentista* de Reventós, pero rechazó amablemente las implicaciones de la opinión que hemos reproducido. “*Jo demano permís a son autor per refusar-me a subscriure*”.

⁹³ Véase Manuel REVENTÓS: “«Au-Dessus de la Mèlée» de Romain Rolland (Les conciències nacionals i la Gran Guerra)”, *La Revista*, 15 de enero de 1916, págs. 5-6.

⁹⁴ “Manifiesto de los Amigos de la Unidad Moral de Europa”, *España*, 5 de febrero de 1915, pág. 5.

revista, y prueba de ello es que, en el siguiente número, *España* hacía pública su adhesión al manifiesto en un editorial⁹⁵:

“Pensar que Europa pueda prescindir de Alemania o de Francia o de Inglaterra es una mentecatez sólo explicable por la simplicidad o la demencia del que lo piense. No es esto decir que no nos coloquemos con el deseo de favor de uno u otro de los grupos contendientes (...) Mas por encima de la cruel disensión, los hombres de buena voluntad, que remotos de la línea de fuego no tienen derecho a los fueros de la iracundia, trabajen en afirmar la unidad moral de Europa, esfuércense en preparar la nueva armonía del mundo occidental”.

Esta llamada a trabajar por un ideal común recuerda la postura que adoptó Ortega desde el principio de la guerra, que al igual que su contemporáneo catalán también se quiso alejar del ruido generado por aliadófilos y germanófilos. *España* podría haberse convertido en el principal órgano de propaganda del grupo de Eugeni d’Ors fuera de Cataluña, pero no hubo más acercamientos aparte del editorial mencionado. Unos meses después, el cambio en la dirección de la revista echó por tierra cualquier posibilidad de colaboración. Cuando Araquistain tomó las riendas del semanario, con las jugosas subvenciones aliadas bajo el brazo, la defensa de una iniciativa de este tipo no tenía cabida en una publicación aliadófila –y antigermanófila– cada vez más radicalizada. Por si esto fuera poco, la supuesta germanofilia de Xènius hizo imposible esta opción.

En el ámbito germanófilo la acogida fue tan fría que apenas existen reacciones. El conservador *La Época* publicó el manifiesto traducido, y el único comentario que realizó lo encontramos en la entradilla que le antecedió, donde se le calificó de “aspiración platónica”⁹⁶. Por su parte, en *La Lectura Dominical*, un semanario de tendencia católica, se llegaron incluso a ridiculizar algunas partes del manifiesto con las siguientes palabras: “¿De la Europa una? ¡Pero, hombre, cuidado que se necesita atrevimiento para hablar en estos instantes de la *Europa una!* ¿Qué Europa es una? ¿Una... qué?”⁹⁷.

Fuera del universo aliadófilo y germanófilo, la opinión más favorable la encontramos en las palabras de Tomás Elorrieta, por entonces catedrático de Derecho

⁹⁵ “Paz den la guerra”, *España*, 12 de febrero de 1915, pág. 6. Ortega y Gasset también se adhirió en esas mismas fechas. Véase Eugeni D’ORS: *Glosari 1915...*, pág. 49.

⁹⁶ “Por la unidad moral de Europa”, *La Época*, 12 de diciembre de 1914, pág. 4.

⁹⁷ “Sección de polémica”, *La lectura Dominical*, 13 de marzo de 1915, pág. 166.

Político de la Universidad de Salamanca⁹⁸. En una larga conferencia pronunciada en el Ateneo de Madrid, Elorrieta comparó los sistemas políticos de Alemania e Inglaterra, y llegó a esta interesante conclusión: “los dos pueblos citados representan ideas y sentimientos que se completan mutuamente”. A continuación, afirmó que “la civilización europea en su esfera política (era) el producto de ambas tendencias”⁹⁹. Elorrieta defendía, por tanto, la europeidad de Alemania y, al mismo tiempo, alababa el liberalismo inglés¹⁰⁰. Además se opuso a la neutralidad impuesta y estaba a favor de que cada persona expresara libremente sus preferencias. Con ese pensamiento, no es de extrañar que lanzara la idea de que los países neutrales podían contribuir a “mantener firme el concepto de la unidad de la civilización europea”, un objetivo que había motivado la creación, en Europa y América de varias iniciativas, entre las que destacaba “la liga de la unidad moral de Europa”, en clara referencia al grupo de Eugeni d’Ors¹⁰¹.

4.3.2. Els Amics d’Europa: las múltiples caras del discurso europeísta

Después de la publicación del manifiesto, el *Comitè d’Amics de la Unitat Moral d’Europa* no parece que tuviera una gran actividad a la hora de difundir sus ideas¹⁰². Fue el propio Eugeni d’Ors quien se encargó de dar publicidad a su grupo a través del *Ampli Debat*, una serie de glosas sobre la guerra y la necesidad de la unidad moral de Europa, que sustituyó a las *Lletres a Tina*¹⁰³.

Una vez concluida esta primera etapa, el siguiente paso estuvo dirigido hacia una mayor difusión de las ideas europeístas. La mejor forma de llevar a cabo este objetivo, según D’Ors, era a través de la creación de la revista del grupo, que llevaría por nombre *Els Amics d’Europa*. Xènius advertía de que esta nueva publicación no nacía con grandes aspiraciones: “*Serà una publicació molt humil. No sortirà al carrer; no es*

⁹⁸ Elorrieta sería, después de la guerra, miembro de la Asociación Española pro Sociedad de Naciones y del grupo español de la Federación Internacional de Cooperación Europea. Fue, además, uno de los autores más destacados en el estudio de la política internacional del momento.

⁹⁹ Tomás ELORRIETA: “La guerra europea y los sistemas políticos de Inglaterra y Alemania”, *Nuestro Tiempo*, 194, febrero de 1915, pág. 169.

¹⁰⁰ Aunque normalmente se realizaba la contraposición entre Francia y Alemania, el hecho de que Elorrieta escogiera el sistema británico como uno de los elementos de la comparación se explica, posiblemente, por la mayor antigüedad del liberalismo inglés.

¹⁰¹ *Ibid.*, pág. 172.

¹⁰² Maximiliano FUENTES CODERA: *El campo de fuerzas...*, pág. 164.

¹⁰³ En este *Ampli debat*, que se prolongó desde febrero hasta abril de 1915, informaba periódicamente de las adhesiones que iba recibiendo.

*vendrà al quiosc, no esvalotarà matinades ni vespres de Barcelona. Anirà a trobar directament sos fidels –però anirà a trobar-los tan lluny con ells es trobin”*¹⁰⁴.

El primer número, publicado en julio de 1915, llevaba en portada el segundo manifiesto del *Comitè d’Amics* que necesitó de una extensa nota introductoria para recordar al público lector cuáles eran los objetivos y motivaciones de este grupo creado sólo ocho meses antes¹⁰⁵. En el nuevo texto, que por su estilo no parece que fuera escrito por Eugeni d’Ors, se arremetió duramente contra los dos bandos que aparecieron en España a raíz de la guerra. En concreto, se acusaba a germanófilos y aliadófilos de menospreciar a Europa, ya que “*els uns declaraven fallida la civilització, en vista del fet de la guerra; en tant que els altres abominaven de l’unitat, considerant-la caducada per sempre*”. Este contexto de crispación, según se afirmaba categóricamente en el nuevo manifiesto, había interrumpido la obra y el sentido del espíritu europeísta que recorrió la España del siglo XIX, que tenía como objetivo “*l’incorporació de la vida espanyola a les normes modernes i unitàries del general viure europeu*”. Para los seguidores del europeísmo orsiano, la actitud de buena parte de la intelectualidad española estaba alejando a la nación del faro representado por Europa. Aunque en el primer manifiesto ya se lamentó esta situación, es justo en este momento cuando los defensores de la unidad moral de Europa rompieron de forma oficial y definitiva con la interpretación mayoritaria de la guerra, coincidiendo con uno de los momentos de mayor agitación intelectual¹⁰⁶. Siguiendo la lógica del manifiesto, el objetivo del mismo estaba claro: dado que aliadófilos y germanófilos tenían una visión demasiado ideologizada y parcial de las terribles consecuencias de este conflicto, el grupo barcelonés no tuvo más remedio que erigirse como el único defensor de la idea de Europa y de su unidad cultural.

Pese a este intento desesperado, el grito de protesta del *Comitè* no encontró destinatario y su incidencia en la polémica entre aliadófilos y germanófilos fue más bien

¹⁰⁴ Eugeni D’ORS: *Glosari 1915...*, pág. 232 (28 de junio de 1915) La revista tenía sólo cuatro páginas y, a lo largo de sus cuatro años de vida, contó hasta con tres épocas distintas: la primera, de julio a septiembre de 1915; una breve reaparición durante el mes de enero de 1916, y la tercera y definitiva época, que se prolongó desde octubre de 1917 hasta febrero de 1919. Además, la publicación se vendía junto a otros periódicos de ámbito regional, por lo que su tirada no sería muy elevada. Véase Maximiliano FUENTES CODERA: *El campo de fuerzas...*, pág. 273.

¹⁰⁵ “Segon Manifest del Comitè d’Amics de la Unitat Moral d’Europa”, *Els Amics d’Europa*, 11 de julio de 1915. Las traducciones al francés y al castellano se publicaron en los números posteriores. La nota introductoria puede consultarse en Paul AUBERT: *Els espanyols et l’Europe...*, págs. 122-123.

¹⁰⁶ El manifiesto de Adhesión a las Naciones Aliadas se publicó en España sólo dos días antes, el 9 de julio de 1915.

nula¹⁰⁷. A pesar de este fracaso, la revista de *Els Amics d'Europa* dio voz a intelectuales que realizaron valiosas aportaciones. Es el caso de Andreu Nin, que durante la guerra se declaró como un europeísta convencido¹⁰⁸. Es posible que el futuro dirigente del POUM no se sintiera del todo cómodo con el catalanismo aliadófilo, pero por otro lado el concepto de los Estados Unidos de Europa gozaba de una cierta aceptación en los círculos socialistas. Nin se encontraba en un periodo de reflexión ideológica, por eso no resulta tan extraño que publicara un artículo en la revista impulsada por D'Ors y sus colaboradores¹⁰⁹. En su texto, distinguió entre dos tipos de Europa: la del espíritu, que preservaba la “*indestructible*” unidad de la idea europea, y la de la fuerza, encarnada por los beligerantes. Al mismo tiempo, rechazaba cualquier explicación que interpretara la guerra como una confrontación entre dos antítesis, como la libertad contra la tiranía, o el progreso contra la reacción. Nin, que por entonces había trabajado como maestro de escuela¹¹⁰, recordó en su texto el concepto de europeización que se desarrolló en España entre finales del XIX y principios del XX, al tiempo que hacía pública su idea de Europa, que no era “*ni la cultura francesa, ni l'anglesa, ni l'alemanya, sinó l'esperit de les cultures europees, la Intel·ligència europea, la Inquietud europea, l'Esforç europeu*”. En definitiva, Europa era la suma de todas las culturas, de todas las naciones, un punto de vista que estaba en total sintonía con el pensamiento de Eugeni d'Ors: “*les nacions europees són necessàries per a la realització de l'ideal que els és comú: la Unitat moral*”.

Sobre la forma de llevar a cabo esta unidad moral, Nin no estaba completamente seguro. En el artículo sugería que se haría mediante los Estados Unidos de Europa, una fórmula que consideraba como “*utópica teoría*”. Unas semanas después, cuando participó en la citada encuesta de *La Revista* sobre Cataluña y la Gran Guerra, despejó cualquier atisbo de duda¹¹¹. Ante la pregunta de qué lecciones tenía que sacar Cataluña de los acontecimientos actuales, respondió “*la unió de tots els pobles europeus sota la*

¹⁰⁷ De hecho, en el primer ejemplar de la tercera y última época de la revista, el escritor Alfons Maseras volvería a atacar a estos dos grupos de opinión: “*cap dels dos grups bel·ligerants representa la vera civilització, per que [sic] en cap d'ells s'integra la Civilització una*”. Alfons MASERAS: “Civilització i Unitat moral”, *Els Amics d'Europa*, 1 de octubre de 1917, pág. 1.

¹⁰⁸ En 1917 se unió al PSOE, y pocos años después fue uno de los fundadores del Partido Comunista de España.

¹⁰⁹ Andreu NIN: “Europa una i múltiple”, *Els Amics d'Europa*, 24 de julio de 1915. Está disponible en el *Marxists Internet Archive*: <http://www.marxists.org/catala/nin/1915/07/24071915.htm>.

¹¹⁰ Nin ejerció como maestro de escuela entre 1911 y 1914. A partir de ese año colaboró con distintos medios de comunicación catalanes. También intensificó su relación con el PSOE, partido político del que era militante desde 1911. Véase José María ZAVALA: *En busca de Andreu Nin*, Barcelona, Plaza y Janés, 2005, págs. 53-54.

¹¹¹ “Catalunya davant la guerra europea”, *La Revista*, 10 de agosto de 1915, pág. 11.

forma federativa” era la única fórmula capaz de garantizar la paz y asegurar los derechos de las pequeñas naciones. Nin no fue el único que defendió esta postura. El sacerdote Joan Avinyó confiaba en que los intelectuales afines a *Els amics d’Europa* contribuyeran a la creación de un clima favorable para la formación de unos Estados Unidos de Europa, por supuesto con la participación de todos los países miembros, sin excepciones¹¹². Las corrientes nacionalista y socialista –entendida esta última desde los postulados del obrerismo cristiano– iban a dominar, según Avinyó, la política internacional después de la guerra. La nueva Europa se construiría, por tanto, con las nacionalidades como piedra angular, un planteamiento mucho más próximo, por ejemplo, al catalanismo radical de Rovira y Virgili, y totalmente opuesto al de Manuel Reventós.

La aportación de Avinyó resulta interesante porque intentó adaptar su marcado discurso nacionalista –en el texto llega a reclamar que en la futura conferencia de paz se devolviera a Cataluña el Rosellón y la Cerdaña– a una cuestión mucho más cosmopolita. Como ya había ocurrido en otras ocasiones, el europeísmo volvía a encontrarse con el nacionalismo, y de nuevo se recurrió al punto intermedio para salir de este embrollo: en opinión de Avinyó, la estructura federal que se crearía después de lograr la paz recuperaría la ansiada unidad moral y garantizaría, además, la “*cohesió espiritual entre pobles heterogenis*”. Esto reforzaba la idea de que los Estados Unidos de Europa eran perfectamente compatibles con los intereses nacionales de Cataluña.

Siguiendo con la cuestión nacional, que poco a poco empezó a tener más protagonismo en la revista, el filósofo Josep Maria Capdevila, muy activo durante la tercera y última época de la revista, aseguró en un artículo que la unidad de Europa no implicaba “*una fusió espiritual de les nacions*”. En todo caso, esta unidad estaría sustentada por la “*comprensió mútua*”, ya que nadie pretendía eliminar las naciones¹¹³. En su opinión, el hecho de que existieran diferencias entre las naciones, como la lengua o la cultura, era perfectamente compatible con el espíritu europeo que estaba en cada uno de estos territorios. Por eso, la convivencia pacífica en el continente –entre esas naciones que formaban un todo– sólo se vería comprometida cuando se obviara la existencia de ese espíritu común y se diera más importancia al orgullo nacional, justo lo que estaba ocurriendo desde 1914. Por eso, para Capdevila y otros simpatizantes del

¹¹² Joan AVINYÓ: “La Unitat moral d’Europa”, *Els amics d’Europa*, 4 de septiembre de 1915. El artículo está recogido en la antología de David MARTÍNEZ FIOL: *El catalanisme i la Gran Guerra...*, págs. 100-102.

¹¹³ Josep Maria CAPDEVILA: “Els pobles oberts”, *Els amics d’Europa*, 1 de abril de 1918, págs. 49-50.

Comité d'Amics, D'Ors incluido, la nación –o más concretamente el Estado-Nación– no se puso en duda en ningún momento. Capdevila insistió sobre esta cuestión en otro artículo, en el que afirmo que, si el futuro iba a estar plagado de agrupaciones de naciones, la mejor forma de articularlas sería mediante la creación de federaciones. En ese momento, las luchas bélicas llegarían a su fin y se sustituirían por “*una lluita desenrotllada sense pèrdues tal volta irreparables, harmònica com un bell joc*”¹¹⁴. Capdevila defendía, pues, que dentro de la futura federación europea hubiera una pugna legítima por el poder entre todas las partes, y por eso rechazaba cualquier tipo de dominio perpetuo por parte de una nación concreta. Esta defensa del concepto de nación se remató con la reproducción de un artículo del filósofo y nacionalista polaco Lutoslawski, que aseguraba que podía demostrar la inmortalidad metafísica de todas y cada una de las naciones¹¹⁵. Del “eterno” espíritu europeo, en cambio, apenas se hablaba ya.

De los artículos analizados se desprende que el concepto de nación fue ganando cada vez más peso, hasta el punto que acabó por hacer sombra a una unidad moral de Europa que en teoría estaba por encima del sentimiento nacional. Además, en los meses previos al fin de la guerra, la idea de una liga universal de naciones también empezó a copar las páginas de la revista. Esta situación revela los evidentes signos de agotamiento de la idea de Europa no sólo en la línea editorial de esta publicación, sino en términos generales. El futuro que muchos habían imaginado, y que parecía que inevitablemente pasaría por algún tipo de organización supranacional europea, acabo mutando en una Sociedad de Naciones universal, intergubernamental y manifiestamente imperfecta. Las soberanías nacionales volvieron a imponerse una vez más a los proyectos europeístas, a pesar de que en la mayoría de reflexiones se había defendido el necesario equilibrio entre los Estados y la organización europea.

¹¹⁴ ID.: “Federació”, *Els amics d'Europa*, 15 de mayo de 1918, pág. 64.

¹¹⁵ Wincenty LUTOSLAWSKI: “La nació com a realitat metafísica”, *Els amics d'Europa*, 1 de julio de 1918, págs. 75-76. D'Ors ya mostró su interés por este autor en una de sus glosas y aseguraba que “*una Pàtria és una categoria metafísica*”. Eugeni D'ORS: *Glosari 1915...*, pág. 336.

CAPÍTULO 5. LA IRRUPCIÓN DEL DISCURSO UNIVERSALISTA EN ESPAÑA (1918-1922): ¿EL OCASO DEL EUROPEÍSMO?

5.1. El papel de España en la inmediata posguerra

Tras casi cuatro años y medio de guerra y cerca de cuarenta millones de bajas entre muertos, heridos y desaparecidos, el 11 de noviembre de 1918 se firmó el armisticio entre las potencias aliadas y el imperio alemán. A partir de ese momento dio comienzo una nueva etapa no exenta de incertidumbres en la que los objetivos que se fijaron tenían que ver con el afianzamiento de una paz duradera y estable por un lado, y con el establecimiento de las bases de un nuevo orden internacional por otro. En sólo cinco meses, las naciones consensuaron el borrador del pacto de una sociedad o liga de naciones, lo que prueba la importancia trascendental que tenía planificar cuanto antes el futuro inmediato. Cualquier solución pasaba por la implantación de algún sistema de cooperación entre países que, a diferencia de las muchas propuestas lanzadas durante la contienda, no tendría carácter europeo, sino universal o intercontinental.

5.1.1. Wilson, el arquitecto de la paz y el universalismo

El principal promotor de esta idea, Woodrow Wilson, ya había avanzado su intención de crear una institución que velara, entre otros asuntos, por la paz, la reordenación de Europa y la concordia entre territorios. Estos compromisos estaban contemplados en sus célebres Catorce Puntos en enero de 1918. Con la guerra recién concluida, el presidente norteamericano estaba incluso más convencido de llevar a cabo este plan y de intervenir directamente en la política europea. Para tal fin, su presencia en París durante las conversaciones de paz se hizo todavía más necesaria. Tras haber tenido un papel determinante en la última parte de la guerra, Wilson se encontraba en disposición de discutir de igual a igual con sus aliados europeos, aunque era consciente de que Francia y Gran Bretaña intentarían limitar en lo posible la participación de EE.UU. en las negociaciones¹:

¹ John Milton COOPER, Jr.: *Woodrow Wilson. A biography*, Nueva York, Alfred A. Knopf, 2009, (Libro electrónico), loc. 9634.

“I infer that the French and English leaders desire to exclude me from the Conference for fear I might there lead the weaker nations against them. ... I believe that no one would wish me to sit by and try to steer the conference from the outside”.

Wilson asumió desde un primer momento el rol de defensor de los derechos de los pueblos que se habían visto involucrados en la guerra y que ahora reclamaban su autodeterminación. La Sociedad de Naciones sería, según el presidente norteamericano, el único mecanismo capaz de garantizar la supervivencia de estos Estados durante la posguerra. Wilson no quería desaprovechar la oportunidad histórica de crear un mundo mejor, más seguro y más justo, por lo que finalmente dio luz verde a su plan de defender personalmente sus ideas ante los aliados europeos. Después de una travesía de una semana a bordo del buque SS George Washington, llegó a París, una ciudad que se convertiría en la capital política mundial en los siguientes meses. Independientemente del golpe de autoridad que supuso su presencia para el resto de líderes europeos, su periplo tuvo una elevada carga simbólica. No era nada habitual que un mandatario americano pisase tierras europeas, en una época en la que la aeronáutica estaba empezando a desarrollarse. De hecho, esta situación no volvería a repetirse hasta un cuarto de siglo después, cuando Franklin D. Roosevelt visitó el mismo día las instalaciones aliadas de Malta y Sicilia en plena Segunda Guerra Mundial².

5.1.2. El encuentro de Wilson con Romanones

Consciente de la trascendencia histórica de este momento, el Conde de Romanones inició, nada más concluir la guerra, los pertinentes contactos diplomáticos para lograr una entrevista con Woodrow Wilson en París. Según se desprende de la documentación conservada, Romanones quería, además, que el presidente estadounidense mediara para que España tuviera voz en la futura Conferencia de Paz, una aspiración que al final no pudo lograrse³. El viaje a París tuvo un importante componente propagandístico. No hay que descartar tampoco que Romanones buscara un golpe efecto para afianzar su posición dentro de su partido o del Gobierno, el tercero

² Véase

http://en.wikipedia.org/wiki/List_of_international_trips_made_by_the_President_of_the_United_States.

³ Los pasos para conseguir la entrevista comenzaron a finales de noviembre de 1918, cuando Romanones ocupaba la cartera de Estado en el breve gobierno de García Prieto. El 15 de diciembre el Conde recibió el encargo de Alfonso XIII de formar un nuevo gobierno. Véase José Antonio MORENO JIMÉNEZ: “Las relaciones hispano-norteamericanas en los años de la Primera Guerra Mundial”, *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 24 (2004), pág. 35.

que se constituía en España en el año 1918⁴. En aquel 18 de diciembre, el Conde recordó en sus memorias que disfrutó de una “despedida entusiasta” organizada no sólo por “amigos y correligionarios”, sino también por “personas de alta significación” que no compartían sus ideas políticas⁵.

El viaje de Romanones suponía, en la práctica, el regreso de España a la política europea de la que había estado ausente entre 1914 y 1918. Aunque la neutralidad podía constituir un activo interesante para participar en las negociaciones de paz, el Conde sabía que la postura neutral defendida durante más de cuatro años había dejado al país en la periferia del nuevo orden internacional, en una posición al menos tan irrelevante como a principios de siglo. En su célebre artículo “Neutralidades que matan”, Romanones ya advirtió de los problemas que tendría España en el futuro si no realizaba un acercamiento estratégico hacia las naciones aliadas. El 20 de diciembre de 1918, en medio de una ajetreada jornada de trabajo en París, pudo comprobar de primera mano que sus temores no eran infundados. Durante la mañana mantuvo una breve entrevista con el primer ministro francés Georges Clemenceau, que se mostró distante y poco afable. Por la tarde fue recibido por Víctor Manuel II, el rey de Italia, que hizo gala de su cordialidad; no así Sonnino y Orlando, respectivamente el Ministro de Asuntos Exteriores y el Primer Ministro del país transalpino, que despacharon con Romanones durante escasos minutos⁶.

El encuentro con Woodrow Wilson fue, sin duda, el más esperado. Tuvo lugar en el lujoso hotel Crillon hacia las ocho de la tarde, y se prolongó durante cerca de cincuenta minutos⁷. Antes de entrar en detalles, hay que señalar que las expectativas creadas no se correspondieron con los resultados obtenidos en dicha reunión⁸. Romanones buscaba el apoyo –implícito o explícito– de Wilson en los principales ámbitos de actuación de la política internacional española de ese momento, es decir,

⁴ Los gobiernos precedentes fueron los de Maura (marzo-noviembre) y García Prieto (noviembre-diciembre)

⁵ Conde de ROMANONES (Álvaro de Figueroa y Torres): *Notas de una vida*, Madrid, Marcial Pons, 1999, pág. 432.

⁶ Las crónicas de estos encuentros pueden leerse en los principales diarios de la época, como por ejemplo en la edición de *El Sol* del 21 de diciembre de 1918, pág. 1. El presidente español dedicó unas pocas líneas a estos encuentros en sus memorias. Conde de ROMANONES: *Notas de una vida...*, págs. 432-433.

⁷ Antonio MONTERO JIMÉNEZ: *El despliegue de la potencia americana...*, pág. 484.

⁸ De acuerdo con las notas que se tomaron de la reunión, Wilson se mostró esquivo y no mostró especial interés por los asuntos que Romanones quiso tratar. *Ibid.*, pág. 482-484.

América y Filipinas, Mediterráneo, Marruecos, Gibraltar y Portugal⁹. El futuro o la reconstrucción de Europa carecían de interés para la diplomacia española. La reacción de Wilson no fue demasiado entusiasta, y únicamente se limitó a asentir y a realizar comentarios poco comprometedores. A propósito de los pobres resultados de la entrevista, el intelectual izquierdista Luis Araquistain recriminó a Romanones la visita, ya que en su opinión la presencia de España en París estaba fuera de lugar¹⁰:

“A mi juicio, el momento no ha podido ser más desfavorable. Los estadistas aliados trabajan afanosamente por ponerse de acuerdo sobre los preliminares de la paz. Podemos imaginarnos la displicencia que debe suscitar en ellos la visita de un señor de un país neutral que viene a hablarles de fastidiosas vaguedades o de problemas tan accesorios para el mundo como Marruecos, Tánger, tratados de comercio con España y tal vez Cataluña”.

En el Congreso de los Diputados también se levantaron voces críticas desde la bancada reformista. Augusto Barcia reconocía que los asuntos de política interior tenían que estar “armonizados, enlazados y sistematizados con orientaciones de carácter internacional”. En su intervención, insinuó que Romanones acudía a París para evitar que España siguiera aislada internacionalmente, un propósito de enmienda que, según Barcia, llegaba demasiado tarde, pues la neutralidad había incapacitado a España “para poder llegar la voz de España en los instantes en que se (iban) a operar las grandes transformaciones en Europa”¹¹.

En efecto, el viaje a París confirmó, para disgusto de Romanones, el estatus de potencia secundaria de España dentro del continente europeo. Las razones de esta situación, aunque tenían relación con la neutralidad observada, hay que buscarlas en la evolución de la política internacional de España desde principios del siglo XX. Aunque se ha llegado a hablar de un cierto “redescubrimiento de Europa” después del “Desastre” de 1898, los ejes principales de la política exterior se habían situado sobre todo en el Mediterráneo, el norte de África e Hispanoamérica¹². La diplomacia y los

⁹ En realidad, estas cinco áreas son los epígrafes de documento de trabajo con los asuntos más importantes a tratar en la reunión con Wilson. Este documento salió a la luz gracias a las investigaciones de Antonio Montero. Véase ID: “Las relaciones hispano-norteamericanas”..., pág. 36.

¹⁰ Luis ARAQUISTAIN: “Romanones a París. Un viaje lamentable”, *España*, 26 de diciembre de 1918, pág. 3.

¹¹ *Diario de Sesiones del Congreso de los Diputados*, 21 de enero de 1919, págs. 3634-3635.

¹² Sobre el “redescubrimiento de Europa”, véase Florentino PORTERO: “España, entre Europa y América: un ensayo interpretativo”, *Ayer*, 49, (2003), págs. 203-217. Sobre la mayor atención a África y América en este período, Juan Carlos PEREIRA CASTAÑARES y José Luis NEILA HERNÁNDEZ:

distintos gobiernos tomaron una dirección completamente distinta a la de los intelectuales europeístas que en las dos primeras décadas del siglo XX intentaron unir la realidad española al contexto europeo.

5.2. España en el nuevo orden internacional: la imagen de la Sociedad de Naciones

La principal aportación de los Tratados de Paz de París al derecho internacional fue la creación de la Sociedad de Naciones (SDN). Esta institución estaba vinculada al pensamiento universalista y, por tanto, a valores como la paz, la solidaridad, la justicia o la cooperación internacional. Se trata de una idea que en ningún caso puede considerarse como nueva u original. Ya se había propuesto siglos atrás, e incluso tuvo un precedente directo principios del siglo XX en la Conferencia de la Haya, un organismo con aspiraciones universalistas que, sin embargo, no llegó a cumplir con sus objetivos. Wilson fue el impulsor de la SDN, pero no fue ni mucho menos el único, ya que desde Francia o Reino Unido también se realizaron valiosas aportaciones¹³.

La SDN se convirtió durante los primeros meses de 1919 en la gran esperanza para los defensores de la paz. Sin lugar a dudas, la entrada de Estados Unidos en la guerra y la personalidad carismática de Wilson habían contribuido a que en la última fase del conflicto se modificara la visión del futuro que se había ido construyendo hasta ese momento¹⁴. La defensa cerrada que el presidente estadounidense hizo del universalismo atenuó los deseos de unificación europea que, como vimos en el anterior capítulo, en ningún momento se plasmaron en una propuesta concreta ni tampoco contaron con el respaldo de destacados dirigentes políticos.

A diferencia de los proyectos europeístas, la SDN se concibió como una organización mucho menos ambiciosa, más próxima a posturas intergubernamentales que supranacionales. Las potencias aliadas acordaron que contaría con un órgano

“La España de Alfonso XIII en el sistema internacional de posguerra (1919-1931)”, *Historia Contemporánea*, 34 (2007), pág. 119.

¹³ Wilson era seguidor de la *League to Enforce Peace*, una organización creada en 1915 que abogaba por la creación de estructuras que garantizaran una paz estable. La visión británica, liderada por la *League of Nations Society* rebajó considerablemente el poder de la SDN y se aseguró de que ésta tendría una escasa injerencia en la soberanía nacional de los Estados miembros. Francia, por su parte, incorporó al texto del tratado el concepto de seguridad colectiva, con el objetivo de minimizar en lo posible un hipotético ataque alemán en el futuro. Véase José Luis NEILA HERNÁNDEZ, *La Sociedad de Naciones*, Madrid, Arco-Libros, 1997, págs. 15-18.

¹⁴ Sobre este cambio, véase el artículo de Manuel CIGES APARICIO: “La Sociedad de Naciones”, *El Imparcial*, 13 de noviembre de 1918, pág. 1.

legislativo y codecisión, y otro de carácter ejecutivo¹⁵. El primero de ellos, la Asamblea, tendría la función de representar a los países adheridos al pacto. En un primer momento sólo se invitó a participar a aquellos países que habían estado del lado de los aliados, así como a los Estados que permanecieron neutrales durante la guerra. En cambio, los países derrotados como Alemania estuvieron vetados durante años. De esta forma, el carácter universal de la SDN quedaba en entredicho, lo cual generó muchas críticas entre los expertos. Volviendo a la estructura de la Asamblea, cada miembro contaba con un solo voto y se establecía que, salvo que se dispusiera lo contrario, todas las decisiones serían adoptadas por unanimidad (Artículo 5.1.) De esta forma los intereses de los Estados estarían por encima de los de la organización, por lo que las situaciones de bloqueo serían frecuentes.

En un escalón jerárquicamente superior se situaba el Consejo de la SDN, formado por “representantes de las principales Potencias Aliadas y asociadas”, es decir, Francia, Gran Bretaña, Italia, Japón y Estados Unidos. Como es sabido, pese a ser el principal impulsor, Estados Unidos nunca llegó a formar parte de la Sociedad de Naciones porque la mayoría republicana del Senado –Wilson era demócrata– no ratificó la adhesión del país al pacto. Además de las naciones aliadas, había otros cuatro asientos no permanentes reservados para los demás países. Al igual que en la Asamblea, estaba previsto que las decisiones del Consejo se adoptaran principalmente por unanimidad¹⁶. Por último, la SDN también contaba con una secretaría general, una especie de comisión permanente que velaba por el cumplimiento de las decisiones acordadas en los periodos en los que Asamblea o el Consejo no estuvieran reunidos.

Como se puede observar, este organismo internacional se diseñó teniendo en cuenta los intereses de los Estados que la componían. Por se primó su carácter intergubernamental y no tanto su desarrollo autónomo como ente supranacional. Siguiendo el razonamiento de Frederick Northedge, el pacto firmado en París “*was unhesitatingly based on national sovereignty*”¹⁷. Para Adam Watson, la SDN debe entenderse como el primer intento de constituir una nueva sociedad global que aspiraba a un nuevo orden mundial, aunque en la práctica esta organización estuvo sometida a

¹⁵ El contenido del pacto de la Sociedad de Naciones que se firmó en Versalles el 28 de junio de 1919 puede consultarse en castellano en http://ocw.uc3m.es/periodismo/periodismo-internacional-ii/lecturas/leccion-7/Pacto_de_la_Sociedad_de_Naciones.pdf.

¹⁶ Por ejemplo, en caso de divergencia grave entre dos miembros de la Sociedad, el Consejo tendría que redactar y publicar un informe con soluciones que podría ser aprobado bien por unanimidad o por mayoría (Artículo 15.4)

¹⁷ Frederick S. NORTHEDGE: *The League of Nations: its life and times*, Leicester, Leicester University Press, 1986, pág. 52.

los intereses nacionales de las principales potencias¹⁸. Por último, Zara Steiner coincide con los autores citados e insiste en el carácter nacional e intergubernamental de la SDN porque¹⁹

the sovereign state was the only source of the League's power [because] the League of Nations was never intended to be a superstate. It was an experiment in internationalism at a time when the counterclaims of nationalism were running powerfully in the opposite direction”.

Muy pronto se pudo comprobar que la SDN no iba a provocar ningún cambio radical en lo concerniente a las formas de gobierno existentes. El 14 de febrero se hizo público el primer borrador del tratado, un texto que sirvió de base para el documento final que se aprobaría en junio. En su articulado, como hemos visto, se reforzó la integridad o soberanía nacional de los Estados, pero no sólo eso: este paradigma iba a convertirse en la piedra angular de un ente que tendría una naturaleza internacional, pero que en ningún caso podría considerarse como universal.

5.2.1. La adhesión de España a la SDN, un ejercicio de oportunismo político

Tras quedar excluido de las negociaciones de paz, el Gobierno de Romanones no renunció a tener presencia en el futuro orden internacional. La invitación para formar parte de la SDN se daba por descontada, razón por la cual se creó por Real Decreto una comisión para estudiar la conveniencia de la participación de España en la nueva organización²⁰. Según podemos leer en la exposición de motivos, el ejecutivo español reconocía que había llegado el momento de

“hacer perdurable la paz entre los diversos Estados reemplazando en la resolución de los conflictos la fuerza por el derecho y asentando como supremas normas de la vida internacional la libertad de los pueblos y la justicia en sus relaciones”.

Esta declaración de principios confirmó la institucionalización del wilsonismo, una postura que, en realidad, no difería demasiado de los planteamientos del europeísmo

¹⁸ Adam WATSON: *The Evolution of International Society: A comparative historical analysis*, Londres – Nueva York, 2009, págs. 282 y 284.

¹⁹ Zara STEINER: *The Lights that Failed. European International History 1919-1933*, Oxford, Oxford University Press, 2005, pág. 349.

²⁰ *Gaceta de Madrid*, 10 de diciembre de 1918, págs. 933-934.

político. En el texto del Real Decreto quedaba claro que, para el Gobierno, la posibilidad de una unión duradera y estable entre países no sólo había abandonado el campo de la utopía, sino que se había convertido en uno de los asuntos principales a debatir en París. Ante la importancia de esta cuestión, el Ejecutivo quiso evaluar desde el primer momento las consecuencias que tendría este nuevo contexto en “los intereses y conveniencias nacionales”.

Los miembros designados para integrar la comisión representaban a los principales partidos y sensibilidades políticas: como presidente se escogió a Antonio Maura; por su parte, Manuel García Prieto y el marqués de Alhucemas ejercieron como vicepresidentes. En cuanto a los vocales, se eligió a Joaquín Sánchez de Toca, Augusto González Besada, Valeriano Weyler, Rafael Gasset, Juan de la Cierva, Santiago Alba, Augusto Miranda, el vizconde de Eza, Joaquín F. Prida, Melquíades Álvarez, Manuel González Hontoria. Por último, Emilio de Palacios ocupó las funciones de secretario general²¹. De entre todos los nombres, llama la atención la designación de Antonio Maura como presidente de la comisión, sobre todo porque durante la Gran Guerra este político mantuvo una postura cercana a la germanofilia y defendió a ultranza la neutralidad española. En algunos momentos, sobre todo a partir de 1917, incluso criticó con dureza la actitud de Francia y Reino Unido –a los que llegó a identificar como enemigos de España– mientras que no vaciló en justificar las acciones promovidas por Alemania²².

En el mes de febrero de 1919, cuando la comisión estaba en proceso de deliberación, Maura pronunció una conferencia sobre la SDN en el Centro del Ejército y de la Armada²³. En los concurridos salones cedidos para la ocasión se encontraban destacados representantes del estamento militar, como el general Miguel Primo de Rivera. En la primera parte de su discurso, Maura reivindicó la decisiva contribución de España en el desarrollo del pensamiento universalista. No dudó en identificar a Francisco de Vitoria, Domingo de Soto y otros teólogos y filósofos del siglo XVI y

²¹ La comisión estaba compuesta, de acuerdo a lo estipulado en el artículo 2 del Real Decreto, de la siguiente forma: siete miembros designados por el Gobierno (entre los cuales estaba el Jefe de la Sección de Política del Ministerio de Estado, que ejercería como secretario) y otros siete nombrados por distintos organismos como la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas o el ejército, entre otros.

²² Un ejemplo de esta opinión se encuentra en el multitudinario mitin que celebró a finales de abril de 1917. Véase “El discurso del Sr. Maura”, *ABC*, 30 de abril de 1917, págs. 5-9. Citado en Fernando DÍAZ-PLAJA: *Francófilos y germanófilos...*, págs. 153-159.

²³ La conferencia completa se puede consultar en “Las fuerzas militares y la Sociedad de las Naciones”, *La Acción*, 16 de febrero de 1919, págs. 1-2. Hay un extenso resumen de la misma en “Don Antonio Maura habla de la Sociedad de las Naciones”, *La Ilustración Española y Americana*, 22 de febrero de 1919, págs. 104-105.

XVII como precursores del derecho internacional actual. En cuanto a la SDN, Maura se hizo eco del debate sobre su funcionamiento y su composición, una polémica que recuerda a la que se generó en torno a la unidad europea y a la conveniencia del modelo intergubernamental o supranacional. Para el político conservador, la SDN tenía que convertirse en general e inclusiva. Dicho de otra forma, debía ser plenamente universal porque, si se excluía a algunas naciones, temía que en el futuro pudiera desarrollarse un escenario bélico o prebélico con dos o más coaliciones enfrenadas. Por eso, afirmaba que

“el sentido común nos dice que deben ser invitadas a la Liga y admitidas en ella, en la Sociedad de la Naciones, todas las que puedan guerrear, todas aquellas con quienes es posible la guerra, puesto que se trata de hacer una Asociación que impida la guerra; deberá abarcar todos los continentes y todas las razas y todas las civilizaciones, sin exclusión alguna; tal es el concepto y tal debe ser”.

Además, Maura rechazó de plano que la futura SDN se convirtiera en una simple alianza para la paz, sin ningún tipo de política común y fundamentada “sobre la base de mantener íntegras las soberanías de los Estados”. El político mallorquín apostaba en cambio por un organismo internacional sólido, universal, vertebrado, con poder de decisión propio y que no vetara a ninguna nación. Esta opción implicaría algún tipo de cesión de soberanía, un asunto en el que, sin embargo, no profundizó demasiado. Durante su intervención insistía en el carácter general y universal de este organismo, y en la necesidad de que se consolidara y adquiriera protagonismo:

“si ha de haber un poder superior a las soberanías nacionales, de donde emanen decisiones, hay que constituir este poder contribuyendo los grandes y los pequeños para garantía de todos; hay que entregar a esta organización (...) una parte de la independencia, de esa independencia soberana que jamás ha consentido desmembraciones”.

El veterano líder conservador no veía otra salida para la estabilidad mundial que sacrificar parte de la soberanía nacional de cada país miembro en favor de un órgano superior. La opinión de Maura sobre esta cuestión no es muy conocida, e incluso puede sorprender, ya que la mayoría de políticos conservadores no vieron con buenos ojos la posibilidad de una Sociedad de Naciones. De acuerdo con José Luis Neila, dirigentes

como Dato, por ejemplo, temían que el organismo internacional impulsado por Wilson constituyera una amenaza para la independencia de España²⁴.

El 15 de marzo de 1919, la comisión presidida por Maura entregó al gobierno su dictamen, un texto de treinta y dos páginas que tomaba como referencia el borrador que se aprobó en París justo un mes antes²⁵. Se trataba de la primera ocasión en la que un grupo de expertos españoles manifestaba su opinión por cauces oficiales sobre el nuevo orden mundial. En la introducción se observa la influencia de Antonio Maura, ya que se repitieron argumentos muy parecidos a los que el político conservador había expuesto en su conferencia. Por ejemplo, se afirmaba que el objetivo de la comisión era “ver surgir un régimen jurídico en el orden institucional que asegure una paz duradera”. Los firmantes aseguraban asimismo que, a la hora de confeccionar el dictamen, habían tenido en cuenta los intereses de España, los de la “Sociedad de las Naciones considerada en general” –es decir, en sentido amplio y no reducido– así como “los ideales de universalidad de aquélla y de igualdad jurídica entre los pueblos que la formen”²⁶. En líneas generales, los comisionados veían con buenos ojos la adhesión de España al pacto de la SDN, aunque expresaron su preocupación sobre la inevitable pérdida de soberanía que conllevaría participar en un organismo de este tipo²⁷:

“La futura Sociedad de las Naciones, aunque cimentada en la independencia política de los asociados, entrañará limitaciones nuevas a la libertad de los mismos; compromisos que, de manera permanente, restringirán la facultad de determinación de los Estados”.

Por eso, ante una cuestión tan sensible, en el Dictamen se recomendó que los términos de esta cesión de soberanía estuvieran bien precisados en el texto definitivo del pacto. En cuanto a la participación activa en el organismo, la comisión emplazó al Gobierno a que, en la medida de lo posible, España lograra un papel relevante dentro de la SDN. Así, por ejemplo, se aconsejó que se apoyara el ingreso del “mayor número

²⁴ Sobre las dudas de políticos conservadores, véase José Luis NEILA HERNÁNDEZ: “España y la Sociedad de Naciones: Un tránsito historiográfico inacabado”, *Cuadernos de Historia Contemporánea*, núm. extraordinario (2003), pág. 53.

²⁵ El texto está disponible en *Dictamen de la Comisión creada por Real Decreto de 9 de diciembre de 1918 para estudiar, desde el punto de vista de los intereses y conveniencias nacionales, la eventual constitución de una SOCIEDAD DE LAS NACIONES, y la participación de España en la misma en su plena soberanía*, Madrid, Gráfica Excelsior, 1919. Copia consultada en el Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores (AMAE), Signatura R. 1827, Expediente 9.

²⁶ *Ibid.*, pág. 13.

²⁷ *Ibid.*, pág. 15.

posible de países hispanoamericanos”²⁸. De este modo, si se lograba el concurso de un número elevado de naciones procedentes de Hispanoamérica, España tendría apoyos suficientes para conseguir una posición de privilegio dentro de la SDN. De los dos órganos de gobierno de la Sociedad, la Asamblea y el Consejo ejecutivo, el segundo tomaría las decisiones más importantes, y España aspiraba a conseguir uno de los cuatro puestos no permanentes. En este punto, el dictamen no podía ser más claro: “Ninguna otra nación estaría más indicada que España para ser uno de esos cuatro Estados”. Las razones que se esgrimieron fueron muy diversas: extensión territorial, posición estratégica, “solidaridad de raza con otros pueblos” –en clara alusión a los lazos históricos con Hispanoamérica– o la imparcialidad, un valor asociado a la neutralidad observada durante la Gran Guerra²⁹.

La SDN se entendió, por tanto, como una oportunidad única para lograr la ansiada regeneración internacional de España. La batalla por lograr un puesto no permanente en el Consejo se saldó de manera satisfactoria, ya que España logró ser, junto a Brasil, Grecia y Bélgica, uno de los cuatro Estados designados provisionalmente hasta que se reuniera por primera vez la Asamblea, algo que no ocurriría hasta más de un año después. A partir de ese momento, el Gobierno español tuvo una participación muy activa en los primeros pasos de la Sociedad; de hecho, llegó a organizar en San Sebastián una sesión del Consejo en agosto de 1920. Unos meses después, en noviembre de ese mismo año, España refrendó su puesto como miembro no permanente en el Consejo en el primer pleno de la Asamblea, al resultar elegida junto a Brasil, Bélgica y China, que sustituyó a Grecia³⁰.

La entrevista con Wilson y otros mandatarios de las potencias aliadas, así como el repentino interés por formar parte de la SDN y ocupar uno de los asientos no permanentes del Consejo ejecutivo, muestran que, desde un principio, los distintos gobiernos españoles le concedieron a la nueva institución radicada en Ginebra un valor esencialmente instrumental. Más allá de los buenos deseos y de una tímida defensa del universalismo, España comprendió rápidamente que la SDN era la puerta de entrada al

²⁸ *Ibid.*, pág. 17.

²⁹ *Ibid.*, págs. 20-21.

³⁰ Sobre la designación de España como miembro no permanente, véase Gerie Brown BLEDSOE: “La oficina española de la Sociedad de Naciones”, *Revista de Política Internacional*, 127 (1973), págs. 128-129; Gloria SOLÉ: “La incorporación de España a la Sociedad de Naciones”, *Hispania*, vol. 36, 132 (1976), págs. 131-174; Luis V. PÉREZ GIL: “El primer decenio de España en la sociedad de naciones (1919-1929)”, *Anales de la Facultad de Derecho. Universidad de la Laguna*, 15 (1998), págs. 196-202; Pedro ALGUACIL CUENCA: “España: de la Sociedad de Naciones a Naciones Unidas”, *Anales de Derecho. Universidad de Murcia*, 24 (2006), págs. 306-307.

orden internacional de posguerra, a una nueva forma de entender las relaciones diplomáticas. El problema estaba en que, para parte de la clase política e intelectual, la idea de la SDN, una vez plasmada en el Tratado de Versalles, se había desdibujado por completo en apenas unos meses y había perdido toda su aura.

Cuando se debatió en el Congreso de los Diputados la adhesión al pacto de la SDN, los portavoces de las minorías parlamentarias extradinásticas expresaron sus reservas sobre esta cuestión. Marcelino Domingo, una de las cabezas visibles del partido republicano, fue muy duro en su intervención: “la firma de la paz y la Liga de las Naciones han dejado de responder al ideal que, durante la guerra, se creyó que había de inspirar estos actos”³¹. Este ideal no era otro que la corriente democrática a la que pareció estar unida en un principio el proyecto de Wilson. Domingo y otros dirigentes situados a la izquierda del espectro político lamentaron que la democracia no fuese un requisito para ingresar en la Liga. En cambio, Luis García Guijarro, de la Comunidad Tradicionalista –un partido en las antípodas ideológicas del de Domingo– también criticó el pacto, aunque desde un punto de vista radicalmente distinto. Consideraba que la SDN podía convertirse en una “confederación tan fuerte” que, con el paso del tiempo, ahogaría “por completo las determinaciones que en lo futuro (pudieran) tener las colectividades, respondiendo siempre a aspiraciones legítimas”³². García Guijarro temía que la influencia de la SDN pudiera afectar a la soberanía nacional de los países al limitar la independencia de sus decisiones³³.

5.2.2. La Sociedad internacional que no pudo ser: el debate académico y periodístico

La idea de una SDN eclipsó, a partir de 1918, a la aspiración de los Estados Unidos de Europa. La intervención de Wilson en la guerra resultó decisiva para este cambio, ya que el Presidente estadounidense no sólo asumió el liderazgo de la coalición aliada, sino que fue el primero en dar los pasos necesarios hacia el nuevo orden mundial. El europeísmo dejó paso al universalismo, aunque hay que destacar que

³¹ *Diario de Sesiones de las Cortes*, 7 de agosto de 1919, pág. 835.

³² *Ibid.*, 836.

³³ Las palabras del político carlista dan pie a más interpretaciones y podrían estar en relación con el discurso de Vázquez de Mella durante la Gran Guerra. El líder carlista ambicionaba un imperio hispánico que englobaría tanto a Portugal como a los países hispanoamericanos. García Guijarro parece interpretar que, con la creación de la SDN y la inclusión de España, este tipo de movimientos geopolíticos no serían posibles.

posicionamientos compartían objetivos comunes, como lograr una paz duradera, fomentar la cooperación entre las naciones a través de uniones federales o confederales, limitar la soberanía de los Estados o afianzar la democracia. En realidad, algunos universalistas eran también europeístas y abogaban por algún tipo de unidad dentro del continente, pero el descrédito y la pérdida de poder de la vieja Europa, así como la influencia del pensamiento wilsoniano, contribuyeron decisivamente a que el pensamiento europeísta fuera perdiendo fuerza de forma paulatina. En 1919, el ideal de unos Estados Unidos europeos ya no tenía razón de ser. Aun con todo, la presencia del federalismo en las distintas opiniones sobre el nuevo organismo, o la constante búsqueda de un equilibrio entre las naciones que formarían parte de él, confirman que el pensamiento unitario europeísta seguía latente pese a todo³⁴.

Lo cierto es que en España, incluso durante la guerra, la idea de Europa y el término Sociedad de Naciones compartieron coordenadas ideológicas y, en algunas ocasiones, fueron prácticamente sinónimos. Por ejemplo, en la portada del diario catalanista y aliadófilo *El Poble Català* se publicó un artículo en el que se defendía el proyecto de Eugeni d'Ors de unidad europea, al tiempo que se aplaudían las manifestaciones favorables a una hipotética la Sociedad de Naciones en Francia o Estados Unidos³⁵. El autor afirmaba que sólo cuando llegara la armonía asociada a este concepto

“podran uns o altres parlar noblement de civilització, de progrés, de humanitat i de tots els bells idealismes democràtics i altruistes que han nodrit l'ànima de les [generacions] modernes. Sols llavors serà un fet aqueixa Unió moral d'Europa tant valentment defensada per Eugeni d'Ors.

Por su parte, en el célebre mitin de las izquierdas celebrado en 1917, el republicano Roberto Castrovido aseguraba que³⁶

“España, pues, como pueblo independiente, debe estar junto a los que luchan por la igualdad jurídica de los pueblos, por una sociedad de naciones iguales ante la ley y libres en su diversidad etnológica e histórica frente al peligro de un despotismo internacional”.

³⁴ De hecho, durante los primeros años de la posguerra se experimentó, paradójicamente un cierto renacer de este discurso pro europeo a pesar del despliegue de normativo y legislativo de la Sociedad de Naciones. Carl H. PEGG: *Evolution of the European Idea...*, págs. 14-22.

³⁵ X.: “Vers la Unitat moral d'Europa. La Societat de les Nacions”, *El Poble Català*, 25 de diciembre de 1916, pág. 1.

³⁶ “Entre el pueblo y la corona”, *España*, 31 de mayo de 1917, pág. 1.

De estos ejemplos se desprende que el concepto de Sociedad de Naciones respondía, en un primer momento, al deseo de que las naciones europeas pudieran alcanzar su plena independencia política para, a continuación, integrarse en algún tipo de organismo común. Su vinculación con el universalismo se produciría después, a partir de la intervención de Estados Unidos en la guerra, pero incluso a partir de ese momento en algunos círculos se seguía apostando por algún tipo de unión estrictamente europea. Es el caso de la Liga Española de Derechos del Hombre y el Ciudadano, una asociación de inspiración masónica fundada por Luis Simarro en 1913 que defendía la fraternidad universal³⁷. En noviembre de 1918, cuando ya había finalizado el conflicto, la Liga hizo pública una carta abierta dirigida a Woodrow Wilson³⁸. En ella se reprodujo literalmente una resolución planteada por la sección de Zaragoza en mayo de 1916 y que fue ratificada posteriormente en la Asamblea Nacional de la organización. El acuerdo que se planteó constaba de ocho puntos en los que se pedía, entre otras cuestiones, la regulación de los armamentos, la creación de un tribunal internacional de arbitraje o el derecho de autodeterminación de los pueblos. En el último punto se defendía “la república como forma natural de Gobierno”, y se aseguraba que la “Federación Republicana europea” sería esencial “para el mantenimiento de la paz futura”. Los dirigentes de la Liga Española destacaron, además, las semejanzas entre la resolución aprobada y los catorce puntos de Wilson, e insistieron de nuevo en la necesidad de adoptar la forma de gobierno republicana:

“Si establecemos una comparación entre vuestro pensamiento para la paz inmutable y (...) nuestra Liga Nacional, observaréis que la única diferencia esencial que entre ambos existe se refiere a la forma de gobierno, que nosotros estimamos debe ser, indefectiblemente emanada del pueblo, por el pueblo y para el pueblo”.

La Liga Española de Derechos del Hombre consideraba además, en la línea de la célebre expresión “despensa y escuela” acuñada por Joaquín Costa, que incluso con la

³⁷ Luis Simarro, primer catedrático de psicología en la Universidad Central, fue un destacado dirigente de la masonería española. Durante la guerra estuvo vinculado con la revista *España* y fue uno de los firmantes del manifiesto de la Unión Democrática Española que pidió la democratización de las estructuras políticas españolas como paso previo a la incorporación del país a la Sociedad de Naciones. Sobre la fundación y primeros años de la Liga Española de Derechos del Hombre y el Ciudadano, véase Luis P. MARTÍN: “Un instrumento de democracia: la Liga Española de los derechos del Hombre (1913-1936)”, *Derechos y Libertades: revista del Instituto Bartolomé de las Casas*, III, 6 (1998), págs. 377-384.

³⁸ “A Woodrow Wilson”, *Renovación*, 21 de noviembre de 1918, págs. 1-2.

guerra terminada y en plena vorágine universalista, el destino de España debía ligarse al de una Europa unida:

“mientras de Europa no se haga una confederación fraterna, sobre [decir] que la paz estará en peligro, habrá pueblos como España que no podrían comenzar la guerra contra la sequía de los campos ni contra la de los cerebros”.

Con la guerra terminada encontramos más ejemplos sobre los vínculos entre el europeísmo y el universalismo, aunque la balanza empezaba a inclinarse ya hacia el lado universalista. En el diario republicano *Las Circunstancias* de Reus se afirmaba que “los Estados Unidos de Europa era la utopía de unos cuantos idealistas”. Wilson, en cambio, representaba no sólo “el sentido universalista y los principios del federalismo”, sino también “la internacionalización desde arriba”³⁹. La idea de Wilson se entendía, por tanto, como más completa y evolucionada.

El universalismo, como se puede comprobar, había ganado notoriedad, sobre todo durante la última etapa de la guerra y el período de transición hasta la firma del Tratado de Versalles. Fue precisamente en este espacio de tiempo cuando se publicaron varias encuestas sobre la Sociedad de Naciones y el papel que tendría que jugar el Gobierno español en el futuro organismo⁴⁰. En la *Revista Quincenal* se preguntó entre abril y agosto de 1918 acerca de las posibilidades de este proyecto internacionalista, cuya autoría intelectual atribuían a partes iguales a Woodrow Wilson y a Su Santidad Benedicto XV. *Quincenal* era una publicación de inspiración católica, y en este tipo de prensa fue bastante habitual conceder al Obispo de Roma un protagonismo que, desde luego, no se ajustaba a la realidad. En general, la mayoría de los encuestados pensaban que una Sociedad de Naciones podía ser posible en un futuro más o menos cercano, pero lo realmente interesante de estos testimonios es que anticiparon algunos de los problemas a los que tendría que hacer frente el nuevo ente internacional.

En la primera tanda de respuestas, el intelectual reformista Luis de Zulueta ya advirtió de que el nacionalismo excluyente que había conducido a la guerra sería incompatible con el orden internacional que se estaba empezando a diseñar⁴¹:

³⁹ “El retorno de Wilson”, *Las Circunstancias*, 16 de marzo de 1919, pág. 1.

⁴⁰ Véase Gloria SOLÉ: “La incorporación de España a la Sociedad de Naciones”..., págs. 166-169.

⁴¹ “Nuestra encuesta. España y la Sociedad de las Naciones”, *Revista Quincenal*, 25 de abril de 1918, pág. XIV. Las dos preguntas lanzadas fueron las siguientes: “1) ¿Cree usted realizable después del actual conflicto –siquiera a sus aspiraciones más inmediatas– esa «Sociedad de las Naciones» cuya idea es actualmente patrocinada por S. S. el Papa Benedicto XV y el Presidente Wilson, y discutida

“No se realizará la Sociedad de las Naciones si los pueblos no llegan sinceramente a la convicción de que, por encima de sus intereses exclusivistas y de sus anhelos de expansión y de dominio, hay otros intereses y anhelos superiores en los que todos participan y deben colaborar”.

Siguiendo este razonamiento, Unamuno esperaba que el nuevo ente estuviera controlado por las naciones y no por los gobiernos o soberanos. De esta forma, la Sociedad de Naciones –o al menos así lo esperaba el catedrático de la Universidad de Salamanca– podría convertirse en una “gran república universal” –o en “una vasta confederación democrática”– que impidiera el dominio de algún imperio⁴². Sólo así las naciones podrían ser realmente libres:

“La base de una «Sociedad de las naciones» tiene que ser el derecho de los pueblos a disponer de sus destinos y a darse los Gobiernos y soberanos que quieran, único modo de que las naciones sean patrias y no patrimonios o caso hipotecas de tenedores de la Deuda pública o campos de explotación de una clase social”.

Adolfo Posada compartía la preocupación de Unamuno, y opinaba que la Sociedad de Naciones sólo sería posible cuando el “ambiente universal” fuera capaz de crear una “unión indestructible de naciones indestructibles”⁴³. Posada hablaba de naciones y no de Estados porque pensaba que una vez oficializada la paz se reforzaría la soberanía de los países beligerantes y neutrales. Para Antonio Rovira y Virgili, la sucesión de acontecimientos una vez finalizara la guerra estaba clara: primero de todo se crearía una “Liga de Estados”, y sólo cuando Alemania renunciara a sus ambiciones, esta agrupación pasaría a convertirse en una “Sociedad general de las naciones”. Este estadio en la evolución de la humanidad no sería, según Rovira, el definitivo, ya que

apasionadamente por todos los pueblos en guerra? 2) El interés supremo de España, ¿la obliga a desinteresarse de este problema? Su misión de nación neutral –la primera de ellas– amiga de todos los países beligerantes, ¿no la designa a los ojos del mundo para constituirse en defensora y propagandista de esa idea?”

⁴² Respuesta de Miguel de Unamuno, 10 de mayo de 1918, pág. XVI. Unamuno contraponía una Sociedad de Naciones democrática a las aspiraciones imperialistas de Alemania. Sobre la respuesta del intelectual bilbaíno, véase Miguel Carlos VIVANCOS GÓMEZ: “Unamuno, Silos y «La Revista Quincenal»”, *Castilla: Estudios de Literatura*, 13 (1988), págs. 193-202. El texto de la respuesta de Unamuno está disponible en Manuel María URRUTIA LEÓN: “La opinión de Miguel de Unamuno sobre la «Sociedad de Naciones» y la Universidad española (Dos artículos de 1918)”, *Revista de Hispanismo Filosófico*, 13 (2008), págs. 113-120.

⁴³ Respuesta de Adolfo Posada, 10 de mayo de 1918, pág. XX. Este autor escribiría años después un ensayo sobre las posibilidades de este nuevo ente internacional, al que consideraba como el elemento que iba a renovar el liberalismo clásico. Véase Adolfo POSADA: *La Sociedad de Naciones y el Derecho Político: Superliberalismo*, Madrid, Caro Raggio, 1925, pág. 137.

todavía esperaba que en un futuro –lejano, eso sí– surgiera una federación universal. En cuanto a España, Rovira y Virgili consideraba que, por su situación geográfica y su tradición histórica, debía pertenecer a la a “la Liga de Estados” del “Occidente europeo”⁴⁴.

En la revista *Messidor* también se planteó una encuesta sobre la Sociedad de Naciones a reconocidos intelectuales. Esta publicación, con sede en la ciudad condal, se convirtió desde su nacimiento a principios de 1918 en una de las publicaciones de referencia del pensamiento universalista⁴⁵. Fundada por Pau Maria Turull, un “dandi cosmopolita” de posición acomodada según la descripción de Núñez Seixas⁴⁶, *Messidor* se ocupaba de una amplia variedad de temas entre los que destacaban, según se podía leer en la cabecera de cada ejemplar, el regionalismo, la solidaridad internacional y el iberismo. A diferencia de la *Revista Quincenal*, *Messidor* tenía una ideología próxima al catalanismo, por lo que compartía algunos puntos de vista con *Iberia*, si bien hay que aclarar que *Messidor* tuvo mucha menos difusión y un tono bastante más moderado. A partir del séptimo número, se planteó una encuesta sobre la Sociedad de Naciones y se invitó a distintas personalidades del mundo académico, intelectual y político de Cataluña y el resto de España a que expresaran su opinión⁴⁷.

El primero en contestar fue el propio Turull⁴⁸. El editor catalán acogió con entusiasmo la idea de una Sociedad de Naciones, y la concibió, partiendo de los planteamientos de Rafael Altamira, como la unión de las “razas anglosajonas” y “latino-americanas”, cuya suma “produciría una cultura superior y civilizadora”. En su opinión,

⁴⁴ Respuesta de Antonio Rovira y Virgili, 10 de junio de 1918, págs. LV-LVI.

⁴⁵ *Messidor* se publicó con cierta regularidad desde enero de 1918 hasta octubre de 1919. Su último número apareció en abril de 1921. Véase Jesús M. RODES i Enric UCCELAY DA CAL: “Nacionalisme i internacionalisme”..., págs. 66 y ss.

⁴⁶ Xosé Manoel NÚÑEZ SEIXAS: *Internacionalitzant el nacionalisme...*, pág. 66.

⁴⁷ La encuesta tenía una estructura similar a la del sondeo que realizó *La Revista* durante el año 1915 sobre las repercusiones que la guerra tendría en el nacionalismo catalán. Las preguntas fueron las siguientes: “1) La Sociedad de las Naciones ¿será realizable? – Medios para lograrlo. 2) Medios pedagógicos y sociales para hacer arraigar en el espíritu del hombre el culto de la «lealtad», de la «palabra dada», de la «equidad». 3) Medios y procedimientos educativos y de distribución de las horas de trabajo que permitan a cada individuo, sea hombre o mujer, desarrollar íntegramente las propias actividades y dedicarse en bien propio y en el de la Sociedad a la ocupación preferida o a diversas ocupaciones o actividades. 4) ¿Es conveniente la adopción de una lengua universal para relaciones comerciales y científicas, o bien es preferible adoptar alguna de las nacionales ya conocidas? Medios para perfeccionar las lenguas regionales o de nacionalidades anexionadas a otra más poderosa. Importancia y aplicación que les debe ser concedida”. “Una encuesta de MESSIDOR”, *Messidor*, 7, abril 1918, pág. 100. Las respuestas, que a menudo adoptaron formato de artículo de opinión, se publicaron entre abril y noviembre de 1918. Hubo una última réplica de Alfons Maseras, que se publicó en junio de 1919, cuando el proyecto de la Sociedad de Naciones estaba a punto de ser aprobado en París.

⁴⁸ P.M.T. (Iniciales de Pau María Turull): “La sociedad de las naciones, ¿será posible?”, *Messidor*, 1 de abril 1918, pág. 94.

el futuro organismo internacional representaba “el ideal de elevar la actuación de la humanidad a un grado más alto de generosidad, de espíritu y de equidad”. Esta interpretación humanista y universal se complementaba con un punto de vista más político que el autor plasmaría en un pequeño panfleto publicado en 1920. En ese texto, Turull afirmó que, para que las ideas de unidad, universalidad y armonía triunfaran, era necesaria la existencia de un sistema federativo⁴⁹. El escritor catalán también admitía que la SDN podía ser imperfecta e incompleta, pero no tenía dudas de que, pese a todo, fomentaría “la elevación del nivel total de la Patria (...) para que se encuentre en un plano superior político, moral y económico”. De esta forma la nación española se hallaría “unida con otras Patrias en un mismo ideal de respeto y de armonía”⁵⁰. Por tanto, según esta interpretación, la institución ginebrina sería la única opción válida –y viable– para hacer frente a los nacionalismos extremos y para replantear los límites de la soberanía nacional. Turull estuvo muy influenciado por el pensamiento por Paul Otlet, un bibliotecario francés que en 1917 propuso una constitución mundial para la futura Sociedad de Naciones⁵¹.

Otros autores que participaron en la encuesta compartían la impresión de que el nuevo organismo modificaría el paradigma nacional. Joan Garriga, senador de la *Lliga Regionalista* y uno de los participantes en la iniciativa autonomista *Catalunya i la España gran* impulsada por su partido en 1916, no tenía ninguna duda de que, en el futuro, “*sols viuran Societats de Nacions*”, y afirmaba a continuación que en el horizonte empezaba a vislumbrarse “*un nou tipus d’Estat supernacional*”. La futura Sociedad de Naciones sería, en opinión de Garriga, más eficaz que otras tentativas anteriores, entre las que citaba el concierto europeo de Enrique IV, promovido en Westfalia, o la Santa Alianza firmada en el Congreso de Viena a la conclusión de las guerras napoleónicas⁵². Con estos ejemplos, el autor pretendía hacer notar que la historia, en cierto modo, se repetía de forma cíclica: a la finalización de un conflicto armado de especial significación, se abría un espacio para el entendimiento entre naciones. Esto explica que Garriga y otros autores desearan que la Sociedad de

⁴⁹ Pau Maria TURULL I FOURNOLS: *Mirando al porvenir*, Madrid, Sociedad General Española de Librería, 1920, págs. 23-24.

⁵⁰ *Ibid.*, pág. 43.

⁵¹ En el primer número de *Messidor*, Turull hizo referencia al trabajo de Otlet y resumió los puntos más importantes. P.M.T.: “La Societat de les Nacions”, *Messidor*, 1 de enero de 1918, pág. 2.

⁵² “Resposta del Sr. Joan Garriga i Massó, senador, a l’enquesta de *Messidor*”, *Messidor*, 1 de mayo 1918, pág. 120.

Naciones inaugurara una nueva era histórica, para lo cual era deseable que tuviera una organización similar a la estatal.

Adolfo Bonilla, uno de los mayores expertos en filosofía y derecho internacional de la época, también se unió a esta corriente de pensamiento. En su opinión, los Estados tendrían que renunciar a parte de sus derechos y soberanía para poder “confederarse” en una Sociedad de Naciones⁵³. El catedrático madrileño fue contundente en este sentido y estaba convencido de que este “organismo superior” no podría existir mientras siguiera existiendo “la estructura actual de los Estados”⁵⁴. La visión de Bonilla era, curiosamente, muy similar a la de aquellos europeístas que preveían que el deseado nuevo orden europeo fuera a modificar por completo la forma de relacionarse de los Estados y, sobre todo, su organización interna.

De las opiniones apuntadas anteriormente se deduce que esta Sociedad de Naciones ideal o imaginada debería contar con tres características principales que no estuvieron contempladas ni en el borrador ni en el texto final del acuerdo que se aprobó en París: la primera de ellas, el carácter universal y no excluyente de la liga; la segunda, una organización federal o confederal que contribuyera a la creación de un superestado de carácter mundial; la tercera, el compromiso de disminuir el poder soberano de los Estados.

Esta opción fue defendida, como se ha visto, por académicos y escritores, pero también hubo nobles, como el Marqués de Camarasa, que tuvieron una postura muy similar⁵⁵. En una misiva dirigida a Antonio Maura, Camarasa le facilitó la copia de una carta que había escrito a Woodrow Wilson el 12 de noviembre de 1918, justo un día después de que concluyera la guerra. En ella, el noble exponía al presidente estadounidense su proyecto para crear unos “Estados Unidos mundiales”, una denominación que, según su parecer, sería mucho más adecuada que la de “Sociedad de Naciones” por ser más conocida. Con su propuesta, mucho más cercana al pensamiento utópico que a la realidad política, perseguía que “el hombre ilustrado y libre de prejuicios” llegara “a ser ciudadano del mundo”⁵⁶,

⁵³ “Respostes a l’enquesta de MESSIDOR”, 29 de octubre de 1918, pág. 205.

⁵⁴ *Ibid.*, 206.

⁵⁵ Se trata de Ignacio Fernández de Henestrosa y Ortiz de Miaño, que en realidad era marqués consorte de Camarasa. Entre 1886 y 1931 escribió, según el catálogo de la Biblioteca Nacional de España, un total de veinticinco obras sobre temas muy variados, entre los que se encuentran la Conferencia de Algeciras, cuestiones relacionadas con los fueros históricos, Marruecos, el derecho de huelga o el proyecto de Constitución de 1929. Sobre su vinculación con el marquesado de Camarasa, véase <http://www.fundacionmedinaceli.org/casaducal/fichaindividuo.aspx?id=1242>

⁵⁶ Archivo Maura (AM), 363.

“aspiración que únicamente puede realizarse con la formación de una federación de naciones, gracias a la cual el ciudadano de un país, sin dejar de pertenecer a éste, sin dejar de amarlo apasionadamente, sí así se lo pide el corazón, sin embargo no se sentirá extranjero en ninguna región del mundo, patria común de los hombres”.

El Marqués de Camarasa pensaba que la soberanía nacional era perfectamente compatible con el escenario que esperaba que se abriera en unos meses. Junto a la copia de esta carta, el Marqués también remitió a Maura un breve texto en el que se preguntaba si “son posibles los Estados Unidos Mundiales”⁵⁷. Desde su punto de vista, era evidente que el mundo, gracias a la mejora de las comunicaciones, había evolucionado a mejor. Las naciones, afirmaba, estaban “mucho más cerca las unas de las otras”. Pese a que en ocasiones el lenguaje y el estilo empleados por Camarasa son confusos, las dos ideas que sobrevuelan su proyecto universalista son claras y meridianas: que el mundo no volverá a ser el mismo después de la Gran Guerra, y que esta transformación estaría inspirada en el modelo político estadounidense. En la carta dirigida a Wilson, no tenía dudas de que las naciones seguirían existiendo, pero en el segundo texto, Camarasa explicaba que los pueblos que formaran parte de esta sociedad universal perderían gran parte de su soberanía e independencia política, puesto que estarían “unidos con un lazo común”, de una forma parecida a “los estados autónomos” de Estados Unidos, o como lo estaban “los estados coloniales” del Reino Unido.

A partir de 1919, sobre todo tras la publicación del primer borrador del Pacto de la SDN, las expectativas creadas en torno a este organismo se rebajaron considerablemente. Aún así, durante la primera mitad de ese año, algunos académicos siguieron defendiendo sus propios modelos para la SDN. El catedrático de derecho internacional José Yanguas, que posteriormente ocuparía el cargo de Ministro de Estado durante la Dictadura de Primo de Rivera, dio una conferencia en la que reclamaba una mayor participación de la ciudadanía para terminar con el aislamiento internacional de España, al tiempo que reivindicaba las figuras de Francisco Suárez y Francisco de Vitoria como los padres del concepto de “comunidad internacional” que empezaba a ser popular. Para Yanguas, que defendía un punto de vista nacionalista y patriótico, la Sociedad de Naciones que se estaba construyendo quedaría incompleta sin un tribunal

⁵⁷ AM, 363/2.

internacional y la participación activa de todos los países⁵⁸. Por su parte, Aniceto Sela, un reconocido experto en derecho internacional, sugirió que la SDN debería contar con un sistema bicameral inspirado en el de Estados Unidos, para, de esta forma, tener dos organismos que representarían respectivamente a los Estados y a la ciudadanía⁵⁹. Sela coincidía con Yanguas en que la SDN no podía entenderse como definitiva, sino como el primer paso hacia “un gran Estado internacional”⁶⁰. El Marqués de Olivart, otro profesor de derecho internacional, realizó uno de los primeros análisis del texto definitivo del Pacto, aprobado en París el 28 de abril de 1919⁶¹. Olivart recordaba, primero de todo, que el deseo de lograr un Estado único o universal no dejaba de ser una utopía. Por eso, al ser imposible alcanzar dicha aspiración, el arbitraje y el pacto entre Estados independientes se convertirían en los dos elementos clave de los futuros tratados internacionales⁶². Sobre la naturaleza de la SDN, Olivart compartía la misma opinión que el resto de expertos y afirmaba con rotundidad que la nueva institución tenía que estar formada por “absolutamente todos los Estados cultos de la tierra”, y añadía que cualquier exclusión en ese sentido reduciría la Sociedad a una simple liga o alianza de naciones⁶³: “mientras deliberadamente se excluya de la Sociedad (...) a quienes naturalmente tienen derecho a entrar (...), la Sociedad será Sociedad contra Naciones, en vez de Sociedad de las Naciones”⁶⁴.

Con la aprobación definitiva del pacto, el desencanto con el nuevo ente se acrecentó todavía más. No cabe duda de que la SDN había perdido gran parte de su atractivo. Si en las semanas posteriores al final de la guerra todavía existía una cierta esperanza de que en París se sentarían las bases de un nuevo orden mundial, más seguro, justo y armónico, la firma del Tratado de Versalles confirmaría los peores presagios. La SDN nacía incompleta, con poca ambición y con un campo de actuación que apenas afectaría a la soberanía de los Estados. La interpretación maximalista de la

⁵⁸ José YANGUAS MESSÍA: *España y la Sociedad de Naciones*, Valladolid, Imprenta de E. Zapatero, 1919 págs. 16 y 28. Se trata del texto de la conferencia de Extensión Universitaria que pronunció el 15 de febrero de 1919. El borrador del pacto de la Sociedad de Naciones se publicó un día antes, pero cabe suponer que, al ser experto en derecho internacional, estaría al corriente de las negociaciones que se llevaron a cabo en París entre Wilson y el resto de naciones aliadas.

⁵⁹ Aniceto SELA: *La Sociedad de las Naciones*, Madrid, Real Academia de Jurisprudencia y Legislación, 1919, pág. 21.

⁶⁰ *Ibid.*, págs. 26-27.

⁶¹ Marqués DE OLIVART (Ramón María de Dalmau): *La Sociedad de las Naciones*, Madrid, Publicaciones del “Boletín” de la Real Sociedad Geográfica, 1919.

⁶² *Ibid.*, págs. 10-13.

⁶³ *Ibid.*, págs. 13-14.

⁶⁴ *Ibid.*, págs. 54-55. Sobre esta cuestión, véase también el artículo de C. MONTOLIÚ: “La Liga y la Sociedad de Naciones”, *Nuevo Tiempo*, mayo 1919, págs. 165-178.

ente internacional se había convertido en muy poco espacio de tiempo en un asunto del pasado. Así lo reconoció Alfons Maseras, un escritor catalán interesado en los asuntos internacionales después de que se aprobara el texto final de París. En su opinión, la futura SDN iba a convertirse en una alianza de poderes, pero en ningún caso en una “*Societat de pobles*”⁶⁵.

5.2.3. La Asociación Española pro Sociedad de Naciones: ¿una oportunidad desaprovechada?

Aunque hubo diferencias significativas entre la SDN imaginada y la que finalmente se constituyó, la institución ginebrina se convirtió, a pesar de todo, en el nodo principal de la compleja red de relaciones internacionales creada después de la guerra. Pese a sus limitaciones, la SDN gozó de numerosas simpatías en varios países europeos, incluso antes de que fuese una realidad. En Reino Unido, por ejemplo, durante el último año de la guerra se fusionaron las dos principales organizaciones de apoyo a la idea, todavía teórica, de la Sociedad de Naciones. El fruto de esta unión fue la *League of Nations Union*, que tendría un éxito considerable: en una década (entre 1919 y 1928) pasaría de tener cerca de cuatro mil afiliados a 650.000; en Francia, la *Association Française pour la SDN* alcanzó un número parecido, aunque la inmensa mayoría procedía de agrupaciones de excombatientes⁶⁶.

La proliferación de agrupaciones similares en el resto de Europa fue el punto de partida para que se creara en 1919 la Unión Internacional de Asociaciones para la SDN (UIASDN), auspiciada por las asociaciones británica y francesa, y con sede en Bruselas⁶⁷. La Unión fue creada con el propósito de apoyar el trabajo de la SDN y difundir los logros de esta nueva institución. Además, se convirtió en el punto de

⁶⁵ La opinión de Maseras debe entenderse en clave catalanista, ya que la estructura organizativa de la SDN representaba un claro obstáculo para las aspiraciones internacionales de Cataluña. “Respostes a l’enquesta de Messidor”, *Messidor*, junio-julio 1919, pág. 328.

⁶⁶ Véase Christian BIREBENT: *Militants de la paix et de la SDN. Les mouvements de soutien à la Société des nations en France et au Royaume-Uni 1918-1925*, París, L’Harmattan, 2007, págs. 17 y 195-198.

⁶⁷ Esta Unión Internacional fue un importante grupo de presión. Su reunión anual se celebraba siempre en fechas muy cercanas a las de la Asamblea general de la Sociedad de Naciones. Sobre la constitución de la UIASDN véase Donald S. BIRN: *The League of Nations Union. 1918-1945*, Oxford, Clarendon Press, 1981, págs. 13-14; Daniel GORMAN: *The Emergence of International Society in the 1920s*, Nueva York, Cambridge University Press, 2012, pág. 228; Peter WILLETS: *The Conscience of the World: the Influence of Non-Governmental Organisations in the UN System*, Londres, C. Hurst & Publishers, 1996, pág. 17; Helen MCCARTHY: “The Lifeblood of the League? Voluntary Associations and League of Nations Activism in Britain”, en Daniel LAQUA (ed.): *Internationalism Reconfigured. Transnational Ideas and Movements between the World Wars*, Londres – Nueva York, I.B. Tauris, 2011, pág. 192.

encuentro para aquellos intelectuales y políticos –procedentes en su inmensa mayoría de Europa– interesados en las relaciones internacionales y en participar en este nuevo clima pacífico de entendimiento.

España no se mantuvo al margen de estos movimientos, aunque su nivel de implicación fue mucho menor si se compara con el de países como Reino Unido, Francia o, en general, el resto de Estados europeos. El primer intento de constituir una Asociación española se produjo con la publicación del manifiesto de la Unión Democrática Española para la Liga de la Sociedad de Naciones Libres. Este grupo, tal y como vimos en el capítulo 3, no llegó a consolidarse y en apenas unos meses cesó su actividad⁶⁸.

Frustrado este primer intento, en enero de 1920 se produjeron nuevos contactos para constituir la Asociación española pro Sociedad de Naciones (AEPSDN), justo después de haberse celebrado un mes antes la reunión de Bruselas que sentó las bases de la UIASDN. Rafael Altamira, que sería nombrado juez del Tribunal Internacional de Justicia de la SDN en 1921, acudió a dicho encuentro a pesar de que todavía no se había creado la sección nacional. La impresión que se llevó Altamira debió ser lo suficientemente positiva como para que, a su regreso, organizara junto al Conde de Romanones –que en ese momento se encontraba en la oposición– la primera junta directiva de la asociación. En una carta de Altamira a Romanones, el jurista alicantino propuso una lista de nombres (que no se ha conservado) de “aliadofilismo seguro”, una condición que consideraba necesaria. Altamira también expresó sus reservas acerca de la conveniencia de incluir a los jefes de partido y a los catalanistas⁶⁹.

Paralelamente a la iniciativa de Altamira y Romanones, el Marqués de Lema, en ese instante Ministro de Estado en el gobierno conservador de Manuel Allendesalazar, entró en contacto con Eduardo Dato para apremiarle a que se pusiera “al frente” de la creación de una asociación española, que contaría con “elementos valiosos en los diversos órdenes de la vida española”, entre los que destacaba el Vizconde de Eza,

⁶⁸ Sin embargo, en 1919 la Unión Democrática Española todavía aparecía en una lista mundial de asociaciones favorables a la SDN, e incluso un año después se citó en un despacho del embajador de España en Londres. Véase Frederick POLLOCK: *The League of Nations*, New Jersey, The Lawbook Exchange, 2003, pág. 84 (Se trata de una reproducción, el original data de 1920) Al parecer todo apunta a que la Unión Democrática Española se adhirió a la *League of Nations Union*, la asociación nacional de apoyo a la SDN más importante de Europa. En cuanto a las noticias sobre el grupo español, véase “Despacho (nº93) del Embajador al Ministro de Estado”, 26 de octubre de 1920. AMAE, Sig. R. 1830, Exp. 22.

⁶⁹ “Carta de Rafael Altamira a Romanones sobre asociación aliadófila”, 7 de enero de 1920. Archivo Romanones (AR), Legajo 05/38(2).

González Hontoria, Rafael Gasset o Altamira⁷⁰. Todo parece indicar que Dato no estaba por la labor de encabezar la asociación a pesar de la insistencia de Lema, que volvió a escribirle en los mismos términos el 4 de febrero de 1920, aunque siguió sin obtener respuesta.

Al final, como cabía esperar, se impuso el criterio de Altamira y Romanones, y en abril de 1920 quedó constituida, en los salones de la Academia de Jurisprudencia y Legislación, la primera junta directiva de la AEPSDN. Romanones ocuparía la presidencia. Las vicepresidencias recayeron en el Vizconde de Eza, Rafael Gasset, Manuel Pedregal y Juan Pérez Caballero. La secretaría general fue para Rafael Altamira, que estaría apoyado por los secretarios adjuntos Tomás Elorrieta, José Gascón y Marín, Adolfo Pons. La tesorería correspondió Adolfo Álvarez Buylla, y las vocalías a Gabriel Alomar, Baldomero Argente, Manuel Aznar, Augusto Barcia, Eduardo Gómez de Baquero, Pedro Rahola, Antonio Royo-Villanova y Eduardo Sanz Escartín⁷¹.

La directiva nacía con unas características bien definidas: todos sus miembros, bien por oportunismo o por convicción, habían abrazado la causa aliadófila durante la pasada guerra. Por otra parte, la presidencia de Romanones debe entenderse como un mero reconocimiento simbólico u honorífico, puesto que la responsabilidad de gestionar la Asociación recayó en Altamira, que también fue el encargado de redactar sus estatutos⁷². Los fines de la Asociación pueden resumirse en cuatro grandes bloques: contribuir a la mejora de la SDN, garantizar su carácter universal; sentar las bases para el desarrollo del concepto de “Sociedad internacional”; apoyar al Gobierno español en su papel dentro de la institución y, por último, promover una opinión pública favorable a través de conferencias, folletos, libros, creación de grupos locales, etcétera⁷³.

Así, en apenas cuatro meses, España creó su sección nacional, un grupo homologable al resto de asociaciones de otros países europeos. Su adhesión a la

⁷⁰ “Minuta reservada del Marqués de Lema a Eduardo Dato”, 14 de enero de 1920. AMAE, Sig. R. 1829, Exp. 3.

⁷¹ “La Liga de las Naciones”, *La Libertad*, 24 de abril de 1920, pág. 3.

⁷² Véase la carta de Altamira a Romanones anteriormente citada *El jurista*, tal y como explicó al Conde, simplificó el texto todo lo que pudo, basándose en los modelos inglés y francés.

⁷³ En el artículo cuarto se estipulaba que la Asociación estaría compuesta “únicamente de gente española”, al mismo tiempo que se declaraba “independiente de todo partido político o social y de toda confesión religiosa”. El principio de independencia política fue quebrantado durante la fase de creación de la Asociación, ya que en la práctica nació a partir de un movimiento orquestado desde la órbita del partido liberal y bajo la dirección de Romanones. Además, el hecho de que la primera directiva estuviera formada íntegramente por “aliadófilos” también pone en cuestión este principio. Como tendremos ocasión de comprobar en los siguientes capítulos, la Asociación pasó a estar controlada por el Gobierno durante la Dictadura de Primo de Rivera. Sobre los estatutos, véase *Estatutos de la Asociación Española para la Sociedad de las Naciones*, Madrid, Imprenta Helénica, 1920 (S puede consultar en AMAE, Sig. R. 1827, Exp. 9).

UIASDN permitiría a la sección española participar en las reuniones internacionales que se celebraban, al menos, una vez al año. La Unión Internacional organizaba sus encuentros teniendo en cuenta el calendario de sesiones de la Asamblea y el Consejo de la SDN, por lo que, en muchas ocasiones, los congresos de la UIASDN funcionaban como un foro internacional paralelo en el que poner en práctica el tan manido principio de solidaridad internacional. Por otro lado, como la mayoría de las asociaciones eran europeas, una buena parte de los asuntos a tratar tendrían necesariamente carácter transnacional y tendrían que ver con asuntos del viejo continente. Durante la década de los años veinte la mayoría de los temas de discusión estaban relacionados con minorías nacionales, cooperación intelectual, transportes o aranceles aduaneros. Sin duda, cualquier aprendizaje que se pudiera extraer de estas reuniones sería beneficioso para reforzar la posición de España en el nuevo orden internacional.

La primera oportunidad llegó en octubre de 1920, cuando Milán acogió un congreso de la UIASDN. Participaron un total de catorce países, de los cuales sólo Japón y China eran extraeuropeos⁷⁴. De las cuestiones que se trataron durante los cuatro días que duró el evento, destacamos el funcionamiento interno de la SDN, el desarme militar, la creación de una oficina internacional de educación, la libertad de los mares y, quizás el punto más importante, una resolución favorable a la admisión de los antiguos enemigos en la SDN⁷⁵. A pesar de que el grupo se acababa de crear, ningún miembro de la directiva de la AEPSDN pudo acudir a Milán. Esto explica que el único representante español fuera Pau Maria Turull, el director de la revista *Messidor*, quien envió un breve informe a Altamira sobre las conclusiones que se habían adoptado⁷⁶. En dicho informe, Turull evitó referirse a una intervención suya en el Congreso en la que llegó a proponer la autonomía de Cataluña como tema de discusión. Este incidente, según hemos podido comprobar gracias a la documentación conservada en el AMAE, llegó a oídos de Alfonso Merry del Val, embajador español en Londres, quien transmitió su

⁷⁴ Las naciones europeas participantes fueron Italia, Francia, Reino Unido, Bélgica, España, Noruega, Polonia, Rumanía, Suiza, Checoslovaquia, Yugoslavia y Portugal. Véase “Franchi discorsi di Sforza e Tittoni al Convegno internazionale per la Lega delle Nazioni”, *La Stampa*, 13 de octubre de 1920, pág. 1.

⁷⁵ “Il Congresso per la Società delle Nazioni approva in via di massima l’ammissione dei paesi ex-nemici”, *La Stampa*, 14 de octubre de 1920, pág. 1; “La 10^{me} session du Conseil.– Les communications.– La Conférence de Milan”, *L’Europe Nouvelle*, 31 de octubre de 1920, pág. 1599.

⁷⁶ Entre otras, la organización de una Oficina internacional del Trabajo intelectual, la fijación de condiciones para admitir a las Asociaciones de los países de la Europa central, la eliminación en las escuelas de toda enseñanza histórica “patrioter”, y la intensificación de la solidaridad económica internacional. “Carta de Rafael Altamira al Marqués de Lema”, 4 de noviembre de 1920, AMAE, Sig. R. 1829, Exp. 3.

preocupación al Ministro de Estado, el Marqués de Lema⁷⁷. Lema pidió explicaciones a Altamira, que reconoció implícitamente que no confiaba en Turull, ya que antes de que saliera para Milán se vio obligado a recordarle, a modo de advertencia, que estaba representando a una asociación española⁷⁸. El jurista terminó su misiva asegurando que Turull no volvería a representar a la Asociación, un deseo que no se cumplió, pues el publicista catalán volvería a ser miembro de la delegación española en la reunión de la UIASDN que se celebraría un año después en Ginebra⁷⁹.

La situación que se dio revela, en nuestra opinión, las limitaciones y el escaso interés mostrado por grupo español. Altamira, el principal impulsor de esta iniciativa, no pudo atender este compromiso seguramente por la carga de trabajo que le supuso su elección como miembro del Tribunal Internacional de la SDN, pero en cualquier caso no parece que se tomaran muy en serio estas reuniones. Esta sensación queda confirmada por la escasa contribución de la Asociación española a difundir los logros y las ventajas de la SDN. Salvo por algunas conferencias y otros actos de perfil bajo realizados entre 1920 y 1923, apenas hubo movimiento. Lo que podría haber sido una excelente oportunidad para integrarse en un grupo de presión internacional mayoritariamente europeo, se quedó en un intento fallido.

5.3. El lento resurgir del europeísmo español

Tras el declive del pensamiento europeísta a partir de 1918, asuntos como la unificación europea o la importancia de mantener viva la idea de Europa pasaron a un segundo plano. El ideal universalista que se había consolidado en el continente europeo pronto se vio amenazado por el fantasma del nacionalismo extremista, sobre todo en países como Italia o Alemania. Por otro lado, el inmediato contexto de posguerra no podía ser más desalentador: gran parte de Europa se encontraba en ruinas, y millones de refugiados y combatientes aún tardarían mucho tiempo en recuperar su forma de vida anterior a 1914. La economía, por su parte, se encontraba estancada. Alemania, la otrora locomotora europea, era incapaz de hacer frente a las reparaciones de guerra impuestas por los aliados. Los tratados de paz resultaron ser manifiestamente lesivos y generaron

⁷⁷ “Despacho (nº 93) del Embajador al Ministro de Estado”, 26 de octubre de 1920, AMAE, Sig. R. 1830, Exp. 22.

⁷⁸ La palabra “española” aparece subrayada en el original. “Carta de Rafael Altamira al Marqués de Lema”, 7 de noviembre de 1920. AMAE, Sig. R. 1929, Exp. 3.

⁷⁹ Xosé Manoel NÚÑEZ SEIXAS: *Internacionalitzant el nacionalisme...*, pág. 72.

nuevos problemas, como la situación de las minorías nacionales o la excesiva atomización del continente. Tampoco podemos olvidar que la situación revolucionaria que vivía Rusia desde 1917 parecía próxima a extenderse a occidente. La deseada paz pronto confirmó los peores augurios que se lanzaron durante la contienda: Europa estaba en situación de emergencia, acechada por múltiples peligros, y lo peor de todo es que parecía destinada a perder definitivamente el cetro de la hegemonía mundial.

5.3.1. El descrédito de Europa

A pesar de la neutralidad, España no quedó indemne tras la guerra. Es cierto que no padeció ningún desajuste demográfico y que su integridad territorial permaneció intacta, pero la inflación y los vaivenes de la economía se convirtieron en la peculiar tarjeta de visita de un conflicto que a priori iba a resultar completamente ajeno. A partir de 1917, la conflictividad social y la inestabilidad política pasaron a formar parte de la realidad cotidiana, una situación que se volvió más inestable todavía por las inquietantes noticias procedentes de Rusia. La crisis de legitimidad del Sistema de la Restauración crecía a pasos agigantados. Los esfuerzos del pasado para regenerar y modernizar el país resultaron insuficientes, y la bandera de Europa, enarbolada antaño como símbolo y esperanza ante la decadencia, ya no ondeaba con la misma fuerza.

La mayoría de los autores que habían defendido la europeización, o que durante la Gran Guerra flirtearon con la posibilidad de una Europa unida, habían dejado de cantar las excelencias de la idea europea y fueron alejándose paulatinamente de ella. Es el caso de Ramiro de Maeztu, que regresó a España a finales de 1918 después de haber pasado la última parte del conflicto como corresponsal en Londres. El escritor vitoriano centró su actividad periodística en la denuncia del Tratado de Versalles y en reflexionar acerca de la conflictividad social y sindical que se estaba produciendo en Barcelona, pero no volvió a retomar sus ideas sobre la federación de Europa⁸⁰. Luis Araquistain, que con permiso de Eugeni d'Ors fue el intelectual español que defendió con más ímpetu la idea de la unidad europea, tampoco estaba muy por la labor de seguir cantando las excelencias de unos hipotéticos Estados Unidos de Europa. Su alejamiento fue, en realidad, tan físico como mental: un año después del final de la guerra se

⁸⁰ Durante los primeros años de la posguerra, los artículos que publicaba a diario en *La Correspondencia de España* se ocuparon de estas cuestiones, todas ellas ligadas a la actualidad del momento.

encontraba en un transatlántico, rumbo a Estados Unidos donde pasó una temporada. Precisamente, en la cubierta del buque escribió la siguiente reflexión⁸¹:

“Estamos a vista de tierra del Nuevo Mundo, del mundo de la cantidad. Pero por debajo de la cantidad ya se estremecen los primeros gérmenes de la calidad, y el Nuevo Mundo será también el nuevo mundo. Antes el centro de la Humanidad estaba en Europa. La guerra –tal vez el principio de la liquidación de la civilización europea– le ha desplazado más hacia occidente, siguiendo la ley de desenvolvimiento histórico, y antes de un siglo es probable que esté en América”.

El intelectual socialista se encontraba desengañado con una idea que había defendido durante la última década, y su visita a América, el llamado “nuevo mundo”, representó un verdadero soplo de aire fresco. Pero Araquistain no fue el único autor europeísta que visitó el continente americano en este periodo tan convulso. Ortega y Gasset incluso le precedió en el tiempo. A propósito de su primer viaje a Argentina, realizado en plena guerra, dejó escrito lo siguiente⁸²:

“La vida europea en los últimos tiempos —aun antes de la guerra— carecía de poder atractivo sobre temperamentos que, como el mío, exigen al contorno emociones nuevas de vida ascendente. Comenzaba todo en Europa a tomar una cansada actitud de pretérito, un color desteñido y palúdico. Dondequiera aparecían síntomas de vitalidad menguante. Heine hubiera dicho que el mundo europeo olía a violetas viejas”.

Este cuestionamiento (o hartazgo) de Europa se puede interpretar como una huida hacia adelante, como una necesidad de ampliar los horizontes vitales⁸³. Desde la década de 1920 y hasta el inicio de la Guerra Civil, muchos intelectuales optaron por viajar a otras zonas del planeta, como América, pero también Rusia⁸⁴. De algún modo,

⁸¹ Luis ARAQUISTAIN: *El peligro yanqui*, Madrid, Publicaciones España, 1921, pág. 10. El fragmento citado apareció originalmente en un artículo del mismo autor: “Notas de una travesía oceánica”, *España*, 13 de noviembre de 1919, pág. 7.

⁸² José ORTEGA Y GASSET: *Obras Completas. Tomo II...*, pág. 265. Después de la guerra, Ortega prestó mucha más atención a la situación que atravesaba España y dejó a un lado las vicisitudes de Europa. El mejor ejemplo de este “giro español” lo representa su obra *La España invertebrada* (1921), que se convirtió en todo un fenómeno editorial.

⁸³ Véase José-Carlos MAINER: *La edad de plata...*, págs. 233-234.

⁸⁴ Durante los primeros años de la década de 1920, periodistas ilustres como Julio Álvarez del Vayo, Josep Plà o Manuel Chaves Nogales visitaron la URSS. Véase Juan AVILÉS FARRÉ: *La fe que vino de Rusia: la revolución bolchevique y los españoles (1917-1931)*, Madrid, UNED Biblioteca Nueva, 1999, págs. 283-284.

estos autores intentaban dejar atrás la sensación de parálisis que transmitía el viejo continente.

Sobre la pérdida de poder de Europa resulta llamativo el análisis que realizó Nicolás María de Urgoiti, editor de publicaciones como *El Liberal* o *El Sol*, próximas a la Generación del 14 y, por tanto, favorables a la regeneración y europeización de España. Urgoiti viajó a Alemania para conocer de primera mano la situación del país teutón en la inmediata posguerra; a su regreso, la experiencia vivida le llevó a hablar de la “fermentación de Europa” como metáfora de la transformación que venía experimentando el continente desde el final de la guerra. Urgoiti, muy a su pesar, admitía que España tenía que librarse de todo este pesimismo. Para ello, según sus propias palabras, debía dirigir “su amor y atención preferente hacia aquellos maravillosos países trasatlánticos que (hablaban) su idioma y en los que dejó lo mejor de sus energías”⁸⁵.

Otros europeístas como Eugeni d’Ors también expresaron su preocupación sobre el devenir de Europa sin necesidad de salir del continente⁸⁶. Xènius, al contrario que otros autores como Araquistain, entendió que el peligro procedía de Asia y no de América. En su opinión, la idea de Asia y el orientalismo representaban valores opuestos a los encarnados por Europa. En realidad, cuando D’Ors hablaba de Asia se estaba refiriendo a la Rusia bolchevique, cuyo éxito podría separar definitivamente a Alemania de Europa⁸⁷:

“Hay que hacer la paz –la buena paz, la del comercio abierto y la franca colaboración social, la de la cordialidad sincera y buena intención con Rusia–, para que Rusia no se eche en brazos de Asia. Hay que hacer la paz, «la otra paz», la de la unanimidad y el perdón y el olvido, con Alemania, para evitar que mañana, muy pronto, los que dibujen el mapa moral del mundo, hayan de trazar la frontera de Asia un poco más allá del Rhin”.

Con todo, también hubo unos pocos intelectuales que todavía seguían confiando en la superioridad moral de Europa. Marcelino Domingo no podía ser más categórico sólo tres días después de la firma del armisticio: con el fin de la guerra se abría una

⁸⁵ Nicolás M^a DE URGOITI: “Europa en fermentación. Impresiones de un viaje. III y último”, *El Sol*, 18 de julio de 1922, pág. 2.

⁸⁶ Eugenio D’ORS: “Asia. Europa, Atlántida, Asia”, *La Libertad*, 16 de diciembre de 1920, pág. 4.

⁸⁷ Eugeni d’Ors temía que el movimiento espartaquista –un levantamiento comunista localizado en Berlín y otras ciudades alemanas a principios de 1919– pudiera reproducirse de nuevo, sobre después de que la guerra civil rusa se decantara del lado bolchevique a lo largo de 1920.

posibilidad única “para conquistar la ciudadanía europea”, pero para ello era necesario “hundir la monarquía”. Sólo así sería posible beneficiarse de los vientos de libertad y democracia que recorrían el viejo continente. El político e intelectual republicano se preguntaba si, en esta hora suprema, España iba a ser el único pueblo europeo cerrado al porvenir por no saber desprenderse de su pasado⁸⁸.

Este optimismo, como hemos tenido ocasión de comprobar, fue menguando con el paso del tiempo. La palabra “europeización” entró en franca decadencia y su significado se invirtió, tal y como quedó patente en las páginas del diario católico *El Debate*⁸⁹:

“la palabra «europeización» carece hoy de todo sentido de enaltecimiento civilizador y aún de todo prestigio político y moral. La palabreja está dictada y mandada a retirar. La sustituta, «americanización» o «yanquización», será la que exploten en lo sucesivo los (...) «intelectuales»”.

Europa se asoció con el lado oscuro de la modernización y con cierta degeneración moral que algunos autores identificaron en la España de los años veinte. Que en las páginas de *El Debate*, uno de los bastiones del pensamiento reaccionario, se criticara abiertamente a Europa o el regeneracionismo, no era ninguna sorpresa. Sí lo fueron, en cambio, las críticas de algunos autores europeístas. Gaziel, seudónimo del periodista catalán Agustí Calvet, afirmaba que, si antes de 1914 Europa olía “a casa de huéspedes”, ahora lo hacía “a barbarie moderna”⁹⁰. Por su parte, Andrenio – sobrenombre utilizado por Eduardo Gómez de Baquero, intelectual aliadófilo y miembro de la UIASDN– lamentaba que la europeización de España hubiera ido por unos derroteros completamente distintos a los de Joaquín Costa, y remataba un incendiario artículo asegurando que⁹¹

“nos hemos europeizado a la manera de los pueblos bárbaros, donde la civilización da sus primeros avances importando fusiles y barricadas de alcohol y estableciendo Music halls, hoteles y lupanares. Nuestra europeización se llama *Jazz band*, *dancings*, *tanguistas*, morfina y cocaína, *Kursaals* con ruleta”.

⁸⁸ Marcelino DOMINGO: “España quiere ser”, *España*, 14 de noviembre de 1918, pág. 9.

⁸⁹ Ramón DE OLASCOAGA: “La bancarrota de Europa”, *El Debate*, 24 de mayo de 1919, pág. 1.

⁹⁰ GAZIEL: “El olor de Europa”, *La Vanguardia*, 26 de enero de 1921, pág. 10.

⁹¹ ANDRENIO: “Cuadro de costumbres”, *La Vanguardia*, 9 de noviembre de 1922, pág. 12. La relación entre el europeísmo y la decadencia de las costumbres también puede verse en Dionisio PÉREZ, “La España de los tahúres”, *ABC*, 23 de agosto de 1921, págs. 4-5.

El modelo europeizador que fue discutido para la península, todavía contaba con cierto prestigio para el caso de Marruecos. Como nación europea, España aspiraba a modernizar –o europeizar– el norte de África; sin embargo, la gran empresa imperialista y colonizadora se había convertido en un quebradero de cabeza para los gobiernos de los primeros años de la década de 1920. El llamado Desastre de Annual de julio de 1921 causó alrededor de 10.000 bajas en el ejército español, entre muertos y desaparecidos. Como consecuencia de ello, la zona del Rif estuvo bajo control de las tropas de Abd el-Krim hasta 1926. Este episodio marcó el inicio de la última gran crisis del sistema de la Restauración que concluiría poco después con el pronunciamiento militar de Primo de Rivera. El general Berenguer, alto comisionado en Marruecos y máximo responsable de las operaciones llevadas a cabo, declaró a la prensa, justo después de la catástrofe de Annual, que cualquier opción de éxito en territorio africano pasaba por europeizar y civilizar a las autoridades indígenas, tolerando eso sí sus creencias⁹²:

“una vez (...) educadas las autoridades y elementos más cultos y poderosos; una vez abierta esa vida a la civilización y al europeísmo, ellas irradiarán a las clases superiores nuevas enseñanzas y las ventajas de nuestra cultura”.

Berenguer también hablaba de estrechar vínculos comerciales y culturales con Marruecos para frenar la influencia francesa. Otro militar, también destinado en el norte de África, explicaba de esta manera la misión civilizadora que España había asumido con el vecino marroquí⁹³:

“No vamos (...) a su casa para conquistarla, para apoderarnos arbitrariamente de sus aposentos; vamos para reducirle al fuero común para que aprenda a respetar el derecho ajeno, para que se civilice y no sea un vecino indigno de vivir en una calle decente, para defender de su incultura nuestra soberanía y nuestra libertad”.

⁹² “Declaraciones del general Berenguer”, *El Orzán*, 7 de septiembre de 1921, pág. 1 (Publicadas originalmente en *El Sol*)

⁹³ Lorenzo LAFUENTE VANRELL: “España en África”, *La Vanguardia*, 24 de agosto de 1921, pág. 6. Lafuente estuvo destacado durante gran parte de la década de 1920 en Marruecos, donde alcanzó el grado de comandante. Véase Gabriel VILLALONGA SÁNCHEZ: “El bautismo de sangre del batallón II/63, expedicionario del regimiento de infantería «Mahón» 63 UAD LAU, 4 julio- 15 noviembre de 1924”, *Revista de Historia Militar*, 109 (2011), pág. 220.

Así pues, en opinión de algunos militares, España estaba completamente capacitada para exportar los beneficios de Europa en aquellos territorios a los que se consideraba culturalmente inferiores. Esta lectura positiva, sin embargo, recibió críticas incluso antes de Annual. Por ejemplo, en *La Correspondencia de España* se pidió que estos esfuerzos europeizadores se centraran en la metrópoli y no tanto en los dominios coloniales⁹⁴:

“Los corifeos del africanismo (...) harían un gran bien a la patria si voceasen más pidiendo la europeización del solar nacional y menos la de Marruecos, por la razón sencilla de que España ganaría mucho más llevando la civilización a las muchas Hurdes nacionales que a los zocos del Riff (*sic*) y de Yebala”.

5.3.2. *La esperanza de Génova*

Dejando a un lado la particular situación de España, lo cierto es que la Europa de la posguerra no lograba remontar el vuelo. La Sociedad de Naciones era todavía un gigante administrativo en desarrollo, y todo apuntaba a que los indicadores económicos tardarían en recuperar los niveles anteriores a 1914. Precisamente, para intentar solucionar el problema económico, la SDN organizó varias conferencias entre las que destaca la celebrada en Génova entre abril y mayo de 1922⁹⁵. En esta reunión, que puede considerarse como un antecedente directo del sistema de Bretton Woods, se intentó dar remedio a las dificultades de carácter monetario. Se plantearon dos soluciones: una mayor regulación de los mercados y, la más importante, la creación del patrón de cambios-oro. Esta última medida permitiría tomar como referencia divisas extranjeras convertibles en oro, como el dólar. Este sistema no supuso la desaparición del patrón oro, ya que en la práctica seguiría utilizándose, aunque de manera indirecta a través de otras monedas. Este cambio intentó aportar mayor flexibilidad a los intercambios monetarios, pero no tuvo el éxito esperado y acabó siendo abandonado a partir de la década de los treinta⁹⁶. Aparte de estas cuestiones, en Génova también se

⁹⁴ Juan DE ARAGÓN: “Comentando”, *La Correspondencia de España*, 14 de julio de 1921, pág. 1. Con la alusión a las “Hurdes nacionales” el autor hacía referencia a los problemas de salubridad y desarrollo social de la comarca extremeña de Las Hurdes, que llegó a convertirse en el paradigma del atraso español. Esta región adquirió notoriedad después de la visita que realizó Alfonso XIII en 1922.

⁹⁵ Sobre esta reunión véase GAZIEL: *El ensueño de Europa*, Barcelona, Seix Barral, 1922. Esta obra en realidad era una recopilación de las crónicas que el autor había publicado en *La Vanguardia*.

⁹⁶ Véase Juan Francisco FUENTES y Emilio LA PARRA LÓPEZ: *Historia universal del siglo XX. De la Primera Guerra Mundial al ataque a las Torres Gemelas*, Madrid, Editorial Síntesis, 2004, pág. 112.

discutieron otras problemáticas, como las relaciones diplomáticas con Rusia, la reconstrucción de Austria o asuntos relacionados con transporte o comercio⁹⁷.

Sin infravalorar las medidas relacionadas con la economía, lo cierto es que la Conferencia de Génova resultó más interesante por las expectativas que se crearon en torno a ella y por su contribución a rebajar las tensiones internacionales. De hecho, entre los países participantes se encontraban Alemania y Rusia, que durante el transcurso de la Conferencia firmaron el Tratado de Rapallo, un acuerdo de amistad y cooperación entre ambos Estados. Era la primera vez que estos dos países concurrían en un foro organizado por la SDN. A pesar de este acercamiento a la Rusia soviética, el regreso de Alemania a la esfera internacional fue visto con optimismo, como un primer paso hacia la reconciliación europea⁹⁸. Esta interpretación no estaba tan alejada de la realidad, ya que los representantes alemanes propusieron estudiar en Génova la instauración progresiva de una unión aduanera⁹⁹. Gaziél, el cronista enviado por *La Vanguardia*, no pudo evitar subirse al carro del optimismo, a pesar de que siempre trató con cautela cualquier avance que se producía en la conferencia. Así narró los últimos instantes de este encuentro¹⁰⁰:

“Unos tras otros, comenzando por Rusia y terminando por los más típicos neutrales, como Suiza y España, treinta y tantos pueblos van siendo llamados por sus nombres a declarar si aceptan o no aceptan, ante el mundo entero, el firme compromiso de no perturbar en lo más mínimo la paz, de no sembrar ni la más ligera semilla de guerra durante el plazo estipulado en el solemne convenio. Todos, uno tras otro, van contestando afirmativamente. Desde 1914 hasta hoy, no habíamos sentido una dilatación cordial semejante a la que experimentamos todos, absolutamente todos los presentes, en aquellos inolvidables instantes”.

España también participó en el encuentro de Génova, aunque la delegación enviada, liderada por el Marqués de Villaurrutia, fue de perfil bajo y apenas intervino en las negociaciones y las deliberaciones. Las instrucciones del gobierno fueron claras: apoyar en todo momento las posiciones de Francia y Reino Unido¹⁰¹. En una sesión en

⁹⁷ Véase Pau Maria TURULL: “Impresiones de Génova”, *El Globo*, 28 de marzo de 1922, pág. 3.

⁹⁸ Véase, por ejemplo, el análisis que se realizó desde Chile. Santiago URETA: “El fracaso de la Conferencia de Génova”, *Claridad*, vol. 2, 52 (1922) Disponible en:

<http://www.revistas.uchile.cl/index.php/CLR/article/viewArticle/7254/7078>.

⁹⁹ Peter KRÜGER: “Unification économique et politique”... págs. 204-205.

¹⁰⁰ GAZIEL: *El ensueño de Europa...*, págs. 162-163.

¹⁰¹ Sobre la delegación, además de Villaurrutia, estaba compuesta por Garnica, Rodés, Cárdenas, Olariaga, Artiñano, Gómez Acebo, Butler (cónsul en Génova) y Armentero (funcionario de Estado). “La conferencia de Génova”, *La Libertad*, 7 de abril de 1922, pág. 1. Sobre la posición española, Camilo

el Congreso de los Diputados, el Ministro de Estado llegó a admitir que España tenía muy poco interés en esta conferencia, y que si, por ejemplo, se hubiese discutido el problema de Tánger, la participación de los delegados españoles habría sido muy diferente¹⁰².

Desde la UIASDN se siguió con bastante atención el desarrollo de la conferencia, pero incluso aquí la sección española careció de opinión propia y optó por apoyar la manifestada por la asociación francesa, que esperaba que las decisiones adoptadas fueran parte integral y duradera de la nueva constitución de Europa y la humanidad¹⁰³. La Conferencia tuvo poco seguimiento, pero los análisis que se realizaron sobre sus implicaciones a largo plazo sí recibieron una mayor atención. En la revista *España* este encuentro se valoró como un primer paso hacia una futura integración económica y se advirtió al Gobierno de que no debía dejar pasar este tren¹⁰⁴:

“Europeizarse hoy es internacionalizarse económicamente, fundirse en el oleaje económico de Europa. Pero claro es que para nuestros gobernantes es más cómodo seguir con la cabeza debajo del ala y continuar con un régimen económico que pronto estará superado hasta en Marruecos”.

La europeización, por tanto, dejó de ser una vieja aspiración regeneracionista o reformista para convertirse en sinónimo de convergencia económica con el resto de los países europeos. Ya hemos visto que los delegados alemanes en Génova habían planteado la creación de una unión aduanera. El europeísmo por tanto, cambió sus objetivos y pareció renunciar a la modernización política del país para centrarse en las cuestiones económicas más asépticas y mucho menos sentimentales. En 1922 todavía era temprano para saber si la Sociedad de Naciones acabaría teniendo éxito, aunque sus limitaciones no auguraban un futuro demasiado prometedor. De las enseñanzas de Génova se podía extraer que, a pesar de todo, Europa sólo resurgiría mediante el protagonismo de sus Estados y no a través de iniciativas que cuestionaran el poder y la vigencia de las soberanías nacionales. O al menos, esa parecía la dirección que iba a tomar este pensamiento.

BARCIA: “Ante la conferencia de Génova. Pronósticos y diagnósticos”, *La Libertad*, 12 de abril de 1922, pág. 1.

¹⁰² “Congreso. Cumplieron con su deber”, *La Libertad*, 20 de mayo de 1922, pág. 5.

¹⁰³ “Afin que les décisions définitives fassent partie intégrante et durable de la nouvelle constitution de l’Europe et de l’humanité”. *Bulletin n°3. Unión Internationale des Associations pour la Société des Nations*, Bruselas, Bureaux de l’Union, mars-avril, 1922, pág. 8.

¹⁰⁴ “España en Génova”, *España*, 29 de abril de 1922, pág. 2.

CAPÍTULO 6. LA IDEA DE EUROPA DURANTE LA DICTADURA DE PRIMO DE RIVERA: DE 1923 A 1926

6.1. Ruido de sables y dos caminos para la salvación de la patria

El golpe de Estado del general Miguel Primo de Rivera la madrugada del 13 de septiembre de 1923 inauguró una nueva etapa en la historia contemporánea de España¹. El ejército recuperaba un protagonismo que se había diluido después de la coronación de Alfonso XII a finales de 1874, pero que no había desaparecido del todo². Es cierto que el poder ejecutivo no estuvo tan condicionado por las injerencias militares como en el siglo XIX, pero el estamento militar no renunció a participar en cuestiones civiles. Por eso, cuando Primo de Rivera y el resto de conspiradores llevaron a cabo su plan, la sociedad y la clase política españolas no se sorprendieron en exceso, e incluso recibieron el apoyo inicial de buena parte de la opinión pública.

A partir de 1920, la crisis del Sistema de la Restauración se hizo notar sobre todo en tres sectores clave: en el plano político, los tímidos pasos emprendidos por las fuerzas dinásticas para modernizar y democratizar el país resultaron a todas luces insuficientes. El fraude electoral seguía siendo la piedra angular del sistema y, salvo en algunas ciudades en las que sí alcanzaron un relativo poder, las fuerzas republicanas, reformistas y socialistas –que apostaban por una completa regeneración del país– tuvieron una presencia testimonial en el Congreso. Además, durante la última etapa de la Restauración, la escasa duración de los ejecutivos seguía siendo la tónica general, lo

¹ Se trataba de una operación planificada durante varios meses por los generales José Cavalcanti, Federico Berenguer, Leopoldo Saro y Antonio Dabán. Este grupo, conocido como el “Cuadrilátero”, tanteó a varios generales de mayor rango y experiencia para que encabezaran el golpe de Estado. Finalmente, tras algunas dudas iniciales, Miguel Primo de Rivera, Marqués de Estella y Capitán General de Barcelona, aceptó ponerse al frente de la conspiración. Véase Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA: *La España de Primo de Rivera. La modernización autoritaria 1923-1930*, Madrid, Alianza Editorial, 2005, págs. 39-40. Un análisis más reciente sobre la dictadura en Shlomo BEN-AMI: *El cirujano de hierro: la dictadura de Primo de Rivera (1923-1930)*, Barcelona, RBA Libros, 2012.

² Los militares, a pesar de no participar directamente en las decisiones de los distintos gobiernos de la Restauración, siguieron contando con una importante cuota de poder. Por ejemplo, era habitual que los militares de alta graduación ocuparan las carteras de Guerra y Marina. Por otra parte, las capitanías generales tuvieron en ocasiones un mayor protagonismo del esperado. Por ejemplo, en 1905, una guarnición del ejército ocupó la redacción de la revista satírica *Cu-Cut!* por haber publicado un chiste sobre la decadencia del estamento militar. Pero el momento de mayor tensión se vivió en 1917 con el conflicto de las juntas de defensa resultante de la tensión entre africanistas y peninsulares. Los primeros, destinados en Marruecos, podían ascender más fácilmente en el escalafón militar gracias a los méritos de guerra. Por el contrario, aquellos que estaban destinados en la Península carecían de estas ventajas. Esta crisis, que coincidió en el tiempo con una huelga general y con el boicot realizado por los parlamentarios catalanes, se convirtió en un importante factor de desestabilización del régimen.

que evidenciaba una acuciante falta de liderazgo en los dos partidos del Sistema. En segundo lugar, el contexto de agitación social tampoco era el más indicado para lograr la ansiada estabilidad política. Las protestas ciudadanas, las huelgas sectoriales y la violencia sindical y patronal se convirtieron en el pan de cada día en ciudades como Barcelona durante el periodo 1920-1923. El tercer eslabón de esta crisis lo encontramos precisamente en el ejército, que era incapaz de poner fin a la guerra de Marruecos. El Desastre de Annual en 1921 fue la gota que colmó el vaso. La oficialidad no encajó con buen talante las críticas y esto sin duda ayudó a que se enrarecieran todavía más las difíciles relaciones entre los poderes militar y civil³.

Lo cierto es que a partir de 1923 el “ruido de sables” creció en intensidad y se empezó a preparar el camino hacia lo que parecía inevitable⁴. Esto no significa que la dictadura militar fuese la única opción posible, pero desde luego no se puede considerar como una extravagancia que sólo se dio en España. Tras la Gran Guerra, muchos intelectuales creyeron que la corriente más avanzada del pensamiento democrático terminaría por imponerse en la nueva Europa que brotó entre cenizas y trincheras. De hecho, los nuevos Estados que germinaron en el viejo continente después del conflicto protagonizaron, efectivamente, una ola de democratización –una nueva “primavera de los pueblos”– que, sin embargo, no tardaría en desaparecer para dar paso a formas de gobierno más autoritarias. Es el caso de Hungría, que entre 1920 y 1945 tuvo como regente permanente al mariscal Horthy; o el de Polonia, que fue gobernada por el mariscal Pilsudski entre 1926 y 1939. En otros países de la órbita aliada también se constituyeron dictaduras militares o personalistas, como en Portugal, Grecia o Italia. La del país transalpino fue, sin lugar a dudas, la experiencia más exitosa y serviría como modelo para otros movimientos similares, incluido el iniciado por Primo de Rivera. Con las excepciones de Francia, Reino Unido, Bélgica, Países Bajos, la Alemania de Weimar y unos pocos países más, el resto de naciones europeas viraron hacia el autoritarismo y España no fue ajena a esta crisis de la democracia.

³ Tras el desastre militar se abrió una investigación interna –el llamado “Expediente Picasso”– que llegó a la Comisión de Responsabilidades del Congreso de los Diputados. Tras varios retrasos en su lectura y discusión, se fijó el 1 de octubre de 1923 como fecha para que se votase en el pleno del Congreso. Sin embargo, debido al Golpe de Estado de Primo de Rivera y a la posterior suspensión de las actividades de la cámara baja, la depuración de responsabilidades, que podría haber alcanzado al mismo monarca Alfonso XIII, no se llevó a cabo.

⁴ Las crisis que hemos comentado prepararon el terreno para la intervención militar, pero esto no quiere decir que España estuviera predestinada a ello. Véase Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA: *La España de Primo de Rivera...*, págs. 17-37.

6.1.1. Los primeros pasos del Directorio Militar. El cuestionamiento de la democracia liberal

Todo este contexto previo está presente, de una forma u otra, en el manifiesto que Primo de Rivera hizo público en la prensa el 13 de septiembre⁵. Se trata de un texto no demasiado largo, escrito con un estilo directo y solemne que recuerda a las proclamas militares del siglo XIX. Tenía, además, una breve parte dispositiva en la que se explicaba que, después de declararse el estado de guerra en todas las regiones –algo que se haría efectivo en los siguientes días–, los gobernadores civiles serían sustituidos por militares. El general golpista no se anduvo con rodeos y ya en el primer párrafo del manifiesto quedaron señalados los culpables de una situación que se remontaba al “Desastre” de 1898:

“Ha llegado para nosotros el momento más temido que esperado (...) de recoger las ansias, de atender el clamoroso requerimiento de cuantos amando la Patria no ven para ella otra salvación que liberarla de los profesionales de la política, de los hombres que por una u otra razón nos ofrecen el cuadro de desdichas e inmoralidades que empezaron el año 98 y amenazan a España con un próximo fin trágico y deshonoroso”.

De acuerdo con el Marqués de Estella, las causas que explicarían esta emergencia nacional serían muy variadas y abarcarían prácticamente todos los ámbitos: violencia, corrupción política, “impiedad e incultura”, intrigas políticas sobre Marruecos –lo que vendría a ser una velada alusión a la polémica generada por el asunto del informe Picasso–, falta de productividad, la “impune propaganda comunista”, separatismo, inmoralidad, etc. Ante esta situación de emergencia nacional, Primo de Rivera entendía que el estamento militar debía dar un paso al frente y erigirse como la única fuerza viva capaz de realizar la ansiada regeneración política y social:

“Este movimiento es de hombres: el que no sienta la masculinidad completamente caracterizada, que espere en un rincón, sin perturbar los días buenos que para la patria preparamos. Españoles: ¡Viva España y viva el Rey!”.

⁵ Del manifiesto se hicieron eco la mayoría de periódicos del país. Las citas se han extraído del texto que se publicó en *La Vanguardia*. Miguel PRIMO DE RIVERA: “Al país y al Ejército”, *La Vanguardia*, 13 de septiembre de 1923, pág. 18.

A pesar de que en el texto se afirmaba que en Madrid se crearía un Directorio Militar de “carácter provisional”, los conspiradores nunca tuvieron la más mínima intención de regresar al régimen que acababa de suspenderse. Por eso, más que como un paréntesis, el golpe de Estado debe entenderse como una ruptura. En realidad, el manifiesto de Primo de Rivera tenía mucho más que ver con la corriente autoritaria que estaba recorriendo Europa, sobre todo después de la marcha sobre Roma de Mussolini en 1922. Por tanto, el objetivo último de Primo de Rivera pasaba por sentar las bases de un “nuevo régimen” que, ya desde el principio, se presentó como una alternativa al viejo Estado de inspiración liberal⁶.

Tras la publicación del manifiesto, siguió un breve periodo de incertidumbre que finalizó, dos días después, con el esperado encuentro entre Primo de Rivera y Alfonso XIII. El monarca no había ocultado sus simpatías hacia el golpe. Por eso, a nadie sorprendió que al término de la reunión el Jefe del Estado encargara al capitán general de Barcelona la formación del anunciado Directorio Militar. De esta forma se ponía punto y final a este *impasse* al aceptarse los hechos consumados. A partir de ese momento, en la *Gaceta de Madrid* se sucedieron los Reales Decretos con los que el Directorio inició su obra de regeneración política. En el primero de ellos se nombraba Presidente del Consejo de Ministros a Miguel Primo de Rivera, y al mismo tiempo se disponía la supresión de todos los ministerios⁷. El 17 de septiembre quedaron disueltas, también por Real Decreto –aunque esta vez sin exposición razonada de motivos– el Congreso de los Diputados y la parte electiva del Senado⁸. En menos de una semana el régimen liberal había quedado en suspenso, aunque más bien se trató de un desmantelamiento.

⁶ Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA: *La España de Primo de Rivera...*, pág. 50. La expresión “nuevo régimen” aparece por primera vez en la parte dispositiva del manifiesto del 13 de septiembre, y fue utilizada de forma recurrente por miembros y partidarios del Directorio.

⁷ *Gaceta de Madrid*, 16 de septiembre de 1923, pág. 1114. El marqués de Estella asumiría todas las competencias gubernativas, mientras que los demás miembros del Directorio ejercerían únicamente como vocales. En la exposición de motivos, redactada por el mismo Primo de Rivera, se aludía otra vez a la idea de “nuevo régimen”. Además, al igual que en el manifiesto del 13 de septiembre, se garantizaba el restablecimiento de la normalidad constitucional tan pronto como fuera posible. Esta intención, como se podría comprobar poco tiempo después, no se llevó finalmente a cabo. El Directorio militar tenía sus propios planes acerca de la organización institucional del Estado.

⁸ *Ibid.*, 17 de septiembre de 1923, pág. 1121. Dos meses más tarde, el 12 de noviembre, el Conde de Romanones y Melquíades Álvarez, respectivos presidentes del Senado y el Congreso de los Diputados, exigieron a Alfonso XIII que volviera a convocar y reunir las dos cámaras legislativas en cumplimiento de la legalidad. De acuerdo con el artículo 32 de la Constitución de 1876, las cámaras legislativas no podían permanecer disueltas por un espacio superior a los tres meses. Los dos veteranos políticos se encontraron con la oposición frontal del monarca que, sin ocultar su enfado, no accedió a su petición. Véase Conde DE ROMAMONES: *Notas de una vida...* pág. 483.

El mismo día de la disolución de las Cortes, el dictador quiso explicar con mayor detalle los planes del Directorio. En unas declaraciones que fueron recogidas por los principales medios periodísticos, el Marqués de Estella reconoció que el movimiento que estaba liderando respondía a circunstancias excepcionales e insinuó que, de no haber dado un paso al frente, España podría haber experimentado una evolución muy parecida a la de Rusia⁹:

“Tal vez lo que hemos hecho ha sido llevar a la práctica las ideas que germinaron en algunos militares, temerosos de que las demasías de los políticos excitaran a un levantamiento popular, y que el pueblo, menos preparado para esta clase de actos, nos hubiera llevado a un movimiento soviético”.

El objetivo central no era otro que la salvación de la patria, una meta que sólo podría lograrse a través de una remodelación profunda de unas estructuras políticas que, en opinión de los conspiradores, estaban seriamente dañadas por la corrupción política y los vicios de la democracia liberal. Primo de Rivera admitía que quizás las formas no habían sido las más adecuadas desde un punto de vista legal, pero que en ese momento las circunstancias exigían medidas excepcionales. Sobre la significación política del movimiento, el dictador se apresuró a aclarar que el Directorio estaba por encima de la clásica división entre derechas o izquierdas, o liberales o conservadores, e incluso aprovechó para salir al paso de las informaciones que le acusaban de haber sido germanófilo durante la Gran Guerra¹⁰. El Marqués de Estella finalizó su comparecencia comparando su misión con una “operación quirúrgica” que, en un plazo aproximado de unos “noventa días”, iba a devolver la fortaleza a una debilitada España¹¹.

La noticia del golpe de Estado fue recibida con una mezcla de expectación y alivio. Era evidente que, con una actuación de este tipo, el Sistema de la Restauración se encontraba en un punto de no retorno. Por mucho que Primo de Rivera y los demás miembros de la conspiración insistieran en el carácter provisional de su intervención militar, a nadie se le escapaba que habría cambios de calado y duraderos en el tiempo. Además, no se debe olvidar que algunos políticos e intelectuales situados a la izquierda del espectro político se sintieron atraídos por el tono regeneracionista de parte del manifiesto. Hay que tener en cuenta también que durante los primeros días, los

⁹ “Manifestaciones del presidente del Directorio”, *ABC*, 18 de septiembre de 1923, pág. 7.

¹⁰ *Ibid.*, pág. 8.

¹¹ *Ibid.*, pág. 9.

propósitos de este nuevo régimen todavía no estaban definidos ni mucho menos, motivo por el cual las principales fuerzas políticas decidieron permanecer a la espera de cómo se iban a desarrollar los acontecimientos. En la prensa, en cambio, sí se produjo un intercambio de opiniones mucho más intenso, incluso después de que se impusiera la censura previa sólo unos días después de haber triunfado el golpe.

En los rotativos conservadores se acogió con entusiasmo la llegada del nuevo régimen. Es el caso, por ejemplo, de *ABC*, un diario que desde 1922 ya no ocultaba su deseo de que un “cirujano de hierro” –un concepto que había utilizado Joaquín Costay ayudara a regenerar el país y a protegerlo de cualquier peligro revolucionario¹². Sin embargo, el primer artículo de opinión sobre el golpe de Estado, firmado por Álvaro Alcalá-Galiano, se demoró en el tiempo y apareció más de una semana después¹³. Este autor había escrito varios libros durante la Primera Guerra Mundial en los que defendió una posición aliadófila y anglófila. En los últimos años, sin embargo, se había convertido en un firme entusiasta del fascismo italiano, siguiendo una evolución muy parecida a la que experimentó Ramiro de Maeztu¹⁴. Tal era la admiración de Alcalá-Galiano por el *Duce*, que incluso llegó a lamentar que el golpe de Estado hubiera sido obra de un grupo de militares y no de un “Mussolini español”. Además, se congratulaba de la caída en desgracia de la “España oficial” y del “Gobierno liberal” ya que, en su opinión, una corriente reaccionaria estaba desbordando “los carcomidos diques del liberalismo anticuado” no sólo en España, sino también en Europa. Según este autor, no se trataba solamente de extirpar “el tumor infeccioso de la vieja política” –una analogía que haría fortuna entre los apologetas del régimen–, sino de “barrer” un sistema que estaba “corrompido y caduco”. Para Alcalá-Galiano, la intervención quirúrgica de Primo de Rivera tenía que cortar de raíz todos los problemas de España, sobre todo aquellos vinculados con el liberalismo, la democracia y la corrupción generalizada.

El desprestigio de la democracia y la ineficacia del parlamentarismo de tradición liberal suscitaron un intenso debate en la prensa. Las críticas se concentraron, sobre todo, en la mala praxis política que había debilitado y corrompido el Sistema de la Restauración. Sin embargo, en ninguno de estos análisis se defendió el funcionamiento teórico de la democracia liberal. De hecho, algunos periodistas y políticos consideraban que esta opción política había quedado obsoleta en los primeros años de la década de

¹² Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA: *La España de Primo de Rivera...*, págs. 48-49.

¹³ Álvaro ALCALÁ-GALIANO: “Ante el golpe de Estado”, *ABC*, 22 de septiembre de 1923, pág. 3.

¹⁴ Véase Manuelle PELOILLE: *Fascismo en ciernes. España 1922-1930. Textos recuperados*, Toulouse, Presses Universitaires du Mirail, 2005, pág. 167.

1920. Para el diario católico *El Debate*, que se mostró a favor del golpe de Estado desde el primer momento, la clausura del Parlamento constituía “un principio fundamental de la regeneración política” iniciada por Primo de Rivera¹⁵. La ineficacia de las Cortes se consideraba como un síntoma más de la decadencia del país. El periodista carlista Víctor Pradera, que había sido elegido diputado en varias ocasiones, escribió en este mismo periódico que, en un futuro no demasiado lejano, ningún gobierno debería estar bajo el control de las Cortes legislativas, una afirmación que atacaba directamente a la línea de flotación de la separación de poderes (y, por tanto, de la democracia liberal). De hecho, en este mismo artículo, Pradera propuso la supresión de los partidos políticos y la reconversión de las Cortes en una cámara de representación corporativa, un deseo que se haría realidad en parte en 1927 con la creación de la Asamblea Nacional¹⁶. Desde el maurista *La Acción* también se defendió la reforma del sistema electoral para que en las Cortes hubiera una representación corporativa basada en las profesiones recogidas en el censo de votantes¹⁷. Según estos planteamientos, sólo así sería posible dar carpetazo a los llamados “políticos profesionales”, identificados como una de las lacras del viejo régimen.

Hubo más opiniones, como la del conservador José María Salaverría. Conocido en la década anterior por su germanofilia durante la Gran Guerra, este intelectual acogió con agrado el golpe de Estado, y no tardó en asociarlo con una crisis de autoridad y de valores que estaría afectando, en mayor o menor medida, a todos los países¹⁸:

“La crisis de la autoridad afecta a todo el mundo, y también en todo el mundo ha producido el mismo efecto: una reacción de fuerza. Únicamente pueden variar los instantes de estas reacciones, su intensidad y sus formas externas”.

El plan ejecutado por el estamento militar demostraba, en su opinión, que España no se encontraba aislada de las nuevas corrientes ideológicas y políticas que se

¹⁵ “El desescombro”, *El Debate*, 18 de septiembre de 1923, pág. 1.

¹⁶ Víctor PRADERA: “Aurora”, *El Debate*, 25 de septiembre de 1923, pág. 1. En su diseño, Pradera propuso un total de cinco clases sociales –propietarios, industriales, comerciantes, profesiones liberales y obreros– que elegirían, cada una de ellas, a sus representantes provinciales. Este artículo tuvo una réplica al día siguiente, en el editorial “Consejos atrevidos”, *El Sol*, 26 de septiembre de 1923, pág. 1. En el texto se acusaba a Pradera de simplista, y se pedía cautela y sentido común cuando llegara la hora de reformar el poder legislativo.

¹⁷ Antonio PIGA: “El punto vulnerable del caciquismo”, *La Acción*, 22 de septiembre de 1923, pág. 1.

¹⁸ José María SALAVERRÍA: “En la hora culminante”, *La Vanguardia*, 25 de septiembre de 1923, pág. 12. En *La Época*, otro de los periódicos que saludó con entusiasmo al nuevo régimen, también se opinó sobre esta cuestión en un editorial: “Un gran problema de autoridad”, *La Época*, 20 de septiembre de 1923, pág. 1.

estaban imponiendo en occidente. Más bien al contrario: el golpe de Estado era la prueba de su incorporación a la nueva “ola de la vida universal”.

Ramiro de Maeztu ofreció en estos primeros compases de la Dictadura una interpretación en clave nacional. Para este intelectual, la determinación de Primo de Rivera era, en esencia, la misma que tuvieron Joaquín Costa, Macías Picavea y otros autores de la Generación del 98 que en su día denunciaron que el caciquismo estaba impidiendo la modernización de España. De esta forma, la obra y acción del Directorio quedaban legitimadas por el que sería uno de sus intelectuales de cabecera¹⁹.

Conforme se iba acercando el final de 1923, era cada vez más evidente que el puñetazo en la mesa dado por Primo de Rivera distaba mucho de ser una mera intervención quirúrgica. En realidad se trataba de un ataque directo a la tradición liberal que, según los defensores del nuevo régimen, tenía muy poco que ver con la verdadera esencia nacional del país. El intento fallido de crear un Estado corporativo durante el Directorio civil confirma este extremo. Fue precisamente durante la Dictadura cuando se impulsó definitivamente el mito de las dos Españas: por un lado la España real e histórica, representada por la tradición, el orden y la disciplina, tal y como había quedado claro en el manifiesto del 13 de septiembre; por otro, los teóricos primorriveristas no tardaron en crear el concepto de “Antiespaña”, que aglutinaba a republicanos, anarquistas, comunistas o nacionalistas periféricos, ideologías consideradas todas ellas como “heterodoxas y extranjeras”²⁰. Los socialistas no estaban incluidos en esta lista de enemigos porque colaboraron con el régimen. Entre los integrantes de esta Antiespaña también se encontraban aquellos que habían defendido la importancia de acercarse a Europa. Este planteamiento se consideraba incompatible con el verdadero patriotismo, que poco o nada tenía que ver, como se encargó de recordar un periódico regional, con “esos tan manoseados tópicos de libertad, progreso y europeización de los de la calle de enfrente”²¹.

El europeísmo seguía sin tener el respaldo de la prensa y la intelectualidad conservadoras, lo cual no constituía ninguna sorpresa. Europa era vista como una idea perjudicial que, además, había entrado en crisis por lo menos desde el comienzo de la Gran Guerra. Desde luego, era cuanto menos osado apostar por Europa en aquellos

¹⁹ Ramiro de MAEZTU: “Los del 98”, *El Sol*, 13 de octubre de 1923, pág. 1. El apoyo de Maeztu a la Dictadura primorriverista le valió para convertirse en embajador de España en Argentina en 1928.

²⁰ Véase Alejandro QUIROGA FERNÁNDEZ DE SOTO: *Haciendo españoles. La nacionalización de las masas en la Dictadura de Primo de Rivera (1923-1930)*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2008, págs. 113 y 114.

²¹ “Día de la Inmaculada”, *La Victoria* (Béjar), 15 de diciembre de 1923, pág. 1.

momentos. A pesar de que algunas de las medidas emprendidas por Primo de Rivera estaban inspiradas en el regeneracionismo, se evitó cualquier referencia positiva a la europeización. El decreto contra el separatismo, la institucionalización del Somatén – una especie de cuerpo cívico patriótico cuyo origen se encuentra en Barcelona– o la creación de la Unión Patriótica, evidencian que la operación quirúrgica para salvar a la patria se haría sin utilizar más remedios que los autóctonos. La única influencia exterior que pasó el filtro impuesto por el Directorio fue la Italia fascista de Mussolini, la más importante de las dictaduras europeas en los años veinte.

El diplomático Salvador de Madariaga –paradójicamente uno de los europeístas españoles más prolíficos de la primera mitad del siglo XX– consideraba en 1923 que el país no estaba preparado para un sistema democrático como el de algunos países de Europa. En concreto, Madariaga –que durante unos años firmó sus artículos periodísticos con el seudónimo de Sancho Quijano²²– criticaba que algunos autores favorables a la europeización abogaran porque España tuviera una Constitución similar a la de Reino Unido o Francia. Bajo su punto de vista, el error estaba en querer imponer un sistema ajeno a la cultura e historia españolas. El gobierno español debía preferir, por tanto, “el gobierno de la persona concreta al de la razón abstracta”, y concluía con una recomendación que no daba lugar a equívocos: “eduquemos a nuestro pueblo con una constitución a la española, pero dejemos de amaestrarlo con una constitución a la francoinglesa”²³.

Alcalá-Galiano abordó en otro artículo los síntomas de “descomposición” y “pesimismo” que afloraban en casi toda Europa²⁴. La única excepción –aparte de España– la situaba, cómo no, en Italia, y destacaba la regeneración que estaba llevando a cabo Mussolini. En cambio, el panorama para el resto del viejo continente era desolador: Francia y Reino Unido, los principales referentes para los partidarios de la modernización a la europea, se encontraban en plena decadencia económica y moral. El intelectual aristócrata temía que la “vieja Europa” acabara siendo aplastada por la fuerza de naciones emergentes como Estados Unidos o Japón, pero no sólo eso: los “modernos dogmas de la democracia”, entre los que se encontraba la “maquinaria inservible” del

²² Para la concordancia entre seudónimo y autor, véase Ignacio PEIRÓ MARTÍN y Gonzalo PASAMAR ALZURIA: *Diccionario Akal...*, pág. 373.

²³ Véase Sancho QUIJANO (Salvador DE MADARIAGA): “¿Educar o amaestrar?”, *El Sol*, 4 de abril de 1924, pág. 1.

²⁴ Álvaro ALCALÁ-GALIANO: “El ocaso de Europa (I)”, *ABC*, 6 de agosto de 1924, pág. 3.

parlamentarismo, estaban obstaculizando, a juicio de Alcalá-Galiano, el resurgir de Europa.

Por último, Antonio Goicoechea, uno de los intelectuales más próximos al régimen primorriverista, coincidía con los diagnósticos anteriores. En su opinión, el parlamentarismo se sustentaba en la hipocresía y la ineficacia y no había dejado de fracasar desde que se impuso en el siglo XIX. El problema estaba en el excesivo poder del parlamento, por lo que este autor planteaba la necesidad de desarrollar “gobiernos fuertes” que dejaran a la asamblea legislativa en un segundo plano²⁵.

Si se compara la situación de 1923 con la de 1898 o 1914, nos encontramos con que el rechazo del pensamiento europeísta entre las filas del conservadurismo era todavía más acusado, principalmente por tres motivos: primero de todo, por la dramática situación de un viejo continente que no conseguía levantar cabeza desde el fin de la guerra; en segundo lugar, por el éxito de un golpe de Estado incruento que había empezado a demoler la estructura del viejo régimen liberal. Pero por encima de todo, porque la oposición al régimen hizo de la idea de Europa su bandera para expresar su rechazo a las políticas antiliberales y antidemocráticas de la Dictadura.

6.1.2. Los guardianes de la libertad. Los primeros meses de oposición al régimen primorriverista

En un dibujo del viñetista Luis Bagaría publicado en *El Sol* en 1923 se puede ver un árbol desnudo, sin apenas vegetación, que representa al viejo régimen. A sus pies, una cantidad nada desdeñable de raíces –en las que se puede leer las palabras “caciquismo”, “empleomanía” o “políticos consejeros” lo mantienen unido al suelo. Un ciudadano corriente –la personificación del pueblo– mira con interés al viejo árbol mientras piensa: “¡No hay que darle vueltas! Antes de sembrar de nuevo tiene que limpiar la tierra de raíces”²⁶. El caciquismo y la corrupción generalizada preocupaban de igual manera a los dos extremos del espectro político. Incluso se puede hablar de un cierto consenso al identificar los problemas que acechaban al país. Los remedios

²⁵ Antonio GOICOECHEA: *La crisis del constitucionalismo moderno*, Madrid, Editorial Voluntad, 1925, pág. 156.

²⁶ *El Sol*, 13 de octubre de 1923, pág. 1. En este mismo periódico, Ramiro de Maeztu ya había utilizado una metáfora parecida cuando advirtió sobre la debilidad del Sistema de la Restauración: “si se vuelve a plantar un régimen con las raíces podridas, no extrañe a nadie que su flor se desvanezca como polvo, como el Gabinete del marqués de Alhucemas”. Ramiro de MAEZTU: “El régimen caído”, *El Sol*, 25 de septiembre de 1923, pág. 2.

ofrecidos por cada una de las culturas políticas eran, en cambio, radicalmente opuestos: mientras que algunos sectores de la derecha llevaban años coqueteando con la idea de imponer un régimen autoritario, el reformismo y el republicanismo político reclamaban justo lo contrario, es decir, una democracia liberal avanzada e inspirada en los modelos de Francia o Reino Unido que pusiera coto al falseamiento electoral²⁷.

Como era de esperar, los periódicos de talante reformista o republicano sufrieron con particular dureza la censura previa impuesta por el Directorio. En las semanas posteriores a la actuación militar, son varios los artículos que aparecen con varias líneas borradas, y muchos otros desaparecieron literalmente²⁸. Aunque hubo algunos rotativos –como *El Sol*– que en un primer momento mantuvieron una posición ambigua frente al Directorio Militar que acababa de implantarse, en la mayoría se siguieron defendiendo las bondades de la democracia, el liberalismo y el parlamentarismo²⁹. Otros, sin embargo, aprovecharon para anunciar la muerte del reformismo político, una corriente que, en opinión del editorialista del semanario *España*, había fracasado en sus intentos por regenerar el país³⁰.

Resulta especialmente interesante seguir la evolución de algunos medios justo en el mismo día en que se tuvo conocimiento del Golpe de Estado, ya que en ese momento todavía no se había introducido la censura previa. En *La Libertad* se podía leer la siguiente reflexión en un artículo de cabecera dedicado al Directorio Militar: “Ahora más liberales que nunca, más constitucionales, más demócratas, más espiritualmente unidos al Pueblo, más entusiastas de lo que fuimos jamás de la soberanía del Poder civil”³¹.

Por su parte, el *Heraldo de Madrid* fue, sin lugar a dudas, el periódico más combativo. Ya el día 14 publicó un artículo en contra de la sublevación militar en el que se admitía que los objetivos regeneradores de los conspiradores contaban con el apoyo de los ciudadanos e incluso del propio periódico debido a la situación de hartazgo que

²⁷ No todos los líderes de estas corrientes políticas se declararon contrarios a la Dictadura. Lerroux, ante el golpe de Estado que acababa de producirse, declaró que veía “con agrado toda manifestación de orden, sea cual fuere”. *La Correspondencia de España*, 14 de septiembre de 1923, pág. 1.

²⁸ Especialmente llamativo es el caso del semanario *España*, auténtica punta de lanza del reformismo español desde hacía una década. En el primer número publicado después del golpe de Estado desaparecieron prácticamente todas las informaciones o artículos de carácter político.

²⁹ Sobre la postura ambivalente de *El Sol*, que apenas duró los primeros meses del directorio, véase Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA: *La España de Primo de Rivera...*, pág. 49.

³⁰ “¡Rompan filas!”, *España*, 22 de septiembre de 1923, págs. 2-3.

³¹ “¡Ahora más que nunca!”, *La Libertad*, 15 de septiembre de 1923, pág. 1.

se vivía en el país. Esta pequeña concesión venía acompañada, sin embargo, de una clara advertencia sobre la naturaleza política que debería adoptar el nuevo régimen³²:

“La arbitrariedad, más o menos respetuosa de las formas legales, nos viene gobernando desde tiempo inmemorial: una dictadura no sería una renovación; sería continuar la historia de España, la peor historia de España. Lo que hace falta es un régimen de respeto a las leyes; lo que se necesita es un Poder constitucional asistido de la voluntad del país”.

Al día siguiente se pedía que, en el menor plazo de tiempo posible, se acortaran las distancias entre la España oficial y las llamadas fuerzas vivas del país. La democratización, uno de los temas recurrentes desde hacía décadas, y que seguía estando presente en los discursos institucionistas y regeneracionistas, seguía reivindicándose a pesar de las excepcionales circunstancias del momento: “Democratizar es devolver al ciudadano el sentimiento de su dignidad política y garantizarle el ejercicio de los derechos que le corresponden como miembro del organismo social”³³.

La enconada defensa de la idea democrática implicaba, en realidad, apostar por un proyecto colectivo para España a medio o largo plazo. El Directorio Militar era visto como una medida de urgencia, extraordinaria y, sobre todo, de carácter provisional. Se necesitaba, ante todo, una buena dosis de pedagogía política, algo que por otra parte también había considerado Primo de Rivera en sus primeras manifestaciones. Luis Olariaga, un reconocido economista próximo al reformismo, reflexionó sobre la disyuntiva entre adoptar un régimen democrático o un régimen autoritario. Primero de todo reconocía, utilizando un tono autocrítico, que el poder legislativo habría funcionado correctamente “si al pueblo español se le hubiera enseñado a hacer un buen uso del régimen parlamentario, en vez de enseñarle a falsearlo de un modo sistemático”³⁴. En este artículo, que había sido mutilado por la censura, Olariaga defendía que el parlamentarismo liberal, pese a ser imperfecto, seguía siendo la mejor

³² “A toda dictadura posible hay que oponer las fuerzas vivas de la democracia española, para la expansión de las libertades ciudadanas”, *Heraldo de Madrid*, 14 de septiembre de 1923, pág. 1.

³³ “El pasado era muy abominable para que pudiera subsistir; pero el presente debe obligarse a una alianza con las libertades políticas”, *Heraldo de Madrid*, 15 de septiembre de 1923, pág. 1.

³⁴ Luis OLARIAGA: “¿Se lograría algo con un cambio de instituciones?”, *El Sol*, 6 de octubre de 1923, pág. 1. Este economista regeneracionista había formado parte de la delegación española en la Conferencia de Génova (1922), y durante la década de los veinte estuvo interesado en varios proyectos europeístas. Sobre su pensamiento político, véase Sergio FERNÁNDEZ RIQUELME: *Luis Olariaga y la política social liberal en España*, Murcia, Isabor, 2006. Sobre su obra periodística, María del Carmen PÉREZ DE ARMIÑÁN Y GARCÍA FRESCA: *Problemas geopolíticos, sociales y económicos en la obra periodística del profesor Olariaga*, Madrid, Instituto de Estudios Fiscales, 1991.

opción posible, ya que “el régimen parlamentario no (era) malo como tal régimen, sino porque (estaba) falseado”. El fracaso de la democracia liberal en España se debía exclusivamente a las malas prácticas, y no porque se tratara de un sistema fallido.

Álvaro de Albornoz, un comprometido intelectual republicano que fue ministro entre 1931 y 1933, también diferenciaba entre el sistema democrático ideal y el de la Restauración borbónica. Dos semanas después del golpe recordaba que no se debía confundir la “democracia gobernante” con las “oligarquías” que la habían suplantado. A diferencia de otros contemporáneos, Albornoz no tenía como modelos a Francia o Reino Unido, sino que prefería a los Estados Unidos de América. Esta elección no supone ninguna novedad, ya que el país norteamericano se había convertido –junto a Suiza– en una referencia habitual para el republicanismo español desde el final de la Gran Guerra. Para el político republicano quedaba claro que la intervención militar de Primo de Rivera era un obstáculo en la ya larga travesía hacia la modernización política del país. Por eso mismo, no pudo evitar contraponer la evolución política de España con la de Estados Unidos. En su opinión, la democracia del país norteamericano, con sus continuos referéndums locales y estatales y otros mecanismos de participación política, era una de las más avanzadas del mundo. En España, en cambio, todavía quedaba mucho camino por recorrer, y dejaba claro que la dirección emprendida por Primo de Rivera no era la más adecuada³⁵:

“En los países donde el antiguo régimen y el gobierno personal tienen hondas raíces, aún estamos muy lejos de la verdadera y plena democracia, y sólo iremos acercándonos a ella a medida que en la conciencia pública vaya surgiendo y afirmándose el ideal del Estado popular...”.

Luis Araquistain también denunció el cariz antidemocrático del Directorio, aunque para ello tuvo que ingeniárselas para sortear la censura, ya que algunos de sus artículos sobre política internacional ocultaban veladas críticas al retroceso de la democracia liberal en España. Por ejemplo, en un texto dedicado a la crisis política en Alemania –que no terminó de explicar en profundidad– el intelectual socialista admitía, al igual que su coetáneo Albornoz, que la eficacia de cualquier sistema político dependía de su “funcionamiento práctico” y de lo que aún era más importante: la

³⁵ Álvaro de ALBORNOZ: “Democracia y eficacia”, *La Libertad*, 28 de septiembre de 1923, pág. 1.

preparación de una sociedad concreta³⁶. El verdadero reto de los países que se consideraban democráticos estaba, en su opinión, en encontrar una armonía entre el poder presidencial y el parlamentario. Sin llegar a nombrar a España en ningún momento, Araquistain sí citó a países como Venezuela, Argentina o Uruguay que habían alcanzado, según su criterio, “un equilibrio de democracia y libertad” similar al de naciones más avanzadas como Suiza o los Estados Unidos.

Sólo unos días después, Araquistain escribió otro artículo dedicado esta vez a las elecciones británicas, en el que de nuevo volvió a ocuparse, de soslayo, de la situación política española³⁷. Araquistain acusó a las clases dirigentes españolas de no haber protegido convenientemente el sistema democrático, algo que sí habían hecho los gobernantes británicos. Según su criterio, cada régimen se merecía el país que tenía, y concluía con una frase contundente: “Si a un pueblo se le corrompe u oprime desde arriba, no es justo hacerle luego responsable de la inepticia de sus corruptores y opresores”. Por tanto, si la democracia liberal había fracasado en España se debía principalmente a la ausencia de un proyecto político estable, una circunstancia que había facilitado sin duda el advenimiento de la Dictadura encabezada por Primo de Rivera.

Con el paso de los meses, el Directorio amplió *sine die* sus actuaciones para el saneamiento político y moral de la nación, y al mismo tiempo emprendió acciones para controlar la opinión pública. Es el caso de los intelectuales republicanos y reformistas, un colectivo que se convirtió en un elemento molesto para el nuevo régimen a partir de 1924. El Ateneo de Madrid fue clausurado en febrero, y Unamuno, una de las voces más críticas con Primo de Rivera, fue desterrado. Pero, a pesar de este contexto claramente desfavorable, la prensa se convirtió en un refugio para algunos de estos intelectuales. Siempre que se evitaran las críticas directas al régimen, su tribuna periodística no se vería comprometida. Uno de estos autores fue Marcelino Domingo que, al igual que Araquistain, también supo utilizar la actualidad internacional como filtro para disimular su defensa cerrada del sistema democrático. Por ejemplo, en una conferencia en Burgos

³⁶ Luis ARAQUISTAIN: “Otra crisis en Alemania”, *La Voz*, 28 de noviembre de 1923, pág. 1.

³⁷ Araquistain era un buen conocedor de la política británica, ya que había trabajado como corresponsal en las islas. ID: “Cada Gobierno tiene el país que se merece”, *La Voz*, 1 de diciembre de 1923, pág. 1.

sobre, la crisis del sistema parlamentario en Europa, Domingo defendió la preeminencia del parlamento sobre el resto de las instituciones políticas³⁸:

“Gobernar los Parlamentos es gobernarse los pueblos por sí mismos, y los pueblos no alcanzan la plenitud de su dignidad y de su civilidad hasta que llegan a ser ellos, por los órganos que ellos directamente eligen, quienes rigen la vida nacional”.

Domingo se apoyó en los ejemplos de Francia y Reino Unido, a los que consideraba los puntos de referencia de la nueva política europea. En su opinión, estos dos países habían alcanzado la categoría de metrópolis, mientras que los demás pueblos no pasarían de ser colonias de un “Estado ideal” –del que no da más detalles– que se estaba construyendo en ese instante. Frente al ritmo marcado por británicos y franceses, consideraba que Italia se había quedado aislada, alejada de esta regeneración moral del viejo continente. Con Unamuno confinado en Fuerteventura y otros autores que, como Ortega y Gasset, optaron por abandonar la primera línea, Marcelino Domingo decidió dar batalla desde las páginas de *La Libertad*. Unos meses después de la citada conferencia, el intelectual republicano continuó con sus alegatos a favor del parlamentarismo y el liberalismo, y puso por fin nombre a ese “Estado ideal” que tenía tanta relación con la democracia liberal. El artículo empezaba de esta forma³⁹:

“Europa vuelve a ser una articulación y una orientación. Una articulación de factores dentro de las fronteras nacionales y por encima de las fronteras nacionales; y una orientación política, cultural, social y económica. Europa, en definitiva, comienza a ser esto otra vez: una idea clara”.

La evolución del europeísmo español desde 1914 se había producido a golpe de estímulos externos, como la Gran Guerra, la creación de la Sociedad de Naciones o la Conferencia de Génova. En menos de una década, la idea de Europa se encontraba estancada en España. El texto de Marcelino Domingo, totalmente opuesto al que escribió Alcalá-Galiano en las mismas fechas, ejemplificaba este nuevo renacer del europeísmo español, que esta vez tendría su núcleo en la democracia liberal y no tanto

³⁸ “Conferencia de Marcelino Domingo”, *La Libertad*, 27 de marzo de 1924, pág. 1. En un artículo posterior desarrolló algunas de las ideas expuestas en su alocución. Marcelino DOMINGO: “Imperativos de actuación”, *La Libertad*, 3 de abril de 1924, pág. 1.

³⁹ ID: “Ser Europa”, *La Libertad*, 9 de agosto de 1924. Como otros autores, Domingo realizó un viaje por varios países americanos –que plasmó en el libro *La isla encadenada*, publicado en 1923– que sin duda le permitió repensar su propia idea de Europa. El artículo citado también se puede encontrar en su libro *Autocracia y dictadura*, Madrid, Atlántida, 1925, págs. 313-318.

en la modernización social y económica. Este autor, de hecho, ya había vivido de cerca los sinsabores de un final de la guerra, mucho menos decisivo de lo que se esperaba, que cerró la puerta de la “ciudadanía europea” a la sociedad española⁴⁰. Ahora, casi seis años después, Marcelino Domingo volvía a ver una nueva oportunidad para europeizar políticamente a España, en un contexto nada favorable tanto por la situación interna como por el contexto exterior.

Pero, ¿en qué consistía esta Europa nueva y renaciente? Domingo identificó cuatro características principales: la primera de ellas, el protagonismo activo de los diferentes pueblos –o sociedades– de los países europeos que, a diferencia de otras épocas, estaban mucho más involucrados en la política. La segunda, la aparición de partidos modernos –por ejemplo, el éxito del socialismo en países como Alemania o Reino Unido– y “hombres nuevos” preparados para los nuevos desafíos de la posguerra. En tercer lugar, “el Parlamento por encima de todo otro poder”, una idea en la que insistía cada vez que tenía ocasión y que, como hemos visto, también compartían Albornoz o Araquistain. La última característica hacía referencia a la Sociedad de Naciones que, según Domingo, acabaría por convertirse en un “Supraestado” que articularía federalmente a todos los países.

Esta nueva Europa estaba irremediabilmente destinada a la integración en algunas materias y a la pérdida de parcelas de soberanía. En este sentido, Marcelino Domingo se felicitaba de que las naciones que formaban la “unidad moral” de Europa– un término que ya había sido utilizado por Eugeni d’Ors durante la Gran Guerra– hubieran coordinado algunas políticas monetarias y financieras⁴¹. Pero quizás lo más importante en esta nueva Europa fuera el adelgazamiento progresivo de la estructura estatal que predecía Marcelino Domingo, quien confiaba en que muchas de las funciones que había realizado el Estado hasta ese momento serían realizadas directamente por la ciudadanía o de común acuerdo con otros países europeos. En definitiva, el intelectual catalán cerraba su artículo dejando un halo de esperanza: estaba convencido de que Europa había vuelto a ser un “plano de civilización”, pero al mismo tiempo se lamentaba, con aviso a navegantes incluido, de que el viejo continente fuera una unidad moral en la que se encontraban “muchos pueblos de fuera del mapa de

⁴⁰ Marcelino DOMINGO: “España quiere ser”, *España*, 14 de noviembre de 1918, pág. 9. Véase el punto 5.3.1. de este trabajo.

⁴¹ La mayoría de estas medidas se adoptaron en la Conferencia de Génova de 1922.

Europa” –en alusión a Estados Unidos– y en la que, sin embargo, no estaban “muchos pueblos de dentro del mapa de Europa”.

6.2. *La decadencia de occidente* de Spengler y su impacto en España

A pesar de los esfuerzos de Marcelino Domingo y otros europeístas por rescatar de las tinieblas la idea de Europa en el mundo intelectual del viejo continente, el pesimismo reinaba desde el fin de la Primera Guerra Mundial. Así, por ejemplo, Paul Valéry consideraba que, a partir de 1918 se había desatado una profunda crisis del espíritu que condujo a una aguda sensación de decadencia europea. Otro francés, el geógrafo Albert Demangeon, siguió un planteamiento parecido en *El declinar de Europa*, una influyente obra publicada en 1920. El británico Albert Toynbee hablaba, ya en 1926, del eclipse de Europa⁴². Pero sin lugar a dudas, el autor que más contribuyó a difundir la idea de declive europeo tras siglos de hegemonía político-económica fue el historiador alemán Oswald Spengler, cuya obra *La decadencia de occidente* se convirtió en tiempo récord en uno de los fenómenos editoriales de la época.

6.2.1. *Una particular filosofía de la historia*

A diferencia de los otros autores citados, Spengler formuló sus tesis en pleno conflicto mundial. Terminó de escribir la primera parte de su obra en la primavera de 1917, aunque no la publicó hasta un año después (El segundo volumen no apareció hasta 1923). No se trataba, sin embargo, de una obra surgida exactamente al calor de la contienda. Como el mismo Spengler había revelado en el prólogo a la primera edición alemana, el título lo decidió en 1912⁴³. Se trata de un colosal compendio de erudición – tanto por contenido como por extensión– en el que Spengler analizaba el funcionamiento interno y el desarrollo de las culturas. Para el historiador alemán, el comportamiento de cualquier cultura era equiparable al de un organismo vivo: tras una fase inicial de desarrollo, y otra de plenitud o de esplendor, llegaría inevitablemente un

⁴² Sobre las consecuencias que tuvo la Gran Guerra en la idea de Europa, véase el análisis de Juan Pablo FUSI AIZPURÚA: “La crisis de la conciencia europea”, en Mercedes CABRERA, Santos JULIÁ y Pablo MARTÍN ACEÑA (Coords.): *Europa en crisis, 1919-1939*, Madrid, Editorial Pablo Iglesias, 1991, págs. 327-342.

⁴³ Oswald SPENGLER: *La decadencia de occidente I. Bosquejo de una morfología de la historia universal*, Madrid, Espasa Calpe, 1998, pág. 25. La segunda parte también ha sido publicada por la misma editorial.

periodo final de decadencia en el que las culturas dejarían de existir para convertirse en civilizaciones. De este esquema, que recuerda al evolucionismo de Darwin, Spengler dejaba claro que no se podía escapar. En sus propias palabras, la civilización era “el inevitable sino de toda cultura”⁴⁴.

Este influyente intelectual tenía en mente un ambicioso objetivo: predecir la historia para, de esta forma, poder ofrecer claves sobre cómo serían los últimos coletazos de la etapa de plenitud de una cultura occidental que identificó con América y Europa –aunque en la mayoría de ocasiones se refería únicamente al viejo continente– y que se encontraba en fase de decadencia⁴⁵. Spengler era un relativista cultural, condición que no ocultó en el contenido de su libro. Para ilustrar su particular cosmovisión, comparó el devenir histórico con el sistema solar: alrededor del sol –que simbolizaba la Historia– gravitarían las culturas, todas igual de importantes y necesarias. Este sistema, al que Spengler añadió el adjetivo de “copernicano”, le sirvió para cuestionar la idea, muy extendida desde hacía varias décadas, de que todas las culturas precedentes habían sido inferiores a la occidental⁴⁶. De hecho, el autor alemán defendía que en la historia de la humanidad habían existido otras culturas que también alcanzaron el pleno desarrollo⁴⁷. Cada una de estas culturas había tenido una existencia que comprendía varios siglos, por lo que el estudio realizado por Spengler se articulaba en torno a dos variables: la primera estaba relacionada con la existencia de una morfología de la historia que apenas había sido desentrañada y que sería la clave para entender las relaciones de causa-efecto entre los hechos históricos. La segunda hacía referencia al método utilizado por el erudito alemán, que se basaba en las analogías entre las diferentes culturas identificadas. A través de estas comparaciones, Spengler identificó unas épocas o periodos que se repetían cíclicamente en todas las culturas. En

⁴⁴ *Ibid.* (I), pág. 77.

⁴⁵ *Ibid.* (I), pág. 29.

⁴⁶ En este sentido, Spengler se mostró especialmente crítico con la clásica división de la historia en edades antigua, medieval, moderna y contemporánea, un esquema que llevaba implícita la idea de progreso lineal con la que no estaba de acuerdo. La cultura occidental no era ni mucho menos el punto de referencia de ese universo histórico, sino que todas las culturas debían ser entendidas como “manifestaciones y expresiones cambiantes” de la misma historia. *Ibid.* (I), págs. 53-54. El análisis de Spengler introdujo el relativismo cultural en el campo de los estudios históricos y de las relaciones internacionales. Esta senda fue seguida por Albert Toynbee a partir de la década de los años 30 e, incluso, por el politólogo Samuel Huntington, en los 90 del pasado siglo. Andrew HURRELL: “One world? Many worlds? The place of regions in the study of international society”, *International Affairs*, 83 (2007), pág. 138.

⁴⁷ Se trataba, siguiendo un orden cronológico, de las culturas india, babilónica, china, egipcia, antigua – que incluía a Grecia y Roma– arábiga y mexicana. Spengler también incluía a la cultura rusa, pero consideraba que se encontraba en estado embrionario o en formación. Oswald SPENGLER: *La decadencia de occidente I...*, pág 4. Sobre las características de la cultura rusa, véase *Ibid.* (II), pág. 298-305.

primer lugar, un periodo primitivo caracterizado por el feudalismo y el surgimiento de formas estatales cada vez más complejas. A esta fase inicial le seguía un periodo “posterior” en el que se desarrollaba la idea de Estado y que se extendía hasta la época actual e incluso a un futuro no demasiado lejano⁴⁸.

Spengler llegó a la conclusión de que Occidente se encontraba inmerso en una etapa que denominó el “sistema de las grandes potencias”, caracterizado por los conflictos bélicos. Este periodo, que se inició en las guerras napoleónicas al principio del siglo XIX, iba a concluir en principio dos siglos después, alrededor del año 2000⁴⁹. La Gran Guerra estaba, pues, inserta en un periodo histórico convulso que sería la antesala de la última etapa de cualquier civilización, a la que Spengler llamó cesarismo. Según el historiador alemán, todas las grandes culturas habían dejado de existir después de que una personalidad carismática hubiera asumido el poder absoluto por encima de los organismos políticos existentes, que carecerían de todo sentido: “lo único que significa algo es el poder personal que ejercen por sus capacidades el César o, en su lugar, un hombre apto”⁵⁰.

6.2.2. Las “profecías” de Spengler y la Dictadura de Primo de Rivera

“Esta obra ha sido el mayor acontecimiento editorial de los últimos años. En ella se hacen los más profundos vaticinios sobre el porvenir de Europa y se presenta el pasado de la historia universal bajo un aspecto tan nuevo como dramático”.

De esta forma publicitaba la editorial Calpe en la prensa *La decadencia de occidente*⁵¹. El primer volumen, que costaba nueve pesetas, había sido traducido al castellano en 1923 por el catedrático de ética Manuel García Morente, quien contó con la colaboración de Ortega y Gasset⁵². Esta traducción fue una de las primeras que se

⁴⁸ *Ibid.* (II), págs. 121-126.

⁴⁹ *Ibid.* (I), pág. 125.

⁵⁰ *Ibid.* (II), págs. 666 y 667. Spengler enumeró varios ejemplos de cesarismo a lo largo de la historia, entre los que destacaba el gobierno del emperador romano Augusto.

⁵¹ *El Sol*, 23 de julio de 1923, pág. 8.

⁵² A diferencia de otros países, la primera edición en castellano se dividió en cuatro libros y se publicó entre 1923-1927. En las reediciones actuales se ha respetado el formato original propuesto por Spengler de dos volúmenes. JOSÉ ORTEGA Y GASSET: “Proemio”, en OSWALD SPENGLER: *La decadencia de occidente I...*, pág. 17. Poco después de traducir la obra, Morente escribió un breve artículo que puede considerarse como una de las mejores síntesis del pensamiento spengleriano: MANUEL GARCÍA MORENTE: “Una nueva filosofía de la historia. ¿Europa en decadencia?”, *Revista de Occidente*, 2 (julio 1923), págs. 175-182.

realizaron en el continente europeo, lo que confirma una vez más que el declive de Europa preocupaba y mucho en España⁵³.

Aunque las primeras reseñas habían aparecido durante julio y agosto de 1923 –e incluso ya se había citado en la prensa antes de que se tradujese al castellano–, la obra de Spengler alcanzó mucha más notoriedad tras el golpe de Estado. En *El Sol*, por ejemplo, se citó al historiador alemán en un editorial del 15 de septiembre⁵⁴:

“Oswald Spengler ha delatado el punto extremo de descomposición por que hoy pasa Europa, esto es, las razas, los Estados, la cultura, la moral, la economía de esta que fue, hasta hace poco, la “primera parte” del mundo”. Ideológica y materialmente, Europa, al decir de los que sostienen esas teorías, no es ya sino una ruina, y para los más fervientes spenglerianos no cuenta ya ni aun como concepto político”.

En un primer momento se llegó a pensar que el planteamiento de Spengler encajaba perfectamente con el proyecto nacionalista impulsado por el Directorio. La comparación entre el cesarismo y el singular momento que estaba viviendo España era quizás demasiado tentadora, y no fueron pocos los que interpretaron que el país, por fin, volvía a estar alineado o sincronizado con el devenir de la historia de la humanidad⁵⁵. Sin embargo, Ramiro de Maeztu pronto se encargó de rebajar las expectativas en una conferencia en Sevilla que después sería publicada en seis entregas en los folletones de *El Sol*⁵⁶. Durante su intervención, el intelectual vitoriano se mostró escéptico sobre las dos ideas-fuerza defendidas por Spengler. En cuanto a que se pudiera predecir la historia, Maeztu admitía esta posibilidad, pero sólo hasta “cierto punto”. También aceptaba que las culturas podían seguir una evolución predeterminada por factores externos, pero insistió con vehemencia en que la última palabra siempre la tendría el ser humano.

⁵³ De acuerdo con los catálogos de las principales bibliotecas nacionales europeas, la primera edición en inglés data de 1922, un año antes de la española. En cambio, en Francia no se publicó hasta 1931, seguramente por la enemistad franco-alemana. Sobre el interés que suscitó la decadencia de Europa –o de Occidente– en la intelectualidad española, véase el completo análisis de Juan Pablo CAMAZÓN LINACERO: “La crisis europea en *Revista de Occidente* (1923-1936)”, *Espacio, Tiempo y Forma, Serie V, Hª Contemporánea*, 13 (2000), págs. 369-391.

⁵⁴ “El fin de Europa y la nueva repartición política del mundo”, *El Sol*, 15 de septiembre de 1923, pág. 5. El editorialista también citaba a Coudenhove-Kalergi, uno de los más destacados europeístas del periodo de entreguerras, al que identificaba erróneamente como uno de esos spenglerianos que ya habían propuesto soluciones para frenar la decadencia de Europa.

⁵⁵ Alejandro QUIROGA: *Haciendo españoles...*, págs. 110-111.

⁵⁶ La conferencia, dada en Sevilla el 7 de noviembre de 1923, se publicó en *El Sol* los días 15, 16, 17, 23, 24 y 25 del mismo mes.

A pesar de estas críticas, Maeztu estaba de acuerdo en que Occidente estaba atravesando un periodo de decadencia, pero no aceptaba que esta cultura estuviera condenada de forma irremediable a su desaparición. Maeztu ya había tratado esta cuestión en 1914, en plena guerra, por lo que las tesis spenglerianas no le pillaron por sorpresa. Ahora, casi una década después, volvía a identificar los mismos síntomas – irreligiosidad, cosmopolitismo o socialismo– que él había asociado con la decadencia de una cultura o civilización⁵⁷. Sobre esta cuestión, Maeztu se preguntaba en la conferencia si el triunfo del Directorio Militar en España y del fascismo liderado por Mussolini en Italia, eran la prueba de que el periodo de cesarismo ya había empezado⁵⁸. Su respuesta no pudo ser más contundente⁵⁹:

“Creo (...) que la Historia no podrá ver en el triunfo del fascismo italiano ni en la instauración del Directorio militar en España manifestaciones de decadencia, sino la expresión de una voluntad de convivencia que se sobrepone a los deseos de disolución”.

Para Maeztu, las culturas eran “asociaciones humanas” constituidas libremente y no organismos con vida propia⁶⁰. Por tanto, no estarían destinadas a morir o a desaparecer; en todo caso sería su sustrato humano el que, con sus actuaciones, determinaría su conservación o destrucción: “Nosotros, los individuos, somos los que tenemos que decaer”⁶¹. En la Europa de 1923, los gobiernos de Mussolini y Primo de Rivera representaban, de acuerdo con la interpretación de Maeztu y otros intelectuales, ese soplo de aire fresco que necesitaba el viejo continente, pero en ningún caso podrían ser tomados como ejemplo de cesarismo. De hecho, para Maeztu esta etapa – interpretada como puente entre el esplendor de la cultura y la oscuridad de la civilización– se caracterizaría por una mayor uniformidad desde el punto de vista político y social, algo que sería incompatible con el nacionalismo “celoso y excesivo” de los primeros años de la posguerra⁶². Incluso recordó al público que el futuro de

⁵⁷ En su conferencia, Maeztu intercambiaba constantemente los conceptos cultura y civilización. Spengler, en cambio, entendía que las culturas eran jerárquicamente superiores a las civilizaciones.

⁵⁸ En un artículo publicado justo un día antes de la conferencia, Maeztu descartaba de pleno cualquier relación entre el cesarismo y el triunfo de Mussolini y el Directorio Militar. Eran, en su opinión, dos casos concretos que no tenían nada que ver con la filosofía de la historia planteada por Spengler. Ramiro de MAEZTU: “Sobre las profecías”, *El Sol*, 6 de noviembre de 1923, pág. 1.

⁵⁹ ID.: “La Decadencia de Occidente”, *El Sol*, 24 de noviembre de 1923, pág. 4.

⁶⁰ Maeztu entendió el concepto de cultura de Spengler como una metáfora. Véase Pedro GONZÁLEZ CUEVAS: *Maeztu...*, págs. 214-215.

⁶¹ Ramiro DE MAEZTU: “La decadencia de occidente”, *El Sol*, 25 de noviembre de 1923, pág. 4.

⁶² *Ibid.*, 24 de noviembre de 1923, pág. 4.

Europa podría ser muy distinto al que proponía Spengler, siempre que los pueblos francés y alemán decidieran estrechar sus lazos para constituir “los futuros Estados Unidos de Europa”. Con todo, aunque el intelectual conservador discrepara de la tesis central del vasto trabajo de Spengler, sí coincidía en sus críticas a la democracia liberal, un sistema que, aunque estaba presente en gran parte del viejo continente, había quedado obsoleto⁶³.

Estos desacuerdos no fueron obstáculo para que Ramiro de Maeztu siguiera teniendo *La decadencia de occidente* en su mesilla de noche, pero no puede decirse que fuera un admirador de Spengler⁶⁴. Fiel a sus ideas, prestó más atención al desarrollo de dos conceptos como patria y nación en vez de centrarse en el concepto spengleriano de cultura que por otra parte rechazaba. El patriotismo era para Maeztu el motor que movía las sociedades, la sustancia que mantenía a sus individuos unidos, aunque admitía que el espíritu universal y cosmopolita tenía cada vez más influencia. Por este motivo volvió a hacer un guiño, en un artículo posterior, a una hipotética unidad europea⁶⁵:

“Al mismo tiempo que sentimos con más fuerza que antes la unidad europea, la unidad de nuestra civilización, y a pesar de Spengler, la de la humanidad, sentimos también la patria como el sistema tempoespacial en que los hombres nos movemos”.

Maeztu no era el único que pensaba que la idea de decadencia europea –u occidental– era, cuanto menos, una visión exagerada⁶⁶. El historiador y crítico literario Melchor Fernández-Almagro equiparó a Spengler con Nostradamus y atribuía este pesimismo general, exagerado desde la prensa diaria, a que “gente de toda clase o condición” se aventurara a predecir desdichas como la decadencia de occidente⁶⁷.

⁶³ Spengler se ocupó de la democracia liberal en el segundo volumen publicado en 1923. Aunque anteriormente había realizado una aproximación a este tema en otra de sus obras más conocidas, *Prusianismo y socialismo* (1919), que tendría una gran repercusión en el nazismo y otros movimientos totalitarios o de extrema derecha.

⁶⁴ Seguidor o no, lo cierto es que Spengler se convirtió en uno de sus temas fetiche. Ante la perspectiva de que Maeztu siguiera dedicando más líneas al hombre del momento, en una revista satírica madrileña se publicó lo siguiente: “Sólo de pensarlo se nos abre la boca en un bostezo interminable”. Véase Mariano BENLLIURE Y TUERO: “Un consejo”, *Muchas Gracias*, 20 de septiembre de 1924, pág. 2.

⁶⁵ Ramiro de MAEZTU: “La trama”, *El Sol*, 2 de septiembre de 1924, pág. 1. Maeztu escribió este artículo animado por las buenas perspectivas de la Conferencia Internacional de Londres, una reunión que culminaría los trabajos del Comité Dawes para renegociar las reparaciones de guerra de Alemania. El intelectual vitoriano destacó la confluencia de intereses nacionales e internacionales.

⁶⁶ En otro artículo ponía como ejemplo el crecimiento de Italia, una circunstancia que invalidaría los argumentos de Spengler. Ramiro de MAEZTU: “Sobre Spengler”, *El Sol*, 9 de septiembre de 1924, pág. 1.

⁶⁷ Melchor FERNÁNDEZ-ALMAGRO: “Las profecías de Nostradamus”, *La Época*, 9 de febrero de 1924, pág. 5.

Algunos años después, en 1930, Ortega y Gasset culparía a Spengler y a otros muchos autores, de haber extendido la creencia de la decadencia europea sin que ésta se hubiera podido probar en ningún momento⁶⁸:

“Se ha hablado tanto de la decadencia europea, que muchos han llegado a darla por un hecho. No que crean en serio y con evidencia en él, sino que se han habituado a darlo por cierto, aunque no recuerdan sinceramente haberse convencido resueltamente de ello en ninguna fecha determinada”.

Se habló tanto del declive de Europa, que no tardó en convertirse en uno de los temas principales de cualquier debate, tertulia o artículo periodístico. José María Salaverría, uno de los autores habituales en estas cuestiones, se acostumbró – corroborando el razonamiento de Ortega– a dar por cierta la presunta decadencia europea⁶⁹. El ocaso de la civilización occidental era, para Salaverría, una “verdad razonada y prolijamente demostrada” porque ideas como el liberalismo, el progreso o la civilización se encontraban en franco retroceso. Junto a estos conceptos, la misma idea de Europa, tan idolatrada y admirada por los rivales ideológicos de este autor, también había perdido su carácter “ascendente” para convertirse en un ejemplo más de esta decadencia generalizada:

“La idea de Europa ha fracasado, o está vacilando, desde que con la última guerra nuestro continente creador y dominador flaquea hasta el punto de quedar al arbitrio de Norteamérica o de cualquier influencia asiática”.

Luis Araquistain llegó incluso a admitir que la teoría de Spengler sobre la decadencia de occidente podía ser cierta, pero al mismo tiempo se preguntaba si no podrían detener este proceso los mismos hombres que lo habían iniciado⁷⁰. Estando tan alejados ideológicamente, Araquistain y Maeztu compartían la noción de que los seres humanos eran los que realmente tenían la última palabra. En otros artículos, sin embargo, Araquistain se mostró mucho más crítico y llegó a comparar el pensamiento

⁶⁸ José ORTEGA Y GASSET: *La rebelión de las masas*, Madrid, Tecnos, 2012 [1930], pág. 280. Sin embargo, en 1922, en un prefacio a la segunda edición de *La España invertebrada*, Ortega admitía que Europa se encontraba en una fase de extenuación y decaimiento, y denunciaba que el viejo no estaba por la labor de iniciar su recuperación. Véase en Paul AUBERT (ed.): *Les espagnols et l'Europe...*, págs. 216 y 217.

⁶⁹ Véase José María SALAVERRÍA: “La Danza Desconcertante de las Ideas”, *ABC*, 8 de diciembre de 1923, págs. 15-17.

⁷⁰ Luis ARAQUISTAIN: “Las olimpiadas y la barbarie nacionalista”, *La Voz*, 30 de julio de 1924, pág. 1.

de Spengler con los movimientos milenaristas que habían fracasado a lo largo de los siglos⁷¹. A través de la comparación, precisamente el método predilecto de Spengler, Araquistáin intentó demostrar que Europa no estaba condenada ni mucho menos a la desaparición. Para ello sacó a colación los casos de China, Italia, Japón y Turquía, naciones que, después de pasar por largos periodos de crisis y decadencia, habían resurgido y recobrado su “cohesión y soberanía” gracias a la voluntad de sus gobernantes y ciudadanos. Araquistain, al igual que otros autores, no era tan sistemático como Spengler y hablaba indistintamente de culturas, civilizaciones y naciones, tres conceptos que, a pesar de no significar lo mismo, tenían una característica común: todos ellos constituían formas de agregación voluntaria de seres humanos. En su opinión, la misma cultura –o civilización– europea no era un “organismo individual” con vida propia que nacía, creía, y moría. Es por eso que nunca dejó de confiar en la futura recuperación económica y política del viejo continente⁷². De hecho, en otro artículo posterior insinuó que los Estados Unidos de Europa serían la evolución definitiva de las formas de gobierno⁷³.

Si se compara el texto original de *La decadencia de occidente* con las lecturas de algunos intelectuales españoles, la conclusión a la que se llega es, cuanto menos, llamativa: Maeztu, Araquistain y los demás no interpretaron correctamente la profecía de Spengler. Muchos de estos autores –tanto conservadores como europeístas– se negaron a admitir que el fin de Europa estuviera cercano, pero lo cierto es que Spengler en ningún momento dijo que el ocaso de la cultura occidental o europea fuese inminente. Aquel sambenito, no obstante, le quedó para siempre. Unos desdeñaron públicamente sus teorías⁷⁴; otros, sencillamente, le llamaron agorero⁷⁵. Lo que en realidad hizo el erudito alemán fue identificar, de acuerdo con su método, el principio del fin de la cultura occidental que, según sus cálculos, todavía se prolongaría por

⁷¹ ID: “El sentido perfectivo del milenio, *La Voz*, 16 de febrero de 1925, pág. 1.

⁷² ID: “Agitación obrera y estudiantil”, *La Voz*, 1 de julio de 1925, pág. 1. Con todo, Araquistain reconoció a Spengler como una de las figuras intelectuales más influyentes de la última década y lo incluyó en su libro *El Arca de Noé*, editado en 1926 y en el que se ocupaba de otras personalidades como Wilson o Lenin.

⁷³ Véase ID: “La ciudad moderna”, *La Ciudad Lineal*, 10 de mayo de 1925, pág. 168.

⁷⁴ Por ejemplo, Eduardo Gómez de Baquero, más conocido como Andrenio, aludió a Spengler en su discurso de ingreso en la Real Academia Española de la lengua. Con el título de “El triunfo de la novela”, Andrenio fue descartando argumentos en contra de una supuesta decadencia de la novela, que sólo sería posible mediante “un naufragio general de la cultura de Occidente”. Añadió a continuación que dicha hipótesis ya tenía en Spengler a su profeta. Resulta irresistible no atribuir cierta socarronería a las palabras del crítico literario. Véase un extracto del discurso en “Recepción del señor Gómez de Baquero”, *El Sol*, 22 de junio de 1925, pág. 8.

⁷⁵ En una conferencia, Julián Besteiro le tildó de “sabio agorero”. “Conferencias”, *La Voz*, 9 de enero de 1925, pág. 2.

espacio de tres siglos más como mucho, pero que empezaba a mostrar evidentes signos de agotamiento⁷⁶.

El revuelo causado por el primer libro fue poco a poco bajando de intensidad. Aunque los otros volúmenes también fueron un éxito de ventas, a partir de 1925 los intelectuales se ocuparon de otros temas que también aparecían en la obra de Spengler, como la interpretación de la historia o el análisis del arte. El interés por la decadencia de la cultura europea u occidental ya no era desde luego el mismo, si bien no desapareció del todo. En 1926, por poner un ejemplo reseñable, el Conde de Keyserling, que obtuvo cierta notoriedad en los círculos intelectuales por defender teorías similares a las de Spengler, dio una conferencia en la Residencia de Estudiantes de Madrid sobre “El porvenir del mundo” que contó con la presencia de la reina Victoria Eugenia⁷⁷. Aprovechando su presencia en España, Keyserling también publicó un artículo en la *Revista de Occidente* sobre España y Europa. En su escrito, este conde hizo gala de su admiración por Unamuno e insistió repetidas veces en que España –un país al que consideraba de morfología no europea– sólo podría tener importancia en la idea europea si permanecía fiel a su intrahistoria, su pasado glorioso y su estilo de vida; de hecho, Keyserling asumió el objetivo unamuniano de españolizar a Europa⁷⁸.

Es posible que muy pocos creyeran realmente que la cultura occidental estuviera próxima a desaparecer, pero en los ambientes políticos, intelectuales o económicos, conceptos como inmovilismo, decadencia o debilidad se asociaron inevitablemente a la idea de Europa. Conforme fuera transcurriendo el tiempo, más difícil sería deshacerse de este pesimismo casi crónico.

6.3. Una nueva oportunidad para Europa. Visiones desde la España de Primo de Rivera

El determinismo científico de Spengler no cuajó entre la intelectualidad española, pero tampoco entre la mayor parte de los pensadores europeos. Paul Valéry, uno de estos intelectuales, compartía el pesimismo de Spengler y su visión orgánica de la cultura, si bien dejaba un resquicio para la esperanza. En su opinión, Europa se

⁷⁶ Aunque Spengler no es demasiado claro sobre las características que tendría el cesarismo, sí predijo que se extendería entre los años 2000 y 2200. Oswald SPENGLER: *La decadencia de occidente*. I, pág. 125. Al final de esta obra dejó escrito que esta etapa se aproximaba “con paso lento, pero irresistible”. *Ibid.* (II), pág. 780.

⁷⁷ “Las conferencias de ayer”, *El Sol*, 9 de abril de 1926, pág. 2.

⁷⁸ Conde de KEYSERLING: “España y Europa”, *Revista de Occidente*, 35 (Mayo 1926), págs. 129-144.

encontraba en peligro, pero todavía no estaba muerta⁷⁹. Otros autores más optimistas, como Francesco Nitti, Julien Benda o el ya citado José Ortega y Gasset coincidían en que el continente europeo estaba atravesando una fase de dificultades, pero descartaban que la cultura europea se encontrara en el inicio de su final. Justo al contrario, seguían confiando en que la idea de Europa, más pronto que tarde, volvería a resurgir –una vez más– de sus cenizas.

Lo cierto es que tras la conclusión de la Conferencia de Génova, en la escena política del viejo continente reinaba un cierto aire de optimismo. Aunque sus resultados fueron más bien modestos –se alcanzaron algunos acuerdos puntuales sobre política monetaria–, al menos en la ciudad italiana se pudo escenificar, por fin, el acercamiento de Alemania al bloque occidental. Esto, como se vio en el anterior capítulo, se interpretó como un gesto de buena voluntad que podría desembocar, según la opinión de algunos comentaristas, en un mayor entendimiento entre países europeos. Nada más lejos de la realidad. Apenas siete meses después, en enero de 1923, tropas francesas y belgas ocuparon la región alemana del Ruhr como medida de presión ante a los impagos de las reparaciones de guerra por parte de Alemania. La República de Weimar se vio, por tanto, acorralada y despojada de su soberanía en una zona estratégica, rica en carbón y otros minerales.

De esta ocupación, que se prolongó hasta agosto de 1925, se extrajeron algunas enseñanzas para el inmediato futuro. La primera, que la resolución de la llamada cuestión alemana era imprescindible para iniciar cualquier vía de aproximación entre países europeos. La segunda, que esta situación excepcional pronto se iba a convertir en una oportunidad para progresar en la cooperación franco-alemana⁸⁰. En cierto modo, la presión ejercida por el Elíseo provocó que buena parte de la sociedad civil alemana virara hacia posiciones europeístas, un mensaje que fue captado por Gustav Stresemann, Ministro de Exteriores entre 1923 y 1929 y que se convirtió en la cabeza visible de la nueva política internacional de Alemania. En la orilla izquierda del Rin también existía el convencimiento de que sólo apostando por Europa sería posible una paz duradera. Una nueva generación de políticos franceses, liderada por Aristide Briand y Édouard Herriot, estaba convencida de que la idea de una Europa unida podría tener consecuencias positivas para Francia, Alemania y el resto de países europeos.

⁷⁹ Denis DE ROUGEMONT: *The Idea of Europe*, Nueva York, The MacMillan Company, 1966, pág. 344.

⁸⁰ Carl H. PEGG: *Evolution of the European Idea...*, págs. 23-31.

6.3.1. *El espíritu de Locarno*

En 1924, cinco años después de la firma del Tratado de Versalles, era más que evidente que Alemania no podría hacer frente a las reparaciones de guerra en los plazos estipulados. La ocupación del Ruhr fue un fracaso, y no sirvió para que se reanudara el calendario de pagos. Tampoco se consiguió debilitar al Gobierno alemán, que optó por la resistencia pasiva y la apertura de negociaciones bilaterales, una actitud que le reportaría beneficios en el futuro.

Los primeros años de la República de Weimar no estaban siendo nada sencillos. A las inevitables secuelas económicas de la guerra había que sumar un creciente descontento hacia las instituciones liberales y democráticas, que desde algunos sectores del nacionalismo más exaltado fueron señaladas como las culpables de la derrota alemana. En este sentido, todavía resonaban los ecos de la intentona golpista de un semidesconocido Adolf Hitler, que intentó hacerse con el poder en Baviera en 1923. Este episodio, lejos de ser una anécdota protagonizada por un mero agitador de cervecerías, era un buen ejemplo de la crispación política y social que existía en el país teutón.

Precisamente, para aliviar el peso de las reparaciones de guerra, y en parte para evitar cualquier disrupción en el orden constitucional, se creó el llamado Plan Dawes, un programa ideado por el financiero estadounidense Charles Dawes y que contó con el beneplácito de Francia, Bélgica, Italia y Reino Unido. El plan consistía básicamente en pagar la deuda contraída a través de impuestos y no mediante el embargo de materias primas. Gracias a estas medidas, la economía alemana experimentó un cierto crecimiento durante aquellos años. Además, en otra de las cláusulas del plan se acordaba la retirada de las tropas franco-belgas de la zona del Ruhr.

Si el Plan Dawes fue fundamental para encontrar una salida a la deteriorada economía germana, los Tratados de Locarno tuvieron efectos similares en el plano de las relaciones internacionales. En la ciudad suiza que da nombre a estos acuerdos se reunieron en octubre de 1925 los países europeos que firmaron el Plan Dawes (Estados Unidos decidió no asistir). El primero de los tratados consistía en un acuerdo de garantías mutuas entre Francia, Alemania y Bélgica. Por un lado se reconocía el *statu quo* de las fronteras franco-germana y germano-belga respectivamente, así como la zona desmilitarizada de Renania, ya prevista en el Tratado de Versalles. Por otro, Francia y

Bélgica se comprometieron a no invadir militarmente a Alemania, y viceversa. Estas garantías mutuas contaron, además, con el respaldo de otras naciones. Los representantes de Italia y Reino Unido firmaron este protocolo y se convirtieron, de esta forma, en observadores del cumplimiento del acuerdo⁸¹. De esta forma, y en apenas diez artículos, se produjo una revisión *de facto* del Tratado de Versalles. La Conferencia de Locarno se transformó, pues, en ese “auténtico acuerdo de paz” tan esperado por Alemania y el resto de los países europeos⁸². Aristide Briand, uno de los impulsores de este histórico acuerdo, llegó a declarar que en Locarno se había hablado europeo por primera vez en muchos años, y también manifestó, sin poder ocultar su entusiasmo, que se había dado un primer paso hacia los Estados Unidos de Europa⁸³. Parece evidente que Briand tenía muy presente aquel discurso que pronunció Victor Hugo hacía más de setenta años en el que soñaba con una Europa unida. El político francés fue incluso más allá, puesto que unió, en un mismo proyecto, una política de conciliación con el apoyo a la creación de una unión federal europea. De esta forma, Briand confiaba en que terminaran los conflictos que habían assolado el suelo europeo, y también que se produjera el resurgir de Europa como alternativa al poder financiero y económico norteamericano⁸⁴.

Locarno fue una pieza clave para impulsar las iniciativas encaminadas hacia la paz europea durante la primera parte del periodo de entreguerras, pero al mismo tiempo también ha de entenderse como la puesta en marcha de un nuevo escenario internacional que benefició a las cuatro grandes potencias, es decir, Francia, Alemania, Reino Unido e Italia. El llamado *big four*, un concepto utilizado en la historiografía anglosajona, salió ganando con los tratados de Locarno. Detrás del discurso europeísta de Briand se escondían unos objetivos más cercanos al nacionalismo. En realidad, la idea de los hipotéticos Estados Unidos de Europa no era más que una solución a los problemas

⁸¹ Locarno también incluía acuerdos de arbitraje entre Alemania y los siguientes países: Bélgica, Francia, Polonia y Checoslovaquia. Todos los tratados se pueden consultar en la colección digitalizada de las Naciones Unidas. <https://treaties.un.org>.

⁸² Salvador FORNER: “Europa: de las «guerras civiles» al proyecto unitario”, en ID (ed.): *La construcción de Europa...*, pág. 39.

⁸³ Carl H. PEGG: *Evolution of the European Idea...*, pág. 53. La idea de los Estados Unidos de Europa ya se había discutido meses antes en el seno del ejecutivo francés. El entonces primer ministro, Édouard Herriot, declaró en enero de 1925 que su gran deseo era ver un día hecho realidad el ensueño de los Estados Unidos de Europa. Véase Jean Baptiste DUROSELLE: *L'idée d'Europe dans l'histoire*, París, Denoël, 1965, pág. 274.

⁸⁴ Zara STEINER: *The Lights that Failed...*, pág. 414.

geopolíticos de Francia⁸⁵. Gustav Stresemann, el influyente Ministro de Asuntos Exteriores alemán que estuvo presente en Locarno, estaba convencido de que la mejor forma de garantizar la seguridad de Alemania era, precisamente, a través de un acercamiento a Europa occidental⁸⁶. Por su parte, desde el Reino Unido se esperaba que con este pacto se sentaran las bases de un nuevo equilibrio continental⁸⁷. En cuanto al país transalpino, lo realmente importante era “no parecer aislado”, por lo que, a pesar de no estar completamente de acuerdo con las resoluciones que se adoptaron, Mussolini estampó su firma en dichos tratados⁸⁸.

6.3.2. El difícil acomodo de la política internacional del Gobierno de Primo de Rivera en el periodo de entreguerras

El nuevo orden internacional implantado en 1919 todavía seguía vigente, aunque ya se empezaban a vislumbrar algunos síntomas de agotamiento. La Sociedad de Naciones, el organismo que tutelaba el cumplimiento de la legalidad internacional, se había convertido en un gigante burocrático con una influencia limitada en las decisiones adoptadas por sus países miembros. En la práctica, los principales Estados europeos seguían teniendo la iniciativa a la hora de firmar los grandes acuerdos diplomáticos. La SDN, como ocurrió para el caso de Locarno, se entendía simplemente como una organización arbitral a la que acudir en caso de conflicto o de discrepancias. Por otro lado, muchos políticos e intelectuales mostraron abiertamente sus dudas sobre esta institución. Para unos, carecía de la fortaleza necesaria para asegurar la estabilidad en el orden internacional⁸⁹. Otros, como el propio dictador y sus más estrechos colaboradores, empezaron a ver a la SDN como un elemento incómodo, contrario a sus intereses internacionales.

⁸⁵ Gaynor JOHNSON: *Locarno Revisited: European Diplomacy. 1920-1929*, Londres - Nueva York, Routledge, 2004, págs. 103-105.

⁸⁶ Jonathan WRIGHT: “Stresemann and Locarno”, *Contemporary European History*, vol. 4 (1995), pág. 129.

⁸⁷ Patrick O. COHRS: “The First ‘Real’ Peace Settlements after the First World War: Britain, the United States and the Accords of London and Locarno, 1923-1925”, *Contemporary European History*, vol. 12, 2003, pág. 22.

⁸⁸ Álvaro LOZANO: *Mussolini y el fascismo italiano*, Madrid, Marcial Pons, 2012, pág. 329.

⁸⁹ Como se ha podido comprobar en los capítulos precedentes, no fueron pocos los autores que se sintieron decepcionados porque la SDN no se convirtió en superestado. El mismo Briand expresó su pesar por la debilidad de este organismo. Henri BRUGMANS: *La idea europea. 1920-1970*, Madrid, Editorial Moneda y Crédito, 1972, pág. 69.

Con la llegada de Primo de Rivera al poder, el estatus de España en la SDN no varió lo más mínimo. Siguiendo el ejemplo de los gobiernos precedentes, el Directorio Militar entendió este ente como una plataforma en la que defender los intereses internacionales del país. De ahí que redoblar los esfuerzos para que España pudiera lograr un puesto permanente en el Consejo⁹⁰. Esta aspiración no se pudo lograr finalmente debido a que Alemania pasó a formar parte de la SDN y del propio Consejo en 1926, lo cual debe entenderse como una consecuencia directa del espíritu de Locarno. Ante este fracaso, el Gobierno de Primo de Rivera se alejó gradualmente de la institución ginebrina y la abandonó el mismo año 1926, aunque volvería a incorporarse en 1928⁹¹. La pugna con Alemania, si bien fue el detonante de este distanciamiento, no puede entenderse como la única causa. Lo cierto es que la SDN no gozaba de demasiadas simpatías dentro del Ejecutivo y sus seguidores, ya que consideraban que los valores y principios de la SDN se hallaban “en las antípodas del régimen”⁹². Esta visión quedó patente en dos incidentes que ocurrieron casi de forma simultánea y que, por sí solos, permiten explicar el difícil acomodo del gobierno de Primo de Rivera en el contexto internacional.

En mayo de 1925, un grupo de estudiantes de la Universidad Central creó una Agrupación Universitaria pro Sociedad de las Naciones que, a pesar de declararla como “apolítica y supranacional”, no contó con la aprobación del Directorio Militar. La dirección general de seguridad suspendió el acto de presentación organizado por la propia agrupación y al que iba a asistir parte de la intelectualidad reformista, como Augusto Barcia o Gustavo Pittaluga. También se había confirmado la asistencia del Conde de Romanones, presidente de la Asociación Española pro Sociedad de Naciones y uno de los mayores críticos de Primo de Rivera⁹³. Justino Azcárate, uno de los promotores de esta Agrupación Universitaria, explicaría poco después que su asociación sólo se limitaría a defender los ideales de la SDN, esos que, en sus propias palabras, “sólo hombres de un patriotismo equivocado y suicida (podían) atacar”. Azcárate –que

⁹⁰ Desde su ingreso en la SDN, España había ocupado un puesto permanente en su Consejo, que era renovado de forma periódica.

⁹¹ Según consta en el Tratado de la Sociedad de Naciones, todos los países tenían que cumplir un periodo de reflexión de dos años para hacer efectiva su renuncia a formar parte del organismo (Artículo 1.3).

⁹² Juan Carlos PEREIRA CASTAÑARES y José Luis NEILA HERNÁNDEZ: “La España de Alfonso XIII en el sistema internacional de Posguerra (1919-1931)”, *Historia Contemporánea*, 34 (2007), pág. 126.

⁹³ La noticia la recogieron algunos medios regionales, como *La Voz de Guipúzcoa* en su ejemplar del 14 de mayo de 1925. (Hay un recorte de la noticia en AMAE, Sig. R. 4160, Exp. 6). Al día siguiente se publicó una información muy similar en un diario católico de Tarragona: “Noticias generales”, *La Cruz*, 15 de mayo de 1925, págs. 2-3.

además era hermano del diplomático y dirigente reformista Pablo de Azcárate— creía que la formación de este tipo de grupos demostraría al resto de países que los universitarios españoles no se alimentaban únicamente “del jugo nacional”⁹⁴. Este internacionalismo, no hace falta decirlo, chocaba frontalmente con el concepto de nación defendido por la dictadura primorriverista.

La noticia de la prohibición de este acto llegó a oídos de Robert Lange, secretario general de la Federación Universitaria Internacional por la SDN y que además gozaba de buenos contactos en Ginebra. Lange exigió explicaciones al Gobierno español mediante distintos cauces. A partir de la documentación conservada nos podemos hacer una idea del malestar que esta situación estaba causando en el Ministerio de Estado. Aunque hubo una cierta voluntad de solucionar este malentendido, sobre todo a través de la mediación de José de Yanguas —Ministro de Estado— y Quiñones de León —representante de España ante la SDN—, finalmente Lange no consiguió que el grupo español fuera autorizado⁹⁵.

El otro elemento de discordia al que tuvo que hacer frente el Gobierno de Primo de Rivera fue la internacionalización del problema catalán. Ya vimos en el anterior capítulo cómo Pau Maria Turull, un intelectual catalanista, había intentado sin éxito llevar la cuestión de la autonomía catalana al orden del día del congreso de la Unión Internacional de Asociaciones pro Sociedad de Naciones (UIASDN). Con la instauración de la Dictadura, la actividad de la Asociación Española se había reducido todavía más hasta caer prácticamente en la insignificancia. En cambio, en Barcelona se impulsó una Asociación Catalana más activa, lo cual provocó quebraderos de cabeza tanto a la diplomacia como al Gobierno⁹⁶. Salvador de Madariaga era consciente de las funestas consecuencias que tendría para los intereses de la nación la apatía de la

⁹⁴ Justino de AZCÁRATE: “Nuevo organismo estudiantil”, *El Estudiante*, julio 1925, pág. 7. Este joven no era un completo desconocido para el régimen. Formaba parte de una saga de políticos institucionistas y republicanos: su tío, Gumersindo de Azcárate, fue un reputado jurista y diputado por el partido republicano. Su hermano Pablo de Azcárate, fue un importante diplomático de la Sociedad de Naciones y, además, formó parte del Partido Reformista. Justino se afilió en la década de los 20, y durante la Guerra Civil llegó a ser nombrado Ministro de Estado, aunque no tomó posesión del cargo. Véase Fernando JAÚREGUI: “Justino Azcárate”, *El País*, 26 de noviembre de 1984.

⁹⁵ Véanse los siguientes documentos también conservados en AMAE, Sig. R. 4160, Exp. 6: “Carta de Robert Lange a Quiñones de León”, (21 de mayo de 1925); “informe anónimo” —probablemente escrito por Quiñones— redactado en París (10 de julio de 1925); “carta de Quiñones a José M^a Yanguas” (9 de enero de 1926); “Quiñones a Yanguas” (7 de abril de 1926).

⁹⁶ La propia UIASDN reconocía en un informe la existencia en España de dos asociaciones: una radicada en Madrid que empezaba a dar signos de vida, y otra en Barcelona “*qui semble vivant*” y que solicitaba su admisión en la Unión. Véase *Union Internationale des Associations pour la Société des Nations. Rapport sur l'activité du Secretariat général et sur la situation général de l'Union (1 juillet 1924 – 31 mars 1925)*, pág. 6. Informe disponible en AMAE, Sig. R. 4160, Exp. 6.

Asociación radicada en Madrid y la pujanza de la catalana, de ahí que advirtiera a Quiñones de que la ausencia de la Asociación española en el próximo Congreso de la UIASDN en Varsovia podía provocar que “quedara únicamente representada la opinión española por una asociación catalanista”⁹⁷.

Los catalanistas, convencidos de que habían encontrado un canal adecuado para dar a conocer los agravios de la Dictadura con el pueblo catalán, presentaron un escrito dirigido a la comisión de minorías del Congreso de Varsovia, pero Tomás Elorrieta, el hombre fuerte de la Asociación madrileña, logró que se retirara la cuestión catalana del orden del día de la asamblea⁹⁸. Este fracaso no impidió que el catalanismo político continuara atacando al régimen. De hecho, en Varsovia, los delegados catalanes intentaron utilizar la prohibición de la reunión de la Agrupación Universitaria⁹⁹. Poco tiempo después, el *Comitè Cultural Català* de Nueva York redactó un memorándum dirigido a la SDN en el que se volvió a nombrar este asunto que, lejos de ser una anécdota, tendría efectos negativos para la imagen internacional de España¹⁰⁰.

Para la oposición al régimen, la SDN continuaba siendo, pese a todo, un garante de las libertades y de la democracia. Es cierto que en el seno de este organismo había regímenes autoritarios como Italia o la propia España, y que la idea original de Wilson de crear una confederación de democracias no tenía nada que ver con el producto final. En cambio, las asociaciones que orbitaban en torno de la institución de Ginebra, como las citadas UIASDN o la Federación Universitaria Internacional de Robert Lange, seguían siendo excelentes foros para discutir cuestiones relacionadas con la cooperación entre países o para poner en práctica los principios del internacionalismo liberal, que defendía la existencia de acuerdos económicos y la necesidad de crear un gobierno internacional fuerte, unas premisas que coincidían con el corpus teórico del europeísmo¹⁰¹.

El Gobierno de Primo de Rivera no estaba interesado en este internacionalismo multilateral del que podría salir una Europa más unida. Entre 1923 y 1926, España

⁹⁷ “Salvador de Madariaga a Quiñones de León”, 28 de febrero de 1925. AMAE, Sig. R. 4160, Exp. 6.

⁹⁸ Sobre esta cuestión, véase, además, “Ecos del Congreso de Varsovia”, *La Vanguardia*, 25 de julio de 1925, págs. 12 y 13 (Hay un extracto de este artículo en *ABC*, 4 de agosto de 1925, pág. 12). Un análisis sobre las estrategias seguidas por las delegaciones española y catalana en Xosé Manoel NÚÑEZ SEIXAS: *Internacionalitzant el nacionalisme...*, págs. 130-135.

⁹⁹ “Informe sin autor”, París, 10 de julio de 1925. AMAE, Sig. R. 4160, Exp. 6.

¹⁰⁰ “*This incident is the best illustration we can offer of the true political situation in unfortunate Spain at the present time*”. El texto completo está en “Memorándum del Comité Cultural Catalá de New York, remitido a la Sección de Información de la SdN”. AMAE, Sig. 4134 Exp. 4.

¹⁰¹ Holbraad CARSTEN: *Internationalism and Nationalism in European Political Thought*, Nueva York, Palgrave MacMillan, 2003, págs. 42-43.

mostró un absoluto desinterés hacia los pactos, tratados o conferencias internacionales que se venían celebrando periódicamente. La política internacional de España estaba centrada sobre todo en el protectorado de Marruecos, un territorio que no estaría controlado hasta 1926. Sin embargo, la resolución de la cuestión de Tánger dejó un mal sabor de boca en el Directorio. El Gobierno español llevaba tiempo reclamando que Tánger, un territorio con un gran valor geoestratégico, formara parte del protectorado español, pero Francia y Reino Unido, que ni siquiera se plantearon esta posibilidad, forzaron a España a aceptar el estatus de ciudad internacional para Tánger¹⁰².

Con la firma del Estatuto de Tánger a finales de 1923 quedaba confirmado que España, incluso en el Mediterráneo, seguía siendo una potencia de segundo orden. Por eso no es casualidad que, casi en las mismas fechas, el recién formado Directorio Militar intentara estrechar lazos con la Italia de Mussolini. Primo de Rivera y Alfonso XIII, ambos admiradores del *Duce*, viajaron al país transalpino en noviembre. El oportunismo de esta visita oficial, justo unas semanas antes de que se solucionara el problema de Tánger, alimentó los rumores de un posible pacto antifrancés entre España e Italia que podría afectar de rebote a los intereses británicos en el Mediterráneo. Sin embargo, Primo de Rivera no se dejó llevar por los deseos de su homólogo italiano, que jamás tuvo en mente romper completamente con Francia y Reino Unido, potencias de las que, por otra parte, España no tenía más remedio que seguir dependiendo¹⁰³.

A pesar de esta buena sintonía, el idilio con la Italia fascista fue breve, y en menos de un año tanto el monarca como Primo de Rivera habían abandonado su deseo de que España siguiera una evolución parecida a la italiana¹⁰⁴. Esto no significa que Italia dejara de ser vista con admiración desde el Directorio Militar y los afectos al régimen, pero hubo algunas diferencias a tener en cuenta: la Unión Patriótica, por ejemplo, tuvo poco que ver con el desarrollo y la organización del Partido Fascista. Por su parte, la parafernalia fascista no se incorporó a los actos oficiales y a la vida

¹⁰² En un primer momento se acordó una gestión tripartita de Francia, Reino Unido y España. Sin embargo, a partir de 1928, Tánger pasó a estar administrada, además de por los países mencionados, por Portugal, Italia, Bélgica y Países Bajos.

¹⁰³ Sobre el pacto antifrancés, Susana SUEIRO SEOANE: “La política exterior de la Dictadura de Primo de Rivera en el contexto autoritario de los años 20”, en Salvador FORNER (ed.): *Coyuntura internacional y política española (1898-2004)*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2010, págs. 70-74. Pese a la negativa de Primo de Rivera, Mussolini no iba del todo desencaminado al ofrecerle una alianza antifrancesa. Al parecer, el Marqués de Estella había tenido, ya en noviembre de 1923, la aspiración de crear un grupo formado por Reino Unido, Italia, Portugal y España que sirviera como contrapeso a la posición dominante de Francia en el Mediterráneo. Véase Marco MUGNAINI: “Italia, Spagna e la formazione di un nuovo equilibrio mediterraneo (1923-1928)”, *Spagna Contemporanea*, 14 (1998), págs. 65-66.

¹⁰⁴ José Luís GÓMEZ-NAVARRO: “El rey en la dictadura”, en Antonio MORENO LUZÓN (ed.): *Alfonso XIII. Un político en el trono*, Madrid, Marcial Pons, 2003, pág. 356.

cotidiana. En cambio, sí se intentó construir un Estado nuevo basado, en gran parte, en el corporativismo italiano.

Junto a Marruecos e Italia, la Dictadura española también centró sus esfuerzos en fortalecer los vínculos con América. Para ello, se desarrolló un panhispanismo de corte imperialista que, desde el punto de vista teórico, compartía muchos de los planteamientos del dirigente carlista Vázquez de Mella. En la práctica, este acercamiento se concretó en la apertura de embajadas y en potenciar las relaciones culturales o espirituales sobre los acuerdos políticos o económicos¹⁰⁵.

Ni el futuro inminente de Europa ni el fortalecimiento del nuevo orden internacional surgido de las cenizas de la Gran Guerra fueron prioridades para la dictadura primorriverista. El espíritu de Locarno pasó de largo, y el escenario de unos Estados Unidos de Europa nunca fue contemplado como una posibilidad real por parte del dictador, tal y como se encargó de aclarar el propio Primo de Rivera en una encuesta internacional. A principios de 1926, el periódico francés *L'Intransigeant* sondeó a varias personalidades europeas sobre esta cuestión. El Marqués de Estella se refirió a los Estados Unidos de Europa como una grandiosa concepción que, sin embargo, veía muy difícil de realizar. Además, estimaba que la actual SDN y las conferencias internacionales eran más que suficientes para asegurar la paz entre los pueblos¹⁰⁶.

6.3.3. La influencia de Locarno en el pensamiento europeísta español

Las buenas noticias procedentes de Locarno no tardaron en llegar a España. La prensa se hizo eco de las futuras consecuencias de estos tratados en la política internacional, y prácticamente todos los analistas –sobre todo aquellos más críticos con la Dictadura– coincidían en señalar que, a diferencia de lo que había acontecido en Versalles, la paz salía más reforzada tras los tratados firmados en la ciudad suiza¹⁰⁷. Se abría por tanto una nueva etapa de esperanza, pero el modo en que este contexto favorable iba a afectar a la España de Primo de Rivera era todavía una incógnita.

¹⁰⁵ Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA: *La España de Primo de Rivera...*, págs. 125-127.

¹⁰⁶ Véase “Etats-Unis d’Europe”, *L’Intransigeant*, 3 de enero de 1926, págs. 1-2. El general Weyler también participó en la encuesta con una respuesta prácticamente calcada a la de Primo de Rivera. Estas opiniones fueron reproducidas en la prensa española, concretamente en *La Voz de Menorca*, 5 de enero de 1926, pág. 2.

¹⁰⁷ Una de las primeras reacciones sobre los tratados de Locarno puede verse en el editorial “Los Estados Unidos de Europa”, *La Voz*, 19 de octubre de 1925, pág. 1.

Para los europeístas españoles, Locarno se convirtió en ese faro al que no hay que perder de vista en una noche de tormenta. Tras más de dos décadas de sinsabores, la idea de Europa había perdido parte de su sentido original. El pensamiento de Joaquín Costa seguía siendo la principal referencia, pero en la década de 1920 las prioridades eran otras. Aunque la europeización seguía siendo incompleta, ciudades como Madrid o Barcelona ya disfrutaban de comodidades y adelantos técnicos que, no hacía mucho, eran exclusivos de otras urbes del viejo continente o de Estados Unidos. La modernización, aunque a paso lento, había entrado al menos en la España urbana. El viejo discurso costista de escuela, despensa y modernización, dejó paso a una interpretación puramente política. La idea de Europa se convirtió, a partir de 1925, en sinónimo de liberalismo y democratización. En realidad, se estaba repitiendo el mismo esquema interpretativo que hizo la intelectualidad aliadófila durante la Primera Guerra Mundial: por un lado, aquellos países que representaban la libertad, la democracia y a la idea de Europa; por otro, los partidarios de la reacción y el autoritarismo. La única diferencia estaba en la interpretación que los europeístas hacían de las piezas del tablero internacional: la Italia fascista y la Dictadura primorriverista ocuparon el lugar de Alemania –ahora identificada como una nación plenamente occidental–, y se convirtieron en las principales enemigas de la democracia.

Cuando Briand habló de los Estados Unidos de Europa al término de las reuniones de Locarno, no tenía en mente ninguna estructura supranacional. Simplemente insinuó que el futuro de Europa pasaba por la defensa de la democracia liberal y el ensayo de nuevas formas de unión política o económica que todavía no había concretado. Los europeístas españoles, en su mayoría, interpretaron las palabras de Briand de este modo, más como una hoja de ruta que como un proyecto ya definido.

Andrenio recibió las noticias procedentes de Locarno con la máxima cautela ya que, en su opinión, todavía quedaba mucho trabajo por hacer. Sí que reconocía, no obstante, que en la ciudad suiza se habían solucionado algunas de las deficiencias del Tratado de Versalles, aunque advertía que, si no se solucionaba el problema del desarme, las tensiones que condujeron a la Gran Guerra volverían a reproducirse. Para el crítico literario, se estaban dando las condiciones para la formación de una nueva “Santa Alianza de la civilización y el derecho” que estaría compuesta por Francia, Reino Unido y Alemania. Italia quedaba deliberadamente excluida de este grupo de países que, según Andrenio, iba a convertirse en “el mejor instrumento para devolver a la vida política de Europa el tono jurídico normal”. En los últimos años reconocía que el

equilibrio europeo había quedado dañado por culpa de las “revoluciones anárquicas” – en referencia a la Rusia soviética– y también por las “tiranías”, un adjetivo con el que aludía a Italia y, sobre todo, a España, aunque no la nombrara de forma directa¹⁰⁸. Para esquivar a la censura militar previa, Andrenio no tuvo más remedio que convertirse en un virtuoso de las sutilezas, del arte de decir sin ser explícito.

Gaziel, compañero de periódico de Andrenio, tenía un punto de vista parecido. En su opinión, no se debían sacar conclusiones precipitadas sobre los acuerdos de Locarno, y no creía que estos fueran una base lo suficientemente estable sobre la que edificar los futuros Estados Unidos de Europa. La lectura de este escritor experto en este tipo de reuniones internacionales –fue cronista de la Conferencia de Génova de 1922 para *La Vanguardia*– iba en otra dirección. En realidad, Locarno se asemejaba más a un campo de batalla en el que combatieron las fuerzas liberales y reaccionarias. Las primeras, no sin esfuerzo, habían logrado por fin imponerse a las segundas, y la supervivencia de Europa había quedado asegurada al menos de momento. En opinión de Gaziel, el liberalismo político se encontraba incrustado en el mismo núcleo de Europa¹⁰⁹:

“Había llegado a parecer posible que eso del liberalismo, la médula misma de Europa, no hubiese sido más que un inmenso y calamitoso error. De ahí que, atacada en sus mismas raíces, incluso Europa parecía ya una creación absurda y agonizante”.

Gabriel Alomar también apostó por los Estados Unidos de Europa como forma de consolidar las ideas liberales en el viejo continente, si bien su planteamiento fue un poco más radical que el de Andrenio o Gaziel. Su europeísmo no constituía ninguna sorpresa, ya que durante la Gran Guerra fue uno de los aliadófilos más beligerantes. Este ensayista de origen balear seguía muy de cerca la actualidad internacional, y sus opiniones aparecían con frecuencia en las primeras planas de los periódicos republicanos. En un artículo publicado apenas dos semanas después del golpe de Estado criticó con dureza la estructura de la SDN, una organización a la que consideraba muy alejada de los intereses reales de los pueblos¹¹⁰:

¹⁰⁸ ANDRENIO: “El arco iris”, *La Vanguardia*, 21 de octubre de 1925, pág. 5.

¹⁰⁹ GAZIEL: “Todavía hay Europa”, *La Vanguardia*, 23 de octubre de 1925, pág. 5.

¹¹⁰ Gabriel ALOMAR: “De mi soliloquio”, *La Libertad*, 26 de septiembre de 1923, pág. 1.

“Sociedad de Naciones... No. Eso no es una solidaridad de pueblos, dándose las manos por encima de las viejas artimañas diplomáticas. Es una sociedad de Estados, una de esas turbias aglomeraciones de intereses oficiales que suele suceder a las grandes guerras”.

Según el planteamiento de Alomar, la institución ginebrina había perdido parte de su esplendor inicial, y su utilidad empezaba a ser cuestionada. Quizás por eso, el intelectual balear abogó un par de años después –justo después de que se rubricaran los acuerdos de Locarno– por la formación de unos Estados Unidos europeos, un proyecto todavía lejano pero en el que esperaba ver el principio del fin de las disputas entre las naciones¹¹¹:

“Acaso llegue un día en que las naciones no luchen ya por aquella férrea independencia de antaño que disimulaba una obstinación en las antiguas tiranías. La futura libertad ciudadana tal vez se apoye un día en la lealtad hacia la patria mayor, en Europa, o, en fin de cuentas, hacia la solidaridad humana”.

El alcance de los Tratados de Locarno iba mucho más allá de representar un contexto favorable para la democracia liberal. Algunos autores quisieron ver en los futuros Estados Unidos de Europa –fuera cual fuera su estructura– un muro de contención liberal que frenara la amenaza roja procedente de Moscú y también a los camisas negras italianos. El eje Berlín-París-Londres de reciente creación ya era, en ese momento, garantía suficiente de la estabilidad geoestratégica del continente europeo¹¹². En principio, cualquier idea sobre una Europa unida invitaba a pensar, casi de forma automática, en un futuro mucho más prometedor.

Aunque Alomar y otros republicanos tenían la esperanza de poder vislumbrar en el futuro una federación –o confederación– de Estados europeos, tampoco se descartaba que al final se convirtiera en “una selecta oligarquía de representantes internacionales”, es decir, en un organismo intergubernamental mucho menos ambicioso pero igualmente capacitado para devolver “a la palabra Europa su perdido valor”¹¹³. En realidad, no importaba el cómo, sino el qué. Una Europa unida, ya fuese mediante una estructura política o mediante acuerdos puntuales, sería sinónimo de estabilidad y de coexistencia pacífica. O también cabía la posibilidad de que sólo se alcanzase una cierta

¹¹¹ ID: “Paz y libertad”, *El Luchador*, 10 de noviembre de 1925, pág. 1.

¹¹² Salvador CÁNOVAS CERVANTES: “Momento histórico.- Los Estados Unidos de Europa”, *La Voz* (Córdoba), 27 de octubre de 1925, pág. 6.

¹¹³ Gabriel ALOMAR: “El ideal pacífico y el ideal libertador”, *La Libertad*, 4 de abril de 1926, pág. 1.

convergencia en el plano económico. En Francia o Alemania, lugares en los que se debatió a fondo esta propuesta, se llegó a insinuar que una Europa unida sería mucho menos dependiente de los Estados Unidos de América¹¹⁴.

En España, el también republicano Manuel Ciges Aparicio compartía esta idea, y llegó a afirmar que incluso desde los Estados Unidos de América se veía con buenos ojos el nuevo escenario de entendimiento que había surgido tras Locarno¹¹⁵. Siguiendo con este razonamiento, Julio Senador, un intelectual regeneracionista, afirmó que los Estados Unidos de Europa deberían contar, primero de todo, con un vínculo económico. En su opinión, “si en toda Europa circularan libremente el trabajo y el capital, toda Europa sería una nación”, y ponía como ejemplos a los Estados Unidos de América y a Brasil, naciones tan grandes como todo el continente europeo¹¹⁶. En teoría, la formación de los Estados Unidos de Europa conllevaría la progresiva desaparición de las aduanas y del proteccionismo económico, pero el camino, indicaban los expertos, no sería nada sencillo¹¹⁷. Incluso José María Salaverría, que seguía ejerciendo como azote de los europeístas, ahora era consciente de que la construcción europea tenía que iniciarse desde la industria, a través de la creación de cárteles, trusts y la desaparición paulatina de aduanas interiores. En su exposición, tomó como ejemplo la evolución histórica de los Estados Unidos de América. Sin embargo, esta concentración industrial, advertía Salaverría, podría tener efectos perniciosos para los intereses de España. Debido a su

¹¹⁴Un ejemplo ilustrativo de este interés lo encontramos en una viñeta publicada en la prensa francesa. En ella se podía ver al Tío Sam mirando hacia el horizonte – en concreto, una puesta de sol con la palabra “Locarno” escrita en el cielo– mientras murmuraba: “¡Caramba! ¿Se habrán vuelto tan inteligentes como yo?”. El dibujo fue reproducido en *ABC*, 4 de diciembre de 1925, pág. 29.

¹¹⁵ Manuel CIGES APARICIO: “Hacia los Estados Unidos de Europa”, *La Libertad*, 10 de diciembre de 1925, pág. 1.

¹¹⁶ Julio Senador GÓMEZ: “Fronteras y aduanas”, *La Libertad*, 25 de febrero de 1926, pág. 1. Sobre el pensamiento político y económico de este intelectual próximo al regeneracionismo del 98 y al costismo, véase Antonio FERNÁNDEZ SANCHA: *El pensamiento de Julio Senador Gómez: los planteamientos del regeneracionismo castellano*, tesis doctoral, Valladolid, Universidad de Valladolid, 1999.

¹¹⁷ Este debate también llegó a España, sobre todo a las publicaciones especializadas. Véase “Las aduanas de Europa”, *La Tierra*, 15 de mayo de 1926, págs. 10-11. En la segunda mitad de 1926 se constituyó un cártel del acero formado por productores de Alemania, Bélgica, Francia y Luxemburgo. Se trataba, sin embargo, de una iniciativa que, lejos de fomentar la libre competencia, funcionó como un oligopolio paneuropeo. Joaquim MUNS (ed.): *Lecturas de integración económica: la Unión Europea*, Barcelona, Edicions de la UB, 2007, pág. 276. Un análisis de este cártel internacional en Daniel BARBEZAT: “International Cooperation and Domestic Cartel Control: The International Steel Cartel, 1926-1938”, *The Journal of Economic History*, vol. 50, 2 (1990), págs. 436-438. En cuanto al éxito de la iniciativa, véase Conan FISCHER: “Scoundrels without a Fatherland? Heavy Industry and Transnationalism in Post-First World War Germany”, *Contemporary European History*, 14, 4 (2005), págs. 441-464. En España, y también en el resto de España, el cártel del acero se entendió como la plasmación práctica de los Estados Unidos de Europa. Véase, por ejemplo, “Ante la reconstrucción europea. Mr. Loucheur y los problemas económicos”, *Revista Ilustrada de Banca, Ferrocarriles, Industria y Seguros*, 25 de octubre de 1926, pág. 496. En un editorial sobre el cártel del acero, la revista *Ingeniería y construcción* pedía que se eliminaran las barreras proteccionistas que dificultaban “el comercio entre los pueblos de Europa”. “El cartel del acero”, *Ingeniería y construcción*, noviembre 1926, pág. 517.

escaso desarrollo industrial, lo más probable es que un país periférico como España terminara siendo dependiente de los cárteles económicos centroeuropeos, una circunstancia que alejaba al país del ensueño de los Estados Unidos de Europa¹¹⁸.

De una opinión similar era Manuel Bescós, un intelectual aragonés que había sido íntimo amigo de Joaquín Costa¹¹⁹. En 1926, Bescós fue preguntado acerca del porvenir del liberalismo en España, pero en su respuesta prefirió mirar a Europa. En su opinión, el futuro del liberalismo pasaba por la “formación u organización de los Estados Unidos Europeos”¹²⁰. Para lograr este objetivo, era necesario desplazar “los conceptos de liberalismo, libertad y democracia” del campo de la política al ámbito económico. Cuanta más libertad económica existiera, argumentaba Bescós, más posibilidades habría de articular un verdadero liberalismo político en el continente europeo. Sin embargo, para este autor España no debería unirse a unos hipotéticos Estados Unidos de Europa, sino liderar “una Confederación de naciones o regiones autónomas de hablas ibéricas”. Bescós, al igual que su maestro Costa, todavía se mostraba reticente a aceptar la plena europeidad de España.

Marcelino Domingo, que en 1924 anticipó que Europa volvía a ser un referente moral, tampoco tenía claro que la mejor opción para España fuera el ingreso en unos hipotéticos Estados Unidos de Europa. Se trataba de una idea que, aunque atractiva e inspiradora, no estaba en completa consonancia con los intereses internacionales del país. Por eso, en un artículo opinaba, al igual que Bescós, que España debería encabezar la creación de unos “Estados Unidos de la América de lengua española”. Domingo esperaba que, si el mundo iba a dividirse en bloques geopolíticos –una cuestión que ya venía discutiéndose incluso antes de la guerra mundial–, España debería ir de la mano de los demás pueblos hispanoamericanos y no de los países europeos: “España ha de pensar en ello, procurando, con su actitud de maestra, de metrópoli del espíritu, que este nuevo hecho, más o menos próximo, no sea para ella un nuevo desgarramiento”¹²¹.

¹¹⁸ José María SALAVERRÍA: “Ciencia, industria y compañía”, *ABC*, 27 de octubre de 1926, pág. 3.

¹¹⁹ Los pormenores de esta amistad se pueden encontrar en Charles G. J. CHEYNE: *Confidencias políticas y personales...*, y en Manuel CIGES APARICIO: *Joaquín Costa, el gran fracasado*, Madrid, Espasa-Calpe, 1930, págs. 221. Después de la muerte de Costa, Bescós empezó a firmar sus artículos con el seudónimo de Silvio Kossti, en homenaje al que fue su amigo y maestro. Óscar I. MATEOS DE CABO: *El pensamiento político de Joaquín Costa: Entre nacionalismo español y europeísmo*, Tesis doctoral, Madrid, Universidad Complutense, 1996, pág. 156.

¹²⁰ “El presente y el porvenir del liberalismo en España. Opiniones independientes”, *La Voz*, 24 de febrero de 1926, pág. 3.

¹²¹ Marcelino DOMINGO: “La nueva influencia de América”, *La Libertad*, 26 de octubre de 1926, pág. 1.

Independientemente de las opciones de ver a España integrada en una Europa unida, lo realmente importante estaba en las ideas asociadas a este proyecto de futuro: universalización de la paz, integración económica y consolidación de los métodos democráticos, aunque eran objetivos todavía lejos de ser conseguidos, ganaron espacio en el pensamiento de algunos intelectuales¹²². De estas ideas asociadas, la tercera era, sin duda, la más importante a medio o largo plazo. Álvaro de Albornoz tenía la impresión de que la historia se estaba repitiendo y que, ahora sí, la idea de los Estados Unidos de Europa contribuiría a hacer efectiva la democratización de España¹²³.

Sin el llamado espíritu de Locarno resulta difícil entender, por ejemplo, el resurgir del movimiento republicano español entre finales de 1925 y 1926¹²⁴. El 11 de febrero de 1926, precisamente el día de la conmemoración de la proclamación de la I República, se hizo público el manifiesto de Alianza Republicana¹²⁵. Roberto Castrovido, que formó parte del comité de Alianza Republicana, explicaría meses después, en relación al contexto internacional, que en Europa se estaba librando una batalla entre dos fuerzas comandadas por Mussolini y Briand. Los republicanos españoles, hacía ya tiempo, habían tomado partido por la vía democrática que, según ellos, estaba en países como Francia y Reino Unido, pero que también se encontraba en Locarno y en el todavía lejano proyecto de la unificación europea¹²⁶.

¹²² Es el caso de Eduardo ORTEGA Y GASSET: “La democracia y la paz”, *La Libertad*, 12 de diciembre de 1926, pág. 1.

¹²³ Albornoz comparaba el espíritu de Locarno con la primavera de los pueblos que se inició en Europa en 1848. En realidad, la idea de los Estados Unidos de Europa ya estaba presente en revolucionarios como Mazzini, Garibaldi o Blanc, o en intelectuales como Victor Hugo. Para el intelectual republicano, la democracia había vuelto tras Locarno, y confiaba en que la influencia de los Estados Unidos de Europa pudiera provocar en España una reacción parecida a la revolución de 1868, que se levantó a favor de los ideales democráticos. Álvaro de ALBORNOZ: “La democracia vuelve”, *La Voz de Menorca*, 24 de diciembre de 1926, pág. 1.

¹²⁴ Tras una primera etapa complicada, en la que el republicanismo estuvo más expectante que activo, a partir de 1925 empezó a mostrar una oposición mucho más frontal al régimen primorriverista. Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA: *La España de Primo de Rivera...*, págs. 323-235.

¹²⁵ *El 11 de febrero de 1926. Manifiesto*, Madrid, 1926, págs. 191-198. En el breve texto que se hizo público aparecen algunas de las reivindicaciones de los opositores que hemos citado, como el restablecimiento de la democracia, la necesidad de que el parlamento recuperara su papel central, o la ordenación federativa del Estado. También se aludió a la creación de escuelas o a la reforma agraria, dos cuestiones recurrentes en el pensamiento regeneracionista y europeísta de Joaquín Costa. A pesar de la importancia del espíritu de Locarno, no se mencionó en el manifiesto. Sus autores optaron por centrarse en cuestiones de índole nacional.

¹²⁶ La idea de Europa siempre ha sido considerada por muchos republicanos como “un símbolo de modernidad y democracia”. Véase Nigel TOWNSON: “La historia del republicanismo desde sus inicios hasta la transición (1830-1977)”, en Ángeles EGIDO LEÓN y Mirta NÚÑEZ DÍAZ-BALART (eds.): *Republicanism. Raíces históricas y presencia ética-cultural en la España de hoy*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2007, pág. 12. Un ejemplo durante el período de entreguerras en Roberto CASTROVIDO: “Europa europeizada”, *El Luchador* (Alicante), 29 de septiembre de 1926, pág. 1.

CAPÍTULO 7. EL MOVIMIENTO PANEUROPEO EN ESPAÑA (1926-1929)

7.1. Paneuropa, el primer proyecto europeísta del siglo XX

Tras el éxito de los acuerdos de Locarno, la idea de Europa volvió a recobrar la fuerza que había perdido en los últimos años. Con sus pomposas manifestaciones, Aristide Briand ayudó sin duda a generar un clima favorable, pero sería injusto atribuir todo el mérito al político francés. El periodo de entreguerras fue un momento propicio para llevar a cabo propuestas europeístas. Una de las más importantes fue la Unión Paneuropea, fundada por el conde austriaco Richard Nikolaus Coudenhove-Kalergi.

Siendo uno de los pioneros de la integración europea, la labor de este autor no ha sido suficientemente reconocida por la historiografía de la integración europea¹. En la mayoría de monografías sobre esta cuestión, el periodo de entreguerras suele ocupar un espacio residual, y habitualmente se resalta que los movimientos europeístas que se impulsaron terminaron fracasando. En cambio, el europeísmo posterior a la Segunda Guerra Mundial ha copado toda la atención: dirigentes como Robert Schumann, Jean Monnet, Alcide de Gasperi o Konrad Adenauer, entre otros, han sido retratados no sólo como los protagonistas de la lucha por la unidad de Europa, sino también como los auténticos triunfadores de un largo proceso. A diferencia de los denominados “padres de Europa”, Coudenhove-Kalergi no pudo poner en práctica su proyecto por diversas circunstancias, pero esto no significa que sus ideas deban ignorarse o dejarse en un segundo plano. Pese a su fracaso, en el plan del aristócrata austriaco podemos encontrar algunos aspectos del pensamiento europeísta que se desarrolló a partir de 1945².

7.1.1. Breve retrato de un visionario cosmopolita: el pensamiento político y el concepto de Europa de Coudenhove-Kalergi

¹ Uno de los pocos autores que ha reivindicado su figura ha sido Michael Gehler, quien considera que cualquier historia del movimiento europeo contemporáneo debería empezar con el conde Coudenhove-Kalergi. Michael GEHLER: “From Paneurope to the Single Currency: Recent Studies on the History of European Integration”, *Contemporary European History*, 15, 2 (2006), pág. 274.

² Los “padres de Europa” nacieron entre 1876 y 1888, mientras que Coudenhove-Kalergi lo haría unos años más tarde, en 1894. Con la excepción de Adenauer, ninguno de ellos participó en los movimientos europeístas de entreguerras, y no empezarían a preocuparse por la unidad europea hasta después de la Segunda Guerra Mundial. Por este motivo, podemos considerar a Coudenhove como un adelantado a su tiempo. Véase Morinosuke KAJIMA et alii: *Coudenhove-Kalergi, Pionnier de l'Europe Unie*, Lausanne, Centre de Recherches Européennes, 1971, pág. 13.

Coudenhove-Kalergi nació en Tokio en 1894, un lugar poco frecuente para un aristócrata austriaco, pero no tan extraño para el personaje que nos ocupa. Su padre era embajador del imperio Austro-Húngaro en Japón, país donde estuvo destinado durante cuatro años. Durante su estancia en el país del sol naciente, el conde Heinrich Coudenhove-Kalergi contrajo matrimonio con una japonesa, una circunstancia que, como su hijo Richard reconocería tiempo después, fue decisiva para el desarrollo de sus ideas cosmopolitas³.

A su regreso a Austria, y tras una infancia y adolescencia sin mayores sobresaltos, la Primera Guerra Mundial le sorprendió durante sus años de universitario en Viena. En 1917 finalizó con éxito sus estudios y se doctoró en Filosofía. Lo que en principio parecía el inicio de una vida apacible trabajando como profesor en la universidad, dio un giro de 180 grados a partir de ese mismo año. Tras la revolución bolchevique en Rusia, y la decisiva intervención de los Estados Unidos en la guerra mundial, Coudenhove empezó a plantearse que la hegemonía de Europa se encontraba en serio peligro. Justo en ese mismo periodo de tiempo, Spengler publicaba en Alemania el primer volumen de *La Decadencia de Occidente*, una obra que sin duda el joven Coudenhove leería con avidez. Tras unos años en los que se dedicó a moldear sus ideas políticas, en 1922 hizo su debut como columnista en un periódico austriaco, y fue precisamente allí donde empezó a esbozar las líneas del que sería su proyecto político.

En 1923 plasmó su pensamiento político en *Paneuropa*, una obra que se convirtió en un éxito de ventas en todo el continente. Con este libro, que estaba dedicado a la juventud europea, Coudenhove-Kalergi tenía dos objetivos: dar a conocer su pensamiento europeísta y sentar las bases de un movimiento de masas que contribuyera a la unificación político-económica del continente europeo⁴. El líder paneuropeo pretendía introducir un nuevo enfoque en el pensamiento internacionalista. Por eso no tardó en desmarcarse en las primeras páginas de su obra de Oswald Spengler, el autor de referencia en aquellos años. Aunque el conde austriaco reconocía

³ El propio conde reconocía que su diverso origen familiar había sido el mejor antídoto contra los prejuicios raciales y el nacionalismo exacerbado, tan comunes en las primeras décadas del siglo XX. Sobre la vida personal y política del conde austriaco, véase su autobiografía. Richard COUDENHOVE-KALERGI: *Una bandera llamada Europa*, Barcelona, Argos, 1961. También la interesante aproximación a su figura que realizan Julio CRESPO MACLENNAN: *Forjadores de Europa: grandes europeístas y euroescépticos del siglo XX*, Barcelona, Destino, 2009, págs. 29-53, y Alicia CHICHARRO: “La idea de Europa en el pensamiento del conde Richard N. Coudenhove-Kalergi”, en Enrique BANÚS y Cristina BRANEA (eds.): *X Conference ‘European Culture’*, Barcelona, Universitat Internacional de Catalunya, 2009, págs. 18-32.

⁴ Anne-Marie SAINT GILLE: *La “Panneurope”...*, pág. 17.

que Europa estaba atravesando una etapa de decadencia, rechazaba cualquier análisis determinista. Desde su punto de vista, el declive europeo no tenía nada que ver con explicaciones de tipo biológico, sino que respondía estrictamente a razones políticas⁵. Así pues, lejos de resignarse, Coudenhove se ocupó desde el primer momento de ofrecer soluciones para dar la vuelta a la crítica situación en la que se hallaba inmerso el viejo continente.

El rechazo a la principal tesis spengleriana no se entiende sin la particular visión que Coudenhove tenía de la historia política europea. Para el líder paneuropeo, la idea de una Europa unida apareció unos veinte siglos atrás, y situó su origen en el auge en la hélade griega, el epicentro de la cultura cristiano-helenística⁶. Desde su punto de vista, Europa debía entenderse como un conjunto de naciones que compartía una herencia cultural común pero que, por distintos avatares, sólo había permanecido unida en momentos muy puntuales de la historia⁷. La situación de Europa en 1923 no era, desde luego, la mejor para reivindicar esta idea: después de la Primera Guerra Mundial, el continente se había convertido en un puzzle de Estados-nación, y todavía seguían latentes las disputas entre algunos países, como Francia y Alemania. Coudenhove culpaba de esta situación a las fuerzas nacionalistas y a la escasa visión de futuro de los dirigentes europeos. Europa –estaba convencido de ello– no podría sobrevivir como potencia hegemónica a menos que creara una estructura político-económica común.

Como sostiene Ralph White, el paneuropeísmo de Coudenhove-Kalergi se puede definir como la reacción desesperada de un wilsoniano frustrado: por una parte, la Europa que surgió del Tratado de Versalles no era ni mucho menos la que hubiera deseado el intelectual austriaco; por la otra, la Sociedad de Naciones resultante tampoco había satisfecho sus aspiraciones⁸. No hay que olvidar, además, que su proyecto no era del todo original, ya que se inscribía en las mismas coordenadas ideológicas que el concepto de “Estados Unidos de Europa”, ese anhelo que algunos intelectuales y

⁵ Richard COUDENHOVE-KALERGI: *Paneuropa...*, pág. 3. Véase también el análisis de Anne-Marie SAINT GILLE: *La “Paneurope”...*, págs. 19-22 y 72.

⁶ Matteo IANNÒ: *Paneuropa, una proposta...*, pág. 38. Véase también Mary Anne PERKINS: *Christendom and European Identity. The Legacy of a Grand Narrative since 1789*, Berlín – Nueva York, Walter de Gruyter, 2004, págs. 99-100.

⁷ Coudenhove identificaba hasta cinco “Europas” en el curso de la historia: Grecia, Roma, el imperio carolingio, la expansión del cristianismo con el Papado (Seguramente se refería al Sacro Imperio Romano-Germánico) y, por último, el Imperio napoleónico. Hay que tener en cuenta que esta interpretación no es del todo exacta desde un punto de vista histórico. La “sexta” Europa sería, por supuesto, la Unión Paneuropea. Richard COUDENHOVE-KALERGI: *Paneuropa...*, págs. 25-27.

⁸ Ralph WHITE: “The Europeanism of Coudenhove-Kalergi”, en Peter M. R. STIRK (ed.): *European Unity in Context. The Interwar Period*, Londres – Nueva York, Pinter Publishers, 1989, pág. 28.

políticos habían defendido desde la segunda mitad del siglo XIX⁹. Sin embargo, la Paneuropa de Coudenhove-Kalergi presentaba algunas novedades frente a estos planteamientos anteriores: en primer lugar, había abandonado definitivamente el terreno de la utopía en el que se habían movido autores como Victor Hugo. En segundo lugar, Coudenhove renunció a utilizar el término “Estados Unidos de Europa” por sus connotaciones pacifistas¹⁰. En cambio, optó por crear el neologismo “Paneuropa” inspirándose en la obra *Panamerika* que el ensayista austriaco Alfred Fried había publicado en 1910. En este libro, Fried analizaba el funcionamiento de la Unión Panamericana, una organización intergubernamental fundada en 1890¹¹. En tercer lugar, el proyecto coudenhoviano contaba con su propio concepto de Europa, que sólo incluía a los países situados en la península occidental de Eurasia, es decir, entre Portugal y Polonia. Según su particular cosmovisión, el mundo estaría dividido, en el momento de redactar su programa europeísta, en cuatro continentes políticos o zonas de influencia: América, la Rusia soviética, la suma de los territorios de China y Japón y, finalmente, el Imperio británico¹².

Por tanto, en una futura Paneuropa –que aspiraba a convertirse en el quinto continente político– no habría espacio para el Reino Unido, una decisión que no estuvo exenta de polémica¹³. Coudenhove dedicó un capítulo de su libro a explicar por qué había decidido excluir al Imperio británico. Sus razones se pueden resumir en tres puntos: primero de todo, consideraba que la *Commonwealth* británica ya era, en la práctica, una confederación de naciones; en segundo lugar, la inclusión de territorios como Australia, Canadá o África del sur en Paneuropa convertirían a este continente

⁹ Julio CRESPO MACLENNAN: *Forjadores de Europa...*, págs. 38-39.

¹⁰ Véase Anne-Marie SAINT GILLE: *La “Paneurope”...*, pág. 77.

¹¹ La Unión Panamericana –considerada como un precedente directo de la actual Organización de Estados Americanos (OEA)– era una organización intergubernamental con muy poco peso político y diplomático, que tenía algunas competencias en aranceles o acuerdos comerciales. Sin embargo, en la historiografía especializada sigue siendo lugar común afirmar que Coudenhove tomó como ejemplo este organismo. En realidad, el funcionamiento de la Unión Panamericana tenía muy poco que ver con lo que Coudenhove había previsto para su Unión Paneuropea. Un ejemplo de esta interpretación en Patricia WIEDEMER: “The idea behind Coudenhove-Kalergi’s Pan-European Union”, *History of European Ideas*, vol. 16, 4-6 (1993), pág. 828. Años después, en plena Gran Guerra, Fried plantearía la posibilidad de crear una unión cooperativa de Europa que estaría más centrada en el plano económico que en el político. Aunque es una concepción distinta a la de Coudenhove, es muy probable que el joven aristócrata conociera este proyecto durante sus años de estudiante en Viena y que, en parte, le sirviera de inspiración. Alfred FRIED: *The Restoration of Europe...*, págs. 134-143.

¹² Richard N. COUDENHOVE-KALERGI: *Paneuropa...*, pág. 25 y 82. El concepto de continente político también se encuentra en la obra de Fried.

¹³ Esta separación entre Paneuropa y el Imperio británico fue criticada por otros teóricos del europeísmo por considerar que perjudicaba los fines de este movimiento político en su conjunto. Véase, por ejemplo, Anita ZIEGERHOFER: “Austria and Aristide Briand’s...”, págs. 141-142.

político en un “imperio intercontinental” y sus objetivos –asegurar la supervivencia y la prosperidad de Europa– quedarían diluidos; por último, la presencia del Reino Unido y sus colonias crearía importantes desequilibrios de poder en el seno de la futura federación europea¹⁴. Aún con todo, hay que tener en cuenta que Coudenhove había previsto en su programa una serie de acuerdos y arbitrajes entre Paneuropa y el imperio británico, y preveía un clima de cooperación y de buenas relaciones entre los dos continentes políticos¹⁵.

Para Coudenhove-Kalergi, las disputas entre países estaban retrasando dramáticamente la creación de una Europa unida. Por eso, desde muy pronto, el líder paneuropeo declaró la guerra al nacionalismo extremo que había conducido a Europa al borde del abismo. Asimismo, abominaba de cualquier planteamiento de tipo racial o esencialista. Esta postura no fue obstáculo para que Coudenhove adquiriera un firme compromiso personal con su patria actual, el diminuto Estado-nación austriaco que había surgido de las ruinas de la contienda mundial¹⁶. En su pensamiento europeísta estaba muy presente la delicada situación de una Austria desprotegida y vulnerable, atrapada entre la amenaza comunista procedente de Rusia y las voces que en Alemania reclamaban el *anschluss* –o anexión– con el país alpino¹⁷. La Unión Paneuropa era, de hecho, la solución perfecta para asegurar la supervivencia de Austria como nación: con una colaboración más estrecha entre los países europeos, el peligro soviético quedaría neutralizado, y las ansias anexionistas de Alemania perderían fuerza. El democristiano Ignaz Seipel, canciller austriaco durante los años 1920, supo ver las ventajas que podría tener Paneuropa y se convirtió en el principal patrocinador de esta organización y en uno de los colaboradores más estrechos de Coudenhove¹⁸.

¹⁴ *Ibid.*, págs. 33-38. Para el caso de Paneuropa, Coudenhove había previsto la puesta en común de las materias primas de las colonias europeas, aunque éstas seguirían estando administradas por sus respectivas metrópolis. A diferencia de los dominios que el Reino Unido tenía por todo el globo, estas colonias –localizadas sobre todo en África– tenían un nivel de desarrollo y de independencia política muy inferior al de territorios como Australia o Canadá.

¹⁵ *Ibid.*, págs. 39-43.

¹⁶ Coudenhove-Kalergi era un nacionalista austriaco, si bien hay que matizar que su idea de nación estaba muy alejada de cualquier tipo de extremismo. Más bien al contrario, el líder paneuropeo estaría dentro de los parámetros del nacionalismo cívico de Ernst Renan.

¹⁷ Anita ZIEGERHOFER: “Austria and Aristide Briand’s”..., págs. 139-141. Sobre el *anschluss*, véase un artículo de Coudenhove sobre esta cuestión. Hay un extracto en “La actividad fascista en Austria”, *ABC*, 22 de septiembre de 1928, pág. 29.

¹⁸ Seipel fue presidente de la sección austriaca de la Unión Paneuropea. Como prueba de su compromiso europeísta, el canciller cedió unas dependencias del palacio imperial de Hofburg para que Coudenhove-Kalergi instalara la sede del bureau central de Paneuropa. Este lugar tenía un marcado simbolismo, ya que hasta 1918 fue la residencia del Emperador de Austria-Hungría. Franck THÉRY: *Construire l'Europe dans les années vingt. L'action de l'Union paneuropéenne sur la scène franco-allemande, 1924-1932*, Ginebra, Euryopa, Institut européen de l'Université de Genève, 1998, pág. 33.

En cuanto a su ideología política, el conde austriaco siempre se había mostrado partidario de la democracia liberal, pero una vez finalizada la guerra empezó a cuestionar este sistema político, un cambio de actitud que se dio en muchos intelectuales europeos. Como apunta Katiana Orluc, sus coqueteos con el fascismo italiano y el autoritarismo fueron constantes hasta que Adolf Hitler se hizo con el poder en Alemania. A partir de ese momento, Coudenhove-Kalergi suavizó considerablemente sus críticas al parlamentarismo¹⁹. Peter Stirk, en cambio, es más crítico y sostiene que Coudenhove tenía más rasgos autoritarios que democráticos, incluso después de 1933. Este autor considera que Coudenhove se interesó por el concepto de líder carismático o *führerprinzip* y desarrolló una visión jerárquica del orden natural del mundo²⁰. En nuestra opinión, es evidente que Coudenhove-Kalergi tenía un concepto elitista de la política, y un cierto gusto por el autoritarismo –no hay más que fijarse en el liderazgo absoluto que ejercía en Paneuropa, movimiento del que fue presidente desde su creación hasta su fallecimiento en 1972–, pero si atendemos a la organización que había diseñado para Paneuropa, queda claro que aceptó –ya fuera por convencimiento o por tacticismo– el modelo de las democracias occidentales.

7.1.2. Organización y estructura política de Paneuropa

Coudenhove sabía que debía convencer a la opinión pública sobre la necesidad de unir a Europa, una empresa nada sencilla. En un continente dividido en multitud de grupos nacionales, el líder paneuropeo no buscaba en ningún caso la desaparición de los Estados-nación europeos, sino crear una soberanía europea e impulsar una organización que fuera común para franceses, alemanes, italianos, españoles y al resto de países del viejo continente.

Como buen wilsoniano, Coudenhove-Kalergi defendía la existencia de la Sociedad de Naciones; sin embargo, criticó su funcionamiento interno siempre que tuvo oportunidad. En su opinión, los teóricos de este organismo internacional habían incurrido en un grave error al no haber agrupado a los países miembros en regiones geopolíticas o continentes políticos. De esa forma, argumentaba Coudenhove, la SDN

¹⁹ Katiana ORLUC: “Caught between Past and Future. The Idea of Pan-Europe in the Interwar Years”, en Hans- Åke PERSSON y Bo STRÅTH (eds.): *Reflections on Europe. Defining a Political Order in Time and Space*, Buselas, Peter Lang, 2007, págs. 111-115.

²⁰ Peter STIRK: “Authoritarian federalists in Central Europe”, en Preston KING and Andrea BOSCO (eds.): *A Constitution for Europe. A Comparative Study of Federal Constitutions and Plans for the United States of Europe*, Londres, Lothian Foundation Press, 1991, págs. 202-204.

tendría una estructura más racional y menos disfuncional²¹. La Europa continental sería, obviamente, una de esas zonas de influencia geopolítica, aunque el conde austriaco dejó claro desde el primer momento que Paneuropa no estaría subordinada a la Sociedad de Naciones. En su opinión, Europa debía contar con su propia agenda, elaborar su propia doctrina Monroe y decidir sobre sus propios asuntos²²:

“Europa no debe aceptar esta tutela ejercida por la Sociedad de Naciones. Debe darse cuenta de la humillación que sufre su situación internacional y debe afirmar su independencia y su derecho a la autodeterminación. Debe dejar a la Sociedad de Naciones la regulación de los problemas intercontinentales, pero debe resolver por sí misma los problemas puramente europeos”.

Coudenhove quería evitar nuevas guerras en suelo europeo y, al mismo tiempo, fortalecer la posición de Europa en el mundo. Para ello propuso una unión federal entre Estados similar a la de países como Suiza o Estados Unidos. Por tanto, la Unión Paneuropa estaría formada por dos órganos legislativos: por un lado la asamblea popular, compuesta por trescientos diputados, a razón de un diputado por cada millón de habitantes. Por otro, una cámara federal formada por veintiséis delegados, uno por cada gobierno europeo²³. En el libro no hay ninguna mención a un poder ejecutivo o judicial.

El líder paneuropeo sabía perfectamente que necesitaría del apoyo de los principales dirigentes europeos para sacar su proyecto adelante. Precisamente por eso intentó buscar un equilibrio entre la soberanía nacional de los Estados miembros y la soberanía europea que quería implantar, e insistió en que la futura Unión Paneuropea no provocaría ninguna merma en la independencia de los Estados²⁴. Esto explicaría la cautela de Coudenhove-Kalergi al hablar de cesiones de soberanía, que en principio sólo afectarían a ámbitos como la política monetaria, las aduanas o la gestión de las colonias africanas²⁵. Su ambigüedad sobre el modelo político también formaba parte de esta calculada estrategia para granjearse el respaldo de los Estados. Aunque en el libro de *Paneuropa* se hablara de un vínculo federal, en realidad la propuesta de Coudenhove se parecía más a una confederación o a un simple acuerdo sectorial²⁶.

²¹ Richard N. COUDENHOVE-KALERGI: *Paneuropa...*, págs. 73-75.

²² *Ibid.*, pág. 77.

²³ *Ibid.*, pág. 143.

²⁴ Sobre la delicada cuestión de la soberanía nacional, véase Henri BRUGMANS: *La idea europea...*, pág. 66. También Anne-Marie SAINT GILLE: *La “Paneurope”...*, pág. 34.

²⁵ Richard N. COUDENHOVE-KALERGI: *Paneuropa...*, págs. 142 y 145-146.

²⁶ Coudenhove siempre se mostró poco claro con el funcionamiento de la Unión Paneuropea. Una comparación entre los modelos federal, funcionalista y confederal que se propusieron en el periodo de

Estas dudas sobre la organización interna de Paneuropa son un botón de muestra de la complejidad de este proyecto. Coudenhove sabía que su empresa fracasaría estrepitosamente si no lograba movilizar a la intelectualidad y, sobre todo, a la clase política de Europa. Para ello, se valió de sus contactos diplomáticos y en poco tiempo logró articular una red de colaboradores en varios países. En Austria, como ya se ha comentado, recibió el decisivo apoyo institucional del presidente Seipel. En Alemania contó con el apoyo de Gustav Stresemann o el escritor Thomas Mann, pero fue en Francia donde Coudenhove encontró a sus más importantes colaboradores²⁷: la célebre declaración a favor de los Estados Unidos de Europa que realizó Herriot en la Sorbona en 1925 fue saludada con entusiasmo por el aristócrata austriaco, que la interpretó como “el reconocimiento oficial de la idea de Paneuropa”²⁸. En el país gallo también contactó con Aristide Briand, que unos años después tendría un destacado protagonismo en el pensamiento europeísta.

Para dar a conocer su idea, Coudenhove-Kalergi se valió de todas las herramientas a su alcance. En este sentido, entendió rápidamente la importancia de la propaganda y los medios de comunicación, por lo que uno de sus primeros pasos fue crear la editorial Paneuropa. En abril de 1924, cuando ya había publicado varios libros y multitud de artículos de prensa, el conde austriaco fundó la revista *Paneuropa*, que se convirtió en boletín de noticias y punto de encuentro para los seguidores de la idea paneuropea. La revista, que llegó a tener una edición en alemán y otra en francés, sólo se distribuía a los miembros de la organización, por lo que su tirada estaría limitada a unos 6000-8000 ejemplares cada mes²⁹.

Junto al uso de los medios de comunicación, una estrategia en la que fue un adelantado a su tiempo, Coudenhove también recurrió a iniciativas más tradicionales,

entreguerras, en Sergio PISTONE: *L'integrazione europea. Uno schizzo storico*, Torino, UTET Libreria, 1999, págs. 11-21. Sobre la cuestión de la soberanía nacional en su pensamiento político, véase Katiana ORLUC: “Caught between Past and Future”..., págs. 104-105. También en Ariane Chebel D'APPOLLONIA: “European Nationalism and European Union”, en Anthony PAGDEN: *The Idea of Europe...*, pág. 177. Sobre la indefinición de su pensamiento político, véase Julio CRESPO MACLENNAN: *Forjadores de Europa...*, págs. 38-39.

²⁷ Hay que tener en cuenta, sin embargo, que Coudenhove tuvo problemas para introducir sus ideas en el país gallo por sus críticas al Tratado de Versalles. Por eso, durante los primeros años (1923-1925), su movimiento tuvo más aceptación en países como Checoslovaquia, gracias al apoyo del presidente Benes. Véase Juan Manuel DE FARAMIÑÁN FERNÁNDEZ-FÍGARES: “Coudenhove-Kalergi, ética y dignidad en el origen del proyecto europeo”, *Revista Aequitas*, 4 (2014), pág. 315.

²⁸ Este comentario aparece en las memorias que publicó el conde austriaco. Richard COUDENHOVE-KALERGI: *Una bandera llamada Europa...*, pág. 105.

²⁹ Katiana ORLUC: *Europe between Past and Future...*, pág. 41. Si tenemos en cuenta que había miembros de la Unión Paneuropea en la práctica totalidad del continente europeo, e incluso en Estados Unidos, la cifra se aleja bastante de la que se esperaría de un pretendido movimiento de masas.

como la organización en Viena, en octubre de 1926, del primer congreso paneuropeo. Se trataba de un momento propicio por el espíritu de Locarno. El líder de la Unión Paneuropea pretendía convertir esta reunión en una exhibición de fuerza del principal movimiento europeísta del momento, y al mismo tiempo la concibió como el primer paso hacia la unificación europea. Coudenhove cuidó hasta el más mínimo detalle y decoró el recinto con esculturas de Comenius, el duque de Sully, el abad de Sant Pierre, Kant, Napoleón, Mazzini, Victor Hugo y Nietzsche, entre otros. Todas estas personalidades tenían en común su compromiso con la idea de Europa, por lo que Coudenhove quiso dar una sensación de continuidad vinculando a Paneuropa con otros intentos unificadores del pasado³⁰. A lo largo de cuatro días se reunieron cerca de dos mil delegados de veinticuatro países, aunque la mayoría de ellos procedía de Austria o Alemania³¹.

A pesar de la afluencia de numerosos políticos e intelectuales –como por ejemplo Seipel, que ya no era canciller– el congreso tuvo algunas ausencias notables, como las de los franceses Herriot o Briand, que tuvieron la cortesía de enviar mensajes de apoyo. Un año más tarde, Briand sería nombrado presidente de honor de la Unión Paneuropea. Más fría fue la actitud de los políticos alemanes Marx o Stresemann, que no se mostraron demasiado entusiasmados por la invitación de Coudenhove y declinaron participar en el congreso³². Por otro lado, también fueron invitados opositores italianos y rusos, como Nitti y Saragat, o Kerenski. De este modo, quedaba claro que el líder paneuropeo se distanciaba del fascismo italiano y de la Rusia soviética, enemigos ambos de la hipotética unidad europea³³.

Como no podía ser de otra forma, en el congreso se nombró presidente de la Unión Paneuropea a Coudenhove-Kalergi, cargo que desempeñaría durante más de cuatro décadas. En cuanto a los temas que se discutieron, estuvieron relacionados con cuestiones técnicas y prácticas: la idea paneuropea y su encaje con la Sociedad de Naciones, la posibilidad de una unión aduanera europea, las minorías nacionales y, por último, la creación de un espacio de cooperación intelectual y cultural entre países

³⁰ Derek HEATER: *The Idea of European Unity*, Leicester - Londres, Leicester University Press, 1992, pág. 128. La elección de estas personalidades históricas recayó en Coudenhove que, según Heater, les atribuyó un protagonismo exagerado en la historia de la integración europea.

³¹ De hecho, sólo una cuarta parte –unos 500 delegados– procedía de otros países. Véase Katiana ORLUC: *Europe between Past and Future...*, pág. 153.

³² Carl H. PEGG: *Evolution of the European Idea...*, pág. 70.

³³ Morinosuke KAJIMA et alii: *Coudenhove-Kalergi...*, pág. 15.

Europeos³⁴. Además, se aprobó por unanimidad un programa de acción que incluía propuestas como la creación a largo plazo de una confederación europea –como se puede observar, la falta de claridad sobre el modelo político seguía presente–; la puesta en marcha de una corte federal arbitral; una alianza militar europea o la implantación de una moneda común para la Unión Paneuropea³⁵.

Justo después del congreso, Coudenhove-Kalergi impulsó la creación de grupos nacionales. A finales de 1926 ya había comités nacionales en un total de 14 países, la mayoría de ellos situados en Centroeuropa³⁶. La composición de cada grupo variaba en cada territorio, pero se siguió un patrón similar: los miembros procedían de la intelectualidad o del ámbito político; el número de integrantes era más bien el escaso, y cada grupo nacional adquiría el compromiso de dar a conocer el movimiento paneuropeo en sus respectivos países. Los grupos nacionales sólo tuvieron un cierto éxito en Francia, Alemania, Austria y otros territorios centroeuropeos. En países como España, hubo muchas más dificultades para su implantación.

7.2. La llegada del movimiento paneuropeo a España

Los ecos de la Unión Paneuropea creada por Coudenhove-Kalergi apenas se escucharon en España, al menos en los primeros años de la década de 1920. Cuando la intelectualidad, la diplomacia y la clase política prestaban atención al panorama internacional, lo hacían mirando a la Sociedad de Naciones, la guerra de Marruecos o a las relaciones con Hispanoamérica. Aún con los esfuerzos de los europeístas en las décadas anteriores, Europa, tan cercana geográficamente, seguía espiritualmente a mucha distancia.

Tras la instauración de la Dictadura de Primo de Rivera, la evolución de la política internacional española puede dividirse en dos etapas bien diferenciadas: en primer lugar, una fase que se prolongaría hasta 1926, caracterizada por un acercamiento a la Italia fascista y la necesidad de controlar el territorio marroquí. A partir de 1926, como ya vimos en el anterior capítulo, se produjo el desafío internacional primorriverista, con la salida provisional de la Sociedad de Naciones y el paulatino

³⁴ Carl H. PEGG: *Evolution of the European Idea...*, pág. 72.

³⁵ Matteo IANNÒ: *Paneuropa, una proposta...*, pág. 87.

³⁶ Estos primeros grupos nacionales se constituyeron en Albania, Alemania Austria, Checoslovaquia, Francia, Bélgica, Dinamarca, Estonia, Hungría Letonia, Luxemburgo y Rumanía. También se crearon comités en Reino Unido, un territorio que Coudenhove consideraba fuera de Paneuropea, e incluso en Estados Unidos. Katiana ORLUC: *Europe between Past and Future...*, pág. 144.

acercamiento a América como mayores hitos³⁷. Al mismo tiempo también asistimos a un cierto interés por las cuestiones europeas, si bien nunca llegaron a tener una gran relevancia.

7.2.1. Las primeras noticias sobre Paneuropa

Una de las primeras menciones a Paneuropa en la prensa española la debemos a Salvador de Madariaga³⁸. El diplomático español, que sin duda estaba al corriente del pensamiento europeísta de Coudenhove-Kalergi, comentó un artículo del conde austriaco acerca de las posibilidades de una Europa unificada³⁹. Utilizando un estilo didáctico –consciente probablemente de la escasa popularidad que tenía la idea paneuropea en España– Madariaga desentrañó los aspectos básicos del europeísmo coudenhoviano y criticó su aparente falta de contenido. En su opinión, Coudenhove sólo pedía la unión de los europeos para evitar la desaparición de Europa como núcleo de poder, no porque confiara en las ventajas de la unión política y económica del viejo continente⁴⁰. Madariaga instaba a Coudenhove a luchar por una Europa fuerte y unida, y añadía a continuación la siguiente reflexión: “para que la unión de Europa sea deseable, es menester que se proponga conscientemente dotar a esta alma de un cuerpo digno de ella, un cuerpo libre, sano y robusto”.

El diplomático español también trató dos cuestiones que iban a ser recurrentes en el debate en torno a este proyecto europeísta: la necesidad de una reconciliación franco-alemana, y la exclusión de Paneuropa del Reino Unido y de la Unión Soviética. Las primeras noticias sobre el pensamiento de Coudenhove-Kalergi fueron confusas e incluso erróneas. En un editorial sobre Spengler y la decadencia de Europa, el editorialista de *El Sol* sacó a colación la división en continentes políticos propuesta por el intelectual austriaco, aunque sus ideas todavía no se habían entendido del todo. En el texto se explicaba que la Paneuropa de Coudenhove comprendería únicamente las dos

³⁷ Susana SUEIRO SEOANE: “La política exterior de la Dictadura”..., págs. 65-80.

³⁸ Madariaga había iniciado en 1922 su carrera diplomática en la Sociedad de Naciones como jefe de la sección de desarme. Salvador DE MADARIAGA: *Bosquejo de Europa*, Madrid, CEU, 2010 (Estudio introductorio de José María BENEYTO), pág. 13.

³⁹ Sancho QUIJANO (Salvador de Madariaga): “La unión europea”, *El Sol*, 8 de diciembre de 1922, pág. 2.

⁴⁰ A pesar de esta discrepancia de partida, Madariaga y Coudenhove tuvieron una relación de amistad durante décadas, como el mismo diplomático español reconoció en sus memorias. Salvador DE MADARIAGA: *Memorias (1921-1936) Amanecer sin mediodía*, Madrid, Espasa-Calpe, 1974, pág. 449.

orillas del Mediterráneo, una extensión que nada tenía que ver los planteamientos del líder paneuropeo⁴¹.

Tras un par de años sin apenas noticias, Andrés Révész, un periodista de origen húngaro y nacionalizado español, publicó dos artículos sobre Paneuropa en los que reflexionaba sobre las causas de la decadencia europea. Para Révész, el conflicto de Marruecos era uno de los mejores ejemplos para ilustrar el momento crítico que atravesaba Europa: si territorios como el marroquí estaban en situación de discutir la hegemonía de las metrópolis, la explicación se encontraba en la ausencia de unidad entre países europeos. Este autor aprovechó, además, para recordar las tesis que Eugeni d'Ors había defendido durante la Gran Guerra⁴²:

“¿Qué ha conferido a dichos Estados posición tan preeminente, que hace doce años hubiera parecido un sueño de loco? Únicamente la división de Europa, la larga y sangrienta guerra, la guerra civil del “Imperio de Carlomagno”, del cual habla Eugenio d’Ors”.

Para que Europa pudiera sobrevivir en un mundo con más polos de poder, la única solución que atisbaba Révész era que las naciones europeas se unieran y encontraran empresas comunes, como el dominio conjunto de las colonias para asegurar así la independencia económica. En este primer artículo, el periodista hispanohúngaro apenas se ocupó de los aspectos teóricos de Paneuropa, algo que tampoco hizo en el segundo texto, publicado cinco días después⁴³. Révész prefirió ofrecer una reflexión personal acerca del futuro inmediato de Europa. En su opinión, la solidaridad y la fraternidad continental se habían desvanecido con la guerra, por lo que el remedio para frenar la decadencia no podía ser otro:

“Se trata de defender al Continente contra una decadencia por causas internas y de despertar en los países europeos la consciencia de la cultura común y de sus idénticos intereses materiales. Se trata de establecer la solidaridad entre las diversas aristocracias para evitar la decadencia de Europa”.

Después de los acuerdos de Locarno, quedó claro que la cuestión de la unidad de Europa estaba ganando en relevancia. Desde el republicanismo y el liberalismo español también se compartía esta impresión. Manuel Marraco, un republicano aragonés

⁴¹ “El fin de Europa y la nueva repartición del mundo”, *El Sol*, 15 de septiembre de 1923, pág. 4.

⁴² Andrés REVEZ: “Paneuropa, o decadencia irremediable. I”, *ABC*, 6 de agosto de 1925, pág. 6.

⁴³ ID: “Paneuropa, o decadencia irremediable. II”, *ABC*, 11 de agosto de 1925, pág. 3.

próximo al lerrouxismo, escribió en febrero de 1926 –apenas una semana después de hacerse público el manifiesto de Alianza Republicana– que el liberalismo democrático no podía entenderse sin el nuevo contexto internacional⁴⁴:

“Para su plenitud fructífera supone ese régimen un ambiente internacionalista, que hará imposibles las jerarquías no fundadas en efectiva superioridad. Su fórmula previa será quizás la confederación paneuropea, sin Rusia ni el Imperio británico, extracontinentales ya”.

El político aragonés finalizaba su escrito reivindicando el carácter europeo de España y dejando la puerta abierta a una integración en la futura Unión Paneuropea, que sería más ventajosa que otras alianzas supranacionales que se venían proponiendo desde hacía varias décadas: “Afortunadamente para España, depauperada económica y culturalmente para poder ser guía de Iberoamérica, somos Europa aún”.

Por su parte, Luis Recaséns Siches, un intelectual liberal que en pocos años sería catedrático de filosofía del derecho, compartía la opinión de Marraco. En un artículo que escribió desde Berlín, hablaba abiertamente sobre la posibilidad de ampliar el concepto de soberanía nacional⁴⁵:

“Todo cuanto en Europa está ocurriendo, abona la creencia de que estamos sumergidos ya en el gran proceso de elaboración de una nueva forma de convivencia internacional, que desembocará en una estructura en la cual la “patria independiente y soberana” (como principio y hecho rectores de la vida política) ha de quedar subordinada a reglas y organismos superiores, que plasmen de un modo seguro y eficaz la solidaridad de los pueblos”.

7.2.2. Alejados de Viena. Un congreso paneuropeo sin representación oficial española

El primer congreso paneuropeo tuvo un escaso seguimiento en la prensa española, algo bastante previsible si tenemos en cuenta los antecedentes. En una crónica publicada justo antes de que empezara este encuentro, el corresponsal de *El Imparcial*

⁴⁴ “El presente y el porvenir del liberalismo en España”, *La Voz*, 19 de febrero de 1926, pág. 4.

⁴⁵ “Luis RECASÉNS SICHES: “Después de la «Panne»”, *El Sol*, 14 de abril de 1926, pág. 5. Recaséns recibió una beca de la Junta de Ampliación de Estudios para estudiar en la Universidad de Viena durante el periodo 1926-1927. En la capital austríaca seguramente conocería de primera mano las teorías de Coudenhove-Kalergi. Para una biografía de Recaséns, véase el diccionario de catedráticos españoles de derecho realizado por la Universidad Carlos III. http://portal.uc3m.es/portal/page/portal/instituto_figuerola/programas/phu/diccionariodecatedraticos/lcatedraticos/rsiches.

Nicolás Tassin lo definió como la punta de lanza de un empeño personal del conde Coudenhove-Kalergi.⁴⁶ Además, se mostró bastante crítico con los límites geográficos de Paneuropa: en su opinión, cualquier intento de crear unos Estados Unidos de Europa sin el concurso de Unión Soviética y del Reino Unido estaba condenado al fracaso. Sin embargo, destacaba que el movimiento paneuropeo contaba con el apoyo de destacadas figuras de la política y la intelectualidad europeas, y subrayaba además que se trataba de una iniciativa loable encaminada hacia la consecución de la paz y la supresión de las aduanas en el viejo continente, a pesar de que se encontraba todavía en una fase inicial.

Tassin publicó una segunda crónica, ya con el congreso finalizado⁴⁷. A diferencia de la primera, el autor cambió su escepticismo inicial por un moderado optimismo, seguramente por la buena impresión que le causó Coudenhove-Kalergi, al que describió como un “gentleman perfecto” de aspecto juvenil y poseedor de una “energía indomable”. Tassin se centró en la posibilidad de suprimir las barreras aduaneras, uno de los temas estrella del congreso, y estaba convencido de que se acabaría produciendo la unión –económica, al menos– de Europa:

“Tarde o temprano caerán las murallas de China que separan a los pueblos de Europa. Entonces la industria y el comercio tendrán grandes mercados, más grandes aún que lo que tienen ahora los americanos; los precios serán reducidos; los salarios, elevados; la miseria desaparecerá poco a poco. Quedará resuelto el grave problema de los «sin trabajo», puesto que en la producción intensificada todo el mundo encontrará dónde trabajar”.

La Veu de Catalunya también resaltaba el carácter solemne y triunfal del primer congreso paneuropeo, que se entendió como una consecuencia de los tratados de Locarno⁴⁸. El editorialista destacaba el ambiente de cordialidad existente entre las delegaciones francesa y alemana, que se hizo patente en el abrazo que se dieron el representante de las juventudes republicanas de Francia y el portavoz de los estudiantes paneuropeos de Berlín. Para el diario catalán, esta anécdota cargada de simbolismo puso

⁴⁶ Nicolás TASSIN: “La guerra a la guerra”, *El Imparcial*, 3 de octubre de 1926, pág. 1. Tassin era el seudónimo de Naum Yákovlevich Kagan, un escritor ruso que terminó viviendo en España, donde publicó algunas de sus novelas, ejerció como traductor de ruso y colaboró con algunos medios de comunicación. Véase

<http://www.iberlibro.com/Catastrofe-Tassin-Nicolas-Libreria-Editorial-Madrid/8110081232/bd>

⁴⁷ Nicolás TASSIN: “El Congreso paneuropeo. Personalidades e ideas”, *El Imparcial*, 15 de octubre de 1926, pág. 1.

⁴⁸ “Butlletí internacional. Els Estats Units d’Europa”, *La Veu de Catalunya*, 12 de octubre de 1926, pág. 5 (Edición de la mañana) Hay una traducción al castellano en “Los Estados Unidos de Europa”, *La Voz de Menorca*, 22 de octubre de 1926, pág. 1.

el broche de oro a un congreso que iba a contribuir de forma decisiva a “*la formació de la nova Europa del segle XX*”.

En el periódico conservador *La Época* se publicó una crónica sobre los prolegómenos del congreso cuando ya había concluido⁴⁹. El autor, Felipe Gaiger, también desgranó, al igual que sus colegas, los puntos más relevantes del programa paneuropeo, pero a diferencia de las crónicas de *El Imparcial* o *La Veu*, su entusiasmo fue mucho más comedido. Aunque consideraba a la idea de la Unión Paneuropea como “una bella iniciativa”, las dudas acerca de su realización coparon la mayor parte del texto.

En este recorrido por la prensa española no podía faltar *El Socialista*. En el órgano del PSOE encontramos dos crónicas del escritor mexicano Iso Brante, que estuvo en Viena cubriendo los pormenores del congreso. Para este autor, lo más importante era que el sueño de la Europa unida había traspasado los límites de la utopía. Aún con reservas, Brante estaba convencido de que Paneuropa se acabaría realizando en el futuro, si bien pensaba que este movimiento era todavía “demasiado neutral (...) para ser estimado en las esferas combativas del movimiento proletario”. Brante criticó abiertamente el elitismo de la convocatoria, calificó de “disparates” las estatuas de Kant, Comenius o Napoleón, y no vio con buenos ojos las continuas alusiones a la Iglesia católica⁵⁰. De acuerdo con la teoría socialista, el objetivo a largo plazo era la formación de una federación de carácter mundial, pero Brante era consciente de que Paneuropa contaba con apoyos dentro de la socialdemocracia alemana y austriaca. Esto explica que, pese a todo, pidiera un voto de confianza para esta prometedora iniciativa⁵¹:

“No es tampoco necesario concordar en todo con Coudenhove para apoyar la creación paneuropea. El Socialismo es más que paneuropeo: es panmundial, y por eso apoyaremos siempre toda orientación en sentido unitario y democráticamente confederal”.

Además, este autor también sugirió que los socialistas españoles, llegado el caso, pusieran en práctica este movimiento táctico mediante su integración en la Unión Paneuropea:

⁴⁹ Felipe GAIGER: “El Congreso Paneuropeo”, *La Época*, 16 de octubre de 1926, pág. 5.

⁵⁰ Iso BRANTE: “Un Congreso por la fraternidad de Europa. I”, *El Socialista*, 8 de diciembre de 1926, pág. 1.

⁵¹ ID: “Paneuropa”, *El Socialista*, 12 de diciembre de 1926, pág. 1.

“Y si un grupo de hombres serios y honrados constituyeran una Sección española de la Unión Paneuropea, encontraría, no sólo el aplauso, sino también el concurso práctico del Socialismo español, que fue siempre cristiano en sus principios, pagano en su expresión y cultivó toda manifestación de progreso político, económico y social”.

Tan pronto como finalizó el primer congreso paneuropeo, el interés sobre el proyecto de Coudenhove-Kalergi volvió a decaer. Precisamente, unas semanas después el economista catalán Ramón Perpiñá Grau se quejaba de que la cuestión paneuropea apenas hubiera tenido resonancia en la prensa nacional, y apuntó a la causa principal: “*en tot aquest moviment no s’hi troba cap personalitat catalana ni española i no havent-hi gent interessada la premsa resta muda*”⁵². Para europeístas como Perpiñá, era extenuante y hasta vergonzoso –según sus palabras– que, teniendo tantos puntos de conexión con las naciones europeas, no hubiera una mayoría preocupada por este asunto en España.

Este analista estaba en lo cierto: apenas existían personalidades interesadas en Paneuropa, y la prueba está en que no viajó ninguna delegación oficial española a Viena, a pesar de las gestiones realizadas por Coudenhove-Kalergi. Si hubo españoles en los cuatro días que duró el Congreso –se desconoce la lista completa de asistentes–, habrían acudido en todo caso a título personal y su presencia no trascendió en la prensa.

El líder paneuropeo intentó que en Viena estuvieran representadas todas las naciones de Europa. En el caso de España escribió a Ernst Kocherthaler, un alemán nacido y afincado en Madrid que había hecho fortuna gracias a sus inversiones en los hidrocarburos rusos⁵³. Coudenhove encargó a su contacto en España una lista de personas que pudieran estar interesadas en asistir al congreso, pero los resultados no pudieron ser más desalentadores, ya que la mayoría de personalidades sondeadas no se encontraban disponibles, bien por viaje o por otros impedimentos⁵⁴.

Con todo, Kocherthaler le propuso a Coudenhove una serie de nombres. El primero de la lista fue el Marqués de Valero de la Palma, secretario del comité español la Federación Internacional de Uniones Intelectuales (o *Kulturbund*), un movimiento europeísta de tipo cultural y de extrema derecha fundado por el príncipe alemán Karl Anton Rohan. El grupo español de esta organización se había constituido en los años

⁵² Ramón PERPIÑÁ GRAU: “Pan Europa... i Espanya”, *Catalunya Social*, 30 de octubre de 1926, pág. 5.

⁵³ Sobre la actividad profesional de Kochertaler, véase su perfil biográfico en Lucas DELATTRE: *A Spy at the Heart of the Third Reich*, Nueva York, First Grove Press Edition, 2005, pág. 241.

⁵⁴ “Carta de Ernst Kocherthaler a Richard Coudenhove-Kalergi”, 1 de octubre de 1926. Historical Archives of the European Union (HAEU), Correspondence from and to R. Coudenhove-Kalergi, PAN/EU/30 – 554/4/6 (1925-1926).

veinte, aunque su actividad fue muy reducida y, en cualquier caso, estaba limitada a la cooperación intelectual y a la cultura. Según trasladó Kocherthaler a Coudenhove, Valero de la Palma propuso que el comité español se convirtiera en una rama de Paneuropa, una idea que nunca se llegaría a realizar. Otro de los nombres que se barajó fue el de Menéndez Pidal, uno de los más afamados intelectuales españoles del momento. Era presidente de la Junta de Ampliación de Estudios, y también ocupaba el cargo de vicepresidente de la sección española de la *Kulturbund*. Junto a estas dos personalidades, Kocherthaler también propuso a Antonio Goicoechea, al que describió como exministro y líder del movimiento iberoamericano. Añadía que no estaría disponible del 7 al 10 de octubre, en todo caso después de que hubiese concluido el Congreso. Cerraban la lista Gabriel Maura y Gamazo, identificado como Conde de la Mortera (aunque en realidad era Conde consorte); el Duque de Alba, descrito como anglófilo; el Duque del Infantado, un tal doctor Sanz y uno o dos catalanes de los que no dio más detalles. A pesar de su fracaso en esta gestión, Kocherthaler invitó al líder de Paneuropa a conocer a estos hombres, y le aseguraba que su visita no sería una pérdida de tiempo. Por último, comunicaba a Coudenhove-Kalergi que iba a pedir una nueva remesa de sus libros para intensificar la propaganda de Paneuropa en España.

A pesar de la ausencia de españoles ilustres en el Congreso de Viena, muchos autores contemporáneos citan a Ortega, Unamuno y Madariaga entre la pléyade de intelectuales que mostró públicamente su apoyo al acontecimiento que se iba a producir en la capital austriaca⁵⁵. Aunque no hay testimonios que confirmen este apoyo explícito, todo parece indicar que estos intelectuales acogieron con simpatía el proyecto de Coudenhove, pero en ningún caso adquirieron un compromiso más profundo.

7.2.3. La idea de una Europa unida en el horizonte: los primeros análisis del proyecto paneuropeo

⁵⁵ Hubo muchos intelectuales asociados al movimiento europeo. Por citar sólo unos pocos, Sigmund Freud, Stephan Zweig, Heinrich y Thomas Mann, Rainer Maria Rilke o Paul Valéry. Véase Rogelio PÉREZ-BUSTAMANTE y Enrique SAN MIGUEL: *Precursores de Europa...*, págs. 82-83; Jean-Baptiste DUROSELLE: *L'idée d'Europe...*, pág. 274; Robert FRANK: "Les contretemps"..., pág. 85. En sus memorias, Coudenhove incluyó varias láminas sin numerar de algunas personalidades vinculadas con el pensamiento europeísta. Como representantes españoles aparecen José Ortega y Gasset, "filósofo, ensayista y catedrático, gran defensor de la unión europea"; Francisco Cambó, "político, abogado y hacendista", y Miguel de Unamuno, "pensador, filósofo y escritor". No aparece, sin embargo, Salvador de Madariaga. Véase Richard COUDENHOVE-KALERGI: *Una bandera llamada Europa...*

A pesar de la indiferencia reinante y la ausencia de noticias relevantes sobre Paneuropa, unos pocos autores quisieron saber más sobre esta iniciativa y se enfrascaron en la lectura de textos de Coudenhove-Kalergi o de otros autores afines a este movimiento. Es el caso de Leopoldo Palacios, un intelectual bien relacionado con la élite madrileña y futuro miembro de la sección española de Paneuropa, que en noviembre de 1926 quería conseguir a toda costa “los dos o tres libros más importantes” sobre este tema⁵⁶.

Unos meses después, ya en 1927, el economista Luis Olariaga publicó en *El Sol* siete artículos en los que analizaba el paneuropeísmo principalmente desde un punto de vista económico. Se trata de uno de los primeros análisis en profundidad sobre el proyecto de Coudenhove-Kalergi realizados en España. Olariaga estaba en realidad más interesado por los resultados que tendría la Conferencia Económica Internacional, una reunión auspiciada por la Sociedad de Naciones y que se iba a celebrar dentro de poco. Este autor, que tenía un amplio conocimiento del funcionamiento de este tipo de reuniones –había participado en la conferencia de Génova–, auguraba una dura batalla entre tres grupos antagónicos: el primero, representado por los partidarios del libremercado; el segundo, formado por las agrupaciones internacionales de productores internacionales, contrarias a la tendencia anterior; finalmente, Olariaga aludía a “las corrientes de solidaridad económica entre los países de Europa”, es decir, “los partidarios declarados del paneuropeísmo”. Este grupo era, sin lugar dudas, el más importante y el que más posibilidades ofrecía⁵⁷.

Según este autor, Coudenhove-Kalergi incurría en un error al conceder más importancia a la política que a la economía en su proyecto europeísta. Para el profesor español, lo prioritario era resolver el “caos económico y monetario” en el que se hallaba inmerso el viejo continente desde el final de la Primera Guerra Mundial. En su opinión, la unidad política de Europa no sería posible si no se alcanzaba previamente un equilibrio económico. En el segundo artículo también dejó entrever su disconformidad con la exclusión del Reino Unido de la Unión Paneuropea⁵⁸. Olariaga dejaba la puerta abierta a la participación de otros países que Coudenhove no había contemplado –como

⁵⁶ Así se lo hizo saber a su amigo Pablo de Azcárate, a quien pidió ayuda para localizar los libros en una librería de París. Véase “Carta de Leopoldo Palacios a Pablo de Azcárate”, 29 de noviembre de 1926. AMAE, Fondo Pablo de Azcárate, Caja 120, Epistolario (G-P).

⁵⁷ Luis OLARIAGA: “Sobre la Conferencia Económica Internacional”, *El Sol*, 12 de marzo de 1927, pág. 1.

⁵⁸ ID: “La decadencia de Europa”, *El Sol*, 18 de marzo de 1927, pág. 1.

el propio Reino Unido–, y también tenía dudas sobre la cuota de soberanía nacional que quedaría afectada⁵⁹:

“¿Han de quedar excluidos países que, cultural y económicamente, se consideran unidos a Europa? ¿Hasta qué punto ha de respetarse la independencia de los Estados que entren a formar parte de Paneuropa?”.

Sobre la organización interna de Paneuropa, Luis Olariaga se apoyaba en las opiniones de Hugo Vogel, un profesor vienés que consideraba un error que Coudenhove-Kalergi se hubiera basado en los Estados Unidos de América para diseñar su Unión Paneuropea. El modelo norteamericano se había implantado en un contexto excepcional. Su prosperidad –añadía– se explicaba por “una serie de ventajas naturales, geográficas e históricas” imposibles de reproducir en Europa⁶⁰. Olariaga, valiéndose de nuevo de las opiniones de este profesor, ponía como ejemplo la “uniformidad nacional y cultural subordinada en alto grado al espíritu económico” que existía en Estados Unidos, algo que sería muy difícil de imitar en un territorio tan diverso como el europeo que, además, tenía un modelo productivo radicalmente opuesto al estadounidense. Al otro lado del Atlántico, el trabajo en serie era ya una realidad, y los obreros, gracias a unos salarios superiores a los de sus homólogos europeos, tenían abiertas las puertas del consumo de masas. Por tanto, Europa tenía que buscar “camino distintos a los seguidos por los Estados Unidos” para lograr esta unidad económica. Según este autor, uno de estos caminos conduciría a la creación de agrupaciones económicas entre Estados vecinos, por ejemplo en la Europa central o en el área mediterránea. Para tal fin –concluía Olariaga– no sería necesaria la federación de Estados que quería impulsar Coudenhove, sino unos meros acuerdos puntuales –o “inteligencias económicas”– en sectores productivos estratégicos, como el cártel del acero de reciente creación⁶¹.

Por tanto, Olariaga descartaba la posibilidad de implantar una unión aduanera en todo el continente europeo, una cuestión que, sin embargo, formaba parte del núcleo

⁵⁹ ID: “Los Estados Unidos de Europa, *El Sol*, 21 de marzo de 1927, pág. 1.

⁶⁰ Vogel y Olariaga no fueron los únicos que criticaron las analogías que Coudenhove había realizado entre Europa y Estados Unidos. Véase, por ejemplo, a Gustav Stolper, otro economista austriaco, citado en William Harbutt DAWSON: “The Pan-European Movement”, *The Economic Journal*, vol. 37, 145 (1927), pág. 64.

⁶¹ Luis OLARIAGA: “La formación de agrupaciones económicas en Europa”, *El Sol*, 6 de abril de 1927, pág. 1.

duro del proyecto de Coudenhove-Kalergi⁶². Bajo su punto de vista, Paneuropa debería entenderse como el conjunto de “varios grupos de economías nacionales susceptibles de acoplamiento”, es decir, una especie de confederación de asociaciones de productores. Si se creara una unión aduanera general, el economista español estaba convencido de que no tardarían en aparecer obstáculos de carácter político, económico y fiscal⁶³. Finalmente, el economista español se mostró favorable a que fueran los productores los encargados de organizar estas “alianzas internacionales en el mayor posible número de ramas industriales”. Habiendo realizado este paso, no importaría tanto que Europa estuviera unida federalmente, ya que el principal problema –el económico– estaría en principio resuelto⁶⁴.

En la primavera de 1928, el intelectual y político catalanista Lluís Nicolau d’Olwer se encargó de analizar en detalle los aspectos políticos y programáticos de la Unión Paneuropea en una serie de artículos que tuvieron una cierta repercusión en Cataluña, ya que aparecieron simultáneamente en la *Revista Jurídica de Catalunya* y el periódico *La Publicitat* de Barcelona⁶⁵. D’Olwer era en principio partidario de este tipo de proyectos, ya que consideraba que los movimientos internacionalistas se habían convertido en el contrapeso ideal a la creciente influencia del fascismo en Europa⁶⁶:

“Dos moviments contradictoris, però que un explica l’altre, agiten avui la consciència política del món. L’internacionalisme, que tendeix a universalitzar totes les organitzacions i aspira a convertir la humanitat en subjecte de dret públic, i el feixisme, exacerbació nacionalista, que no admet ni dins ni fora de l’Estat cap altre subjecte de dret públic que l’Estat mateix”.

A este intelectual catalán le preocupaba la inoperancia y la debilidad de la Sociedad de Naciones, un análisis prácticamente calcado al ofrecido por Coudenhove-Kalergi en su libro *Paneuropa*. La única solución que contemplaba D’Olwer pasaba por

⁶² La unión aduanera sería el paso previo a la creación de la federación europea. Véase Richard N. COUDENHOVE-KALERGI: *Paneuropa...*, pág. 142.

⁶³ También advirtió sobre posibles problemas de índole logística: “Nos encontraríamos con una organización “gigantesca e imposible de manejar”. Luis OLARIAGA: “La ilusión de una unión aduanera española”, *El Sol*, 11 de abril de 1927, pág. 1.

⁶⁴ ID: “Los Sindicatos internacionales de productores”, *El Sol*, 22 de abril de 1927, pág. 1.

⁶⁵ En concreto, aparecieron en los ejemplares de *La Publicitat* de los días 14, 20 y 27 de abril de 1928, y 4, 11 y 15 de mayo del mismo año. También se publicaron en la *Revista Jurídica de Catalunya*, XXXIV (1928), págs. 219-233. Rosa SOLER I MÒDENA i Eulàlia MIRET I RASPALL: *Bibliografia de Lluís Nicolau d’Olwer*, Barcelona, Institut d’Estudis Catalans, 1995, págs. 65-66. Estos artículos están recopilados en Lluís Nicolau D’OLWER: *Democràcia contra dictadura. Escrits polítics, 1915-1960*, Barcelona, Institut d’Estudis Catalans, 2007. Las citas se han extraído de esta última obra.

⁶⁶ *Ibid.*, pág. 160.

crear una estructura de nueva planta –basada en principios democráticos y liberales– que englobara sólo a países europeos. De esta forma, la corriente internacionalista saldría reforzada frente al nacionalismo extremista y el fascismo. Para D’Olwer, Paneuropa era una excelente idea con enormes posibilidades que, no obstante, adolecía de algunos problemas estructurales y de enfoque. En primer lugar, sacó a colación las motivaciones nacionalistas que se escondían tras la idea paneuropea. El escritor catalán tenía dudas de que este proyecto –que en su opinión se había ideado para defender, primero de todo, los intereses de Austria y otros países centroeuropeos– pudiera aplicarse a otras zonas de Europa⁶⁷:

“Durament castigada per la guerra, el bloqueig, els tractats de pau, la inflació seva i el proteccionisme dels altres, avui Àustria té fretura que siguin establertes relacions normals entre els pobles de l’antiga monarquia dels Habsburg. L’organització paneuropea, tal com el comte de Coudenhove-Kalergi la concep, donaria remei, sense destrucció aparent dels tractats, a la situació massa inconfortable de l’Estat austríac”.

La segunda crítica tenía que ver con la peculiar cosmovisión de Coudenhove-Kalergi y el concepto de los continentes políticos. Para Nicolau d’Olwer, los continentes políticos no tenían ninguna razón de ser. Una cosa era la geografía, y otra muy distinta las diferentes iniciativas internacionalistas que se habían gestado en algunos continentes, como la Unión Panamericana. Como ya se ha visto, esta organización –que precisamente sirvió de inspiración al líder paneuropeo– había tenido en realidad unos resultados muy modestos y, en opinión de D’Olwer, había fracasado⁶⁸. Por otro lado, el intelectual catalanista tampoco entendía que Coudenhove hablara de la Rusia soviética como una zona de influencia equivalente a la que quería crear en Europa. En realidad, la URSS no era más que una federación de naciones similar en estructura a Suiza o a Estados Unidos. Otro de estos continentes políticos, el chino-japonés (o mongol, si atendemos a la literalidad de *Paneuropa*), no tenía ningún sentido para D’Olwer por la manifiesta enemistad entre estos dos pueblos. En cuanto al Imperio británico, tampoco podía ser considerado como una federación de países, sino más bien como una confederación en la que sólo existían vínculos entre la metrópoli y las colonias. Algunos de estos territorios, además, tenían unas cotas amplísimas de

⁶⁷ *Ibid.*, pág. 164.

⁶⁸ *Ibid.*, págs. 161 y 163-164.

soberanía política, e incluso se podía hablar de una independencia oficiosa para los casos de Australia o Canadá⁶⁹.

La ausencia del Reino Unido de la Unión Paneuropea se convirtió en la tercera objeción de D'Olwer. Como otros autores, entendió esta exclusión como el auténtico “*punt flac*” del paneuropeísmo y auguraba que, si no se rectificaba esta decisión, el proyecto quedaría seriamente dañado⁷⁰. Con todo, era moderadamente optimista y confiaba en que, una vez creada Paneuropa, desaparecerían las fronteras. Esta nueva realidad –que en ningún caso iba a suponer la supresión de los Estados nación– solucionaría al instante tres grandes problemas europeos: la paz entre los Estados, la cuestión de las minorías nacionales y la economía. Sobre esta última cuestión, D'Olwer coincidía con Coudenhove y apostaba por la creación de una unión aduanera paneuropea de carácter general⁷¹. También estaba de acuerdo en que Paneuropa tendría que configurarse como un superestado independiente de la Sociedad de Naciones. De esta forma, el movimiento paneuropeo tendría más fuerza y podría llevar a cabo, al menos, dos iniciativas que el intelectual catalán consideraba ineludibles: la creación de un pasaporte europeo por un lado, y la extensión del pacto de Locarno al resto de países paneuropeos por otro⁷².

Nicolau d'Olwer no tenía claro que Europa fuera a unirse a medio o largo plazo, ni siquiera federal o confederalmente. Sus alusiones al pasaporte europeo y a Locarno parecen indicar que, como mucho, la Paneuropa que tenía en mente sería una réplica –mejorada, eso sí– de la Sociedad de Naciones. El superestado del que hablaba no sería más que un organismo intergubernamental con ciertas competencias económicas, aduaneras y diplomáticas. Tiempo después, en un nuevo artículo sobre Paneuropa, este autor se mostró todavía más escéptico, y advirtió de que sería muy difícil que este proyecto siguiera adelante si no conseguía atraer la atención de más países europeos aparte de Alemania y Austria⁷³.

Junto a estas series de artículos periodísticos, también hay que destacar una conferencia de Luis Recaséns Siches sobre “Los Estados Unidos de Europa”⁷⁴. En los

⁶⁹ *Ibid.*, págs. 165-166

⁷⁰ *Ibid.*, pág. 169.

⁷¹ *Ibid.*, pág. 168.

⁷² *Ibid.*, págs. 172-173. Véase Richard N. COUDENHOVE-KALERGI: “Por un Locarno paneuropeo”, *El Sol*, 8 de septiembre de 1927, pág. 2. Este texto se difundió en los principales medios de comunicación europeos.

⁷³ Luis Nicolau D'OLWER: “Una conferència paneuropea?”, *La Publicitat*, 14 de julio de 1928, pág. 1. Reproducido en ID: *Democràcia contra dictadura...*, págs. 174-176.

⁷⁴ “Una conferencia de Recaséns Siches”, *El Sol*, 29 de abril de 1928, pág. 5.

salones del Círculo Mercantil de Vigo, este catedrático de derecho disertó sobre la Unión Paneuropea, un movimiento que seguía con interés desde antes incluso del Congreso de Viena. Empezó su charla afirmando que Paneuropa debía considerarse como una “realidad política”. A continuación, fue desgranando las principales características de esta organización. En cuanto a la polémica cuestión de la soberanía, explicó que las naciones europeas representaban, en realidad, “diversos matices de un mismo tono europeo”, y afirmó con rotundidad que “el patriotismo nacional no (era) incompatible con el europeo”.

7.2.4. ¿Una Unión Paneuropea a la española? La Liga Europea pro Paz de Primo de Rivera

Tras su retirada provisional de la Sociedad de Naciones en 1926, España quedó oficialmente fuera del sistema internacional de entreguerras. Esta decisión entraba dentro de lo posible, ya que el directorio presidido por el Marqués de Estella no había variado un ápice la política respecto a la SDN de los anteriores ejecutivos. La presencia en la institución ginebrina siempre había tenido un fuerte componente pragmático: es decir, sólo sería rentable si servía a los intereses de la nación. Al no poder culminar con éxito la ya antigua aspiración de conseguir un puesto permanente en el consejo de la SDN, Primo de Rivera entendió que España debería buscar otros caminos en el intrincado panorama internacional de los años veinte⁷⁵.

Además del nuevo impulso que se dio a la política hispanoamericana durante esos años, el general Primo de Rivera intentó promover la creación de un nuevo organismo supranacional. En el diario gubernamental *La Nación* se publicó a toda plana el texto de unas cuartillas a las que tuvo acceso el periódico y que habían sido redactadas por una “pluma muy autorizada, tan recia, tan poderosa, con tal hábito de guiar las conciencias y de producir consistentes estados de opinión, que ella sola se ha bastado para realizar obras tenidas por imposibles”⁷⁶. A pesar de que Primo de Rivera prefirió permanecer en el anonimato, la prensa –tanto española como extranjera– no tardó en atribuirle la autoría⁷⁷.

⁷⁵ Para el proceso de retirada temporal de la SDN, véase Gerie Brown BLEDSOE: *Spain in the League of Nations, 1920-1931*, Florida State University, 1972 (Tesis doctoral), págs. 286-340.

⁷⁶ “La unión de los Estados para evitar las guerras”, *La Nación*, 11 de julio de 1927, pág. 1.

⁷⁷ Hubo algunas referencias en la prensa española, en las que se insinuaba que se trataba de una alta personalidad. Por ejemplo “Una información sensacional del diario órgano del gobierno”, *El Telegrama*

La propuesta de Primo de Rivera era, en puridad, un simple borrador en el que plasmó algunas ideas de carácter general. Tras una breve introducción, el Presidente del Gobierno denunció la ineficacia de la Sociedad de Naciones para evitar los conflictos armados y lograr la paz universal. Para paliar esta deficiencia, Primo de Rivera propuso la creación de una “Liga Europea pro Paz”, una especie de tribunal de arbitraje que contaría con un cuerpo militar propio y que se encargaría de solventar las disputas que pudieran surgir entre los países miembros⁷⁸. Pese a que estaría limitado a países europeos, el Presidente del Gobierno estaba lanzando una enmienda a la totalidad para finiquitar la SDN, tal y como quedaba reflejado en el texto: “nuestro plan excluye, naturalmente, la existencia de la Sociedad de las Naciones”.

Este nuevo organismo contaría con dos instituciones principales: por una parte un Tribunal Internacional, encargado de deliberar sobre cualquier problema que pudiera surgir entre los Estados. El tribunal estaría formado por dos representantes de cada país, por lo que todos los miembros tendrían el mismo número de votos. Por otra parte, Primo de Rivera también había previsto la creación de un cuerpo ejecutor o ejército europeo. Si bien el Marqués de Estella esperaba que estos conflictos se solucionaran con distintos tipos de sanciones –una simple reprimenda o una multa de carácter económico–, reconocía que en ocasiones se tendrían que llevar a cabo otras medidas excepcionales. Sólo cuando esta opción fuese estrictamente necesaria, el Tribunal podría autorizar la actuación de las tropas europeas, formadas por soldados de los países miembros atendiendo a criterios de proporcionalidad⁷⁹.

del Rif, 12 de julio de 1927, págs. 2-3; “De un proyecto de una «Liga europea pro paz»”, *La Vanguardia*, 12 de julio de 1927, pág. 24; “El fracaso de Ginebra”, *La Tierra*, 30 de agosto de 1927, págs. 9-10. En este último medio ya se atribuía al “Gobierno español” la autoría de la propuesta. En el exterior, la noticia llamó la atención a los servicios de prensa del Ministerio de Asuntos Exterior francés, quienes dedujeron que el autor no podía ser otro que “*le chef du gouvernement espagnol*”. Véase “Le projet espagnol d’une «Union de tous les Etats pour éviter les guerres»”, *Bulletin Périodique de la Presse Espagnole du 9 juin au 19 juillet 1927*, pág. 2. En un artículo publicado en el *Chicago Tribune* se elogió el proyecto de Primo de Rivera. Ver José Antonio PRIMO DE RIVERA: *La dictadura de Primo de Rivera juzgada en el extranjero*, Madrid, Imprenta Sáez Hermanos, pág. 1931, pág. 85. Al parecer, el proyecto de Primo de Rivera fue criticado por el experto en derecho internacional José Ramón Orué. Véase Andrés RÉVÉSZ: “Desarme, no; reducción de los armamentos, sí”, *Blanco y Negro*, 31 de enero de 1932, pág. 81.

⁷⁸ Primo de Rivera pudo haberse inspirado en un opúsculo titulado “La paz universal” que un ciudadano le envió por correo un mes antes. Véase “Carta de Ventura Pastor al Excmo. Señor D. Miguel Primo de Rivera”, 17 de junio de 1927. AHN, Presidencia del Gobierno Primo de Rivera, Leg. 173, Exp. 8749. En el expediente no aparece el opúsculo. En una carta posterior, escrita un año después (8 de junio de 1928), este autor le discutió a Primo de Rivera algunos puntos de su Liga europea. Por ejemplo, la “abdicación de la propia soberanía nacional ante el tribunal internacional, cosa que ningún Estado aceptaría bajo ningún punto de vista”.

⁷⁹ El Marqués de Estella hablaba de un “ejército perfectamente equipado” de un millón o dos de efectivos, a los que habría que sumar tres o cuatro millones más de personal movilizable. En su texto, el dictador calculó el porcentaje que correspondería a cada país europeo: Alemania, Francia, Italia y Reino Unido

Esta iniciativa –que puede recordar en parte a los cascos azules de las Naciones Unidas– no estaba ni mucho menos desarrollada, pero sí presentaba una novedad importante. Primo de Rivera dejaba claro que el Estado Mayor de este cuerpo europeo no dependería directamente de los países europeos, sino que recibiría “órdenes exclusivamente del gran Tribunal Internacional”. Se trataría, pues, de una organización de carácter transnacional, con instituciones que estarían por encima de la soberanía de los Estados. Al final del texto, Primo de Rivera también apoyaba la posibilidad de que se creasen unos Estados Unidos de Europa, e invitaba a seguir con atención los movimientos unitarios que se estaban promoviendo en el viejo continente:

“hoy es indispensable poner la vista y el pensamiento en las Confederaciones continentales, si queremos dar oídos al instinto de conservación y cumplir, mirando al futuro, altos deberes de humanidad”.

Llama poderosamente la atención el entusiasmo con que Primo de Rivera defendió este planteamiento. Un año y medio antes, en unas declaraciones al periódico francés *L’Intransigeant*, había descartado la opción de crear unos Estados Unidos de Europa en futuro próximo, precisamente porque, en su opinión, los congresos de paz y la Sociedad de Naciones ya garantizaban la paz europea. Ahora, en cambio, el jefe del ejecutivo español hablaba abiertamente de suprimir la Sociedad de Naciones y de crear una especie de asociación europea de carácter militar.

El proyecto de Primo de Rivera no quedó sólo en un artículo anónimo. Es evidente que el Presidente del Gobierno español estaba enfrascado en buscar una alternativa a la Sociedad de Naciones. Esto explicaría que, unos meses después, Coudenhove-Kalergi recibiera una carta de Máximo Cuervo, jefe de la secretaría auxiliar de la presidencia del Consejo de Ministros⁸⁰. Cuervo, que escribió la carta “por encargo especial del Sr. Presidente”, comentó al líder paneuropeo que Primo de Rivera

contribuirían con un 11 por 100 del total, mientras que España sería el quinto país en términos porcentuales, con un 7 por 100 de los efectivos. Quedaban excluidos Estados de pequeño tamaño como la ciudad libre de Danzig, Andorra o San Marino. La URSS por su parte, no era considerada un Estado genuinamente europeo, tanto por su posición geográfica como por la ausencia dentro de sus fronteras de “principios y derechos reconocidos al ser humano”. Primo de Rivera, que no pudo evitar mostrar su anticomunismo, llegó a insinuar que la URSS podría constituir un “caso de intervención” del ejército europeo si así lo consideraba el Tribunal Internacional. Esta amenaza indica que la Liga pro Paz también podría actuar en países que no fueran miembros.

⁸⁰ La carta se publicó en castellano en “Zum Paneuropäischen Locarno”, *Panuropa*, diciembre 1927, pág. 19. No hay constancia de que Coudenhove contestara a la comunicación de Primo de Rivera. Los ejemplares de la revista *Panuropa* se pueden encontrar en la biblioteca central del Ministerio de Empleo y Seguridad Social.

se había “enterado con suma complacencia” de su “pacto de paz europeo” –en alusión a Paneuropa–, y añadía además que ese proyecto tenía “puntos de coincidencia” con la “Liga europea pro Paz” promovida desde España. A través de su subalterno, Primo de Rivera quería saber la opinión de Coudenhove, y se reafirmaba en sus deseos europeístas y pacifistas:

“Es un deseo vivo en el señor Presidente el de favorecer toda acción que tienda a que la fecunda idea de paz arraigue en el espíritu de los pueblos, evitándose los daños de todo orden que las guerras producen con quebranto también para la verdadera civilización que debe imperar en el mundo”.

Esta breve incursión en el europeísmo político crítico con Ginebra llegó a su fin en marzo de 1928. Primo de Rivera decidió entonces regresar a la Sociedad de Naciones. En este periodo de reflexión, había entendido que, a pesar de las múltiples carencias de esta institución, España no podía permitirse permanecer aislada de la SDN⁸¹.

7.3. La sección española de la Unión Paneuropa

7.3.1. Las dificultades para encontrar candidatos

No fue sencillo constituir en España una sección nacional de la Unión Paneuropea. La búsqueda de colaboradores se prolongó durante varios meses y, en algunos momentos pareció una misión imposible. Las dificultades para realizar esta tarea tenían que ver con el escaso interés que esta iniciativa había suscitado y, sobre todo, con la desconfianza que el conde Coudenhove-Kalergi despertaba en algunos sectores. Por ejemplo, los republicanos y reformistas que desde el inicio de la Primera Guerra –o incluso antes– se habían mostrado partidarios de la europeización de España, no participaron en la creación del grupo español. De esta ausencia se pueden deducir varias razones: en primer lugar, es evidente que la idea paneuropea no fue tomada en

⁸¹ Sin embargo, Primo de Rivera no abandonó del todo su idea de crear una liga de Estados ajena a la Sociedad de Naciones. En una carta dirigida a José Gabilán, un dirigente de Unión Patriótica en junio de 1928, habló de pasada de crear una liga de “países de origen ibérico”, si bien aseguró que estas naciones conservarían su plena independencia. Véase Miguel PRIMO DE RIVERA: *Del general Primo de Rivera: documentos originales y artículos inspirados por él*, Madrid, Junta de Propaganda Patriótica y Ciudadana, 1928, pág. 3.

consideración por autores como Araquistain, Domingo o Unamuno. Ortega y Gasset apenas citó al conde en toda su obra. Es fácil imaginar que algunos de estos intelectuales sencillamente no se sintieran cómodos apoyando una organización liderada por un aristócrata que, además, simpatizaba con algunos planteamientos reaccionarios. Si políticos como Briand o Herriot hubieran tomado la iniciativa en la cuestión de la idea de Europa desde un primer momento, es muy probable que hubieran contado con más apoyos desde este sector. Por otra parte, muchos de estos intelectuales se habían convertido en opositores de la Dictadura, por lo que su presencia en el comité español no habría sido del agrado del régimen⁸².

En el otro lado del espectro político tampoco fue posible encontrar candidatos, entre otras cosas porque los que podrían haber dado el perfil ya estaban integrados en el movimiento europeísta liderado por el príncipe alemán Karl Anton Rohan. Este aristócrata, cuyo movimiento apenas tuvo repercusión en España, se convirtió en el principal rival ideológico de Coudenhove-Kalergi⁸³. A diferencia de Paneuropa, la Federación Internacional de Uniones Intelectuales de Rohan defendía la creación de una comunidad europea basada en la idea de *Mittleuropa* y anclada en la época medieval⁸⁴. A corto plazo perseguía objetivos relacionados con la cooperación intelectual o el entendimiento pacífico, pero detrás de estas aspiraciones se escondía un profundo

⁸² De hecho, el único contacto conocido se produjo en 1943 en la ciudad de Nueva York, donde Fernando de los Ríos participó en una conferencia paneuropea convocada por Coudenhove-Kalergi para elaborar un nuevo borrador de una constitución europea. El borrador puede leerse en Fernando DE LOS RÍOS: *Obras completas V. Escritos guerra civil y exilio*, Madrid, Anthropos, 1997, págs. 326-338. Véase también Jorge DE HOYOS PUENTE: “La identidad institucionista en el exilio republicano, un acercamiento a través de Joaquín Xirau y Fernando de los Ríos”, en Teresa María ORTEGA LÓPEZ y Miguel Ángel DEL ARCO BLANCO (eds.): *Claves del mundo contemporáneo, debate e investigación. Actas del XI Congreso de la Asociación de la Historia Contemporánea*, Granada, Comares, 2013, pág. 9. De los Ríos empezó a mostrar interés por Coudenhove cuando se encontraba exiliado en Nueva York y no antes. El intelectual español propuso a Coudenhove-Kalergi como candidato al premio Nobel de la paz en 1946, aunque no se sabe con certeza si fue de manera oficial.

<http://www.nobelprize.org/nomination/archive/show.php?id=1176>.

⁸³ Aunque los dos aristócratas veían con cierta complacencia la corriente autoritaria que recorrió Europa durante la década de 1920, Rohan se reveló como mucho más extremista que su rival, que optó por seguir los principios de la democracia liberal. Estas diferencias se hicieron más patentes con el ascenso de Adolf Hitler al poder: mientras Coudenhove-Kalergi se declaró en contra del nazismo –lo que provocó que el movimiento paneuropeo fuera perseguido y prohibido en Alemania–, el príncipe Rohan colaboró con el III Reich. Para una comparación de estos dos proyectos, véase Eagle GLASSHEIM: *Noble nationalists: The Transformation of the Bohemian Aristocracy*, Cambridge (Massachusetts), Harvard University Press, 2005, pág. 121. Anne-Marie SAINT GILLE: *La “Paneurope”...*, págs. 271-272. Jessica C. E. GIENOW-HECHT and Frank SCHUMACHER: *Culture and International History*, Nueva York, Berghahn Books, 2004, págs. 103-104. Guido MÜLLER: “L’Europe de la cultura ou une nouvelle aristocracie europeene: les reflexions et les projects de la «Federation Internationale des Unions Intellectuelles» (1924-1934)”, en Sylvain SCHIRMANN (dir): *Organisations internationales et architectures européennes...*, págs. 147-150.

⁸⁴ Christian BAILEY: *Between Yesterday and Tomorrow: German Visions of Europe, 1926-1950*, Nueva York, Berghahn Books, 2013, pág. 30.

desprecio por las ideas democráticas y liberales y, por el contrario, una admiración cada vez más creciente por el autoritarismo y el fascismo⁸⁵.

El grupo español se constituyó oficialmente en el rectorado de la Universidad Central de Madrid y contó con el apoyo explícito del gobierno. El rey Alfonso XIII, Primo de Rivera y el ministro de Instrucción pública compartieron la presidencia honoraria, que no tenía funciones ejecutivas⁸⁶. Esta responsabilidad recayó en el Marqués de Valero de Palma, el “delegado permanente” en España de la Federación Internacional de Uniones Intelectuales. En esta primera junta directiva había miembros de la nobleza, como el Duque de Alba, el Marqués de Villaurrutia o el Conde de Torre Vélez, pero también aparecen representantes de la intelectualidad, algunos de ellos incluso procedentes del ámbito reformista: Ramón Menéndez Pidal –que ocupó el cargo de vicepresidente–, María de Maeztu, Luis de Zulueta o Américo Castro. Hubo también destacados antieuropeístas, como Ricardo León⁸⁷. También se integraron científicos como Leonardo Torres Quevedo, o artistas como el escultor Mariano Benlliure. Asimismo, estaban incluidos los directores de los principales periódicos españoles⁸⁸. Aparte del citado congreso celebrado en Barcelona en 1929, la actividad de este grupo

⁸⁵ Véase Mario MARTÍN GIJÓN: “José Ortega y Gasset y el Príncipe de Rohan. ¿Complicidad o instrumentalización?”, *Clarín. Revista de Nueva Literatura*, 98 (2012), pág. 4. Con motivo de la celebración en Barcelona de un Congreso de la Federación de Uniones Intelectuales en octubre de 1929, el Príncipe de Rohan aclaró en una entrevista que en el encuentro se discutirían los elementos de la civilización moderna”; en concreto, el “problema social de la vulgarización de la cultura”. No se trataron cuestiones como la unidad política o económica de Europa. En dicho congreso intervinieron personalidades como el ministro de corporaciones italiano Giuseppe Bottai, o el filósofo alemán Carl Schmitt, uno de los futuros teóricos del III Reich. Al parecer, Rohan intentó que Ortega y Gasset también participara en este encuentro, pero recibió una respuesta negativa. “Ante el Congreso de las Uniones Intelectuales”, *El Sol*, 6 de junio de 1929, pág. 8. Una breve crónica del congreso en “Del VI Congreso de la Federación de Uniones Intelectuales”, *ABC Sevilla*, 12 de octubre de 1929, pág. 38. Sobre la participación de Bottai, Schmitt y la negativa de Ortega, véase Mario MARTÍN GIJÓN: “José Ortega y Gasset”..., pág. 8.

⁸⁶ Este apoyo tácito de las más altas instituciones del Estado no sorprende en absoluto. El Directorio ya había mostrado su predilección por otras organizaciones ultraderechistas, como el Secretariado Español de la Entente Internacional Antibolchevista. En 1925, cada uno de los ministerios del Directorio donó 250 pesetas. Por su parte, el Gobierno era miembro de la Entente Internacional y en noviembre de 1926 pagó la cuota anual de 5000 francos suizos (unas 6375 pesetas al cambio) Véase AHN, Presidencia del Gobierno Primo de Rivera, Leg. 171, Exp. 8288.

⁸⁷ Ricardo León, que durante la Gran Guerra había destacado por su activa germanofilia, llegó a criticar la idea paneuropea en una de sus obras de ficción. En *Los Trabajadores de la muerte*, publicada originalmente en 1927, León narraba las peripecias de Farfán de los Godos, un diplomático de origen aristócrata que se dedicó a recorrer la convulsa Europa de la década de 1920. En una de sus paradas, participó en el Congreso de la Unión Paneuropa de Viena. Allí, en un elocuente discurso, Farfán –que sin duda hablaba por Ricardo León– criticaba burlescamente la idea de los Estados Unidos de Europa mientras señalaba que la crisis que estaba padeciendo el viejo continente era consecuencia directa de su progresivo alejamiento de los valores cristianos. Ricardo LEÓN: *Los trabajadores de la muerte*, Madrid, Librería General de Victoriano Suárez, 1946, págs. 345-356. Hay un análisis de esta alusión a Paneuropa en John T. REID: *Modern Spain and Liberalism. A Study in Literary Contrasts*, Stanford, Stanford University Press, 1937, págs. 191-192.

⁸⁸ “La Federación Internacional de Uniones Intelectuales”, *ABC*, 8 de octubre de 1927, pág. 30.

uropeísta fue prácticamente nula y apenas hay constancia de otros eventos en la prensa periódica española.

7.3.2. Los orígenes de la sección española de la Unión Paneuropea

Después de que fracasara su intento de llevar una delegación española al primer Congreso paneuropeo de 1926, Coudenhove-Kalergi se ocupó personalmente de que se constituyera un comité español en el menor tiempo posible. Era un momento propicio, ya que España acababa de regresar a la Sociedad de Naciones. En mayo de 1928 se publicó en la *Revista de Política Social*, editada por el Ministerio de Trabajo, un pequeño monográfico sobre Paneuropa. Francisco Rivera Pastor, el director de la revista y uno de los principales teóricos del corporativismo en España, se encargó de realizar una breve introducción en la que comentaba de esta forma la necesidad de constituir una unidad europea⁸⁹:

“Es esta corriente paneuropea una de las más profundas de nuestro tiempo, donde se afirma la unidad espiritual de Europa en una base transcendente de realidad económica, que excede de las cerradas economías nacionales y aún de sus supuestos *intereses comunes*”.

Rivera Pastor esperaba que las naciones europeas cedieran parte de su soberanía a la futura “comunidad económica paneuropea”. Para este autor, Paneuropa debía ser una organización de carácter económico, un análisis que coincidía con el de Luis Olariaga. Por otro lado, la Unión Paneuropea debería estar integrada dentro de la Sociedad de Naciones, una cuestión que planteó muchas dudas a Coudenhove-Kalergi y que en 1928 no estaba ni mucho menos resuelta⁹⁰. Después de este breve estado de la cuestión, Rivera Pastor se congratulaba de que Coudenhove hubiera escrito en su revista un artículo inédito, un texto que, en su opinión, marcaría un antes y un después en la difusión del pensamiento paneuropeo en España⁹¹:

⁸⁹ Francisco RIVERA PASTOR: “Paneuropa”, *Revista de Política Social. Órgano del movimiento corporativo español*, 5 (1928), pág. 9.

⁹⁰En un primer momento, Coudenhove era partidario de que Paneuropa fuese independiente de la Sociedad de Naciones, al menos hasta que el ente ginebrino se organizara en agrupaciones continentales de carácter político.

⁹¹ Francisco RIVERA PASTOR: “Paneuropa”..., pág. 10.

“Las sobrias y firmes palabras de Coudenhove-Kalergi, que van a continuación, significan un primer llamamiento a la opinión culta española, para que atienda y sea sensible a las nuevas revelaciones de un espíritu de paz y de ciudadanía universal, del que el pensamiento español, continuando la tradición inmortal del helenismo, fue intérprete en otro tiempo”.

Coudenhove-Kalergi aprovechó el espacio brindado para intentar sumar el mayor número de españoles a su causa⁹². El líder paneuropeo hizo un breve recorrido por la historia de España y destacó tres momentos decisivos que, en su opinión, habían ayudado a forjar el carácter europeísta del pueblo español. Primero, subrayaba que en España se consiguió detener la expansión islámica, un hito que, a su juicio, puso a salvo “la libertad de Europa”. A continuación, consideraba que, en el siglo XVI, España había marcado el ritmo de la política europea, y añadía que el rey Carlos I había sido “un verdadero emperador de Europa”. Por último, valoraba positivamente que el Estado español hubiera permanecido neutral durante el conflicto armado que había desgarrado al viejo continente hacía poco más de una década. Así pues, el aristócrata austriaco no tenía ninguna duda de que el alma española era genuinamente europea. Esta mezcla de libertad, poder y pacifismo no sólo legitimaba a España para formar parte de la Unión Paneuropea, sino que la convertía, de hecho, en un aliado clave para emprender la “lucha por la unidad europea”. Además, Coudenhove valoraba el privilegiado emplazamiento geoestratégico de España como otro punto a favor: el territorio español tenía que convertirse en el “puente” que uniera África y América con Europa. Por tanto, desde su punto de vista, el concurso español en Paneuropa era esencial para el completo desarrollo de su proyecto⁹³

Al mismo tiempo que Coudenhove publicaba su llamamiento en España, el político y escritor catalán Joan Estelrich acababa de recibir en su casa una carta procedente de Viena. Hacía unas semanas, Estelrich había enviado la documentación necesaria para convertirse en miembro de la Unión Paneuropa junto con un cheque de 100 francos, la cuota anual estipulada. Desde la oficina central de Paneuropa le comunicaban que todo estaba en orden y que ya era oficialmente un “*membre donateur*”

⁹² Richard COUDENHOVE-KALERGI: “España y Europa”, *Revista de Política Social. Órgano del movimiento corporativo español*, 5 (1928), págs. 10-11.

⁹³ El artículo de Coudenhove se reprodujo en “La situación”, *La Ilustración financiera*, 11 de julio de 1928, pág. 1. También lo comentó el periodista e historiador José BERTRANS SOLSONA: “Hacia la federación de España. Pasado y porvenir de España en esta cuestión”, *La Vanguardia*, 17 de julio de 1928, pág. 14.

de l'Union Paneuropéenne"⁹⁴. En la misiva anterior, que dirigió a Coudenhove-Kalergi, Estelrich se había presentado como un político y "homme de lettres" catalán, y se había ofrecido para colaborar en lo que fuera necesario, al tiempo que expresaba su respeto y admiración hacia líder paneuropeo⁹⁵.

Joan Estelrich i Artigues nació en la isla de Mallorca en 1896, y ya desde muy pronto adquirió un firme compromiso con la idea de Europa. En 1915, un artículo suyo llamó la atención de Eugeni d'Ors, que lo incluyó en su "ampli debat" sobre la unidad moral de Europa. En su texto, Estelrich apoyaba sin fisuras las tesis orsianas y dejó escrita la siguiente frase, que fue reproducida por Xènius: "Tots som fills d'una mateixa mare, que és Europa, tots nos devem a Ella, tots tenim obligació d'estimar-la..."⁹⁶. Un año después, el joven periodista balear se reafirmó en su europeísmo en otro artículo, publicado esta vez en un rotativo de Menorca: "mi único título es el de baleárida, mi ilusión, la de una Iberia fuerte y la de unos Estados Unidos de Europa en paz"⁹⁷. Después de la guerra, Estelrich se convirtió en un estrecho colaborador de Francesc Cambó y en una especie de embajador cultural de la *Lliga Regionalista* en el extranjero a través de la *Oficina d'Expansió Catalana*, de la que era director. Su misión consistía en ser la voz del catalanismo político en el exterior⁹⁸. Fue, además, uno de los impulsores de la Asociación Catalana pro Sociedad de Naciones que sería desmantelada por el régimen primorriverista, y también participó en multitud de reuniones internacionales, como los Congresos de Nacionalidades entre 1927 y 1931⁹⁹.

La propuesta de Estelrich para colaborar con la Unión Paneuropa no cayó en saco roto y Coudenhove no tardó en agradecerle su buena disposición. El conde le comentó, aprovechando la condición de periodista de Estelrich, que sería de "importance capitale" publicar en la prensa española tantos artículos como fuera

⁹⁴ "Bureau Central Vienne (Union Paneuropéenne) a Estelrich", 2 de mayo de 1928. Fons Estelrich (FE), Correspondència Unió Paneuropea. El fondo de Joan Estelrich se encuentra en la Biblioteca Nacional de Catalunya. En el momento de su consulta se encontraba en proceso de catalogación.

⁹⁵ "Estelrich a Coudenhove-Kalergi", 20 de abril de 1928. FE, Correspondència Coudenhove.

⁹⁶ Reproducido en Eugeni D'ORS: *Glosari 1915...*, pág. 200. El artículo se publicó en el periódico *Sóller* el 1 de marzo de 1915 con el título "La unitat moral d'Europa".

⁹⁷ Joan ESTELRICH: "Los fantasmas", *El Bien Público* (Mahón), 4 de abril de 1916, pág. 1.

⁹⁸ Borja DE RIQUER I PERMANYER: "Joan Estelrich: Del activismo catalanista con Cambó a delegado en la UNESCO con Franco", en Xosé M. NÚÑEZ SEIXAS y Fernando MOLINA APARICIO: *Los heterodoxos de la patria. Biografías de nacionalistas atípicos en la España del siglo XX*, Granada, Comares, 2011, págs. 146. Véase también Enric UCELAY-DA CAL: *El imperialismo catalán. Prat de la Riba, Cambó, D'Ors y la conquista moral de España*, Barcelona, Edhasa, 2003, págs. 229 y 828. Sobre el ascenso político de Joan Estelrich en los primeros años de posguerra, véase Xosé Manoel NÚÑEZ SEIXAS: *Internacionalitzant el nacionalisme...*, págs. 84-89.

⁹⁹ Borja DE RIQUER I PERMANYER: "Joan Estelrich i Francesc Cambó" en VV.AA.: *Actes de les jornades d'estudi sobre Joan Estelrich*, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 2010, págs. 113-114.

posible sobre Paneuropa. Además, le reveló que la traducción al español de su libro *Paneuropa* estaba muy avanzada, y que pronto estaría finalizada. Coudenhove confiaba en que su lanzamiento en España fuera el impulso definitivo que el movimiento necesitaba en esa parte del continente¹⁰⁰. En su respuesta, Estelrich aprovechó para enviarle los artículos que su amigo Nicolau d’Olwer había escrito sobre Paneuropa un año antes¹⁰¹. Dos semanas después, Coudenhove le reveló que Manuel Raventós, el secretario general de la Asociación Española de Derecho internacional y Legislación comparada (AEDILC), se había ofrecido para organizar una sección española de la Unión Paneuropea. Quizás para recompensar el interés de Estelrich, le sugirió que se pusiera en contacto con Raventós para iniciar una colaboración conjunta¹⁰². Debido a sus continuos viajes por Europa, Estelrich tardó cinco meses en responder a Coudenhove y, cuando lo hizo, el grupo español se acababa de formar. Estelrich explicó al líder paneuropeo que había escrito a Manuel Raventós proponiéndole la creación de una sección hispánica paneuropea con dos grupos: uno radicado en Madrid y otro en Barcelona¹⁰³. No hace falta decir que el segundo estaría liderado Estelrich. El objetivo del intelectual catalanista era participar de forma activa en las organizaciones internacionales –en este caso la Unión Paneuropea– para dar a conocer la situación de Cataluña. Esta estrategia, que había funcionado parcialmente hasta ese momento, no se pudo realizar en el caso de Paneuropa. La sugerencia del escritor balear no fue atendida por Raventós, quien finalmente sería el encargado de organizar la formación del grupo español desde Madrid.

7.3.3. Los doce paneuropeos: la primera directiva del grupo español

Con la propuesta catalana descartada, los contactos para la creación del grupo se iniciaron en verano. Raventós escribió un artículo en prensa en el que explicaba las principales características del movimiento paneuropeo. Tras enumerar algunas de las secciones nacionales ya constituidas, se lamentaba de que en España apenas se hubiera dado importancia al movimiento paneuropeo, aunque citó a algunos autores que sí

¹⁰⁰ “Coudenhove-Kalergi a Estelrich”, 4 de mayo de 1928. FE, Correspondència Coudenhove.

¹⁰¹ “Estelrich a Coudenhove-Kalergi”, 15 de mayo de 1928. FE, Correspondència Coudenhove.

¹⁰² “Coudenhove-Kalergi a Estelrich”, 29 de mayo de 1928. FE, Correspondència Unió Paneuropea. El conde austriaco escribió equivocadamente en sus memorias que el grupo español se había constituido antes de 1926. Véase Richard COUDENHOVE-KALERGI: *Una bandera llamada Europa...*, pág. 107.

¹⁰³ “Estelrich a Coudenhove”, 9 de noviembre de 1928. FE, Correspondència Unió Paneuropea.

habían mostrado interés en el tema¹⁰⁴. Posteriormente, en un breve texto sobre cómo había transcurrido su verano, Francisco Rivera Pastor presumía de su amistad con Coudenhove-Kalergi, al que consideraba “uno de los hombres más preparados y mejor relacionados” de Europa. También aprovechó para anunciar que la formación de la sección española estaba en camino¹⁰⁵. Las gestiones finalmente fructificaron y el grupo se creó hacia septiembre de 1928¹⁰⁶. Sin embargo, no se le dio carácter oficial hasta enero de 1929, seguramente para que coincidiera con el lanzamiento en castellano del libro *Paneuropa*¹⁰⁷.

La lista de directivos se hizo pública entre febrero y marzo, y estaba formada por las siguientes personalidades: Eduardo Aunós (Presidente), Rafael Altamira (Vicepresidente), Francisco Rivera Pastor (Secretario general), Manuel Raventós y Noguer (Vicesecretario), César de Madariaga (Consejero, presidente de la sección de cuestiones sociales), Ernesto de Anastasio (Consejero, presidente de la sección económica), Leopoldo Palacios (Consejero, presidente de la sección política), Andrés Révész (Consejero, presidente de la sección de propaganda). Finalmente, como secretarios de cada una de las secciones figuraban Eduardo Guillén, Ignacio de Oyarzábal, Joaquín Rodríguez de Gortázar y Jacinto Ventosa¹⁰⁸.

¹⁰⁴ Se trataba de Leopoldo Palacios, Francisco Rivera Pastor, Ignacio de Oyarzábal y Luis Recaséns. Los tres primeros formaron parte de la primera junta directiva del grupo español. Manuel RAVENTÓS Y NOGUER: “De la vida internacional. Paneuropa”, *El Imparcial*, 8 de agosto de 1928, pág. 10.

¹⁰⁵ “El veraneo de nuestros escritores”, *La Gaceta Literaria*, 15 de octubre de 1928, pág. 2. Rivera Pastor también comentó que Coudenhove-Kalergi tenía la intención de visitarle en Madrid. No hay constancia de que este encuentro se realizara.

¹⁰⁶ La primera referencia a la existencia del grupo apareció en el número de octubre de la revista *Paneuropa*. Por tanto, en septiembre ya debería estar formado. Manuel Raventós figuraba como persona de contacto, y además se facilitaba una dirección de contacto (Madrid, Mayor 42). En cada uno de los ejemplares de *Paneuropa* aparecía un listado de las secciones nacionales justo detrás de la portada, en una página sin numerar. “Generalsekretariate und anmeldestellen der Paneuropäischen union”, *Paneuropa*, octubre 1928. Las declaraciones de Rivera Pastor, aunque publicadas en octubre, se escribirían presumiblemente durante el mes de septiembre.

¹⁰⁷ Sobre la presentación oficial del grupo español, véase Andrés RÉVÉSZ: “«Paneuropa» y los intereses de España. Al margen de un libro”, *ABC*, 19 de enero de 1929, págs. 10-11. En este artículo, Révész informaba sobre la traducción del libro de Coudenhove y revelaba, además, que Eduardo Aunós, el “activo y cultísimo ministro de Trabajo”, presidiría el Comité Paneuropeo español. No dio detalles del resto de directivos, entre los que se encontraba el mismo Révész. Este autor defendió que la idea paneuropea podía ser útil a los intereses españoles, y argumentaba que, con una Europa fuerte, los Estados Unidos perderían poder y dejarían de suponer un peligro para Hispanoamérica. Révész confiaba en que, con este efecto dominó, España estuviera en disposición de recuperar su influencia sobre las repúblicas hispanoamericanas.

¹⁰⁸ En *La Gaceta Literaria* se dio en primicia la composición de la junta directiva, aunque no se indicó el cargo que desempeñaría cada miembro. En esta información también se incluyó por error a Luis Recaséns Siches –que no formó parte de esta primera directiva a pesar de sus amplios conocimientos sobre Paneuropa– y se confundió a César de Madariaga con su hermano, el diplomático Salvador de Madariaga. “Noticias”, *La Gaceta Literaria*, 15 de febrero de 1929, pág. 5. La información completa se publicó dos semanas después en varios medios: “El grupo español de la Unión Paneuropea”, *ABC*, 1 de marzo de 1929, pág. 17; “La Unión Paneuropea. Constitución del grupo español”, *El Imparcial*, 1 de marzo de

El perfil del directivo de la sección española sería el de un hombre más cercano a los cuarenta que a los treinta, licenciado en derecho, versado en cuestiones internacionales y con algún cargo de responsabilidad dentro de la administración del Estado o el ámbito académico. Eduardo Aunós, el presidente, cumplía con todos estos requisitos. Nacido en 1894 –el mismo año que Coudenhove-Kalergi– se doctoró en derecho con una tesis titulada “El Renacimiento y problemas de Derecho internacional que suscita”. En ella, el joven Aunós analizó la idea de imperio y estudió en profundidad las raíces del universalismo, de ahí que en su trabajo elogiara al imperio carolingio como ejemplo de unidad, y considerara que era perentorio “resucitar el viejo imperio universalista de Roma” para lograr un nuevo equilibrio en el panorama internacional¹⁰⁹. Tras su paso por el catalanismo político, Aunós pronto pasaría a engrosar las filas de la derecha española, y desde 1924 se convirtió en una de las voces autorizadas del nuevo régimen cuando accedió al cargo de Ministro de Trabajo.

Su interés por Paneuropa venía de años atrás. En una entrevista publicada en 1927 mostró su convencimiento de que la humanidad se encontraba en una época nueva, que era consecuencia directa de la Gran Guerra¹¹⁰. Aunós dejó caer que el Estado pronto se vería superado por “concepciones políticosociales” más amplias. Ante la pregunta de dónde se podrían hallar “los nuevos ideales de Europa”, el Ministro de Trabajo nombró el proyecto de Coudenhove-Kalergi y expresó su deseo de que llegara a buen término¹¹¹:

“Un atisbo se vislumbra en el movimiento paneuropeo iniciado en Viena. Europa es algo más que una expresión geográfica. Es también un hogar de cultura, una tradición de humanismo y de

1929, pág. 8; “Unión Paneuropea”, *El Diluvio*, 2 de marzo de 1929, pág. 33; “La Unión Paneuropea”, *La Vanguardia*, 2 de marzo de 1929, pág. 23.

¹⁰⁹ Aunós reconocía que Rafael Sánchez Mazas –uno de sus profesores durante la carrera– había influido en su pensamiento. En sus memorias, Aunós recordó que, entre sus lecturas habituales, se encontraban las obras de Costa, Ganivet, Unamuno, Ortega y D’Ors. A este último debía su “más honda vocación española y universalista”. Véase Eduardo AUNÓS: *Discurso de la vida. Autobiografía*, Madrid, Sociedad Española General de Librería, 1951, págs. 207 y 211. Es bastante probable que Aunós conociera el grupo de *Els Amics d’Europa* fundado por Eugeni d’Ors, debido a su pasado catalán y a los buenos contactos que tenía con el catalanismo conservador, sobre todo con el líder de la *Lliga Regionalista*, Francesc Cambó, al que se puede considerar como su padre político. Con apenas veinticuatro años, Aunós se hizo cargo de la secretaría política del Ministerio de Fomento, cargo que Cambó ocupó brevemente en 1918. Véase Alejandro QUIROGA: “Eduardo Aunós. Del catalanismo al nacionalcatolicismo”, en Xosé M. NÚÑEZ SEIXAS y Fernando MOLINA APARICIO: *Los heterodoxos de la patria...*, pág. 79.

¹¹⁰ Este compromiso fue recompensado por Coudenhove-Kalergi, que lo incluyó en el Consejo de Paneuropa. Véase “El comité español de la Unión Paneuropea”, *El Sol*, 25 de diciembre de 1929, pág. 6. También en HAEU, PAN/EU/19 – 554/1/30.

¹¹¹ Manuel F. FERNÁNDEZ NÚÑEZ: “Los modernos estados: nuevas concepciones ideológicas”, *Nuevo Mundo*, 16 de septiembre de 1927, pág. 8.

progreso moral. Por ello hay que confiar en que lleguen a aunarse las aspiraciones de los Estados que la constituyen en bien de los altos intereses de la civilización”.

Rafael Altamira era, sin lugar a dudas, el directivo que contaba con más reconocimiento fuera de nuestras fronteras. Como encargado de redactar los estatutos del Tribunal penal de la SDN, cuesta imaginar a una personalidad con más contactos y conocimientos a nivel internacional que el jurista alicantino. Altamira era el decano de la sección española, con 63 años recién cumplidos, doblaba en edad a los integrantes más jóvenes. Sin embargo, sus intereses estaban bastante alejados de Europa, por lo que su presencia en un grupo afín a la Unión Paneuropea era, cuanto menos, extraña. Altamira era conocido por ser el padre del americanismo cultural y todavía se recordaba su viaje por Hispanoamérica entre 1909 y 1910. Si se eligió al jurista alicantino fue porque era la personificación de ese puente entre América y Europa del que hablaba Coudenhove. En cuanto a su ideología, Altamira nunca ocultó su filiación liberal y republicana, por lo que es posible que no se sintiera cómodo con alguno de sus compañeros¹¹².

Francisco Rivera Pastor asumió la secretaría general, un cargo que en principio parecía reservado para Manuel Raventós. Posiblemente, la colaboración de Coudenhove-Kalergi en la *Revista de Política Social*, de la que Rivera Pastor era director, fue decisiva para que finalmente el conde austriaco se decantara por este profesor de la escuela social, en la que impartía desde hacía años la asignatura de elementos de derecho¹¹³. Su interés por la política internacional venía de lejos. Por ejemplo, con la Gran Guerra recién terminada escribió un artículo sobre la Sociedad de Naciones y España, en el que hacía una alusión a Kant y su *Proyecto de Paz Perpetua*¹¹⁴. Su idea del mundo estaba fuertemente influenciada por el filósofo de Königsberg –del que fue su traductor– y, al igual que Aunós, tenía una visión universalista de las relaciones internacionales. Aunque durante las primeras décadas de

¹¹² En el archivo de Rafael Altamira depositado en el IES Jorge Juan de Alicante no hay ninguna referencia a su etapa como vicepresidente del grupo paneuropeo, por lo que intuimos que su presencia sería más bien testimonial.

¹¹³ Es muy probable que Rivera Pastor hablara a su alumnado acerca del movimiento paneuropeo. En el programa de la asignatura de 1927 se hacía mención a un apartado con el título “uniones de Estados”. Véase Francisco RIVERA PASTOR: *Programa de elementos de derecho*, Madrid, Ministerio de Trabajo, comercio e industria, 1927, pág. 8.

¹¹⁴ ID: “España y la Sociedad de Naciones”, *España*, 28 de noviembre de 1918, pág. 10. Rivera Pastor fue traductor de algunas obras de Kant, como la que se ha citado. Véase Gabriel GUILLÉN KALLE: *Francisco Rivera Pastor (1878-1936). El legado de la filosofía jurídico-política ginerista*, Madrid, G. Guillén, 2005, pág. 37.

1900 había defendido los postulados reformistas, a partir de 1920 se sintió atraído por el corporativismo.

Rivera Pastor descartaba cualquier esencialismo y tenía una concepción utilitaria y jerárquica de las relaciones humanas. Así, por ejemplo, defendía que las naciones eran la expresión máxima de las “relaciones de la población con el territorio”, pero al mismo tiempo entendía la Sociedad de Naciones como un ente supranacional corporativo¹¹⁵. Por eso, no resulta extraño que unos años después, este autor viera en la Unión Paneuropea una versión mejorada de la SDN o, incluso, el proyecto de su admirado Kant hecho realidad. A pesar de todo, el secretario general de la sección española de Paneuropa no había renunciado a su pasado krausista y reformista, de ahí que defendiera un corporativismo más democrático y liberal que el de sus compañeros Aunós y Palacios¹¹⁶.

A Manuel Raventós y Noguer le correspondió el cargo de vicesecretario general. Se trata de un jurista poco conocido que, sin embargo, estuvo muy implicado en cuestiones relacionadas con el derecho internacional¹¹⁷. Aunque se puso en contacto con Coudenhove-Kalergi para formar el grupo español de Paneuropa, lo cierto es que, al igual que ocurrió con Rafael Altamira, tampoco daba el perfil. En 1927 representó al gobierno español en unas conferencias de derecho internacional en La Haya¹¹⁸. Raventós era un hombre del régimen, y nunca perdía ocasión de demostrarlo. En una conferencia posterior dedicada al papel internacional de España desde la Restauración borbónica, este jurista se ocupó del problema marroquí, del injusto trato que España había sufrido en la Sociedad de Naciones y, por último, de las especiales relaciones

¹¹⁵ Francisco RIVERA PASTOR: *El nuevo orden jurídico. La tierra, las corporaciones, la nación, la sociedad de las naciones*, Madrid, Biblioteca Justicia, 1924, págs. 219-227.

¹¹⁶ Rivera Pastor fue uno de los redactores del programa del partido reformista en 1918. Véase S.A.: *El programa del partido reformista: ponencias aprobadas en la Asamblea de 30 de noviembre de 1918*, Madrid, 1918. Sobre su ideología política, Gabriel GUILLÉN KALLE: *Francisco Rivera Pastor...*, pág. 45. Mientras Aunós y Palacios formaron parte del ala dura del corporativismo español –defendían una intervención total del Estado en cuestiones laborales o sindicales–, Rivera Pastor, inspirado por el guildismo o el fabianismo, abogó por una mayor libertad de actuación de los sindicatos y un funcionamiento democrático de las empresas. Véase ID: “El concepto de corporación en Francisco Rivera Pastor”, *Foro, Nueva época*, 3 (2006), págs. 473-477. Sobre las diferencias de criterio entre Aunós y Rivera Pastor, ver Gabriel GUILLÉN KALLE y Joaquín ALMOGUERA CARRERES: “La revista de Política Social (1928-1929) dirigida por Francisco Rivera Pastor como rectificación del Estado corporativo de Eduardo Aunós”, *Revista de las Cortes Generales*, 76 (2009), págs. 7-37.

¹¹⁷ Raventós era secretario general de la AEDILC, de la que formaban parte otros miembros del grupo español.

¹¹⁸ A su regreso, dio cuenta del papel que había desempeñado allí con una conferencia en la Academia de Jurisprudencia. Raventós transmitió el prestigio del que gozaba el régimen primorriverista entre sus colegas, y finalizó su intervención afirmando, con gran pompa, que España estaba llamada a tener “un gran papel en la cultura y política internacionales” “En la academia de Jurisprudencia”, *ABC*, 19 de enero de 1927, pág. 16.

entre España e Hispanoamérica. Sobre esta última cuestión, Raventós llegó a afirmar que el continente americano era “el símbolo del pasado y del porvenir de España”. En su discurso no hubo ni rastro de Europa, un tema sobre el que no parecía tener mucho interés¹¹⁹.

El grupo español estaba organizado por secciones temáticas, que contaban con un presidente y un secretario. La sección política recayó en Leopoldo Palacios, un escritor e intelectual que trabajaba como profesor en la Escuela Social, institución en la que coincidió con Francisco Rivera Pastor. Leopoldo Palacios había sido alumno de Altamira en la Universidad de Oviedo, y también había participado en la confección del programa reformista de 1918¹²⁰. A partir de ese año, como otros compañeros suyos, su pensamiento viró hacia el corporativismo y se centró en los problemas internacionales y en la Sociedad de Naciones. El interés de Palacios por el proyecto paneuropeo se remonta al bienio 1926-1927. En su discurso de ingreso en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas citó brevemente a la Unión Paneuropa y la puso como ejemplo de una futura realización de los Estados Unidos de Europa¹²¹.

El periodista hispanohúngaro Andrés Révész se ocupó de la sección de propaganda, uno de los puestos clave si tenemos en cuenta la estrategia que había diseñado Coudenhove-Kalergi. En principio, las secciones nacionales tenían como principal misión dar a conocer el proyecto paneuropeo a la opinión pública, y la elección de Révész no pudo ser más apropiada: había sido uno de los primeros autores en tratar en profundidad las posibilidades de una Unión Paneuropea. Además, era un experto en política internacional, y siempre había mostrado su preocupación por la Europa de posguerra. Aparte de las numerosas crónicas que publicó en *ABC*, durante los años veinte también escribió varios libros sobre la URSS o Mussolini¹²².

¹¹⁹ “El Curso de Conferencias del Instituto Hispanoamericano”, *ABC*, 6 de enero de 1928, pág. 19. Este instituto, que estaba abierto a cualquier tipo de conferencias, volvió a contar con la presencia de Raventós, que en esta ocasión tampoco habló sobre Europa, sino de la “historia diplomática y jurídica de los principales Estados orientales”, *ABC*, 22 de abril de 1930, pág. 35.

¹²⁰ Sobre la formación y carrera académica de Palacios, véase León MARTÍN GRANIZO: “Biografía y bibliografía del Excmo. Sr. D. Leopoldo Palacios Morini”, *Revista de Estudios Políticos*, 69 (1955), págs. 143-144. S.A.: *El programa del partido reformista...*

¹²¹ Leopoldo PALACIOS MORINI: *Los mandatos internacionales de la Sociedad de Naciones*, Madrid, Sobrinos de Sucesora de M. Minuesa de los Ríos, 1927, págs. 117-118. Palacios añadió una extensa nota al pie en el que citaba varios de los libros publicados por Coudenhove-Kalergi. La información la consiguió seguramente gracias a la mediación que hizo Pablo de Azcárate con una librería parisina. Véase el punto 7.2.3.

¹²² Andrés RÉVÉSZ: *La reconstitución de Europa y la Rusia de los Soviets*, Madrid, J. Pueyo, 1922, y *Frente al dictador*, Madrid, Biblioteca Internacional, 1926.

La sección de cuestiones sociales quedó bajo la responsabilidad de César de Madariaga. De este autor, que era hermano del diplomático Salvador de Madariaga, no se ha encontrado ninguna actividad relacionada con Paneuropa. Sin embargo, su vinculación al Ministerio de Trabajo y su actividad internacional fueron seguramente sus credenciales para formar parte del grupo¹²³. La sección económica recayó en Ernesto de Anastasio, fundador de la compañía Transmediterránea y, a partir de 1928, primer director general de CAMPSA¹²⁴. Tampoco se han encontrado conferencias o escritos relacionados con Paneuropa durante el periodo 1923-1929.

Por último, los secretarios de sección coincidían en su juventud –no llegaban a los treinta años– y origen profesional: tres de ellos –Jacinto Ventosa, Joaquín Rodríguez de Gortázar e Ignacio de Oyarzábal– acababan de iniciar su carrera diplomática¹²⁵. De Eduardo Guillén, en cambio, apenas se ha encontrado información: sabemos que formó parte de la AEDILC, y en 1931 se presentó en una candidatura monárquica de Madrid a las elecciones municipales que fueron el prelude de la II República¹²⁶.

La sección española de Paneuropa estaba compuesta por doce hombres de variada procedencia profesional que, sin embargo, estaban conectados a través de distintos círculos intelectuales, profesionales o políticos¹²⁷. Se trataba asimismo de un

¹²³ César de Madariaga fue uno de los principales exponentes del taylorismo en España. En 1924 participó en Praga en un congreso internacional sobre la organización científica del trabajo. José Manuel RODRÍGUEZ CARRASCO: “La recepción de las ideas de la organización científica en España. Desarrollo y consecuencias”, *ICADE. Revista cuatrimestral de las Facultades de Derecho y Ciencias Económicas y Empresariales*, 83-84 (2011), pág. 326. Desde 1926 desempeñó distintos cargos en el Ministerio de Trabajo que dirigía Aunós: Director general de comercio, industria y seguros (*Gaceta de Madrid*, 31 de diciembre de 1926, pág. 1897); Director general de previsión y corporaciones (*Gaceta de Madrid*, 13 de noviembre de 1928, pág. 983); Inspector general de previsión (*Gaceta de Madrid*, 22 de junio de 1929, pág. 1719)

¹²⁴ Véase Martín RODRIGO Y ALHARILLA: *La Casa Ramos, 1845-1960: más de un siglo de historia marítima*, Barcelona, Museu Marítim de Barcelona, 2005, pág. 117. Hay un breve texto biográfico en “Don Ernesto Anastasio Pascual” <http://vidamaritima.com/2011/01/don-ernesto-anastasio-pascual/>.

¹²⁵ Ventosa y Oyarzábal fueron miembros de la AEDILC, como segundo secretario de Actas y secretario de la sección de derecho internacional privado respectivamente. Manuel RAVENTÓS: *Asociación Española de Derecho Internacional...*, págs. 45-48. Hay una referencia al paso de Jacinto Ventosa por el Instituto Diplomático de Madrid en “En la Academia de Jurisprudencia”, *ABC*, 19 de enero de 1927, pág. 16. Sobre sus carreras diplomáticas, Ventosa fue leal a la República mientras cuando era vicecónsul de Puerto Rico. Véase Ángel VIÑAS: “Una carrera diplomática y un ministerio de Estado desconocidos”, Madrid, Marcial Pons, 210, pág. 322. Ignacio de Oyarzábal estudio en Viena durante los años 20, periodo en el que posiblemente conoció las ideas de Coudenhove-Kalergi. Véase el artículo ya citado de Manuel RAVENTÓS Y NOGUER: “De la vida internacional. Paneuropa”, *El Imparcial*, 8 de agosto de 1928, pág. 10. En cuanto a Joaquín Rodríguez de Gortázar, tuvo una larga carrera diplomática y llegó a ser embajador español en Venezuela. “Esquela de Don Joaquín Manuel Rodríguez de Gortázar”, *ABC*, 7 de octubre de 1962, pág. 123.

¹²⁶ “La candidatura monárquica”, *ABC*, 11 de abril de 1931, pág. 8. Guillén también era secretario de la sección de unificación del derecho privado en la AEDILC. Manuel RAVENTÓS: *Asociación Española de Derecho Internacional y Legislación Comparada*, Madrid, Editorial Reus, 1929, págs. 45-48.

¹²⁷ El núcleo central se encontraba en la Asociación Española de Derecho Internacional y Legislación Comparada, de la que formaban parte Raventós, Altamira, Ventosa, Palacios, Oyarzábal y Guillén. En el

grupo con distintas sensibilidades desde un punto de vista político: por un lado los corporativistas se sentían muy cómodos con la idea de una Europa organizada y estructurada. Por otra parte, tampoco hay que ignorar que una parte importante de sus integrantes tuvo un pasado vinculado con el reformismo político. Esta corriente, junto con el republicanismo, fue la que más se interesó por el discurso europeísta, y no es casualidad que personalidades como Altamira, o Rivera Pastor y Palacios –por muy corporativistas que fueran en ese momento– hubieran sido miembros del partido reformista en el pasado.

7.3.4. El desarrollo del grupo: objetivos, labor propagandística y resultados

Aunque el grupo fue confeccionado según el criterio de Raventós –y probablemente Aunós–, Coudenhove-Kalergi siempre tuvo la última palabra. El líder paneuropeo controlaba todos y cada uno de los aspectos de su organización, una circunstancia que se encargó de subrayar la prensa española¹²⁸:

“El consejo central de la Unión Paneuropa, que preside el conde Coudenhove Kalergi y tiene su residencia en Viena, ha nombrado para formar el primer Consejo del grupo español de la Unión Paneuropea a aquellas personalidades que han estado en contacto con los elementos directivos de los diversos países del movimiento paneuropeo”.

La formación del grupo español se gestó sin la opinión y el concurso del Directorio que, por otra parte, no se había mostrado demasiado entusiasmado con el proyecto paneuropeo¹²⁹. Primo de Rivera había recibido a finales de enero de 1929 una carta de Coudenhove-Kalergi, en la que pedía la colaboración de todos los jefes de gobierno para organizar una conferencia europea en la que se trataría la organización política, económica y cultural del continente. Al no estar del todo familiarizado con este

Ministerio de Trabajo coincidieron durante el mismo periodo Aunós, Rivera Pastor, Palacios y Madariaga. Por otra parte, Rivera Pastor y Palacios habían sido alumnos de Altamira en Oviedo. En la Asociación Española pro Sociedad de Naciones, remodelada a instancias de Primo de Rivera en enero de 1929, se incluyó como miembros a Rodríguez de Gortázar, Raventós y Guillén (Véase AMAE, Sig. R1829, Exp. 5) Finalmente también existía un núcleo situado en la Escuela diplomática, formado por Rodríguez de Gortázar, Ventosa y Oyarzábal. Ernesto de Anastasio es el único al que no se le ha podido identificar ninguna conexión personal o profesional con el resto de sus compañeros, aunque es muy probable que se moviera por círculos parecidos, dada su condición de director de CAMPSA.

¹²⁸ “La Unión Paneuropea. Constitución del Grupo Español”, *El Imparcial*, 1 de marzo de 1929, pág. 8.

¹²⁹ Este desinterés contrasta con el apoyo que sí había recibido la Federación Internacional de Uniones Intelectuales de Karl Anton Rohan. Para el caso de la sección nacional de Paneuropa, es evidente que Eduardo Aunós accedió a la presidencia a título personal y no por orden expresa de Primo de Rivera.

asunto, el Marqués de Estella escribió a Aunós, su Ministro de Trabajo, solicitándole información acerca de Paneuropa. Primo de Rivera añadió que sabía de la reciente formación del comité español, así como de la presidencia de Aunós, y concluía su breve nota con una reflexión que no dejaba lugar a equívocos¹³⁰:

“le agradecería me diese detalles acerca del particular, ya que este asunto, como es de carácter internacional, ha de afectar muy especialmente a nuestra tradicional política con respecto a América”.

Un informe anónimo procedente del Ministerio de Estado y publicado por las mismas fechas, coincidía con la cautela de Primo de Rivera. La interpretación que se hacía de la Unión Paneuropea no podía ser más negativa: se le calificaba, directamente, como un movimiento político agresivo, contrario a la Sociedad de Naciones y a los intereses de los Estados Unidos y América del Sur. En este sentido, el autor del informe desaconsejaba la participación en una iniciativa de este tipo. En primer lugar, porque podría afectar a su papel en Ginebra –ahora que acababa de regresar a la SDN tras dos años de ausencia– y, sobre todo, a su política americanista:

“Ocioso es decir lo delicadísimo de la situación de España en este caso. Se trata de una iniciativa privada a la que España no tendrá necesidad de dar respuesta, salvo el caso en que fuese requerida por gobiernos extranjeros. España pertenece a la Sociedad de Naciones; su posición con respecto a América del Sur la obliga a no mostrarse allí asociada a ningún otro país europeo, sino con su carácter especial de progenitora”.

Pero además, el autor entendía que España, al haber sido un país neutral durante la Gran Guerra, no tenía que reconciliarse con ningún país europeo. Por tanto, su presencia en Paneuropa, una organización que había sido creada para preservar la paz en el continente, sería innecesaria¹³¹. Las dudas de Primo de Rivera y el autor del

¹³⁰ Véase “carta de Coudenhove-Kalergi a Primo de Rivera”, 20 de enero de 1929, y “carta de Primo de Rivera a Eduardo Aunós”, 28 de enero de 1929. Primo de Rivera contestó finalmente a Coudenhove casi cuatro meses después, el 9 de abril de 1929, en términos vagos: “Aunque por el momento no pueda expresarle un juicio sobre el programa que me remite, no quiero dejar de hacerle presente que aprecio en todo su valor el espíritu que su valor inspira”. AMAE, Sig. R. 813 Exp. 13. Tras la breve aproximación a Paneuropa con motivo de su “Liga Europea pro Paz”, seguramente Primo de Rivera no quiso saber nada del proyecto de Coudenhove-Kalergi después de haber regresado al redil de la SDN.

¹³¹ “Informe anónimo”, sin fecha. AMAE, Sig. R. 813 Exp. 13. En el Reino Unido también hubo una interpretación similar: el *Foreign Office* consideraba que Londres tenía más intereses en su imperio que en el continente europeo, de ahí que no se discutiera su exclusión de Paneuropa, a pesar de que una parte de la opinión pública no veía con malos ojos una unión con el proyecto de Coudenhove. Véase Verena

demoledor informe apuntaban directamente a la línea de flotación de Paneuropa. El mismo día en que se hizo pública la relación completa de directivos de la sección española, Altamira tuvo que salir al paso y aclarar que el grupo no iba en contra de la Sociedad de Naciones, ni tampoco contra Hispanoamérica. El jurista alicantino declaró ante los periodistas que la finalidad del nuevo organismo sería resolver “exclusivamente” problemas de carácter económico, y que en ningún caso se trataría de una organización hostil a otras alianzas internacionales¹³²:

“[Paneuropa] no se opone en absoluto a los movimientos particulares que en otro orden de cosas puedan hacer los países adheridos, y es ajeno en absoluto a la política interior de América. Es perfectamente compatible con la labor de la Sociedad de Naciones, y no va contra ella, sino con ella”.

De las declaraciones de Altamira se puede deducir que no tenía un gran conocimiento del movimiento paneuropeo: al igual que hicieron otros autores con anterioridad, interpretaba que la aspiración principal de Coudenhove-Kalergi era unir económicamente al continente¹³³. Respecto al papel que tendría que asumir el grupo español de Paneuropa, éste sería, paradójicamente, mucho más americanista que europeísta. Después de reconocer que todavía no había elaborado un plan de actuación, Altamira adelantó que una de las primeras iniciativas sería formar un frente común con Portugal y Francia para tratar conjuntamente los problemas económicos de estas naciones en América. También indicaba que muy pronto empezaría una activa labor propagandística. En definitiva, para el humanista alicantino el papel de España en Paneuropa tenía más que ver con América que con Europa. La reconciliación entre los países europeos era una excelente noticia pero consideraba que España no debía alejarse ni un centímetro de Hispanoamérica, su aliado natural. Así pues, era evidente que se habían impuesto las tesis de Primo de Rivera y del Ministerio de Estado, y se puede decir que el grupo paneuropeo nació con muy poco margen de maniobra.

SCHÖBERL: “The Paneuropean Idea among the British Public (1926-1933)”, en Katrin RÜCKER and Laurent WARLOZET: *Quelle(s) Europe(s)? Nouvelles aproches en histoire de l'intégration européenne*, Germany, Euroclio nº36, 2007, págs. 32-37.

¹³² “España en la Unión Paneuropea”, *El Heraldo de Madrid*, 1 de marzo de 1929, pág. 11. La entrada de la noticia resume las manifestaciones del vicepresidente de la sección española: “Don Rafael Altamira nos dice que la finalidad del nuevo organismo es resolver exclusivamente problemas económicos”.

¹³³ En concreto, afirmaba que su objetivo era “conseguir la desaparición de las aduanas, para que las dificultades de la intercomunicación se aminoren”.

Desde que *PanEuropa* se publicó en castellano, algunos autores aprovecharon para expresar su opinión en prensa. En un artículo publicado en la contraportada de *El Sol*, el catedrático Luis Recaséns se felicitaba por la traducción del libro más conocido de Coudenhove-Kalergi¹³⁴. Utilizando argumentos similares a los de su citada conferencia de Vigo, el catedrático explicó brevemente el contenido de esta propuesta de unión europea, y se ocupó de la cuestión más controvertida: la posible pérdida de soberanía de los Estados si se llevaba a cabo este proyecto. Recaséns aseguraba que, al contrario de lo que lo que pudiera parecer, no había ninguna contradicción entre la existencia de una federación europea y la independencia de los Estados. Estos dos escenarios políticos eran perfectamente compatibles:

“Sería una visión miope creer que la unión de los Estados europeos en una comunidad jurídica y económica superior depositaria de la soberanía, se opone a la pervivencia de las nacionalidades. Sin renunciar a los propios caracteres nacionales y consagrando a los mismos fervientes de acrisolado patriotismo, cabe que por encima de estas diversidades lata al unísono el sentimiento de una comunidad real europea”.

Además, Recaséns defendía un concepto flexible de nación, alejado de cualquier enfoque racial o excluyente. Opinaba, además, que las naciones europeas, pese a sus evidentes diferencias, tenían un fondo cultural común. La integración, por tanto, sólo sería posible cuando esta tradición compartida fuera asumida como propia por todos los ciudadanos europeos:

“Por debajo de cuantas variedades caracterizan especialmente a cada una de las naciones europeas, existen sólidos y sustanciales vínculos comunes. Europa está unida por la Religión Cristiana, por la cultura común cuyos principales movimientos abarcaron todo el continente”.

En un tono mucho más crítico, el periodista Antonio Azpeitua dudaba sobre las posibilidades de éxito de la Unión Paneuropea. En un planteamiento que recordaba al determinismo de Spengler –aunque no lo cita en su artículo–, este autor aseguraba que ya era tarde para revertir la “dramática situación de Europa”. Por eso, cualquier solución, por muy bienintencionada que fuera, sería insuficiente y no tendría apenas

¹³⁴ Luis RECASÉNS SICHES: “Paneuropa y España. Extendiendo el área de difusión”, *El Sol*, 1 de febrero de 1929, pág. 8.

efectos positivos¹³⁵. Unos días más tarde, Hipólito Finat replicó los argumentos de Azpeitua en otro artículo, ya que consideraba que Paneuropa podía tener viabilidad, aunque sólo en el campo económico y con la mayor cautela posible para evitar los recelos de los Estados-nación europeos¹³⁶:

“el paneuropeísmo ha de armarse de grande discreción, penetrando despaciosamente en el campo de lo económico para no despertar demasiado rápidamente a las diversas personalidades psicológicas que dormitaban en el seno de Europa, de esta Babel de los nuevos tiempos. La idea paneuropea no debe constituir una doctrina absoluta; debe reducirse a una tendencia”.

Emilio Vellando, director general de agricultura, también se ocupó del tema en su habitual columna en *El Imparcial*. Vellando tenía una opinión parecida a la de Finat, Olariaga o Rivera Pastor, que se habían decantado por una Paneuropa más económica que política. En concreto, advertía de un posible solapamiento de los objetivos de la federación paneuropea y de la Sociedad de Naciones. Por eso, veía mucho más factible la posibilidad de unos “Estados Unidos de carácter económicosocial”, que una “Federación políticoeconómica”¹³⁷.

Después de estos artículos iniciales llegó el turno de los directivos de la sección española que, a través de artículos de prensa y conferencias, intentaron dar a conocer las bondades de la idea paneuropea. Francisco Rivera Pastor reflexionó acerca de los fines del movimiento paneuropeo, y volvía a insistir en el mismo enfoque economicista que utilizó un año antes en la *Revista de Política Social* y que se había convertido en el predominante entre los analistas de la Unión Paneuropea¹³⁸:

¹³⁵ Antonio AZPEITUA: “La solidaridad de Europa, ¿para qué?”, *ABC*, 7 de febrero de 1929, págs. 10-11. Azpeitua escribió el artículo para responder a su amigo Francisco Rivera Pastor, quien le había pedido por carta su opinión sobre Paneuropa. Antonio Azpeitua era el sinónimo que habitualmente utilizaba el periodista Antonio Bueno, que se hizo famoso por ser el primer español en entrevistar a Adolf Hitler en 1923. <http://www.abc.es/20120305/espana/abci-hitler-alemania-weimar-201203052214.html>.

¹³⁶ Hipólito FINAT: “Paneuropa. La Babel de los nuevos tiempos”, *La Época*, 11 de febrero de 1929, pág. 3.

¹³⁷ Véase, Emilio VELLANDO: “La Unión Paneuropea”, *El Imparcial*, 6 de marzo de 1929, pág. 1. En un artículo posterior insistió en su enfoque económico y animaba a los entusiastas de la Unión Paneuropea a “hacer comprender a cada europeo la necesidad de unir sus pueblos para defender su economía entre sí y contra los demás”. Sólo de esta forma, los futuros Estados Unidos de Europa podrían mirar de igual a igual a los Estados Unidos de América. ID: “La economía de Europa”, *El Imparcial*, 12 de junio de 1929, pág. 1.

¹³⁸ Francisco RIVERA PASTOR: “Significación del movimiento paneuropeo”, *La Gaceta Literaria*, 15 de marzo de 1929, pág. 5. Sobre su cargo político, véase *La Gaceta de Madrid*, 16 de noviembre de 1928, pág. 1077.

“La Unión Paneuropea aspira a condensar el nuevo espíritu de solidaridad económica que flota en el ambiente europeo de la post-guerra, y que no está hoy suficientemente representado en la Liga de Ginebra”.

En este sentido, Europa sólo podría aspirar a acuerdos puntuales y condicionados por la geografía. Rivera Pastor creía que en el futuro se verían acuerdos económicos, principalmente entre países fronterizos, y puso como ejemplo una hipotética cooperación fluvial entre España y Portugal. Por encima de estas inteligencias regionales o sectoriales, Rivera Pastor abogaba por un acuerdo aduanero a gran escala, “una especie de *Zollverein* europeo”, pero dejaba claro a continuación que se hacía indispensable la formación de una “Corporación” o “*Trust* económico” entre los distintos pueblos europeos, que sería el núcleo duro de la Unión Paneuropea. Rivera Pastor concluía su artículo ensalzando la importancia de la escuela de Salamanca del siglo XVI en todo este proceso, y aseguraba que España había realizado, a lo largo de la historia, decisivas aportaciones a la teoría del derecho corporativo y al pensamiento cristiano-helenístico, justo los dos pilares en los que se debería asentar la futura Unión Paneuropea.

Ignacio de Oyarzábal pronunció una conferencia sobre Paneuropa en el Instituto Hispano-Americano de Relaciones Culturales¹³⁹. A diferencia de Rivera Pastor o Altamira, Oyarzábal demostró tener un mayor conocimiento del pensamiento de Coudenhove-Kalergi, ya algunos de sus argumentos eran muy parecidos –prácticamente calcados, en realidad– a los contenidos en el libro *Paneuropa*¹⁴⁰. Oyarzábal se centró en la cuestión económica y lamentaba que Europa, a diferencia de Estados Unidos o la URSS, careciera de un gran mercado interior por culpa de las fronteras nacionales y los aranceles. En cuanto a la posición de España en la futura organización paneuropea, el joven diplomático recordó las ya famosas palabras de Coudenhove en la *Revista de Política Social*, que como se puede ver se convirtieron en doctrinales para los miembros del grupo. España, por tanto, tenía que estar más preocupada por servir de enlace con

¹³⁹ Véase “Conferencias y Reuniones”, *El Sol*, 19 de abril de 1929, pág. 2. También se comentó en “Las conferencias de ayer”, *El Imparcial*, pág. 3, 19 de abril de 1929, pág. 3. Asimismo, se puede encontrar un resumen de la conferencia en “Spanien”, *Paneuropa*, mayo 1929, pág. 32.

¹⁴⁰ Por ejemplo, habló de la crisis de posguerra y de la gran cantidad de Estados existentes. También enumeró algunos de los “jalones de la evolución paneuropea”, es decir, las fases que debería seguir la creación de la federación europea que había contemplado Coudenhove. Según el cronista de *El Sol*, Oyarzábal sólo citó los tres primeros –convocatoria de una conferencia europea, tratado de arbitraje y unión aduanera. El último, la creación de una constitución europea, no aparece en la reseña. Para comparar con el programa oficial paneuropeo, véase Richard N. COUDENHOVE-KALERGI: *Paneuropa...*, págs. 141-143.

África y –sobre todo– América, y no tanto por las dinámicas internas del continente europeo.

Tras este impulso inicial, el comité paneuropeo fue perdiendo fuerza y las intervenciones públicas de sus miembros fueron cada vez más escasas, sobre todo después de que Aristide Briand anunciara, en el mes de julio, su decisión de liderar un nuevo proyecto de federación europea. La siguiente intervención relevante de un miembro de la junta directiva no se realizó hasta abril de 1930. El también diplomático Joaquín Rodríguez de Gortázar disertó sobre el contenido político de Paneuropa y expuso las ventajas que tendría para España la consecución del movimiento paneuropeo, asegurando incluso que Paneuropa “resolvía en sí misma el intrincado problema ibérico, complicado en la actualidad con manifestaciones regionalistas”. En su intervención revisó el enfoque americanista que había utilizado la mayoría de sus compañeros. Si bien reconocía que existían intereses espirituales en América, al mismo tiempo recordaba que España “tenía que rendirse a los mandatos de la geografía y de la política internacional, y colaborar, por tanto, en la formación del súper-Estado continental”¹⁴¹.

Apenas unos meses después, el grupo español de Paneuropa había caído en una casi total inoperancia y su presencia pública se redujo considerablemente. A diferencia de otros países como Francia, Alemania o Austria, en la década de los treinta el ideal paneuropeo pasó prácticamente desapercibido en España y careció de continuidad. De hecho, a partir de 1930, sólo lo mantuvo vivo Eugeni d’Ors que, aunque no estuvo en la primera junta directiva, fue uno de los pocos que se preocuparon por esta cuestión¹⁴². Años más tarde, en plena autarquía, Joan Estelrich recordaba de esta forma la escasa influencia del movimiento paneuropeo en España: “los paneuropeos éramos cuatro, ni más ni menos”¹⁴³. En la década de los cincuenta, Ernesto de Anastasio, el presidente de la sección económica, también rememoró vagamente la existencia del comité español¹⁴⁴.

¹⁴¹ “Conferencias y otros actos”, *El Sol*, 10 de abril de 1930, pág. 4. Hay otros resúmenes de la charla, aunque no tan extensos, en “Vida cultural”, *El Imparcial*, 9 de abril de 1930, pág. 2, y “Contenido político de Paneuropa”, *ABC*, 9 de abril de 1930, pág. 26.

¹⁴² Sobre la evolución del grupo español a partir de 1930-1931, véase la documentación almacenada sobre Paneuropa en el AMAE, Sig. R. 1199, Exp. 7.

¹⁴³ Juan ESTELRICH: “Coudenhove-Kalergi”, *Destino*, 23 de noviembre de 1946, pág. 7.

¹⁴⁴ Jorge PRAT BALLESTER: *La lucha por Europa*, Barcelona, Luis Miracle (Editor), 1952, págs. 5-6. Ernesto Anastasio prologó el libro, y describió así su paso por el grupo español: “En aquella década de los veinte, funcionaba en Madrid un Comité de Paneuropa; lo presidía Eduardo Aunós, y formaba parte de él un insigne discípulo mío, figura cumbre de la cultura latina: Eugenio d’Ors” Pese a la irrelevancia de Paneuropa, Anastasio seguía creyendo en este ideal veinte años después, y estaba convencido de que acabaría “ganando la conciencia de todos los europeos”.

Es evidente que tanto la composición como la organización de la sección española de Paneuropa no fueron las más apropiadas, pero el declive de este movimiento en nuestro país también se explica por las novedades en el panorama europeísta a mediados de 1929. El político francés Aristide Briand, con su proyecto de federación europea avalado por la Sociedad de Naciones y el gobierno francés, apartó de la primera línea a Coudenhove-Kalergi. Se iniciaba, por tanto, una nueva etapa en el europeísmo de entreguerras que, esta vez sí, gozaría de un mayor interés por parte de la opinión pública española.



Universitat d'Alacant
Universidad de Alicante

CAPÍTULO 8. EL MEMORÁNDUM BRIAND Y SU REPERCUSIÓN EN ESPAÑA (1929-1931)

8.1. El protagonismo de España en la agenda internacional de 1929

1929 fue un año propicio para el relanzamiento de la imagen exterior de España. Aprovechando que en mayo se iban a inaugurar la Exposición Internacional de Barcelona y la Exposición Iberoamericana de Sevilla, Primo de Rivera se empeñó en que Madrid también acogiera en junio una reunión del Consejo de la Sociedad de Naciones. De esta forma, España se convirtió en uno de los focos periodísticos del momento, tanto cultural como políticamente.

José María Quiñones de León, el embajador español ante la SDN, llevaba algún tiempo barajando la posibilidad de organizar una reunión del Consejo en suelo español. A finales de 1928, durante la 53ª sesión del Consejo en la ciudad suiza de Lugano, saltó la noticia de que el Gobierno español, en nombre de su embajador, había propuesto que Madrid acogiera la reunión del mes de junio del año siguiente¹. Sin embargo, en enero de 1929, *Le Journal de Genève* informó sobre un probable aplazamiento de la reunión del Consejo en Madrid hasta marzo de 1930. Según el redactor, diversas circunstancias aconsejaban el cambio, aunque no entró en detalles².

El rotativo suizo dio en el clavo. En el seno del gobierno español se estaba debatiendo sobre la fecha idónea para organizar este evento. Quiñones era partidario de retrasar la reunión hasta marzo de 1930, y así se lo hizo a saber a Primo de Rivera³. El diplomático esgrimía varias razones para el cambio de fecha: en primer lugar, los inconvenientes de reunir al Consejo fuera de Suiza⁴. El secretario general del ente ginebrino, Sir Eric Drummond, había estimado que la organización del Consejo en

¹ Esta información fue distribuida por la agencia Fabra a la prensa española. Véase, por ejemplo, “El representante de España invita a sus colegas a realizar en Madrid la próxima reunión de junio”, *El Heraldo de Madrid*, 11 de diciembre de 1928, pág. 3. La noticia también se publicó en la prensa suiza: “Le Conseil à Lugano”, *Le Journal de Genève*, 12 de diciembre de 1928, pág. 2. En la noticia se destacaba que la reunión de Madrid coincidiría en el tiempo con las Exposiciones de Sevilla y de Barcelona.

² “La session de juin du Conseil”, *Le Journal de Genève*, 25 de enero de 1929, pág. 10.

³ “Carta de Quiñones de León a Primo de Rivera, 20 de febrero de 1929”. AMAE, Sig. R. 4117, Exp. 12.

⁴ Durante los primeros años de existencia de la SDN, el Consejo se había reunido principalmente en Ginebra, pero también en otras ciudades europeas como París, Londres, Roma o San Sebastián. Sin embargo, desde 1925 y hasta la reunión de Madrid, el Consejo se celebró siempre en la sede de la SDN en Ginebra, con la única excepción de Lugano. De hecho, desde su creación, dos de cada tres reuniones del Consejo de la SDN se organizaron en suelo suizo. Véase la cronología del *League of Nations Photo Archive*: <http://www.indiana.edu/~league/timeline.htm>.

Madrid supondría un gasto de unos doscientos cincuenta mil francos suizos. Además, como advirtió Quiñones, el gobierno español tendría que hacerse cargo de los gastos de viaje del personal administrativo de la SDN, y también reservar una importante partida presupuestaria para actos protocolarios, como recepciones reales o cenas de gala. En segundo lugar, Quiñones dudaba sobre la conveniencia de celebrar una sesión del Consejo en unas fechas en las que coincidiría con una reunión de la OIT, una circunstancia que podría restar afluencia de periodistas de otros países. Por último, el representante español mencionaba que, tal vez, no era el mejor momento para organizar un evento de tal magnitud en España. Según los cálculos de Quiñones, en las fechas inicialmente programadas, la jefatura del Estado todavía se encontraría de luto oficial por el fallecimiento de la Reina madre María Cristina de Habsburgo.

A pesar de la oposición de su amigo, Primo de Rivera no varió ni un milímetro su determinación⁵. Sobre la cuestión económica, el jefe del Ejecutivo le anunció que solicitaría un crédito extraordinario, una solución a la que recurría habitualmente. De la coincidencia con la reunión de la OIT no hizo ningún comentario, y en cuanto al luto oficial, Primo le aclaró que éste finalizaría el 7 de mayo, justo tres meses después de la muerte de la madre del rey y, por tanto, antes de que empezara la reunión del Consejo. El Dictador no estaba dispuesto a modificar una fecha que parecía como caída del cielo para mejorar la imagen de España ante la opinión pública internacional:

“Comprendo perfectamente las razones que habría para aplazar la reunión del Consejo, pero tengo otras más poderosas y que tú has de comprender para desear que el Consejo que se reúna en Madrid sea precisamente este año y cuanto más pronto mejor. (...) [T]engo vehementes deseos de que los representantes de los distintos países en el Consejo visiten España ahora, poder conversar con ellos y que al regreso a sus países sean portadores de una grata impresión en cuanto a nuestro país y a su organización política”.

8.1.1. Las Exposiciones de Sevilla y Barcelona: dos ejemplos de propaganda nacionalista

Las Exposiciones Internacionales, concebidas inicialmente como un lugar de encuentro entre culturas, no tardaron en convertirse en una cita ineludible para que las naciones mostraran al resto del mundo su progreso científico, económico y político.

⁵ “Carta de Primo de Rivera a Quiñones de León”, 22 de febrero de 1929. AMAE, Sig. R. 4117, Exp. 12.

Los países anfitriones se afanaron en erigir grandiosos monumentos, como el *Crystal Palace* de la Exposición de Londres de 1851, o la Torre Eiffel de París, construida en ocasión de la Exposición universal de 1888. Por su parte, los países participantes habitualmente construían pabellones de gran tamaño y de un estilo arquitectónico cuidado o innovador.

Cuando el Gobierno de Primo de Rivera inauguró casi de forma simultánea las Exposiciones de Sevilla y Barcelona, quedó clara la intencionalidad política de estos dos eventos. Así se entendió también en la prensa más adicta al régimen. Para *La Correspondencia militar*, las exposiciones debían marcar el inicio de una “nueva etapa” que condujera al resurgimiento “material y espiritual” de la nación española⁶. El rey Alfonso XIII llegó a Sevilla por el río Guadalquivir, en una réplica de la carabela “Santa María”⁷. Esta puesta en escena simbolizaba el hermanamiento entre España y el resto de repúblicas americanas, una idea en la que se insistió en los discursos protocolarios. Primo de Rivera daba de esta forma la bienvenida a los países participantes, recordando, cómo no, el glorioso pasado de la España imperial⁸:

“al discurrir el tiempo y sus vicisitudes agitadoras, España, la vieja España, la que por su esfuerzo y el de la fe de su insuperable Reina Isabel, la también España de Lepanto, acoge hoy en la sin par Sevilla a sus hermanas de América y a su hermana Portugal, para demostrar al mundo cómo los años no han marchitado la lozanía de su espíritu ni la esencia de su vigor artístico y cultural”.

Menos de dos semanas después le tocó el turno a la Exposición Universal de Barcelona. A diferencia de Sevilla, en la ciudad condal se dieron cita países de todos los continentes, aunque la mayoría procedían de Europa⁹. Por eso, Alfonso XIII, que en esta

⁶ “Nueva etapa”, *La Correspondencia Militar*, 10 de mayo de 1929, pág. 1.

⁷ “La inauguración de la Exposición Iberoamericana”, *La Época*, 8 de mayo de 1929, pág. 4.

⁸ “Por la fraternidad ibero-americana. Hoy se ha inaugurado la Exposición de Sevilla”, *La Época*, 9 de mayo de 1929, pág. 1.

⁹ El impacto de esta Exposición todavía se puede ver en el urbanismo de la Barcelona actual. Por ejemplo, el Estado Olímpico, las fuentes de Montjuïc, el Pueblo Español o el Museo Nacional de Arte de Cataluña, que durante la Exposición fue el edificio principal. También hay que destacar el pabellón de Alemania, diseñado por Mies van der Rohe, uno de los padres de la arquitectura moderna, y que fue reconstruido en la década de los ochenta. Laura HOLLENGREEN, Celia PEARCE, Rebecca ROUSE y Bobby SCHWEIZER: *Meet me at the Fair. A World's Fair Reader*, Pittsburgh, ETC Press, 2014, pág. 213.

ocasión se encargó del discurso inaugural, acudió al manido tópico de España como puente entre América y Europa¹⁰:

“En Sevilla estábamos mirando a América, en tanto América acudía a nosotros, y, seguramente, al recordar lo que es y ver lo que somos pensará que allí, lo mismo que aquí, la paz y el trabajo son siempre la base de la prosperidad de las naciones. (...) Pero en la Exposición de Barcelona estamos mirando a Europa, porque también Europa viene a nosotros; y al ver esto, sin olvidar lo otro, yo, como Rey de España, no olvido que mi Patria es el lazo de unión entre América y Europa”.

8.1.2. El Congreso de la Unión Internacional pro Sociedad de Naciones

La reunión del Consejo fue precedida por el XIII Congreso de la Unión Internacional pro Sociedad de Naciones (UIPSD), que se celebró en los salones de la Academia de Jurisprudencia de Madrid entre el 20 y el 24 de mayo. Este evento llevaba planificándose desde septiembre de 1928, cuando el catedrático Tomás Elorrieta, entonces secretario de la Asociación Española pro Sociedad de Naciones (AEPSD), pidió permiso al gobierno para organizar este Congreso internacional en Madrid en la primavera de 1929¹¹. Unos meses antes, el Ministerio de Estado había encomendado a Elorrieta la remodelación de la AEPSD, una organización que todavía contaba con la misma junta directiva que en 1920. Pese a que no tenía actividad, algunos liberales como el Conde de Romanones, Rafael Altamira, Rafael Gasset, Augusto Barcia Eduardo Gómez de Baquero seguían ocupando cargos de responsabilidad, una situación que sin duda incomodaba al Directorio civil. Por eso Elorrieta, que era secretario adjunto de esta primera directiva, recibió el encargo de redactar unas bases que fueran del agrado del Gobierno¹². Finalmente, en enero de 1929 se aprobó una junta directiva muy diferente a la anterior¹³.

¹⁰ “Discurso inaugural del Rey en la Exposición Universal de Barcelona”, *La Nación*, 20 de mayo de 1929, pág. 1. Hay otra versión muy similar del discurso en “Se ha inaugurado, con toda solemnidad, la exposición de Barcelona”, *El Sol*, 21 de mayo de 1929, pág. 8.

¹¹ “Nota para el Consejo de Ministros, (sin fecha)”. AMAE, Sig. R. 1829, Exp. 3. Al final del texto se puede leer: “El consejo de acuerdo con la propuesta. 29-9-1928”.

¹² Estas bases eran muy similares a los estatutos redactados por Altamira ocho años antes. La única diferencia tenía que ver con la mayor intervención del Estado. Por ejemplo, aunque la Asociación tuviera “un carácter nacional ajeno a todo espíritu de partido”, sus actuaciones debían estar en consonancia con las del “Ministerio de Estado”. Por otro lado, la AEPSD estaría organizada corporativamente, y estaría integrada por representantes de asociaciones de juristas, sindicatos, colegios profesionales, patronales, etc. Por último, se autorizaba a que la Asociación pudiera tener filiales en otras provincias de España, lo cual debe entenderse como una medida preventiva para evitar que el catalanismo creara su propia Asociación,

El gobierno centró sus esfuerzos en preparar la reunión del Consejo de la SDN, pero no descuidó la organización del Congreso de la AIPSDN. Este encuentro, a pesar de no ser oficial desde un punto de vista diplomático, se convirtió en una fuente de preocupación para Quiñones de León, el verdadero factótum de la diplomacia española. En una misiva dirigida a Primo de Rivera, Quiñones le advertía de que esta asociación estaba repleta de “escopetas sueltas”, es decir, de personas “muy inclinadas, la mayoría de ellas, a las ideas y las doctrinas más avanzadas”¹⁴. El diplomático español temía que los miembros de este colectivo –a los que consideraba próximos a la Liga de los Derechos del Hombre– aprovecharan su estancia en Madrid para establecer vínculos “con ciertos elementos rebeldes” de la nación. Para evitar una situación así, Quiñones pidió al jefe del Ejecutivo español que no se le diera a este acontecimiento más importancia de la que realmente tenía¹⁵.

Pese a los recelos de Quiñones, el Congreso se desarrolló con total normalidad aunque, según se desprende del tratamiento informativo en los medios de comunicación, este evento sólo tuvo una cierta repercusión en algunos círculos políticos y diplomáticos¹⁶. Los congresistas debatieron cuestiones relacionadas con la SDN y el derecho internacional, pero al mismo tiempo fueron agasajados con recepciones oficiales, banquetes o excursiones a Aranjuez o a Toledo. Su agenda se completó con varias conferencias y actos en la Casa del Pueblo, la organización femenina Lyceum Club o la Residencia de Estudiantes¹⁷. Primo de Rivera siguió a rajatabla las

algo que ya intentó en el pasado. Véase “Bases para la reorganización de la Asociación Española pro Paz y pro Sociedad de Naciones”, 15 de junio de 1928. También “Nota del Conde de San Esteban de Cañongo –Jefe de la Sección de Política General– para el Ministro de Estado”, 19 de junio de 1928. AMAE, Sig. R. 1829 Exp. 4.

¹³ De hecho, sólo repitieron Elorrieta y el vocal Baldomero Argente. Se eligió como presidente a Ramón Menéndez Pidal. Elorrieta ocupó una de las vicepresidencias, junto a Ignacio Bauer, Mariano Marfil y José Antonio Sangroniz. De los demás miembros destacan Lorenzo Luzuriaga y tres integrantes de la junta directiva de la Sección Española de la Unión Paneuropea: Joaquín Rodríguez de Gortázar, Manuel Raventós y Eduardo Guillén. “Informe del Presidente en Funciones de la Asociación Española dirigido al Exmo. Sr. Secretario General de Relaciones Exteriores de la Presidencia del Consejo de Ministros”, 23 de enero de 1929. AMAE, Sig. R. 1829, Exp. 5. Para la relación completa de miembros, véase “La Liga de las Naciones”, *La Libertad*, 24 de abril de 1929, pág. 3.

¹⁴ “Quiñones de León a Primo de Rivera”, 9 de abril de 1929. AMAE, Sig. R. 4117, Exp. 12.

¹⁵ Por este motivo, en la misma carta Quiñones recomendó a Primo de Rivera cambiar la sede que desde un primer momento se había barajado para este Congreso –el palacio del Senado– por la Academia de Jurisprudencia. El palacio del Senado se reservó para la reunión del Consejo de la SDN, precisamente para que quedara clara la mayor importancia de este evento.

¹⁶ Aunque prácticamente todos los diarios hicieron un seguimiento del desarrollo del congreso, hay que destacar la cobertura que realizó el gubernamental *La Nación* entre el 20 y el 25 de mayo de 1929.

¹⁷ En cuanto a los temas que se trataron, destacaron la propaganda –la forma de hacer llegar a la población la labor de la SDN–, la situación de la educación, las iniciativas relacionadas con la cooperación internacional, asuntos de carácter social como el tráfico de drogas o el narcotráfico, recomendaciones al Consejo de la SDN y el problema de las minorías nacionales.

recomendaciones de Quiñones y optó por enviar un mensaje en su nombre y en el del rey, pero no asistió a ninguna de las sesiones del Congreso¹⁸. Así pues, la organización recayó en el Conde de Gimeno y en Elorrieta¹⁹. En su discurso de apertura, Gimeno hizo referencia a los manidos tópicos sobre la responsabilidad de España en la SDN, y recordó por ejemplo la decisiva contribución de España en el pensamiento universalista. Por su parte, Emilio de Palacios, secretario general de relaciones exteriores y representante del Gobierno, repitió con otras palabras los mismos argumentos²⁰:

“Estad ciertos (...) que aquí no encontraréis más que amigos, respondiendo a la tradición de España. El ideal de la unión entre todos los pueblos que representa la Sociedad de Naciones ha sido siempre un ideal de la nación española. Nombres como los de Suárez y Vitoria así lo abonan”.

Tras la celebración del Congreso, el Gobierno no pudo ocultar su satisfacción. Este acto se había preparado como un simulacro a pequeña escala de la reunión del Consejo de la Sociedad de Naciones que estaba programada para menos de un mes, y no se produjo ningún incidente. Los “escopetas sueltas” –la principal preocupación de Quiñones y Primo de Rivera– no tuvieron oportunidad de desestabilizar el Régimen. *La Nación* se felicitaba de la grata impresión que su estancia en España les había causado a “figuras eminentes del mundo internacional”. El editorialista estaba convencido de que la experiencia de estos congresistas ayudaría a reforzar la imagen de España y a soterrar, de una vez por todas los bulos y “rumores engañosos” que a menudo se esparcían en la prensa y cancillerías extranjeras²¹:

“los ilustres delegados de la Unión Internacional de Asociaciones pro Sociedad de Naciones constituyen, por su solvencia intelectual y por su honor personal, una firme garantía futura. Ya conocen nuestra patria. Sabemos cómo, bondadosamente, han elogiado la maravilla de sus paisajes naturales, y de sus tesoros artísticos. Pero es que, además, esos mismos delegados han respirado, digámoslo así, el ambiente político social de España”.

¹⁸ “Segunda sesión plenaria. El Congreso de Asociaciones pro Sociedad de Naciones”, *La Nación*, 22 de mayo de 1929, pág. 8.

¹⁹ Menéndez Pidal había sido elegido presidente de la remodelada AEPSDN, pero en las vísperas del Congreso renunció y fue sustituido por el Conde de Gimeno. “La opinión y los problemas internacionales”, *La Época*, 27 de mayo de 1929, pág. 1.

²⁰ “La Unión Internacional de las Asociaciones pro S.D.N.”, *La Época*, 20 de mayo de 1929, pág. 6.

²¹ “La valoración internacional de España”, *La Nación*, 25 de mayo de 1929, pág. 1.

En el Ministerio de Estado también se felicitaron por el éxito de la asamblea de la Asociación Internacional. En un informe anónimo se ajustaron cuentas con los agoreros –presumiblemente del extranjero– que habían previsto un encuentro descafeinado, con poca participación –al final acudieron representantes de 24 países– y con problemas de libertad de expresión. Sobre este último punto, el autor del informe alardeaba de que este derecho no había sufrido “el menor perjuicio”. A la hora de los agradecimientos, el autor destacó la labor del Gobierno, el esfuerzo del Ayuntamiento de Madrid y, sobre todo, el trabajo realizado por la Asociación Española pro Sociedad de Naciones.

Desde *La Época* se rebajó el optimismo del Gobierno²². Aunque su valoración global del Congreso fue positiva, el editorialista del periódico conservador se lamentaba del escaso peso político de la Asociación española en comparación con sus homólogas extranjeras, y aseguraba que, de no haber sido por la intervención del Gobierno, el Congreso no se podría haber celebrado. En su opinión, el problema estaba en que en España todavía ni se había formado “una ciudadanía internacional”, ni existía el más mínimo interés por la labor de la SDN. Por eso, el Congreso no debía entenderse como un “epílogo”, sino más bien como el “prólogo” de una mayor implicación de la AEPSD.

8.1.3. El otro congreso: la cooperación europea

Coincidiendo con la asamblea de la AIPSDN, en Madrid también se celebró el primer congreso de la Federación Internacional de Cooperación Europea (FICE). Se trataba de una organización europeísta, creada en 1928 y liderada por el matemático y político francés Émile Borel, que abogaba por la reconciliación entre europeos a través de acuerdos puntuales en ámbitos sociales, económicos, intelectuales y culturales. A diferencia de otras iniciativas como Paneuropa, el objetivo inmediato de la FICE no era la unidad política del continente, sino conseguir, primero de todo, un estado de ánimo europeo. Desde el primer instante, Borel quiso marcar diferencias con Coudenhove-Kalergi: en primer lugar, su proyecto europeísta respetaba el marco de la Sociedad de Naciones, hasta el punto que abrió una oficina de la FICE en Ginebra. El segundo punto de fricción estaba en el estatus del Reino Unido, ya que Borel no entendía un mecanismo de cooperación europea sin el concurso del país británico. La respuesta del

²² “La opinión y los problemas internacionales”, *La Época*, 27 de junio de 1929, pág. 1.

conde austriaco, que no era amigo de nuevas aventuras europeístas que pudieran rivalizar con la suya, fue contundente: menospreció la iniciativa del político francés y le acusó de dividir la causa europeísta²³.

En la organización de este segundo congreso en la capital de España, tuvo mucho que ver Tomás Elorrieta, que en poco tiempo se había convertido en el hombre de confianza del Gobierno para los asuntos relacionados con organizaciones internacionales²⁴. Elorrieta, que llevaba siguiendo con interés los movimientos europeístas desde la Gran Guerra, recibió el encargo de Borel para que intentara organizar en Madrid el congreso de la FICE al mismo tiempo que el de la AISDN, y así se lo transmitió a Emilio de Palacios, el Secretario General de Asuntos Exteriores de la Presidencia del Consejo de Ministros²⁵. Consciente de la premura de su petición, Elorrieta solicitó integrar este encuentro en el programa del congreso de la AISDN. Para ello, trató de convencer al Gobierno dejando claro que la FICE no iba en contra de los intereses de la Sociedad de Naciones y que sus objetivos eran legítimos:

“La Federación de los Comités de Cooperación Europea (...) tiene por misión especial, estrechar los lazos entre los diversos países europeos, y estudiar dentro del espíritu de la SDN los problemas de carácter especialmente europeo. Según frase del Presidente del Senado de Francia, Mr. Doumer, trata de llevar el espíritu de Locarno a las diversas actividades económicas, sociales e intelectuales de Europa”.

Por otro lado, también aprovechó para aclarar que esta federación no tenía nada que ver con Paneuropa, una organización a la que calificó como agresiva, problemática y poco proclive a colaborar con otros territorios²⁶:

²³ Sobre los orígenes y el programa de la Federación Internacional de Cooperación Europea, véase “La nouvelle fédération des Comités de coopération européenne”, *Le Monde Nouveau*, 11-12 (1929), págs. 861-865. Jean-Michel GUIEU: “Le Comité fédéral de coopération européenne: l’action méconnue d’une organisation internationale privée en faveur de l’union de l’Europe dans les années Trente (1928-1940)”, en Sylvain SCHIRMANN (dir): *Organisations internationales et architectures européennes. 1929-1939*, Metz, Publications du CRHCEO, 2003, págs. 73-80.

²⁴ Carta de Tomás Elorrieta al Excmo. Sr. Secretario General de Relaciones Exteriores de la Presidencia del Consejo de Ministros, 8 de marzo de 1929. Elorrieta recibió la autorización de Primo de Rivera una semana después: “Carta de Emilio de Palacios a Tomás Elorrieta”, 15 de marzo de 1929. AMAE, Sig. R. 1830, Exp. 25.

²⁵ La anterior asamblea de la AISDN, celebrada en Bruselas en 1928, contó con la participación de la FICE, aunque no organizó ningún congreso paralelo como sí lo haría en Madrid.

²⁶ Como se pudo ver en el anterior capítulo, estas tesis –sobre todo la última– habían calado tanto en el Ministerio de Estado como en Primo de Rivera.

“Conviene no confundir esta Federación con la llamada Paneuropea, que nació en un momento en que se trataba de aislar a Inglaterra de la dirección de la política europea. Por el contrario, la Federación de la Cooperación Europea, cuenta con la adhesión especial de los ingleses y por eso, parte del supuesto de que todo país europeo puede tener intereses en otros continentes y que en consecuencia, la Cooperación europea no se dirigirá jamás, ni contra otro continente, ni contra otra potencia del mundo, sea o no, europea, y además trata de robustecer con la amistad europea, el espíritu de la SDN”.

En el momento en el que se conoció la celebración de este Congreso, en algunos ámbitos profesionales se interpretó como una oportunidad para avanzar en la construcción de una Europa más unida económica, comercial o laboralmente, e incluso no se descartaba que, en un futuro, las fronteras nacionales desaparecieran definitivamente²⁷:

“[La labor del Comité pro-Cooperación Europea] armonizará los intereses europeos. Intensificará sus medios de comunicación y sus relaciones comerciales. Organizará sus industrias estableciendo, tal vez, normas comunes unificadoras de procedimientos. Atenderá principalmente a la mayor valoración del patrimonio europeo, con el sacrificio, si se precisa, de la propia nacionalidad. Las barreras aduaneras deberán prestarse a las mutilaciones impuestas por el beneficio colectivo. La legislación del trabajo extenderá por el continente sus disposiciones, sin detenerse en las características psicológicas que diferencian las razas. En suma, la individualidad nacional desaparecerá, o por mejor decir, se extenderá y en lugar de hallarse encerrada en los límites de los actuales Estados europeos, adquirirá personalidad continental”.

Las sesiones del Congreso de Cooperación europea se programaron en horario nocturno en el Círculo de la Unión Mercantil e Industrial; de este modo, no se solaparía con la reunión de la Asociación Internacional pro Sociedad de Naciones. En su discurso inaugural, Tomás Elorrieta volvió a comparar la FICE con Paneuropa, pero fue todavía más explícito que en su informe, ya que dejó claro que España no podría desarrollar con independencia su política exterior –es decir, sus “intereses africanos y americanos”– si se incorporaba a la organización paneuropea²⁸. Émile Borel presidió el congreso y contó con la presencia, además de Elorrieta, de Lady Gladstone, representante de la influyente *League of Nations Union* británica, o del francés Robert Lange, presidente de la

²⁷ Mario HERNÁN: “La industria mirando al futuro”, *DYNA*, 40 (1929), pág. 10.

²⁸ “La Unión Internacional de las Asociaciones pro S.D.N.”, *La Época*, 22 de mayo de 1929, pág. 4.

Federación Universitaria pro Sociedad de Naciones²⁹. Los asistentes discutieron la posible implantación de medidas para facilitar la comunicación y la circulación intereuropea³⁰. Sin embargo, pese a las expectativas creadas, el Congreso se clausuró precipitadamente debido a la “escasa concurrencia” de público, y el debate se aplazó para la próxima reunión³¹.

8.1.4. El Consejo de la Sociedad de Naciones

La esperada reunión del Consejo de la SDN dio comienzo en el palacio del Senado, a las 11 de la mañana del 10 de junio de 1929, después de que Primo de Rivera –esta vez sí– accediera a saludar en persona a los representantes de los países participantes. De la pléyade de personalidades extranjeras, brillaban con luz propia Aristide Briand y Gustav Stresemann, galardonados con un Nobel de la paz por sus esfuerzos por crear un clima de cordialidad y de cooperación en Europa. Estos dos políticos fueron, sin duda alguna la gran atracción de un acontecimiento en el que España también participó, al ser uno de los nueve miembros no permanentes del Consejo³².

Las sesiones del Consejo se dedicaron en exclusiva a debatir sobre el problema de las minorías nacionales, una cuestión que no estaba ni mucho menos resuelta. Quiñones de León, el representante de España, se limitó a asentir y apenas intervino en

²⁹ El Congreso también contó con la colaboración de Alfonso Albéniz, que fue también el encargado de crear el Comité español de cooperación europea, que apenas tuvo actividad. Este internacionalista español estaba realmente interesado en los movimientos de carácter supranacional. Por ejemplo, en 1930 solicitó una carta de recomendación a Quiñones para poder optar a una vacante en la sección política de la SDN. Véase “carta de Alfonso Albéniz a José Quiñones de León”, 22 de noviembre de 1930. AMAE, Sig. R. 4160, Exp. 6. Durante ese periodo, Albéniz ocupó el cargo de director de la oficina de información que la FICE había abierto en Ginebra, véase Jean-Michel GUIEU: “Le Comité fédéral de coopération”..., pág. 83. En la víspera del Congreso, este autor escribió un artículo sobre los orígenes de la FICE y las cuestiones que se iban a tratar en el encuentro de Madrid. También adelantó la futura formación de un grupo español de cooperación europea. Alfonso ALBÉNIZ: “La actuación del Congreso de Unión Internacional de Asociaciones pro Sociedad de Naciones. Federación del Comité de Cooperación Europea”, *La Libertad*, 21 de mayo de 1929, pág. 3.

³⁰ De acuerdo con el cronista de *El Imparcial*, se hicieron propuestas para la “creación de una unidad europea de valores de la moneda; la cooperación de los Bancos Nacionales de Europa; la de las organizaciones internacionales de transporte mediante la organización de una Federación cooperativa de las Compañías de ferrocarriles y navegación; la tasa postal unificada; la supresión del visado de pasaportes, y otras medidas que conduzcan a facilitar la circulación entre los países de Europa.”. Véase “La Unión pro Sociedad de Naciones”, *El Imparcial*, 23 de mayo de 1929, pág. 3.

³¹ “La Unión Internacional de las Asociaciones pro S.D.N.”, *La Época*, 23 de mayo de 1929, pág. 4.

³² El Consejo de la SDN estaba compuesto por cinco miembros permanentes –Alemania, Francia, Reino Unido, Italia y Japón– y nueve no permanentes: Canadá, Cuba, Chile, España, Finlandia, Persia, Polonia, Rumanía y Venezuela. Véase Pelayo VIZUETE: La Sociedad de Naciones, *La Esfera*, 15 de junio de 1929, pág. 11.

las sesiones de trabajo. En realidad, el Gobierno español poco o nada tenía que decir sobre las minorías nacionales, un problema localizado en el centro y el este de Europa. Como era previsible, el Ejecutivo se centró en sacar el mayor rédito posible a la visita de tan ilustres personalidades. Así lo entendió, por ejemplo, el enviado especial del magazine británico *The Spectator*, que acusó al Gobierno de Primo de Rivera de utilizar políticamente la reunión del Consejo³³:

“The Council decided to hold its June meeting in Madrid. There was, in fact, only one reason for going to Madrid, which was that the Spanish Government wanted it. Whether the prime motive was devotion to the League or a desire to enhance the prestige of the present administration is a point on which Spaniards themselves express violently conflicting opinions”.

El Gobierno cuidó hasta el más mínimo detalle –el cronista británico destacó la espectacular cena de gala en el Palacio real con la presencia del rey y la reina–, pero este evento no caló en la opinión pública, ya que la mayoría de ciudadanos españoles desconocía el funcionamiento interno de la SDN. La prensa, por su parte, dedicó una gran cantidad de páginas al evento, aunque el periodista de *The Spectator* tenía la impresión de que los medios españoles se estaban aburriendo con el tedioso desarrollo de las sesiones. Como no podía ser de otra forma, el presidente Primo de Rivera tenía una visión radicalmente distinta. En un breve discurso pronunciado en la Asamblea Nacional, hizo un balance de la actualidad política entre los meses de marzo y junio³⁴: por ejemplo, destacó el éxito de las exposiciones de Barcelona y Sevilla. Sobre el Consejo de la Sociedad de Naciones, el marqués de Estella aseguró que el pueblo español había sabido “entender la importancia” que este acontecimiento había tenido para la nación. A continuación añadió que se había puesto de relieve “la cultura, el civismo y la hospitalidad del pueblo español”. La presencia de Briand, Stresemann y los demás políticos fue, desde luego, importante para la imagen internacional de España, y así se encargaron de transmitirlo todas las fuerzas vivas del Régimen. Sin embargo, si seguimos analizando su discurso, intuimos que este evento tuvo un impacto limitado. Justo después de alabar el buen funcionamiento de la reunión del Consejo de la SDN, el jefe del Ejecutivo dedicó tres párrafos completos a hablar del viaje a Cuba que el ministro de Marina había hecho a bordo de un crucero de fabricación española.

³³ “The League of Nations. How the Council Fared at Madrid”, *The Spectator*, 21 de junio de 1929, pág. 14.

³⁴ *Asamblea Nacional. Diario de las Sesiones*, 1 de julio de 1929, págs. 601-603.

Por otro lado, Primo de Rivera también habló de las hazañas de los pioneros de la aviación y sus vuelos intercontinentales entre España y América, tan frecuentes durante esos años. Al final, a pesar de los esfuerzos realizados para celebrar la reunión del Consejo de la SDN, parecía que, para el Presidente del Gobierno español, era mucho más importante seguir estrechando lazos con Hispanoamérica.

8.2. El Memorándum Briand

El Consejo de Madrid no pasó a la historia por las decisiones que se adoptaron, pero en cambio ha tenido cierta relevancia en la historiografía por las cuestiones que se trataron entre bambalinas, es decir, fuera de las paredes del Palacio del Senado. Al parecer, durante el transcurso de un almuerzo, Briand reveló a Stresemann su intención de crear una federación europea bajo el paraguas de la Sociedad de Naciones³⁵. Justo un mes después, hizo público su proyecto en una conferencia de prensa en París y la noticia corrió como la pólvora en los rotativos franceses y del resto de Europa³⁶.

El hecho de que Briand quisiera liderar un proyecto de esta magnitud no debió extrañar a la comunidad internacional. El político francés había sido uno de los padres del Pacto de Locarno, al que había definido como el primer paso hacia los Estados Unidos de Europa. Posteriormente, fue una de las cabezas visibles del pacto Briand-Kellogg de 1928, en el que los Estados firmantes se comprometieron a no utilizar la guerra para dirimir disputas entre países. También hay que tener en cuenta la influencia de los movimientos europeístas de los años veinte, en especial la Unión Paneuropea, de la que Briand era presidente de honor desde 1927. Por tanto, la federación europea que había empezado a diseñar Briand puede entenderse como una consecuencia directa del espíritu de Locarno y de la labor propagandística de Coudenhove-Kalergi, aunque sus orígenes pudieron ser anteriores³⁷.

³⁵ Joaquim MUNS, (ed.): *Lecturas de integración económica...*, pág. 55. Véase también Carl H. PEGG: *Evolution of the European Idea...*, pág. 111.

³⁶ Briand fue muy cauteloso a la hora de lanzar su proyecto europeísta; por este motivo mantuvo contactos con Berlín y Londres justo antes de anunciar su propuesta. Christian GRÉGOIRE: “*Un dessein européen*”..., pág. 57. Renaud METZ: “La crise des années 1930: blocs contre blocs”, en Dominique BARJOT (dir.): *Penser et construire l'Europe (1919-1992)*, Paris, CNED-CEDES, 2007, pág. 91.

³⁷ Al parecer, Briand ya había pensando en 1922 en la posibilidad de crear unos Estados Unidos de Europa para contrarrestar el poder de los Estados Unidos de América y Rusia, pero dejó esta cuestión en un segundo plano. Véase Sylvia GUILLAUME (dir.): *Penser et construire l'Europe de 1919 à 1992*, París, Ellipses, 2007, pág. 12. Por su parte, Duroselle sitúa el origen del europeísmo de Briand en 1924, cuando Coudenhove-Kalergi escribió una carta a los parlamentarios franceses explicándoles su proyecto. La declaración a favor de los Estados Unidos de Europa que su compañero Herriot hizo un año más tarde

Consciente de la expectación que sus declaraciones habían despertado, Briand quiso marcar la agenda y esperó hasta septiembre para presentar más detalles de su plan. El lugar elegido –la Asamblea general de la SDN– no podía ser mejor escenario: el político francés sabía que sus palabras podían inaugurar una nueva época en la historia de Europa, y por eso se cuidó de no dar ni un paso en falso.

8.2.1. El discurso ante la Asamblea de la SDN

Las tribunas del hemiciclo de la Asamblea de la Sociedad de Naciones estaban a rebosar y, según el testimonio de algún corresponsal, una multitud se agolpaba para escuchar el esperado discurso de Aristide Briand³⁸. En la mañana del 5 de septiembre de 1929 estaban previstas otras tres intervenciones antes de la del representante francés, por lo que seguramente la expectación fue creciendo a medida que se acercaba el momento. Cuando por fin llegó su turno, Briand estaba hablando ante 53 delegaciones nacionales, 27 de ellas europeas. En su intervención, el primer ministro francés trató varias cuestiones, como el desarrollo del pacto Briand-Kellogg, o la enorme tarea que la SDN tenía para asegurar la paz³⁹. Seguidamente se ocupó de lo que llamó el “otro problema”, y se presentó ante la Asamblea como un convencido defensor de la unidad de Europa, una cuestión que, reconocía, se había convertido en la “exigencia de una necesidad” y en una “empresa” de gran tamaño. Briand habló de la necesidad de crear “una especie de lazo federal” y “un vínculo de solidaridad” entre los pueblos europeos. A continuación, el político francés desveló las líneas maestras de su proyecto europeísta:

“Evidentemente, la asociación actuará sobre todo en el ámbito económico: es la cuestión más apremiante. Creo que en este terreno se puede obtener éxitos. Pero estoy seguro también de que desde el punto de vista político, desde el punto de vista social, el lazo federal, sin afectar a la soberanía de ninguna de las naciones que podrían formar parte de tal asociación, puede ser beneficioso”.

también influiría en el pensamiento de Briand. Jean-Baptiste DUROSELLE: *L'idée d'Europe...*, págs. 272-273.

³⁸ Véase, por ejemplo, “Importante discurso de Briand”, *La Vanguardia*, 6 de septiembre de 1929, pág. 20.

³⁹ La parte del discurso dedicada a la federación europea está recogida en Antonio TRUYOL Y SERRA: *La integración europea. Análisis histórico-institucional con textos y documentos. I: Génesis y desarrollo de la Comunidad Europea (1951-1979)*, Madrid, Tecnos, 1999, pág. 156.

Briand, al igual que Coudenhove-Kalergi, trató con enorme cautela la cuestión de la soberanía nacional. Al tratarse de un proyecto presentado en el seno de la Sociedad de Naciones, tenía que ceñirse escrupulosamente a lo estipulado en el texto del pacto, y no podía comprometer la independencia de los países que pudieran formar parte de esta federación. Tras su discurso, que fue aplaudido y comentado en todo el continente, Briand reunió en un desayuno de trabajo a los miembros europeos de la SDN para explicar con más detalle los entresijos de su plan. El representante francés aseguró a los asistentes que su propósito era crear una organización que se ocupara progresivamente de cuestiones económicas, sociales y, finalmente, políticas⁴⁰. A la conclusión de esta reunión, el resto de países europeos encomendaron al Gobierno francés la elaboración de un memorándum en el que constarían todos los detalles del plan Briand. La redacción del texto se prolongó durante ocho meses, una circunstancia que se explica por el extraordinario celo con que el Gobierno francés llevó a cabo este encargo⁴¹.

8.2.2. El Memorándum sobre la federación europea

Entre septiembre de 1929 y mayo de 1930 se produjeron una serie de acontecimientos que perjudicaron al éxito del proyecto de Briand. Para empezar, su más estrecho colaborador, Gustav Stresemann, falleció apenas un mes después del discurso en la Asamblea de la SDN. Casi al mismo tiempo se produjo el crack de la bolsa de Nueva York, que no tardaría en hacer tambalear los cimientos de la economía europea. En Alemania, la república de Weimar estaba a punto de entrar en su fase más crítica: el partido nazi, que hasta la fecha había sido residual, empezó a crecer exponencialmente debido sobre todo a las consecuencias de la crisis económica⁴². El espíritu de Locarno estaba, por tanto, herido de muerte.

Briand encomendó la redacción del Memorándum al diplomático francés Alexis Léger. Sin embargo, al ser un texto patrocinado por la república francesa, cabe suponer que tanto el *Quai d'Orsay* como el Elíseo participaron directamente en su elaboración. El llamado Memorándum Briand encajaba perfectamente en la política internacional

⁴⁰ Pierre GERBET, Gérard BOSSUAT et Thierry GROSBOIS (dirs.): *Dictionnaire historique de l'Europe unie*, Bruselas, André Versaille éditeur, 2009, pág. 141.

⁴¹ Gérard BOSSUAT: *Les fondateurs...*, pág. 44.

⁴² En las elecciones de septiembre de 1930, la formación liderada por Adolf Hitler se convirtió en la segunda fuerza en el Reichstag.

que Francia inauguró con los tratados de Locarno⁴³. En cuanto a sus características formales, debe considerarse más como un borrador o documento de trabajo. En ningún caso se presentó como un texto definitivo. El Gobierno francés sólo presentó las líneas generales de lo que podría ser una futura federación europea, pero dejó claro que cada uno de los apartados estaba sujeto a discusión. De hecho, dio de plazo hasta el 15 de julio para recibir las impresiones y los comentarios del resto de los veintiséis miembros europeos de la Sociedad de Naciones.

El objetivo principal de Francia era granjearse la confianza de sus socios, por lo que Léger fue extremadamente cauteloso –quizás demasiado– a la hora de redactar el texto⁴⁴. En el preámbulo se invitaba al resto de países consultados a establecer un “cierto lazo federal” entre los pueblos de Europa –Briand había utilizado la misma expresión en su discurso en la Asamblea–, y también a consagrar el principio de “unión moral europea”. La propuesta se justificaba por la necesidad de asegurar la paz europea, una aspiración que sólo se conseguiría a través del fortalecimiento de los vínculos en el plano político, económico y social. Desde el primer momento estaba claro que esta hipotética federación europea quedaría integrada en la estructura de la SDN. De acuerdo con el artículo 21 del Pacto que se aprobó en París en 1919, los países miembros podían formar parte de “tratados de arbitraje”, “inteligencias” o “ententes” de carácter regional, siempre estos que velaran por el mantenimiento de la paz y no contradijeran el espíritu de la SDN. En cuanto a la cesión de soberanía por parte de los Estados, Briand adoptó un planteamiento idéntico al de Coudenhove-Kalergi y trató de tranquilizar a los Estados europeos:

“El acuerdo (...) habrá de ser partiendo del principio de la soberanía absoluta y de la entera independencia política. Sería, desde luego, imposible de imaginar el menor pensamiento de dominación política en el seno de un organismo deliberadamente colocado bajo el control de la Sociedad de Naciones, cuyos dos principios fundamentales son precisamente la soberanía de los Estados y su igualdad de derechos”.

⁴³ A pesar de la ostensible mejora en las relaciones con Alemania, la seguridad colectiva seguía siendo la principal obsesión del país galo. Por este motivo, en su etapa de Ministro de Estado, Briand trató de crear un sistema de alianzas que fuese beneficioso para Francia. Al mismo tiempo, Francia intentó convertirse en el árbitro de Europa, una aspiración a la que se opuso frontalmente el Reino Unido. El político francés también trató de aprovechar el pacto Briand-Kellogg para impulsar un tratado bilateral franco-estadounidense que comprometiera al país norteamericano con la estabilidad política del continente. Este nuevo fracaso fue el detonante para que Briand apostara definitivamente por lanzar su idea de solidaridad europea. Véase Sylvia GUILLAUME (dir.): *Penser et construire l'Europe...*, págs. 12-15.

⁴⁴ Hemos utilizado la traducción que realizó el Ministerio de Estado español. Está disponible en AMAE, Sig. R. 732, Exp. 1. Hay una versión bilingüe, en francés e inglés, en AMAE, Sig. 818, Exp. 13.

Sobre la estructura de la federación europea, el Gobierno francés había contemplado dos instituciones: una “conferencia europea”, que haría las veces de cámara legislativa y que estaría compuesta por los representantes de los veintisiete países europeos de la SDN. Respecto a sus atribuciones, en el Memorándum se invitaba a los gobiernos a expresar sus opiniones en reuniones posteriores, pero el Ejecutivo galo se reservó la suya en el texto. La otra institución sería el “Comité europeo”, definida como el órgano ejecutivo de la Federación europea. En el Memorándum sólo se explicaba que estaría compuesto por “un cierto número de miembros de la Conferencia europea” y que su presidencia debería ser rotatoria. Por último, aunque no era una institución propiamente dicha, en el texto también se contemplaba una secretaría para poder organizar administrativamente la futura federación europea.

Como se puede observar, Briand había tomado como modelo a la Sociedad de Naciones, hasta el punto de prácticamente calcar su estructura. De realizarse su proyecto, su funcionamiento sería muy similar al de la institución de Ginebra, aunque solamente se ocuparía de cuestiones relacionadas con el continente europeo que, por supuesto, no afectarían a la soberanía nacional. Las áreas de cooperación europea quedaron delimitadas en el Memorándum y comprendían diversos ámbitos, como el control de las agrupaciones industriales, la gestión de las vías de comunicación intereuropeas, el estímulo monetario y del crédito, el establecimiento de un mercado común europeo, la reglamentación de la emigración dentro de la federación europea, la coordinación sanitaria, la cooperación intelectual o la colaboración entre parlamentos nacionales. Se trataba de parcelas de carácter transnacional, en ningún caso de asuntos vinculados a la política o la economía particular de cada país.

El Memorándum francés subordinaba el problema económico al problema político. Es decir, el primer paso consistiría en la creación de una “estructura orgánica” que permitiera acometer, a posteriori, actuaciones en el terreno económico. Esta cuestión fue, sin lugar a dudas, la parte más polémica del texto y la que mayores rechazos suscitó. La reivindicación del carácter político y no económico de la futura federación europea fue toda una sorpresa, ya que Briand, en su discurso ante la Asamblea de la SDN de septiembre de 1929, había anunciado que su plan se ocuparía de asuntos económicos, sociales y políticos, por ese orden. Ocho meses después, en el texto del Memorándum quedaba claro que el proyecto europeísta se empezaría a construir desde la política. Esta decisión suscitó muchas dudas entre los Estados

Europeos, ya que un mayor peso de la política podía afectar a la soberanía nacional. Consciente quizás de estos temores, en el texto se aclaró que, en cualquier caso, la federación estaría cimentada “sobre la idea de unión y no de unidad”. Dicho de otra forma, el Gobierno francés quería que fuese “lo bastante flexible para respetar la independencia y la soberanía nacional de cada uno de los Estados”.

Así pues, el Memorándum ofrecía más sombras que luces. Por una parte, el hecho de que un gobierno europeo presentase por primera vez un proyecto de este tipo, que apostaba por una Europa unida, próspera y en paz, ya era digno de ser aplaudido⁴⁵. Pero por otro lado, la calculada ambigüedad para recabar más apoyos, tuvo como consecuencia un texto poco preciso con algunas aparentes contradicciones, como el hecho de defender un lazo federal entre Estados y al mismo tiempo garantizar la completa soberanía nacional de los países miembros. También se echó en falta la presencia de otras instituciones, como un gobierno ejecutivo europeo –sólo se mencionó una secretaría general– o un tribunal federal.

8.2.3. Un texto que no gustó a Europa. Las críticas al Memorándum

Esta iniciativa no tuvo una acogida favorable. Prueba de ello es que las críticas procedieron de todos los sectores. En el ámbito académico, el francés Barthélemy criticó que el Gobierno galo todavía defendiera el concepto de soberanía nacional absoluta con tanta vehemencia⁴⁶. Por otro lado, el profesor y político británico Sir Arthur Salter no entendía por qué, si la concepción del Memorándum era política, su programa de trabajo era esencialmente económico⁴⁷. En esta misma línea se pronunció un autor portugués, para quien Briand había incurrido en un grave error, ya que en su opinión la unión aduanera europea debía ser la base para el posterior entendimiento político⁴⁸. Pero, sin duda, la crítica más dura fue la de Coudenhove-Kalergi. El conde austriaco se había mostrado muy esperanzado con el Memorándum sobre la Unión

⁴⁵ Véase Pilar FOLGUERA: “El debate en torno al modelo de construcción europea en Francia, Italia, Alemania y España (1930-1950)”, *Historia y Política*, 21 (2009), pág. 26.

⁴⁶ M^a Teresa MENCHÉN BARRIOS: “Las causas del fracaso del proyecto Briand de federación europea”, en VV.AA.: *Estudios históricos. Homenaje a los profesores José M^a Jover Zamora y Vicente Palacio Atard. Tomo I*, Madrid, Universidad Complutense, 1990, pág. 412.

⁴⁷ Arthur SALTER: *The United States of Europe*, Nueva York, Reynal and Hitchcock Inc., 1933, pág. 107. Véase también el análisis de Marie-Renée Mouton sobre las opiniones de Salter. Marie-Renée MOUTON: “La Société des Nations et le Plan Briand”, en Antoine FLEURY (ed.): *Le plan Briand d'union fédérale européenne...*, págs. 238-241.

⁴⁸ AMARO DO SACRAMENTO MONTEIRO: *Estados Unidos da Europa. Briand nao tem razao!*, Caxias, Tipografia do Reformatório Central de Lisboa “Padre António de Oliveira”, 1931, pág. 54.

Europa. En su afán de crear un clima de opinión favorable, hizo coincidir el inicio del segundo Congreso paneuropeo, celebrado en Berlín, con el envío del texto a las cancillerías europeas⁴⁹. Sin embargo, cuando el documento llegó a sus manos, se sintió profundamente desencantado con el resultado⁵⁰:

“Cuando hube leído el memorándum de Briand quedé enormemente decepcionado. Era una cosa pálida, hecho de remiendos. Insistía en mantener la soberanía, sin restricción alguna, de todos los Estados federados de Europa por el sometimiento de ésta a la Sociedad de las Naciones, y daba más importancia a la política que a la economía. Nada, en el documento, apelaba a la fantasía de los pueblos. Estaba redactado para diplomáticos y juristas”.

Coudenhove había estado esperando el proyecto de Briand desde 1927, el año en que le nombró presidente de honor de Paneuropa. Como el mismo líder paneuropeo dejó escrito en sus memorias, “pasaron dos años preciosos”, y cuando Briand tomó la iniciativa, “era ya demasiado tarde”⁵¹. Fruto de esta insatisfacción, Coudenhove incluso se adelantó a la redacción del Memorándum y publicó un proyecto de Pacto Europeo en febrero de 1930, dos meses antes de que lo hicieran los franceses⁵².

La falta de apoyos de los principales gobiernos de Europa –Italia, Gran Bretaña y Alemania– certificó el fracaso de la propuesta lanzada por Briand⁵³. La objeción más repetida fue, como no podía ser de otra forma, la cuestión de la soberanía nacional. A pesar de que en el Memorándum se dieron sobradas garantías de que esta parcela quedaría excluida de la cooperación europea, los Ejecutivos europeos siguieron teniendo dudas. Finalmente, la propuesta del gobierno francés pasó a una comisión de

⁴⁹ Carl H. PEGG: *Evolution of the European idea...*, pág. 143.

⁵⁰ Richard COUDENHOVE-KALERGI: *Una bandera llamada Europa...*, pág. 141.

⁵¹ *Ibid.*, pág. 132.

⁵² Se trataba de un texto mucho más elaborado que el Memorándum. Coudenhove planteó la existencia de un Consejo y Asamblea federales, que tendrían un funcionamiento similar a las instituciones del Memorándum francés (La única diferencia importante estaba en que el Consejo sería jerárquicamente superior a la Asamblea) Su diseño recordaba al de los Estados Unidos de América, ya que Coudenhove planteó crear un distrito federal en Europa, a imagen y semejanza del distrito de Columbia. Además, también contemplaba un poder ejecutivo –a través de una cancillería federal– y una corte o tribunal federal. Aunque hacía mención al artículo 21 de la Sociedad de Naciones, el funcionamiento de la federación europea que había diseñado sería independiente de Ginebra, ya que en caso de disputa había dispuesto la creación de un tribunal de arbitraje. En cuanto a la cuestión de la soberanía, coincidía totalmente con Briand –a pesar de que dos meses después criticó la tibieza del político francés–, ya que en uno de los principios generales de su pacto se comprometía a dejar intacta la soberanía absoluta de los Estados europeos. El texto del proyecto de Pacto Europeo se puede consultar en Frank THÉRY: *Construire l'Europe dans les années vingt...*, págs. 160-176.

⁵³ Sobre las causas del fracaso, véase M^a Teresa MENCHÉN BARRIOS: “Las causas del fracaso”..., págs. 424-427 y Henri BRUGMANS: *La idea europea...*, págs. 72-76.

estudio de la SDN y, tras un par de sesiones poco productivas, se abandonó el proyecto de forma oficial.

8.3. A vueltas con la soberanía nacional, la política y la economía. La opinión española sobre el Memorándum

Aún con este final tan decepcionante, la iniciativa francesa generó un intenso debate en todos los países de Europa. En el caso de España, por ejemplo, el discurso de Briand en la SDN y el posterior Memorándum tuvieron mucha más repercusión que la idea paneuropea de Coudenhove-Kalergi. Se puede decir que el periodo de 1929-1930 fue el más provechoso para el europeísmo español de entreguerras. Las primeras menciones al proyecto de Briand aparecieron en las portadas de algunos periódicos españoles, justo cuando acababa de hacerse público. En *El Sol*, por ejemplo, se comentó que los futuros Estados Unidos de Europa tendrían una indudable base económica, y se dejaba caer que el empeño de Briand no iría más allá de una unión aduanera, una reivindicación que llevaba años en el aire. La información del diario madrileño se basaba en las noticias que habían ido apareciendo en algunos rotativos franceses. En uno de ellos, incluso, se llegó a insinuar que España podría formar parte “del primer grupo de naciones federadas”, siempre y cuando renunciara a su política proteccionista⁵⁴.

8.3.1. El debate inicial: ¿una cuestión estrictamente económica?

Tanto la iniciativa europeísta de Briand como el posterior Memorándum gozaron de un amplio seguimiento en España⁵⁵. Un buen ejemplo de este interés lo encontramos en la prensa catalana. Durante los meses de julio y agosto –a las pocas semanas de conocerse la intención del político francés– se publicó una encuesta para conocer la opinión de la intelectualidad⁵⁶. El primero en intervenir fue Lluís Nicolau d’Olwer, uno

⁵⁴ “La federación aduanera, base de los futuros Estados Unidos de Europa”, *El Sol*, 12 de julio de 1929, pág. 1.

⁵⁵ Sobre este seguimiento en prensa y en el Gobierno, véase el completo artículo de María Teresa MENCHÉN BARRIOS: “La actitud de España ante el Memorándum Briand...”, págs. 413-443.

⁵⁶ Esta práctica se había convertido en habitual, ya que otras revistas políticas y culturales de Cataluña también lanzaron otras encuestas similares –de las que nos hemos ocupado en otros capítulos– con motivo de la Gran Guerra o la creación de la Sociedad de Naciones. Domènec de BELLMUNT: “Vers la federació econòmica d’Europa? Què pensen els nostres homes del projecte de Briand”, *El Mirador*, 25 de julio, 1 de agosto y 8 de agosto de 1929.

de los mayores expertos sobre Paneuropa. En su opinión, la iniciativa de Briand suponía un salto de calidad en comparación con el proyecto de Coudenhove-Kalergi: si las ideas paneuropeas eran calificadas por muchos como utópicas y “*feien encara somriure els homes pràctics*”, ahora no habría más remedio que tomar en serio el plan del político francés, ya que contaba con el respaldo directo de un gobierno democrático y de la SDN. D’Olwer asumía que la federación europea planteada por el político francés tendría una base exclusivamente económica. En su opinión, la principal motivación de esta agrupación estaría encaminada hacia la unión aduanera y la competencia contra los Estados Unidos de América⁵⁷:

“la unió duanera europea només pot ésser admesa com un pas vers el lliure canvi. Concebuda com una finalitat, no seria més que una formació de guerra, un militarisme econòmic d’Europa contra Nordamèrica”.

Este autor veía importantes impedimentos prácticos, como el complicado encaje del Reino Unido y todo su imperio dentro de unos hipotéticos Estados Unidos europeos. Por otro lado, advertía sobre la escasa articulación interior del continente europeo ya que, en ocasiones, los diferentes Estados europeos tenían más lazos con Norteamérica que entre ellos mismos.

Josep Xirau pensaba justo lo contrario que Nicolau d’Olwer. Para este escritor, la unión de los Estados europeos debía ser, en todo caso, político-jurídica y no sólo económica. Xirau destacaba que, después de la guerra, se había desarrollado una cultura de paz y democrática en el centro de Europa que podía imponerse a los nacionalismos agresivos⁵⁸:

“Cal constituir Europa. Els elements hi són tots: una formació jurídica i política ha de reposar damunt d’una unitat de cultura. I és això, precisament, el que cal cercar per damunt de les preocupacions dels nacionalistes caducs”.

En contra de lo que pudieran pensar otros políticos o intelectuales más cerrados de miras, los Estados Unidos de Europa constituían para Xirau una oportunidad única para consolidar la idea democrática en el continente, y también para otorgar más libertad a los pueblos europeos:

⁵⁷ *Ibid.*, 25 de julio de 1929, pág. 3.

⁵⁸ *Id.*

“La Unió dels pobles d’Europa se’ns apareix, doncs, com un postulat de llibertat. Volem dir que dóna la possibilitat del màxim de llibertat als pobles. De llibertat, no d’independència. És dir, la unió de pobles que poden resoldre tots els problemes, no per la força sinó per la raó”.

Pere Coromines, en cambio, no veía posible la unión aduanera por el peso de las economías nacionales. Por su parte, el jurista Josep Maria Trias de Bes aplaudió el proyecto francés. En su opinión, ayudaría a *“l’afirmació i el manteniment de la cultura europea”*, que a pesar de todas las vicisitudes, seguía siendo para este autor la principal cultura del mundo civilizado⁵⁹.

En la siguiente tanda de opiniones sobre el proyecto de Briand, se repitieron algunos de los argumentos esgrimidos en la semana anterior. Amadeu Hurtado se mostró favorable a la creación de una federación económica, que sería en todo caso el primer paso hacia una federación política (Justo lo contrario que se defendió en el Memorándum). Por otro lado, estaba convencido de que la determinación de Briand inauguraría un nuevo tiempo en el continente europeo que, ahora sí, tendría más opciones de igualarse con los Estados Unidos de América. Por su parte, Antoni Rovira i Virgili, que ya había abierto una puerta a la posibilidad de unos Estados Unidos europeos en plena Gran Guerra, tenía claro que detrás del proyecto de Briand se escondía una motivación de carácter nacional, y advertía de que, en todo caso, el camino hacia la realización de esta idea sería largo y costoso. Lluís Durán i Ventosa no se mostró demasiado optimista, y subrayó la dificultad que tendría una empresa como la que se quería llevar a cabo, sobre todo en el terreno económico⁶⁰.

Francesc Cambó se encargó de poner punto y final a esta encuesta. El político catalanista prefería que fuese la iniciativa privada –a través de los cárteles industriales transnacionales ya puestos en marcha– la que liderara la armonización de las economías continentales. En este sentido, los Estados deberían situarse en un segundo plano y centrar sus esfuerzos en garantizar la estabilidad política y la paz⁶¹.

De las opiniones vertidas en esta encuesta se pueden identificar dos líneas de pensamiento que se pueden extrapolar al resto del territorio español: la primera de ellas era favorable a una mayor integración económica en el continente europeo, y no descartaba su posterior evolución hacia una unión política. La segunda opción, mucho

⁵⁹ *Id.*

⁶⁰ *Ibid.*, 1 de agosto de 1929, pág. 3.

⁶¹ *Ibid.*, 8 de agosto de 1929, pág. 3.

más pragmática, comprendía a aquellos que sólo veían la posibilidad de alcanzar acuerdos puntuales que no comprometieran la soberanía de los Estados. Por supuesto, también existieron posiciones intermedias. Hay que tener en cuenta que se trataba de un debate sobre un proyecto que todavía no había sido concretado. Sin embargo, los propios internacionalistas eran conscientes de que, pese a todas las dificultades, la vieja aspiración de una Europa unida había sido incluida, por primera vez, en la agenda oficial de una potencia continental como Francia. Domènec de Bellmunt –el organizador de la encuesta de *El Mirador*– apoyó sin fisuras la idea de los Estados Unidos de Europa, en tanto en cuanto podía solucionar el problema de las minorías nacionales⁶². En la prensa madrileña, Andrés Révész, el encargado de la sección de propaganda de la Sección Española de la Unión Paneuropea, reflexionó sobre los verdaderos motivos que habían llevado a Briand a proponer una unión económica, y apuntó directamente a la amenaza estadounidense⁶³:

“Aristides Briand lanza su idea de Estados Unidos de Europa en el momento en el que el peligro yanqui aparece evidente a todos. Europa es deudora de Norteamérica; artículos norteamericanos invaden cada vez más sus mercados, al par que altas barreras aduaneras impiden la entrada de mercancías europeas a América”.

Révész consideraba que los acuerdos económicos debían preceder a la cooperación política. Se trataba de una cuestión de prioridades, y ponía como ejemplo la desventaja de la industria automovilística europea frente a la estadounidense, una situación que podría revertirse si los países europeos encontraban puntos de acuerdo. La correlación entre la prosperidad norteamericana y el caos económico de Europa se convirtió en un argumento bastante habitual. En las mismas fechas, se llegó a plantear que la puesta en marcha de unos Estados Unidos de Europa podía ser incluso beneficiosa para la industria del cine que, como la automovilística, estaba dominada por la patria de Washington⁶⁴:

“La noble, la bella idea de Briand: constituir los Estados Unidos de Europa –exhumación del vasto proyecto de «Paneuropa» lanzado por Coudenhove Kalergi en 1923– ofrece interés

⁶² Domènec DE BELLMUNT: “Els Estats Units d’Europa”, *La Campana de Gràcia*, 27 de julio de 1929, pág. 2.

⁶³ Andrés RÉVÉSZ: “Estados Unidos de Europa”, *ABC*, 24 de julio de 1929, pág. 10.

⁶⁴ Carlos FERNÁNDEZ CUENCA: “El porvenir del cine europeo”, *La Época*, 27 de julio de 1929, pág. 3.

singularísimo para los cineístas [sic]. Porque en ese feliz intento de salvación (...) de viejo continente frente a la tremenda amenaza del (...) imperialismo de Norteamérica está también, junto a la consolidación de todas nuestras peculiaridades, de todos nuestros sistemas y méritos, el triunfo definitivo y formidable del cinematógrafo europeo”.

Llama la atención que el autor de este artículo se refiriese a la idea de Briand como la “exhumación” de Paneuropa, un proyecto al que por tanto consideraba finiquitado. Precisamente para no quedarse en un segundo plano, Coudenhove intensificó su propaganda. Durante el verano de 1929 publicó un llamamiento en varios periódicos del continente en el que animaba a dar pasos decisivos para alcanzar la unidad de Europa. Para ello, apostó claramente por la unión aduanera europea que, en teoría, Briand iba a impulsar en el futuro⁶⁵.

Coudenhove había quedado relegado por el empuje y la determinación de un Briand respaldado por el Gobierno francés y la SDN. Una de las consecuencias de este cambio de liderazgo se pudo apreciar en el europeísmo español. Algunos de los intelectuales que habían participado en el debate sobre la idea de Europa –pero que en cambio ignoraron a Paneuropa–, “reaparecieron” a partir de 1929. Uno de estos autores fue Marcelino Domingo que, aunque en 1924 habló de la existencia de una “Europa nueva y renaciente”, apenas prestó atención al proyecto de Coudenhove-Kalergi. En cambio, aplaudió que Briand hubiera tomado la responsabilidad de hacer realidad una idea que todavía seguía calificándose como utópica. Sin embargo, consideraba que, el entonces primer ministro francés, por su falta de carisma y su talante excesivamente conciliador y dialogante, no era el hombre más indicado para ejecutar una misión de tales características⁶⁶:

⁶⁵ Coudenhove-Kalergi asumió en este llamamiento las tesis de Briand en ese momento, y colocó en primer lugar la cuestión económica. El manifiesto de Coudenhove se publicó en algunos periódicos españoles y el grupo español se encargó de su difusión. “Una crida del comte Coudenhove-Kalergi als Europeus”, *La Veu de Catalunya*, 4 de agosto de 1929, pág. 7; “Un manifiesto de la Unión Paneuropea”, *La Época*, 5 de agosto de 1929, pág. 3; “Un manifiesto de la Unión Paneuropea”, *La Correspondencia Militar*, 6 de agosto de 1929, pág. 3. El texto completo se incluyó en un monográfico sobre Paneuropa en el órgano oficial del Ministerio de Trabajo, dirigido por Francisco Rivera Pastor. Richard COUDENHOVE-KALERGI: “A los europeos”, *Boletín del Ministerio de Trabajo y Previsión*, 6 (septiembre 1929), págs. 126-129.

⁶⁶ Marcelino DOMINGO: “Los Estados Unidos de Europa”, *La Libertad*, 29 de agosto de 1929, pág. 1. En otro artículo, publicado un mes después, reiteraba sus dudas hacia Briand, al que definía como “un temperamento blanco, un desordenado y un escéptico” que, no obstante, tenía “un claro sentido del deber” que ahora mismo se encontraba vinculado con la idea de Europa. ID: “La crisis francesa y la categoría de Francia”, *La Libertad*, 29 de octubre de 1929, pág. 1.

“el empeño de convertir esta Europa balcanizada en un organismo de conjunto jurídico armónico y fecundo, requiere en el propulsor un impulso rotundo. El propulsor ha de pertenecer al tipo de los hombres representativos emersonianos, de los héroes de Carlyle. No ha de ser un hombre que pase, sino un hombre que quede; no ha de ser un hombre que zurza y remiende, sino un hombre capaz de destruir y de edificar”.

Para Domingo, la creación de los Estados Unidos de Europa era esencial para evitar la disolución del continente. El intelectual catalán coincidía con el diagnóstico de Briand y otros autores, que reclamaban la creación de una unión aduanera europea y, dentro de ella, un mercado único continental. Marcelino Domingo reclamaba, asimismo, que también se dieran pasos en la esfera política:

“En síntesis: unos Estados Unidos en el orden económico, para llegar a los Estados Unidos políticos; y políticas nacionales firmes, claras, civiles, democráticas, con objeto de que los Estados Unidos políticos realizados completen, en vez de perturbar o destruir, la obra de los Estados Unidos económicos”.

En su opinión, este proceso sería beneficioso para España, ya que obligaría a poner fin a la Dictadura de Primo de Rivera y emprender las ansiadas reformas democráticas⁶⁷. Además de esta interrelación entre economía y política –una postura bastante similar a la que Francia defendería en su Memorándum meses después– Marcelino Domingo era consciente de que el éxito de esta empresa dependía, en gran medida, de su arraigo en las sociedades europeas. Sólo cuando franceses, alemanes, ingleses o españoles se convirtieran en ciudadanos europeos y entendieran que esta categoría representaba “una suma inacabable de deberes”, se podría hablar de una nueva etapa política en el viejo continente.

Andrenio, otro autor republicano y europeísta que no se interesó por Paneuropa, reclamaba la sustitución del sistema de equilibrio europeo que había fracasado estrepitosamente en 1914. Al igual que Domingo, consideraba que los Estados Unidos de Europa tenían que ser el ideal político a realizar, aunque en su opinión sólo deberían proponerse medidas económicas, al menos de momento⁶⁸:

⁶⁷ Marcelino Domingo seguía creyendo en que el contexto internacional cambiaría el modelo de organización política de España. Si en 1918 confiaba en que la Sociedad de Naciones exigiría al gobierno una democratización de sus estructuras, ahora –casi una década después– ponía todas sus esperanzas en el proyecto de Briand.

⁶⁸ ANDRENIO: “El Equilibrio europeo y los Estados Unidos de Europa”, *El Luchador*, 26 de octubre de 1929, pág. 1.

“Una inteligencia general europea en favor de la paz y de la coordinación industrial de Europa, no puede aspirar por ahora, ni en el horizonte histórico visible, al establecimiento de una federación semejante a los Estados Unidos de América”.

Este crítico literario identificaba en el nacionalismo el principal problema que, sin duda, iba a obstaculizar la puesta en marcha de los Estados Unidos de Europa⁶⁹. En primer lugar, veía complicado “conciliar la independencia de las naciones con el vínculo federal”; por otro lado, recordó que muchos países todavía no habían solucionado sus disputas. El objetivo, en todo caso, debía estar encaminado hacia la organización económica para poder competir con los Estados Unidos de América.

Álvaro de Albornoz, uno de los principales opositores del Régimen, afirmaba que el proyecto de Briand procedía de una tradición que había inaugurado Napoleón a principios del siglo XIX, y que continuaron otros ilustres pensadores como Victor Hugo o Mazzini, que le añadieron el factor democrático. En cuanto al significado de los futuros Estados Unidos de Europa, Albornoz iba todavía más lejos que sus compañeros y hablaba de trascender los viejos conceptos de Estado-nación y universalismo, entendido éste como una mera suma de nacionalismos⁷⁰:

“Superar este sentimiento antiguo de universalidad debe ser la aspiración del internacionalismo democrático. Construir, por encima del internacionalismo –que implica el nacionalismo, escindido a su vez por múltiples causas–, una universalidad nueva. Una democracia no internacional, sino supranacional”.

Después de que Briand interviniese en la Asamblea de la SDN, no observamos grandes cambios en la opinión española. Para el periodista Carlos Esplá, quien se encontraba en Ginebra aquel día, el discurso del político había sido “prudente, sin gran precisión”, es decir, no ofreció más detalles que los ya conocidos⁷¹. En realidad, Briand

⁶⁹ No era la primera vez que Andrenio se ocupaba de esta cuestión. En un artículo anterior reconocía que Europa estaba todavía muy condicionada por la pujanza de los nacionalismos estatales, pero estaba seguro de que, con el paso del tiempo, estos confluían en una nacionalidad europea reconocida por todos los Estados. Para ello era preciso empezar con unos “mínimos de unión” en sectores como las aduanas, la política monetaria o las comunicaciones, para después impulsar otras integraciones más ambiciosas. Véase ANDRENIO: “La tendencia unitaria y el nacionalismo”, *La Voz*, 19 de septiembre de 1929, pág. 1.

⁷⁰ Álvaro DE ALBORNOZ: “Internacionalismo y universalidad. Napoleón y Briand”, *La Libertad*, 14 de diciembre de 1929. Sin nombrarla, Albornoz criticó a la SDN, y también al universalismo en el que se inspiraron sus creadores. Al diferenciar entre “internacional” y “supranacional”, dejaba claras sus preferencias en el modo de organización de unos hipotéticos Estados Unidos de Europa.

⁷¹ Carlos ESPLÁ: “El discurso de Briand”, *La Vanguardia*, 11 de septiembre de 1929, pág. 3.

poco podía aportar a un proyecto que empezaría a concretarse a partir de septiembre, justo cuando el Gobierno francés recibió el encargo de redactar el Memorandum.

El Sol se ocupó del discurso de Briand con especial interés y un cierto entusiasmo. Por ejemplo, en un editorial se llegó a asegurar que Europa estaba destinada a unirse, y que la solución de los Estados Unidos de Europa se hubiera propuesto “aún sin la guerra”⁷². La posible unión de Europa no abandonó la primera página del periódico, y al día siguiente se trató la reunión informal de Briand con el resto de delegaciones europeas. En el editorial se identificaron dos tendencias: una económica, liderada por Reino Unido y Alemania, favorable a acuerdos en la industria o la reglamentación laboral; la otra posibilidad contemplaba, además, una evolución política, y al parecer tenía en Yugoslavia a su principal apoyo. Desde *El Sol* se apostó por la segunda opción, ya que se entendía que las esferas económica y política tenían muchos puntos en común. Sin embargo, el editorialista era consciente de las dificultades de este planteamiento: por un lado, el compromiso de no tocar apenas la soberanía nacional dejaría un escaso margen de maniobra a la política; por otro, una federación europea circunscrita exclusivamente a cuestiones económicas “quedaría reducida a poca cosa y no alcanzaría el fondo del problema que con ella se pretende resolver”⁷³.

En *El Socialista* se consideraba –con argumentos similares a los utilizados con la Unión Paneuropea– que el proyecto de Briand sería una excelente oportunidad para soterrar los aranceles e impulsar una economía librecambista en todo el continente, un escenario que, en opinión de este periódico, obligaría a España a modificar toda su política económica⁷⁴. En el diario gubernamental *La Nación*, la periodista Irene de Vasconcellos estaba convencida de que los Estados Unidos de Europa provocarían un terremoto no sólo en el continente, sino también en la hegemonía del Estado-nación⁷⁵: “El noble proyecto de Briand consiste en unir los países europeos, substituyendo el interés colectivo del continente al interés particular de las formaciones nacionales que lo constituyen”.

⁷² “Los Estados Unidos de Europa”, *El Sol*, 11 de septiembre de 1929, pág. 1.

⁷³ “Dos tesis y una sola voluntad”, *El Sol*, 12 de septiembre de 1929, pág. 1. El Gobierno español se hizo eco de las dudas británicas gracias a Quiñones de León, que como representante español estuvo presente en el almuerzo organizado por Briand. Véase María Teresa MENCHÉN BARRIOS: “La actitud de España”..., pág. 420.

⁷⁴ “Los Estados Unidos de Europa”, *El Socialista*, 19 de septiembre de 1929, pág. 1. Citado en María Teresa MENCHÉN BARRIOS: “La actitud de España”..., pág. 421.

⁷⁵ Irene DE VASCONCELLOS: “Briand y los Estados Unidos de Europa”, *La Nación*, 10 de septiembre de 1929, pág. 10.

En un análisis posterior, el proyecto de Briand se entendió exclusivamente como un problema económico, y se afirmaba que, dada la modernización de España en los últimos años, el país ya no podía permanecer indiferente a este tipo de “convenios e inteligencias internacionales”⁷⁶. La cuestión de los Estados Unidos de Europa siguió estando presente en la prensa diaria, aunque a partir de octubre esta información quedó relegada a las páginas de política internacional hasta la publicación del esperado Memorándum en mayo de 1930.

8.3.2. *El Memorándum francés: la opinión de la prensa y el Gobierno*

El Gobierno francés imprimió el memorándum el 1 de mayo de 1930, pero no lo facilitó a los gobiernos europeos hasta casi tres semanas más tarde. En el espacio de tiempo que transcurrió entre el discurso de Briand y la entrega de este borrador, en España se había producido un hecho relevante que sería decisivo para su futuro inmediato: Primo de Rivera había presentado su dimisión a Alfonso XIII a finales de enero y, sólo mes y medio después, falleció en París⁷⁷.

La prensa española discutió el Memorándum después de que llegara a las dependencias del Ministerio de Estado en el Palacio de Santa Cruz el 17 de mayo de 1930, de la mano del embajador del país galo⁷⁸. Con anterioridad a esta fecha, aunque todavía se desconocía el contenido del texto, ya se apuntaron algunas de las limitaciones que tendría este proyecto. En el periódico republicano *La Voz de Menorca* se dejaba claro que, si una organización como los futuros Estados Unidos de Europa quería ser eficiente, tenía que ocupar parcelas que estaban reservadas en exclusiva a la soberanía nacional⁷⁹:

“Es necesario limitar y condicionar la soberanía de los Estados, para que se pueda organizar una vida internacional pacífica y sometida a normas jurídicas racionales, como es necesario

⁷⁶ “Paneuropeismo. La proyectada Federación económica europea”, *La Nación*, 19 de septiembre de 1929, pág. 1. Citado en María Teresa MENCHÉN BARRIOS: “La actitud de España”..., pág. 420.

⁷⁷ Desde 1928-1929, el Directorio Civil se había encontrado con varios obstáculos: el fallido anteproyecto de la nueva Constitución, las rebeliones republicanas y militares, la agitación universitaria o la crisis de la peseta, que se vio agravada tras la caída de la bolsa de Nueva York. A todos estos contratiempos hay que añadir que la relación entre Primo de Rivera y el monarca se había enfriado, hasta el punto que Alfonso XIII se lanzó a la búsqueda de un sustituto. El Dictador también había sopesado la posibilidad de abandonar su cargo, a causa de su delicada salud. Véase Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA: *La España de Primo de Rivera...*, págs. 153 y 373-379.

⁷⁸ “El memorándum europeo”, *ABC*, 18 de mayo de 1930, pág. 27.

⁷⁹ M.: “La paz del mundo. Los Estados Unidos de Europa”, *La Voz de Menorca*, 8 de mayo de 1930, pág. 1.

condicionar y reglamentar el ejercicio de la libertad de los ciudadanos para que estos puedan vivir en sociedad y disfrutar los beneficios de la civilización”.

Como si de un profeta se tratara, el autor vaticinó que los gobiernos rechazarían de plano el Memorándum francés para salvaguardar su independencia política: “Los políticos que administran los negocios nacionales no aceptarán el proyecto de los Estados Unidos de Europa por no ceder ni una parte de la soberanía”, y añadía que tendrían que ser los pueblos los que obligaran a sus gobernantes a crear una federación de Estados.

El mismo 17 de mayo, se publicó un extracto del Memorándum en la prensa francesa, y en los días posteriores se reprodujo en los principales rotativos españoles⁸⁰. Una vez que se tuvo conocimiento del texto, las opiniones fueron dispares. El miembro de la sección española de la Unión Paneuropa, Baldomero Argente, se mostró exultante⁸¹. Hablaba de “día memorable” en la historia de Europa, y afirmaba con rotundidad que el 17 de mayo sería recordado “como uno de los días genésicos de una nueva humanidad”. Del artículo de Argente se puede deducir que no había analizado en profundidad el texto del Memorándum –no hay alusiones directas a su contenido o sus apartados–, pero dejó interesantes reflexiones sobre el nacionalismo y su difícil encuadre en el europeísmo:

“desde el instante mismo en que se constituyeron las nacionalidades modernas que, en nuestro candor, creemos obra de la geografía o de la raza cuando son obra de la historia y de la fuerza, comenzó la tarea que habría de acabar con esas nacionalidades para articularlas y someterlas a una supernacionalidad, a una nacionalidad superior, a un organismo más amplio y elevado”.

Las naciones serían una especie de pecado original del viejo continente, y la federación europea, la forma de expiar estas culpas. Para Argente, el Memorándum simbolizaba el final de una época oscura en la que los nacionalismos y las guerras

⁸⁰ “El memorándum sobre la Unión federal europea”, *ABC*, 18 de mayo de 1930, págs. 39 y 41; “El proyecto Briand para la Unión Federal Europea”, *El Sol*, 18 de mayo de 1930, pág. 7; “El proyecto de Unión Federal Europea. El memorándum de Briand”, *La Vanguardia*, 18 de mayo de 1930, pág. 31; “M. Briand ha publicado ya su memorándum”, *El Imparcial*, 18 de mayo de 1930, pág. 1; “Ya se ha hecho público el proyecto del señor Briand sobre la federación de los Estados europeos”, *El Heraldo de Madrid*, 19 de mayo de 1930, pág. 3.

⁸¹ Baldomero ARGENTE: “La Federación europea”, *La Vanguardia*, 22 de mayo de 1930, pág. 7. Argente –que había sido ministro en uno de los gabinetes de Romanones– no formó parte de la primera junta directiva de la sección española de Paneuropa, aunque en mayo de 1930 se le identificó como uno de los miembros de este grupo. Véase “El memorándum Briand y el grupo español paneuropeo”, *ABC*, 24 de mayo de 1930, pág. 18.

habían copado todo el protagonismo. A partir de su publicación, por tanto, todo sería diferente: la “solidaridad entre pueblos” reemplazaría definitivamente a la “hostilidad” entre naciones.

En *ABC* se analizó a conciencia el contenido del Memorándum. Se destacó su carácter inspirador e innovador, pero al mismo tiempo existía el convencimiento de que tendría muy poco recorrido en la práctica. Como mucho, el editorialista le otorgaba una cierta viabilidad en el terreno económico, aunque el tono del editorial fue más bien neutro y aséptico⁸². Mucho más crítico se mostró *La Época*, que definió el proyecto de Briand como un intento generoso y simpático que debía entenderse como “una ampliación de Locarno”⁸³. Para el editorialista, los buenos propósitos del Gobierno francés no se correspondían con la realidad, y cuestionaba que se hablara de una federación europea sin el concurso de Rusia. Por otra parte, opinaba que la inclusión del Reino Unido y de su imperio desdibujaría claramente la idea de una unión europea, y se preguntaba si las colonias también estarían incluidas. El autor no tenía dudas de que esta idea estaba abocada al fracaso, y auguraba que no sería bien recibido en las cancillerías europeas. En cuanto a la posición que debía adoptar el Gobierno español, el editorialista le aconsejó –eso sí, con todo el respeto posible– que optasen por América, un valor seguro en la política exterior del país, en vez de embarcarse en aventuras inciertas:

“El punto esencial para España es otro: es el de que geográficamente somos un país europeo, pero espiritualmente somos, y aspiramos a ser cada día más, un país americano. Por tradición, por impulso del ideal, incluso por posibilidades económicas, España tiene que estrechar de día en día su contacto con América. Más que el paneuropeísmo nos interesa el hispanoamericanismo”.

Este mismo periódico recogió la opinión del Conde de Romanones, que se mostró favorable a que se creara una federación europea que garantizara la paz en el mundo y, al mismo tiempo, los intereses del continente. El expresidente del Gobierno, al igual que otros analistas, consideraba que los Estados Unidos de Europa sólo podrían funcionar desde un planteamiento estrictamente económico: “Si la federación europea

⁸² “El proyecto de Unión Europea”, *ABC*, 24 de mayo de 1930, pág. 15. Citado en María Teresa MENCHÉN BARRIOS: “La actitud de España”..., pág. 426.

⁸³ “La fórmula paneuropea de M. Briand”, *La Época*, 19 de mayo de 1930, pág. 1. El republicano Luis de Zulueta también aludió a esta mayor identificación de España con América, aunque abogó por la creación de unos Estados Unidos universales auspiciados por la SDN. Véase Luis DE ZULUETA: “El Memorándum de Briand. La Federación europea”, *El Sol*, 4 de junio de 1930, pág. 1.

no sirve para romper la cadena de las Aduanas, no sirve para nada”. Por si hubiera alguna duda, Romanones reconocía que el mayor obstáculo al que se enfrentaría este proyecto sería dejar intacta la soberanía nacional de cada país, un concepto al que profesaba un “respeto sagrado”⁸⁴.

En las páginas de *El Socialista* encontramos un análisis lleno de matices. Por un lado, se celebraba que se estuviese llevando a cabo un proceso integrador en Europa, aunque se dejaba claro –como habían hecho otros teóricos y políticos socialistas– que la aspiración del socialismo era universal. La federación europea sería sólo un primer paso. Sin embargo, el editorialista creía que este proyecto no acabaría realizándose por la fuerza de los intereses nacionalistas⁸⁵. En los días posteriores, este periódico siguió de cerca el debate sobre el Memorándum, al que se añadió León Blum. El dirigente del socialismo francés puso el acento en la cuestión de la soberanía y criticó la tibieza de Briand⁸⁶:

“Si las soberanías nacionales permanecen «a priori» intactas, las instituciones federales estarán necesariamente desprovistas de todos los poderes propios; si no poseen un rudimento de poderes propios por encima de la soberanía de los Estados, toda vida está retirada de ellas de antemano; no se puede ni aun concebir el desarrollo y el crecimiento de lo que será una forma vacía y no un organismo vivo”.

Sin lugar a dudas, *El Sol* fue el medio de comunicación que más atención dedicó a analizar el Memorándum. Este rotativo, por su carácter progresista y reformista, tenía muchas esperanzas puestas en este proyecto, y esperaba que, por lo menos, se pudieran realizar acuerdos en el plano económico. Tras la lectura del texto, el editorialista no pudo ocultar su decepción y lo calificó como “un paso pequeño, pero de posible firmeza”⁸⁷. A continuación, se preguntó por qué Briand había modificado sus planes iniciales: “De la proposición apuntada en septiembre del año pasado hay tanta distancia a la presentada ahora como va de la denominación Estados Unidos de Europa a la de

⁸⁴ Conde DE ROMANONES: “El proyecto de Federación Europea”, *La Época*, 27 de junio de 1930, pág. 1.

⁸⁵ “Hacia los Estados Unidos de Europa”, *El Socialista*, 23 de mayo de 1930. Citado en María Teresa MENCHÉN BARRIOS: “La actitud de España”..., pág. 426.

⁸⁶ León BLUM: “Los Estados Unidos de Europa. La noción de soberanía”, *El Socialista*, 30 de mayo de 1930, pág. 1. En un artículo posterior se insistía en la idea de la federación europea como un organismo carente de vida, una percepción que no cambiaría si no se nutría de “entusiasmo popular”. Se trata de una tesis similar a la defendida por Baldomero Argente. Véase “La Conferencia europea”, *El Socialista*, 11 de septiembre de 1930, pág. 1.

⁸⁷ “La federación europea”, *El Sol*, 21 de mayo de 1930.

Federación europea”. Seguidamente, criticaba la defensa de la “soberanía absoluta” y la independencia de los Estados que se hacía en el texto. En opinión de *El Sol*, esta no era “la Federación europea que se esperaba”, y ni mucho menos se podía considerar un contrapeso en lo económico a los Estados Unidos de América. En los posteriores editoriales, se destacó que el Memorándum había sido criticado tanto en prensa como en los Ministerios de Exteriores de la mayoría de los países. El *Foreign Office*, según se afirmaba en el editorial, le había dado el golpe de gracia al Memorándum. Posteriormente, en 1931, y con la crisis económica mundial en pleno auge, *El Sol* ya hablaba sin rodeos del fracaso de la federación europea⁸⁸.

El grupo español de Paneuropa también participó en este debate⁸⁹. En una de sus reuniones se acordó estudiar el Memorándum y también el Proyecto de convenio de Confederación Europea que había presentado Coudenhove-Kalergi unos meses antes⁹⁰. Además, se informó de que, por un cambio de fechas no previsto, no se pudo enviar una delegación española al II Congreso Paneuropeo que se estaba celebrando durante esos días en Berlín. Esta destacada ausencia, que se puede entender como otro síntoma más de la debilidad de esta organización en España, quedó en parte compensada por la activa participación del intelectual Eugenio d’Ors en este movimiento. En una de sus glosas, ahora publicadas en *ABC*, se ocupó en exclusiva del Memorándum Briand⁹¹. Xènius nunca había dejado de lado su interés por la idea de Europa, y ahora, después de quince años, había encontrado en Coudenhove-Kalergi y en Briand los dignos sucesores de su iniciativa de la unión moral de Europa. En opinión de D’Ors, la vocación internacional de un país constituía “el eje y, a la vez, el resorte de toda la política nacional”. Para el caso concreto de España, el intelectual catalán opinaba que el país se encontraba:

⁸⁸ Véanse los editoriales publicados en portada y titulados “La federación europea” de los días 7 de junio, 22 de julio de 1930 y 13 de enero de 1931. El último editorial llevaba el elocuente título de “El fracaso de la federación europea”, *El Sol*, 22 de enero de 1931, pág. 1.

⁸⁹ La actividad pública del grupo se había reducido desde la primavera de 1929. Además, existen más indicios de su precaria situación. Por ejemplo, en una reunión se acordó establecer una colaboración con el Comité español de Cooperación Europea, dirigido por Tomás Elorrieta y Alfonso Albéniz. Se trataba de un grupo que tenía todavía menos actividad que el comité español paneuropeo, si atendemos a su presencia en los medios. Véase “El comité español de la unión paneuropea”, *El Sol*, 25 de diciembre de 1929, pág. 6.

⁹⁰ “El grupo español de la Unión Paneuropa”, *La Vanguardia*, 22 de mayo de 1930. Hubo un cierto interés por el proyecto de Pacto Europeo de Coudenhove, pero pronto quedó en un segundo plano en cuanto se dio a conocer el Memorándum francés. Rivera Pastor fue el encargado de traducir el texto de Coudenhove. Véase “Asociación Española de Derecho Internacional”, *El Sol*, 3 de mayo de 1930, pág. 3. El único análisis en profundidad lo encontramos en “Los Estados Unidos de Europa”, *El Bien Público*, 15 de mayo de 1930, pág. 1.

⁹¹ Eugenio D’ORS: “Glosas. El memorándum de M. Briand”, *ABC*, 29 de mayo de 1930, pág. 6.

“desde el tiempo de los Reyes Católicos, en trance de conflicto y hasta de angustia, por la dificultad de conciliar en cada paso dos orientaciones, la que nos señala el centro de Europa y la que nos abre las rutas de África y de América, es decir, una misión continental con otra extracontinental”.

En su opinión, los españoles tenían que tomar partido por una de las dos orientaciones internacionales. D’Ors no tenía ninguna duda y se decantó por Europa, ya que su peso era “demasiado decisivo”. En este sentido, Xènius se oponía frontalmente a la doctrina, impuesta por Primo de Rivera, de privilegiar las relaciones con América y que había contado con el apoyo de medios de comunicación e incluso de miembros del grupo español paneuropeo. Para el intelectual catalán, que no entró a valorar el contenido del Memorandum, los Estados Unidos de Europa constituían una oportunidad única para que España pusiera en marcha una auténtica política europea, sobre todo porque, en su opinión, el Gobierno del general Berenguer tenía un talante más europeísta que el anterior⁹².

El Presidente de la Sección Española de la Unión Paneuropa tenía una opinión contraria a la de D’Ors. Eduardo Aunós valoró positivamente el Memorandum, si bien resaltaba que se trataba de un “esbozo muy amplio y parcial”⁹³. Sobre la posición que debía adoptar el Gobierno español, Aunós hacía la siguiente reflexión:

“Para España el problema tiene dos aspectos: uno derivado de su posición política en Europa; otro resultante de nuestra situación con respecto a los países de raza hispana. Ambas modalidades, a mi juicio, no son antitéticas, sino que se complementan armónicamente”.

Esta interpretación era, sin lugar a dudas, la más extendida dentro del grupo español de Paneuropa y en otros círculos⁹⁴. Por ejemplo, un diplomático anónimo preveía que, si se adhería finalmente a la Federación europea, España tendría muy en

⁹² Eugenio d’Ors siguió comentando la actualidad europeísta en sus glosas. En 1931 hablaba de la supranacionalidad y la cesión de soberanía como una forma de solucionar el problema catalán. Eugenio D’ORS: “Glosas. De la compatibilidad entre monarquía y república”, *ABC*, 19 de febrero de 1931, pág. 3. También lamentó, con gran pesar, que la visita de Coudenhove-Kalergi a Madrid hubiera pasado prácticamente desapercibida. ID: “Glosas”, *ABC*, 30 de abril de 1931, pág. 3. Coudenhove visitó Tánger, Ceuta, Cádiz, Sevilla, Córdoba y Madrid, y su periplo coincidió con la proclamación de la II República. En las semanas que pasó en territorio español se entrevistó con Fernando de los Ríos, el Duque de Alba y José Ortega y Gasset. Véase Richard COUDENHOVE-KALERGI: *Una bandera llamada Europa...*, págs. 123-125. Sobre la presencia de Coudenhove en España, véase también Emilio DE DIEGO: “Una percepción de la idea de Europa en España...”, págs. 321-322.

⁹³ Eduardo AUNÓS: “La nota Briand. Preliminares de la Unión Europea”, *La Nación*, 14 de junio de 1930, pág. 3.

⁹⁴ María Teresa MENCHÉN BARRIOS: “La actitud de España”..., pág. 428.

cuenta “los intereses culturales y los lazos sentimentales” que la unían con Hispanoamérica. El privilegiado emplazamiento geoestratégico de España hacía que fuese algo más que un país europeo⁹⁵:

“Somos, desde luego, un país europeo, pero nuestra situación y nuestra historia geográfica nos predestina a ser un lazo entre Europa y África, y sobre todo, entre Europa y Sudamérica. Lo mismo que Rusia es lazo entre Europa y Asia (por eso la llaman «país de Eurasia»). Somos «Euramérica»”.

Los miembros del grupo español de Paneuropa también discutieron sobre la respuesta que debería dar el gobierno y a finales de junio redactaron un informe sobre las observaciones que formulaban al memorándum Briand. El texto, redactado por Rivera Pastor, fue entregado en mano al subsecretario del Ministerio de Estado. De su contenido trascendieron algunos detalles⁹⁶: por ejemplo, el Comité criticaba la tibieza de Briand y cuestionaba el limitado poder con el que contaría el nuevo órgano europeo:

“la Federación europea no puede tener su órgano adecuado en una mera Conferencia permanente, sino en una organización internacional de nuevo tipo a la que corresponda un supremo poder de decisión”.

El Comité justificaba esta doctrina aludiendo a los textos de Francisco Vitoria y a la tradición de los tratadistas españoles sobre el derecho natural en los siglos XVI y XVII. Respecto al hispanoamericanismo, el grupo español no se movió ni un centímetro de su posición oficial y señaló que las políticas europea y americana eran perfectamente compatibles. Además, se recordaron una vez más las palabras de Coudenhove-Kalergi sobre el papel de España como enlace entre el continente americano y el africano. En cuanto a las consecuencias económicas de la federación europea, el Comité valoraba positivamente que el librecambismo y la unión aduanera estuvieran incluidos en el proyecto, ya que podrían contribuir a un mayor desarrollo de la industria española y del comercio exterior.

⁹⁵ Este razonamiento es muy similar a la reflexión que Coudenhove-Kalergi hizo sobre la decisiva contribución de España en Paneuropa. “España y Paneuropa. ¿Cómo contestará el gobierno”, *El Bien Público*, 23 de junio de 1930. (Artículo reproducido de *Las Provincias*). Este diplomático anónimo también se ocupó de analizar el Memorándum o la respuesta española. Véase “¿Qué pretende Briand con la Unión Paneuropea”, o “España y la Unión Europea”, reproducidos en las portadas de *El Bien Público* de los días 27 de junio y 8 de julio de 1930.

⁹⁶ “El grupo español paneuropeo y el memorándum Briand”, *ABC*, 29 de junio de 1930, pág. 28. Para el contenido del informe, véase “Sobre el memorándum de M. Briand”, *ABC*, 3 de julio de 1930, pág. 21.

El Gobierno entregó su respuesta en la Embajada de Francia en Madrid el 26 de junio por la tarde⁹⁷. Esto significa que las recomendaciones del Comité Español – enviadas el 28– no se tuvieron en cuenta, lo cual puede considerarse una evidencia más de la poca atención que el Gobierno dispensó a esta organización europeísta. Sobre el contenido de la respuesta, no hubo grandes sorpresas: el Gobierno acogía con interés la iniciativa, pero quiso marcar sus líneas rojas. En cuanto a los aspectos organizativos, el Ejecutivo español consideraba “esencial” que la futura Federación europea estuviera incluida en la Sociedad de Naciones –una cuestión que ya estaba contemplada en el Memorándum. Además, insistió varias veces en que cualquier cuestión relacionada con el funcionamiento interno de la federación –como el poder de la asamblea o el órgano ejecutivo– deberían reservarse para el encuentro que estaba programado para el mes de septiembre en Ginebra. Sobre el impacto que este proyecto pudiera tener en la política española, el Gobierno fue contundente: primero de todo, exigía que las relaciones con Hispanoamérica fueran competencia exclusiva de las instituciones españolas. En segundo lugar, también se reservaba cualquier actuación en las colonias.

El Ejecutivo español, como no podía ser de otra forma, hizo una defensa a ultranza de la soberanía nacional: “El principio de la soberanía absoluta y de la entera independencia política de los Estados no ha de sufrir menoscabo”. Si tenemos en cuenta que en el Memorándum se garantizaba la independencia y la soberanía de los Estados, esta alusión en la contestación española sugiere que el Gobierno español tenía bastantes dudas. En este análisis, apenas se incluyeron referencias a las consecuencias que la federación europea podría tener en la economía española, algo que sí se hizo en el informe del Comité español de Paneuropa⁹⁸.

En definitiva, se trataba de un texto aséptico y sin artificios, poco concreto, sin demasiadas propuestas y bastante conservador, sobre todo en lo que respecta a la soberanía nacional. En este sentido, hay que tener en cuenta que la postura de España no

⁹⁷ La respuesta del gobierno se puede encontrar íntegra en “Observaciones al memorándum de M. Briand”, *La Nación*, 28 de junio de 1930, pág. 17. Un análisis de la respuesta en María Teresa MENCHÉN BARRIOS: “La actitud de España”..., pág. 429-437. Las citas se han extraído de *La Nación*.

⁹⁸ De esta situación se ocupó el economista valenciano Román Perpiñá Grau en junio de 1930. En una conferencia aseguró que, con la federación europea, la “Europa agrícola” –a la que pertenecía España– sería conquistada por “la Europa industrial”, una situación que, lejos de ser un inconveniente, debería entenderse como una valiosísima oportunidad para España, ya que entraría a formar parte de un mercado común del que sólo se podrían sacar réditos positivos. Ramón PERPIÑÁ GRAU: *De economía crítica (1930-1936)*, Valencia, Institució “Alfons el Magnànim” - Diputació Provincial de València, 1982, págs. 87 y 110-114. María Teresa MENCHÉN BARRIOS: “La actitud de España”..., pág. 441.

fue diferente a la de otros países como Reino Unido o Italia, que también reclamaron, por encima de todo, que no hubiera interferencias en la independencia de los Estados.

8.3.3. Las propuestas europeístas españolas

En el debate que se generó en torno al Memorándum, otros colectivos o autores optaron por proponer otros modelos de organización europea, o simplemente aprovecharon para reflexionar sobre el futuro de Europa. En julio de 1930, la Sociedad de Estudios Políticos, Sociales y Económicos, publicó un folleto en el que se esbozaron las líneas generales de un proyecto de pacto federal europeo, que se presentaba como una alternativa al Memorándum francés. Al frente de esta Sociedad se encontraba Ángel Ossorio, exministro de Maura y cabeza visible de la oposición democristiana a la Dictadura. Según explicó Ossorio en su autobiografía, este grupo estaba formado por “un núcleo de hombres de temperamento conservador, pero bastante avanzados en materia social”⁹⁹. El propósito de esta Sociedad era opinar sobre cuestiones de actualidad bien diversas, como por ejemplo la política arancelaria, las bases para la reorganización judicial, la política de Antonio Maura, las necesidades forestales de España o la estabilización de la peseta.

En su estudio sobre la federación europea, la Sociedad de Estudios fue mucho más ambiciosa que el Gobierno español. En algunos aspectos, su idea de federación entre europeos también era más avanzada que el Memorándum francés. Para empezar, los autores se distanciaron del concepto de soberanía nacional, intocable para la práctica totalidad de los países europeos. Según el grupo de Ossorio, existía una¹⁰⁰

“necesidad (...) de superar el concepto de la soberanía absoluta del Estado y de insertarlo en una organización jurídica más amplia y superior, dotada de auténtica supremacía de competencia, que ordene pacíficamente la cooperación entre los pueblos más próximos unidos por inexorables exigencias de solidaridad”.

La Federación europea debía adquirir, por tanto, un carácter supranacional, y contar además con plena autonomía para poder decidir sobre aquellas cuestiones que

⁹⁹ Ángel OSSORIO Y GALLARDO: *Mis memorias, el abogado Ángel Ossorio y Gallardo*, Madrid, Tebas, 1975, págs. 131-132.

¹⁰⁰ VV.AA.: *La Federación Europea (Aportación al estudio de la propuesta de M. Briand)*, Madrid, Estudios políticos, sociales y económicos, nº12, 1930, pág. 9.

fuesen comunes a todos los Estados miembros. Este nuevo organismo internacional estaría incluido en la Sociedad de Naciones pero, a diferencia de lo que se proponía en el Memorándum francés, tendría un “carácter de grupo autónomo”. Además, la Sociedad de Estudios sugirió, al igual que hizo Coudenhove-Kalergi, que la SDN quedara dividida en zonas geográficas¹⁰¹. La Federación europea, por supuesto, sería una de ellas.

En cuanto a las líneas generales de su proyecto de pacto federal europeo, Ossorio y sus colaboradores tenían claro que debía tratarse de un “auténtico documento jurídico y no tan sólo una solemne manifestación y reconocimiento de principios generales”. La Federación tenía que entenderse, pues, como una “organización superestatal” –en ningún caso como un pacto intergubernamental– con un reducido “número de atribuciones” que sería ampliado con el tiempo¹⁰². Para la constitución de este organismo, sería necesario que el pacto fuera suscrito por un número de países cuya población conjunta fuera superior a 150 millones de europeos¹⁰³.

Sobre las instituciones de la Federación europea, la Sociedad de Estudios había contemplado cuatro órganos. A diferencia del Memorándum, las atribuciones de cada una de las instituciones estaban bien definidas. En primer lugar, una Asamblea legislativa considerada el “poder soberano de la Federación”. Estaría integrada por representantes de los órganos legislativos de cada uno de los Estados, y los acuerdos se alcanzarían por mayoría. Entre sus competencias estaría elegir y controlar el gobierno federal, debatir y aprobar los proyectos de ley presentados por el Consejo federal, y escoger a los miembros del Tribunal federal. Por su parte, el Consejo federal estaría formado por representantes propuestos por los gobiernos europeos. Sus miembros se encargarían de la preparación de proyectos de ley, solucionar los problemas que pudieran surgir entre el Gobierno de la Federación y los Ejecutivos de los Estados miembros, y por último controlar las decisiones de la Asamblea (el Consejo tendría derecho a veto, aunque con limitación en el tiempo). El órgano Ejecutivo de la unión europea recaería en el Gobierno federal, elegido por la mayoría de la Asamblea. Por último, el grupo de Ossorio también preveía la existencia de un Tribunal federal, cuyos

¹⁰¹ *Ibid.*, págs. 10-11.

¹⁰² *Ibid.*, págs. 11-12.

¹⁰³ *Ibid.*, págs. 16-17. Se consideraba europeo a todo Estado situado en el continente, lo que incluía también a las islas británicas, Irlanda e Islandia, e incluso abría la puerta a la inclusión de Turquía. Este apartado es prácticamente un calco del proyecto de Pacto Europeo que presentó Coudenhove-Kalergi en febrero de 1930. El conde austríaco puso un requisito mínimo de 120 millones, e incluyó a Gran Bretaña, Irlanda e Islandia, pero no a Turquía.

miembros serían escogidos por la Asamblea legislativa a partir de una lista propuesta por las universidades y los tribunales supremos nacionales. Su cometido se centraría en dirimir disputas jurídicas entre los Estados miembros, estudiar recursos de inconstitucionalidad o dictar sentencias de arbitraje¹⁰⁴.

A diferencia del Memorándum francés, la organización administrativa de la hipotética federación europea planteada por la Sociedad de Estudios, sería muy similar a la de un país democrático: la cámara legislativa tendría muchas atribuciones y contaría en muchas ocasiones con la última palabra en decisiones que se adoptarían¹⁰⁵. Seguramente, el grupo de Ossorio planteó esta cuestión como un alegato a favor de la democratización de la política española. El protagonismo del parlamento había sido, como se recordará, una de las principales reivindicaciones de los opositores que habían echado la vista a Europa.

Salvador de Madariaga también se interesó por la propuesta de Briand y, aunque no preparó un estudio tan pormenorizado como el de la Sociedad de Estudios Políticos, Sociales y Económicos, sí dejó algunas reflexiones interesantes. Para el diplomático español era evidente que los Estados Unidos de América se habían convertido, desde hacía ya tiempo, en el modelo para los europeístas. En su opinión, Europa estaba intentando imitar el progreso económico y político de los EE.UU. para, de algún modo, convertirse en un contrapoder de la gran potencia americana¹⁰⁶. Madariaga consideraba que el modelo europeo, un conjunto de Estados-nación sin ningún vínculo entre ellos, estaba anticuado; por eso, apeló a crear puentes entre los Estados europeos, tal y como se hizo en Norteamérica a finales del siglo XVIII¹⁰⁷:

“Let us abolish all this medieval nonsense. Let us turn to the future, imitate the United States, standardize, rationalize, produce and distribute in and for wide areas of thickly populated regions basking in unclouded prosperity. Let us federate and form the United States of Europe”.

Este deseo era, sin embargo, muy difícil de realizar por el problema del nacionalismo y porque Europa, en realidad, no era más que una abstracción. Según Madariaga, cualquier unión, ya fuese económica o política, tendría que estar precedida

¹⁰⁴ *Ibid.*, págs. 18-22. Muchas de estas propuestas eran también muy similares a las del texto de Coudenhove-Kalergi, sobre todo en las competencias de la asamblea legislativa y el tribunal federal.

¹⁰⁵ Este protagonismo de la Asamblea legislativa no estaba contemplado en el proyecto de Coudenhove-Kalergi, que contemplaba como cámara principal al Consejo federal.

¹⁰⁶ Salvador DE MADARIAGA: *Americans*, Freeport (N.Y.), Books for Libraries Press, 1930, pág. 116.

¹⁰⁷ *Ibid.*, pág. 118.

por una integración espiritual y moral entre todos los países¹⁰⁸. En otras palabras, se debía dotar de contenido a la palabra Europa, algo que no habían previsto ni Briand ni el Gobierno francés. A pesar de que veía con buenos ojos la idea de una solidaridad europea –por muy difícil que fuera–, Madariaga no terminaba de entender la obsesión de dividir al mundo en continentes, a los que consideraba una creación artificial. Más que buscar la unidad de Europa, el diplomático español pensaba en conciliar las corrientes continentalistas con el universalismo. En su opinión, por encima de cualquier ente regional debería estar siempre la SDN, garante de la que la universalidad permaneciera intacta. Si se añadía esta idea a los proyectos europeístas, se pondría punto y final a uno de los mayores problemas que, según Madariaga, tenía el europeísmo: entender una hipotética federación europea como un bloque defensivo contra la influencia y el poder de los Estados Unidos de América¹⁰⁹.

Pese a lo que se pueda pensar, José Ortega y Gasset no tuvo un protagonismo destacado en el europeísmo español de entreguerras. Hasta la década de los años veinte, en cambio, Ortega había participado activamente en el debate sobre la europeización de España, y algunas de sus intervenciones no habían pasado precisamente desapercibidas: por ejemplo, su definición de Europa como sinónimo de ciencia todavía está vigente en la actualidad, y su llamamiento a modernizar el país pasaba necesariamente por un mayor acercamiento a la Europa occidental. Con el inicio de la Primera Guerra Mundial, Ortega dejó en un segundo plano el concepto de Europa –como otros tantos autores– y se ocupó de cuestiones relacionadas con la filosofía o la política interior de España. Esto explica que el filósofo español no prestara atención a planteamientos europeístas como los de Coudenhove-Kalergi¹¹⁰. A finales de la década de 1920 escribió su famoso ensayo sobre “La rebelión de las masas”, que se publicó en los folletos de *El Sol* entre octubre y febrero de 1929¹¹¹. En esta serie de artículos, Ortega realizó un retrato psicológico de la sociedad occidental, y se ocupó de la irrupción del hombre-masa, que había desplazado a las minorías selectas del centro del tablero político. Apenas dos semanas después de haber publicado el último capítulo de “La rebelión de

¹⁰⁸ *Ibid.*, págs. 120-121.

¹⁰⁹ *Ibid.*, págs. 123-126.

¹¹⁰ Ortega y Coudenhove compartía un diagnóstico parecido con Coudenhove. Según Javier Zamora, los dos filósofos tenían claro que había un sustrato o un espíritu europeo común, y que Europa acabaría convertida en una federación de Estados para frenar la expansión del bolchevismo. La diferencia entre los dos estaba en el enfoque: mientras Coudenhove estaba preocupado por el presente y las cuestiones políticas, Ortega se centró en el futuro y en la idea de Europa. JAVIER ZAMORA BONILLA: “El mundo que pudo ser”..., págs. 24-26.

¹¹¹ JOSÉ ORTEGA Y GASSET: “La rebelión de las masas”..., pág. 19.

las masas” (que en el verano de 1930 ya se publicó como libro), Ortega reapareció con una nueva serie de artículos, esta vez con el propósito de contestar a la pregunta de “¿quién manda en el mundo?”¹¹². En estos artículos, el filósofo español abordó la crisis europea y se ocupó de la posible unión federal de los Estados europeos, pero en su análisis no nombró ni a Coudenhove ni a Briand. Ortega prefirió centrarse en las implicaciones filosóficas de una Europa unida, sin tener en cuenta proyectos políticos ni la opinión de los Gobiernos. La publicación de esta segunda parte en febrero de 1930 hizo que Ortega participara en diferido en el debate que se estaba produciendo en España.

Para Ortega, Europa seguía siendo la civilización hegemónica, es decir, la que seguía mandando en el mundo. La sensación, sin embargo, era muy distinta. En este sentido, culpaba directamente a Spengler, el autor de *La Decadencia de Occidente*, de haber dado pábulo al rumor del declive de la civilización europea. Este rumor, paradójicamente, podía abrir la puerta a la posibilidad de los Estados Unidos de Europa¹¹³. En realidad, aunque Ortega descartaba la desaparición de Europa, sí admitía que la división en pequeñas naciones del continente se había quedado obsoleta. En su opinión, el ciudadano europeo acababa de descubrir que¹¹⁴

“ser inglés, alemán o francés es ser provinciano. Se ha encontrado, pues, que es «menos» que antes, porque antes el inglés, el francés y el alemán creían, cada cual por sí, que eran el universo”.

Por eso el verdadero estado del continente tenía poco que ver con una decadencia irremediable o un estado melancólico. Su diagnóstico sobre la situación de Europa era el siguiente¹¹⁵:

“su magnífico y largo pasado la hace llegar a un nuevo estadio de vida donde todo ha crecido; pero a la vez las estructuras supervivientes de ese pasado son enanas e impiden la actual expansión. Europa se ha hecho en forma de pequeñas naciones. En cierto modo, la idea y el sentimiento nacionales han sido su invención más característica. Y ahora se ve obligada a superarse a sí misma”.

¹¹² Estos artículos forman la segunda parte de la *Rebelión de las Masas* desde la edición de 1947, aunque en ellos Ortega trató cuestiones diferentes a las abordadas en la serie original de la “Rebelión de las Masas” de los folletos de *El Sol*. *Ibid.*, pág. 269.

¹¹³ *Ibid.*, pág. 288.

¹¹⁴ *Ibid.*, pág. 301.

¹¹⁵ *Ibid.*, págs. 302-303.

Según Ortega, las fronteras habían sido un elemento determinante en la formación y consolidación de los Estados-nación, un proceso que se extendió durante todo el siglo XIX. En 1930, en cambio, el Estado-nación era mucho más que una simple delimitación geográfica. En un planteamiento similar al de Ernst Renan, Ortega y Gasset rechazaba cualquier interpretación esencialista de la nación, y subrayó la importancia de tener “un proyecto de empresa común”, aunque mirando más al futuro que al pasado¹¹⁶. Al contrario que el filósofo francés, que concedía una gran importancia al pasado compartido, Ortega tenía claro que las naciones tenían que estar más preocupadas de lo que aún estaba por hacer. Este voluntarismo es el que podía llevar a las naciones a perder peso en el futuro o a transformarse, ya que, como había quedado claro, no eran estructuras inamovibles o estancas. Ortega lo explicaba de esta manera:¹¹⁷

“Tendencia política tal avanzará inexorablemente hacia unificaciones cada vez más amplias, sin que haya nada que en principio la detenga. La capacidad de fusión es ilimitada. No sólo de un pueblo con otro, sino lo que es más característico aún del Estado nacional: la fusión de todas las clases sociales dentro de cada cuerpo político”.

Para Ortega, el futuro común constituía el factor esencial en cualquier nación o conjunto de naciones. Para demostrar su afirmación, ponía como ejemplo la relación entre España y las repúblicas de Centroamérica y Sudamérica. Los vínculos comunes existentes entre ellas –la raza, el pasado común o el idioma– eran insuficientes por la ausencia de un futuro o proyecto común que englobara a todos estos países¹¹⁸. En cambio, Europa sí ofrecía este proyecto común, a pesar de que cada unidad nacional contara con su propia lengua, evolución histórica u ordenamiento jurídico¹¹⁹:

“Los europeos no saben vivir si no van lanzados en una gran empresa unitiva. Cuando ésta falta, se envilecen, se aflojan, se les descoyunta el alma. Un comienzo de esto se ofrece hoy a nuestros ojos. Los círculos que hasta ahora se han llamado naciones, llegaron hace un siglo o poco menos a su máxima expansión. Ya no puede hacerse nada con ellos si no es trascenderlos”.

¹¹⁶ *Ibid.*, pág. 329.

¹¹⁷ *Ibid.*, págs. 329-330.

¹¹⁸ *Ibid.*, págs. 334.

¹¹⁹ *Ibid.*, pág. 342. Este fragmento y el siguiente no aparecen en el texto original, publicado en los folletones de *El Sol*, sino que forman parte del artículo “Peligro en Europa”, aparecido en *La Nación* de Buenos Aires el 20 de agosto de 1930.

Por tanto, la unificación de Europa debía entenderse como un nuevo paso en la evolución política de Occidente. No se trataba de que los Estados-nación desaparecieran –algo en lo que coincidía con Coudenhove-Kalergi o Briand– sino de llevar a cabo algo mucho más ambicioso: crear una supernación europea para que, de esta forma, desaparecieran de una vez todos los rumores sobre la decadencia y la falta de liderazgo de Europa¹²⁰:

“Sólo la decisión de construir una gran nación con el grupo de los pueblos continentales volvería a entonar la pulsación de Europa. Volvería ésta a creer en sí misma, y automáticamente a exigirse mucho, a disciplinarse”.

Como se puede comprobar, las ideas de Ortega se encontraban en las antípodas de la opinión oficial del Gobierno español, pero eran muy similares a los planteamientos de autores como Albornoz o Marcelino Domingo. “¿Quién manda en el mundo?” a menudo se ha interpretado como una crítica de Ortega a los totalitarismos fascista y comunista¹²¹; en nuestra opinión, debe entenderse también como un alegato europeísta que anticipó algunas de las posteriores reflexiones de Ortega sobre Europa en el futuro.

8.4. Europa y la Segunda República: notas para un epílogo

Algunos autores, entre ellos el escritor Santiago Vinardell, consideraban que España había perdido una oportunidad única para aproximarse definitivamente al ideal europeísta. La falta de compromiso de la opinión pública y el Gobierno, que reaccionó con frialdad ante el Memorándum de Briand y otras iniciativas, era la confirmación de que, a pesar de todo, los españoles todavía seguían alejados de Europa¹²²:

“El silencio español –y todos los silencios nacionales– ante el problema paneuropeo, nos hacen contraer, ante la Historia, una grave responsabilidad. Precisamente nuestra neutralidad durante la guerra nos coloca en un plano ideal para exponer libremente nuestros puntos de vista sin peligro de rozar las suspicacias fundadísimas, que el Tratado de 1919 ha hecho nacer entre los pueblos

¹²⁰ *Ibid.*, pág. 343.

¹²¹ Jordi GRACIA: *José Ortega y Gasset...*, pág. 447.

Ortega explicó en “Peligro de Europa” que la gran nación europea era la única forma de hacer frente “al plan de cinco años”, en alusión a los planes quinquenales de la URSS. Véase José ORTEGA Y GASSET: *La Rebelión de las masas...*, pág. 346.

¹²² Santiago VINARDELL: “El silencio español”, *La Vanguardia*, 19 de marzo de 1931, pág. 7.

que lucharon. Pero cabe sospechar si el ideal de una nueva Europa no nos vendrá grande a nosotros, que sistemáticamente rehuimos las luchas que hace siglos entablaron otros pueblos por la libertad”.

Apenas un mes después de la publicación de este artículo, se proclamó la Segunda República. Para muchos era la culminación de una vieja aspiración. La república estaba asociada a un cambio de régimen, a la democratización del país y a la posibilidad de emprender las reformas que muchos consideraban pendientes.

8.4.1. El último suspiro del europeísmo español

La Segunda República, a pesar de lo que se pueda pensar, no contribuyó a crear un contexto más favorable para el europeísmo, entre otras cosas porque esta corriente ya estaba en franca decadencia. Tras el fracaso de su proyecto europeísta, que se encontraba estancado en una comisión de estudios de la SDN, la carrera política de Aristide Briand no pasaba por su mejor momento. Había decidido presentarse a presidente de la república francesa, pero en mayo de 1931 fue derrotado por el radical Paul Doumer. Briand regresó a Ginebra, donde ocupaba el cargo de delegado francés de la SDN. La derrota de Briand fue interpretada por algunos analistas como un contratiempo más para su proyecto. Así, por ejemplo, el periodista Fabián Vidal llegó a afirmar que la “causa de la paz de Europa” había perdido una importante batalla. Unos meses más tarde, la invasión japonesa de Manchuria hacía saltar por los aires el plan Briand-Kellogg y también la credibilidad del político francés, que en aquel momento era el presidente del Consejo de la SDN¹²³. Si Briand no era capaz de solucionar una disputa territorial entre China y Japón, quizás no era el hombre más indicado para llevar a cabo la unidad de veintisiete países europeos. Con su iniciativa herida de muerte, Briand falleció en marzo de 1932, después de una larga enfermedad¹²⁴.

A pesar de que la idea de Europa se encontraba en horas bajas, hay que destacar que unos pocos autores se resistían a abandonar la posibilidad de ver algún día realizados los Estados Unidos de Europa. Uno de ellos fue Marcelino Domingo que, en la misma semana del fallecimiento de Briand, todavía seguía defendiendo que el futuro

¹²³ Norman DAVIES: *Europe. A History*, Londres, Pilmico, 1997, pág. 951.

¹²⁴ El diario *ABC* le dedicó un artículo de fondo a tres columnas y lo definió como un “apóstol de paz” que supo “armonizar su ardiente patriotismo francés con un elevado sentido de europeísmo y con el amor a la humanidad”. Véase “Ayer falleció en París Aristides Briand, el «Apóstol de la paz», *ABC*, 8 de marzo de 1932, pág. 15.

pasaba irremediamente por la formación de un “superestado” europeo que no tendría como base “la soberanía cerrada de los antiguos Estados”, sino que funcionaría como la “copartición de varias soberanías en una obra supranacional”¹²⁵. Joan Estelrich también siguió involucrado en los movimientos europeístas y, de hecho, fue el responsable de la sección de las nacionalidades del III Congreso Paneuropeo celebrado en Basilea¹²⁶. Estelrich fue el único representante español, lo cual evidenciaba que la sección española de Paneuropa era cada vez más irrelevante. Por su parte, el periodista Andrés Révész seguía haciendo propaganda a favor de la Unión Paneuropea, pero no podía ocultar su preocupación hacia el nazismo o los nacionalismos excluyentes, dos corrientes que estaban provocando que Europa, “en vez de tender hacia la unidad”, marchara “cada día más hacia la diferenciación”¹²⁷.

8.4.2. La paradoja de la Segunda República: con Europa y sin Europa

En el Gobierno provisional de la república española, constituido el 14 de abril de 1931, coincidieron algunos de los autores que desde 1914 habían reflexionado, en mayor o menor medida, sobre la idea de Europa. Estaban los aliadófilos Manuel Azaña y Alejandro Lerroux, que durante la Gran Guerra encontraron en Francia el referente de la modernización de España. Además, se encontraban los intelectuales Marcelino Domingo y Álvaro de Albornoz, quienes durante la Dictadura de Primo de Rivera enarbolaron la bandera de Europa como símbolo de las libertades democráticas. Por último, en este gobierno provisional también hubo sitio para Lluís Nicolau D’Oliver, uno de los mayores expertos sobre la Unión Paneuropea y los movimientos internacionalistas durante los años veinte.

Sin embargo, que cinco ministros –de un total de once– fueran europeístas, no era ni mucho menos garantía de que la Segunda República se convirtiera en defensora del proyecto federal de Briand, entre otras cosas porque, a estas alturas, ningún

¹²⁵ “Conferencia política de don Marcelino Domingo”, *El Sol*, 12 de marzo de 1932, pág. 8.

¹²⁶ Véase “El congreso europeo”, *La Vanguardia*, 9 de octubre de 1932, pág. 11; “El congrés europeu”, *La Veu de Catalunya* (Edición de la tarde), 10 de octubre de 1932 pág. 3. Posteriormente, Estelrich también participó en el “II Convegno Alessandro Volta”, un evento fascista organizado en Roma en el mes de noviembre de 1932. Su intervención, que se centró en la idea filosófica de Europa y en el papel que tendrían que jugar las naciones en el proyecto de unificación europea, se recogió en un pequeño libro. Joan ESTELRICH: *Algunas reflexiones sobre el tema europeo*, Roma, Reale Academia d’Italia, 1933. Sobre este giro fascista de Estelrich, véase Xosé Manoel NÚÑEZ SEIXAS: *Internacionalitzant el nacionalisme...*, pág. 221.

¹²⁷ Andrés RÉVÉSZ: “Paneuropa y Europa desunidas”, *Blanco y Negro*, 23 de diciembre de 1934, pág. 242.

Gobierno europeo lo hacía. Durante los primeros compases de la República, parecía que la política exterior de España iba a continuar siendo la misma. Así lo dio a entender Alejandro Lerroux que, como ministro de Estado, asistió en Ginebra a la sesión del mes de mayo de la comisión de estudios sobre la Unión Europea. Aunque manifestó “su simpatía” por los asuntos europeos y la labor desarrollada por Briand, recalcó que Hispanoamérica seguía gozando de un trato privilegiado por parte de la diplomacia española¹²⁸.

Durante el bienio social-azañista, el Gobierno español mostró una disposición nunca antes vista para colaborar con la SDN, una postura lógica si tenemos en cuenta que muchos intelectuales habían apoyado a esta institución desde incluso antes de su creación¹²⁹. Gracias al empeño de Fernando de los Ríos, Luis de Zulueta y Salvador de Madariaga, España modificó su política exterior, que ahora tendría una orientación pacifista y neutralista¹³⁰. También hubo un acercamiento a Europa, una circunstancia novedosa que se concretó en dos iniciativas: en primer lugar, promovió la colaboración entre las pequeñas potencias europeas a través del llamado “grupo de los ocho”, formado por España, Bélgica, Holanda, Suiza, Suecia, Finlandia, Noruega, y Checoslovaquia. Esta agrupación informal de Estados se caracterizaba por su vocación de neutralidad –la mayoría habían sido neutrales durante la Gran Guerra– y por su defensa tanto del liberalismo como del pacifismo¹³¹. Además de esta actuación, el Gobierno español también lanzó la idea de crear un “Locarno mediterráneo” que afectara a Francia, Reino Unido e Italia, aunque no se descartaba ampliar su campo de actuación al Mediterráneo occidental. Este cierto protagonismo de España en la diplomacia de la SDN se interrumpió a partir de 1933: la coalición radical-cedista, que había ganado las elecciones de septiembre, no tenía tanto interés en desarrollar esta política exterior. Por otro lado, también hay que tener en cuenta que la llegada de Adolf

¹²⁸ María Teresa MENCHÉN BARRIOS: “La actitud de España”..., pág. 443.

¹²⁹ Muchos de los intelectuales afectos a la república –Azaña, Zulueta, Araquistáin o Pérez de Ayala, habían firmado el manifiesto de la Unión Democrática Española en noviembre de 1918 en el que reclamaban una participación del país en la futura Liga de Naciones. Ahora, cuando por fin había habido un cambio de régimen, estos intelectuales continuaron con su compromiso con la Sociedad de Naciones. Véase José Luis NEILA HERNÁNDEZ: “La política exterior en la España republicana (1931-1936): Excepcionalidad y normalidad historiográfica”, *Studia histórica, Hª Contemporánea*, 22 (2004), pág. 54. (47-83)

¹³⁰ En la Constitución republicana se renunciaba a la guerra como instrumento de política internacional (artículo 6), una aspiración que procedía del pacto Briand-Kellogg. Por otro lado, en el siguiente artículo, se estipulaba que el Estado español acataría las normas emanadas del derecho internacional. Véase Francisco QUINTANA NAVARRO: *España en Europa, 1931-1936*, Madrid, Editorial Nerea, 1993, págs. 26-31.

¹³¹ Véase Ángeles EGIDO LEÓN: “Pacifismo y europeísmo”, en ID (ed.): *Memoria de la Segunda República. Mito y Realidad*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2006, págs. 257-258.

Hitler al poder ese mismo año, tuvo consecuencias muy negativas en el escenario internacional de la década de los treinta¹³².

Por las circunstancias que se han explicado previamente, el Gobierno español apenas tuvo tiempo de estudiar el proyecto europeísta que había impulsado Briand. A partir de 1932, los planteamientos europeístas no tardaron en caer en el olvido, y sólo los siguieron defendiendo unos pocos intelectuales. Si en el pasado había existido alguna posibilidad de poner en cuestión el paradigma del Estado-nación, ahora era imposible: gracias a la escalada armamentística y a la tensión internacional, los planteamientos nacionalistas y excluyentes estaban viviendo una nueva edad de oro.

Muchos de los europeístas españoles que desde 1914 habían soñado con una Europa unida, o con ampliar el concepto de soberanía nacional, ocupaban ahora cargos de responsabilidad. Gracias al empeño de Azaña, De los Ríos o Zulueta, la política exterior de la España republicana –al menos durante su primer bienio– se pudo enfocar hacia la paz de Europa. Sin embargo, debido al contexto que les había tocado vivir en la década de los treinta, durante la Segunda República no se pudo escuchar el pensamiento europeísta –quizás todavía demasiado embrionario– de este grupo de reformistas, republicanos y antiguos aliadófilos. En cambio, la distancia entre España y Europa sí se había acortado sustancialmente desde 1931. Si entendemos la europeización como la homologación política con el resto de los países de Europa, se puede decir que aquel anhelo compartido por Joaquín Costa, el primer Maeztu, Unamuno, Ortega y muchos otros, se había logrado al fin.

¹³² *Ibid.*, pág. 262.

CONCLUSIONES

La evolución del europeísmo en España entre el inicio de la Primera Guerra Mundial y el advenimiento de la Segunda República ha centrado este trabajo. Para ello, hemos planteado dos niveles de análisis. El primero de ellos está relacionado con un plano teórico y macrohistórico. El segundo, en cambio, tiene que ver con el desarrollo cronológico del europeísmo español y sus características generales.

Después de haber consultado gran parte de la bibliografía especializada sobre el europeísmo en general, no tardamos en identificar un importante problema: la falta de rigor a la hora de definir el concepto de Europa, sobre todo en las monografías que se publicaron entre 1950 y 1990. En muchas ocasiones se omitió cualquier reflexión teórica. En otros casos, sencillamente se ofreció una definición plagada de estereotipos y lugares comunes que tomaba como referencia el éxito de la actual Unión Europea. Afortunadamente, esta situación ha empezado a cambiar a partir de la última década del siglo XX.

Creemos, sin embargo, que, pese a estos avances, hay que seguir insistiendo en la precisión terminológica. Como se ha visto en el capítulo primero, Europa debe entenderse como un concepto dinámico y en constante evolución que, desde las últimas décadas del siglo XIX, ha estado íntimamente ligado al desarrollo de los Estados-nación o las comunidades nacionales. Esto explica que la imagen de Europa en España sea distinta a la de otros países, una circunstancia que es todavía más evidente en el marco cronológico escogido. Por tanto, la relación entre el ámbito general y el particular es clave para seguir avanzando en la correcta comprensión de un término tan complejo como el de Europa. Por eso, confiamos en que este trabajo contribuya a abrir nuevas perspectivas en el campo historiográfico, aunque para ello también es necesario que surjan estudios similares sobre otros países. Sólo a través del análisis comparado de las distintas realidades nacionales, será posible tener una imagen nítida de la evolución de este concepto durante este periodo.

Para favorecer este enfoque, hemos propuesto una nueva narrativa de la historia de Europa, basada en el protagonismo de los Estados-nación –lo que incluye los múltiples conflictos bélicos que salpicaron la historia de Europa–, pero también en los espacios transnacionales que se han ido construyendo. En principio, este marco teórico estaría pensado para un enfoque político, aunque también se podría utilizar para otro tipo de investigaciones relacionadas con la historia social o cultural.

El deseo de crear una Europa unida ha sido, sin lugar a dudas, una de las grandes líneas de pensamiento político de la contemporaneidad. Aunque pueda parecer que fue consecuencia directa de la Segunda Guerra Mundial, las raíces del europeísmo son mucho más profundas y abarcan varios siglos. Sin embargo, no será hasta el siglo XIX cuando el pensamiento europeísta inicie una renovación gradual que culminó en 1914, año en que cambiaría para siempre. Con la Primera Guerra Mundial, el europeísmo redefinió sus objetivos: en primer lugar, el utopismo, tan habitual en los planteamientos anteriores, se difuminó de tal manera que unos años después había prácticamente desaparecido. En segundo lugar, la gran mayoría de autores europeístas apostaron por un modelo federal –que a menudo se concretó en la aspiración de los Estados Unidos de Europa–, aunque también se llegaron a plantear soluciones de tipo confederal. Fuera de una forma o de otra, los proyectos europeístas propuestos a partir de la Gran Guerra se caracterizaron por impulsar una nueva distribución de la soberanía política y una modificación del equilibrio político del viejo continente. El europeísmo se concretó, por tanto, como una corriente que trató de limitar el poder de los Estados-nación, si bien sus seguidores nunca contemplaron la posibilidad de reemplazar este paradigma. Sobre esta cuestión, hay que tener en cuenta que las posibilidades reales para construir una Europa unida fueron muy remotas, al menos hasta la segunda mitad del siglo XX.

Desde este europeísmo renovado se abogó por el mantenimiento de la paz, y al mismo tiempo se promovió la unidad política y económica del continente. De esta forma, pensaban sus seguidores, se podría contrarrestar la pujanza de otros territorios, como los Estados Unidos de América. Esta corriente también se caracterizó por su carácter minoritario y su vinculación con las élites, una circunstancia que, en nuestra opinión, no se ha subrayado lo suficiente. En relación con este último aspecto, el europeísmo –a pesar de haber sido una pieza fundamental del pensamiento político occidental– estuvo eclipsado por las corrientes nacionalistas, e incluso por movimientos totalitarios y antidemocráticos durante los años analizados. Por eso, en algunos momentos, actuó como una tercera vía, es decir, se convirtió en la alternativa de buena parte de los partidarios de la democracia liberal para combatir los extremos y la ausencia de libertad en algunas zonas de Europa.

En el segundo nivel de análisis nos hemos ocupado de la evolución del europeísmo en España entre 1914 y 1931. Primero de todo, hay que señalar que este interés por Europa ya existía anteriormente. Por ejemplo, podemos encontrar reflexiones europeístas en la primera mitad del siglo XIX, o durante la revolución de 1868. Sin

embargo, fue tres décadas después, a partir del “Desastre” de 1898, cuando empezó a propagarse el pensamiento europeísta, aunque sin estar aún completamente desarrollado. Tras la pérdida de las últimas colonias de ultramar, una parte de la intelectualidad española convirtió a Europa en un elemento simbólico, en un referente para el presente, y –lo que todavía fue más importante– en un proyecto de futuro. Las continuas llamadas a la europeización –o modernización– del país fueron, en realidad, los gritos desesperados de dos generaciones –las del 98 y el 14– que vieron con preocupación el porvenir de una España atrasada en multitud de aspectos.

Este europeísmo incipiente –que en un primer momento fue sinónimo únicamente de europeización, tal y como se ha explicado en el segundo capítulo– adoptó en 1914 su forma definitiva. A partir de ese momento, el núcleo del europeísmo español ha estado compuesto de dos elementos complementarios, cuya importancia ha ido oscilando según el contexto político nacional e internacional: el primer elemento se basa, en realidad, en la necesidad de homologar al país con el progreso europeo para frenar su decadencia. En segundo lugar, con el inicio de la Gran Guerra se incorporó una mirada exterior, centrada en la posibilidad de una unión entre países europeos. Se trata de un marco interpretativo que puede utilizarse con las demás tradiciones europeístas españolas –como la que surgió a partir de los años 60–, aunque, como es lógico, en este trabajo sólo nos hemos centrado en el primer europeísmo que nació con la Gran Guerra.

Las características del europeísmo español entre 1914 y 1931 fueron las siguientes: nos encontramos, primero de todo, con una corriente de pensamiento que, en líneas generales, tuvo bastante arraigo en movimientos regeneracionistas y en partidos extradinásticos con tradición democrática como el partido reformista, así como en algunas facciones republicanas o en el Partido Socialista. En segundo lugar, otra de sus peculiaridades es que fue manifiestamente elitista, ya que la mayor parte de sus representantes procedían de los ámbitos intelectuales o políticos. Esta circunstancia no fue exclusiva de España y se repitió en el occidente europeo, aunque con un importante matiz. En algunos Estados –como Francia, Austria o Alemania–, el europeísmo se constituyó como un movimiento político más o menos organizado, al que incluso se incorporaron miembros de las clases medias y las profesiones liberales. Por último, hay que ser conscientes de que, en cualquier caso, esta corriente tuvo un impacto muy limitado en España, debido principalmente a tres razones: la hegemonía de los discursos nacionalistas –sobre todo aquellos que anteponían la tradición histórica y cultural a un

proyecto de futuro en común–, el escaso interés de los diferentes ejecutivos y, por último, la tradicional preferencia por otras áreas geopolíticas como Hispanoamérica, con la que España tenía mayores vínculos culturales y diplomáticos

A pesar de que el Gobierno de España declaró la estricta neutralidad y no participó en el conflicto mundial, la Gran Guerra entró de lleno en el mundo intelectual y político. La polémica entre aliadófilos y germanófilos –a la que se ha dedicado gran parte del tercer capítulo– fue mucho más que un enfrentamiento ideológico enmascarado por la contienda. En nuestra opinión debe interpretarse también como una discusión sobre la España del futuro y el modelo exterior a adoptar. Aliadófilos y germanófilos miraron a Europa, pero cada uno a su manera y teniendo siempre en cuenta las coordenadas ideológicas en las que se movían. Para los primeros, Francia y, en menor medida, Reino Unido, se convirtieron en el espejo en el que España debería mirarse. Los germanófilos, en cambio, alabaron el progreso técnico y la disciplina del imperio alemán. Los europeístas se situaron, en general, en la órbita aliadófila, y optaron por hacer una lectura interna, basada principalmente en la europeización del país. En el ámbito germanófilo, sólo unos pocos coincidieron en que España necesitaba una europeización –basada, por supuesto, en el modelo alemán–; la gran mayoría se declaró abiertamente antieuropeísta.

En este esquema general también se ha incluido la lectura que se hizo de la Gran Guerra desde Cataluña. Aunque en este territorio también existió la división entre aliadófilos y germanófilos, el nivel de crispación no fue tan elevado como en el resto de España. Ambas facciones tenían claro que el resultado de la contienda podía tener un impacto positivo en las aspiraciones autonomistas de Cataluña, e incluso algunos intelectuales llegaron a plantear que, en el futuro, el Estado-nación se vería superado por grandes agrupaciones de países, lo cual podría ser beneficioso para la visibilidad internacional del catalanismo. En este trabajo nos hemos ocupado del desarrollo específico del europeísmo en Cataluña durante la Gran Guerra y la década posterior. Se trata de una región que contó con un importante movimiento nacionalista – sin duda el más avanzado de todas las provincias periféricas– y una cantidad de reflexiones sobre Europa cualitativamente superior a la media estatal. Por su menor desarrollo y también por la escasez de fuentes, apenas se ha tratado la vinculación del nacionalismo gallego o vasco con el europeísmo. A diferencia de Cataluña, en estos territorios apenas se plantearon reflexiones o iniciativas relevantes. Sin embargo, es bastante probable que, si se realiza un estudio pormenorizado a través de la prensa escrita, se encuentren

algunos ejemplos similares a los del caso catalán, ya que una gran parte de los nacionalismos sin Estado durante los siglos XIX y XX tuvo en el horizonte la posibilidad de una Europa unida.

A diferencia de lo que ocurriría en la década de 1920, la idea de una Europa unida ocupó un lugar secundario dentro del ámbito europeísta durante la Primera Guerra Mundial. De hecho, si atendemos a las reflexiones de algunos autores españoles –por ejemplo en algunos artículos de Araquistain o Maeztu, analizados en el cuarto capítulo– todavía podemos encontrar una buena dosis de idealismo. Sin embargo, esta circunstancia no fue obstáculo para que esta cuestión gozara de un cierto interés, gracias especialmente a Eugeni d’Ors, uno de los autores más activos del ámbito europeísta, tanto dentro como fuera de España. El intelectual catalán se alejó desde el primer momento de la división entre aliadófilos y germanófilos, y exploró otro tipo de interpretación en la que defendió, por encima de todo, la indisoluble unidad de Europa y el mantenimiento del núcleo espiritual que, según él, formaban Francia y Alemania desde el Imperio Carolingio. Así, a finales de 1914, Xènius puso en marcha su *Comitè d’Amics de la Unitat Moral d’Europa*, y unos meses después publicó el primer número de la revista *Els amics d’Europa*. Se trataba de una iniciativa pionera que, aunque tuvo un impacto limitado y se encontró con muchas dificultades, debe considerarse como la principal aportación española al pensamiento europeísta durante la Primera Guerra Mundial.

Tras finalizar la Gran Guerra, el frágil pensamiento europeísta español vivió un pequeño periodo de oscuridad e incertidumbre. La irrupción del universalismo –como se ha explicado en el capítulo quinto– frenó la evolución del europeísmo en general, no sólo en el territorio español. Otro factor a tener en cuenta es el cambio en el diagnóstico sobre la decadencia del país: aunque con algunos matices, la modernización en España había ido avanzando a paso lento desde 1898, especialmente en grandes ciudades y núcleos urbanos. Como consecuencia de ello, los llamamientos a la europeización perdieron parte de su fuerza, aunque no desaparecieron del todo, ya que reaparecían recurrentemente, como en la crisis humanitaria de Las Hurdes o el desastre militar de Annual en vísperas de la Dictadura de Primo de Rivera. Por su parte, la idea de la unidad de Europa tampoco se había consolidado en los discursos políticos próximos al regeneracionismo o al nacionalismo cívico. El horizonte de un continente unido interesaba más bien poco, y esto fue debido a la ausencia de grandes proyectos transnacionales –una situación que cambiaría en 1926– y, especialmente, a la

neutralidad que el gobierno español mantuvo durante la Primera Guerra Mundial. A partir de 1918, España se encontraba aislada –y también ignorada– en el tablero internacional. Por este motivo, se tenía la sensación de que el contexto europeo apenas iba a influir en la situación interna de España. Un tercer factor de esta crisis del pensamiento europeísta lo encontramos en la pérdida de prestigio del concepto de Europa. Si antes de la guerra fue un referente para muchos autores, después del conflicto no tardaron en aflorar las dudas, tanto dentro como fuera del continente. La civilización europea se vio sumida en una crisis de la que tardaría años en recuperarse. En este sentido, no es casualidad que durante esos años muchos europeístas españoles realizaran viajes a América para explorar otros modelos alternativos al del viejo continente. Valores como la idea de progreso, la democracia o la modernidad empezaron a ponerse en duda, y Europa dejó de ser un referente para muchos autores. En la creación de este estado de ánimo fue decisivo el éxito de Spengler y su obra *La decadencia de occidente*, cuya relevancia en España hemos analizado en el siguiente apartado.

Con la Dictadura de Primo de Rivera se abrió una nueva etapa dentro del europeísmo español. A las dificultades del periodo 1918-1923 hay que añadir que el final del sistema de la Restauración vino acompañado de una importante revitalización del discurso nacionalista de tipo esencialista. La principal consecuencia de este hecho fue la eclosión del pensamiento nacional-católico que, una década después, se convertiría en el sostén ideológico del régimen franquista. Los partidarios de Europa quedaron, por tanto, en una situación más precaria todavía. El régimen primorriverista –del que hemos analizado sus orígenes y su discurso nacionalista en el capítulo sexto–, renegó del discurso europeísta. Las influencias exteriores no tenían cabida en su discurso oficial, salvo las que procedían de Italia. Sin embargo, a pesar de este escenario claramente desfavorable, se produjo un resurgir del europeísmo. La mayoría de autores próximos a la idea de Europa habían quedado desorientados después de la guerra. Algunos, de hecho, no tenían nada claro que Europa pudiera seguir siendo un referente, pero durante la Dictadura de Primo de Rivera –básicamente en los primeros años–, este concepto recuperó todo su sentido político. La oposición al régimen utilizó las tribunas brindadas por la prensa más crítica para realizar una defensa a ultranza del parlamentarismo y de la democracia, cuestiones que muy pronto se asimilaron a la idea de Europa. Francia y Reino Unido seguían siendo los principales referentes del concepto de Europa, al que se incorporó de nuevo Alemania. Se trataba, por tanto, de un

discurso en el que despuntaba de nuevo la europeización, es decir, el deseo de equiparar a España con los países europeos que se situaban en la esfera de la democracia liberal. A principios de los años veinte, los principios liberales y democráticos estaban entredicho en el viejo continente –sobre todo por la influencia del régimen fascista de Mussolini en Italia– y los intelectuales europeístas no tardaron en tomar partido. En cambio, la idea de la unidad europea apenas fue tenida en cuenta hasta unos años después.

Los años del régimen primorriverista encierran, además, una curiosa paradoja: a partir de 1926, el europeísmo y la posibilidad de organizar una hipotética unión europea alcanzaron unas cotas de popularidad nunca antes vistas en España. Esto se debió a la puesta en marcha de los proyectos europeístas más representativos de este periodo, es decir, las iniciativas lideradas por el conde Coudenhove-Kalergi y por Aristide Briand. Su incidencia en España se ha tratado, respectivamente, en los capítulos séptimo y octavo. A partir de este momento, el pensamiento europeísta español se centró mucho más en el aspecto exterior y en la posibilidad de crear un espacio común europeo. El futuro y el progreso de España estarían, por tanto, ligados a estos proyectos. Además de este cambio, también se aprecia un mayor interés sobre los aspectos económicos, en detrimento de enfoques más políticos o basados en valores culturales o identitarios.

Sobre la Unión Paneuropea y el Memorándum Briand hay que destacar tres aspectos: en primer lugar, pese a que no llegaron a buen puerto, son esenciales para comprender la trayectoria del europeísmo después de 1945. Por ejemplo, ambos proyectos contenían propuestas, como la adopción de una moneda europea o la creación de un mercado común, que no han sido una realidad hasta hace relativamente poco. En segundo lugar, se trata de formulaciones europeístas mucho más concretas, basadas en la integración política y en la colaboración económica. Por último, hay que insistir en que ni Coudenhove ni Briand intentaron eclipsar al Estado-nación; simplemente intentaron crear nuevas estructuras que fueran complementarias, nunca antagónicas.

La Unión Paneuropea tuvo un recorrido muy limitado en la España de Primo de Rivera, y en la Segunda República su incidencia fue prácticamente testimonial. Este proyecto no interesó a los principales intelectuales europeístas, probablemente porque el pragmatismo de Coudenhove-Kalergi chocaba frontalmente con el mayor idealismo de, por ejemplo, Luis Araquistain o Marcelino Domingo. En relación con este aspecto, no es casualidad que los miembros de la primera junta directiva del grupo español de Paneuropa carecieran de esta tradición europeísta. Aunós, Rivera Pastor y los demás

estaban más centrados en profundizar en el pensamiento corporativista. Si se ahonda un poco más en sus biografías políticas, resulta evidente que la gran mayoría de este grupo se interesó por el europeísmo por puro pragmatismo y no tanto por convicciones políticas. Además, aunque en principio fue creado para dar a conocer las bondades de un continente europeo unido, en ocasiones el Comité español prestó más atención al continente americano. En cuanto al llamado Memorándum Briand, es evidente que tiene una innegable significación en la historia del europeísmo, ya que fue la primera iniciativa impulsada desde un gobierno europeo, en este caso el francés. La expectación que causó en España –a partir del discurso que Briand pronunció en la Asamblea de la SDN en septiembre de 1929– fue notable, una circunstancia que contribuyó a animar el debate sobre la unidad de Europa, inseparable ya de la cuestión económica y la posible pérdida de soberanía de los Estados. Dirigentes, diplomáticos e intelectuales –entre los que se encontraban, esta vez sí, los europeístas de 1914– participaron activamente en esta discusión.

Finalmente, nos hemos referido brevemente a la situación del pensamiento europeísta después del 14 de abril de 1931. Con la proclamación de la Segunda República se inauguró una nueva etapa en la historia de España, en la que tendrían protagonismo algunos de los europeístas más reconocidos. Sin embargo, los proyectos unitarios que procedían del exterior perdieron casi toda su fuerza en poco tiempo. Debido al fracaso del Memorándum francés y al cambio de la situación política y económica en el continente –especialmente tras el ascenso de Hitler al poder en Alemania–, la idea de Europa se quedó sin referentes y poco a poco se fue vaciando de contenido. Aunque hubo algunos autores como Marcelino Domingo que trataron de mantener viva la llama del europeísmo, el contexto internacional cerró las puertas a cualquier tipo de debate.

Tras haber enumerado las conclusiones de carácter más específico, nos ocuparemos a continuación de las principales cuestiones transversales que han ido apareciendo a lo largo de este trabajo. En primer lugar, la idea de Europa en España entre 1914 y 1931 –y también en otros momentos posteriores– estuvo siempre condicionada por el contexto internacional. Existe desde luego una correlación entre algunos acontecimientos clave en este periodo –el inicio de la Primera Guerra Mundial, la Conferencia de Génova, los Tratados de Locarno, el primer Congreso Paneuropeo o la publicación del Memorándum impulsado por Briand y el Gobierno francés– y el auge de esta idea en España. Sólo hace falta una consulta hemerográfica para comprobar

cómo la producción de artículos sobre los Estados Unidos de Europa, o la posibilidad de una federación continental, aumentaba de manera exponencial después de que tuvieran lugar los acontecimientos citados.

En este sentido, la prensa ha jugado un papel decisivo a la hora de conformar el pensamiento europeísta español. La evidente falta de músculo de esta corriente se suplió con la iniciativa de algunos medios de comunicación, que muy pronto se significaron como partidarios tanto de la europeización como de la posible integración europea. Nos referimos a cabeceras como *El Heraldo de Madrid*, *El Sol*, *La Libertad*, *El Imparcial* o el semanario *España*. En el lado opuesto se situaron el integrista *El Siglo Futuro* –uno de los más críticos con la idea de europeización–, o los conservadores *El Debate* o *La Época*. En los también conservadores *ABC* y *La Vanguardia*, aunque su línea editorial fue crítica, se dio voz a intelectuales de prestigio y se fomentó un cierto debate e intercambio de ideas. En Cataluña, este matrimonio entre intelectualidad y prensa fue todavía más fructífero: publicaciones como *La Veu de Catalunya*, *La Revista*, *La Publicitat* o *El Mirador* también ayudaron a mantener viva la llama del europeísmo.

A pesar de que tuvo un impacto reducido en el campo de las ideas políticas, el europeísmo fue, en este periodo, mucho más importante de lo que se le presupone. A lo largo de los capítulos de este trabajo se ha cuestionado una interpretación que todavía hoy se puede encontrar en algún trabajo historiográfico: nos referimos a la supuesta ausencia de conciencia internacional en la España de las primeras décadas del siglo XX. El debate entre aliadófilos y germanófilos, la iniciativa llevada a cabo por Eugeni d'Ors, la Asociación Española pro Sociedad de Naciones –a pesar del férreo control por parte de los Gobiernos– o la puesta en marcha, casi de forma simultánea, de dos grupos nacionales de apoyo a Paneuropa y a la Federación de Cooperación Europea –por muy escasa que fuera su actividad– evidencian que el interés por las relaciones exteriores fue una realidad, al menos en este ámbito tan concreto de la intelectualidad. Muchas de estas propuestas o reflexiones no llegaron a desarrollarse, e incluso tuvieron una vida más bien breve, pero analizadas en su conjunto permiten afirmar que sí se puede hablar de la existencia de un cierto espíritu internacionalista entre 1914 y 1931, al que el europeísmo contribuyó de manera determinante. Hay otros ejemplos que confirman este extremo. Gracias a la Junta de Ampliación de Estudios, muchos europeístas viajaron por primera vez a países del viejo continente. Durante sus estancias tuvieron la oportunidad de ver en perspectiva la situación de España, y pudieron compararla con la de Francia, Bélgica, Alemania, Italia, etcétera. Por su parte, los congresos internacionales que se

organizaron en Madrid en 1929 también son una buena muestra de este interés, más allá de la carga propagandística que tuvieran.

Frente al dinamismo de este sector de la intelectualidad española, los distintos gobiernos adoptaron una postura inmovilista. Esta circunstancia fue decisiva para que el europeísmo no alcanzara mayor desarrollo y difusión. Durante la Primera Guerra Mundial, todos los ejecutivos observaron una estricta neutralidad. Después de 1918, los distintos incidentes que tuvieron lugar en las reuniones de la Asociación Internacional pro Sociedad de Naciones, son la evidencia de que los dirigentes españoles no se encontraban cómodos en el nuevo concierto internacional. Esto explica que optaran por una actitud pasiva y distante. Este inmovilismo fue más evidente si cabe con los proyectos de Coudenhove-Kalergi y Briand. En ambos casos, el Gobierno primorriverista se mostró muy poco interesado –aunque hay que recordar que Primo de Rivera tanteó a Coudenhove-Kalergi en su plan para crear una Liga pro Paz– y apeló a la independencia de la nación española, al tiempo que cerraba las puertas a cualquier posibilidad de compartir espacios de soberanía con otros Estados europeos. Incluso los primeros gobiernos de la Segunda República, rechazaron cualquier apoyo explícito a estas formulaciones supranacionales, a pesar de que algunos intelectuales europeístas ocupaban, desde 1931, cargos de responsabilidad política. Este comportamiento fue, no obstante, muy similar al de la mayoría de los países europeos, que consideraron que el futuro del continente no pasaba, al menos de momento, por una integración más ambiciosa que la que se había ensayado en la SDN. Se puede afirmar, por tanto, que el contexto internacional –y el progresivo debilitamiento de los proyectos europeístas– frenó cualquier iniciativa o guiño procedente desde el Gobierno provisional y el primer ejecutivo republicano, pese a que la sintonía con la idea de Europa y sus valores era más que evidente.

Como se ha podido ver a lo largo de este trabajo, los intelectuales fueron los verdaderos impulsores del pensamiento europeísta. Aunque existen algunos antecedentes previos, el introductor del concepto de europeización fue Miguel de Unamuno en 1895, si bien en los años posteriores renegó de su condición de europeísta. Joaquín Costa, en cambio, mantuvo una línea mucho más coherente y supo integrar el europeísmo en su pensamiento regeneracionista, razón por la cual todavía es considerado como el artífice de la reflexión europeísta en España en el siglo XX. Sus reflexiones sobre las causas del declive español y la necesidad de aproximarse a los países europeos más desarrollados, influyeron en otros autores, entre los que se

encuentran Ramiro de Maeztu –aunque sólo hasta 1918– Luis Araquistain, Marcelino Domingo, Andrenio, Álvaro de Albornoz o José Ortega y Gasset.

Una de las principales aportaciones de este trabajo tiene que ver, precisamente, con Ortega y Gasset. Es imposible negar la importancia global que tuvo Ortega en el pensamiento europeísta. Sin embargo, si se analiza con detalle el marco cronológico 1914-1931, queda claro que el pensador español no fue, al menos durante esta etapa, el principal referente del europeísmo en nuestro país. Hay varios hechos que corroboran esta afirmación: en primer lugar, Ortega no se preocupó por la unidad de Europa hasta 1930, cuando publicó su serie de artículos titulada “¿Quién manda en el mundo?”. Incluso en ese momento, sus reflexiones fueron de carácter general y no participó, por ejemplo, en el debate sobre el Memorándum francés. Es cierto que Ortega se afanó en definir Europa desde los primeros años del siglo XX –de hecho, sus aportaciones pueden considerarse como una actualización de las de Joaquín Costa– pero a partir de 1914 se desentendió de las implicaciones que la Primera Guerra Mundial podía acarrear para España y prefirió ocuparse de otras cuestiones relacionadas con la filosofía, la regeneración del país o la psicología del pueblo español. A diferencia de otros contemporáneos, Ortega apenas escribió durante la década de 1920 sobre una hipotética unidad de Europa, o sobre los beneficios de la europeización. Después de la Segunda Guerra Mundial sí tomaría partido de forma decisiva por la unificación europea, hecho por el que continúa siendo considerado como una de las figuras clave de este proceso. El primer Ortega, en cambio, se mantuvo al margen justo en el momento en el que se configuraba el núcleo del europeísmo español moderno. Si comparamos su aportación con la de Eugeni d’Ors, es evidente que Xènius –a pesar de que no pertenecía al ámbito de la aliadofilia o del pensamiento reformista– tuvo una influencia mucho mayor.

Esta ausencia parcial de Ortega y Gasset en el debate sobre Europa y España nos permite entender, por otra parte, la falta de peso específico del europeísmo español durante el periodo estudiado. Por otra parte, la falta de tutela en esta corriente de pensamiento –que, como se ha comentado previamente, no estuvo organizada en ningún momento– facilitó que otros autores, menos conocidos por su prestigio y producción literaria, hayan tenido un mayor protagonismo. Nos referimos, entre muchos otros, a Tomás Elorrieta, Luis Olariaga, Andrés Révész, Adolfo Posada, Antoni Rovira y Virgili, Santiago Vinardell o Lluís Nicolau d’Olwer. Estos autores tuvieron un pensamiento europeísta –e internacionalista– bastante desarrollado e incluso llegaron a cuestionar la vigencia del Estado-nación. Esperamos que este trabajo ayude a abrir la

puerta a investigaciones de carácter monográfico o biográfico sobre estos autores. De llevarse a cabo, no hay duda de que arrojarían más luz en el complejo y oscilante europeísmo español entre 1914 y 1931.

Este estudio del primer europeísmo español se ha realizado a través de un enfoque político e ideológico, ya que el pensamiento proeuropeo estuvo presente en manifiestos, publicaciones, artículos periodísticos y decisiones gubernamentales o diplomáticas. Esta elección ha dejado fuera otros niveles de análisis que tienen en cuenta la historia social o la vida cotidiana. La ausencia de fuentes históricas sobre estos aspectos durante el periodo analizado justifica la perspectiva adoptada. Con todo, quizás sea posible encontrar experiencias de europeización vinculadas a la realidad social, aunque no estamos seguros de si tendrían la trascendencia necesaria. Para ello, sería preciso realizar un análisis exhaustivo de la prensa escrita –a través sobre todo de publicaciones locales– y consultar otras fuentes, como, por ejemplo, los manuales escolares.

Para finalizar con estas conclusiones, nos preguntamos acerca del balance final de este primer europeísmo español. Como hemos podido comprobar, tuvo una evolución muy desigual, pero presenta aspectos –como las continuas alusiones a la democracia y a la libertad– que se repitieron en posteriores tomas de partido por Europa, por ejemplo a partir de los años 60. Sin embargo, no hay que considerar al europeísmo de 1914 como un antecedente directo de los planteamientos que se produjeron durante el periodo que comprende el Tardofranquismo y la Transición democrática. A pesar de que comparten una misma estructura, se trata de dos planteamientos muy distintos, con notables diferencias. El europeísmo español entre 1914 y 1931 tuvo su propia naturaleza y desarrollo. Aunque no se convirtió en un pensamiento político hegemónico –algo que, por otro lado, no se logró en ningún otro Estado europeo–, las reflexiones de sus partidarios nos permiten entender mejor una etapa que fue decisiva tanto para el futuro de la historia europea como de la española.

DOCUMENTACIÓN Y BIBLIOGRAFÍA

Archivos y Bibliotecas

Archivo de Antonio Maura (AM)

Archivo del Conde de Romanones (AR)

Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores (AMAE)

Fondo Renovado

Fondo Pablo de Azcárate

Archivo Histórico Nacional (AHN)

Fondos Contemporáneos. Presidencia del Gobierno Primo de Rivera

Biblioteca Nacional de Catalunya

Fons Estelrich (FE)

Historical Archives of the European Union (HAEU)

International Paneuropean Union

Biblioteca del Ministerio de Trabajo

Revista *PanEuropa*

Biblioteca Nacional de España

Periódicos, revistas y publicaciones oficiales¹

ABC (1903-1934)

ABC Sevilla (1929)

Asamblea Nacional. Diario de las Sesiones (1929)

¹ Entre paréntesis están comprendidos los años consultados.

Blanco y Negro (1932-1934)

Boletín del Ministerio de Trabajo y Previsión (1929)

Bulletin Périodique de la Presse Espagnole (Francia) (1927)

Catalunya Social (1926)

Claridad (1922)

Destino (1946)

Diario de Alicante (1915)

Diario de Córdoba (1915)

Diario de Reus (1915-1918)

Diario de Sesiones del Congreso (1914-1919)

DYNA (1929)

El Bien Público (1916-1930)

El Debate (1919-1923)

El Diluvio (1919)

El Estudiante (1925)

El Globo (1914-1922)

El Imparcial (1900-1930)

El Heraldo de Madrid (1914-1930)

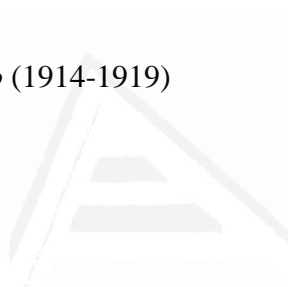
El Ideal (1914)

El Liberal (1914-1915)

El Luchador (1925-1929)

El Mirador (1929)

El Noroeste (1915)



Universitat d'Alacant

Universidad de Alicante

El Norte (1916)

El Nuevo Régimen (1915)

El Orzán (1921)

El País (1903-1915)

El País (1984-2000)

El Poble Català (1916)

El Pueblo Manchego (1915)

El Reformista (1915)

El Siglo Futuro (1914)

El Socialista (1910-1930)

El Sol (1918-1931)

El Telegrama del Rif (1927)

El Tiempo (1898)

Els Amics d'Europa (1915-1918)

España (1915-1923)

Gedeón (1900)

Iberia (1915)

Ingeniería y construcción (1926)

L'Echo de París (1915)

L'Esquella de la Torratxa (1914-1915)

L'Europe Nouvelle (1920)

L'Igualadí (1914)

L'Intransigeant (1926)



Universitat d'Alacant

Universidad de Alicante

La Acción (1919-1923)

La Campana de Gràcia (1914-1929)

La Ciudad Lineal (1925)

La Correspondencia de España (1915-1923)

La Correspondencia de Valencia (1915)

La Correspondencia Militar (1929)

La Cruz (1917-1925)

La Época (1914-1930)

La Esfera (1915-1929)

La España Moderna (1895)

La Gaceta de Madrid (1907-1929)

La Gaceta Literaria (1928-1929)

La Ilustración Española y Americana (1919)

La Lectura Dominical (1915)

La Libertad (1920-1929)

Le Monde Nouveau (1929)

La Nación (1927- 1930)

La Publicitat (1928)

La Revista (1915-1916)

La Revolución (1868)

La Stampa (1920)

La Tierra (1926-1927)

La Vanguardia (1907-1932)

La Veu de Catalunya (1915-1932)

La Victoria (1923)

La Voz (1924-1929)

La Voz de Guipúzcoa (1925)

La Voz de Menorca (1914-1930)

Las Circunstancias (1919)

Le Journal de Genève (1928-1929)

Madrid Científico (1902-1914)

Madrid Cómic (1900)

Messidor (1918-1919)

Muchas Gracias (1924)

Mundo Gráfico (1914)

Nuestro Mundo (1913-1914)

Nuestro Tiempo (1901-1915)

Nuevo Mundo (1914-1927)

Paneuropa (1927-1929)

Renovación (1918)

Renovación Española (1918)

Revista de Occidente (1923-1926)

Revista de Política Social (1928)

Revista Ilustrada de Banca, Ferrocarriles, Industria y Seguros (1926)

Revista Quincenal (1918)

The Daily Mail and Empire (1895)



Universitat d'Alacant
Universidad de Alicante

The Spectator (1929)

Vida Nueva (1898)

Vida Marítima (1916)

Fuentes bibliográficas con valor documental

Bulletin n°3. Unión Internationale des Associations pour la Société des Nations, Bruselas, Bureaux de l'Union, mars-avril, 1922.

Dictamen de la Comisión creada por Real Decreto de 9 de diciembre de 1918 para estudiar, desde el punto de vista de los intereses y conveniencias nacionales, la eventual constitución de una SOCIEDAD DE LAS NACIONES, y la participación de España en la misma en su plena soberanía, Madrid, Gráfica Excelsior, 1919.

El 11 de febrero de 1926. Manifiesto, Madrid, Imprenta Zoila Ascasíbar y Cía, 1926.

El Partido reformista y la guerra, Madrid, s.e., 1918.

Estadística de la Prensa Periódica de España, Madrid, Dirección General de Seguridad, 1913.

Union Internationale des Associations pour la Société des Nations. Rapport sur l'activité du Secretariat général et sur la situation général de l'Union (1 juillet 1924 – 31 mars 1925).

ALCALÁ-GALIANO, Álvaro: *España ante el conflicto europeo. 1914-1915*, Madrid, s.e., 1916.

–: *Junto al Volcán... Impresiones del frente occidental*, Madrid, s.e., 1917.

ALTAMIRA, Altamira: *La Guerra actual y la opinión española*, Barcelona, Araluce, 1915.

ARAQUISTAIN, Luis: *El peligro yanqui*, Madrid, Publicaciones España, 1921.

–: *Polémica de la guerra. 1914-1915*, Madrid, Renacimiento, 1915.

AUBERT, Paul (ed.): *Les espagnols et l'Europe (1890-1939)*, Toulouse, Presses Universitaires du Mirail, 1992.

AUNÓS, Eduardo: *Discurso de la vida. Autobiografía*, Madrid, Sociedad Española General de Librería, 1951.

AZAÑA, Manuel: *Obras completas vol. I. 1897-1920*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2007.

AZORÍN: *Los norteamericanos*, Alicante, Instituto de Cultura Juan Gil-Albert, 1999 [1918].

BALLESTEROS, Lázaro: *La guerra europea y la neutralidad española*, Madrid, Jaime Ratés, 1917.

BENAVENTE Jacinto, VÁZQUEZ DE MELLA, Juan y RODRÍGUEZ MARÍN, Francisco: *El año germanófilo*, Madrid, El Correo Español, 1916.

CAMBA, Julio: *Alemania. Impresiones de un español*, Madrid, Renacimiento, 1916.

CAMBÓ, Francesc: *Discursos parlamentaris (1907-1935)*, Barcelona, Editorial Alpha, 1991.

CENAMOR, Hermógenes: *Los intereses materiales de España en la Guerra Europea*, Madrid, Librería de la Viuda de Pueyo, 1916.

CHEYNE, George J.: *Confidencias políticas y personales: Epistolario Joaquín Costa – Manuel Bescós. 1899-1910*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1979.

CIGES APARICIO, Manuel: *Joaquín Costa, el gran fracasado*, Madrid, Espasa-Calpe, 1930.

COSTA, Joaquín: *Reconstitución y europeización de España. Programa para un partido nacional*, Madrid, Imprenta de San Francisco de Sales, 1900.

COUDENHOVE-KALERGI, Richard: *Paneuropa. Dedicado a la juventud europea*, Madrid, Tecnos, 2002. [1923]

–: *Una bandera llamada Europa*, Barcelona, Argos, 1961.

DAWSON, William Harbutt: "The Pan-European Movement", *The Economic Journal*, vol. 37, 145 (1927), págs. 62-67.

DE LOS RÍOS, Fernando: *Obras completas V. Escritos guerra civil y exilio*, Madrid, Anthropos, 1997.

DO SACRAMENTO MONTEIRO, Amaro: *Estados Unidos da Europa. Briand nao tem razao!*, Caxias, Tipografia do Reformatório Central de Lisboa "Padre António de Oliveira", 1931.

DOMINGO, Marcelino: *Autocracia y dictadura*, Madrid, Atlántida, 1925.

D'OLWER, Lluís Nicolau: *Democràcia contra dictadura. Escrits polítics, 1915-1960*, Barcelona, Institut d'Estudis Catalans, 2007.

D'ORS, Eugeni: *Glosari 1915*, Barcelona, Quaderns Crema, 1990.

–: *Lletres a Tina*, Barcelona, Quaderns Crema, 1993.

ESTELRICH, Joan: *Algunas reflexiones sobre el tema europeo*, Roma, Reale Academia d'Italia, 1933.

FERNÁNDEZ-FLÓREZ, Wenceslao: *Al calor de la hoguera (Apuntes para la historia de un pueblo español, durante la guerra europea)*, Madrid, Los Contemporáneos, 1916.

FRIED, Alfred: *The Restoration of Europe*, Nueva York, The MacMillan Company, 1916.

GANIVET, Ángel y UNAMUNO, Miguel de: *El porvenir de España*, s.l, s.e., 1898.

GAZIEL (Agustí Calvet): *El ensueño de Europa*, Barcelona, Seix Barral, 1922.

GOICOECHEA, Antonio: *La crisis del constitucionalismo moderno*, Madrid, Editorial Voluntad, 1925.

GONZÁLEZ-BLANCO, Edmundo: *Iberismo y germanismo. España ante el conflicto europeo (Tres estudios)*, Valencia, Cervantes, 1917.

LEÓN, Ricardo: *Los trabajadores de la muerte*, Madrid, Librería General de Victoriano Suárez, 1946 [1927].

- LUZURIAGA, Lorenzo: *El analfabetismo en España*, Madrid, J. Cosano, 1919.
- MACÍAS PICAVEA, Ricardo: *El problema nacional. Hechos, causas, remedios*, Madrid, Librería General de Victoriano Suárez, 1899.
- MADARIAGA, Salvador de: *Americans*, Freeport (N.Y.), Books for Libraries Press, 1930.
- : *Bosquejo de Europa*, Madrid, CEU, 2010 [1951]
- : *Memorias (1921-1936) Amanecer sin mediodía*, Madrid, Espasa-Calpe, 1974.
- MAEZTU, Ramiro de: *Hacia otra España*, Bilbao, Imp. de Andrés P. Cardenal, 1899.
- MARTÍN GRANIZO, León: “Biografía y bibliografía del Excmo. Sr. D. Leopoldo Palacios Morini”, *Revista de Estudios Políticos*, 69 (1955), págs. 141-152.
- MARTÍNEZ FIOL, David (ed.): *El catalanisme i la Gran Guerra (1914-1918) Antologia*, Barcelona, Edicions de la Magrana, 1988.
- MELGAR, Francisco: *La gran víctima: conferencia pronunciada el día 22 de marzo de 1917 en la Sociedad de Amigos de Francia y sus Aliados*, Barcelona, Arte y Letras, 1917.
- OLIVART, Marqués de (Ramón María de Dalmau): *La Sociedad de las Naciones*, Madrid, Publicaciones del “Boletín” de la Real Sociedad Geográfica, 1919.
- ORTEGA Y GASSET, José: *La rebelión de las masas*, Madrid, Tecnos, 2012 [1930].
- : *Obras Completas. Tomo I (1902-1915)*, Madrid, Taurus, 2004.
- : *Obras Completas. Tomo II (1916)*, Madrid, Taurus, 2004.
- : *Obras Completas. Tomo VII (1902-1925) Obra póstuma*, Madrid, Taurus, 2007.
- OSSORIO Y GALLARDO, Ángel: *Mis memorias, el abogado Ángel Ossorio y Gallardo*, Madrid, Tebas, 1975.
- PALACIOS MORINI, Leopoldo: *Los mandatos internacionales de la Sociedad de Naciones*, Madrid, Sobrinos de Sucesora de M. Minuesa de los Ríos, 1927.

PERPIÑÁ GRAU, Ramón: *De economía crítica (1930-1936)*, Valencia, Institució “Alfons el Magnànim” - Diputació Provincial de València, 1982.

PI Y MARGALL, Francisco: *Las nacionalidades*, Madrid, Imprenta de Enrique Rubiños, 1882.

–: *Las nacionalidades. Escritos y discursos sobre federalismo* (Edición y estudio introductorio de Ramón Máiz), Madrid, Akal, 2009.

POLLOCK, Frederick: *The League of Nations*, New Jersey, The Lawbook Exchange, 2003 [1920].

POSADA, Posada: *La Sociedad de Naciones y el Derecho Político: Superliberalismo*, Madrid, Caro Raggio, 1925.

PRAT BALLESTER, Jorge: *La lucha por Europa*, Barcelona, Luis Miracle (Editor), 1952.

PRAT DE LA RIBA, Enric: *Obra completa III (1906-1917)*, Barcelona, Proa, 2000.

PRIMO DE RIVERA, José Antonio: *La dictadura de Primo de Rivera juzgada en el extranjero*, Madrid, Imprenta Sáez Hermanos, pág. 1931.

PRIMO DE RIVERA, Miguel: *Del general Primo de Rivera: documentos originales y artículos inspirados por él*, Madrid, Junta de Propaganda Patriótica y Ciudadana, 1928.

RAMÓN Y CAJAL, Santiago: *Recuerdos de mi vida. Tomo I. Mi infancia y mi juventud*, Madrid, Imprenta y Librería de Nicolás Moya, 1917.

RAVENTÓS, Manuel: *Asociación Española de Derecho Internacional y Legislación Comparada*, Madrid, Editorial Reus, 1929.

REID, John T.: *Modern Spain and Liberalism. A Study in Literary Contrasts*, Stanford, Stanford University Press, 1937.

RÉVÉSZ, Andrés *Frente al dictador*, Madrid, Biblioteca Internacional, 1926.

–: *La reconstitución de Europa y la Rusia de los Soviets*, Madrid, J. Pueyo, 1922.

RIVERA PASTOR, Francisco: *El nuevo orden jurídico. La tierra, las corporaciones, la nación, la sociedad de las naciones*, Madrid, Biblioteca Justicia, 1924.

–: *Programa de elementos de derecho*, Madrid, Ministerio de Trabajo, comercio e industria, 1927.

ROMANONES, Conde de (Álvaro de Figueroa): *Notas de una vida*, Madrid, Marcial Pons, 1999.

ROVIRA Y VIRGILI, Antonio: *El nacionalismo catalán; su aspecto político, los hechos, las ideas y los hombres*, Barcelona, Editorial Minerva, 1917.

SALAVERRÍA, José María: *La afirmación española*, Barcelona, Gustavo Gili, 1917.

SALTER, Arthur: *The United States of Europe*, Nueva York, Reynal and Hitchcock Inc., 1933.

SELA, Aniceto: *La Sociedad de las Naciones*, Madrid, Real Academia de Jurisprudencia y Legislación, 1919.

SPENGLER, Oswald: *La decadencia de occidente I. Bosquejo de una morfología de la historia universal* (Vols. 1 y 2), Madrid, Espasa Calpe, 1998.

STEAD, William T.: *The United States of Europe. On the Eve of the Parliament of Peace*, Londres, Review of Reviews Office, 1899.

TURULL I FOURNOLS, Pau Maria: *Mirando al porvenir*, Madrid, Sociedad General Española de Librería, 1920.

UNAMUNO, Miguel de: *Artículos olvidados sobre España y la Primera Guerra Mundial* (Edición a cargo de Christopher Cobb), Londres, Tamesis Book Limited, 1976.

YANGUAS MESSÍA, José: *España y la Sociedad de Naciones*, Valladolid, Imprenta de E. Zapatero, 1919.

VV.AA.: *La Federación Europea (Aportación al estudio de la propuesta de M. Briand)*, Madrid, Estudios políticos, sociales y económicos, nº12, 1930.

Fuentes bibliográficas secundarias

ABELLÁN, Joaquín: “En torno al objeto de la ‘Historia de los conceptos’ de Reinhart Koselleck”, en BOCARDO CRESPO, Enrique (ed.): *El giro contextual. Cinco ensayos de Quentin Skinner, y seis comentarios*, Madrid, Alianza, 2007, págs. 215-248.

ABELLÁN, José Luis: “El significado de la idea de Europa en la política y en la historia de España”, *Sistema*, 86-87 (1991), págs. 31-44.

ALGUACIL CUENCA, Pedro: “España: de la Sociedad de Naciones a Naciones Unidas”, *Anales de Derecho. Universidad de Murcia*, 24 (2006), págs. 303-318.

ALTAMIRA, Pilar: “Altamira, pacifista y conciliador” en FERRÁNDIZ LOZANO, José y LA PARRA LÓPEZ, Emilio: *Rafael Altamira: idea y acción hispanoamericana*, Alicante, Instituto Alicantino Juan Gil-Albert, 2011, pág. 153-157.

ÁLVAREZ JUNCO, José: “La nación en duda”, en Juan PAN-MONTOJO (coord.): *Más se perdió en Cuba. España, 1898 y la crisis de fin de siglo*, Madrid, Alianza Editorial, 1998, págs. 405-466.

ANDERSON, Benedict: *Imagined Communities*, Nueva York, Verso, 2000.

ANDRÉS-GALLEGO, José: *Un 98 distinto. Restauración, Desastre, Regeneracionismo*, Madrid, Ediciones Encuentro, 1998.

ARCHILÉS, Ferran: “La nación de las *mocedades* de José Ortega y Gasset (c. 1906-c. 1914)”, en FORCADELL, Carlos; SALOMÓN, Pilar y SAZ, Ismael: *Discursos de España en el siglo XX*, Valencia, IFC-Universitat de València, 2009, págs. 65-122.

ARDAO, Arturo: “Los dos europeísmos de Ortega”, *Cuadernos Hispanoamericanos*, 403-405 (1984), págs. 493-510.

AVILÉS FARRÉ, Juan: *La fe que vino de Rusia: la revolución bolchevique y los españoles (1917-1931)*, Madrid, UNED Biblioteca Nueva, 1999.

BAILEY, Christian: *Between Yesterday and Tomorrow: German Visions of Europe, 1926-1950*, Nueva York, Berghahn Books, 2013.

BARBEZAT, Daniel: "International Cooperation and Domestic Cartel Control: The International Steel Cartel, 1926-1938", *The Journal of Economic History*, vol. 50, 2 (1990), págs. 436-438.

BARZUN, Jacques: *Del amanecer a la decadencia*, Madrid, Taurus, 2001.

BASABE, Nere: "¿Utopista o precursor? La «Constitución europea» de Juan Francisco Siñeriz", *Revista de Estudios Políticos* (nueva época), 130 (2005), págs. 151-179.

BASTIDA, Xacobe: "La búsqueda del Grial. La teoría de la nación en Ortega", *Revista de estudios Políticos*, 96 (1997), págs. 43-76.

BELL, Philip y MORRIS Peter: "Les «Europe» des européens ou la notion d'Europe", en GIRAULT, René (dir.): *Les Europe des européens*, París, Publications de la Sorbonne, 1993, págs. 67-76.

BEN-AMI, Shlomo: *El cirujano de hierro: la dictadura de Primo de Rivera (1923-1930)*, Barcelona, RBA Libros, 2012.

BENEYTO, José María: "Europa como paradigma de la integración de Ortega y Gasset", *Revista de Estudios Europeos*, 40 (2005), págs. 91-102.

–: *Tragedia y razón. Europa en el pensamiento español del siglo XX*, Madrid, Taurus, 1999.

BILLIG, Michael: *Nacionalisme banal*, Catarroja, Afers, 2006.

BIREBENT, Christian: *Militants de la paix et de la SDN. Les mouvements de soutien à la Société des nations en France et au Royaume-Uni 1918-1925*, París, L'Harmattan, 2007.

BIRN, Donald S.: *The League of Nations Union. 1918-1945*, Oxford, Clarendon Press, 1981.

BLEDSOE, Gerie Brown: "La oficina española de la Sociedad de Naciones", *Revista de Política Internacional*, 127 (1973), págs. 123-131.

–: *Spain in the League of Nations, 1920-1931*, Tesis doctoral, Florida State University, 1972.

BOBBIO, Norberto y MATTEUCCI, Nicola: *Diccionario de política*, Madrid, Siglo XXI, 1982.

BOON, Vivienne y DELANTY, Gerard: "Europe and Its Histories. A Cosmopolitan Perspective", en PERSSON, Hans-Åke y STRÅTH, Bo (eds.): *Reflections on Europe. Defining a Political Order in Time and Space*, Bruselas, Peter Lang, 2007, págs. 159-182.

BORNEMAN, John y FOWLER, Nick: "Europeanization", *Annual Review of Anthropology*, vol. 26 (1997), págs. 487-514.

BOSSUAT, Gérard: *Les fondateurs de l'Europe unie*, París, Belin, 2001.

BRUGMANS, Brugmans: *La idea europea. 1920-1970*, Madrid, Editorial Moneda y Crédito, 1972.

BURKE, Peter: "Did Europe exist before 1700?", *History of European Ideas*, vol. 1 (1980), págs. 21-29.

CABALLERO GARRIDO, Ernesto y AZCUÉNAGA CAVIA, M^a Carmen: *La Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas. Historia de sus centros y protagonistas (1907-1939)*, Gijón, Ediciones Trea, 2010.

CAMAZÓN LINACERO, Juan Pablo: "La crisis europea en *Revista de Occidente* (1923-1936)", *Espacio, Tiempo y Forma, Serie V, H^a Contemporánea*, 13 (2000), págs. 369-391.

CANALS, Jordi: "Un gran episodio nacional: Unamuno, el carlismo y las guerras civiles", en CHAGUACEDA TOLEDANO, Ana (ed.): *Miguel de Unamuno. Estudios sobre su obra. IV*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 2009, págs. 207-214.

CARSTEN, Holbraad: *Internationalism and Nationalism in European Political Thought*, Nueva York, Palgrave MacMillan, 2003.

CHACÓN DELGADO, Pedro José: *Historia y nación. Costa y el regeneracionismo en el fin de siglo*, Santander, Ediciones Universidad de Cantabria, 2013.

CHICHARRO, Alicia: “La idea de Europa en el pensamiento del conde Richard N. Coudenhove-Kalergi”, en BANÚS, Enrique y BRANEA, Cristina (eds.): *X Conference ‘European Culture’*, Barcelona, Universitat Internacional de Catalunya, 2009, págs. 18-32.

COHRS, Patrick O.: “The First ‘Real’ Peace Settlements after the First World War: Britain, the United States and the Accords of London and Locarno, 1923-1925”, *Contemporary European History*, vol. 12, 2003, págs. 1-31.

COLETES, Agustín: “El sentimiento anglófilo de Pérez de Ayala en *Herman, encadenado*”, *Monteagudo*, 84 (1984), págs. 9-19.

COLOMINES I COMPANYYS, Agustí: *El catalanisme i l'Estat. La lluita parlamentària per l'autonomia, 1898-1917*, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1993.

COOPER jr., John Milton: *Woodrow Wilson. A biography*, Nueva York, Alfred A. Knopf, 2009.

COOPER, Sandi E.: *Patriotic Pacifism: Waging War on War in Europe, 1815-1914*, Nueva York - Oxford, Oxford University Press, 1991.

CRESPO MACLENNAN, Julio: *Forjadores de Europa: grandes europeístas y euroescépticos del siglo XX*, Barcelona, Destino, 2009.

CUESTA CAMBRA, Ubaldo y GASPAR HERRERO, Gaspar: “La I Guerra Mundial y los orígenes de la Teoría de los Efectos. El caso de aliadófilos y germanófilos”, *Historia y Comunicación Social*, vol. 18 (2013), págs. 125-138.

D'APOLLONIA, Ariane Chebel: “European Nationalism and European Union”, en Anthony PAGDEN: *The Idea of Europe: From Antiquity to the European Union*, Nueva York, Cambridge University Press, 2002, págs. 171-190.

–: “National and European Identities between Myths and Realities”, en HEDETOFT, Ulf (ed.): *Political Symbols, Symbolic Politics. European identities in transformation*, Aldershot - Brookfield, Ashgate, 1998, págs. 65-82.

DAWSON, Christopher: *Understanding Europe*, Washington D.C., The Catholic University of America Press, 2009 [1952].

DAVIES, Norman : *Europe. A History*, Londres, Pilmico, 1997.

DE BLAS GUERRERO, Andrés (dir.): *Enciclopedia del Nacionalismo*, Madrid, Tecnos, 1997.

–: “Joaquín Costa y el Nacionalismo español”, en Cristóbal GÓMEZ BENITO (coord.): *Joaquín Costa y la modernización de España*, Madrid, Congreso de los Diputados, 2012.

–: *Nacionalismos y naciones en Europa*, Madrid, Alianza Editorial, 1994.

DE DIEGO, Emilio: “Una percepción de la idea de Europa en España durante el periodo de entreguerras 1918-1939”, *Cuadernos de Historia Contemporánea*, núm. extraordinario (2003), págs. 311-324.

DE DIEGO ROMERO, Javier: *Imaginar la República: la cultura política del republicanismo español, 1876-1908*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2008.

DE FARAMIÑÁN FERNÁNDEZ-FÍGARES, Juan Manuel: “Coudenhove-Kalergi, ética y dignidad en el origen del proyecto europeo”, *Revista Aequitas*, 4 (2014), págs. 303-325.

DE HOYOS PUENTE, Jorge: “La identidad institucionista en el exilio republicano, un acercamiento a través de Joaquín Xirau y Fernando de los Ríos”, en ORTEGA LÓPEZ, Teresa María y DEL ARCO BLANCO, Miguel Ángel (eds.): *Claves del mundo contemporáneo, debate e investigación. Actas del XI Congreso de la Asociación de la Historia Contemporánea*, Granada, Comares, 2013, págs. 1-16.

DE LA GUARDIA, Carmen y PAN-MONTOJO, Juan: “Reflexiones sobre la historia transnacional”, *Studia histórica, H^a contemporánea*, 16 (1998), págs. 9-31.

DE LA TORRE DEL RÍO, Rosario: “La prensa madrileña y el discurso de Lord Salisbury sobre las «naciones moribundas» (Londres, Albert Hall, 4 mayo 1898)”, *Cuadernos de Historia Moderna y Contemporánea*, VI (1985), págs. 163-180.

DE RIQUER, Borja “Aproximación al nacionalismo español contemporáneo”, *Studia Histórica. Historia Contemporánea*, 12, (1994), págs. 11-29.

–: “Joan Estelrich: Del activismo catalanista con Cambó a delegado en la UNESCO con Franco”, en Xosé M. NÚÑEZ SEIXAS, Xosé M. y MOLINA APARICIO, Fernando: *Los heterodoxos de la patria. Biografías de nacionalistas atípicos en la España del siglo XX*, Granada, Comares, 2011, págs. 143-168.

–: “Joan Estelrich i Francesc Cambó” en VV.AA.: *Actes de les jornades d’estudi sobre Joan Estelrich*, Barcelona, Publicacions de l’Abadia de Montserrat, 2010, págs. 107-132.

DE ROUGEMONT, Denis: *The Idea of Europe*, Nueva York, The MacMillan Company, 1966.

DELANTY, Gerard: *Inventing Europe. Idea, Identity, Reality*, Chatham, MacMillan Press, 1995.

DELATTRE, Lucas: *A Spy at the Heart of the Third Reich*, Nueva York, First Grove Press Edition, 2005.

DERRIDA, Jacques: *The Other Heading. Reflections on Today’s Europe*, Bloomington - Indianapolis, Indiana University Press, 1992.

DÍAZ-PLAJA, Fernando: *Francófilos y germanófilos*, Madrid, Alianza Editorial, 1981.

DUARTE, Ángel y GABRIEL, Pere (eds.), “El republicanismo español” (Dossier), *Ayer*, 39 (2000).

DURÁN FRANCO, Miguel Ángel: “Regeneración y patria: el nacionalismo español en torno al 98”, en BERAMENDI, Justo G.; MÁIZ, Ramón y NÚÑEZ, Xosé M.: *Nacionalism in Europe. Past and Present (Actas do Congreso Internacional “Os Nacionalismos en Europa. Pasado e Presente)*, Vol. II, Santiago de Compostela, Servicio de Publicacións e Intercambio Científico, 1994, págs. 71-82.

DUROSELLE, Jean Baptiste: *L’idée d’Europe dans l’histoire*, París, Denoël, 1965.

EGIDO LEÓN, Ángeles: “Pacifismo y europeísmo”, en ID (ed.): *Memoria de la Segunda República. Mito y Realidad*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2006.

ELORZA, Antonio: *La modernización política en España*, Madrid, Ediciones Endymion, 1988.

ENRÍQUEZ DEL ÁRBOL, Eduardo: “La I Guerra Mundial y la masonería española: causas de la guerra por el Gran Oriente Español”, en FERRER BENIMELI, José Antonio: *La masonería en la España del siglo XX. I*, Zaragoza, Centro de Estudios de la Masonería Española, 1996, págs. 433-456.

ESPADAS BURGOS, Manuel: “España y la Primera Guerra Mundial”, en TUSELL, Javier; AVILÉS, Juan y PARDO, Rosa: *La política exterior de España en el siglo XX*, Madrid, UNED, 2000, págs. 95-116.

ESPEJEL VALLEJO, Manuel A. y GARCÍA-OCHOA, M^a Luisa: “En torno a las revistas de la generación del 98”, *Historia y Comunicación Social*, 3 (1998), págs. 41-63.

FEBVRE, Lucien: *Europa. Génesis de una civilización*, Barcelona, Crítica, 2001.

FERNÁNDEZ AGIS, Domingo: *El desarrollo del pensamiento político de Ortega y Gasset*, Santa Cruz de Tenerife, Ediciones Idea, 2007.

FERNÁNDEZ SEBASTIÁN, Javier y FRANCISCO FUENTES, Juan: *Diccionario político y social del siglo XX español*, Madrid, Alianza, 2008.

FERNÁNDEZ RIQUELME, Sergio: *Luis Olariaga y la política social liberal en España*, Murcia, Isabor, 2006.

FERNÁNDEZ SANCHA, Antonio: *El pensamiento de Julio Senador Gómez: los planteamientos del regeneracionismo castellano*, tesis doctoral, Valladolid, Universidad de Valladolid, 1999.

FISCHER, Conan: “Scoundrels without a Fatherland? Heavy Industry and Transnationalism in Post-First World War Germany”, *Contemporary European History*, 14, 4 (2005), pág. 441-464.

FOLGUERA, Pilar: “El debate en torno al modelo de construcción europea en Francia, Italia, Alemania y España (1930-1950)”, *Historia y Política*, 21 (2009), págs. 17-53.

FONTANA, Josep: *Europa ante el espejo*, Barcelona, Crítica, 1994.

FORNER, Salvador : *Comprender Europa*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2010.

FRANK, Robert: “Évolution de l’idée d’Europe et des identités européennes, XIXe-XXe siècles”, en CHRYSOS, Evangelos ; KITROMILIDES, Paschalis M. y SVOLOPOULOS, Constantine (eds.): *The Idea of European Community in History. Conference Proceedings. Volume I*, Atenas, National and Capodistrian University of Athens, 2003, pág. 213-221.

–: “Les contretemps de l’aventure européenne”, *Vingtième Siècle. Revue d’histoire*, 60 (1998), págs. 82-101.

FUENTES, Francisco y LA PARRA LÓPEZ, Emilio: *Historia universal del siglo XX. De la Primera Guerra Mundial al ataque a las Torres Gemelas*, Madrid, Editorial Síntesis, 2004.

FUENTES CODERA, Maximiliano: *El campo de fuerzas europeo en Cataluña. Eugeni d’Ors en los primeros años de la Gran Guerra*, Lleida, Pagès editors, 2009.

–: *España en la Primera Guerra Mundial. Una movilización cultural*, Madrid, Akal, 2014.

–: “Germanófilos y neutralistas: proyectos tradicionalistas y regeneracionistas para España (1914-1918)”, *Ayer*, 91 (2013), págs. 63-92.

–: “Proyectos contrapuestos para el catalanismo frente a la Primera Guerra Mundial: lecturas comparadas de *La Veu de Catalunya* y *El Poble Català* (1914-1915)” en María NICOLÁS MARÍN, Encarna y GONZÁLEZ MARTÍNEZ Carmen (coords.): *Ayeres en discusión [Recurso electrónico]*, Murcia Universidad de Murcia, 2008, págs. 1-19.

–: *Un viaje por los extremos. Eugeni d’Ors entre Guerra Guerra y el fascismo*”, Tesis doctoral, Girona, Universitat de Girona, 2011.

FUSI AIZPURÚA, Juan Pablo: “La crisis de la conciencia europea”, en CABRERA Mercedes; JULIÁ, Santos y MARTÍN ACEÑA, Pablo (coords.): *Europa en crisis, 1919-1939*, Madrid, Editorial Pablo Iglesias, 1991, págs. 327-342.

GEHLER, Michael: "From Paneurope to the Single Currency: Recent Studies on the History of European Integration", *Contemporary European History*, 15, 2 (2006), págs. 273-289.

GELLNER, Ernest: *Naciones y nacionalismo*, Madrid, Alianza Editorial, 1983.

GERBET, Pierre; BOSSUAT, Gérard et GROSBOIS, Thierry (dirs.): *Dictionnaire historique de l'Europe unie*, Bruselas, André Versaille éditeur, 2009.

GERBET, Pierre: *La construction de l'Europe*, París, Imprimerie Nationale Éditions, 1999.

GIENOW-HECHT, Jessica C. E. y SCHUMACHER, Franck: *Culture and International History*, Nueva York, Berghahn Books, 2004.

GIL, Juan Carlos: "La influencia de las fiestas de toros en la historia cultural de España", en CABRERA BONET, Rafael (ed.): *Tauromaquias vividas*, Madrid, Fundación Universitaria San Pablo CEU, 2011, págs. 403-419.

GLASSHEIM, Eagle: *Noble nationalists: The Transformation of the Bohemian Aristocracy*, Cambridge (Massachusetts), Harvard University Press, 2005.

GÓMEZ-NAVARRO, José Luis: "El rey en la dictadura", en MORENO LUZÓN, Antonio (ed.): *Alfonso XIII. Un político en el trono*, Madrid, Marcial Pons, 2003, págs. 337-372.

GÓMEZ RAMOS, Antonio: "El trabajo público de los conceptos", *Isegoría. Revista de Filosofía Moral y Política*, 37 (2007), págs. 185-196.

GÓMEZ SÁNCHEZ, Yolanda y ALVARADO PLANAS, Javier (coords.): *Enseñar la idea de Europa*, Madrid, Editorial Centro de Estudios Ramón Areces, 2004.

GONZÁLEZ, José Ramón: "Las palabras de la guerra – la guerra de las palabras: escritores españoles en los campos de batalla (1914-1918)", *Ínsula*, 804 (2013), págs. 4-7.

–: "Texto, retórica e ideología en *Herman encadenado*: Ramón Pérez de Ayala, cronista de guerra", *Moenia*, 18 (2012), págs. 151-174.

GONZÁLEZ CALLEJA, Eduardo: *La España de Primo de Rivera. La modernización autoritaria 1923-1930*, Madrid, Alianza Editorial, 2005.

GONZÁLEZ CUEVAS, Pedro: *Ramiro de Maeztu. Biografía de un nacionalista español*, Madrid, Marcial Pons Historia, 2003.

GORMAN, Daniel: *The Emergence of International Society in the 1920s*, Nueva York, Cambridge University Press, 2012.

GRACIA, Jordi: *José Ortega y Gasset*, Madrid, Taurus, 2014.

GREEN, David M.: *The Europeans. Political identity in Emerging Polity*, Boulder - Londres, Lynne Rienner Publishers, 2007.

GRÉGOIRE, Christian: *Un dessein européen. L'idée de construction européenne du Moyen Âge à l'acte unique*, París, L'Harmattan, 2007.

GUIEU, Jean-Michel: "Le Comité fédéral de coopération européenne: l'action méconnue d'une organisation internationale privée en faveur de l'union de l'Europe dans les années Trente (1928-1940)", en SCHIRMANN, Sylvain (dir): *Organisations internationales et architectures européennes. 1929-1939*, Metz, Publications du CRHCEO, 2003, págs. 73-91.

GUILLAUME, Sylvia (dir.): *Penser et construire l'Europe de 1919 à 1992*, París, Ellipses, 2007.

GUILLÉN KALLE, Gabriel: "El concepto de corporación en Francisco Rivera Pastor", *Foro, Nueva época*, 3 (2006), págs. 469-482.

–: *Francisco Rivera Pastor (1878-1936). El legado de la filosofía jurídico-política ginerista*, Madrid, G. Guillén, 2005.

– y ALMOGUERA CARRERES, Joaquín: "La revista de Política Social (1928-1929) dirigida por Francisco Rivera Pastor como rectificación del Estado corporativo de Eduardo Aunós", *Revista de las Cortes Generales*, 76 (2009), págs. 7-37.

GUTIÉRREZ, Rosa Ana; ZURITA, Rafael y CAMURRI, Renato (eds.): *Elecciones y cultura política en España (1890-1923)*, Valencia, PUV, 2003.

HAZARD, Paul: *El pensamiento europeo en el siglo XVIII*, Madrid, Alianza Universidad, 1991.

HEATER, Derek: *The Idea of European Unity*, Leicester - Londres, Leicester University Press, 1992.

HERNÁNDEZ MÁRQUEZ, Baldemar: *Prensa y Transición Democrática*, Villahermosa, Universidad Juárez Autónoma de Tabasco, 2006.

HIPPLER, Thomas: “La «paix perpétuelle» et l’Europe dans le discours des Lumières”, *European Review of History: Revue européenne d’histoire*, 9, 2 (2002), págs. 167-182.

HOBBSBAWM, Eric J.: *Historia del Siglo XX*, Barcelona, Cátedra, 1995.

–: *Sobre la historia*, Barcelona, Crítica, 1998.

HOLLENGREEN, Laura, PEARCE, Celia, Rebecca ROUSE, Rebecca y SCHWEIZER, Bobby: *Meet me at the Fair. A World’s Fair Reader*, Pittsburgh, ETC Press, 2014.

HORNE, John y KRAMER, Alan: *German atrocities, 1914. A History of Denial*, New Haven - Londres, Yale University Press, 2001.

HURRELL, Andrew: “One world? Many worlds? The place of regions in the study of international society”, *International Affairs*, 83 (2007), págs. 127-146.

IANNÒ, Matteo: *Paneuropa, una proposta. Coudenhove Kalergi e l’unione dell’Europa*, Reggio Calabria, Laruffa Editore, 2008.

IRIYE, Akira: “The Transnational Turn”, *Diplomatic History*, vol. 31, 3 (2007), págs. 373-376.

JOHANSSON, Rune: “Ideas on Europe – Europe as an Idea. An Intellectual History of European Unity and Cooperation”, en TÄGIL, Sven (ed.): *Europe. The Return of History*, Lund (Suecia), Nordic Academic Press, 2001, págs. 43-101.

JOHNSON, Gaynor: *Locarno Revisited: European Diplomacy. 1920-1929*, Londres - Nueva York, Routledge, 2004.

JOVER, José M^a: “La percepción española de los conflictos europeos”, *Revista de Occidente*, 57 (1986), págs. 5-42.

JUDT, Tony: *A Grand Illusion? An Essay on Europe*, Londres, Penguin Books, 1996.

JULIÁ, Santos: “La aparición de ‘los intelectuales’ en España”, *Claves de Razón Práctica*, 86 (1998), págs. 2-10.

–: “La guerra en la formación de los Estados europeos”, en *Claves de Razón Práctica*, 1 (1990), págs. 56-59.

–: “La nueva generación: de neutrales a antigermanófilos pasando por aliadófilos”, *Ayer*, 91 (2013), págs. 121-144.

KAJIMA, Morinosuke et alii: *Coudenhove-Kalergi, Pionnier de l'Europe Unie*, Lausanne, Centre de Recherches Européennes, 1971.

KRAUEL, Javier: “Visión parcial del enemigo íntimo: la Gran Guerra como antesala de la Guerra Civil”, *Vanderbilt e-Journal of Luso-Hispanic Studies*, vol. 5 (2009), págs. 155-156.

KRÜGER, Peter: “Unification économique et politique de l'Europe au XXe siècle”, en MALETTKE, Klaus (dir.): *Imaginer l'Europe*, París, Éditions Belin, 1998, págs. 191-220.

KOSELLECK, Reinhart: “Historia de los conceptos y conceptos de historia”, *Ayer*, 53 (2004), págs. 27-45.

LAMO DE ESPINOSA, Emilio: “La normalización de España. España, Europa y la modernidad”, *Claves de Razón Práctica*, 111 (2001), págs. 4-16.

LASAGA MEDINA, José: “Notas sobre la dimensión metafísica del pensamiento de Ortega”, *El Basilisco*, 21 (1996), págs. 57-59.

–: “Significados de Europa en el pensamiento de Ortega: tres significados y un epílogo”, *Revista de Estudios Europeos*, 40 (2005), págs. 33-56.

LAWSON, Tom: “The Myth of the European Civil War”, en LITTLEJOHNS, Richard y SONCINI, Sara: *Myths of Europe*, Amsterdam - Nueva York, Editions Rodopi, 2007, págs. 275-289.

LLANO ALONSO, Fernando H.: “El estado y la idea orteguiana de nación. España y Europa como circunstancias”, *Revista Digital Facultad de Derecho (UNED)*, 2 (2010), págs. 1-39.

LÓPEZ VÁZQUEZ, Ramón: *O pensamento rexeneracionista de Eloy Luis André (Do europeísmo ó galeguismo*, Santiago de Compostela, Centro de Investigacións Lingüísticas e Literarias Ramón Piñeiro, 1996.

LOZANO, Álvaro: *Mussolini y el fascismo italiano*, Madrid, Marcial Pons, 2012.

LUCENA GIRADO, Manuel: “Los estereotipos sobre la imagen de España”, *Norba. Revista de Historia*, vol. 19 (2006), págs. 219-229.

MACMILLAN, Margaret: *The War That Ended Peace*, Londres, Profile Books, 2013.

MAESTRE ROSA, Julio: “Francisco Silvela y su liberalismo regeneracionista”, *Revista de Estudios Políticos*, 187 (1973), págs. 191-226.

MAESTRO, Javier: “Germanófilos y aliadófilos en la prensa obrera madrileña, 1914-1918”, en BAHAMONDE MAGRO, Ángel y OTERO CARVAJAL, Luis Enrique (eds.): *La sociedad madrileña durante la Restauración. 1876-1931. Volumen II*, Madrid, Consejería de Cultura de la Comunidad de Madrid, 1989, págs. 320-332.

MAINER, José Carlos: *La Edad de Plata (1902-1939) Ensayo de interpretación de un proceso cultural*, Madrid, Cátedra, 1981.

MARTORELL LINARES, Miguel Ángel: “Gobiernos y mayorías parlamentarias en los años previos a la crisis de 1917. Historia de una paradoja”, *Revista de Estudios Políticos (Nueva Época)*, 93 (1996), págs. 331-334.

–: “«No fue aquello solamente una guerra, fue una revolución»: España y la Primera Guerra Mundial”, *Historia y Política*, 26 (2011), págs. 17-45.

MARTÍN, Luis P.: “Un instrumento de democracia: la Liga Española de los derechos del Hombre (1913-1936”, *Derechos y Libertades: revista del Instituto Bartolomé de las Casas*, III, 6 (1998), págs. 377-396.

MARTÍN GIJÓN, Mario: “José Ortega y Gasset y el Príncipe de Rohan. ¿Complicidad o instrumentalización?”, *Clarín. Revista de Nueva Literatura*, 98 (2012), págs. 3-13.

MARTÍNEZ FIOL, David: *Els voluntaris catalans a la Gran Guerra (1914-1918)*, Barcelona, Biblioteca Serra d’Or, Publicacions de l’Abadia de Montserrat, 1991.

MATEOS DE CABO, Óscar I.: *El pensamiento político de Joaquín Costa: Entre nacionalismo español y europeísmo*, Tesis doctoral, Madrid, Universidad Complutense, 1996.

–: *Nacionalismo español y europeísmo en el pensamiento de Joaquín Costa*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico (CSIC), 1998.

MAYER, Myriam y CONDADO MADERA, Emilio: “Españoles en la *Gran Guerra*: los voluntarios cántabros”, *Monte Buciero*, 10 (2004), págs. 171-193.

MCCARTHY, Helen: “The Lifeblood of the League? Voluntary Associations and League of Nations Activism in Britain”, en LAQUA, Daniel (ed.): *Internationalism Reconfigured. Transnational Ideas and Movements between the World Wars*, Londres - Nueva York, I.B. Tauris, 2011, págs. 187-208.

MCCORMICK, John: *Europeanism*, Oxford, Oxford University Press, 2010.

MEAKER, Gerald H.: “A Civil War of Words: The Ideological Impact of the First World War on Spain, 1914-18”, en SCHMITT, Hans A.: *Neutral Europe between War and Revolution. 1917-1923*, Charlottesville, The University Press of Virginia, 1988, págs. 1-65.

MENCHÉN BARRIOS, M^a Teresa: “La actitud de España ante el Memorándum Briand (1929-1931)”, *Revista de Estudios Internacionales*, vol. 6, 2 (1985), págs. 413-443.

–: “Las causas del fracaso del proyecto Briand de federación europea”, en VV.AA.: *Estudios históricos. Homenaje a los profesores José M^a Jover Zamora y Vicente Palacio Atard. Tomo I*, Madrid, Universidad Complutense, 1990, págs. 407-427.

MENÉNDEZ ALZAMORA, Manuel: *La Generación del 14. Una aventura intelectual*, Madrid, Siglo XXI, 2006.

–: “«Vieja y nueva política» y el semanario *España* en el nacimiento de la Generación del 14”, en LÓPEZ DE LA VIEJA, M^a Teresa (ed.): *Política y sociedad en José Ortega y Gasset. En torno a «Vieja y nueva política»*, Rubí (Barcelona), Anthropos, 1997, págs. 185-194.

METZ, Renaud: “La crise des années 1930: blocs contre blocs”, en BARJOT, Dominique (dir.): *Penser et construire l'Europe (1919-1992)*, París, CNED-CEDES, 2007, pág. 90-109.

MOLAS, Isidre: “El liberalisme democràtic de Gabriel Alomar”, *Recerques*, 23 (1990), págs. 91-111.

MONTERO JIMÉNEZ, José Antonio: *El despliegue de la potencia americana: las relaciones entre España y los Estados Unidos (1898-1930)*, tesis doctoral, Madrid, Universidad Complutense, 2006.

–: “Las relaciones hispano-norteamericanas en los años de la Primera Guerra Mundial”, *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 24 (2004), págs. 23-47.

MORALES LEZCANO, Víctor: “El equilibrio colonial a principios del siglo XX. España y la cuestión marroquí”, en FORNER, Salvador (ed.): *Coyuntura internacional y política española (1898-2004)*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2010, págs. 29-44.

–: “«Revista España», semanario de la vida nacional (1915-1924)”, *Hispania*, vol. 39, 141 (1979), págs. 201-215.

MORENO JUSTE, Antonio: “El fin del relato europeo. La crisis del proceso de integración y su impacto sobre las narrativas europeas”, *Revista de Derecho Comunitario Europeo*, 45 (2013), págs. 607-630.

–: “El proceso de construcción europea y las relaciones España-Europa”, *Circunstancia*, 25 (2011) (Publicación digital).

–: “La idea de Europa: balance de un siglo”, *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 21 (1999), págs. 161-179.

–: “Las relaciones España/Europa en el siglo XX: notas para una interpretación”, *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 22 (2000), págs. 95-133.

MORIN, Edgar: *Pensar Europa. Las metamorfosis de Europa*, Barcelona, Gedisa, 1988.

MOUTON, Marie-Renée: “La Société des Nations et le Plan Briand”, en FLEURY, Antoine (ed.): *Le plan Briand d’union fédérale européenne: Perspectives nationales et transnationales, avec documents*, Berlín, Peter Lang, 1998, págs. 235-255.

MUGNAINI, Marco: “Italia, Spagna e la formazione di un nuovo equilibrio mediterraneo (1923-1928)”, *Spagna Contemporanea*, 14 (1998), págs. 53-78.

MÜLLER, Guido: “L’Europe de la cultura ou une nouvelle aristocracie europeene: les reflexions et les projects de la «Federation Internationale des Unions Intellectuelles» (1924-1934)”, en SCHIRMANN, Sylvain (dir): *Organisations internationales et architectures européennes. 1929-1939*, Metz, Centre de recherche histoire et civilisation de l’Université de Metz, 2003, págs. 135-152.

MÜLLER, Michael G.: “Conceptualising transnational spaces in history”, *European Review of History: Revue européenne d’histoire*, 16, 5, (2009), págs. 609-617.

–: “European History: a façon de parler?”, *European Review of History – Revue européenne d’Histoire*, vol. 10, 2, (2003), págs. 409-414.

MÜLLER, Sven Oliver: “Who Is the Enemy? The Nationalist Dilemma of Inclusion and Exclusion in Britain During the First World War”, *European Review of History: Revue européenne d’histoire*, 9, 1 (2000), págs. 63-83.

MUNS, Joaquim (ed.): *Lecturas de integración económica: la Unión Europea*, Barcelona, Edicions de la UB, 2007.

NAVARRA, Andreu: “Un programa político antieuropeísta: *La afirmación española de José María Salaverría*”, *Sancho el Sabio*, 24 (2006), págs. 35-56.

NEILA HERNÁNDEZ, José Luis: “España y la Sociedad de Naciones: Un tránsito historiográfico inacabado”, *Cuadernos de Historia Contemporánea*, núm. extraordinario (2003), págs. 49-67.

–: “La política exterior en la España republicana (1931-1936): Excepcionalidad y normalidad historiográfica”, *Studia histórica, Hª Contemporánea*, 22 (2004), págs. 47-83.

–: *La Sociedad de Naciones*, Madrid, Arco-Libros, 1997.

NIÑO RODRÍGUEZ, Antonio: “La europeización a través de la política científica y cultural en el primer tercio del siglo XX”, *Arbor*, CLXX, 669 (2001), págs. 95-126.

NOLTE, Ernst: *La guerra civil europea, 1917-1945*, México, Fondo de Cultura Económica, 2001.

NORTLEDGE, Frederick S.: *The League of Nations: its life and times*, Leicester, Leicester University Press, 1986.

NÚÑEZ SEIXAS, Xosé Manoel: *Internacionalitzant el nacionalisme. El catalanisme polític i la qüestió de les minories nacionals a Europa (1914-1936)*, Catarroja, Editorial Afers, 2010.

ORLUC, Katiana: “Caught between Past and Future. The Idea of Pan-Europe in the Interwar Years”, en PERSSON, Hans-Åke y STRÅTH, Bo (eds.): *Reflections on Europe. Defining a Political Order in Time and Space*, Bruselas, Peter Lang, 2007, págs. 95-120.

–: *Europe between Past and Future: Transnational Networks and the Transformation of the Pan-European Idea in the Interwar Years*, tesis doctoral, Florencia, European University Institute, 2005.

ORTIZ DE URBINA, Paloma: “La Primera Guerra Mundial y sus consecuencias: la imagen de Alemania en España en 1914”, *Revista de Filología Alemana*, vol. 15 (2007), págs. 193-206.

PAGDEN, Anthony: “Europe: Conceptualizing a Continent”, en ID (ed.): *The Idea of Europe: From Antiquity to the European Union*, Nueva York, Cambridge University Press, 2002, págs. 33-54.

PARDO SANZ, Rosa: “España ante el conflicto bélico de 1914-1918: ¿Una espléndida neutralidad?”, en FORNER, Salvador (ed.): *Coyuntura internacional y política española (1898-2004)*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2010, págs. 45-64.

PARKER, William H: “Europe: How Far?”, *The Geographical Journal*, vol. 26, 3 (1960), págs. 278-297.

PASSERINI, Luisa: “Dimensions of the Symbolic in the Construction of Europeanness”, ID. (ed.): *Figures d'Europe. Images and Myths of Europe*, Bruselas, Peter Lang, 2002, págs. 21-33.

PEGG, Carl H.: *Evolution of the European idea 1914-1932*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1983.

PERKINS, Mary Anne: *Christendom and European Identity. The Legacy of a Grand Narrative since 1789*, Berlín - Nueva York, Walter de Gruyter, 2004.

PEIRÓ MARTÍN, Ignacio y PASAMAR ALZURIA, Gonzalo (eds.): *Diccionario Akal de Historiadores españoles contemporáneos*, Madrid, Akal, 2002.

PELOILLE, Manuelle: *Fascismo en ciernes. España 1922-1930. Textos recuperados*, Toulouse, Presses Universitaires du Mirail, 2005.

PEREIRA CASTAÑARES, Juan Carlos: *Diccionario de relaciones internacionales y política exterior*, Barcelona, Ariel, 2008.

– y NEILA HERNÁNDEZ, José Luis: “La España de Alfonso XIII en el sistema internacional de posguerra (1919-1931)”, *Historia Contemporánea*, 34 (2007), págs. 117-154.

PÉREZ-BUSTAMANTE, Rogelio y SAN MIGUEL, Enrique: *Precursores de Europa*, Madrid, Dykinson, 1998.

PÉREZ CASANOVA, Guillermo J.: “Paneuropa y España: del europeísmo a la decadencia”, *Revista Universitaria Europea*, 11 (2009), págs. 45-60.

PÉREZ DE ARMIÑÁN Y GARCÍA FRESCA, María del Carmen: *Problemas geopolíticos, sociales y económicos en la obra periodística del profesor Olariaga*, Madrid, Instituto de Estudios Fiscales, 1991.

PÉREZ GARZÓN, Juan Sisinio: “Modernización y europeización en el pensamiento español de la segunda mitad del siglo XX: hacia el fin de las angustias regeneracionistas”, en GÓMEZ BENITO, Cristóbal (coord.): *Joaquín Costa y la modernización de España*, Madrid, Congreso de los Diputados, 2012, págs. 199-237.

PÉREZ GIL, Luis V.: “El primer decenio de España en la sociedad de naciones (1919-1929)”, *Anales de la Facultad de Derecho. Universidad de la Laguna*, 15 (1998), págs. 175-218.

PÉREZ SÁNCHEZ, Guillermo Á.: “El ideal europeísta: de la modernidad a la contemporaneidad”, en MARTÍN DE LA GUARDIA, Ricardo M. y PÉREZ SÁNCHEZ, Guillermo Á.: *Historia de la integración europea*, Madrid, Ariel, 2001, págs. 15-55.

–: “El ideal europeísta, una manera de entender –y de hacer– Europa en el paso de un siglo a otro”, en NEGRO PAVÓN, Dalmacio y SÁNCHEZ GARRIDO, Pablo (eds.): *La identidad de Europa. Tradición clásica y Modernidad*, Madrid, CEU Ediciones, 2008, págs. 113-141.

PEYROU, Florencia: “¿Hubo una cultura política transnacional en la Europa del siglo XIX? Aproximación desde España”, Documento de trabajo 2012/9, Seminario de Historia, Fundación José Ortega y Gasset, 2012.

– y Darina MARTYKÁNOVÁ: “Presentación”, *Ayer*, 94 (2014), págs. 13-22.

PISTONE, Sergio: *L'integrazione europea. Uno schizzo storico*, Torino, UTET Libreria, 1999.

POCOCK, John G. A.: “Some Europes in Their History”, en PAGDEN, Anthony (ed.): *The Idea of Europe: From Antiquity to the European Union*, Nueva York, Cambridge University Press, 2002, págs. 55-71.

PORTERO, Florentino: “España, entre Europa y América: un ensayo interpretativo”, *Ayer*, 49, (2003), págs. 203-217.

PRATE, Alain: *Quelle Europe?*, París, Commentaire Julliard, 1991.

QUINTANA NAVARRO, Francisco: *España en Europa, 1931-1936*, Madrid, Editorial Nerea, 1993.

QUIROGA, Alejandro: “Eduardo Aunós. Del catalanismo al nacionalcatolicismo”, en NÚÑEZ SEIXAS, Xosé M. y MOLINA APARICIO, Fernando: *Los heterodoxos de la patria. Biografías de nacionalistas atípicos en la España del siglo XX*, Granada, Comares, 2011, págs. 79-100.

–: *Haciendo españoles. La nacionalización de las masas en la Dictadura de Primo de Rivera (1923-1930)*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2008.

RAMÍREZ BENITO, Penélope: “Los Aliados. Una revista española creada por y para la Primera Guerra Mundial (1918)”, *Berceo. Revista Riojana de Ciencias Sociales y Humanidades*, 159 (2010), págs. 145-164.

RENOUVIN, Pierre: *La crisis europea y la Primera Guerra Mundial (1904-1918)*, Madrid, Akal, 1990.

RODAO, Florentino y ALMAZÁN, David: “Japonizar España: La imagen española de la modernización del Japón Meiji”, en GÓMEZ-FERRER MORANT, Guadalupe (ed.): *Modernizar España. Congreso Internacional: Comunicaciones*, Formato CD, Madrid, Dpto. Historia Contemporánea (UCM), 2006.

RODÉS, Jesús M. i UCÉLAY DA CAL, Enric: “Nacionalisme i Internacionalisme”, *L’Avenç*, 69 (1984), págs. 64-72.

RODRIGO Y ALHARILLA, Martín: *La Casa Ramos, 1845-1960: más de un siglo de historia marítima*, Barcelona, Museu Marítim de Barcelona, 2005.

RODRÍGUEZ CARRASCO, José Manuel: “La recepción de las ideas de la organización científica en España. Desarrollo y consecuencias”, *ICADE. Revista cuatrimestral de las Facultades de Derecho y Ciencias Económicas y Empresariales*, 83-84 (2011), pág. 303-337.

RODRÍGUEZ-ESTEBAN, José Antonio: “Geopolitical perspectives in Spain: from the *iberismo* of the 19th century to the *hispanoamericanismo* of the 20th”, *Finisterra*, XXXIII, 65 (1998), págs. 185-193.

ROGERS, Paul Patrick y LAPUENTE Felipe Antonio: *Diccionario de seudónimos literarios españoles con algunas iniciales*, Madrid, Editorial Gredos, 1977.

ROLLAND, Patrice: *L'unité politique de l'Europe. Histoire d'une idée*, Bruselas, Bruylant, 2006.

ROMANELLI, Raffaele: “Sistemas electorales y estructuras sociales. El siglo XIX europeo”, en FORNER, Salvador (coord.): *Democracia, elecciones y modernización en Europa. Siglos XIX y XX*, Madrid, Cátedra, 1997, págs 23-46.

ROMANO, Sergio: *Europa. Storia di un'idea. Dall'impero all'unione*, Milán, Longanesi, 2006.

ROMERO SALVADÓ, Francisco J.: *España 1914-1918. Entre la guerra y la revolución*, Barcelona, Crítica, 2002.

–: *The Foundations of Civil War. Revolution, Social Conflict and Reaction in Liberal Spain, 1916-1923*, Nueva York - Londres, Routledge, 2008.

ROSAS LEDEZMA, Enrique: “Las «Declaraciones de Cartagena» (1907): Significación en la política exterior de España y repercusiones internacionales”, *Cuadernos de Historia Moderna y Contemporánea*, vol. 2 (1981), págs. 213-229.

ROSHWALD, Aviel y STITES, Richard: *European Culture in the Great War*, Cambridge, Cambridge University Press, 1999.

SAFONT I PLUMED, Joan: *Per França i Anglaterra. La I Guerra Mundial dels aliadòfils catalans*, Barcelona, Acontravent, 2012.

–: “Quan érem aliadòfils. La revista Iberia (1915-1918) i la seva influencia en la premsa, la política i la cultura catalanes”, *L'Avenç*, mayo 2012, págs. 40-45.

SAINT GILLE, Anne-Marie: *La “Paneurope”. Un débat d'idées dans l'entre-deux-guerres*, París, Presses de l'Université de París-Sorbone, 2003.

SAÍZ, María Dolores y SEOANE, María Cruz: *Historia del periodismo en España. 3. El siglo XX: 1898-1936*, Madrid, Alianza, 1998.

SÁNCHEZ ILLÁN, Juan Carlos: *La nación inacabada. Los intelectuales y el proceso de construcción nacional (1900-1914)*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2002.

–: *Prensa y política en la España de la Restauración. Rafael Gasset y El Imparcial*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1999.

SÁNCHEZ MONTERO, Manuel: “El europeísmo-progresismo fluctuante de los escritores del noventa y ocho entre el “Desastre” y la Gran Guerra (1898-1914)”, *Revista de Historia Contemporánea*, 5 (1991), págs. 65-92.

SANTERVÁS, Rafael: “Maeztu y Araquistain: dos periodistas acuciados por la transformación de España”, *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 12 (1990), págs. 133-153.

SCHÖBERL, Verena: “The Paneuropean Idea among the British Public (1926-1933)”, en RÜCKER, Katrin y WARLOZET, Laurent: *Quelle(s) Europe(s)? Nouvelles approches en histoire de l'intégration européenne*, Germany, Euroclio nº36, 2007, págs. 27-37.

SCHULTZ, Hans-Dietrich y NATTER, Wolfgang: “Imagining *Mitteleuropa*: Conceptualisations of ‘Its’ Space In and Outside German Geography”, *European Review of History: Revue européenne d'histoire*, 10, 2 (2003), págs. 273-292.

SEBASTIÁN LORENTE, Jesús J.: “La idea de Europa en el pensamiento político de Ortega y Gasset”, *Revista de Estudios Políticos (Nueva época)*, 83 (1994), págs. 221-245.

SERRANO, Carlos: “El «nacimiento de los intelectuales»: algunos replanteamientos”, *Ayer*, 40 (2000), págs. 11-24.

SERRANO, María del Mar: “Viajes y viajeros por la España del siglo XIX”, *Cuadernos críticos de Geografía Humana*, 98 (1993).

SEVILLANO, Francisco: “El ‘mito del 98’ en la cultura española”, *Pasado y Memoria*, 3 (2004), págs. 195-208.

SHAW, Donald: *La generación del 98*, Madrid, Cátedra, 1997.

SLUGA, Glenda: “Narrating Difference and Defining the Nation in Late Nineteenth and Early Twentieth Century ‘Western’ Europe”, *European Review of History: Revue européenne d’histoire*, 9, 2 (2002), págs. 183-197.

SOLÉ, Gloria: “La incorporación de España a la Sociedad de Naciones”, *Hispania*, vol. 36, 132 (1976), págs. 131-174.

SOLER I MÒDENA, Rosa y MIRET I RASPALL, Eulalia: *Bibliografia de Lluís Nicolau d’Olwer*, Barcelona, Institut d’Estudis Catalans, 1995.

SOUTOU, Georges-Henri: “Was there a European Order in the Twentieth Century? From the Concert of Europe to the End of the Cold War”, *Contemporary European History*, 9, 3 (2000), págs. 329-353.

SPIERING, Menno y WINTLE, Michael: *Ideas of Europe since 1914. The legacy of the First World War*, Basingstoke - Nueva York, Palgrave MacMillan, 2002.

STEINER, George: *La idea de Europa*, Madrid, Siruela, 2005.

STEINER, Zara: *The Lights that Failed. European International History 1919-1933*, Oxford, Oxford University Press, 2005.

STIRK, Peter: “Authoritarian federalists in Central Europe”, en KING, Preston y BOSCO, Andrea (eds.): *A Constitution for Europe. A Comparative Study of Federal Constitutions and Plans for the United States of Europe*, Londres, Lothian Foundation Press, 1991, págs. 199-212.

STRÅTH, Bo: “A European Identity: To the Historical Limits of a Concept”, *European Journal of Social Theory*, 5, 4 (2002), págs. 387-401.

SUÁREZ CORTINA, Manuel: *El gorro frigio: liberalismo, democracia y republicanismo en la Restauración*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2000.

–: *El reformismo en España*, Madrid, Siglo XXI, 1986.

SUEIRO SEOANE, Susana: “La política exterior de la Dictadura de Primo de Rivera en el contexto autoritario de los años 20”, en FORNER, Salvador (ed.): *Coyuntura*

internacional y política española (1898-2004), Madrid, Biblioteca Nueva, 2010, págs. 65-80.

THERY, Franck: *Construire l'Europe dans les années vingt. L'action de l'Union paneuropéenne sur la scène franco-allemande, 1924-1932*, Ginebra, Euryopa, Institut européen de l'Université de Genève, 1998.

TOWNSON, Nigel: “La historia del republicanismo desde sus inicios hasta la transición (1830-1977)”, en Ángeles EGIDO LEÓN, Ángeles y NÚÑEZ DÍAZ-BALART, Mirta (eds.): *Republicanism. Raíces históricas y presencia ética-cultural en la España de hoy*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2007, págs. 11-33.

TRUYOL Y SERRA, Antonio: *La integración europea. Análisis histórico-institucional con textos y documentos. I: Génesis y desarrollo de la Comunidad Europea (1951-1979)*, Madrid, Tecnos, 1999.

UCELAY-DA CAL, Enric: *El imperialismo catalán. Prat de la Riba, Cambó, D'Ors y la conquista moral de España*, Barcelona, Edhasa, 2003

–: “Wilson i no Lenin: l'esquerra catalana i l'any 1917”, *L'Avenç*, 9 (1977), págs. 53-58.

URRUTIA LEÓN, Manuel María: “La opinión de Miguel de Unamuno sobre la «Sociedad de Naciones» y la Universidad española (Dos artículos de 1918)”, *Revista de Hispanismo Filosófico*, 13 (2008), págs. 113-120.

VALLE, Javier M.: *La Unión Europea y su política educativa. Tomo I. La integración europea*, Madrid, CIDE-Ministerio de Educación y Ciencia, 2006.

VARELA, Javier: “El sueño imperial de Eugenio d'Ors”, *Historia y Política*, 2 (1999), págs. 39-82.

–: “Los intelectuales españoles ante la Gran Guerra”, *Claves de Razón Práctica*, 88 (1998), págs. 27-37.

VAUGHAN, Richard: *Twentieth-Century Europe. Paths to Unity*, Londres, Croom Helm, 1979.

VILLACORTA BAÑOS, Francisco: “La construcción europea, en la perspectiva del siglo XX”, *Arbor*, CLXX, 669 (2001), págs. 1-41.

–: “Les espagnols et le défi européen au XXe siècle”, en René GIRAULT (dir.): *Les Europe des européens*, París, Publications de la Sorbonne, 1993, págs. 27-41.

VILLALONGA SÁNCHEZ, Gabriel: “El bautismo de sangre del batallón II/63, expedicionario del regimiento de infantería «Mahón» 63 UAD LAU, 4 julio- 15 noviembre de 1924”, *Revista de Historia Militar*, 109 (2011), págs. 181-223.

VIVANCOS GÓMEZ, Miguel Carlos: “Unamuno, Silos y «La Revista Quincenal»”, *Castilla: Estudios de Literatura*, 13 (1988), págs. 193-202.

VOYENNE, Bernard: *Historia de la idea Europea*, Barcelona, Labor, 1970.

VV.AA: “AHR Conversation: On Transnational History”, *American History Review*, vol. 111, 5 (2006), págs. 1441-1464.

WATSON, Adam: *The Evolution of International Society: A comparative historical analysis*, Londres - Nueva York, Routledge, 2009.

WHITE, Ralph: “The Europeanism of Coudenhove-Kalergi”, en STIRK, Peter M. R. (ed.): *European Unity in Context. The Interwar Period*, Londres - Nueva York, Pinter Publishers, 1989, págs. 23-40.

WIEDEMER, Patricia: “The idea behind Coudenhove-Kalergi’s Pan-European Union”, *History of European Ideas*, vol. 16, 4-6 (1993), págs. 827-833.

WILLETS, Peter: *The Conscience of the World: the Influence of Non-Governmental Organisations in the UN System*, Londres, C. Hurst & Publishers, 1996.

WOOLF, Stuart: “Europe and Its Historians”, *Contemporary European History*, vol. 12, 3 (2003), págs. 323-337.

WRIGHT, Jonathan: “Stresemann and Locarno”, *Contemporary European History*, vol. 4 (1995), págs. 109-131.

ZAMORA BONILLA, Javier: “El impulso orteguiano de la ciencia española”, *Circunstancia*, año III, 6 (2005) [Recurso electrónico].

–: “El mundo que pudo ser. El concepto “Europa” en el proyecto político orteguiano”, *Revista de Estudios Europeos*, 40 (2005), págs. 11-31.

ZARAGOZA RUVIRA, Gonzalo: “La guerra del 98 y los anarquistas españoles a través de varias publicaciones”, *Estudis: Revista de historia moderna*, 24 (1998), págs. 467-477.

ZAVALA, José María: *En busca de Andreu Nin*, Barcelona, Plaza y Janés, 2005, págs. 53-54.

ZIEGERHOFER, Anita: “Austria and Aristide Briand’s 1930 Memorandum”, *Austrian History Yearbook*, vol. XXIX (1998): part 1, págs. 139-160.

ZUCKERMAN, Larry: *The Rape of Belgium. The untold story of World War I*, Nueva York - Londres, Nueva York University Press, 2004.

ZWEIG, Stefan: *El mundo de ayer. Memorias de un europeo*, Barcelona, Acantilado, 2002.

